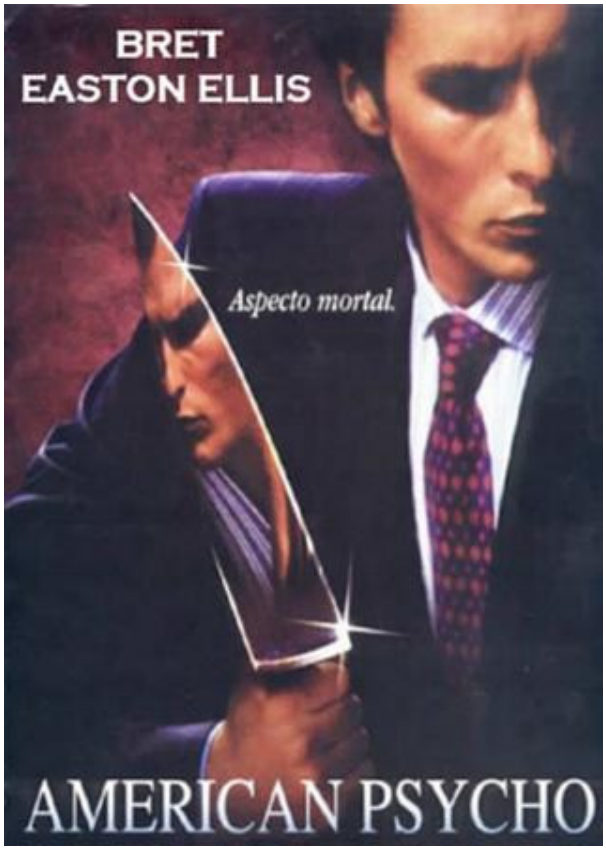
BRET EASTON ELLIS

American Psycho

Traducción de Mariano Antolín Rato



Título original: *American Psycho*
Traducción: Mariano Antolín Rato
1ra edición en esta colección: septiembre 2000
© 1991 by Bret Easton Ellis
© Ediciones B, S.A., 2000
Bailén, 84 – 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Printed in Spain
ISBN: 84–406–9880–1
Depósito legal: B. 23.365–2000
Impreso por LIBERDÚPLEX
Constitució, 19 – 08014 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright,* la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Versión digital: avellano / enero 2007

Ésta es una novela y por lo tanto todos los personajes, situaciones o diálogos que en ella aparecen –a excepción de algunas esporádicas referencias a personas, productos y lugares por todos conocidos– son imaginarios y no se refieren a nadie en particular ni pretenden dañar los intereses de ninguna entidad.

* * *

Para Bruce Taylor

* * *

Tanto el autor de estas *Memorias* como estas *Memorias* mismas son, naturalmente, novelescos. No obstante, individuos tales como el autor de estas *Memorias* no sólo pueden existir en nuestra sociedad, sino que por fuerza deben existir, si se consideran las circunstancias bajo las que, por lo general, esta sociedad nuestra se desenvuelve. He querido presentar ante el público, más claramente que de costumbre, uno de *los* personajes de nuestro reciente pasado. Representa a una generación que todavía vive entre nosotros. En el fragmento que se titula «El subsuelo», este personaje se presenta a sí mismo, expone sus puntos de vista e intenta, como puede, aclarar las razones por las que surgió y no tenía más remedio que surgir en nuestro ambiente. En el fragmento siguiente vienen ya las verdaderas «memorias», y en ellas refiere algunos acontecimientos de su vida.

FIODOR DOSTOIEVSKI
Memorias del subsuelo

* * *

Uno de los mayores errores que cometen las personas es creer que las buenas maneras son sólo expresión de ideas felices. Hay toda una gama de comportamientos que pueden expresarse con buenas maneras. De esto se ocupa la civilización: de hacer las cosas con buenas maneras y no del modo opuesto. Uno de nuestros errores fue el movimiento naturalista roussoniano de *los* años sesenta, cuando la gente decía: «¿Por qué no puedo decir lo que se me pasa por la cabeza?» En la civilización debe haber ciertas restricciones. Si todos siguiéramos nuestros impulsos sin cortapisas nos mataríamos *los* unos a *los* otros.

JUDITH MARTIN
Miss Buenas Maneras

* * *

Y mientras las cosas se caían a pedazos,
Nadie prestaba mucha atención.

TALKING HEADS

Inocentes

PERDED TODA ESPERANZA AL TRASPASARME» está garabateado con letras rojo sangre en la fachada del Chemical Bank cerca de la esquina de la calle Oncecon la Primera Avenida y está escrito con caracteres lo bastante grandes como para que se vea desde el asiento trasero del taxi cuando éste avanza– a sacudidas entre la circulación que deja Wall Street y justo cuando Timothy Price se fija en las palabras se detiene un autobús, con el anuncio de *Les Misérables* en el costado, tapándole la vista, pero a Price, que trabaja con Pierce & Pierce y tiene veintiséis años, no parece que le importe porque le dice al taxista que le dará cinco dólares si sube el volumen de la radio –«Be My Baby» suena en la WYNN– y el taxista, negro, no norteamericano, así lo hace.

–Tengo recursos para dar y vender –está diciendo Price–. Soy creativo, soy joven, no tengo escrúpulos, estoy motivado a tope, soy ingenioso a tope. En esencia lo que digo es que la sociedad *no* puede permitirse el lujo de prescindir de mí. Soy una *buena inversión.* –Price se tranquiliza, continúa mirando por la sucia ventanilla del taxi, probablemente la palabra «MIEDO» de un grafiti escrito con un spray en la fachada de un McDonald's de la esquina de la Cuarta con la Séptima–. Lo que quiero decir es que se mantiene el hecho de que a nadie le importa un pito su trabajo, que todo el mundo odia su trabajo, que *yo* odio mi trabajo, que *tú* me has dicho que odias el tuyo. ¿Qué puedo hacer? ¿Volver a Los Ángeles? *N*o es una alternativa. Me cambié de la Universidad de California en Los Ángeles a la de Stanford para soportar esto. ¿Quiero decir que soy el *único* que piensa que no gana el suficiente dinero? –Como en una película, aparece otro autobús, otro cartel de *Les Misérables* remplaza a la palabra..., no es el mismo autobús porque alguien ha escrito la palabra «BOLLERA» encima de la cara de Eponine. Tim suelta bruscamente–: Tengo un piso aquí, tengo una casa en los *Hamptons,* por el amor de Dios.

–Los padres, tío. Es por los padres.

–No me la *compré* gracias a ellos. ¿Quiere subir el volumen de una jodida vez?

–Esto no puede sonar más alto –puede que diga el taxista. Timothy lo ignora y continúa irritado:

–Podría soportar el vivir en esta ciudad si les pusieran Blaupunkt a los taxis. Puede que hasta sistemas sintonizadores dinámicos ODM In o ORC n. –En este punto la voz se le ablanda–. Cualquiera de ellos. Son modernos, amigo mío, modernísimos.

Se quita del cuello el walkman de aspecto muy caro, y sigue quejándose.

–Odio quejarme, de verdad que lo odio, de la basura, los desperdicios, la enfermedad, de lo sucia que está esta ciudad y *tú* sabes y yo sé que es una *pocilga...* –Sigue hablando mientras abre su nuevo *attaché* Tumi de piel de becerro que compró en D.F. Sanders. Mete el walkman dentro del attaché junto a un teléfono plegable portátil inalámbrico tamaño cartera (antes tenía un NEC 9000 Porta portátil) y saca el periódico de hoy–. En el de hoy, sólo en el de hoy..., vamos a ver..., modelos estranguladas, bebés tirados desde el techo de los edificios, niños asesinados en el metro, una reunión comunista, un jefe de la Mafia liquidado, nazis... –recorre las páginas con excitación–, jugadores de béisbol con sida, más porquería de la Mafia, atascos, vagabundos sin casa, diversos maníacos, enjambres de maricones llenando las calles, madres de alquiler, la supresión de una serie televisiva, niños que consiguen entrar en un zoológico y torturan y queman vivos a varios animales, más nazis..., y el chiste es, la gracia final es, que todo eso pasa en esta ciudad..., no en otro sitio, exactamente aquí, te traga, espera un momento, más nazis, atascos, atascos, vendedores de bebés, mercado negro de bebés, bebés con sida, bebés yanquis, un edificio que cae encima de un bebé, un bebé maníaco, atascos, un puente que se hunde... –Deja de hablar, respira a fondo y luego dice tranquilamente, con los ojos fijos en un mendigo de la esquina de la Segunda con la Quinta–: Ése

hace el número veinticuatro de los que he visto hoy. Llevo la cuenta. –Luego pregunta, sin echar ni un vistazo–: ¿Por qué no llevas el blazer de estambre azul marino y los pantalones grises? –Price lleva un traje de lana y seda con seis botones de Ermeregildo Zegna, una camisa de algodón con puños franceses de Ike Behard, una corbata de seda de Ralph Lauren y zapatos de cuero de Fratelli Rossett!

El *Post* es una auténtica mierda. Hay un artículo medianamente interesante sobre dos personas que desaparecieron de una fiesta a bordo del yate de un personaje medio conocido de Nueva York mientras el barco daba la vuelta a la isla. Los restos de sangre y tres copas de champán rotas son las únicas pistas: Se sospecha que hubo violencia y la policía cree que el arma que utilizó el asesino fuera quizás un machete, porque en la cubierta se encontraron varias rayaduras y cortes. Por el momento no han encontrado los cuerpos. No hay sospechosos. Price se puso a soltar su rollo habitual a la hora de almorzar y luego siguió con él durante el partido de squash y continuó desvariando mientras tomaba unas copas en Harry' s, adonde fue después, tomó tres J&B con agua, mucho más interesado por la cuenta de Fisher de la que se ocupa Paul Owen. Price no se quiere callar.

– ¡Enfermedades! –Exclama, con la cara tensa de dolor–. Ahora hay esa teoría de que si coges el virus del sida por tener relaciones sexuales con alguien que ya está infectado, entonces puedes coger *cualquier* cosa, sea por el virus *per se* o no..., la enfermedad de Alzheimer, distrofia muscular, hemofilia, leucemia, anorexia, diabetes, cáncer, esclerosis múltiple, fibrosis quística, parálisis cerebral, dislexia; por el amor de Dios..., ¿se puede coger dislexia por culpa de un *cono...* .

–No estoy seguro, tío, pero no creo que la dislexia sea un virus.

–¿Quién sabe? No están seguros. Que lo demuestren.

Fuera de este taxi, en las aceras, palomas negras e hinchadas revolotean por encima de los restos de perritos calientes de delante de un Gray's Papaya mientras unos travestis miran ociosamente y un coche de la policía patrulla en silencio en dirección prohibida por lila calle de dirección única y el cielo está bajo y es gris y en un taxi que se ha detenido al lado de éste, un tipo que se parece mucho a Luis Carruthers saluda a Timothy con la mano y cuando Timothy lo devuelve el saludo, el tipo –pelo muy repeinado hacia atrás, tirantes, gafas de montura de asta– se da cuenta de que no es quien él ;reía que era y vuelve a su ejemplar de *USA Today.* Agachada en la acera hay una fea vagabunda llena de bolsas que agarra un látigo y lo hace restallar contra las palomas, que lo ignoran y siguen picoteando y peleándose, hambrientas, por los restos de los perritos calientes, y el coche de la policía desaparece en un aparcamiento subterráneo.

–Pero entonces, cuando uno llega precisamente al punto en que tu reacción ante esta época es de aceptación total y absoluta, en que tu cuerpo se ha convertido en algo que *sintoniza* la locura, y alcanzas ese punto en que todo tiene sentido, en que la cosa encaja, cogemos a una de esas jodidas negras asquerosas sin hogar, que, en realidad, lo que *quiere* (oye lo que digo, Bateman), lo que *quiere* es estar lejos de las calles, de esta, de *esas* calles, ¿las ves?, *ésas* –señala–, y tenemos a un alcalde que no quiere escucharla, un alcalde que no quiere dejar que la *muy puta* se lo haga a su modo (¡Santo Dios!), *deja* que la jodida puta muera *congelada,* no la *saca* de su puñetera miseria buscada, y mira, vuelves adonde estabas al principio, confuso, jodido... Número veinticuatro, para nada, veinticinco... ¿Quién estará en casa de Evelyn? Espera, vamos a ver. –Levanta una mano encariñada con una impecable manicura–. Ashley, Courtney, Muldwyn, Marina, Charles..., ¿voy bien por ahora? Puede que uno de los amigos «artistas» de Evelyn del, diosanto, «East» Village. Ya sabes cómo son..., los que preguntan a Evelyn si tiene un chardonnay *blanco* seco. –Se da una palmada en la frente y cierra los ojos y ahora murmura, con los dientes apretados–. Me marcho. Me libro de Meredith. Esencialmente, la muy puñetera me *desafía* a que me guste. Lo dejo. ¿Por qué tardé tanto en darme cuenta de que tiene la personalidad de una jodida presentadora de un concurso de televisión? Veintiséis, veintisiete... Quiero decirle que soy sensible. Le dije que el accidente del *Challenger* me dejó muy descolocado..., ¿qué más quiere ella? Soy íntegro, tolerante, quiero decir

que estoy extremadamente satisfecho con mi vida. Soy optimista con respecto al futuro…, eso quiero decir, ¿y tú?

–Claro, claro..., pero...

–y lo único que consigo de ella es *mierda...* Veintiocho, veintinueve, valiente mierda, esto es un jodido *montón* de mendigos. Te lo digo yo... –De repente se interrumpe, como si estuviera agotado y apartando la vista de otro anuncio de *Les Misérables,* como si recordara algo importante, pregunta–: ¿Leíste lo del presentador de ese concurso de televisión? Asesinó a dos chavales. >Un maricón depravado. Chusco, chusco de verdad. –Price espera una reacción. No la hay. De repente: el Upper West Side.

Le dice al taxista que se detenga en la esquina de la Ochenta y uno con Riverside, pues la calle es de dirección única, y no la que él quiere.

–No se moleste en dar la vuel... –empieza Price.

–A lo mejor si voy por el otro lado –dice el taxista.

–No se moleste. –Luego, en un aparte apenas audible, con los dientes apretados, sin sonreír, añade–: Idiota de mierda.

El taxista dirige el taxi a una parada. Detrás, dos taxis hacen sonar sus bocinas, luego se ponen en marcha.

–¿Deberíamos llevar flores?

–Para nada. Coño, *te* la estás follando, Bateman. ¿Por qué íbamos a llevarle flores a *Evelyn?* Será mejor que tenga cambio de cincuenta –le advierte al taxista, mirando de reojo los números rojos del taxímetro–. Joder. Los esteroides. Lo siento, estoy tenso.

–Creía que ya los habías dejado.

–*Tuve* acné en las piernas y en los brazos y los rayos UVA no me sirvieron de nada, conque empecé a ir a un salón de bronceado para que se me quitase. Dios mío, Bateman, deberías ver cómo *tengo* el estómago. Completamente en carne viva... –dice de un modo lejano, raro, mientras espera a que el taxista le dé el cambio–. Destrozado. –Escatima la propina al taxista, pero éste de todos modos está auténticamente agradecido–. Hasta la vista, Shlomo.

Price le guiña el ojo.

–Coño, coño, coño –dice Price mientras abre la portezuela.

Al apearse del taxi distingue a un mendigo en la calle –«Bingo: *treinta*»– que lleva una especie de mono verde muy raro, chillón, asqueroso, va sin afeitar y con el pelo grasiento peinado hacia atrás, y chistosamente Price mantiene abierta la puerta del taxi para que suba. El vagabundo, confuso y gruñón, con una mirada avergonzada clavada en el suelo, sostiene una taza de café de plástico vacía, agarrada con fuerza en una mano insegura.

–Me parece que no quiere el taxi –dice Price, soltando una risita y cerrando de un portazo–. Pregúntale si tiene tarjeta American Express.

–¿Tiene usted tarjeta American Express?

El vagabundo asiente con la cabeza y se aleja, arrastrando lentamente los pies.

Hace frío por ser abril y Price avanza rápidamente calle abajo, hacia la casa de Evelyn, mientras silba «Si yo fuera rico», y su aliento crea penachos humeantes de vapor, y balancea su attaché Tumi de piel. Una silueta con el pelo muy repeinado hacia atrás y gafas con montura de asta se acerca a lo lejos, con un traje cruzado de gabardina y lana beige Cerruti 1881 y con el mismo attaché Tumi de piel de D.F. Sanders que lleva Price, y Timothy se pregunta en voz alta:

–¿No es Victor Powell? No puede ser.

El hombre pasa debajo del fulgor fluorescente de una farola, con una mirada inquietante en la cara y, durante un momento, frunce los labios en una leve sonrisa y mira a Price casi como si se conocieran, pero en cuanto se da cuenta de que no le conoce y en cuanto Price se da cuenta de que no es Victor Powell, se aleja.

–Gracias a Dios –murmura Price cuando se acerca a casa de Evelyn.

–Se parecía muchísimo a él.

–¿Powell y una cena en casa de Evelyn? Dos cosas que casan casi tan bien como tela escocesa ya cuadros. –Price vuelve a pensado–. O como calcetines blancos con pantalones grises.

Un lento fundido y Price está subiendo los escalones de la casa de piedra que su padre le compró a Evelyn, mientras gruñe porque se le olvidó devolver las cintas que alquiló ayer por la noche en el videoclub Haven. Pulsa el timbre. De la casa de piedra contigua a la de Evelyn, una mujer–tacones altos, culo enorme– sale sin cerrar la puerta con llave. Price la sigue con la mirada y cuando oye pasos en el interior que bajan hacia la entrada donde estamos nosotros, se da la vuelta y se arregla su corbata Versace dispuesto a encarar a quien sea. Courtney abre la puerta y lleva una blusa de seda crema Krizia, una falda de tweed rojiza Krizia y zapatos de seda y raso D'Orsay de Manolo Blahnik.

Yo tirito y le tiendo mi abrigo de lana negra Giorgio Armani y ella lo coge, besándome con mucho remilgo la mejilla derecha, luego hace exactamente los mismos movimientos con Price mientras coge su abrigo Armani. El nuevo CD de Talking Heads suena suavemente en el cuarto de estar.

–Un poco tarde, ¿no os parece, chicos? –pregunta Courtney, sonriendo traviesamente.

–Un taxista haitiano inepto –murmura Price, devolviéndole el beso a Courtney–. Tenemos mesa reservada en un sitio, así que, por favor, no me hables de Pastels a las nueve.

Courtney sonríe mientras cuelga los dos abrigos en el armario del vestíbulo.

–Esta noche cenamos aquí, queridos. Lo siento, lo sé, lo sé, traté de hablar con Evelyn de ello, pero tenemos... sushi.

Tim pasa junto a ella y cruza el salón hacia la cocina.

–¿Evelyn? ¿Dónde estás, Evelyn? –llama con voz cantarina–. Tenemos que *hablar*.

–Me alegra verte –le digo a Courtney–. Esta noche estás muy guapa. Tienes un... brillo juvenil en la cara.

–La verdad es que sabes cómo halagar a las damas, Bateman. –En la voz de Courtney no hay sarcasmo–. ¿Debo decide a Evelyn que estás en ese plan? –pregunta, coqueteando.

–No –le digo–. Pero apuesto lo que sea a que te gustaría.

–Pasa –dice ella, quitándome las manos de su cintura y poniéndome las suyas en los hombros, mientras me guía por el vestíbulo en dirección a la cocina–. Tenemos que liberar a Evelyn. Lleva arreglando el sushi desde hace una hora. Trata de hacer tus iniciales..., la P con platija y la B con atún..., pero cree que el atún parece demasiado pálido...

–Qué romántico.

–... Y no tiene suficiente platija para poder terminar la B. –Courtney toma aliento–. Y por eso creo que va a hacer las iniciales de Tim en vez de las tuyas. ¿Te importa?–pregunta, algo preocupada. Courtney es la novia de Luis Carruthers.

–Me siento terriblemente celoso y creo que lo mejor será que hable con Evelyn –digo yo, dejando que Courtney me empuje suavemente dentro de la cocina.

Evelyn está junto a un mostrador de madera con, una blusa de seda crema Krizia, una falda detweed rojiza Krizia y un par de zapatos de seda y raso D'Orsay idéntico al que lleva Courtney. Su

largo pelo rubio está recogido en un moño de aspecto más bien severo y me saluda sin levantar la vista de la fuente oval de acero inoxidable Wilton sobre la que ha dispuesto artísticamente el sushi.

–Hola, cariño, lo siento. Quería ir a *ese* encantador bistró salvadoreño nuevo, del Lower East Side...

Price gruñe de modo audible.

–…pero no conseguimos mesa. Timothy, *no gruñas.* –Coge un trozo de platija y lo coloca cuidadosamente cerca del centro de la fuente, completando lo que parece una T mayúscula. Se aleja un *poco* de la fuente y la examina atentamente–. No *sé.* Oh, me siento tan insegura.

–Te dije que tuvieras Fin*landia* en esta casa –murmura Tim, mirando las botellas, la mayoría de ellas de dos litros, de la barra–. Evelyn nunca tiene Fin*landia* –dice sin dirigirse a nadie y dirigiéndose a todos.

–Dios mío, Timothy. ¿No te las arreglarás con *Absolut?* –pregunta Evelyn, y luego pensativamente a Courtney–: La pasta de California debe ir en el borde de la fuente, ¿no?

–Bateman, ¿qué tomas? –pregunta Price, suspirando. –J&B con hielo –le digo, pensando de pronto que es extraño que no hayan invitado a Meredith.

–Oh, Dios mío. Qué *lío* –dice Evelyn entrecortadamente–. Os juro que vaya *llorar.*

–Ese sushi tiene un aspecto *maravilloso* –le aseguro, para tranquilizarla.

–Oh, es un *lío* –se queja ella–. Es un *lío.*

–No, no, el sushi tiene un aspecto *maravilloso* –le digo, y, en un intento de resultar lo más tranquilizador posible, cojo un trozo de aleta y me lo meto en la boca, lanzando un gemido de placer, y abrazo a Evelyn por detrás; aunque tengo la boca llena, me las arreglo para decir–: Delicioso.

Ella me da un cachete juguetón, evidentemente complacida por mi reacción, y por fin, con mucho cuidado, me besa remilgadamente en la mejilla y luego se vuelve hacia Courtney. Price me tiende una copa y se dirige hacia el cuarto de estar mientras trata de quitarse algo invisible de su blazer.

–Evelyn, ¿no tendrás un cepillo para pelusas?

Yo hubiera preferido ver el partido de béisbol o ir aL gimnasio a hacer ejercicio o probar ese restaurante salvadoreño que tuvo un par de buenas reseñas, una en la revista *New York,* la otra en el *Times,* a tener que cenar aquí, pero cenar en casa de Evelyn tiene una cosa buena: que está cerca de la mía.

–¿Quedará bien la salsa de saja si no está exactamente a la temperatura ambiente? –está preguntando Courtney–. Creo que hay hielo en uno de los platos.

Evelyn está colocando con mucha delicadeza tiras de jengibre naranja pálido en un mantoncito junto a mi platillo de porcelana lleno de salsa de saja.

–No, no queda bien –dice–. Oye, Patrick, ¿serías tan cielo y sacarías el Kirin de la nevera? –Luego, aparentemente cansada del jengibre, tira el mantoncito en la fuente–. No te molestes, por favor. Lo *haré* yo.

De todos modos, me dirijo a la nevera. Con una mirada sombría, Price vuelve a entrar en la cocina y pregunta:

–¿Quién coño está en el cuarto de estar?

Evelyn finge ignorancia.

–¿Quién está?

Courtney la advierte:

–Evelyn. Se lo habrás *dicho,* espero.

–¿De quién se trata? –pregunto yo, súbitamente asustado–. ¿Victor Powell?

–No, no es Victor Powell, Patrick –dice Evelyn, corno quien no quiera la cosa–. Es un artista amigo mío, Stash y Vanden, su novia.

–O sea que era una *chica* eso de allí –dice Price–. Ven a echar una ojeada, Bateman –añade desafiante–. A ver si lo adivino. ¿No es del East Village?

–Oh, Price –dice Evelyn coqueteando y abriendo varias botellas de cerveza–. Y por qué no. Vanden va a Camden y Stash vive en el Soho.

Salgo de la cocina, cruzo el comedor donde está puesta la mesa con velas de cera de abeja de Zona encendidas en sus candelabros de plata de ley de Fortunoff, y entro en el cuarto de estar. No puedo decir lo que lleva puesto Stash porque es todo negro. Vanden lleva mechas verdes en el pelo. Mira un vídeo de una banda de heavy–metal que ponen en la cadena de vídeos musicales mientras fuma un pitillo.

–Ejem –toso yo.

Vanden aparta la vista con pereza, probablemente drogada hasta las patas. Stash no se mueve.

–Hola. Soy Pat Bateman –digo, tendiéndole la mano y fijándome en mi reflejo en un espejo colgado de la pared... y sonriendo ante la buena pinta que tengo.

Ella me la estrecha, sin decir nada. Stash se pone a olerse los dedos.

Brusco corte y estoy de vuelta en la cocina.

–Quiero que se vaya de aquí –está diciendo Price, muy enfadado–. Esa chica está muy pasada y no deja de mirar la cadena de vídeos musicales y yo quiero ver el puñetero informe McNeil/Lehrer.

Evelyn sigue abriendo grandes botellas de cerveza importada y dice con aire ausente:

–Tendremos que comer todo eso enseguida o si no vamos a envenenarnos.

–Lleva mechas verdes en el pelo –les informo–. Y está fumando.

–Bateman –dice Tim, sin dejar de mirar a Evelyn.

–¿Qué? –digo yo–. ¿Timothy?

–Eres un majadero.

–Oye, deja a Patrick en paz –dice Evelyn–. Es un buen chico. Es nuestro Patrick. No eres un majadero, ¿verdad, cariño? –Evelyn está en Marte y yo me dirijo a la barra a servirme otra copa.

–Un buen chico, ¿eh? –Tim sonríe afectadamente y asiente con la cabeza, luego cambia de expresión y vuelve a preguntarle a Evelyn con hostilidad si no tiene un cepillo para las pelusas.

Evelyn termina de abrir las botellas de cerveza japonesa y le dice a Courtney que vaya a por Stash y Vanden.

–Tenemos que comerlo ya o si no nos envenenaremos –murmura, moviendo lentamente la cabeza y examinando la cocina, para asegurarse de que no se ha olvidado nada.

–Siempre que consiga apartarlos de ese último vídeo de Megadeth –dice Courtney, antes de salir.

–Tengo que hablar contigo –dice Evelyn.

–¿De qué? –Me acerco a ella.

–No –dice, y luego señala a Tim–, con Price.

Tim sigue mirándola, enfadado. Yo no digo nada y miro la copa de Tim.

–Sé amable –me ruega– y pon el sushi en la mesa. El tempura está en el micro ondas y el sake está calentándose... –la voz va desvaneciéndose mientras precede a Price fuera de la cocina.

Me pregunto dónde habrá conseguido Evelyn el sushi –atún, platija, caballa, camarón, anguila, incluso *bonito,* todos parecen tan frescos, y hay montoncitos de wasabi y tiras de jengibre situadas estratégicamente alrededor de la fuente Wilton–, pero también me gusta la idea de que *no lo sé,* de que *nunca* lo sabré, de que nunca *preguntaré* de dónde son, y de que el sushi estará allí en medio de la mesa de cristal de Zona que le compró su padre a Evelyn, como una misteriosa aparición de Oriente, y cuando dejo la fuente veo mi reflejo en la superficie de la mesa. Mi piel parece más oscura debido a la luz de las velas y me fijo en que el miércoles pasado me cortaron muy bien el pelo en Gio's. Me sirvo otra copa. Me preocupa el nivel de sodio de la salsa de saja.

Somos cuatro los que estamos sentados a la mesa esperando a que Evelyn y Timothy vuelvan con el cepillo para pelusas que necesita Price. Yo estoy sentado a la cabecera tomando largos tragos de J&B. Vanden se sienta en el otro extremo, leyendo sin interés una porquería de periódico del East Village que se llama *Deception,* cuyo titular dice: «LA MUERTE DEL CENTRO DE LA CIUDAD». Stash ha cogido con los palillos un trozo de platija que aparece en mitad de su plato como un brillante insecto empalado. De vez en cuando mueve el trozo de sushi por el plato pero nunca alza la vista ni hacia mí ni hacia Vanden o Courtney, que está sentada a mi lado tomando traguitos de vino de ciruelas en una copa de champán.

Evelyn y Timothy vuelven como a los veinte minutos de que los demás nos hubiéramos sentado y Evelyn parece ligeramente ruborizada. Tim me mira cuando ocupa la silla contigua a la mía, con una nueva copa en la mano, y se inclina hacia mí, como si fuera a decirme algo, cuando de repente Evelyn le interrumpe:

–Ahí no, Timothy. –y añade, susurrando–: Chico, chica.

–Chico, chica. –Señala la silla vacía junto a Variden.

Timothy mira a Evelyn y, dudándolo, se coloca a lado de Vanden, que bosteza y pasa una página de su periódico.

–Estupendo –dice Evelyn, sonriendo, encantada con la presentación de la comida–, a por ello. –y después de fijarse en el trozo de sushi que Stash se ha servido (ahora está inclinado sobre su plato, susurrando algo), su compostura se tambalea, pero sonríe valientemente y pregunta con voz muy aguda–: ¿Quiere alguien vino de ciruelas?

Nadie dice nada, hasta que Courtney, que tiene la vista fija en el plato de Stash, levanta insegura su copa y dice, tratando de sonreír:

–Está... delicioso, Evelyn.

Stash no habla. Aunque probablemente se sienta incómodo en la mesa con nosotros, pues no se parece a los demás hombres de la habitación –no lleva el pelo peinado hacia atrás, tampoco lleva tirantes, ni gafas con montura de asta, y su ropa es negra y esta mal planchada, no tiene prisa por encender un puro, probablemente sea incapaz de conseguirse una mesa en Camols, debe de ganar una miseria–, con todo, su comportamiento carece de justificación y está sentado como si le hipnotizara el brillante trozo de sushi y, justo cuando por fin toda la mesa está a punto de ignorarle, de apartar la vista de él y ponerse a comer, se estira en la silla y dice en voz alta, señalando su plato con dedo acusador:

–¡Se mueve!

Timothy le lanza una mirada de un desprecio tan absoluto que yo no la puedo igualar, aunque reúno la suficiente energía para aproximarme. Vanden parece divertida y también, infortunadamente, Courtney, quien estoy empezando a pensar que encuentra atractivo a este mono, aunque supongo que si yo saliera con Luis Carruthers me pasaría lo mismo. Evelyn se ríe con toda naturalidad y dice:

–Oh, Stash, *eres* un terremoto –y luego pregunta, preocupada–: ¿Tempura? –Evelyn es ejecutiva de los servicios financieros de una empresa, por si a alguien le interesa.

–Tomaré un poco –le digo, y cojo un trozo de berenjena de la fuente, aunque no vaya comérmela porque está frita.

Los de la mesa se ponen a servirse, ignorando a Stash. Yo observo a Courtney mientras mastica y traga.

Evelyn, en un intento de iniciar una conversación, dice, después de lo que parece un largo silencio:

–Vanden va a Camden.

–¿De verdad? –pregunta Timothy, gélido–. ¿Dónde está eso? –En Vermont –responde Vanden, sin levantar la vista del periódico.

Miro a Stash para ver si le gusta la flagrante mentira de Vanden, pero se comporta como si no estuviera escuchando, como si se encontrara en otra habitación o en un club punk de los arrabales de la ciudad, pero consigue que al resto de la mesa sí le guste, lo que me molesta pues estoy casi seguro de que todos sabemos que se encuentra en New Hampshire.

–¿Dónde fuisteis *vosotros?* –dice Vanden suspirando, después de que ha quedado claro que a nadie le interesa Camden.

–Bueno, yo fui a Le *Rosay* –empieza Evelyn–, y luego seguí cursos de Economía en Suiza.

–Yo también sobreviví a unos cursos de Economía en Suiza –dice Courtney–. Pero yo estuve en Ginebra. Evelyn estuvo en Lausana.

Vanden deja el ejemplar de *Deception* junto a Timothy y suelta una risita desmayada y maligna, y aunque a mí me da un poco por el culo que Evelyn no encaje la condescendencia de Vanden y se la devuelva, el J&B me ha calmado la tensión hasta un punto en que no me preocupa no tener nada que decir. Probablemente, Evelyn cree que Vanden es encantadora, está confusa y perdida, es una *artista.* Price no come, tampoco Evelyn; a lo mejor por la cocaína, pero lo dudo. Mientras toma un trago de su copa, Timothy levanta el ejemplar de *Deception* y ríe ahogadamente para sí mismo.

–«La muerte del centro de la ciudad» –dice; luego, señalando cada una de las palabras del titular, añade–: ¿A quién coño le importa?

Yo espero automáticamente que Stash levante la vista de su plato, pero sigue mirando el solitario trozo de sushi, mientras sonríe para sí mismo y asiente con la cabeza.

–Oye –dice Vanden, como si la hubieran insultado–. *Eso* nos afecta.

–Nada de eso –dice Timothy, aleccionador–. ¿Nos afecta *eso?* ¿Y qué pasa con las matanzas de Sri Lanka, guapa? ¿No nos afectan también? ¿Qué pasa con Sri Lanka?

–Bueno, eso es un club del Village. –Vanden se encoge de hombros–. Sí, también nos afecta.

De repente, Stash se pone a hablar sin levantar la vista.

–Ese club se llama El *Tonka.* –Parece molesto, pero su voz es inexpresiva y baja, y sus ojos siguen clavados en el sushi–. Se llama El Tonka, no Sri Lanka. El Tonka.

Vanden baja la vista, luego dice sumisamente:

–Oh.

–Me refiero a que si no sabes nada de Sri Lanka. A que los sij están matando a toneladas de judíos allí –la aguijonea Timothy–. ¿No os afecta *eso?*

–¿Quiere alguien rollo kappamaki? –interrumpe Evelyn alegremente, con una fuente en la mano.

–Vamos, vamos, Price –digo yo–. Hay problemas más importantes que Sri Lanka de los que preocuparse. Seguro que nuestra política exterior es importante, pero hay problemas más apremiantes aquí mismo.

–¿Como cuáles? –pregunta él, sin apartar la vista de Vanden–. A propósito, ¿por qué hay un cubito de hielo en mi salsa de soja?

–No –empiezo yo, titubeando–. Bueno, tenemos que terminar con el apartheid de una vez. Y frenar la carrera de armas nuclear s, detener el terrorismo y el hambre del mundo. Asegurar una potente defensa nacional, evitar que el comunismo se extienda por Centroamérica, trabajar por un acuerdo de paz en Oriente Medio, evitar la intervención norteamericana en ultramar. Tenemos que asegurar que Estados Unidos sea una potencia mundial respetada. Eso no significa que haya que descuidar nuestros problemas domésticos, que son igual de importantes, si no *más.* Una atención mejor y más adecuada a los ancianos, controlar el sida y encontrarle cura, evitar los daños ambientales producidos por los desechos tóxicos y la contaminación, mejorar la calidad de la educación primaria y secundaria, reforzar las leyes contra el crimen y las drogas ilegales. También debemos asegurar que la clase media tenga acceso a la educación universitaria, y que los jubilados tengan seguridad social, aparte de preservar los recursos naturales y las zonas de bosque, y reducir la influencia de los comités de acción política.

Todos me miran incómodos, incluido Stash, pero estoy lanzado.

–Pero económicamente seguimos hechos un lío. Tenemos que encontrar el modo de disminuir la tasa de inflación y reducir el déficit comercial. También necesitamos proporcionar formación y trabajo a los desempleados, además de evitar que los empleos existentes los *ocupen* extranjeros indeseables. Tenemos que hacer de Estados Unidos el líder mundial de las nuevas tecnologías. Y al mismo tiempo, necesitamos promover el crecimiento económico y la expansión comercial y oponemos a los impuestos federales y controlar las tasas de interés, mientras proporcionamos oportunidades a las empresas pequeñas y controlamos las fusiones y las apropiaciones de las grandes empresas.

Price está a punto de escupir su *Absolut* después de este *co*mentario, pero *yo* trato de establecer contacto visual *con* cada uno de ellos, en especial *con* Vanden, que si se quitase esas mechas verdes y el cuero y consiguiera algo de color –puede que asistiendo a una clase de aerobic–, se pusiera una blusa, algo de Laura Ashley, *podría* resultar guapa. Pero ¿por qué se acuesta *con* Stash? Es un tipo torpe y pálido y tiene el pelo mal cortado y al menos pesa cin*co* kilos de más, y carece de tono muscular debajo de su camiseta negra.

–Pero tampoco podemos ignorar nuestras necesidades sociales. Hemos de evitar que la gente abuse de las ayudas sociales. Tenemos que proporcionar comida y alojamiento a los que no tienen hogar y oponemos a la discriminación racial y promover los derechos civiles mientras promovemos también la igualdad de derecho para las mujeres, aunque también debemos modificar las leyes del aborto para proteger el derecho a la vida, al tiempo que mantenemos de algún modo la libertad de elección de las mujeres. También tenemos que controlar el flujo de inmigrante s ilegales. Tenemos que incentivar el retorno a los valores morales tradicionales y frenar el sexo explícito en la televisión, el cine, la música popular, en todas partes. y: más importante aún, tenemos que promover un interés social general y evitar el materialismo de los jóvenes.

Termino mi copa. Todos se sientan frente a mí en un silencio total, Courtney sonríe y parece contenta. Timothy se limita a agitar la cabeza y parece aturdido. Evelyn está completamente desconcertada por el giro que ha tomado la conversación y aguarda, insegura, y pregunta si alguien quiere postre.

–Tengo... sorbete –dice, como si estuviera mareada–. De kiwi, carambola, chirimoya, higo chumbo y de, oh..., ¿cómo se llama? –Interrumpe su tono monótono de zombie y trata de recordar qué es lo último–. Ah, sí, pera japonesa.

Todos siguen en silencio. Tim me lanza una rápida ojeada. Yo miro a Courtney, luego de nuevo a Tim, luego a Evelyn. Evelyn cruza su mirada con la mía, luego mira con preocupación hacia Tim.

Yo también vuelvo a mirar a Tim, luego a Courtney y luego de nuevo a Tim, que me mira una vez más antes..de responder lentamente, con inseguridad:

–Pera chumba.

–Higo chumbo –le corrige Evelyn.

Yo miro con suspicacia a Courtney y después de que ella diga: Chirimoya.

Yo digo:

–Kiwi.

Y luego Vanden también dice:

–Kiwi.

Y Stash dice tranquilamente, aunque pronunciando cada sílaba muy claramente.

–Chocolate.

La preocupación que nubla la cara de Evelyn cuando oye esto queda instantáneamente remplazada por una máscara sonriente y evidentemente bondadosa, y dice:

–Oh, Stash, sabes que no tengo chocolate, aunque admito que es bastante *exótico* para un sorbete. He dicho que tengo chirimoya, *pera* chumba, carambola..., *quiero decir* higo chumbo...

–Ya lo sé. Te he oído. Te he oído –dice él, moviendo la mano–. Sorpréndeme.

–De acuerdo –dice Evelyn–. ¿Courtney? ¿Te importaría echarme una mano?

–Claro que no. –Courtney se levanta y me fijo en que sus zapatos rechinan en dirección a la cocina.

–Nada de puros, chicos –grita Evelyn.

–Pues vaya –dice Price, volviendo a guardarse el puro en el bolsillo de la chaqueta.

Stash sigue mirando el sushi con una intensidad que me inquieta y tengo que preguntarle, esperando que capte mi sarcasmo:

–¿Se ha vuelto a mover, o ha hecho algo?

Vanden ha hecho una cara de Smiley con todas las rodajas de rollo de California que ha amontonado en su plato, que levanta para que lo vea Stash, y pregunta:

–¿Rex?

–Tranquila –gruñe Stash.

Evelyn vuelve con los sorbetes en copas de margarita Odeon y con una botella sin abrir de Glenfiddich, que sigue sin abrir mientras tomamos los sorbetes. Courtney tiene que irse pronto para reunirse con Luis en una fiesta de la empresa, en Bedlam, un club nuevo del centro. Stash y Vanden se marchan poco después para ir «a pillar» algo en un sitio del Soho. El único que ve que Stash coge el trozo de sushi de su plato y se lo mete en el bolsillo de su cazadora verde oliva de aviador soy yo. Cuando se lo menciono a Evelyn, mientras ella llena el lavaplatos, me lanza tal mirada de odio que parece muy dudoso que hagamos sexo esta noche. Pero de todos modos me quedo. Lo mismo que Price, que ahora está tumbado en una alfombra Aubusson de fines del siglo XVIII tomando café exprés en una taza Ceralene en el suelo de la habitación de Evelyn. Yo estoy tumbado en la cama de Evelyn sujetando una almohada de Jenny B. Goode, con un vaso de arándanos y Absolut en la mano. Evelyn está sentada en su tocador cepillándose el pelo, con una túnica de seda y rayas verdes y blancas de Ralph Lauren que envuelve su muy atractivo cuerpo, y contempla su reflejo en el espejo.

–¿Soy el único al que le sorprendió el hecho de que Stash decidiera que su trozo de sushi era... –toso, luego añado–: un animal de compañía?

–Por favor, a ver si dejas de invitar a tus amigos «artistas» –dice Tim, fatigado–. Estoy cansado de ser el único de la cena que no ha tenido contactos extraterrestres.

–Fue sólo esta *vez* –dice Evelyn, observándose un labio, perdida en su propia y plácida belleza.

–Y en Odeon también –murmura Price.

Me pregunto vagamente por qué no me invitaron a la cena de artistas del Odeon. ¿Habría pagado Evelyn la cuenta? Probablemente. y de repente me imagino a una sonriente Evelyn, secretamente malhumorada, sentada a una mesa llena de amigos de Stash, todos ellos haciendo pequeñas casetas de perro con las patatas fritas o pretendiendo que su salmón a la plancha estaba vivo, por lo que movían el trozo de pescado por la mesa, mientras hablaban con los demás sobre el «ambiente artístico» y las nuevas galerías; puede que hasta trataran de meter el pescado en la caseta de perro hecha con patatas fritas... .

–Si lo recuerdas bien, no los había vuelto a ver –dice Evelyn. –No, pero Bateman es tu novio, así que contaba –dice Price soltando una risotada, y yo le tiro la almohada. Él la agarra y me la vuelve a tirar.

–Deja a Patrick en paz. Es un buen chico –dice Evelyn, untándose la cara con una especie de crema–. Tú no eres un extraterrestre, ¿verdad, cariño?

–¿Debería dignificar esa pregunta con una respuesta? –le digo yo, suspirando.

–Oh, cariño. –Evelyn hace un puchero al espejo, mirándome con su reflejo–. Ya sé que no eres un extraterrestre.

–Es un alivio –murmuro para mí mismo.

–No, pero Stash estaba en Odeon aquella noche –continúa Price, y luego me mira–. En Odeon. ¿Estás escuchándome, Bateman?

–No, no te *escuchaba* –dice Evelyn.

–Sí me *escuchaba,* pero el de esa vez no se llamaba Stash. Se llamaba Horseshoe o Magnet o Lego o algo *igualmente* adulto –dice burlonamente Price–. Lo he olvidado.

–Timothy, ¿adónde quieres ir a parar? –pregunta Evelyn, cansada–. No estoy escuchándote. –Humedece una bola de algodón y se la pasa por la frente.

–No, estábamos en Odeon. Price se sienta con cierto esfuer*zo*–. y no me preguntéis por qué, pero recuerdo claramente que pidió el *cappuccino* de atún.

–*Carpaccio* –le corrige Evelyn.

–No, Evelyn querida, amor de mi vida. Recuerdo claramente que le oí pedir el *cappuccino* de atún –dice Price, mirando al techo.

–Dijo *carpaccio* –le lleva la contraria Evelyn, pasándose el algodón por los párpados.

–*Cappuccino* –insiste Price–. Hasta que *tú* le corregiste.

–Pero si esta noche, al llegar, ni siquiera lo reconocías... –dice ella.

–Pero le recuerdo –dice Price, volviéndose hacia mí–. Evelyn le describió como «el atleta bondadoso». Así fue como nos lo presentó. Lo juro.

–Oh, cállate ya –dice ella, aburrida, pero mira a Timothy desde el espejo y le sonríe coqueteando.

–Lo que quiero decir es que dudo que Stash salga en las páginas de sociedad de W, que según me parece a mí constituyen tu criterio para elegir a los amigos –dice Price, devolviéndole la mirada y sonriendo con una mueca de lobo lujurioso. Yo me concentro en los arándanos y el Absolut que tengo en la mano y que parece como un vaso de sangre aguada con hielo y una rodaja de limón.

–¿Cómo van las cosas entre Courtney y Luis? –pregunto, *es*perando que dejen de mirarse.

–Oh, Dios mío –gime Evelyn, dando la espalda al espejo–. Lo que de verdad es *espantoso* no es que a Courtney ya *no* le guste Luis. Es que...

–¿Que cancelaron su cuenta en Bergdorf's? –pregunta Price.

Yo me río. Nos damos una palmada en la mano uno al otro.

–No –continúa Evelyn, también divertida–. Es que ella está enamorada de su *agente* inmobiliario. Un *amanerado* que va a The Feathered Nest.

–Courtney podría tener problemas –dice Tim, examinando la reciente labor de su manicura, pero, Dios mío, qué es;.. *Vanden.*

–Oh, no *saques* eso a relucir –solloza Evelyn, y se pone a cepillarse el pelo.

–Vanden es un cruce entre... The Limited y... Benetton de segunda mano –dice Price, alzando las manos, con los ojos cerrados.

–No –digo yo, sonriendo, tratando de incorporarme a la conversación–. Fiorucci de segunda mano.

–Sí –dice Tim–. Eso opino yo. ,–Sus ojos, ahora abiertos, recorren el cuerpo de Evelyn.

–Timothy, no sigas con eso –dice Evelyn–. Estudia en *Camden.* ¿Qué *esperabas?*

–Dios mío –protesta Timothy–. Estoy harto de oír hablar de los problemas de las chicas de *Camden.* Ay, mi novio, le quiero pero él quiere a otra y, oh; cuánto le *echo de menos* y él me ignora y bla bla bla bla bla..., Dios mío, qué aburrido. Cosas de estudiantes. Es importante, ¿sabes? Es triste. ¿No crees, Bateman?

–Sí, es importante. Y es triste.

–¿Ves? Bateman está de acuerdo conmigo –dice Price, afectadamente.

–Oh, *no* lo está. –Evelyn se limpia con un Kleenex la crema con la que se ha untado–,. Patrick *no* es cínico, Timothy. Es un buen chico, ¿verdad, cariño?

–No, no lo soy –susurro para mí mismo–. Soy un jodido psicópata malvado.

–¿Y qué? –dice Evelyn, suspirando–. Ella tampoco es la chica más brillante del mundo.

–¡Ja! ¡La reserva intelectual de este siglo! –exclama Price–. Pero Stash tampoco es el tipo más brillante. Una pareja perfecta. ¿Se conocieron gracias a la sección de contactos de un periódico o algo así?

–Déjalos en *paz* –dice Evelyn–. Stash tiene talento y estoy segura de que infravaloras a Vanden.

–Es una chica... –Price se vuelve hacia mí–. Oye, Bateman, es una chica..., me lo dijo Evelyn..., es una chica que alquiló *El infierno blanco* porque creyó que era una película... –se atraganta– sobre traficantes de cocaína.

–Me has dejado tieso –digo yo–. Pero ¿sabemos cómo se gana la vida Stash? Por cierto, supongo que tendrá apellido, aunque no me lo dijo, ni lo quiero saber, Evelyn.

–Lo primero de todo es que es *absolutamente* decente y encantador –dice Evelyn en su defensa.

–Un hombre que pidió *sorbete de chocolate,* ¡por el amor de Dios! –exclama Timothy, incrédulo–. ¿De qué estás hablando? Evelyn ignora esto, y se quita sus pendientes Tina Chow. –Es escultor –se limita a decir.

–Coño –dice Timothy–. Recuerdo haber hablado con él en Odeon. –Se vuelve nuevamente hacia mí–. Fue cuando pidió el *cappuccino* de atún, y estoy seguro de que hubiera sido capaz de pedir salmón *au lait,* y me dijo que *organizaba* fiestas, lo que técnicamente lo convierte..., no sé, corrígeme si me equivoco, Evelyn..., en *un proveedor. ¡Es un proveedor!* –exclama Price–. ¡No un jodido escultor!

–Oh, por dios, *tranquilízate* –dice Evelyn, untándose la cara con más crema.

–Es como si dices que tú eres *poeta.* – Timothy está borracho y yo estoy empezando a preguntarme cuándo se largará.

–Bueno –empieza Evelyn–. Me he enterado...

–¡Eres una jodida procesadora de textos! –estalla Tim. Se acerca a Evelyn y se agacha junto a ella, contemplando su reflejo en el espejo.

–¿No has engordado, Tim? –pregunta Evelyn, pensativa. Estudia la cabeza de Tim en el espejo y dice–: Tienes la cara como... más redonda.

Timothy, como venganza huele el cuello de Evelyn y pregunta:

–¿Qué es este olor... fascinante?

–Obsession. –Evelyn sonríe, coqueteando, y aparta suavemente a Timothy–. Es *Obsession.* Patrick, quítame a tu amigo de encima.

–No, no, espera –dice Timothy, olfateando ruidosamente–. No es *Obsession.* Es..., es... –y luego, con una mueca de horror, añade–: Es..., oh, Dios mío, es *¡Q. T. Instatan!* ¡Quieres ponerte morena con potingues!

Evelyn considera sus posibilidades. Contempla la cabeza de Price una vez más.

–¿Se te está cayendo el pelo?

–Evelyn –dice Tim–. No cambies de tema... –y luego, auténticamente preocupado–. Ahora que lo dices..., ¿usaré demasiado gel? –Se pasa la mano por el pelo, inquieto.

–Podría ser –dice Evelyn–. Y ahora, haz el favor de *sentarte.*

–Bueno, por lo menos no es verde y no he tratado de cortármelo con el cuchillo del pan –dice Tim, refiriéndose a las mechas de Vanden y, al penoso corte de pelo de Stash. Un corte de pelo que es penoso porque es barato.

–¿Has engordado? –pregunta Evelyn, esta vez con más seriedad.

–Cristo bendito –dice Tim, a punto de darse la vuelta, ofendido–. No, Evelyn.

–Pues tienes la cara... más redonda –asegura Evelyn–. Con los rasgos menos... marcados.

–No lo creo –dice Tim.

Se contempla atentamente en el espejo. Evelyn continúa cepillándose el pelo, pero lo hace con menos intensidad porque está mirando a Tim. Éste se da cuenta y le huele la nuca y me parece que le da un lametazo rápido y hace una mueca de disgusto.

–¿No es *Q.T.*? –pregunta–. Vamos, dime que sí. Huele a eso. –No –dice Evelyn, sin sonreír–. Eso es lo que usas *tú.* –No. No lo uso por cuestión de principios. Vaya un salón de bronceado. Te lo aseguro –dice él–. La que usa Q.T. eres *tú.* –Estás proyectándome lo que haces *tú* –dice ella, débilmente. –Ya te lo he dicho –insiste Tim– Vaya un salón de bronceado. Quiero decir que sé que es caro, pero... –Price se pone pálido.

–Oh, eres muy *valiente* por admitir que vas a un salón de bronceado –dice Evelyn.

–Q.T. –dice él, atragantándose.

–No sé de qué me estás hablando –dice Evelyn, y vuelve a cepillarse el pelo–. Patrick, acompaña a tu amigo a la puerta.

Ahora Price está de rodillas y huele y olfatea las piernas de Evelyn, mientras ella se ríe. Yo me pongo tenso.

–Dios mío –murmura ella–. *Fuera* de aquí.

–Estás *naranja.* –Price se ríe, de rodillas, con la cabeza en el regazo de Evelyn–. Pareces *naranja.*

–*No* lo estoy –dice ella, con una voz que es un prolongado gruñido de dolor, de éxtasis–. Estúpido.

Yo sigo tumbado en la cama mirándolos a ambos. Timothy se apoya en su regazo y trata de meter su cabeza debajo de la túnica Ralph Lauren. Evelyn tiene la cabeza echada hacia atrás y trata de apartado, pero de un modo juguetón, mientras le pega levemente en la espalda con su cepillo de pelo Jan Hové. Estoy casi seguro de que Timothy y Evelyn tienen una aventura. Timothy es la única persona interesante que conozco.

–Tienes que marcharte –dice ella por fin, jadeando. Ha dejado de pelearse con él.

Price alza la vista hacia ella, con una sonrisa resplandeciente y llena de dientes, y dice:

–Lo que la señora ordene.

–Gracias –dice ella, con una voz que me suena a decepción. Él se pone de pie.

–¿Cenamos? ¿Mañana?

–Tendré que preguntárselo a mi novio –dice ella, sonriéndome desde el espejo.

–¿Llevarás ese vestido negro tan sexy de Anne Klein? –pregunta él, poniéndole las manos en los hombros y susurrándoselo al oído, mientras la huele–. Bateman no será bienvenido.

Yo me río bondadosamente mientras me levanto de la cama, y le acompaño afuera de la habitación.

–¡Espera! ¡Mi café exprés! –grita él.

Evelyn se ríe, luego palmotea como si le gustara la resistencia de Timothy a marcharse.

–Vamos, amigo mío –digo yo, mientras le empujo bruscamente por el dormitorio–. Es hora de irse a la cama.

Price todavía se las arregla para tirarle un beso a Evelyn antes de que me libre de él. Está totalmente en silencio puando le hago salir de la casa.

Después de que se haya marchado, me sirvo un brandy en una copa labrada italiana y, cuando vuelvo al dormitorio, encuentro a Evelyn tumbada en la cama, viendo «Teletienda». Me tumbo junto a ella y me aflojo la corbata Armani. Por fin le pregunto, pero sin mirarla:

–¿Por qué no echaste a Price?

–Dios mío, Patrick –dice ella, con los ojos cerrados–. ¿Qué pasa con *Price*? –y dice esto de un modo que me hace pensar que se ha acostado con él.

–Es rico –digo yo.

– *Todo el mundo* es rico –dice ella, concentrada en la pantalla del televisor.

–Y es guapo –le digo.

– *Todo el mundo* es guapo, Patrick –dice ella, ausente. –Tiene un cuerpo estupendo –digo.

– Ahora *todo el mundo* tiene un cuerpo estupendo –dice ella.

Dejo la copa en la mesilla de noche y me deslizo encima de ella. Mientras la beso y le chupo el cuello, ella mira desapasionadamente la enorme pantalla Panasonic del aparato de televisión por control remoto, y baja el volumen. Me quito la camisa Armani y pongo su mano en mi torso, deseando que note que está duro como una piedra y que tengo el estómago *plano,* y tenso los músculos, contento de que esté encendida la luz y pueda ver lo moreno que estoy y lo marcado que se me ha puesto el abdomen.

–¿Sabes? –dice ella, con claridad–. Stash ha dado positivo en los análisis del sida. Y... –Hace una pausa, pues algo de la pantalla ha atraído su interés; el volumen sube ligeramente y luego vuelve a bajar–. Y... creo que esta noche se va a acostar con Vanden.

–Dios mío –digo yo, mordiéndole suavemente el cuello, con una de mis manos en un pecho firme y frío.

–Eres malo –dice ella, ligeramente excitada, pasando las manos por mis anchos y fuertes hombros.

–No –susurro yo–. Sólo tu novio.

Después de intentar hacer sexo con ella durante unos quince minutos, decido renunciar.

Ella dice:

–¿Sabes? Uno siempre puede estar en mejor forma.

Cojo la copa de brandy. La termino. Evelyn es adicta al Parnate, un antidepresivo. Me quedo allí tumbado junto a ella viendo «Teletienda» –muñecas de cristal, almohadas con encaje, lámparas en forma de balones de rugby, Lady Zirconia– sin sonido. Evelyn empieza a desvariar.

–¿Usas minoxidil? –pregunta, después de largo rato.

–No. No lo uso –digo–. ¿Por qué iba a usado?

–Parece como si estuvieras perdiendo pelo –murmura ella.

–Pues no –me encuentro diciendo. Es difícil de entender. Tengo un pelo muy abundante y no puedo decir que esté quedándome sin él. La verdad es que dudo de que sea cierto.

Vuelvo a mi casa y le deseo buenas noches a un portero que no conozco (podría ser cualquiera) y luego entro en mi cuarto de estar desde el que se domina la ciudad. El sonido de los Tokens cantando «The Lion Sleep Tonight» llega desde las luces de la máquina de discos Wuditzer 1015 (que no es tan buena como la Wuditzer 850, tan difícil de encontrar) que está en el rincón del cuarto de estar. Me masturbo pensando primero en Evelyn, luego en Courtney, luego en Vanden y luego otra vez en Evelyn, pero justo antes de correrme –un orgasmo poco intenso– pienso en una modelo casi desnuda que he visto hoy en un anuncio de Calvin Klein.

Por la mañana

Con las primeras luces de un amanecer de mayo, éste es el aspecto que tiene el cuarto de estar de mi apartamento: encima de la chimenea de mármol blanco y granito con fuego de gas cuelga un David Onica original. Es un retrato de un metro ochenta por un metro veinte de una mujer desnuda –en el que predominan los grises y verdes oliva apagados– que está sentada en una tumbona viendo la cadena de vídeos musicales. El fondo es un paisaje marciano, un fulgurante desierto malva con peces muertos y destripados, y varios platos rotos dispersos por él, que se alza como unos fuegos artificiales por encima de la cabeza amarilla de la mujer. Todo ello con un marco de aluminio negro. El cuadro domina un largo sofá blanco y un televisor digital Toshiba de treinta pulgadas; es un modelo de alto contraste y alta definición que tiene incorporado un sistema de vídeo con tubo de tecnología punta de NEC con sistema de efecto digital imagen a imagen (más congelación de imágenes); el audio incluye un MTS incorporado a su estructura con amplificador de cinco vatios por canal. Un vídeo Toshiba se encuentra en una estructura de cristal debajo del televisor; es un modelo Beta de banda super y tiene incorporado un sistema de montaje, que incluye un generador de caracteres con memoria de ocho páginas, grabadora y reproductora de alta definición, y programador temporal para tres semanas y ocho posibles grabaciones. Hay una lámpara halógena en cada uno de los rincones del cuarto de estar. Persianas venecianas blancas cubren las ocho ventanas

que van del suelo al techo. Delante del sofá hay una mesa baja con la parte de arriba de cristal y patas de roble de Turchin, con animales de cristal Steuben situados estratégicamente entre los carísimos ceniceros de cristal de Fortunoff, aunque yo no fumo. Junto a la máquina de discos Wurlitzer hay un gran piano de concierto Baldwin de ébano negro. El suelo de todo el apartamento es de brillante roble blanco. En el otro extremo del cuarto, junto a un escritorio y un revistero de Gio Ponti, hay un sistema estéreo completo (lector de CD, pletina, sintonizador, amplificador) de Sansui con bafles de un metro ochenta Duntech Sovereign 2001 de palisandro brasileño. Un futón encima de una estructura de roble ocupa el centro del dormitorio. Pegado a la pared hay un aparato Panasonic de treinta y una pulgadas con pantalla superplana y sonido estéreo y, debajo de él, en una estructura de cristal, hay un vídeo Toshiba. No estoy seguro de si la hora que marca el despertador digital Sony es correcta, conque tengo que sentarme y mirar la parpadeante hora del vídeo, luego coger el teléfono Ettore Sottrass que descansa en la mesilla de acero y cristal situada junto a la cama y marcar el número del servicio de la hora. En una esquina hay un sillón de cuero crema, acero y madera, diseñado por Eric Marcus, y en la otra un sillón de madera contrachapada moldeada. Una alfombra beige y blanca con puntos negros de Maud Sienna cubre la mayor parte del suelo. Una pared está tapada por cuatro hileras de cajones inmensos de caoba blanca. En la cama, llevo puesto un pijama de seda de Ralph Lauren, y cuando me levanto me pongo una antigua bata de tela escocesa y me dirijo al cuarto de baño. Meo mientras trato de distinguir mi reflejo en el cristal del anuncio del partido de béisbol enmarcado de encima del retrete. Después de cambiarme, poniéndome unos pantalones de boxeador Ralph Lauren y un jersey Fair Isle, y deslizar los pies dentro de unas zapatillas de seda con diseño de lunares de Enrico Hidolin, me sujeto una bolsa de hielo de plástico a la cara e inicio los ejercicios de estiramientos de la mañana. Después me pongo delante de un lavabo de cromo y acrílico Washmobile –con jabonera, sujetavasos y raíles que sirven de toalleros, que compré en Hastings Tile y que utilizo mientras me pulen los lavabos de mármol que encargué en Finlandia– y contemplo mi reflejo con la bolsa para hielo todavía puesta. Echo un poco de Plax fórmula antiplaca en un vaso de acero inoxidable y me enjuago con él la boca durante treinta segundos. Luego pongo Rembrandt en un cepillo de dientes de concha de tortuga falsa y empiezo a cepillarme los dientes (¿usé el hilo dental ayer por la noche?), y me enjuago con Listerine. Luego me miro las manos y uso un cepillo de uñas. Me quito la bolsa de hielo y uso una loción limpiadora y dilatadora de los poros, luego una máscara facial de hierba de menta que me dejo puesta diez minutos mientras me observo las uñas de los dedos de los pies. Luego uso el cepillo de dientes eléctrico Probright y el abrillantador Interplak (esto, además del cepillo de dientes) que tiene una velocidad de 4.200 rpm y cambia de dirección cuarenta y seis veces por segundo; las cerdas más largas limpian el espacio interdental y masajean las encías, mientras que las más cortas frotan la superficie de los dientes. Vuelvo a enjuagarme, con Cepacol. Me quito la máscara facial con una esponjita renovadora de menta. La ducha tiene una cabeza universal omnidireccional que se ajusta dentro de una escala vertical de diez centímetros. Está hecha de latón australiana dorado y negro, y cubierta por una terminación de esmalte blanco. En la ducha, primero uso un gel limpiador, luego un limpiador corporal de miel y almendra, y para la cara, un gel exfoliador. El champú Vidal Sassoon es especialmente bueno para quitar las escamas de sudor seco, las sales, aceites, suciedad y contaminantes aéreos que pueden cargar el pelo y dañar el cuero cabelludo, lo que hace que parezcas mayor. El acondicionador también es bueno —; la tecnología de la silicona permite disfrutar de las ventajas de Un acondicionador sin que te dé volumen al pelo, lo que también te hace parecer mayor–. Los fines de semana o antes de una cita, prefiero usar el champú revita1izante natural, acondicionador y complejo nutriente Greune, y el acondicionador Complex: Son preparados que contienen D–pantheno1, un factor de complejo de vitamina B; polisorbate 80, un agente limpiador para el cuero cabelludo, e hierbas naturales. Este fin de semana tengo planeado ir a Bloomingdale's o Bergdorf's y, siguiendo consejos de Evelyn, compraré un champú y suplemento Foltene European para hacer más fino el pelo, que contiene un complejo de hidratos de carbono que penetran en las raíces del pelo y mejoran la fuerza y el brillo. También el tratamiento enriquecedor del pelo Vivagen, un nuevo producto Redken que evita los depósitos minerales y prolonga el ciclo

vital del pelo. Luis Carruthers me recomendó el sistema Aramis Nutriplexx, un complejo nutriente que contribuye a mejorar la circulación. Una vez fuera de la ducha y después de secarme con la toalla, vuelvo a ponerme los pantalones de boxeador Ralph Lauren y, antes de echarme el Mousse A Raiser, una crema de afeitar de Pour Hommes, me aplico una toallita caliente en la cara durante dos minutos para ablandar los pelos de la barba. Luego siempre me pongo un hidratante (Clinique es el que prefiero) y lo dejo actuar durante un minuto. Puedes quitártelo o dejado y aplicar la crema de afeitar encima –preferiblemente con una brocha, que ablanda la barba–, algo que encuentro que facilita el afeitado. También evita que el agua se evapore y reduce la fricción entre la piel y la hoja de afeitar. Siempre humedezco la hoja con agua caliente antes del afeitado y me afeito en la dirección en que crece la barba, apretando suavemente la piel. Dejo las patillas y la barbilla para el final, pues las patillas son más duras y necesitan más tiempo para ablandarse. Enjuago la hoja y quito el exceso de agua antes de empezar. Después me echo agua fría a la cara para suprimir cualquier rastro de espuma. Debe usarse una loción para después del afeitado sin alcohol o con muy poco. No debe usarse jamás colonia para la cara, pues su elevado contenido de alcohol reseca la piel y te hace parecer mayor. Uno debe aplicarse un tonificante antibacteriano sin alcohol con un algodón humedecido en agua para normalizar la piel. Aplicar un hidratante es el paso final. Enjuáguese la cara con agua antes de aplicar una loción emoliente para suavizar la piel y proteger el hidratante.

Luego aplíquese Gel Apaissante, fabricado también por Pour Hommes, que es una excelente loción sedante de la piel. Si la cara parece seca y escamosa –lo que hace parecer opaco y mayor– úsese una loción clarificadora que elimina las es camitas y descubre la piel más fina (algo que también hace que tu bronceado parezca más intenso). Luego aplíquese un bálsamo antiedad de ojos (Baume Des Yeux), seguido de una loción final humidificadora «protectora». Yo uso una loción para el cuero cabelludo después de secarme el pelo con la toalla. También ahueca un poco el pelo y le da cuerpo y firmeza (pero sin dejado pegajoso), y luego añado más loción, dándole forma al pelo con un cepillo de cerda natural Kent, y por fin me lo peino hacia atrás con un peine de dientes anchos. Me vuelvo a poner el jersey Fair Isle y deslizo nuevamente los pies dentro de las zapatillas de seda con lunares negros, y luego me dirijo al cuarto de estar y pongo el nuevo Talking Heads en el lector de CD, pero patina ligeramente, de modo que lo saco y aplico un limpiador de lentes lectoras láser. Las lentes lectoras láser son muy sensibles y padecen debido a pelos o suciedad o humo o contaminantes o humedad, y si están sucias pueden leer inadecuadamente un CD, haciendo ciertos pasajes inaudibles, variando la velocidad y provocando una distorsión general; el limpiador de lentes lectoras tiene un cepillo limpiador que seca línea automáticamente con las lentes mientras el disco gira para eliminar residuos y partículas. Cuando vuelvo a poner el CD de Talking Heads, funciona perfectamente. Recojo el ejemplar de *USA Today* que han dejado en la puerta y lo llevo a la cocina donde tomo dos Advil, un complejo vitamínico y una tableta de potasio, tragándolos con una botella grande de agua Evian que bebo sin vaso, pues la criada, una vieja china, se olvidó de poner en marcha el lavaplatos ayer antes de irse, y luego tengo que tomar el zumo de limón y pomelo en una copa de vino Sto Rémy que compré en Baccarat. Miro el reloj de neón de encima deja nevera para asegurarme de que tengo tiempo suficiente para desayunar sin prisa. De pie en la cocina, me como un kiwi y una peramanzana japonesa (cuestan cuatro dólares cada una en Gristede's) que saco de unas cajas de aluminio diseñadas en Alemania. Saco un bollo de salvado, un sobrecito de té de hierbas sin cafeína y una caja de avena y salvado de uno de los grandes armarios con puertas de cristal que ocupan casi por entero una pared de la cocina, completados con estantes de acero inoxidable y cristal y metal soplado con arena, enmarcados en metal azul grisáceo oscuro. Me como la mitad del bollo de salvado después de pasado por el microondas y ligeramente cubierto por una leve capa de mantequilla de manzana. Sigue un tazón de avena y salvado con germen de trigo y leche de saja; otra botella de agua Evian y una taza pequeña de té descafeinado después de eso. Junto al tostador de pan Panasonic y a la cafetera Saltan Pop–Up está la cafetera exprés de plata de ley Cremina (que, extrañamente, todavía está caliente) que compré en Hammacher Schlemmer (la taza de acero inoxidable para el exprés que conserva el calor, y el plato y la cucharilla están junto al fregadero, sucias), y el microondas Sharp modelo R–1810A Carousel II con

placa giratoria que uso cuando caliento la otra mitad del bollo de avena. Junto al tostador Salton Sonata y el procesador de alimentos Cuisinart Little Pro y el exprimidor Acme Supreme y la licuadora Cordially y ours, está la tetera de alta presión de acero inoxidable que hace sonar «Té para dos» cuando el agua está a punto y con la que me preparo otra taza de té descafeinado de manzana y canela. Durante lo que parece bastante tiempo contemplo el cuchillo Black & Decker Handy que está en la repisa junto al fregadero, enchufado en la pared: es un pelador troceador con varios apliques, una hoja de sierra, una hoja para escalopes y un mango recargable. El traje que me pongo hoyes de Alan Flusser. Es un traje de los ochenta, que es una versión puesta al día del estilo de los treinta. La nueva versión ha ensanchado los hombros, ampliado el pecho, y recorta la espalda. Las solapas blandas deben de tener unos diez centímetros de ancho con las puntas .terminando cerca de las hombreras. Utilizadas adecuadamente en los trajes cruzados, las solapas en punta se consideran más elegantes que las menos marcadas. Los bolsillos tienen un diseño de doble ancho –encima de la cartera hay una hendidura con un adorno a cada lado a base de estrechas franjas de tela–. Cuatro botones forman un cuadrado en el delantero; encima de él, hacia donde se cruzan las solapas, hay dos botones más. Los pantalones tienen profundos pliegues y caen sueltos con objeto de continuar el vuelo de la ancha chaqueta. Los tirantes se ajustan perfectamente detrás. La corbata es de seda con lunares, diseñada por Valentino Coutere. Los zapatos son mocasines de cocodrilo de A. Testoni. Mientras me visto, en la televisión aparece el programa de Patty Winters. Hoy los invitados son mujeres con múltiples personalidades. Una mujer mayor muy gorda e indescriptible aparece en la pantalla y se oye la voz de Patty que le pregunta:

–Bueno, ¿se trata de esquizofrenia, o de qué? *Explíquenoslo.*

–No, no. Los que tienen personalidades múltiples *no* son esquizofrénicos –dice la mujer, negando con la cabeza–. *No* somos peligrosos.

–Bien –empieza Patty, manteniéndose de pie entre el público, con el micrófono en la mano–. ¿Quién era usted el mes pasado?

–El mes pasado parecía que por lo general era Polly –dice la mujer.

Corte al público, la cara preocupada de un ama de casa; antes de que se vea en el monitor, nuevo corte a la mujer de múltiple personalidad.

–Bien –continúa Patty–, ¿y *ahora* quién es?

–Bueno... –La mujer empieza cansinamente, como si estuviera aburrida de que le hagan esa pregunta, como si ya la hubiera contestado una y otra vez y siguieran sin creerla–. Bueno, este mes soy... Lambchop. Casi siempre... Lambchop.

Una larga pausa. La cámara corta a un primer plano de una asombrada ama de casa que mueve la cabeza, mientras otra ama de casa le susurra algo.

Los zapatos que llevo son mocasines de cocodrilo de A. Testoni. Al coger mi impermeable del armario del vestíbulo, encuentro un pañuelo de cuello Burberry y una gabardina a juego con el dibujo de una ballena (algo que podría llevar un niño), y tiene una mancha de algo que parece sirope de chocolate seco por delante, oscureciéndole las solapas. Cojo el ascensor y bajo al portal, mientras le doy cuerda a mi Rolex haciendo pequeños movimientos de muñeca. Le digo buenos días al portero, salgo y llamo a un taxi, dirigiéndome hacia Wall Street.

Harry's

Price y yo bajamos andando por Hannover Street en los momentos más oscuros del crepúsculo y, como guiados por radar, nos dirigimos en silencio hacia Harry's. Timothy no ha dicho nada desde que dejamos P & P. Ni siquiera hace el menor comentario sobre el horrible vagabundo que está acurrucado debajo de un Dumpster de Stone Street, aunque suelta un desagradable silbido a una mujer –tetas grandes, rubia, buen culo, tacones altos– que se dirige a Water Street. Price parece nervioso y no me apetece preguntarle qué le pasa. Lleva un traje de lino de Canali Milano, una camisa de algodón de Ike Behard, una corbata de seda de Bill Blass y unos zapatos con cordones de Brooks Brothers. Yo llevo un traje ligero de lino con pantalones de pinzas, una camisa de algodón, una corbata de seda, todo ello de Valentino Couture, y zapatos perforados de Allen–Edmonds. Una vez en Harry's vemos a David van Patten y a Craig McDermott en una mesa de delante. Van Patten lleva una chaqueta cruzada sport de lana y seda, pantalones con bragueta de botones de lana y seda con las pinzas invertidas de Mark Valentino, una camisa de algodón de Gitman Brothers, una corbata de seda a lunares de Bill Bass y zapatos de cuero de Brooks Brothers. McDermott lleva un traje de lino con pantalones de pinzas, una camisa de algodón y lino de Basile, una corbata de seda de Joseph Abboud y mocasines de avestruz de Susan Bennins Warren Edwards.

Ambos están inclinados sobre la mesa, escribiendo en el reverso de servilletas de papel, con un whisky escocés y un martini situados respectivamente delante de ellos. Nos saludan con la mano. Price deja su attaché Tumi de cuero en una silla vacía y se dirige hacia la barra. Le grito para que me pida un J&B con hielo y luego me siento con Van Patten y McDermott.

–Hola, Bateman –dice Craig, con una voz que sugiere que éste no es su primer martini–. ¿Es apropiado llevar mocasines con borlas con un traje formal, o no? No me mires como si estuviera loco.

–Mierda, *no* se lo preguntes a Bateman –protesta Van Patten, agitando una pluma de oro Cross delante de la cara y dando un sorbo ausente a su copa de martini.

–¿Van Patten? –dice Craig. –¿Qué?

McDermott duda, luego dice: –Cállate la boca –con voz inexpresiva.

–¿Qué os jode tanto? –Localizo a Luis Carruthers de pie en la barra junto a Price, que le ignora ostensiblemente. Carruthers no va bien vestido: traje cruzado de lana con doble fila de botones, creo que de Chaps, una camisa a rayas de algodón y una corbata de lazo de seda, aparte de gafas con montura de asta de Oliver Peoples.

–Bateman, vamos a mandar estas preguntas a GQ –empieza Van Patten.

Luis me localiza, sonríe débilmente, luego, si no me equivoco, se ruboriza y se vuelve hacia la barra. Los camareros siempre ignoran a Luis por algún motivo.

–Hemos apostado a ver cuál de nosotros aparece el primero en la columna de preguntas y respuestas, y ahora estoy esperando una respuesta. *¿Qué crees tú?* –pregunta McDermott.

–¿Sobre *qué?* –pregunto yo, irritado.

–Mocasines con borlas, carapijo –dice él.

–Bueno, veréis, chicos... –Mido cuidadosamente las palabras–. Los mocasines con borlas son tradicionalmente un calzado sport... –Vuelvo a mirar a Price, que espera ansioso su copa. Trata de pasar junto a Luis sin mirarle, pero Luis le tiende la mano. Price sonríe, dice algo y se aleja deprisa en dirección a nuestra mesa. Luis vuelve a intentar atraer la atención del camarero y nuevamente fracasa.

–Pero se han vuelto aceptables por lo populares que son, ¿o no?– pregunta Craig con vehemencia.

–Sí –asiento con la cabeza–. Siempre que no sean negros o de cordobán están bien.

–¿Y los marrones? –pregunta Van Patten, desconfiadamente. Pienso en esto y luego digo:

–Demasiado deportivos para un traje formal.

–¿De qué habláis, so maricones? –pregunta Price. Me tiende la copa y luego se sienta, cruzando las piernas.

–De acuerdo, de acuerdo –dice Van Patten–. Lo que yo pregunto es *esto.* Tiene dos partes. –Hace una pausa dramática–. ¿Los cuellos redondos son demasiado formales o demasiado deportivos? Segunda parte, ¿qué tipo de nudo de corbata les va mejor?

Un Price aturdido, con una voz todavía tensa, responde rápidamente con una pronunciación exacta, clara, que se puede oír sobre el estrépito de Harry's.

–Son versátiles y se pueden llevar tanto con trajes como con chaquetas sport. Pueden ser adecuados para ocasiones formales y debe añadirse un pasador si son especialmente formales. –Hace una pausa, suspira; parece como si hubiera visto a alguien. Me vuelvo para ver quién *es.* Price continúa–: Si se llevan con un blazer entonces el cuello debe parecer blando y se pueden llevar con o sin pasador. Como son tradicionales, lo mejor es que se equilibren con un nudo de corbata relativamente pequeño. –Da un sorbo a su martini, vuelve a cruzar las piernas–. ¿La siguiente pregunta?

–Invítale a una copa –dice McDermott, evidentemente impresionado.

–¿Price? –dice Van Patten.

–¿Qué? —dice Price, recorriendo el local con la vista.

..–No tienes precio.

–Oídme –digo yo–. ¿Adónde vamos a cenar?

–He comprado la siempre fiable guía Zagat –dice Van Patten, sacando la agenda púrpura del bolsillo y agitándola delante de Timothy.

–Estupendo –dice Price secamente.

–¿Qué vamos a cenar? –Soy yo…

–Algo rubio con grandes tetas. –Price.

–¿Qué tal ese bistró salvadoreño? –McDermott.

–Oídme, podríamos pasarnos por Tunnel después, así que algo que quede cerca de allí. –Van Patten.

–No, mierda –empieza McDermott–. ¿Vamos a ir a Tunnel?

La semana pasada me ligué a esa chica de Vassar...

–No, Dios mío, *otra vez* no –protesta Van Patten.

–¿Cuál es tu problema? –interviene, agresivo, McDermott. –También *estaba* yo. No me apetece *volver* a oír esa historia– dice Van Patten.

–Pero nunca te he contado lo que pasó *después* –dice McDermott, enarcando las cejas.

–¿Cuándo estuvisteis? –pregunto yo–. ¿Por qué no me invitaron a mí?

–Andabas muy ocupado con ese jodido *ligue,* y ahora calla la boca y escucha, La cosa fue que me ligué a esa chica de Vassaren Tunnel..., muy caliente, grandes tetas, piernas estupendas, una tía buena en pequeño..., y la invité a un par de kirs de champán y ella había venido a la ciudad por las

vacaciones de primavera y me la chupó prácticamente en el Chandelier Roomy por eso me la llevé a casa...

–Espera un momento –le interrumpo–. ¿Puedo preguntarte dónde estaba *Pamela* durante todo eso?

Craig guiña el ojo.

–Vete a *tomar por el culo.* Quería que me la chupara, Bateman. Quería una chica que me dejara...

–No quiero oír esas cosas –dice Van Patten llevándose las manos a los oídos–. Seguro que cuenta algo desagradable.

–Fijaos en el remilgado –se burla McDermott–. Mira, decidimos ir juntos a mi casa o acercamos hasta Saint Bart' s. Lo único que quiero es una chica cuya cara pueda aguantar treinta, cuarenta minutos.

Le tiro mi agitador.

–De todos modos, volvimos a mi casa y oíd lo que pasó. –Se acerca más a la mesa–. Ya había tomado demasiado champán como para tragar lo que fuera y como fuera, y yo...

–¿Es que te dejó que te la follaras sin condón? –pregunta uno de nosotros.

McDermott abre mucho los ojos.

–Es una chica de *Vassar.* No una de *Queens.*

Price me da un golpecito en el hombro.

–¿Qué quiere decir *eso?*

–Da lo mismo, escuchad –continúa McDermott–. La chica quería..., ¿estáis preparados? –Hace una pausa dramática–. Sólo quería trabajármela a mano, y fijaos en esto..., con el *guante* puesto. –Se echa hacia atrás en su silla y da un trago a su copa, satisfecho de sí mismo.

Nos tomamos la cosa en serio. Ninguno se burla de la reveladora declaración de McDermott ni de su incapacidad para reaccionar más agresivamente con la chica. Nadie dice nada, pero todos pensamos lo mismo: *Nunca* se ha ligado a una chica de Vassar.

–Lo que tú necesitas es una chica de *Camden* –dice Van Patten, después de recuperarse de lo que ha contado McDermott.

–*Estupendo* –digo yo–. Una chica que crea que está muy bien follar con su hermano.

–Sí, pero creen que SIDA es una nueva banda inglesa –apunta Price.

–¿Dónde cenamos? –pregunta Van Patten, ausente, mientras examina con atención la pregunta escrita en la servilleta–. ¿Dónde coño vamos a ir?

–La verdad es que resulta raro que las chicas crean que a los chicos les interesan esas cosas, las enfermedades y cosas así –dice Van Patten, moviendo la cabeza.

–Pues yo no estoy dispuesto a ponerme un jodido condón– anuncia McDermott.

–He leído un artículo que he fotocopiado –dice Van Patten–, que cuenta que nuestras posibilidades de cogerlo son de un cero cero cero cero coma cinco por ciento o algo así, y que da igual qué tipo de chica guarra, asquerosa, mamona, te termines cepillando.

–Los chicos no pueden cogerlo.

–Bueno, los *blancos.*

–¿Esa chica llevaba un jodido guante? –pregunta Price, todavía asombrado–. ¿*Un guante?* ¿Por qué no te la meneaste tú solo? –Oye, la polla era una fiesta –dice Van Patten–. Faulkner. –¿A qué universidad fuiste? –pregunta Price–. ¿A PineManar?

–Tíos –anuncio yo–. Fijaos en quién se acerca.

–¿Quién? –Price no quiere volver la cabeza.

–Adivínalo –digo yo–. La mayor comadreja de Drexel Burnham Lambert.

–¿Conolly? –apunta Price.

–Hola, Prestan –digo, estrechando la mano de Prestan.

–Amigos –dice Prestan, de pie junto a la mesa, saludando con la cabeza a todos–. Lo lamento, pero esta noche no podré cenar con vosotros. –Prestan lleva un traje cruzado de lana de Alexander Julian, una camisa de algodón y una corbata de seda de Perry Ellis. Se inclina, y mantiene el equilibrio apoyando una mano en el respaldo de mi silla–. Me molesta mucho no poder ir, pero los compromisos..., ya sabéis.

Price le lanza una mirada acusadora y suelta, insultante:

–¿Estaba invitado a venir con nosotros?

Yo me encojo de hombros y termino lo que me queda del J&B. –¿Qué hiciste ayer por la noche? –pregunta McDermott, y luego añade–: Bonito traje.

–Mejor sería, ¿con quién se lo hizo ayer por la noche? –corrige Van Patten.

–No, no –dice Prestan–. Fue una velada decente, muy respetable. Nada de chicas, nada de sexo, nada de alcohol. Fui a The Russian Tea Room con Alexandra y sus padres. Ella llama a su padre..., fijaos..., Billy. Pero estoy tan puñeteramente cansado, y fue sólo *un* Stoli. –Se quita las gafas (Oliver Peoples, naturalmente) y bosteza, limpiándolas con un pañuelo de Armani–. No estoy seguro, pero me parece que nuestro camarero, que parecía un pope ortodoxo, echó algo de ácido en el borscht. Estoy tan jodidamente cansado.

–¿Entonces qué vas a hacer? –pregunta Price, sin el menor interés.

–Tengo que devolver unos vídeos, ir a un vietnamita con Alexandra y a un musical en Broadway, algo inglés –dice Prestan, paseando la vista por el local.

–Oye, Prestan –dice Van Patten–. Vamos a mandar las preguntas al GQ ¿Quieres hacer alguna?

–Sí, sí, quiero hacer una –dice Prestan–. Vamos a ver, cuando se lleva esmoquin, ¿cómo se consigue que el plastrón de la camisa no se te levante?

Van Patten y McDermott se quedan sentados en silencio durante un minuto antes de que Craig, interesado y con la frente fruncida al pensar, dice:

–Es una buena pregunta.

–Oye, Price –dice Preston–. ¿Vas a hacer alguna tú?

–Sí –afirma Price, y suspira–. Si todos tus amigos son unos gilipollas, ¿es asesinato, conducta desordenada, o una buena acción si les vuelas *sus* jodidas cabezas con una Magnum del treinta y ocho?

–No es adecuada para el GQ –dice McDermott–. Prueba con *Soldier* o *Fortune.*

–O *Vanity Fair.* –Van Patten.

–¿Y ése quién es? –pregunta Price, mirando hacia la barra–. ¿No es *Reed* Robinson? A propósito, Preston, uno sólo tiene que hacer que le hagan un ojal en la parte delantera de la camisa, por donde se puede meter un botón que se lleva cosido a los pantalones; de ese modo te aseguras de que el plastrón tieso de la parte de delante de la camisa no se mete por debajo de la faja y así no se te sube cuando te sientas, *¿no es ese mamón Reed Robinson?* Se parece mucho a él.

Asombrado por la explicación de Price, Presto n se da lentamente la vuelta, todavía apoyado, y después de ponerse de nuevo las gafas, mira hacia la barra.

–No, es Nigel Morrison.

–Ah –exclama Price–. Uno de esos jóvenes maricones ingleses que están de interinos en...

–¿Cómo sabes que es maricón? –le pregunto.

–Son todos maricones. –Price se encoge de hombros–. Los ingleses.

–¿Y cómo *te* has enterado, Timothy? –pregunta Van Patten, sonriendo maliciosamente.

–Le vi dándole por el culo a Bateman en el servicio del Morgan Stanley –dice Price.

Yo suspiro y le pregunto a Preston.

–¿Dónde trabaja de interino Morrison?

–Lo he olvidado –dice Preston, rascándose la cabeza–. ¿En Lazard?

–¿Dónde? –le apremia McDermott–. ¿En First Boston? ¿En Goldman?

–No estoy seguro –dice Preston–. Puede que en Drexel. Oye, sólo es ayudante del analista financiero, y su espantosa novia de dientes podridos está en una miserable ratonera ocupándose de equilibrar las acciones.

–¿Dónde cenamos? –pregunto, empezando a perder la paciencia–. Tenemos que reservar mesa. No quiero quedarme de pie junto a una jodida barra.

–¿Qué coño es eso que lleva Morrison? –se pregunta Preston–. ¿Es un traje a rayas con una camisa *de cuadros?*

–*N* o es Morrison –dice Price.

–¿Entonces quién es? –pregunta Preston, volviendo a quitarse las gafas.

–Es Paul Owen –dice Price.

–Ése no es Paul Owen –digo yo–. Paul Owen está en el otro extremo del bar. Allá al fondo.

Owen está junto a la barra con un traje cruzado de lana.

–Se ocupa de la cuenta de Fisher –dice alguien.

–El hijoputa tiene suerte –murmura alguien.

–Sí, un hijoputa *judío* con suerte –dice Preston.

–Dios mío, Preston –digo yo–. ¿Qué tiene que ver *eso* con nada?

–Oye, he visto a ese hijoputa sentado en su oficina al teléfono con CEOS, dándole vueltas a un jodido menorah, o como se llamen *esos* candelabros judíos. El pasado diciembre el hijoputa llevó una rama de la fiesta de Hanukkah a la oficina –dice de repente Preston, especialmente animado.

–A lo que se da vueltas es a esa especie de pirindola que se llama dreidel, Preston –digo yo tranquilamente–, no a un menorah. Lo que se hace girar es un dreidel.

–Dios santo, Bateman, ¿es que quieres que vaya a la barra y le diga a Freddy que fría una de esas jodidas tortas de patata? –pregunta Preston, alarmado de verdad–. Unos... *¿latkes?*

–No –digo yo–. Pero deja de hacer observaciones antisemitas. –La voz de la razón... –Price se echa hacia delante y me da una palmadita en la espalda–. El buen chico de siempre.

–Sí, un buen chico que, según tú, deja que un analista financiero interino inglés lo sodomice –digo, irónicamente.

–He dicho que eres la voz de la razón –dice Price–. No que *no fueras* homosexual.

–O redundante –añade Prestan.

–Sí –digo yo, mirando directamente a Price–. Pregúntale a Meredith si soy homosexual. Es decir, si tendría tiempo para meterse mi polla en la boca.

–A Meredith le gusta hacérselo con maricas –explica Price, imperturbable–. Por eso me la cepillo yo.

–Esperad un momento, chicos, sé un chiste. –Prestan se frota las manos.

–Prestan –dice Price–, el chiste *eres* tú. ¿No sabías que no queremos que vengas a cenar con nosotros? A propósito, bonito chaleco; no hace juego, pero no queda tan mal.

–Price, eres un hijoputa, eres tan jodidamente puñetero conmigo que ya apestas –dice Prestan, riéndose–. De todos modos, John Fitzgerald Kennedy y Pearl Bailey se encuentran en una fiesta y van al Despacho Oval para follar, y cuando están follando, Kennedy se duerme y... –Prestan se interrumpe–. Cómo, ¿y qué pasa luego...? Ah, sí, Pearl Bailey le dice: señor presidente quiero volver a follar, y entonces él dice: ahora vaya dormir un poco y en... treinta..., no esperad... –Prestan se vuelve a interrumpir, confuso–. No..., dentro de sesenta minutos..., no, estaba bien, dentro de treinta minutos, me despertaré y volveremos a hacerla, pero tienes que mantener una mano en mi polla y la otra sobre mis huevos, y ella dice que muy bien pero por qué tengo que tener una mano en su polla y la otra..., la otra en los huevos... y... –Se fija en que Van Patten está garabateando algo en el dorso de una servilleta–. Oye, Van Patten, ¿me escuchas?

–Te escucho –dice Van Patten, irritado–. Sigue. Termina de una vez. Una mano en mi polla, otra mano en mis huevos, sigue.

Luis Carruthers continúa de pie junto a la barra, esperando una copa. Ahora me parece que su corbata de lazo es de Agnes B. Todo está tan poco claro.

–Yo no –dice Price.

–Y él dice, porque... –Prestan vuelve a vacilar. Hay un largo silencio. Prestan me mira...

–No *me* mires –digo yo–. El chiste no lo cuento yo.

–Y él dice... Se me ha quedado la mente en blanco.

–¿Es *eso* la gracia del chiste? ¿Se me ha quedado la mente en blanco? –pregunta McDermott.

–Él dice, bueno, porque... –Prestan se pone la mano sobre *los* ojos y piensa–. Dios santo, no puedo creer que se me haya olvidado...

–*Estupendo,* Prestan –suspira Price–. Además de hijoputa, no tienes ni un poco de gracia.

–¿Se me ha quedado la mente en blanco? –me pregunta Craig–. No lo cojo.

–Sí, sí, ya me acuerdo –dice Prestan–. Oíd, ya me acuerdo. Porque la última vez que follé con una negra, me robó la cartera. –y se echa a reír de inmediato. Y después de un breve silencio, todos los de la mesa empiezan a reírse, excepto yo.

–Eso es, en *eso* consiste la gracia –dice orgullosamente Preston, aliviado.

Van Patten le da una palmada en la mano. Incluso Price se ríe. –Dios santo –digo yo–. Es espantoso.

–¿Por qué? –dice Prestan–. Es muy divertido.

–Sí, Bateman –dice McDermott–. Ríete.

–Oh, se me había olvidado que Bateman está saliendo con alguien que defiende los derechos civiles –dice Price–. ¿Por qué no te gusta?

–No es divertido –digo yo–. Es *racista.*

–Bateman, eres un hijoputa mamón –dice Prestan–. Deberías dejar de leer todas esas biografías de Ted Bundy. –Prestan se levanta y consulta su Rolex–. Tíos, me voy. Hasta mañana.

–Sí. A la misma Batihora, en el mismo Baticanal –dice Van Patten, dándome un codazo.

Prestan se inclina hacia delante antes de irse.

–Porque la última vez que follé con una negra me robó la cartera.

–Lo he cogido –digo, empujándole.

–Recordad esto, chicos: hay pocas cosas que funcionen tan bien en la vida como un Kenwood. –Sale.

–Dua–dudua –dice Van Patten.

–Oídme, ¿sabía alguno de vosotros que los hombres de las cavernas consumían más fibra que nosotros? –pregunta McDermott.

Pastels

Estoy a punto de echarme a llorar cuando llegamos a Pastels porque estoy seguro de que no vamos a conseguir mesa, pero la mesa es buena, y el alivio, que casi tiene un carácter de marea, me deja limpio como una tremenda oleada. McDermott conoce al maître de Pastels y, aunque hemos hecho la reserva desde el taxi sólo unos minutos antes, nos hacen pasar inmediatamente del abarrotado bar al comedor principal, rosa y bien iluminado, y nos sientan en una mesa excelente para cuatro. Es imposible conseguir mesa en Pastels y creo que Van Patten, yo mismo, e incluso Price, estamos impresionados, puede que hasta sintamos envidia, de la proeza de McDermott para conseguir una mesa.

Después de meternos en un taxi en Water Street nos dimos cuenta de que no habíamos reservado mesa en ningún sitio y mientras debatíamos sobre los méritos de un nuevo bistró californiano–siciliano del Upper East Side –siento tal pánico que casi rompo la Zagat en dos– conseguimos llegar a un consenso. Price fue la única voz disidente, pero al final se encogió de hombros y dijo:

–Me la suda. –y usamos su teléfono portátil para reservar la mesa.

Luego sacó su walkman y puso el volumen tan alto que el sonido de Vivaldi casi resultaba audible aun con las ventanillas medio abiertas y el ruido del tráfico de la calle resonando dentro del taxi. Van Patten y McDermott hicieron chistes desagradables sobre el tamaño de la polla de Tim, y yo me uní a ellos. Antes de entrar en Pastels, Tim cogió la servilleta con la versión final de su pregunta al GQ y se la tiró a un vagabundo que estaba cerca de la puerta del restaurante con un cartel que decía: «ESTOY HAMBRIENTO Y NO TENGO CASA POR FAVOR A YÚDENME».

Parece que las cosas van como la seda. El maître ha mandado cuatro Bellini obsequio de la casa, pero de todos modos pedimos unas copas. Las Ronnettes cantan «Then He Kissed Me», nuestra camarera es una tía buena y hasta Price parece relajado aunque detesta el lugar. Además, hay cuatro mujeres en la mesa situada frente a la nuestra, todas muy guapas –rubias, grandes tetas: una lleva un vestido camisero de lana reversible de Calvin Klein, otra lleva un vestido de malla de lana y un chaleco con adornos de seda de Geofrey Beene, otra lleva una falda simétrica de tul con pliegues y un bustier de terciopelo bordado de, creo, Christian Lacroix, aparte de zapatos de tacón alto de Sidonie Larizzi, y la última lleva un vestido negro con lentejuelas sin tirantes debajo de un chaleco sastre de crepé de Bill Blass–. Ahora las Shirelles cantan «Dancing In The Street» por los altavoces, y el sistema de sonido, además de la acústica, pues el restaurante tiene el techo alto, es tan potente que tenemos que gritar prácticamente para pedir a la camarera que está tan buena –lleva un vestido de dos colores de lana con adornos de pasamanería de Myrone de Prémonville y botines de terciopelo hasta el tobillo y, estoy casi seguro, coquetea conmigo–: se ríe de modo sexy cuando le pido, de primero, el ceviche de cazón y calamar con caviar dorado; me lanza una mirada tan encendida, tan penetrante cuando pido el pastel de carne con salsa verde de tomatillo, que tengo que mirar el Bellini rosa de la alargada copa de champán con expresión interesada, *grave,* para que no crea que estoy *demasiado* interesado. Price pide las tapas y luego el venado con salsa de yogur y

brotes de polipodio con trocitos de mango. McDermott pide el sashimi con queso de cabra y luego el pato ahumado con endibias y sirope de arce. Van Patten toma los embutidos al gratén y el salmón a la plancha con vinagre de frambuesa y guacamole. El aire acondicionado del restaurante está a tope y estoy empezando a lamentar el no haberme puesto el nuevo jersey de Versace que compré la semana pasada en Bergdorf's. Quedaría muy bien con el traje que llevo.

–¿Podría retirar estas cosas, *por favor?* –le indica Price al camarero, señalando los Bellini.

–Espera, Tim –dice Van Patten–. *Tranquilo.* Los tomaré yo. *–Eurobasura,* David –explica Price–. Eurobasura. –Puedes tomarte el *mío,* Van Patten –digo yo.

–Espere –dice McDermott, haciendo que el mozo se detenga–. También yo tomaré el mío.

–¿Por qué? –pregunta Price–. ¿Tratas de atraer a esa chica armenia que está junto a la barra?

–¿Qué chica armenia ? –Van Patten de repente gira el cuello, interesado.

–Lléveselos todos –dice Price, prácticamente echando humo.

El mozo retira humildemente las copas, saludando con la cabeza sin mirar a nadie cuando se aleja.

–¿Quién te ha dado permiso? –dice McDermott, casi gritando.

–Fijaos, chicos. Fijaos en quién acaba de entrar –dice Van Patten.

–Por el amor de Dios, *no* será el jodido Prestan –suspira Price.

–Nada de eso –dice Van Patten de modo siniestro–. Todavía no sabe adónde hemos ido.

–¿Victor Powell? ¿Paul Owen? –pregunto yo, súbitamente asustado.

–Tiene veinticuatro años y tiene, lo diré así, una cantidad de pasta *repulsiva* –suelta Van Patten, haciendo una mueca. Es evidente que la persona le ha visto y él suelta una sonrisa resplandeciente, mostrando su dentadura al completo–. Está forrado.

Giro el cuello, pero no consigo imaginar a quién se refiere. –Es Scott Montgomery –dice Price–. ¿No? ¿No es Scout Montgomery?

–Puede que sí –dice Van Patten, para azuzarle.

–Es el enano de Scott Montgomery –dice Price.

–Price –dice Van Patten–. No tienes precio.

–Fijaos en cómo simulo que estoy excitado –dice Price, dándose la vuelta–. Bueno, lo más excitado que puedo estar por conocer a alguien de Georgia.

–Vale –dice McDermott–. Y va vestido de punta en blanco.

–Oye –dice Price–. Estoy deprimido. Tremendamente deprimido.

–Hay que ver –digo yo, localizando a Montgomery–. Azul marino, muy elegante.

–Una tela muy sutil –susurra Van Patten.

–Demasiado beige –sentencia Price–. Ya sabes.

–Aquí viene –digo yo, dándome fuerza.

Scott Montgomery se dirige hacia nuestra mesa con un blazer azul marino cruzado con botones de concha de tortuga falsos, una camisa de lana arrugada a rayas con un toque de pespuntes rojos, una corbata de seda blanca y azul con fuegos artificiales impresos de Hugo Boss y pantalones color ciruela de lana con cuatro pinzas y bolsillos oblicuos de Lazo. Sujeta una copa de champán y se la tiende a la chica con la que está –aspecto evidente de modelo, delgada, bien de tetas, sin culo, tacones altos–, que lleva una falda de crepé y un chaleco de terciopelo, lana y cachemira, y doblado en el brazo hay un abrigo de terciopelo, lana y cachemira, todo de Louis Dell'Olio. Zapatos de tacón de Susan Bennis Warren Edwards. Gafas de sol de Alain Mikli. Bolso de cuero prensado de Hermes.

–Hola, chicos, ¿cómo os va? –dice Montgomery con un marcado acento de Georgia–. Os presento a Nicki. Nicki, éstos son McDonald, Van Buren, Bateman..., bonito bronceado y mister Price. –Sólo estrecha la mano de Timothy y luego coge la copa de champán que tenía Nicki. Nicki sonríe educadamente, como un robot; probablemente no habla inglés.

–Montgomery –dice Price, en un tono amable, familiar, mirando a Nicki–. ¿Cómo te van las cosas?

–Bien, amigos –dice Montgomery–. Vaya ver si consigo una mesa mejor que la vuestra. ¿Todavía no os han traído la cuenta? Es una broma.

–Oye, Montgomery –dice Price, mirando a Nicki pero mostrándose todavía inusualmente amable con una persona que yo creía que le resultaba desconocida–. ¿Squash?

–Llámame –dice Montgomery, distraído, paseando la vista por el local–. ¿No es Tyson ése de ahí? Aquí tienes mi tarjeta.

–Estupendo –dice Price, guardándosela en el bolsillo–. ¿El jueves?

–No puedo. Me voy a Dallas mañana, pero... –Montgomery ya se aleja de la mesa, dirigiéndose apresuradamente hacia otra persona, mientras tira de Nicki–. Sí, sí, la semana que viene.

Nicki me sonríe, luego mira al suelo –losetas rosas, azul, verde lima que se entrecruzan formando dibujos triangulares– como si éste contuviera algún tipo de respuesta, alguna especie de clave, ofreciera una razón coherente de por qué estaba con Montgomery. Me sorprendo preguntándome si será mayor que él, y luego si coquetea conmIgo.

–Hasta luego –está diciendo Price.

–Hasta luego, amigos... –Montgomery ya se encuentra en mitad de la sala. Nicki le sigue. Estaba equivocado: *tiene* culo.

–Ochocientos millones –anuncia McDermott admirativamente, moviendo la cabeza.

–¿De la universidad? –pregunto.

–Estás de broma –dice Price.

–¿De Rollins? –apunto yo.

Óyeme bien –dice McDermott–. De Hampden–Sydney. –Es un parásito, un miserable, un buitre –concluye Van Patten.

–Pero tiene ochocientos *millones* –repite enfáticamente McDermott.

–Olvídalo y tráeme la *cabeza* de ese enano..., ¿te haría callar eso? –dice Price–. Me refiero a que pareces muy impresionado, McDermott.

–En cualquier caso –apunto yo–, una guapa chica.

–Esa chica es tremenda –concuerda McDermott. –Afirmativo –asiente Price, pero de mala gana.

–Tío –dice Van Patten, acongojado–. *Conozco* a esa chica. –Joder –murmuramos todos.

–Déjame adivinarlo –digo yo–. Te la ligaste en Tunnel, ¿a que sí?

–No –dice él, después de dar un sorbo a su copa–. Es modelo. Anoréxica, alcohólica. Una puta estirada. *Completamente* francesa.

–Qué bromista eres –digo yo, sin saber si está mintiendo:

–¿Qué te apuestas?

–¿Para qué? –McDermott se encoge de hombros–. He follado con ella.

–Un día bebió un litro de Stoli, luego lo vomitó y *volvió a bebérselo,* McDermott –explica Van Patten–. Alcohólica total.

–Una alcohólica total bien *barata* –murmura Price.

–No me importa –dice McDermott valientemente–. Es muy guapa. Quiero follar con ella. Quiero casarme con ella. Quiero tener hijos con ella.

–Dios mío –dice Van Patten, casi con náuseas–. ¿Quién querría casarse con una chica que va a dar a luz una jarra de vodka y zumo de arándanos?

–Pero *tiene* su punto –digo yo.

–Claro. Él también quiere tirarse a la chica armenia de la barra –dice burlonamente Price–. ¿Qué daría a luz ella?.., ¿una botella

de Korbel y un frasco de zumo de melocotón?

–¿*Qué* chica armenia? –pregunta McDermott, nervioso, volviendo el cuello.

–Dios santo. Que os den por el culo, so maricones –dice Van Patten, suspirando.

El maître se acerca para saludar a McDermott, luego se fija en que no tenemos los preceptivos Bellini y se aleja corriendo antes de que podamos impedírselo. No estoy seguro de por qué McDermott conoce tanto a Alain –¿quizá de Cecelia?–, lo que me jade un poco, pero decido que puedo marcarles un gol enseñándoles mi nueva tarjeta de visita. La saco de mi cartera de piel de gacela (Barney's, 850 dólares) y la dejo encima de la mesa, esperando su reacción.

–¿Qué es eso? ¿Un dibujo? –pregunta Price, sin demasiada apatía.

–Mi nueva tarjeta de visita. –Trato de comportarme desenfadadamente, pero me sorprendo sonriendo muy orgulloso–. ¿Qué os parece?

–Vaya –dice McDermott, recogiéndola, auténticamente impresionado–. Muy bonita. Échale un ojo. –Se la tiende a Van Patten.

–Las recogí del impresor ayer –apunto yo.

–Está bien de color –dice Van Patten, estudiando atentamente la tarjeta.

–Es color hueso –señalo–. Y los caracteres se llaman algo así como Silian Rail.

–¿Silian Rail? –pregunta McDermott.

–Sí. No está mal, ¿verdad?

–Está bastante bien, Bateman –dice Van Patten cautamente, el jodido envidioso–, pero eso no es nada... –Saca su cartera y deja una tarjeta de visita junto al cenicero–. Mirad ésta.

Todos nos inclinamos y estudiamos la tarjeta de visita de David, y Price dice tranquilamente:

–Es bonita *de verdad.*

Me recorre un breve espasmo de envidia cuando me fijo en la elegancia del color y la evidente clase de los tipos. Aprieto el puño cuando Van Patten dice, afectadamente:

–Cáscara de huevo con tipos Romalian... –Se vuelve hacia mí–. ¿Qué opinas tú?

–Muy bonita –grazno, pero consigo asentir con la cabeza, cuando el mozo trae cuatro nuevos Bellini.

–Dios santo –dice Price, alzando la tarjeta de visita hacia la luz e ignorando las nuevas copas–. Es super de verdad. ¿Cómo es posible que un idiota como tú tenga algo de tan buen gusto?

Miro la tarjeta de visita de Van Patten y luego la mía, y no puedo creer que a Price le guste de verdad más la de Van Patten. Aturdido, doy un trago a mi copa y respiro a fondo.

–Pero esperad –dice Price–. Todavía no habéis visto nada...

–Saca la suya de un bolsillo interior de la chaqueta y lenta, dramáticamente, le da la vuelta para que la admiremos, y anuncia–: la *mía.* Hasta yo tengo que admitir que es espléndida.

De repente, el restaurante parece muy lejos, enmudecido; el ruido, distante, un murmullo sin sentido, comparado con esta tarjeta de visita, y todos tenemos que oír las palabras de Price:

–Letras de relieve, blanco nimbo claro...

–¡Es la hostia! –exclama Van Patten–. Nunca había visto... –Bonita, muy bonita –tengo que admitir–. Pero espera. Vamos a ver la de Montgomery.

Price la saca y, aunque se comporta de modo indiferente, no entiendo cómo puede ignorar su sutil color blanco, su grosor lleno de gusto. Me siento inesperadamente deprimido por haber iniciado esto.

–Pizza. Vamos a pedir una pizza –dice McDermott–. ¿No quiere compartir nadie una pizza conmigo? ¿De pomátomo rojo? Mmmmm. Seguro que a Bateman le apetece *ésa* –dice, frotándose las manos con ansia.

Cojo la tarjeta de visita de Montgomery y paso los dedos por ella, para notar la sensación de la tarjeta en las yemas de los dedos.

–Agradable, ¿eh? –El tono de Price sugiere que se da cuenta de que tengo envidia.

–Sí –digo yo bruscamente, devolviéndole la tarjeta a Price como no le daría un trozo de mierda, aunque me cuesta tragarme todo esto.

–Pizza de pomátomo rojo –me recuerda McDermott–. Me muero de hambre.

–Pizza no –murmuro yo, aliviado cuando desaparece la tarjeta de visita de Montgomery, que queda fuera de vista, de nuevo en el bolsillo de Timothy.

–Venga –dice McDermott, lamentándose–. Pidamos la pizza de pomátomo rojo.

–Cállate de una vez, Craig –dice Van Patten, mirando a una camarera que toma el pedido de una mesa–. Pero llama a esa tía buena.

–Pero no es la nuestra –dice McDermott, manoseando la carta que le ha arrancado a un mozo que pasaba.

–Llámala de *todos* modos –insiste Van Patten–. Pídele agua o una Corona o lo que sea.

–¿Por qué a *ella?* –pregunto, aunque a nadie en concreto. Mi tarjeta de visita sigue en la mesa, ignorada, junto a una orquídea de un jarrón azul. La cojo poco a poco y la vuelvo a guardar, doblada, en mi cartera.

–Es exactamente igual que esa chica que trabaja en la sección de Georgette Klinger, de Bloomindale's –dice Van Patten–. Vamos a llamarla.

–¿Quiere alguien pizza, o no? –McDermott está bastante molesto.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunto a Van Patten.

–Porque le compré un perfume a Kate *allí* –contesta él.

Los gestos de Price atraen la atención hacia nuestra mesa. –Me olvidé de contarle a todo el mundo que Montgomery es un enano.

–¿Quién es Kate? –digo yo.

–*Kate* es la chica con la que Van Patten tiene una aventura –explica Price, volviendo a mirar hacia la mesa de Montgomery. –¿y qué ha sido de Miss Kittridge? –pregunto.

–Sí –sonríe Price–. ¿Qué *pasa* con Amanda?

–Bueno, chicos, veréis, no nos atamos demasiado. ¿Fidelidad?

–Vale.

–¿No tienes miedo a las *enfermedades?* –pregunta Price. – ¿De quién? ¿De Amanda, o de Kate? –pregunto yo. –Creía que estábamos de acuerdo en que no podíamos cogerlas. –Van Patten alza la voz–. Por lo tanto..., mamón, a ver si cierras la boca.

–Yo no te decía...

Llegan cuatro Bellini más. Ahora hay ocho Bellini encima de la mesa.

–Oh, Dios mío –se lamenta Price, tratando de agarrar al mozo antes de que se escabulla.

–Pizza de pomátomo rojo..., pizza de pomátomo rojo... –McDermott ha encontrado un mantra para la noche.

–Pronto nos convertiremos en el objetivo de chicas iraníes cachondas –dice, inexpresivo, Price.

–Es como un cero por ciento de lo que sea, ya sabes... ¿Me estás escuchando? –pregunta Van Patten.

–Pizza de pomátomo rojo..., pizza de pomátomo rojo... –Luego McDermott da una palmada en la mesa, haciéndola oscilar–. ¡Me cago en Dios! ¿Es que no me escucha nadie?

Yo todavía sigo en trance debido a la tarjeta de visita de Montgomery, –el color con tanta clase, el grosor, las letras, la impresión– y de repente alzo el puño como para golpear a Craig y chillo, con una voz que es un trueno:

–¡Nadie quiere esa jodida *pizza de pomátomo rojo!* ¡Una pizza debe ser *espesa* y ligeramente *esponjosa* y tener una *capa de queso fundido!* ¡Aquí la capa de queso es demasiado fina porque el gilipollas del cocinero lo pasa todo demasiado tiempo por el horno! ¡Las pizzas siempre están secas y se cuartean! –grito.

Con la cara roja, derramo mi Bellini en la mesa y cuando alzo la vista han llegado nuestros primeros platos. Una camarera que está muy buena me mira con expresión extraña y vidriosa. Me seco la mano en la cara, sonriéndole amablemente. Ella sigue allí de pie, mirándome como si fuera una especie de monstruo –la verdad es que parece *asustada–,* y yo miro a Price –¿para qué?, ¿buscando consejo?– y él dice:

–Puros. –Y se da un golpecito en el bolsillo de la chaqueta. McDermott dice tranquilamente.

–No me parece que se cuarteen.

–Oye, guapa –digo yo, ignorando a McDermott y cogiendo a la camarera del brazo para acercarla a mí. Ella titubea, pero yo sonrío y me deja que la acerque más–. Ahora, aquí vamos a cenar agradablemente y... –empiezo a explicar.

–Esto no es lo que he pedido –dice Van Patten, mirando su plato–. No quería los *embutidos al gratén.*

–Cierra la boca. –Lo fulmino con la mirada y luego me vuelvo tranquilamente hacia la tía buena, sonriendo como un idiota, pero un idiota guapo–. Y ahora presta atención, guapa. Somos buenos clientes de este restaurante y probablemente pidamos un buen coñac, o brandy, quién sabe, y queremos estar tranquilos y disfrutar del –hago un gesto con el brazo– ambiente. Y –con la otra mano mi cartera de piel de gacela– nos gustaría paladear unos *buenos* puros cubanos después y no queremos que nos moleste una *palurda...*

–*Palurda.* –McDermott asiente con la cabeza hacia Van Patten y Price.

–Una *palurda,* sí, o cualquier cliente o turista desconsiderado que inevitablemente va a quejarse de nuestras inocuas costumbres... Así que... –pongo disimuladamente lo que espero que sean cincuenta dólares en una mano de dedos pequeños–. Si me garantizas que no van a molestarnos mientras cenamos, te lo agradeceríamos *mucho.* –Aprieto la mano, cerrándole el puño sobre el billete–. y si se queja alguien, bueno... –hago una pausa, luego advierto amenazadoramente–, pues lo echamos a patadas.

La chica asiente sin decir nada y empieza a alejarse con esa expresión aturdida, confusa, en la cara.

–Y –añade Price, sonriendo–, si aparece otra ronda de Bellini dentro de un radio de cincuenta metros alrededor de esta mesa, prenderemos fuego al maltre. Conque ya se lo puedes advertir.

Después de un largo silencio durante el que contemplamos nuestros primeros platos, Van Patten dice:

–¿Bateman?

–¿Qué? –Cojo un trozo de cazón con el tenedor, le pongo un poco de caviar dorado y luego dejo el tenedor.

–Eres la perfección en plan universitario –murmura.

Price ve a otra camarera que se acerca con una bandeja con cuatro copas largas de champán que contienen un líquido rosa pálido, y dice:

–Por el amor de Dios, esto es absurdo...

Sin embargo, la camarera las deja en la mesa de al lado, para las cuatro guapas.

–Está *caliente* –dice Van Patten, ignorando sus embutidos al gratén.

–Una tía buena –asiente McDermott, de acuerdo–. Sin la menor duda.

–A mí no me impresiona –dice Price, sorbiendo por la nariz–. Fíjate en sus rodillas.

Mientras la tía buena está allí, la miramos de arriba abajo, y aunque sus rodillas sostienen unas piernas largas y morenas, no puedo evitar darme cuenta de que una de las rodillas es, evidentemente, mayor que la otra. La rodilla izquierda es más saliente, y casi imperceptiblemente más delgada, que la derecha, y este insignificante defecto ahora nos parece insoportable, por lo que perdemos todo interés. Van Patten está mirando su plato, aturdido, y luego mira a McDermott, y dice:

–Esto tampoco es lo que yo he pedido. Es *sushi,* no sashimi. –Cristo bendito –suspira McDermott–. En realidad, aquí no se viene por la comida.

Un chico que es casi exactamente igual que Christopher Lauder se acerca a la mesa y dice, dándome un golpecito en el hombro:

–Bonito bronceado, Hamilton –antes de dirigirse hacia el servicio de caballeros.

–Bonito bronceado –remeda Price, que moja sus tapas en mi plato.

–Joder –digo yo–, espero no haberme ruborizado.

–La verdad, Bateman, ¿dónde vas a broncearte? –pregunta Van Patten.

–Sí, Bateman, ¿adónde vas? –McDermott parece genuinamente intrigado.

–Fíjate bien en lo que voy a decirte –digo yo–. A un salón de bronceado. –Y luego añado, irritado–: Como *todo* el mundo.

–Yo tengo –dice Van Patten, haciendo una pausa para causar el mayor impacto– una cama para broncearse en... casa. –y luego toma una buena porción de sus embutidos al gratén.

–No puede ser –digo yo, acobardado.

–Es *verdad* –me confirma McDermatt, con la boca llena–. Yo la he visto.

–Eso es jodidamente insultante –digo.

–¿Y por qué coño es jodidamente insultante? –pregunta Price, empujando con el tenedor las tapas por su plato.

–¿Sabes lo caro que es ser socio de un jodido salón de bronceado? –me pregunta Van Patten–. ¿Aunque sólo sea durante un año?

–Tú estás loco –murmuro.

–Fijaos, chicos –dice Van Patten–. Bateman se ha enfadado. De pronto, aparece un camarero y, sin preguntar si hemos terminado, se lleva nuestros primeros platos, que casi no hemos tocado. Nadie se queja, excepto McDermott, que pregunta:

–¿Nos ha quitado los platos de verdad ? –y luego se echa a reír sin entender nada. Pero cuando ve que ninguno de los demás ríe, se contiene.

–Se los ha llevado porque las raciones son tan pequeñas que probablemente ha creído que habíamos terminado –dice Price cansadamente.

–Yo creo que se ha enfadado por lo de la cama de bronceado –le digo a Van Patten, aunque secretamente creo que sería un lujo digno de mí, de no ser porque no tengo sitio para una en mi apartamento.

–¿Con quién está Paul Owen? –oigo que McDermott le pregunta a Price.

–Con uno de esos sinvergüenzas de Kicker Peabody –dice Price distraídamente–. Conoce a McCoy.

–¿Entonces, por qué está sentado con esos miserables de Drexel? –pregunta McDermott–. ¿No es Spencer Wynn ése?

–¿Estas muy colocado o *qué?* –pregunta Price–. Ése no es Spencer Wynn.

Miro a Paul Owen, que está sentado a una mesa con otros tres chicos –uno de los cuales podría ser Jeff Duvall: tirantes, pelo peinado hacia atrás, gafas de montura de asta–, todos ellos tomando champán y me pregunto perezosamente cómo se las habrá arreglado Owen para ocuparse de la cuenta de Fisher. Eso me quita el apetito, pero nuestros segundos platos llegan casi inmediatamente después de que nos hayan retirado los primeros y nos ponemos a comer.

McDermott se suelta los tirantes. Price le llama guarro. Me noto paralizado, pero consigo apartar la vista de Owen y mirar mi plato (el pastel de carne es un hexágono amarillento, rodeado de lanchas de salmón ahumado, con dibujitos retorcidos de salsa de tomatillo rodeando artísticamente el plato), y luego miro a la multitud que está esperando. Parecen hostiles, puede que borrachos debido a los Bellini, obsequio de la casa, cansados de esperar horas por unas mierdosas mesas pegadas a la abierta cocina, a pesar de haber hecho una reserva. Van Patten interrumpe el silencio de nuestra mesa dando un golpe con su tenedor y echando su silla hacia atrás.

–¿Qué pasa? –digo yo, alzando la vista de mi plato, con el tenedor levantado encima de él, que mi mano no moverá; es como si ésta apreciase demasiado la disposición del plato, como si mi mano tuviera mente y se negara a desordenarlo. Suspiro y dejo el tenedor a un lado, desesperanzado.

–Mierda. Tengo que grabarle esa película a *Mandy.* –Van Patten se limpia la boca con la servilleta, se pone de pie–. Vuelvo enseguida.

–¿Tienes que grabársela obligatoriamente? –pregunta Price–. ¿Es que te has vuelto loco?

–Es que está en –Bastan. Fue al dentista. –Van Patten se encoge de hombros, con pinta de calzonazos.

–¿Y qué coño vas a hacer? –La voz me vacila. Todavía pienso en la tarjeta de visita de Van Patten–. ¿Llamar al canal desde donde la emiten?

–No –dice él–. Tengo un teléfono inalámbrico conectado al programador de un vídeo Videotonics que compré en Hammachar Schlemmer. –Se aleja, tirándose de los tirantes.

–Qué modernidad –digo yo, sin entonación.

–¿Qué quieres de postre? –le grita McDermott.

–Algo con chocolate y sin harina de trigo –le contesta él; gritando.

–¿Van Patten ha dejado de ir al gimnasio? –pregunto–. Parece inflado.

–Eso parece, pero no ha dejado de ir –dice Price.

–¿Ya no es socio del Vertical Club? –pregunto.

–No lo sé –murmura Price, estudiando su plato. Luego, lo aparta suspirando y se vuelve hacia la camarera para pedirle otro Finlandia con hielo.

Otra camarera que está muy buena se nos acerca muy decidida, trayendo una botella de champán Perrier–Jouet, que no es de reserva, y nos dice que es un obsequio de Scott Montgomery.

–No es de reserva, ¡será buitre! –dice Price, siseando, y vuelve el cuello para buscar la mesa de Montgomery–. Miserable. –Alza el dedo desde el otro lado del comedor–. El mamón es tan bajo que casi ni lo puedo ver. Creo que el que ha cogido el gesto es Conrad. No estoy seguro.

¿Dónde está Conrad? –pregunto–. Debería saludarle. –Es el tipo que te llamó Hamilton –dice Price.

–Ése no era Conrad –digo yo.

–¿Estás seguro? Se parecía muchísimo a él –dice Price, pero en realidad no está escuchando; mira descaradamente a la camarera que está tan buena, a la hendidura de sus pechos que queda al descubierto cuando se inclina para agarrar mejor el corcho de la botella.

–No, ése no es Conrad –digo, sorprendido por la torpeza de Price para reconocer a sus compañeros de trabajo–. Ese tipo lleva el pelo mejor cortado.

Permanecemos sentados en silencio mientras la tía buena sirve el champán. Una vez que se ha ido, McDermott pregunta si nos gusta la comida. Le digo que el pastel de carne estaba bien, pero que tenía demasiada salsa de tomatillo. McDermott asiente con la cabeza y dice: –Es lo que yo había oído.

Van Patten regresa, murmurando:

–No tienen un buen servicio para meterse una línea. –¿Postre? –sugiere McDermott.

–Sólo si puedo pedir el sorbete Bellini –dice Price, bostezando.

–¿Y si pedimos la cuenta? –dice Van Patten.

–Es hora de dedicarse al ojeo, caballeros –digo yo.

La tía buena trae la cuenta. El total son 475 dólares, mucho menos de lo que esperábamos. La pagamos entre todos, pero necesitamos dinero en efectivo, así que saco mi American Express Platino y cojo sus billetes, en su mayoría de cincuenta dólares y muy nuevos. McDermott pide que le devolvamos diez dólares, pues sus embutidos al gratén sólo costaban dieciséis. La botella de champán de Montgomery queda en la mesa, sin beber. Fuera de Pastels un mendigo distinto está sentado en la calle, con un cartel que dice algo completamente ilegible. Nos pide educadamente unas monedas y, luego, algo para comer.

–Ese sujeto necesita un tratamiento facial –sentencio yo. –Oye, McDermott –dice en voz muy alta Price–. Tírale tu corbata.

–Mierda. ¿Crees que van a darle algo por *ella?* –pregunto, mirando al mendigo.

–Cualquier porquería del Jam –dice Van Patten, riendo. Nos damos una palmada en la mano.

–Oye, tío –dice McDermott, mirándose la corbata, claramente ofendido.

–Lo siento..., taxi... –dice Price, haciéndole señas a un taxi– y puede que algo de beber.

–Vamos a Tunnel le dice McDermott al taxista.

–Estupendo, McDermott –dice Price, subiéndose al asiento de delante–. Suena como si estuvieras muy excitado.

–Lo que pasa es que no soy un maricón decadente y quemado como tú –dice McDermott, subiéndose delante de mí.

–¿Sabe alguno de vosotros que los hombres de las cavernas consumían más fibra que nosotros? –dice Price, dirigiéndose al taxista.

–Ya lo había oído –dice McDermott.

–Van Patten –digo yo–. ¿Te fijaste en la botella de champán a la que nos invitó Montgomery?

–Vamos a ver –dice Van Patten, inclinándose hacia McDermott–. A ver si lo adivino. ¿Perrier–Jouet?

–*Bingo* –dice Price–. Pero no era de reserva.

–Jodido buitre –dice Van Patten.

Tunnel

Esta noche todos los hombres del exterior de túnel llevan esmoquin por algún motivo, excepto un mendigo de mediana edad que está sentado junto a un Dumpster, sólo a unos centímetros de los cordones, tendiendo a todo el que le presta atención una taza de café de plástico, pidiendo unas monedas, y cuando Price nos precede sorteando a la multitud en dirección a los cordones, haciendo señas a uno de los de la puerta, Van Patten agita un crujiente billete de dólar delante de la cara del mendigo sin hogar, que momentáneamente se anima, luego Van Patten se lo guarda en el bolsillo mientras entramos en el club y saca una docena de tickets para copas y dos pases de VIP . Una vez dentro tenemos un leve tropiezo con otros dos porteros –largos abrigos de lana, cola de caballo, probablemente alemanes– que quieren saber por qué no llevamos esmoquin. Price consigue resolver el problema con toda facilidad, puede que dándoles una propina o puede que gracias a su mera presencia (probablemente lo primero). Yo me mantengo aparte y, mientras le doy la espalda, trato de oír cómo McDermott se queja a Van Patten de lo loco que estoy por menospreciar las pizzas que hacen en Pastels, pero es difícil oír nada con la versión de «I Feel Free» de Belinda Carlisle atronando por el sistema de sonido. Tengo una navaja con la hoja de sierra en el bolsillo de mi chaleco Valentino y estoy tentado a destripar a McDermott con ella allí mismo, en la entrada; podría rajarle la cara, romperle la columna vertebral. Pero finalmente Price nos hace señas con la mano de que entremos y la tentación de liquidar a McDermott queda remplazada por una extraña sensación de que vaya pasarlo bien, tomar champán, coquetear con una tía buena, encontrar algo que meterme por la nariz puede que hasta bailar algunos temas antiguos o esa nueva canción de Janet Jackson que me gusta.

La cosa se tranquiliza un poco cuando avanzamos por el vestíbulo de entrada, camino de la puerta de verdad, y pasamos junto a tres tías buenas. Una lleva un chaleco de lana negro con botones a un lado y gran escote, pantalones de crepé y un jersey de cuello alto de cachemira muy ajustado, todo de Óscar de la Renta; otra lleva una chaqueta cruzada de lana, mohair y tweed de nailon, que hace juego con unos pantalones estilo vaquero y una camisa de hombre de algodón, todo de Stephen Sprouse; la más guapa lleva un chaleco de lana a cuadros y una falda de lana sujeta más arriba de la cintura, las dos cosas de Barney' s, y una blusa de seda de Andra Gabrielle. Es indudable que nos prestan atención alas cuatro y nosotros se la prestamos a ellas, volviendo la cabeza, excepto Price, que las ignora y dice algo grosero.

–Cristo bendito, Price, anímate –se lamenta McDermott–. ¿Cuál es tu problema? Esas chicas estaban muy *cachondas.*

–Sí, siempre que hables farsi –dice Price, dándole a McDermott un par de tickets para copas como para calmarle.

–¿Cómo? –dice Van Patten–,–. No me han parecido españolas.

–¿Sabes, Price? Vas a tener que cambiar de actitud si quieres acostarte con alguien –dice McDermott.

–¿Me hablas *tú* de acostarse? –le pregunta Price a Craig–. *Tú* que lo único que conseguiste la otra noche fue que te la… menearan.

–Que te den por el culo, Price –dice Craig.

–Pero ¿es que creéis que yo hago lo mismo que vosotros cuando necesito un coño? –le desafía Price.

–Sí, haces lo mismo –dicen McDermott y Van Patten, al unísono.

–Mirad –digo yo–, se pueden hacer cosas distintas a cómo uno se siente de verdad para conseguir una chica. Espero que no te haré perder la inocencia, McDermott. –Me pongo a andar más deprisa, tratando de mantenerme a la altura de Tim.

–No, pero eso no explica por qué Tim se comporta como un carapijo –dice McDermott, tratando de alcanzarme.

–Como si a esas chicas les *importase* –suelta Price–. Cuando les diga lo que ganó anualmente, créeme, lo que haga o deje de hacer no importará nada.

–¿Y cómo vas a informarles de eso? –pregunta Van Patten–. ¿Vas a decirles, aquí tenéis una Corona y, a propósito, gano ciento ochenta mil al año, cuál es tu signo del zodíaco?

–Ciento noventa mil –le corrige Price, y luego añade–: Sí, haré eso. Aunque esas chicas no andan detrás de ello.

–¿Y de qué andan detrás esas chicas, sabelotodo? –pregunta

McDermott, inclinándose ligeramente según camina.

Van Patten se ríe y, sin dejar de andar, se da un golpe con las manos.

–Oye –digo yo, riendo– te podrías preguntar si lo sabes tú.

–Quieren a un tío bueno que las lleve a Le Cirque dos veces por semana, y que consiga que entren en Nell's de modo habitual. O puede que a un amigo personal de Donald Trump –dice Price fríamente.

Le damos las entradas a una chica que está bastante bien y que lleva una chaqueta de lana de melton y un pañuelo de seda de Hermes. Cuando nos deja entrar, Prince le guiña el ojo y McDermott está diciendo:

–Sólo con entrar a este sitio empiezan a preocuparme las enfermedades. Hay muchas chicas contagiadas. Lo *noto.*

–Ya te lo había dicho yo –dice Van Patten, y luego vuelve a repetir–: Nosotros no podemos cogerlas. Hay un cero cero cero con uno por ciento de...

Por suerte, la versión larga de «New Sensation» de INXS apaga su voz. La música está tan alta que sólo se puede hablar a gritos. El club está bastante lleno; la única luz procede de los focos de la pista de baile. Todos llevan esmoquin. Todos toman champán. Como sólo tenemos dos pases de VIP, Price se los enseña a McDermott y Van Patten y éstos agitan sus tarjetas de visita ante el tipo que hace guardia al comienzo de la escalera que lleva abajo. El tipo que les deja pasar lleva un esmoquin de lana cruzado, una camisa de cuello volado de algodón de Cerruti 1881 y una corbata de lazo de cuadros blancos y negros de Martin Dingman Neckwear.

–Oye –le digo a Price–. ¿Por qué no las usamos?

–Porque –me grita por encima de la música, agarrándome por el cuello– necesitamos un poco de polvo boliviano...

Le sigo cuando él se lanza por el estrecho pasillo que corre en paralelo a la pista de baile, luego a la barra y finalmente a la Chandelier Room, que está abarrotada de tipos de Drexel, de Leman' s, de Kidder Peabody, de First Bastan, de Morgan Stanley, de Rothschild, de Goldman, e incluso de *Citibank,* por el amor de dios, todos con esmoquin, todos con copas largas de champán en la mano, todos muy cómodos, y es así como si siempre sonara la misma canción. A «New Sensation» la sigue «The Devil lnside», y Price distingue a Ted Madison apoyado en la barandilla del fondo de la sala, con un esmoquin cruzado de lana, una camisa de cuello volado de Paul Smith, una corbata de lazo y una pechera de Rainbow Nerckwear, botonadura de diamantes de Triana, zapatos de piel y gro de Ferragamo y un antiguo reloj de bolsillo Hamilton de Sacks, y después de Madison, y perdiéndose en la oscuridad están los dos pasadizos que esta noche están iluminados deslumbrantemente con luces verdes y rosas, y Price se detiene de repente, y mira a Ted, que sonríe amistosamente cuando distingue a Timothy, y Price mira soñadoramente los dos pasadizos como si le sugirieran algún tipo de libertad, supusieran un escape que Price lleva tiempo buscando, pero le grito:

–Oye, ahí está Teddy. –y esto hace que deje de mirar, sacuda la cabeza como si se la quisiera despejar, vuelva a enfocar su mirada en Madison y grita terminantemente:

–No, ése no es Madison, por el amor de Dios, es *Tumball.* –y al tipo que yo creía que era Madison le saludan otros dos chicos con esmoquin y nos da la espalda y de repente, detrás de Price, Ebersol aprieta el cuello de Timothy con las manos como si quisiera estrangularlo, luego Price se suelta, estrecha la mano de Ebersol y dice:

–¿Qué tal, Madison?

Madison, que yo creía que era Ebersol, lleva un espléndido chaleco cruzado de lino blanco de Hackkett of London, adquirido en Bergdorf Goodman. Tiene un puro sin encender en una mano y una copa de champán medio vacía, en la otra.

–Mister Price –grita Madison–. Encantado de verle, señor. –Madison –grita Price a su vez–. Necesitamos de tus servicios.

–¿Andáis buscando problemas? –Madison sonríe.

–Algo más inmediato —;:vuelve a gritar Price.

–Claro –grita Madison y luego, con frialdad debido a algo, me saluda con la cabeza, gritándome, creo : Bateman. –y luego–: Bonito bronceado.

Un tipo que está detrás de Madison y que se parece mucho a Ted Dreyer, lleva un esmoquin cruzado de solapas brillantes, una camisa de algodón y una corbata de lazo de seda a cuadros. Estoy casi seguro que de Polo para Ralph Lamen. Madison mira a su alrededor, saludando con la cabeza a varias personas que pasan entre la multitud.

Finalmente, Price pierde la calma.

–Oye. Necesitamos drogas –creo que le oigo gritar. –Paciencia, Price, paciencia –grita Madison–. Hablaré con Ricardo.

Pero todavía sigue allí, saludando con la cabeza a la gente que pasa empujándonos.

–Quisiéramos que lo hicieras ahora –chilla Price.

–¿Por qué no lleváis esmoquin? –grita Madison.

–¿Cuánto queremos? –me pregunta Price, con aspecto desesperado.

–Será bastante con un gramo –grito yo–. Mañana tengo que estar pronto en la oficina.

–¿Tienes dinero en metálico?

No puedo mentir, asiento con la cabeza y le tiendo cuarenta dólares.

–Un gramo –le grita Price a Ted.

–Oíd –dice Madison, presentándonos a su amigo–, os presento a You.

–Un gramo. –Price pone el dinero en la mano de Madison–. ¿You? ¿Cómo?

El chico y Madison sonríen y Ted niega con la cabeza y grita un nombre que no consigo oír.

–No –grita Madison–. Hugh –creo.

–Claro. Encantado de conocerte, Hugh. –Price se, sujeta la muñeca y da un golpecito a un Rolex de oro con el dedo índice.

–Volveré enseguida –grita Madison–. Haced compañía a mi amigo. Usad sus vales para copas. –Desaparece. Y*ou,* Hugh, o como sea, se pierde entre la multitud. Sigo a Price a la barandilla.

Quiero encender mi puro, pero no tengo cerillas; sin embargo el tenerlo en la mano y oler su aroma, unido a la idea de que pronto tendremos la droga, me anima y cojo dos de los vales para copas de Price y trato de conseguirle un Finlandia con hielo, que no tienen, me informa la tía buena de detrás de la barra coqueteando, pero tiene un cuerpo tan estupendo y una pinta de estar tan cachonda que tendré que dejarle propina. Pido un Absolut para Price y un J&B con hielo para mí. Estoy a punto de gastarle una broma a Tim y llevarle un Bellini, pero esta noche parece demasiado nervioso como para apreciarla, de modo que me abro paso a codazos entre la multitud hasta donde está y le doy el Absolut y él lo coge sin dar las gracias y se lo termina de un trago, mira el vaso y hace una mueca, mirándome de modo acusador. Yo me encojo de hombros. Price vuelve a mirar las vías de tren como si estuviera muy abstraído. Esta noche hay muy pocas chicas en Tunnel.

–Oye, mañana por la tarde vaya salir con Courtney.

–¿Con ella? –me chilla, mirando las vías–. Estupendo. –Incluso con el ruido capto el sarcasmo.

–¿y por qué *no?* Carruthers está fuera de la ciudad.

–Harías mejor contratando a una chica de un servicio de acompañantes –me grita amargamente, casi sin pensar.

–¿Por qué? –grito yo.

–Porque te va a costar *mucho* llevártela a la cama.

–En absoluto –grito.

–Oye, también yo me resigno a eso –grita Price, moviendo ligeramente su vaso. Los cubitos de hielo resuenan con fuerza, sorprendiéndome–. Meredith es igual. Espera que le paguen. *Todas* lo esperan.

–Price. –Doy un largo trago de whisky–. No tienes precio...

Señala a lo que tiene detrás.

–¿Adónde llevan esas vías ? –Unas luces láser empiezan a destellar.

–No lo sé –digo, al cabo de un largo rato–, ni siquiera sé si duran mucho.

Me aburro de mirar a Price, que ni se mueve ni habla. La única razón por la que ocasionalmente se aparta de los raíles de tren es para buscar con la mirada a Madison o Ricardo. No hay ninguna mujer cerca, sólo un ejército de profesionales de Wall Street con *es*moquin. La única mujer que localizo está bailando sola en una *es*quina una canción que creo que se llama «Lave Triangle». Lleva lo que parece ser un top con lentejuelas de Ronaldus Shamask y me concentro en ella, pero me encuentro en *ese* estado de inquietud previo a la coca y me pongo a morder con nerviosismo un vale para bebidas y uno de los tipos de Wall Street que se parece a Boris Cunningham se interpone entre la chica y yo. Estoy a punto de dirigirme a la barra cuando vuelve Madison –han sido veinte minutos– y sorbe ruidosamente por la nariz, con una sonrisa de prestado pegada a su cara, mientras estrecha la mano de un sudoroso y serio Price que se aparta tan deprisa que, cuando Ted trata de darle una palmada cariñosa en la espalda, sólo encuentra el aire.

Sigo a Price, que pasa junto a la barra y atraviesa la pista de baile, luego cruza el piso bajo y sube por la escalera, pasa por delante de la larga hilera de chicas que aguardan para ir al servicio, lo que me parece extraño, pues en el club esta noche casi no hay mujeres, y luego entramos en el servicio de caballeros, que está vacío, y Price y yo nos metemos juntos en uno de los retretes y él cierra con pestillo la puerta.

–Me tiemblan las manos –dice Price, tendiéndome la papelina–. Ábrela tú.

La cojo, desplegando con mucho cuidado los bordes del pequeño envoltorio de papel blanco, y expongo el supuesto gramo –parece menos– a la luz fluorescente del servicio de caballeros.

–Joder –susurra Price, de un modo sorprendentemente amable–. No es mucho, ¿verdad? –Se echa hacia delante para mirarlo. –Puede que sea por la luz –apunto yo.

–El jodido Ricardo –dice Price, examinando la coca. –Desde luego –susurro yo, sacando mi tarjeta American Express Platino–. Vamos a meternos un poco.

–¿Es que la vende por *miligramos?* –pregunta Price. Coge un poco de polvo con su propia tarjeta American Express Platino, llevándoselo a la nariz y aspirando. Se queda en silencio durante unos momentos y luego suelta, con voz carraspeante:

–Dios mío.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–Es un jodido miligramo de edulcorante... o lo que sea. Todo menos coca –dice.

Yo esnifo y llego a la misma conclusión.

–Está muy cortada, desde luego, pero tengo la sensación de que si nos metemos lo bastante, funcionará bien. –Pero Price está furioso, tiene la cara roja y suda; me grita como si fuera culpa mía, como si la idea de comprar el gramo a Madison hubiera sido mía.

–Quiero que me pegue, Bateman –dice Price, lentamente, alzando la voz–. ¡No empolvarme el cerebro con esta jodida mierda!

–Siempre puedes echado al café au lait –grita una voz muy remilgada en el retrete de al lado.

Price me mira, con los ojos muy abiertos de incredulidad, luego monta en cólera y se da la vuelta y empieza a dar puñetazos en la pared.

–Cálmate –le digo–. Vamos a metemos más.

Price se vuelve hacia mí; después de pasarse la mano por su pelo peinado hacia atrás, parece algo más calmado.

–Creo que tienes razón –y luego alza la voz–, es decir, si al maricón del retrete de al lado le parece *bien.*

Esperamos la respuesta, y la voz del retrete de al lado por fin murmura:

–Me parece bien...

–¡Que te den por el culo! –grita enfadado Price.

–¡Que te den por el culo! –dice la voz, imitando el tono. –No, *¡que te den por el culo a ti!* –responde, gritando, Price, y trata de trepar por la separación de aluminio, pero le sujeto con una mano y en el retrete de al lado suena la cisterna y la persona sin identificar, obviamente nerviosa, deja el servicio de caballeros. Price se apoya en la puerta de nuestro retrete y me mira con expresión desconsolada. Se pasa una mano temblorosa por la cara, que todavía está muy roja, y cierra los ojos, apretándolos con fuerza; tiene los labios muy pálidos, y un leve resto de cocaína en uno de los agujeros de la nariz..., y luego dice tranquilamente, sin abrir los ojos:

–Vale. Vamos a terminárnosla.

–*Eso* es valor –digo yo. Metemos por turnos nuestras respectivas tarjetas de crédito en el polvo hasta que ya no queda bastante para que puedan cogerlo las tarjetas y apretamos los dedos y esnifamas o nos frotamos las encías. No me ha pegado demasiado, pero otro J&B le dará al cuerpo la falsa sensación suficiente como para que crea que se ha metido algo medio bueno.

Al salir del retrete, nos lavamos las manos, mirando nuestro reflejo en el espejo y, una vez satisfechos, volvemos nuevamente hacia The Chandelier Room. Empiezo a considerar que debería haber dejado en el guardarropa mi abrigo (Armani), pero diga lo que diga Price, me noto colocado, y: unos minutos después espero .en la barra, tratando de atraer la atención de la tía buena. Por fin tengo que dejar un billete de veinte dólares sobre la barra para atraer su atención, y eso que me fijo que quedan muchos vales para copas. La cosa funciona. Aprovechándome de los vales para copas, pido dos Stolis dobles con hielo. Me sirve los vasos delante de mí.

Me siento bien, y le grito:

–Oye, ¿no vas a la Universidad de Nueva York?

Ella niega con la cabeza, sin sonreír.

–¿A Hunter? –grito.

Vuelve a negar con la cabeza. A Hunter no.

–¿A Columbia? –grito..., aunque se trata de una broma.

Ella continúa concentrada en la botella de Stoli. Decido no proseguir la conversación y dejo los vales para copas en la barra cuando pone los vasos delante de mí –Pero niega con la cabeza y grita:

–Ya son pasadas las once. Ya no sirven. Hay que pagar al contado. Son veinte dólares.

Y sin quejarme, haciendo como que domino por completo la situación, saco mi cartera de piel de gacela y le tiendo un billete de cincuenta que la chica mira, lo juro, despectivamente y, suspirando, se vuelve a la caja registradora y coge mi cambio, y yo la miro fijamente y digo con toda claridad, aunque mi voz quede apagada por el sonido de «Pump Up the Volume» y la multitud:

–Eres una puta asquerosa y me apetece coserte a puñaladas y chapotear en tu sangre –pero sonriendo.

No le dejo propina y me reúno con Price, que de nuevo está apoyado, de mal humor, junto a las vías del tren, agarrado con las manos a la barandilla de hierro. Paul Owen, que se ocupa de la cuenta de Fisher, lleva un esmoquin cruzado de lana con seis botones y está al lado de Price, gritando algo como:

–Llegué a quinientas iteraciones «cash flow» descontado en un IBM PC, tomé el taxi de la empresa a Smith and Wollensky.

Le doy la copa a Price, mientras asiento con la cabeza a Paul. Price no dice nada, ni siquiera gracias. Se limita a coger la copa y contempla fúnebremente los raíles y luego mira de *reojo* y baja la cabeza hacia su vaso y, cuando las luces estroboscópicas se ponen a funcionar, se estira y murmura algo para sí mismo.

–¿Te ha pegado? –le pregunto. –¿Cómo estás? –grita Owen. –Muy contento –digo yo.

La música es una canción continua, interminable, que se une a otra. Unas canciones separadas que sólo se relacionan unas con otras por medio de un sordo redoble y que se imponen a cualquier conversación, lo cual, mientras estoy hablando con un buitre como Owen, me parece perfecto. Parece que ahora hay más chicas en la Chandelier *Room* y trato de establecer contacto visual con una de ellas –tipo modelo, con grandes tetas–. Price me da un codazo y yo me inclino hacia él para preguntarle si deberíamos hacemos con otro gramo.

–¿Por qué no llevas esmoquin? –pregunta Owen, detrás de mí. –Lo dejo –grita Price–. Estoy harto.

–¿El qué dejas? –le grito yo, confuso.

–*Esto* grita él, refiriéndose a, aunque no estoy seguro pero creo que sí, su doble Stoli.

–No –le digo–. Lo tomaré yo.

–Escúchame, Patrick –me chilla–. Lo *dejo.*

–¿Y adónde vas? –estoy confuso de verdad–. ¿No quieres que busque a Ricardo?

–Lo dejo –grita –*, me voy.*

Empiezo a reírme, sin saber lo que quiere decir.

–Muy bien, ¿y adónde vas a ir?

–*¡Lejos!* –grita.

–No me digas –le grito a mi vez–. ¿Dejas las operaciones de bolsa?

–*No,* Bateman. Estoy hablando en serio, hijoputa. *Me marcho.*

Vaya desaparecer.

–¿Pero adónde? –Todavía estoy riéndome, todavía sigo confuso, todavía grito–. ¿A Margan Stanley? ¿A Rehab? ¿Adónde?

Él aparta la vista sin responder, se limita a seguir mirando los raíles, tratando de descubrir el punto donde terminan, que está más allá de la oscuridad. Está poniéndose demasiado coñazo, pero Owen parece todavía peor y he cruzado la mirada accidentalmente con él.

–Dile que no se preocupe, que lo pase bien –grita Owen. –¿Todavía llevas tú la cuenta de Fisher? –¿Qué otra cosa podría decirle?

–¿Qué? –pregunta Owen–. Espera. ¿No es Conrad ése? Señala a un chico que lleva un esmoquin con una sola fila de botones, una camisa de algodón con corbata de lazo, todo de Pierre Cardin, y que está junto a la barra, justo debajo del candelabro, con una copa de champán en la mano, mirándose atentamente las uñas. Owen saca un puro y me pide fuego. Me siento molesto, de modo que me dirijo a la barra sin excusarme para pedirle unas cerillas a la tía buena a la que me gustaría cortar en pedazos. The Chandelier Room está abarrotada y todos parecen conocidos, todos parecen el mismo. El humo de los puros cuelga pesadamente en el aire, y la música, otra vez INXS, suena más alta que nunca. Me toco la frente por error y se me humedecen los dedos. En la barra cojo unas cerillas. De regreso por entre la multitud, tropiezo con McDermott y Van Patten, que se ponen a pedirme más vales para copas. Les doy los vales que me quedan, sabiendo que ya no son válidos, pero estamos apretujados en mitad de la sala y los vales para copas no les ofrecen el suficiente incentivo para abrirse paso hasta la barra.

–Son unas chicas petardas –dice Van Patten–. Ten cuidado.

No hay tías buenas.

–Mamonas de rincón oscuro –grita McDermott.

–¿Has encontrado drogas? –grita Van Patten–. Hemos visto a Ricardo.

–No –grito yo–. Negativo. Madison no ha podido conseguir nada.

–Siempre el jodido servicio –grita el chico de detrás de mí. –Es inútil –grito–. No oigo nada.

–¿Qué? –grita Van Patten–. No oigo nada.

De repente McDermott me coge del brazo.

–¿Qué hostias está haciendo Price? Fíjate.

Como en una película, me vuelvo con dificultad, poniéndome de puntillas para ver que Price se ha subido a la barandilla y trata de equilibrarse. Alguien le ha dado una copa de champán y, borracho o muy colocado, extiende las manos hacia delante y cierra los ojos, como si bendijera a la

multitud. Detrás de él las luces estroboscópicas se encienden y se apagan, y el aparato del humo parece enloquecido y suelta una neblina gris que ondula y le envuelve. Grita algo, pero no consigo oír qué –la sala está abarrotada por encima de su capacidad, el nivel sonoro es una ensordecedora combinación de «Party All the Time», de Eddie Murphy, y el estrépito constante de los ejecutivos–, y empiezo a abrirme paso hacia él, sin dejar de mirarle, y consigo avanzar más allá de donde está Madison y Hugh y Turnball y Cunnigham y unos cuantos más. Pero la multitud es tan espesa que es inútil seguir intentándolo. Sólo unas pocas caras se fijan en Tim, que todavía se balancea en la barandilla, con los ojos semicerrados, gritando algo. Desconcertado, de repente me alegra estar entre la multitud, incapaz de llegar hasta él, de salvarle de una casi segura humillación, y durante un *byte* de silencio perfectamente acompasado, puedo oír que grita:

–¡Adiós! –y entonces la gente le presta atención–. ¡Mamanes!

Retuerce el cuerpo con cierta gracia y salta de la barandilla y cae en los raíles y se pone a correr, con la copa de champán balanceándosele en la mano. Se tambalea una, dos veces, con la luz estroboscópica encendiéndose y apagándose, en lo que parece una película a cámara lenta, pero recupera su compostura antes de desaparecer en la oscuridad. Un guardia de seguridad permanece sentado perezosamente junto a la barandilla mientras Price desaparece por el túnel. Se limita a mover la cabeza, creo.

–¡Price! ¡Da la vuelta! –grito yo con todas mis fuerzas, pero la multitud, de hecho, está aplaudiendo su actuación–. ¡Price! –le vuelvo a gritar, tratando de imponerme a los aplausos. Pero se ha ido y dudo de que si me oyera fuera a hacerme caso. Madison está a mi lado y me tiende la mano como para felicitarme por algo.

–Ese chico provoca *tumultos.*

McDermott aparece detrás de mí y me tira del hombro.

–¿Es que Price conoce un reservado para VIP que no conocemos nosotros? –Parece preocupado.

Ahora he salido de Tunnel y estoy colocado pero cansado de verdad y en la boca tengo un sorprendente sabor como a NutraSweet, incluso después de beber dos Stolis más y medio J&B. Son las doce y media y vemos unas limusinas que tratan de girar hacia la izquierda camino de la West Side Highway. Los tres, Van Patten, McDermott y yo, discutimos las posibilidades de encontrar ese nuevo club que Sdlama Nekenieh. No estoy colocado de verdad, sólo borracho o algo así.

–¿Comemos mañana? –les pregunto, bostezando.

–Yo no puedo –dice McDermott–. Vaya cortarme el pelo a Pierre…

–¿Y el desayuno? –sugiero yo.

–Tampoco –dice Van Patten–. Cita en Gio's. Manicura. –Eso me recuerda –le digo, mirándome la mano– que también yo necesito que me la hagan.

–¿Y la cena? ¿Cómo la tienes? –me pregunta McDermott.

–Tengo una cita –digo–. Mierda.

–¿Y tú? –le pregunta McDermott a Van Patten.

–Imposible –dice Van Patten–. Tengo que ir a Sunmakers. Y luego al gimnasio.

La oficina

En el ascensor, Frederick Dibble me habla de una nota de Page Six, o de otra columna de cotilleos, sobre Ivana Trump y luego de ese nuevo local italo–thai del Upper East Side al que fue ayer por la noche con Emily Hamilton y se pone a disparatar sobre un increíble plato de fusilli shiitake. Yo he sacado una pluma de oro Cross para escribir el nombre del restaurante en la agenda. Dibble lleva un traje cruzado de lana a rayas muy finas de Canali Milano, una camisa de algodón de Bill Blass, una corbata de seda a cuadros escoceses mínimos de Bill Blass Signature, y en el brazo sujeta un impermeable Missoni U amo. Tiene buen aspecto, lleva un corte de pelo muy caro y lo miro admirativamente cuando se pone a tararear con la música ambiental –una versión de lo que podría ser «Sympathy for the Devil»– que suena en todos los ascensores del edificio de nuestras oficinas. Iba a preguntarle a Dibble si ha visto el programa de Patty Winters de esta mañana –trataba del autismo–, pero se baja un piso antes del mío y repite el nombre del restaurante:

–Thaidialano. –Y añade–: Nos vemos, Marcus. –y sale del ascensor.

Las puertas se cierran. Yo llevo un traje de lana de cuadraditos diminutos blancos y negros, y pantalón con pinzas de Hugo Boss, una corbata de seda, también de Hugo Boss, una camisa de algodón de Joseph Abboud y zapatos de Brooks Brothers. Me he pasado el hilo dental con demasiada fuerza esta mañana y todavía puedo notar el sabor como a cobre de la sangre en el fondo de la garganta. He utilizado Listerine después y noto como si tuviera la boca en llamas, pero me las arreglo para sonreír al vacío cuando salgo del ascensor, balanceando mi nuevo attaché de cuero negro de Bottega Veneta.

Mi secretaria, Jean, que está enamorada de mí y con la que probablemente terminaré casándome, está sentada en su mesa y esta mañana, para atraer mi atención como de costumbre, lleva algo probablemente poco caro y completamente inapropiado: un cardigan de cachemira Chanel, un polo de cachemira y un pañuelo de cuello de cachemira, pendientes de perlas falsas, y unos pantalones de crepé de lana de Barney's. Me quito el walkman de alrededor del cuello y me acerco a su mesa. Ella alza la vista y sonríe tímidamente.

–Un poco tarde, ¿no? –dice.

–Clase de aerobic. –Me comporto fríamente–. Lo siento. ¿Algún recado?

–Ricky Hendricks ha cancelado su cita para hoy –dice–. No dijo qué cancelaba ni por qué.

–A veces boxeo con él en el Harvard Club –le explico–. ¿Algo más?

–Y.. Spencer quiere verse contigo para tomar una copa en Fluties Pier 17 –dice, sonriendo.

–¿Cuándo? –pregunto.

–Después de las seis.

–Negativo –le digo mientras entro en mi despacho–. Cancélalo.

Jean se levanta de su mesa y me sigue dentro.

– ¿Y qué debo decirle? –pregunta, divertida.

–Bueno..., puedes decirle... que no –le digo, quitándome mi impermeable Armani y colgándolo de un perchero de Alex Loeb que compré en Bloomingdale's.

–Entonces..., ¿le digo sólo... que no? –repite ella.

–¿Has visto el programa de Patty Winters de esta mañana?–pregunto–. Uno sobre autismo.

–No. –Sonríe como si de algún modo le encantara mi adicción al programa de Patty Winters–. ¿Qué tal ha estado?

Cojo el *Wall Street journal* de hoy y paseo la vista por la primera página; no es más que un borrón de letras de imprenta sin sentido.

–Creo que mientras lo veía estaba alucinando. No sé cómo. No estoy seguro. No recuerdo –murmuro, dejando el *Journal* a un lado. Luego cojo el *Financial Times* de hoy–. La verdad es que no lo sé. –Jean sigue allí, esperando instrucciones. Suspiro y junto las manos, sentándome en la mesa de despacho Palazetti con la parte de arriba de cristal, y con las dos lámparas halógenas de los lados ya encendidas–. Muy bien, Jean –empiezo–. Necesito que reserves mesa para tres en el Camols para las doce y media, y si allí no puede ser, prueba en Crayons. ¿De acuerdo?

–Sí, señor –dice, en tono de broma, y luego se vuelve para salir.

–Espera un momento –digo, recordando algo–. Y necesito que reserves una mesa para dos en Arcadia para las ocho de esta tarde.

Jean se da la vuelta, con una expresión de decepción en la cara, pero todavía sonriendo.

– ¿Es algo... romántico?

–No, déjalo –le digo–. Me ocuparé yo. Gracias.

–Lo haré yo –dice ella.

–No. No –digo yo, despidiéndola con la mano–. Sé amable y tráeme una Perrier, ¿de acuerdo?

–Hoy estás muy amable –dice, antes de irse.

Tiene razón, pero no digo nada. Me limito a mirar el cuadro de George Stubbs que cuelga de la pared del otro lado, preguntándome si debería moverlo de sitio, pensando que a lo mejor está demasiado cerca del Aiwa estéreo AM/FM y la doble pletina y el plato semiautomático, el ecualizador gráfico, los cascos a juego, todo a la luz crepuscular que combina perfectamente con el tono de color del despacho. El cuadro de Stubbs probablemente quedaría mejor encima del dóberman de tamaño natural de la esquina (700 dólares en Beauty and the Beast, de la Trump Tower) o puede que encima de la antigua mesa Pacrizinni que está junto al dóberman. Me levanto y cambio de sitio todas esas revistas deportivas de los años cuarenta –me costaron a treinta dólares *cada una*– que compré en Funchies, Bunkers, Gaks and Gleeks, y luego descuelgo el cuadro de Stubbs de la pared y lo apoyo contra la mesa y luego me vuelvo a sentar y jugueteo con los lápices que tengo dentro de una jarra de cerveza alemana original que compré en Mantiques. El Stubbs queda bien en cualquier sitio. Una reproducción del paragüera Black Forest (675 dólares en Hubert des Forges) está en el otro rincón sin, me acabo de fijar, ningún paraguas.

Pongo una cinta de Paul Butterfield en la pletina, vuelvo a sentarme a la mesa y hojeo el *Sports Illustrated* de la semana pasada, pero no puedo concentrarme. No dejo de pensar en esa puñetera cama para broncearse que tiene Van Patten y llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí? –responde ella.

–Jean. Escucha, manténte con todas las antenas concentradas en una cama para broncearse, ¿entendido?

–¿Cómo? –pregunta ella, incrédula. No estoy seguro, pero probablemente todavía sonría.

–Ya sabes. Una cama para broncearse –repito, como quien no quiere la cosa.

–Muy bien... –dice ella, dubitativa–. ¿Algo más?

–Oh, mierda, sí. Recuérdame que devuelva las cintas de vídeo que alquilé ayer por la noche. –Me pongo a abrir y cerrar el cenicero de plata de ley que hay junto al teléfono.

–¿Algo más? –pregunta Jean, y luego coqueteando–: ¿Todavía quieres la Perrier?

–Sí. Me parece estupendo. ¿Oye, Jean?

–Dime –dice ella, y me alegra su paciencia.

–¿Crees que estoy loco? –pregunto–. Me refiero a porque quiero tener una cama para broncearme.

Hay una pausa y luego:

–Bueno, *no* es demasiado corriente –admite, y puedo asegurar que está eligiendo las palabras con *mucho* cuidado–. Pero, da igual, claro. Me refiero a que, ¿cómo si no vas a mantener ese fantástico tono de piel?

–Buena chica –digo, antes de colgar. Tengo una secretaria estupenda.

Entra en mi despacho cinco minutos después con la Perrier, una rodaja de lima y el informe Ramson, que no necesitaba traer, y yo me siento vagamente conmovido por su casi total devoción hacia mí. Pero no puedo evitar que eso me halague.

–Tienes mesa en Camols para las doce y media –anuncia, mientras me sirve la Perrier en un vaso de cristal–. En la zona de no fumadores.

–No vuelvas a ponerte esa ropa –le digo, lanzándole una rápida mirada–. Gracias por el informe Ramson.

–¿Cómo...? –titubea ella, a punto de darme la Perrier, y pregunta–: ¿Qué has dicho? No te he oído –antes de dejar el vaso encima de mi mesa de despacho.

–He dicho –y repito tranquilamente, sonriendo–, que no vuelvas a ponerte esa ropa. Ponte un vestido. Una falda o lo que sea.

Jean se queda allí un poco confusa y después me mira y sonríe como si fuera una retrasada mental.

–Si no te gusta, no volveré a ponérmela –dice humildemente.

–Es que –digo, dando un sorbo a la Perrier– estarás mucho más guapa con otra cosa.

–Gracias, Patrick –dice sarcásticamente, aunque apuesto lo que sea a que mañana se pondrá un vestido. El teléfono de su mesa empieza a sonar. Le digo que no estoy. Se vuelve para salir.

–Ah, y tacón alto –añado–. Me gustan los tacones altos.

Jean mueve la cabeza bondadosamente cuando sale, y cierra la puerta a sus espaldas. Saco un receptor Panasonic de bolsillo con televisor en color de tres pulgadas y radio AM/FM y trato de encontrar algo que ver, por suerte ponen *Peligro extremo,* antes de volverme hacia el terminal del ordenador.

El gimnasio

El gimnasio al que acudo, Xclusive, es privado y está situado a cuatro manzanas de mi apartamento del Upper West Side. En los dos años que llevo de socio, lo han reformado tres veces y aunque tienen los últimos aparatos de musculación (Nautilus, Universal, Keiser) cuenta con una gran variedad de pesas que también me gusta usar. El club tiene diez pistas de tenis y squash, clases de aerobic, cuatro estudios de baile para aerobic, dos piscinas, ciclostátics, un aparato Gravitron, aparatos para remar, cintas para correr, aparatos para hacer esquí de fondo, atención personal, controles cardiovasculares, programas personalizado s, masaje, sauna y cámaras de vapor, un solárium, mesas de bronceado y un café. con un bar de zumos naturales, todo ello diseñado por J. J.

Vogel, que diseñó el nuevo club de Norman Prager, Petty's. La cuota de socio asciende a cinco mil dólares anuales.

Hacía frío esta mañana, pero parece que el día se ha templado cuando salgo de la oficina y llevo un traje cruzado a rayas con seis botones de Ralph Lauren, con una camisa Sea Island de algodón de cuello volado y rayas muy finas y puños franceses, también de Polo, y me quito la ropa, con alivio, en el vestuario provisto de aire acondicionado. Luego me pongo unos shorts negros ala de cuervo de algodón y lycra con una franja blanca en la cintura y costados, y una camiseta de algodón y lycra, las dos cosas de Wilkes, que se pueden doblar tanto que de hecho las llevo en mi attaché. Después de ponérmelas y conectar mi walkman, sujetándolo a los shorts de lycra y poniéndome los auriculares en los oídos, escucho una selección de Stephen Bishop/Christopher Cross de una cinta que me grabó Todd Hunter. Me miro al espejo antes de entrar al gimnasio y, poco satisfecho, vuelvo al attaché en busca de espuma para mantener el pelo peinado hacia atrás y luego uso un hidratante y, para una manchita que tengo debajo del labio inferior, un toque de Clinique Touch–Stick. Satisfecho, subo el volumen del walkman y salgo del vestuario.

Cheryl, esa chica regordeta y baja que está enamorada de mí, se encuentra sentada encima de la mesa donde se inscribe la gente, leyendo una de las columnas de cotilleos del *Post,* y se le ilumina la cara de modo notable cuando ve que me acerco. Me dice hola, pero yo paso rápidamente por delante de ella, casi sin darme cuenta de su presencia pues no hay cola en el Stairmaster, para el que normalmente hay que esperar veinte minutos. Con el Stairmaster uno trabaja la mayor cantidad de músculos del cuerpo (entre la pelvis y las rodillas) y termina quemando más calorías por minuto que haciendo cualquier otra actividad de aerobic, excepto quizás el esquí nórdico.

Probablemente debiera hacer algo de estiramiento antes, pero si lo hago tendré que hacer cola –ya hay un maricón detrás de mí, probablemente mirándome atentamente la espalda, el culo, los músculos de las piernas. Hoy no hay tías buenas en el gimnasio. Sólo maricones del West Side, probablemente actores en paro, camareros que trabajan de noche y Muldwyn Butner, de Sachs, con el que fui a Exeter, en el aparato de los bíceps. Butner lleva unos shorts de nailon y lycra hasta la rodilla con un dibujo ajedrezado y una camiseta de algodón y lycra y Reeboks de cuero. Termino con mis veinte minutos en el Stairmaster y dejo que lo use el maduro maricón sobremusculado y teñido de rubio de detrás de mí, y comienzo con los ejercicios de estiramiento. Mientras los hago vuelvo a recordar el programa de Patty Winters que he visto esta mañana. Trataba de los pechos grandes y salía una mujer a la que le habían hecho una *reducción* de pechos, pues creía que tenía unas tetas demasiado grandes –la jodida idiota–. He llamado inmediatamente a McDermott, que también lo estaba viendo, y los dos nos hemos dedicado a reírnos de la mujer durante lo que quedaba de programa. Hago quince minutos de estiramiento antes de dirigirme a los aparatos Nautilus.

Antes tenía un monitor personal que me había recomendado Luis Carruthers, pero quiso ligar conmigo el otoño pasado y decidí seguir mi propio programa de entrenamiento que incluye ejercicios de aerobic y aparatos. Con las pesas alterno entre las propias pesas y los aparatos que utilizan resistencias hidráulicas, neumáticas o electromecánicas. La mayoría de los aparatos son muy eficaces, pues cuentan con control informatizado que te permite hacer los ajustes de la resistencia de pesos sin tener que levantarte. Los aspectos positivos de los aparatos incluyen un registro de la sensibilidad muscular, lo que reduce los riesgos de lesiones. Pero también me gusta la versatilidad y libertad que ofrecen las pesas y las muchas variaciones en el levantamiento, algo que no se puede hacer con los aparatos.

En los aparatos de piernas hago cinco tandas de diez repeticiones. Para la espalda también hago cinco tandas de diez repeticiones. En el aparato para endurecer el estómago mejoro y hago seis tandas de quince, y en el aparato de bíceps hago siete series de diez. Antes de dedicarme a las pesas paso veinte minutos en la ciclostátic leyendo el último número de la revista *Money.* Con las pesas hago tres tandas de quince repeticiones de extensiones de piernas, luego tres tandas y veinte

repeticiones de levantamiento de pesas con barra, luego tres tandas y veinte repeticiones de levantamientos laterales para los deltoides traseros y tres tandas y veinte repeticiones de levantamientos lentos, poleas y levantamientos desde el suelo. Para el pecho hago tres tandas de veinte repeticiones de levantamientos en el plano inclinado. Para los deltoides delanteros también hago tres tandas de levantamientos laterales y de levantamientos desde la posición de sentado. Finalmente, para los tríceps hago tres tandas y veinte repeticiones de agarre de cables con pesas y levantamientos de pesas directos. Después de más ejercicios de estiramiento para enfriarme, tomo una rápida ducha caliente y luego voy al video club donde devuelvo las dos cintas que alquilé el lunes, *Reformatorio de travestis* y *Doble cuerpo,* pero alquilo otra vez *Doble cuerpo* porque quiero volver a veda esta noche, aunque sé que no vaya tener tiempo suficiente par masturbarme en la escena en la que matan a la mujer con una taladradora eléctrica, pues estoy citado con Courtney a las siete y media en el Café Luxembourg.

Una cita

Camino de casa desde Xclusive, y después de un intenso masaje shiatsu, me detengo en un quiosco cercano al edificio donde vivo y examino detenidamente la hilera de revistas «Sólo para adultos» con el walkman funcionando, y las tensas melodías del Canon de Pachelbel en cierto modo complementan las fotografías iluminadas con dureza de las revistas que hojeo. Compro *El vibrador de las putas lesbianas* y *Coño con coño,* junto con el último *Sports Ilustrated* y el último número de *Esquire,* aunque estoy suscrito a ellas y ya me deben de haber llegado por correo. Espero a que el quiosco se vacíe para pagar. El quiosquero dice algo y hace un gesto señalándose su ganchuda nariz mientras me da las revistas y el cambio. Bajo el volumen y levanto uno de los auriculares del walkman y pregunto:

–¿Qué?

El tipo se vuelve a tocar la nariz y con un acento espeso, casi incomprensible, dice, creo:

–Le sangra la nariz.

Dejo en el suelo mi attaché de Bottega Veneta y me llevo un dedo a la cara. Al apartado está rojo y manchado de sangre. Busco en mi impermeable Hugo Bossy saco un pañuelo Polo y me seco la sangre, doy las gracias con la cabeza, vuelvo a ponerme mis gafas de aviador Wayfarer y me marcho. Jodido iraní.

En el portal del edificio de mi casa me detengo en el mostrador y trato de atraer la atención del portero, un hispano negro al que no reconozco. Habla por teléfono con su mujer o su camello o un adicto al crack y me mira mientras asiente con la cabeza, con el teléfono sujeto en el cuello, prematuramente arrugado. Cuando se entera de que quiero decirle algo, suspira, abre mucho los ojos y le dice algo a quien está al otro lado de la línea antes de dejar el aparato.

–¿Qué quiere? –masculla.

–Mire –empiezo yo, con el tono más educado y amable que puedo poner–. Por favor, podría decirle al encargado que tengo una grieta en el techo y... –me interrumpo.

Me está mirando como si yo hubiera superado algún tipo de límite inexpresado y empiezo a preguntarme cuál es la palabra que le ha confundido: seguro que no *grieta*[1]*:*–. ¿Entonces cuál? *¿Encargado? ¿Techo? ¿Quizá por favor?*

–¿Qué dice? –Suspira, profundamente, se echa hacia atrás, siempre mirándome fijamente.

Bajo la vista al suelo de mármol y también suspiro y le digo:

–Mire. Verá. Limítese a decirle al encargado que Bateman... del décimo L. –Cuando vuelvo a mirarle para ver si se ha enterado de algo, me recibe la máscara inexpresiva de la cara de subnormal profundo del portero. Para este hombre soy un espectro, pienso. Soy algo irreal, algo que no es tangible, y sin embargo una molestia de algún tipo, y asiente con la cabeza, vuelve a coger el teléfono y reanuda su conversación hablando en un dialecto que me resulta totalmente desconocido.

Recojo el correo –un catálogo de Polo, la factura de American Express, el *Playboy* de junio, una invitación para una fiesta de la oficina en un club nuevo que se llama Bedlarm–, luego me dirijo al ascensor, entro en él mientras hojeo el catálogo de Ralph Lauren y aprieto el botón de mi piso y luego el botón de cerrar la puerta, pero se interpone alguien antes de que se cierren las puertas e instintivamente me vuelvo para decir hola. Es el actor Tom Cruise, que vive en el ático, y como cortesía, sin preguntárselo, aprieto el botón del ático y él me lo agradece con un gesto de la cabeza y mantiene la vista fija en los números que se encienden encima de la puerta en rápida sucesión. En persona es mucho más bajo y lleva las mismas gafas Wayfarer negras que yo. Viste unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta Armani.

Para romper el incómodo silencio, me aclaro la garganta y digo:

–En mi opinión estabas muy bien en *Barman.* Creo que era una película muy buena, y lo mismo *Top Gun.* De verdad creo que era buena.

Aparta la vista de los números y me mira directamente.

–Se llamaba *Cóctel –dice,* en voz bastante baja.

–¿Perdón? –digo yo, confuso.

Se aclara la garganta y dice:

–*Cóctel,* no *Barman.* La película se llamaba *Cóctel.*

Sigue una larga pausa; sólo el sonido de los cables que tiran del ascensor hacia arriba compite con el silencio evidente y pesado que se ha hecho entre nosotros.

–Claro, claro... Eso es –digo, como si recordara el título–. *Cóctel.* Claro, eso es –digo–. Estupendo, Bateman, ¿en qué estarías pensando? –Muevo la cabeza y luego, para arreglar las cosas, le tiendo la mano–. Encantado. Soy Pat Bateman.

Cruise me la estrecha, con poca fuerza.

–¿Te gusta vivir en este edificio? –sigo.

Espera largo rato antes de responder:

–Eso creo.

–Es estupendo –digo–. ¿No te parece?

Él asiente con la cabeza, sin mirarme, y yo vuelvo a apretar el botón de mi piso, una reacción casi involuntaria. Nos quedamos en silencio.

–Conque... *Cóctel,* ¿eh? –digo, al cabo de un rato–. Ése era el título.

Cruise no dice nada, ni siquiera asiente con la cabeza, pero ahora me mira de un modo extraño y se quita las gafas de sol y dice, con una leve mueca:

[1] «Grieta», en inglés es también «crack». (*N. del T.*)

–Te sangra la nariz.

Me quedo de piedra allí durante un momento, antes de entender que tengo que hacer algo con respecto a eso, de modo que hago como que estoy confuso y me toco la nariz y luego saco mi pañuelo Polo –ya manchado de sangre– y me seco la sangre de la nariz, que parece una especie de manantial.

–Debe de ser la altura –digo, riendo–. Estamos muy altos. Él asiente, sin decir nada, y vuelve a mirar los números.

El ascensor se detiene en mi piso y cuando se abren las puertas le digo a Tom:

–Soy un gran fan tuyo. Me alegra mucho haberte conocido.

–Claro, claro, muy bien. –Cruise ensaya su famosa sonrisa y aprieta el botón de cerrar la puerta.

La chica con la que voy a salir esta noche, Patricia Worrell –rubia, modelo, que abandonó Sweet Briar recientemente después de sólo un semestre–, ha dejado dos recados en el contestador, para decirme que es increíblemente importante que la llame. Mientras me aflojo la corbata de seda de un azul inspirado en Matisse, de Bill Robinson, marco su número y paseo por el apartamento, con el teléfono inalámbrico en la mano, para conectar el aire acondicionado.

Responde al tercer timbrazo.

–¿Diga?

–Patricia. Hola. Soy Pat Bateman.

–Oh, hola –dice ella–. Oye, estoy hablando por la otra línea. ¿Puedo volver a llamarte yo?

–Bueno... –digo.

–Verás, es mi gimnasio –dice ella–. En el banco no han pagado. Te llamaré dentro de un segundo.

–Bien –digo, y cuelgo.

Entro en el dormitorio y me quito lo que llevaba puesto hoy: un traje de lana de espiguilla con pantalones de pliegues de Giorgio Correggiari, una camisa de algodón oxford de Ralph Lauren, una pajarita de Paul Stuart y zapatos de Cole–Haan. Me pongo unos pantalones de boxeador de sesenta dólares que compré en Barney's y hago algunos ejercicios para relajarme, con el teléfono en la mano, esperando que vuelva a llamar Patricia. Después de diez minutos de estiramiento, suena el teléfono y espero a que suene seis veces para responder.

–Hola –dice ella–. Soy yo, Patricia.

–¿Podrías esperar un momento ? Tengo otra llamada. –Claro –dice ella.

La hago esperar unos minutos, luego respondo.

–Hola –digo–. Lo siento.

–No importa.

–¿Entonces cenamos? –digo–. ¿Te pasas por mi casa a las ocho?

–Bueno, eso es de lo que te quería hablar –dice ella lentamente.

–Oh, no –protesto yo–. ¿Qué pasa?

–Bueno, verás, es que... –empieza–. Hay un concierto en el Radio City y...

–No, no, no –digo, inflexible–. Nada de música.

–Pero es que mi ex novio, un teclista del Sarah Lawrence, toca en la banda y... –Se interrumpe, como si ya hubiera decidido oponerse a lo que diga yo.

–No, Patricia –le digo con firmeza, pensando para mí: maldita sea, ¿por qué *este* problema? ¿Por qué *esta* noche?

–Oh, Patrick –se lamenta ella por el teléfono–. Será tan divertido.

Estoy bastante seguro de que las posibilidades de acostarme con Patricia esta noche son bastante altas, pero no si vamos a un concierto en el que toca un ex novio suyo (con Patricia no existe nada así).

No me gustan los conciertos –le digo, dirigiéndome a la cocina. Abro la nevera y saco un litro de Evian–. No me gustan los conciertos –vuelvo a decir–. No me gusta la música «en directo».

–Pero éste no es como los *demás.* –y añade débilmente–: *Tenemos* buenos asientos.

–Oye. No es necesario que discutamos –digo–. Si quieres ir, *vete.*

–Pero yo creía que íbamos a ir *juntos* ,,–dice ella, fingiendo emoción–. Creía que íbamos a ir a *cenar.* –y luego, casi como si se le acabara de ocurrir, añade–: Pero *juntos.* Los *dos.*

–Lo *sé.* Lo sé –digo–. Oye, debemos dejar que cada uno haga exactamente lo que *quiera* hacer. Quiero que hagas lo que te apetezca hacer.

Ella hace una pausa y prueba desde otro ángulo.

–Es una música tan bonita... Sé que suena a estúpido pero es realmente *gloriosa.* La banda es una de las mejores que hayas visto nunca. Son divertidos y maravillosos, y la música es estupenda y, Dios mío, me apetece muchísimo que los veas. Lo pasaremos muy bien, garantizado –dice, con ardor.

–No, no, ve tú –digo–. Lo pasarás bien.

–Patrick –dice ella–. Tengo *dos* entradas.

–No. No me gustan los conciertos –digo–. La música en directo me *fastidia.*

–Bueno –dice ella, y su voz suena con un auténtico tono de decepción–, pero me sentiré muy mal si no estás allí conmigo.

–Te digo que vayas y lo pases bien. –Quito el tapón de la botella de Evian, tomándome un tiempo para lo siguiente–. No te preocupes. Iré al Dorsia solo. No importa nada.

Hay una larguísima pausa que soy capaz de traducir como: bien, bien, ahora vamos a ver si quieres ir a ese jodido concierto. Tomo un largo trago de Evian, esperando que me diga que aparecerá por aquí.

–¿Dorsia? –pregunta, y luego, desconfiadamente–. ¿Has reservado mesa allí? Quiero decir, ¿para nosotros?

–Sí –digo yo–. Para las ocho y media.

–Bueno... –Emite una risita y luego, tartamudeando, añade–: Era..., bueno, lo que quiero decir es que... yo ya los he visto. Sólo quería que los vieras *tú.*

–Oye. ¿Qué vas a hacer por fin? –pregunto–. Si no vienes tú, tendré que llamar a otra persona. ¿Tienes el teléfono de Emily Hamilton?

–Vamos, vamos, Patrick, no te... *precipites.* –Suelta una risita nerviosa–. Tocan otras dos noches más, así que *puedo* verlos mañana. Oye, tranquilo, ¿vale?

–Vale –digo yo–. Estoy tranquilo.

–¿A qué hora quieres que nos veamos? –pregunta la puta del restaurante.

–He dicho que a las ocho –le respondo, molesto.

–Está bien –dice ella, y luego, con un susurro seductor–: Nos veremos a las ocho. –Sigue al teléfono como si esperara que le fuera a decir algo más, como si creyera que iba a felicitarla por hacer la elección adecuada, pero no tengo tiempo para esas cosas, de modo que cuelgo con brusquedad.

Inmediatamente después de colgarle el teléfono a Patricia, atravieso rápidamente la habitación y agarro la guía Zagat y busco hasta que encuentro Dorsia. Con dedos temblorosos marco el número. Comunica. Dominado por el pánico, pongo el teléfono en llamada constante y durante los siguientes cinco minutos la señal de que comunican, perpetua y espantosa, se repite sin cesar. Por fin deja de comunicar y en los segundos que preceden a la respuesta experimento algo de lo más raro: una descarga de adrenalina.

–Dorsia –dice alguien, de sexo no fácilmente identificable; alguien a quien el ruido de fondo ha hecho andrógino–. Espere un segundo, por favor.

El sonido que oigo es ligeramente menos fuerte que el de un estadio de fútbol abarrotado y tengo que reunir todo el valor del que soy capaz para seguir en la línea y no colgar. Espero cinco minutos, con la mano sudorosa, entumecida por agarrar el teléfono inalámbrico con tanta fuerza, con una parte de mí mismo dándose cuenta de la inutilidad del esfuerzo, otra esperanzada, otra jodida por no haber reservado mesa antes o haber encargado a Jean que lo hiciera. Al fin, vuelve a oírse la voz, que dice, arisca:

–Dorsia.

Me aclaro la garganta.

–Oiga, ya sé que es un poco tarde, pero ¿es posible reservar una mesa para dos para las ocho y media o las nueve? –Lo pregunto con los ojos cerrados con fuerza.

Hay una pausa –la multitud del fondo es una masa que se agita, ensordecedora– y con auténtica esperanza me atrevo a abrir los ojos, dándome cuenta de que el maître, Dios le bendiga, probablemente esté comprobando la lista de reservas para ver si han cancelado alguna–, pero entonces suelta una risita, al principio baja, pero que se convierte gradualmente en una carcajada que se interrumpe bruscamente cuando cuelga con violencia.

Aturdido, febril, notándome vacío, pienso en lo que puedo hacer, mientras el único sonido que me llega es el del tono del teléfono. Reuniendo toda la energía que me queda, cuento hasta seis, vuelvo a abrir la guía Zagat y trato de recobrar mi concentración para superar el aplastante pánico de no conseguir reservar mesa para las ocho y media en un sitio que, si no está tan de moda como el Dorsia, al menos sea comparable. Por fin consigo reservar mesa para dos a las nueve en Barcadia, yeso *sólo* porque ha habido una cancelación, y pienso en que Patricia probablemente se mostrará decepcionada, aunque le *guste* Barcadia –las mesas son espaciosas, la luz es agradable y tranquilizadora, la comida Nouvelle Southwestern–, y si no le gusta, ¿qué va a hacer la muy puta, *denunciarme?*

Hoy he trabajado intensamente en el gimnasio después de salir de la oficina, pero la tensión ha vuelto, de modo que hago noventa distensiones abdominales y ciento cincuenta flexiones, y luego corro sin moverme durante veinte minutos mientras oigo el nuevo CD de Huey Lewis. Tomo una ducha caliente y después uso una nueva limpiadora facial de Caswell–Massey y una crema corporal de Greune, luego un hidratant corporal de Lubriderm y una crema facial Neutrogena. Dudo entre dos modelos. Uno es un traje de crepéde lana de Bill Robinson que compré en Sacks, con esa camisa de algodón de Charivari y una corbata Armani. O una chaqueta de sport de lana y cachemira de cuadros azules, una camisa de algodón y pantalones de lana con pinzas, de Alexander Julian, con una corbata de seda de lunares de Bill Blass. El Julian podría resultar un poco caliente para mayo; pero si Patricia lleva ese modelo de Karl Lagerfeld que *creo* que se va a poner, entonces quizá tenga que llevar el Julian, porque queda bien con *su* vestido. Los zapatos son unos mocasines de cocodrilo de A. Testoni.

Una botella de Scharffenberger está metida en hielo en un recipiente de aluminio hilado Spiros que está dentro de un cubo para champán de cristal grabado de Christine van der Hurd, que está encima de una bandeja de plata de Cristoffe. El Scharffenberger no está mal –no es Cristal, pero ¿por

qué malgastar el Cristal con esta calientapollas?–. De todos modos, probablemente no note la diferencia. Tomo una copa mientras la espero, arreglando de vez en cuando los animales Steube de la mesita de cristal de Turchin, u hojeando el último libro que he comprado, algo de Garrison Keillor. Patricia se retrasa.

Mientras espero en el sofá del cuarto de estar, y en la máquina de discos Wurlitzer suena «Cherish», de los Lovin' Spoonful, llego a la conclusión de que Patricia esta noche está a salvo, pues no voy a sacar inesperadamente un cuchillo y usarlo contra ella sólo porque me apetezca hacerlo, ni voy a obtener ningún placer viendo cómo sangra por los cortes que le he hecho en el cuello, ni a degollarla o sacarle los ojos. Tiene suerte, aunque no haya ningún motivo detrás de esa suerte. Puede que esté a salvo porque es rica, porque tiene *una familia* rica, y eso la proteja esta noche, o simplemente puede que se trate de que lo he elegido *yo.* A lo mejor la copa de Scharffenberger me ha quitado las ganas de hacerlo, o puede que simplemente se trate de que no quiero echar a perder este conjunto concreto de Alexander Julian con la sangre de la muy puta. Sea lo que sea, se mantiene el hecho: Patricia seguirá viva, y esta victoria no requiere habilidad, ni ejercicios de imaginación, ni ingenuidad por parte de ninguno. Simplemente se debe a que el mundo, *mi* mundo, funciona así.

Llega con media hora de retraso y le digo al portero que la deje subir; aunque me reúno con ella a la puerta mientras la cierro con llave. No lleva el vestido Karl Lagerfeld que esperaba, pero de todos modos parece decentemente guapa: una blusa de seda con gemelos brillantes en los puños de Louis Dell'Olio y unos pantalones de terciopelo bordado de Saks, pendientes de cristal de Wendy Géll para Anne Klein y zapatos dorados. Espero hasta que estamos en el taxi camino del centro para decirle que no vamos a ir a Dorsia y luego me disculpo, mencionando algo sobre líneas telefónicas desconectadas, un incendio, un maître vengativo. Ella lanza un leve suspiro cuando le doy la noticia, ignora las disculpas y aparta la vista de mí para mirar por la ventanilla. Trato de calmarla describiéndole lo guapa que está y lo *lujoso* que es el restaurante al que vamos a ir, hablándole de su pasta con hinojo y banana, de sus *sorbetes,* pero ella se limita a negar con la cabeza y entonces sólo me queda decirle, Dios santo, que Barcadia es mucho más caro que Dorsia, pero sigue inexorable. Sus ojos, lo juro, sueltan lágrimas intermitentemente.

No dice nada hasta que estamos sentados en una mediocre mesa cerca de la parte del fondo del comedor principal, y sólo para pedir un Bellini. Para cenar yo pido los raviolis con sábalo y compota de manzana de primer plato y la carne con chevre y fondo de codorniz de segundo. Ella pide el chiquiguao rojo con violetas y piña, y de primero una sopa de mantequilla de cacahuete con pato ahumado y pulpa de calabaza, lo que suena a raro pero de hecho está bastante bien. La revista *New York* lo llamó «un plato juguetón pero misterioso», y yo se lo repito a Patricia, que enciende un pitillo ignorando la cerilla que he encendido, hundida, muy arisca, en su silla. Me echa directamente el humo a la cara, lanzándome ocasionales miradas de furia que ignoro educadamente, pues soy el caballero que puedo ser. Una vez que llegan nuestros platos, me limito a mirar mi comida –los triángulos de carne roja oscura con chevre por encima que está bañada de zumo rosa de granada, con el fondo de codorniz alrededor de la carne, y rodajas de mango colocadas alrededor del borde del plato– durante largo rato, un poco confuso, antes de decidirme a comer, mientras dudo con el tenedor en la mano.

Aunque la cena sólo dura noventa minutos, siento como si hubiera estado sentado en Barcadia durante toda una semana, y aunque no siento deseos de ir a Tunnel después, me parece un castigo apropiado para la conducta de Patricia. La cuenta sube a 320 dólares –de hecho, menos de lo que yo esperaba– y saco mi American Express Platino. En el taxi, camino del centro, clavo la vista en el taxímetro, y nuestro taxista intenta entablar conversación con Patricia, que le ignora por completo mientras retoca su maquillaje con un compacto Gucci, añadiendo lápiz de labios a una boca ya muy pintada. Esta noche había un partido de béisbol que creo que he olvidado dejar programado para grabar, de modo que no lo podré ver cuando vuelva a casa, pero recuerdo que hoy, después del trabajo, he comprado dos revistas y siempre puedo pasar una hora o así estudiándolas atentamente.

Miro mi Rolex y me doy cuenta de que si tomamos una copa, puede que dos, llegaré a casa a tiempo de ver *A última hora con David Letterman.* Aunque físicamente Patricia es atractiva y no me importaría tener actividad sexual con su cuerpo, la idea de tratada con educación, de ser amable, de disculparme por esta noche, por no haber podido ir a Dorsia (aunque Barcadia es *dos veces* más caro, por "el amor de Dios), me molesta mucho. La muy puta probablemente esté jodida porque no vamos en una limusina.

El taxi se detiene delante de Tunnel. Pago la carrera y le dejo una propina decente al taxista y abro la puerta para que se baje Patricia, que ignora mi mano cuando trato de ayudarla a apearse del taxi. Esta noche no hay nadie esperando junto a los cordones. De hecho, la única persona en la calle Cuarenta y cuatro es un vagabundo que está sentado junto a un Dumpster, retorciéndose de dolor, pidiendo unas monedas o comida, y nosotros pasamos rápidamente por delante de él mientras uno de los tres porteros que están detrás de los cordones nos deja entrar, y otro me da una palmadita en la espalda, diciendo:

–¿Cómo está, mister McCullough?

Yo asiento con la cabeza, mientras abro la puerta para que pase Patricia, y antes de seguirla, digo:

–Bien, bien, Jim. –y le estrecho la mano.

Una vez dentro, después de pagar cincuenta dólares por los dos, me dirijo de inmediato a la barra sin preocuparme de si Patricia me sigue o no. Pido un J&B con hielo. Ella quiere una Perrier, sin lima, y se la pide ella misma. Después de beberme media copa, apoyado en la barra y mirando a la camarera que está tan buena, de repente hay algo que parece fuera de lugar. No es la iluminación ni los INXS cantando «New Sensation» ni la tía buena de detrás de la barra. Es otra cosa. Cuando me vuelvo lentamente para observar el resto del club, me encuentro con un espacio que está completamente desierto. Patricia y yo somos los dos únicos clientes de todo el club. Somos, exceptuando a la tía buena de la barra, literalmente las *dos únicas personas de Tunnel.* «New Sensation» se convierte en «The Devil Inside» y la música suena a toda potencia, pero parece menos fuerte porque no hay una multitud que reaccione ante ella, y la pista de baile parece inmensa cuando está vacía.

Me alejo de la barra y decido comprobar las otras zonas del club, esperando que Patricia me siga, pero no lo hace. Nadie vigila las escaleras que llevan abajo y cuando bajo por ellas la música del piso de arriba cambia, se convierte en Belinda Carlisle cantando «I Feel Free». Abajo hay una pareja que por un momento tomo por Sam e Ilene Sanford, pero está demasiado oscuro, y *hace mucho calor,* y podría equivocarme. Paso junto a ellos, que están en la barra tomando champán, y me dirijo hacia un chico extremadamente bien vestido con aspecto de mexicano que está sentado en un sofá. Lleva una chaqueta cruzada de lana y unos pantalones a juego de Mario Valentino, una camiseta de algodón de Agnes B. y unos zapatos sin cordones (no lleva calcetines) de Susan Bennis Warren Edwards, y está con una musculosa chica eurobasura bastante guapa –rubia oscuro, grandes tetas, piel bronceada, sin maquillar, fuma Merit Ultra Lights– que lleva un vestido de algodón con un dibujo de cebra de Patrick Kelly y unos zapatos de tacón alto de seda con diamantes de imitación.

Le pregunto al chico si se llama Ricardo.

Él asiente:

–Claro.

Le pido un gramo, diciéndole que me ha mandado Madison.

Saco mi cartera y le tiendo un billete de cincuenta dólares y dos de veinte. Él le pide su bolso a la chica eurobasura. Ésta le da un bolso de terciopelo de Anne Moore. Ricardo busca dentro y me tiende una papelina. Antes de irme, la chica eurobasura me dice que le gusta mi cartera de piel de gacela. Yo le digo que me apetece follármela y luego que puede que separarle los brazos del cuerpo

con un cuchillo, pero la música, George Michael cantando «Faith», es demasiado fuerte y no me oye.

De vuelta arriba, encuentro a Patricia donde la he dejado, sola en la barra, con un vaso de Perrier en la mano.

–Oye, Patrick –dice, en actitud más relajada–. Sólo quiero que sepas que soy...

–¿Una puta? Oye, ¿quieres un poco de coca? –le grito, interrumpiéndola.

–Oh, claro que sí... Claro. –Está tremendamente confusa. –Vamos –le chillo, cogiéndola de la mano.

Ella deja el vaso en la barra y me sigue por el club desierto hasta los servicios del piso de arriba. No hay motivo para que no lo hagamos abajo, pero parece hortera, así que nos la metemos en uno de los retretes del servicio de caballeros. Después de salir del servicio, me siento en un sofá y fumo uno de los pitillos de Patricia mientras ella baja a por unas copas.

Vuelve disculpándose por su conducta anterior.

–Adoro Barcadia, la comida era superior, y ese sorbete de mango, Dios mío, ha hecho que me sintiera en los cielos. Oye, ha estado muy bien que no hayamos ido a Dorsia. Siempre podemos ir cualquier otra noche, y sé que probablemente trataste de conseguir mesa, pero hoy no era la noche adecuada. Pero, de verdad, me ha encantado la comida de Barcadia. ¿Cuánto tiempo lleva abierto? Creo que unos tres o cuatro meses. Leí una gran reseña sobre él en *New York,* o puede que en *Gourmet...* Pero, de todos modos, ¿quieres venir conmigo' mañana por la noche a oír a esa banda? O puede que sea mejor que vayamos a Dorsia y luego a ver a la banda de Wallace. O podríamos ir a Dorsia después, aunque a lo mejor no está abierto hasta tan tarde. Patrick, hablo en serio: deberías verles. Avatar es un cantante genial, y la verdad es que creo que he estado enamorada de él, bueno, en realidad le deseaba, no estaba enamorada de él. Entonces me gustaba Wallace de verdad, pero él se dedicaba a una cuestión de inversiones bancarias y no podía llevar aquella vida y se vino abajo, y por culpa del ácido, no de la cocaína. Quiero decir que *me di cuenta* de lo que estaba pasando, pero que cuando la cosa se vino abajo comprendí que era mejor dejarlo.

J&B estoy pensando. Un vaso de J&B en la mano derecha estoy pensando. Una mano estoy pensando. Charivari. Una camisa...de Charivari. Fusilli estoy pensando. Jami Gertz estoy pensando. Me gustaría follarme a Jami Gertz estoy pensando. Un Porsche 911. Un sharpei estoy pensando. Me gustaría tener un sharpei. Tengo veintiséis años estoy pensando. Tendré veintisiete el año que viene. Un Valium. Me apetece un Valium. En unos Valiums estoy pensando. Teléfono celular estoy pensando.

Limpieza en seco

La tintorería china a la que normalmente mando mi ropa manchada de sangre me devolvió ayer una chaqueta Soprani, dos camisas blancas Brooks Brothers y una corbata de Agnes B. todavía con manchas de sangre de alguien. Tengo una cita para comer a las doce –dentro de cuarenta minutos– y antes decido pasar por la tintorería a quejarme. Además de la chaqueta Soprani, las camisas y la corbata, llevo una bolsa de sábanas manchadas de sangre que también necesitan una limpieza. La tintorería china está situada a unas veinte manzanas de casas de mi apartamento del West Side, casi cerca de Columbia, y como anteriormente nunca he estado allí, la distancia me sorprende (hasta ahora la ropa siempre la han recogido en mi apartamento, después de llamarles por teléfono, y luego

me la devolvían a las veinticuatro horas). Debido a esta excursión, no tengo tiempo para mis ejercicios de la mañana, y como he dormido demasiado, debido a que me pasé hasta casi la madrugada pegándole a la coca con Charles Griffin e Hilton Ashbury –algo que empezó de modo inocente en la fiesta de una revista en M.K., a la que ninguno habíamos sido invitados, y terminó en mi cajero automático hacia las cinco de la madrugada–, me he perdido el programa de Patty Winters, que de hecho era una repetición de una entrevista con el Presidente, de modo que en realidad no me importa, supongo.

Estoy tenso, llevo el pelo peinado hacia atrás, las Wayfarer puestas, me duele el cráneo, tengo un puro –sin encender– sujeto entre los dientes, y llevo puesto un traje negro Armani, una camisa de algodón Armani y una corbata de seda, también de Armani. Parezco en forma pero tengo el estómago revuelto, la mente muy agitada. Cerca ya de la tintorería china paso rápidamente junto a un mendigo que llora. Un viejo, de cuarenta o cincuenta años, gordo y grisáceo y justo cuando estoy abriendo la puerta, me fijo en que, además de *eso,* también está *ciego* y le piso el pie, que de hecho es un muñón, haciendo que se le caiga el vaso de plástico de la mano y que las monedas se desparramen por la acera. ¿Lo hice a propósito? ¿Qué crees tú? ¿O fue algo accidental?

Luego, durante diez minutos, señalo las manchas a la menuda vieja china que, supongo, se ocupa de la limpieza y que incluso trae a su marido desde el fondo de la tienda, pues no consigo entender ni una palabra de lo que dice. Pero el marido sigue completamente mudo y no se molesta en traducir. La vieja sigue farfullando algo en lo que supongo que es chino y por fin tengo que interrumpida.

–Oiga, espere... –Alzo la mano con el puro, con la chaqueta Soprani colgada en el otro brazo–. Ustedes no..., bueno..., espere..., bueno, *no* me están dando razones *válidas.*

La china sigue berreando algo, cogiendo las mangas de la chaqueta con una mano minúscula. Le aparto la mano y, echándome hacia delante, le digo muy lentamente:

–¿Qué trata *usted* de decirme?

Ella sigue berreando, con los ojos muy abiertos. El marido extiende las dos sábanas que ha sacado de la bolsa, ambas salpicadas de sangre seca, y las mira en silencio.

–¿Lavar? –le pregunto–. ¿Trata de decirme que hay que *lavarla?* –Muevo la cabeza, incrédulo–. ¿Lavarla? Dios mío.

La mujer sigue señalando las mangas de la chaqueta Soprani y cuando se vuelve hacia las dos sábanas que tiene detrás, sus berridos se elevan otra octava.

–Un par de cosas –le digo, hablando más alto que ella–. Una. No se puede lavar una Soprani. Sin la menor duda. Dos... –y entonces más alto, imponiéndome a ella– *dos,* estas sábanas sólo se pueden conseguir en Santa Fé. Son unas sábanas muy caras y necesito que queden limpias *de verdad...* –Pero ella sigue hablando y yo asintiendo como si entendiera aquel galimatías. Luego sonrío y me acerco mucho a su cara–. Si no cierra esa jodida boca, voy a matarla, ¿entiende?

La china queda aterrada y su voz se acelera aún más de modo incoherente, con los ojos muy abiertos. Su cara, puede que debido a sus arrugas, parece extrañamente inexpresiva. Vuelvo a señalar patéticamente las manchas, pero entonces me doy cuenta de que es inútil y bajo la mano, esforzándome por entender lo que dice. Luego, como fortuitamente, la interrumpo, hablando otra vez más alto que ella.

–Y ahora escuche, tengo una importante comida de negocios –miro el Rolex–, en Hubert's, dentro de treinta minutos –y volviendo a mirar la aplastada cara de ojos oblicuos de la mujer, añado–: y necesito que esas..., no, espere, dentro de *veinte* minutos. Tengo una comida de negocios en Hubert's dentro de veinte minutos con Ronald Harrison y necesito que esas sábanas estén limpias para esta tarde.

Pero ella no me escucha; sigue hablando incomprensiblemente en el mismo idioma parapléjico, desconocido. Nunca le he tirado un cóctel mólotov a nadie y me pongo a preguntarme qué elementos se necesitan: gasolina, cerillas..., ¿o quizá baste con un mechero?

–Oiga –le suelto, y sinceramente, de modo monótono, acercándome. a su cara (la boca se le mueve caóticamente, se vuelve hacia su marido, que asiente durante una extraña y breve pausa), le digo"–: *No* la entiendo a usted.

Me echo a reír, asustado ante lo ridículo de esta situación y, dando una palmada en el mostrador, busco con la vista por la tienda a alguien con quien hablar, pero no hay nadie, y murmuro:

–Esto es una locura. –Suspiro, pasándome la mano por la cara, y luego dejo bruscamente de reír y me noto furioso. Le digo 'en un gruñido–: Es usted una *imbécil.* No la *puedo* soportar.

Ella vuelve a farfullarme algo.

–¿Cómo? –pregunto, escupiendo la palabra–. ¿No me ha oído? ¿Que y un jamón? ¿Qué me está diciendo? ¿Que y un jamón?

Ella vuelve a coger la manga de la chaqueta Soprani. Su marido se mantiene detrás del mostrador, tétrico y desinteresado.

–Es... usted... una... imbécil –bramo.

La mujer vuelve a farfullar algo, impávida, señalando inexorablemente las manchas de las sábanas.

–Puta estúpida. ¿Me entiende? –grito, con la cara roja, a punto de echarme a llorar. Estoy temblando y le arranco la chaqueta, murmurando–: Por el amor de Dios.

Detrás de mí se abre la puerta y suena una campanilla y trato de tranquilizarme. Cierro los ojos, respiro profundamente; recuerdo que debo pasar por el salón de bronceado después de comer, puede que por Hermes o...

–¿Patrick?

Sorprendido por el sonido de una voz de verdad, me doy la vuelta y veo a una chica que reconozco de mi edificio, una chica a la que he visto algunas veces en el portal, mirándome con admiración siempre que paso junto a ella. Es mayor que yo, casi treinta años, bastante guapa, con unos kilos de más, y lleva un chándal –¿de dónde? ¿Bloomingdale's? No tengo ni idea– y está... *radiante.* Al quitarse las gafas de sol, me ofrece una amplia sonrisa.

–Hola, Patrick, ya me imaginaba que eras tú.

Como no tengo idea de cómo se llama, murmuro:

–Hola. –y luego, algo que parece un nombre de mujer, y después la miro, confuso, encogido, tratando de controlar mi enfado, mientras la china sigue soltando chillidos detrás de mí. Por fin, uno las manos y digo–: Muy bien.

La chica se queda allí sin saber qué hacer, hasta que se dirige muy nerviosa hacia el mostrador, con un resguardo en la mano.

–¿No es absurdo? Tener que venir hasta tan lejos..., pero como sabes, *son* los mejores –dice.

–¿Entonces por qué no pueden quitar *estas* manchas? –pregunto pacientemente, sin dejar de sonreír, con los ojos cerrados, hasta que la china se calla por fin y los abro–. ¿Eres capaz de hablar o lo que sea con estos chinos? –pregunto delicadamente–. Yo no lo consigo. .

La chica se acerca a la sábana que sostiene el viejo.

–Oh, claro, ya lo veo –murmura. En el momento en que intenta tocar la sábana, la vieja la aparta violentamente, e ignorándola, la chica me pregunta–: ¿De qué son? –Vuelve a mirar las manchas y dice–: Dios mío.

–Bueno, verás... –Miro las sábanas, que la verdad es que están hechas una pena–. Se trata, bueno, de zumo de arándanos, zumo de arándanos, sí.

Ella me mira y asiente, como si dudase, luego aventura tímidamente:

–Pues a mí no me parecen arándanos.

Miro atentamente las sábanas durante largo rato antes de tartamudear:

–Bueno, quiero decir, verás..., en realidad son... de *Basca.* Ya sabes, son como... –Hago una pausa–. Como las chocolatinas Dove... con Hershey's Syrup.

–Claro, claro. –Ella asiente con la cabeza, comprendiendo, quizá con cierto escepticismo.

–Oye, si tú pudieras hablar con ellos. –Me echo hacia delante y arranco las sábanas de las manos del viejo–. Te lo agradecería *de verdad.* –Doblo la sábana y la dejo suavemente en el mostrador; luego, mirando nuevamente mi Rolex, explico–: Se me está haciendo tarde. Tengo una cita para comer en Hubert's dentro de quince minutos. –Me dirijo hacia la puerta de la tintorería y la china se pone a farfullar de nuevo, amenazándome con un dedo. La miro indignado, obligándome a no imitar los gestos que hace con la mano.

–¿En Hubert's? *¿De verdad?* –pregunta la chica, impresionada–. Está en el centro, ¿verdad?

–Sí, bueno, oye, tengo que irme. –Trato de detener el taxi que se acerca por el otro lado de la calle y, al tiempo, simular gratitud.

Le digo:

–Gracias..., Samantha.

–Me llamo Victoria.

–Claro, Victoria. –Hago una pausa–. ¿No he dicho eso?

–No. Has dicho Samantha.

–Bien, pues lo siento. –Sonrío–. Ando con problemas.

–¿A lo mejor podemos comer un día de la semana que viene? –sugiere ella, esperanzada, avanzando hacia mí mientras salgo reculando de la tienda–. Ya sabes, estoy a menudo en el centro, cerca de Wall Street.

–No estoy seguro, Victoria. –Me esfuerzo por sonreír disculpándome, apartando mis ojos de sus muslos–. Trabajo sin parar.

–Bueno, entonces, ¿qué tal el sábado? –pregunta Victoria, temiendo resultar ofensiva.

–¿El sábado que viene? –pregunto, volviendo a mirar mi Rolex.

–Sí. –Ella se encoge tímidamente de hombros.

–No puedo, me temo. Voy a ir a la sesión matinal de *Les Misérables* –miento–. Oye, tengo que irme... –Me paso una mano por el pelo y murmuro–: Dios santo –antes de obligarme a añadir–: Te llamaré.

–Muy bien –Sonríe, aliviada–. Hazlo.

Miro indignado a la china una vez más y salgo a toda prisa de allí, corriendo hacia un inexistente taxi, y luego me pongo a andar más despacio una manzana o dos después de la tintorería y...

De repente me encuentro mirando a una vagabunda muy guapa que está sentada en los escalones de una casa de Amsterdam, con un vaso de plástico en el escalón de debajo de sus pies, y como guiado por radar me dirijo hacia ella, sonriendo, rebuscando en mi bolsillo para darle unas monedas. Su cara parece demasiado joven y fresca y bronceada para ser la de una vagabunda, lo que hace que sus problemas resulten más dolorosos. La examino cuidadosamente durante los segundos que me lleva ir desde el borde de la acera a los escalones de la casa donde está sentada, con la cabeza caída, mirándose el regazo sin decir nada. Alza la vista, sin sonreír, después de darse cuenta que me he

detenido delante de ella. Mi antipatía se desvanece y, queriendo ofrecerle algo agradable, algo sencillo, me inclino, sin dejar de mirarla, con los ojos irradiando simpatía hacia su cara grave, y dejando un dólar en su vaso de plástico, digo:

–Buena suerte.

Le cambia la expresión y debido a ello me fijo en el libro –Sartre– que tiene en el regazo, y luego en la bolsa para libros de la Universidad de Columbia que tiene al lado, y por fin en el café del vaso y en mi dólar flotando en él y, aunque todo esto sucede en cuestión de segundos, parece como a cámara lenta, y entonces ella me mira, luego mira el vaso, y grita:

–Oye, ¿cuál es tu puñetero problema?

Aturdido, agachado encima del vaso, sintiéndome rebajado, tartamudeo:

–No sabía..., no sabía que estaba... lleno. –y me alejo, temblando, llamando a un taxi, y dirigiéndome a Hubert's en él.

Alucino y convierto los edificios en montañas, en volcanes, las calles se vuelven junglas, el cielo se convierte en un telón de teatro, y antes de apearme del taxi tengo que ponerme bizco con objeto de aclararme la visión. La comida en Hubert's se convierte en una constante alucinación en la que me encuentro soñando mientras estoy despierto.

Harry's

Hay que llevar los calcetines a juego con los pantalones –le dice Todd Hamlin a Reeves, que le escucha atentamente, removiendo su Beefeater con hielo, con un agitador de plástico.

–¿Quién lo dice? –pregunta George.

Y ahora escucha –explica pacientemente Hamlin–. Si uno lleva pantalones *grises,* debe llevar calcetines *grises.* Tan sencillo como eso.

–Espera un momento –interrumpo yo–. ¿Y si los zapatos son *negros?*

–Queda igual de bien –dice Hamlin, dando un sorbo a su martini–. Pero entonces el cinturón tiene que *hacer juego* con los zapatos.

–Entonces lo que estás diciendo es que con un traje *gris* puedes llevar calcetines grises o *negros* –digo yo.

–Bueno..., sí –dice Hamlin, confuso–. Eso supongo. ¿He dicho eso?

–Vamos a ver, Hamlin –digo yo–. No estoy de acuerdo con lo del cinturón, pues los zapatos están lejos del *cinturón.* Creo que hay que concentrarse en llevar un cinturón que haga juego con los *pantalones.*

– *Tiene* razón –dice Reeves.

Los tres, Todd Hamlin, George Reeves y yo, estamos sentados en el Harry's y son poco más de las seis. Hamlin lleva un traje de Lubiam, una camisa a rayas y cuello largo muy bonita de Burbeny, una corbata de seda de Resikeio y un cinturón de Ralph Lauren. Reeves lleva un traje cruzado de seis botones de Christian Dior, una camisa de algodón, una corbata estampada de Claiborne, zapatos perforados con cordones de Allen–Edmonds, un pañuelo de algodón en el bolsillo, probablemente de Brooks Brothers; unas gafas de sol de Lafon París descansan en una servilleta

junto a su copa, y un attaché bastante bonito de T. Anthony en una silla vacía colocada junto a nuestra mesa. Yo llevo un traje de franela a rayas de dos botones y sin cruzar, una camisa de algodón a rayas multicolores y un pañuelo de bolsillo de seda, todo de Patrick Aubert; una corbata de seda con lunares de Bill Blass y gafas graduadas con montura de Lafont Paris. Uno de nuestros lectores de CD portátiles descansa en mitad de la mesa rodeado de vasos y una calculadora. Reeve's y Hamlin se han ido pronto de la oficina para hacerse un tratamiento facial y los dos tienen buen aspecto, con la cara rosa pero bronceada, el pelo corto y peinado hacia atrás. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los Rambos de la vida real.

–¿Y qué pasa con los chalecos? –pregunta Reeves a Tood–. ¿No están... pasados de moda?

–No, George –dice Hamlin–. *Claro* que no.

–No –me muestro de acuerdo–. Los chalecos *nunca* han estado pasados de moda.

–El problema, sin embargo, *es*... ¿cómo se deben llevar? –pregunta Hamlin.

–Deben ser ajustados... –empezamos simultáneamente Reeves y yo.

–Lo siento dice Reeves–. Sigue, sigue.

–No, no importa –digo yo–. Sigue tú.

–Insisto –dice George.

–Bien, pues deben ajustarse al cuerpo y tapar la cintura –digo–. Deben asomar un poco justo por encima del botón de arriba de la chaqueta del traje. Pero si se ve excesivamente el chaleco, proporcionará al traje un aspecto muy tieso, estirado, que no es deseable.

–Vaya, vaya –dice Reeves, con aspecto confuso–. Exacto. Ya lo sabía.

–Necesito otro J&B –digo, levantándome–. ¿Y vosotros, chicos?

–Beefeater con hielo –me indica Reeves.

–Martini.

–Hamlin.

–Enseguida. –Me dirijo hacia la barra y, mientras espero a que Freddy sirva las copas, oigo a un chico, que creo que es ese griego, William Theodocropopolis, del First Bastan, que lleva una especie de chaqueta de lana muy hortera de cuadritos y una camisa perfecta, pero que también lleva una corbata de cachemira de aspecto super de Paul Stuart que hace que el traje parezca mejor de lo que se merece, y le está contando a un tipo, otro griego, que toma una Diet Cake:

–De modo que escucha, Sting estaba en Chernoble..., ya sabes, ese sitio que abrieron los que abrieron Tunnel..., y luego salió en Page Six y alguien conducía un Porsche 911 y dentro del coche estaba Whitney y...

Al volver a nuestra mesa, Reeves le está contando a Hamlin cómo se burla de los sin hogar de la calle, cómo les tiende un dólar y cuando se acercan lo aparta y se lo mete en el bolsillo.

–Oye, la cosa *funciona* –insiste–. Se quedan tan sorprendidos que no dicen nada.

–Limítate... a decirles... que no –le digo, dejando las copas en la mesa–. Es lo *único* que tienes que decir.

–¿Limitarme a decides que no? –Hamlin sonríe–. ¿Funciona eso?

–Bueno, en realidad sólo con las mujeres sin hogar preñadas –admito.

–Apuesto lo que sea a que no has probado a limitarte a decide que no al gorila ese de más de dos metros de la calle Chambers –'dice Reeves–. El que lleva una pipa de crack.

–¿Habéis oído hablar de ese club que se llama Nekenieh? –pregunta Reeves.

Distingo a Paul Owen que está sentado a una mesa del otro lado de la sala con un tipo que se parece mucho a Trent Moore, o a Roger Daley, y con otro tipo que se parece a Frederick Connell. El abuelo de Moore es dueño de la empresa en la que trabaja él. Trent lleva un traje espantoso de lana de cuadritos mínimos.

–¿Nekenieh? –pregunta Hamlin–. ¿Qué es eso de Nekenieh? –Tíos, tíos –digo yo–. ¿Quién es ese que está sentado con Paul Owen allí? ¿Es Trent Moore?

–¿Dónde? –Reeves.

–Los que se levantan. En aquella mesa –digo yo–. Esos tipos. –¿No es Madison? No, es Dibble –dice Reeves. Se pone sus gafas graduadas para asegurarse.

–No –dice Hamlin–. Es Trent Moore.

–¿Estás seguro? –pregunta Reeves.

Paul Owen se detiene junto a nuestra mesa al salir. Lleva unas gafas de sol de Pesol y un attaché de Coach Leatherware.

–Hola, ¿qué tal? –dice Owen, y presenta a los dos tipos con los que está: Trent Moore y uno que se llama Paul Denton.

Reeves y Hamlin y yo estrechamos sus manos sin levantamos. George y Todd se ponen a hablar con Trent, que es de Los Ángeles y sabe dónde está situado Nekenieh. Owen vuelve su atención hacia mí, lo que me pone un poco nervioso.

–¿Cómo te ha ido últimamente? –pregunta Owen. –Estupendamente –digo yo–. ¿Ya ti?

–Tremendo –dice él–. ¿Cómo va la cuenta de Hawkins?

–Va... –me atasco, y continúo tartamudeando momentáneamente–: Va... bien.

–¿De verdad? –pregunta, vagamente intrigado–. Es interesante –dice, sonriendo, con las manos unidas detrás de la espalda–. ¿No *estupendamente?*

–Bueno –digo yo–. Ya sabes...

–¿Y cómo está Marcia? –pregunta, paseando la vista por la sala, sin escucharme de verdad–. Es una chica *estupenda.*

–Claro que sí –digo, temblando–. Tengo... suerte.

Owen me ha confundido con Marcus Halberstam (y eso que Marcus está saliendo con Cecelia Wagner), pero por algún motivo no me importa de verdad y me parece un faux pas lógico pues Marcus trabaja en P & P también, de hecho hace exactamente lo mismo que yo, y también siente debilidad por los trajes Valentino y las gafas graduadas y compartimos el mismo peluquero en el mismo sitio, el Pierre Hotel, de modo que parece comprensible; no me molesta. Pero Paul Denton no deja de mirarme, como si supiera algo, como si no estuviera seguro de si me conoce o no, lo que hace que me pregunte si estuvo en aquel crucero de hace tiempo, una noche del pasado marzo. Si ése es el caso, estoy pensando, debería de tener su número de teléfono o, mejor, su dirección.

–Muy bien, podríamos tomar unas copas –le digo a Owen. –*Estupendo* –dice él–. Aquí tienes mi tarjeta.

–Gracias –digo, mirándola atentamente, contento por su falta de gusto, antes de guardármela en la chaqueta–. A lo mejor llevo... –Hago una pausa, y añado cuidadosamente–: A Marcia.

–Sería *estupendo* –dice él–. Oye, ¿no has estado en *ese* bistró salvadoreño de la Ochenta y tres? –pregunta–. Cenaremos allí esta noche.

–Sí. Quiero decir, no –digo–. Pero he oído decir que es muy bueno. –Sonrío débilmente y doy un sorbo a mi copa.

–Sí, también yo. –Mira su Rolex–. ¿Trent? ¿Denton? Tenemos que irnos. Tenemos mesa reservada para dentro de quince minutos.

Nos decimos adiós y camino de la salida de Harry's se detienen en la mesa a la que están sentados Dibble y Hamilton, o por lo menos los que yo *creo* que son Dibble y Hamilton. Antes de irse, Denton vuelve a mirar hacia nuestra mesa. Me mira a mí, por última vez, y parece dominado por el pánico, como si me reconociera de algo y *eso,* a su vez, le sacara de sus casillas.

–La cuenta de Fisher –dice Reeves.

–Mierda –digo yo–. No nos lo recuerdes.

–Un hijoputa con suerte –dice Hamlin.

–¿Habéis visto a su novia? –pregunta Reeves–. A Laurie Kennedy. Una tía buena total.

–Yo la conozco –digo, pero rectifico–. La conocía.

–¿Por qué dices eso? –pregunta Hamlin, intrigado–.

–Porque *salió* con ella –dice Reeves, sin interés.

–¿Y cómo lo sabes? –le pregunto, sonriendo.

–Bateman gusta a las chicas. –Reeves suena a un poco borracho–. Es un chico GQ. Eres un GQ total, Bateman.

–Gracias, pero... –No puedo decir si está siendo sarcástico, pero hace que me sienta orgulloso y trato de quitar importancia a lo guapo que soy, diciendo–: esa chica tenía una personalidad *espantosa.*

–Dios santo, Bateman –protesta Hamlin–. ¿Qué quieres decir con eso?

–¿Cómo? –digo yo–. La *tiene.*

–¿Y qué? Lo que importa es su *aspecto.* Laurie Kennedy es *un bombón* –dice Hamlin enfáticamente–. No pretendas que te interesaba por otro motivo.

–Si tienen una gran personalidad, entonces... algo va muy mal –dice Reeves, en cierto modo confuso por su propia afirmación.

–Si tienen una gran personalidad y no son guapas... Reeves alza las manos, indicando algo–, ¿a quién le *importan?*

–Bueno, digamos que *hipotéticamente,* ¿de acuerdo? ¿Qué pasa si tienen una 'gran personalidad? –pregunto'; .sabiendo perfectamente que se trata de un asunto estúpido.

–Estupendo. "Hipotéticamente serán mejor pero... –dice Hamlin.

–Lo sé, lo sé. –Sonrío.

–*No* hay chicas con gran personalidad –decimos todos al unísono, riendo, intercambiando palmadas.

–Una gran personalidad –empieza Reeves– consiste en una chica que sea una. tía buena y que satisfaga todas las exigencias sexuales sin ser demasiado puerca y que esencialmente mantenga la jodida boca *cerrada.*

–Oye –dice Hamlin, asintiendo para mostrar que está de acuerdo–. Las únicas chicas con gran personalidad que son listas o incluso divertidas o medio inteligentes o hasta con talento..., aunque sabe Dios qué coño significa *eso...,* son chicas *feas.*

–*No hay duda* –asiente Reeves.

–Y eso es porque tienen que disimular lo jodidamente *poco atractivas* que son –dice Hamlin, volviendo a sentarse.

–Bien, mi teoría siempre ha sido –empiezo– que los hombres han venido aquí sólo para procrear, para que prosiga la especie, ¿de acuerdo?

Los dos asienten con la cabeza.

–Y el único modo de hacer *eso* –continúo, eligiendo las palabras con cuidado– *es*... que te guste una tía buena, aunque a veces el *dinero* y la *fama*...

–Nada de peros –dice Hamlin, interrumpiéndome–. Bateman, ¿me estás diciendo que te lo harías con Ophrah Winfrey? Es rica, tiene poder... ¿Y con Nell Carter? Tiene un espectáculo en Broadway, una voz estupenda...

–Espera un momento –dice Reeves–. *¿Quién* coño es Nell Carter?

–No lo sé –digo yo, confundido por el nombre.

–Préstame atención, Bateman –dice Hamlin–. La única razón por la que existen las chicas es para que nos gusten, como acabas de decir tú. Para la supervivencia de la especie, ¿o no? Es tan sencillo –coge la aceituna de su copa y se la mete en la boca– como esto.

Después de una pausa prudente, digo:

–¿Sabéis lo que dijo Ed Gein de las mujeres?

–*¿Ed Gein?* –pregunta uno de ellos–. ¿El maître del Canal Bar?

–No –digo yo–. Un asesino en serie, de Wisconsin, en los años cincuenta. Era un tipo interesante.

–Siempre te interesan esas cosas, Bateman –dice Reeves, y luego a Hamlin–: Bateman siempre lee esas biografías: la de Ted Bundy y la del Hijo de Sam y la de *Visión Fatal* y la de Charlie Manson. Las de todos *esos.*

–Bueno, ¿qué dijo *ese* Ed? –pregunta Hamlin, interesado.

–Dijo –empiezo yo–: Cuando veo a una chica guapa andando por la calle pienso en dos cosas. Una parte de mí quiere salir con ella y ser amable de verdad y tratarla como se debe. –Me interrumpo, termino el J&B de un trago.

–¿Y qué pensaba su otra parte? –pregunta Hamlin, inseguro.

–En cómo quedaría su cabeza clavada en un palo –digo. Hamlin y Reeves se miran y luego me miran a mí antes de echarse a reír, y luego los dos se mueven, inquietos.

–Oídme, ¿adónde vamos a cenar? –digo yo, cambiando de tema.

–¿Qué tal ese sitio indio–californiano del Upper West Side? –sugiere Hamlin.

–A mí me parece bien –digo.

–Suena bien –dice Reeves.

–¿Quién reserva mesa? –pregunta Hamlin.

Deck chairs

Courtney Lawrence me invita a cenar un lunes por la noche y la invitación parece implicar vagamente algo sexual, de modo que acepto, pero una parte de la cita consiste en cenar con dos graduados en Camden, Scott y Anne Smiley, en un restaurante nuevo de Columbus que han elegido ellos y se llama Deck Chairs, un sitio que he hecho que investigara mi secretaria antes de dejar hoy la oficina, para que me propusiera tres menús alternativos que podría pedir. Las cosas que Courtney me ha contado de Scott y Anne –él trabaja en una agencia de publicidad, ella abre restaurantes con el dinero de su padre, el más reciente 1968, en el Upper East Side– en la intermina... ble carrera en taxi hacia la parte alta de la ciudad, han sido sólo ligeramente menos interesantes que oír en qué ha consistido el día de Courtney: tratamiento facial en Elizabeth Arden, compra de menaje de cocina en la Pottery Barn (todo esto, naturalmente, después de haber tomado litio) antes de bajar hasta Harry's donde tomó unas copas con Charles Murphy y Rusty Webster, y donde Courtney se olvidó la bolsa de menaje de cocina de Pottery Barn que había dejado debajo de la mesa. El único detalle de la vida de Scott y Anne que me parece remotamente sugerente es que adoptaron a un chico coreano de trece años al año siguiente de casarse, lo llamaron Scott Jr. y lo mandaron a Exeter, donde Scott había estudiado cuatro años antes de que fuera yo.

–Sería mejor que hubieran reservado mesa –le advierto a Courtney en el taxi.

–No fumes ese puro, Patrick –dice ella lentamente.

–¿No es ése el coche de Donald Trump? –pregunto, mirando la limusina que se ha parado junto a nuestro taxi.

–Dios santo, Patrick. Cállate –dice Courtney, con voz espesa y de drogada.

–¿Sabes, Courtney? Tengo un walkman en mi attaché de Bottega Veneta y me lo podría poner –digo–. Deberías tomar algo más de litio. O una Diet Cake. Algo de cafeína te levantaría un poco.

–Lo único que quiero es tener un niño –dice suavemente, mirando por la ventanilla al vacío–. O mejor dos... niños..., sería perfecto.

–¿Hablas conmigo o con ese tipo? –digo, en un suspiro, pero lo bastante fuerte para que me oiga el taxista israelí, y Courtney probablemente no dice nada.

El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre perfumes y barras de labios y maquillajes. Luis Carruthers, el novio de Courtney, está fuera de la ciudad, en Phoenix, y no volverá a Manhattan hasta última hora del jueves. Courtney lleva una chaqueta y un chaleco de lana, un jersey de lana y pantalones de gabardina de Bill Blass, pendientes de cristal, esmalte y plata dorada de Gerard E. Yosca, y zapatos Orsay de seda y raso de Manolo Blahnik. Yo llevo una chaqueta de tweed hecha a la medida, pantalones y una camisa de algodón de la tienda de Alan Flusser y una corbata de seda del Stairmaster en mi gimnasio. Saludo con la mano a un mendigo de la esquina de la Cuarenta y nueve con la Octava, luego le hago un corte de manga.

Esta noche la conversación se centra en el nuevo libro de Elmore Leonard –que no he leído–; ciertas reseñas de restaurantes –que sí–; la grabación inglesa de *Les Misérables* comparada con la del reparto norteamericano; ese nuevo bistró salvadoreño de la Segunda esquina con la Ochenta y tres, y sobre qué columnas de cotilleo s están mejor escritas –la del *Post* o la del *News.* Al parecer Anne Smiley y yo tenemos una amiga común. Se trata de una camarera del Abertone's, de Aspen, a la que violé con un bote de spray para el pelo las Navidades pasadas cuando fui allí a esquiar durante las vacaciones. Deck Chairs está abarrotado, resulta atronador porque la acústica es espantosa debido a los techos altos y, si no me equivoco, al estruendo contribuye una versión New

Age de «White Rabbit» que atruena desde los altavoces de las esquinas del techo. Un chico que se parece a Forrest Atwater –pelo rubio peinado hacia atrás, gafas graduadas con montura de madera de secoya, traje Armani con tirantes– está sentado con Caroline Baker, una chica que trabaja de inversionista en Drexel, me parece, y que no tiene buen aspecto. Necesita más maquillaje, y el conjunto de tweed de Ralph Lauren que lleva puesto es demasiado austero. Están en una mesa mediocre de delante de la barra.

–Lo llaman cuisine de California *clásica* –me dice Anne, acercándoseme, después de haber pedido. Lo que acaba de decir merece una reacción, supongo, y como Scott y Courtney están discutiendo los méritos de la columna de cotilleos del *Post,* tengo que contestarle algo.

–¿Quieres decir, comparada, digamos, con la cuisine de California? –pregunto, con mucho cuidado, midiendo cada palabra, y añado en voz bastante baja–: ¿O con la cuisine *post–California?*

–Quiero decir que sé que esto suena a muy moderno, pero hay muchísima diferencia. Es algo *sutil –dice* ella–, pero la hay.

–Me han hablado de la cuisine post–California –digo, plenamente consciente de la decoración del restaurante: las tuberías a la vista y la cocina abierta para pizzas y las... sillas de cubierta"'–. De hecho, la he probado. ¿Nada de verduras? ¿Conchas con burritos? ¿Galletitas Wasabi? ¿Voy bien? Y, a propósito, ¿te han dicho alguna vez que eres exactamente igual que Garfield, aunque aplastado y despellejado y con un espantoso jersey Fedagamo que alguien te echó por encima antes de llevarte corriendo al veterinario? ¿Fusilli? ¿Aceite de oliva con brie?

–Exacto –dice Anne, impresionada–. Courtney, ¿de dónde has *sacado* a Patrick? Sabe tantas cosas. Me refiero a que la idea que tiene Luis de la cuisine de California es media naranja y unos gelati –dice, encantada, luego se ríe, animándome a reírme con ella, lo que hago, dudándolo un poco.

De primer plato pido radicchio con una especie de calamar. Anne y Scott piden ragú de cazón con violetas. Courtney casi se queda dormida cuando tiene que reunir todas sus fuerzas para leer la carta, pero antes de que resbale de la silla la cojo por los hombros, tiro de ella, y Anne pide en su lugar, algo simple y ligero como palomitas de maíz estilo Cajun, que no están en la carta, pero como Anneconoce a Noj, el cocinero, éste le prepara unas pocas..., *¡sólo para Courtney!* Scott y Anne insisten en que todos debemos pedir una especie de pejerrojo renegrido, una especialidad de Deck Chairs[2] que, por suerte para ellos, es uno de los primeros platos que Jean me ha elegido. Si no lo hubiera sido, y si a pesar de todo ellos hubieran insistido en que yo lo pidiera, habría habido muchas posibilidades de que después de cenar hubiera irrumpido en el estudio de Scott y Anne hacia las dos de esta madrugada –después de *Ultimas noticias con David Letterman*– y los hubiese hecho picadillo con un hacha, primero obligando a Anne a que viera cómo se desangraba Scott por las heridas del pecho, y luego habría encontrado el modo de ir a Exeter, donde echaría un frasco de ácido por encima de la cabeza de ojos oblicuos de su hijo. Nuestra camarera es una tía buena que lleva unos zapatos dorados de lagarto con piedras falsas. He olvidado devolver la cinta al video club esta noche y San Pellegrino.

–Lo llaman cuisine de California *clásica* –me dice Scott.

–¿Por qué no vamos al Zeus Bar la semana que viene? –le sugiere Anne a Scott–. ¿Crees que tendremos problemas para conseguir mesa un viernes? –Scott lleva un jersey de cachemira a rayas rojas y púrpura y negras de Paul Scott, pantalones muy anchos de pana de Ralph Lauren y mocasines de Cole– Haan.

–Bueno..., podría ser –dice.

–Es una *buena* idea. Me *gusta* muchísimo –dice Anne, cogiendo una pequeña violeta de su plato y oliéndola antes de ponérsela cuidadosamente en la lengua. Lleva un jersey de lana y mohair tejido

[2] «Deck chairs», el nombre del restaurante, es «sillas de cubierta». *(N. del T.)*

a mano, rojo, púrpura y negro de Koos van Den Akker Couture, y pantalones de Anne Klein, con zapatos de cuero abiertos por delante.

Un camarero, no la tía buena, se acerca a la mesa para ver si queremos otra copa.

–J&B. Solo –digo, antes de que pida ninguno de los demás.

Courtney pide un champán con hielo, lo que me atrae secretamente.

–Oh –dice, como si se acordara de algo–, ¿podría tomarlo con una rodaja?

–¿Una rodaja de qué? –le pregunto, enfadado, incapaz de contenerme–. Déjame que lo adivine. *¿Melón?* –y estoy pensando: oh Dios mío por qué no has devuelto esos jodidos vídeos Bateman estúpido hijoputa.

–¿De *limón,* señorita? –dice el camarero, lanzándome una mirada gélida.

–Sí, claro. De limón –asiente Courtney, que parece perdida en una especie de sueño..., pero contenta, ignorando todo lo demás.

–Yo tomaré una copa de..., oh, Dios mío, creo que de Acacia –dice Scott, y luego se dirige a la mesa–. ¿Quiero un blanco? ¿Quiero de verdad un chardonnay? ¿Podemos tomar el pejerrojo con un cabernet?

–Estoy de acuerdo –dice Anne, animándole.

–Muy bien, tomaré el..., vaya, el sauvignon blanc –dice Scott. El camarero sonríe, confuso.

–*Scottie* –chilla Anne–. ¿El sauvignon *blane?*

–Sólo bromeaba –se ríe él tontamente–. Tomaré el chardonnay. El Acacia.

–Eres un *payaso.* –Anne sonríe aliviada–. Resultas hasta divertido.

–Tomaré el chardonnay –le dice Scott al camarero.

–Muy bien –dice Courtney, dándole unos golpecitos en la mano.

–Yo sólo tomaré... –dice Anne, vacilando–. Bueno, sólo tomaré una Diet Coke.

Scott levanta la vista de un trozo de pan de avena que estaba mojando en una pequeña lata de aceite de oliva.

–¿No vas a tomar alcohol esta noche? –pregunta.

–No –dice Anne, sonriendo atravesadamente. ¿Quién sabe por qué? ¿Ya quién coño le importa?–. No me apetece.

–¿Ni siquiera una copa de chardonnay? –le pregunta Scott–. ¿y qué tal un sauvignon blanc?

–Tengo clase de aerobic a las nueve –dice ella, resbalando, perdiendo el control–. La verdad es que no podría.

–Bueno, pues entonces yo no quiero nada –dice Scott, decepcionado–. Quiero decir que tengo una a las ocho en Xclusive.

–¿Quiere alguien saber dónde voy a estar yo mañana a las ocho? –pregunto.

–No, cariño. Sé que te gusta mucho el Acacia. –Anne se echa hacia delante y le aprieta la mano a Scott.

–No, querida. Seguiré con San Pellegrino –dice Scott, molesto.

Tamborileo muy *fuerte* con los dedos en la mesa, diciendo «mierda, mierda, mierda, mierda» para mí mismo. Courtney tiene los ojos semicerrados y respira pesadamente.

–Oye. Me arriesgaré –dice Anne, por fin–. Tomaré Diet Coke con *ron.*

–Tendrán Diet Cake *sin cafeína,* ¿verdad? –pregunta Anne al camarero.

–¿Sabes? –la interrumpo–, deberías tomado con Diet Pepsi. Es mucho mejor.

–¿De verdad? –pregunta Anne–. ¿A qué te refieres?

–A que deberías tomar Diet Pepsi en vez de Diet Coke –digo–. Es mucho mejor. Tiene más burbujas. Y un sabor más limpio. Casa mejor con el ron y tiene un contenido de sodio más bajo.

El camarero, Scott, Anne e incluso Courtney, me miran como si hubiera hecho una especie de observación diabólica, apocalíptica, como si hubiera echado abajo un mito, o faltado a un juramento que se observaba solemnemente. Además, de repente, el Deck Chairs queda casi en silencio. Ayer por la noche alquilé una película que se titulaba *Dentro del culo de Lydia* y mientras me hacían efecto dos Halcion y de hecho tomaba Diet Pepsi, contemplé cómo Lydia –una tía muy buena, rubia teñida, totalmente bronceada, con un culo perfecto y grandes tetas –se chupaba a un tipo con una polla enorme mientras otra tía buena rubia con un coño rubio perfectamente depilado se arrodillaba detrás de Lydia y después de meterle la lengua en el culo y chuparle el coño, empezaba a meter un vibrador plateado muy largo y engrasado en el culo de Lydia y la follaba con él mientras le seguía comiendo el coño y el tipo de la polla tan enorme se corría sobre la cara de Lydia mientras ella le chupaba las pelotas y luego Lydia tenía un orgasmo potentísimo que parecía auténtico, y luego la chica de detrás de Lydia se arrastraba y chupaba el semen de la cara de Lydia y luego hacía que Lydia chupara el vibrador. Lo nuevo de Stephen Bishop salió el martes pasado y ayer en Tower Records lo compré en disco compacto, casete y álbum, porque quiero tenerlo en los tres formatos.

–Oye –digo, con voz temblorosa de emoción–, toma lo que quieras, pero yo te recomiendo la Diet Pepsi.–Bajo la vista hacia mi regazo, miro la servilleta azul, con las palabras Deck Chairs bordadas en el borde, y durante un momento creo que vaya llorar; me tiembla la barbilla y no puedo tragar.

Courtney se echa hacia delante y me toca suavemente la muñeca, acariciando mi Rolex.

–Todo va bien, Patrick. La verdad es...

Un dolor agudo cerca del hígado se impone a la oleada de emoción y me siento muy tieso en la silla, sorprendido, confuso, y el camarero se marcha y luego Anne pregunta si hemos visto la reciente exposición de David Onica y me siento más tranquilo.

Resulta que no hemos visto la exposición, pero yo no quiero ser tan hortera como para sacar a relucir que tengo un cuadro suyo, con que le doy una patadita a Courtney por debajo de la mesa. Eso la hace salir del estupor producido por el litio y dice como un robot:

–Patrick tiene un Onica. Lo tiene, de verdad.

Yo sonrío, encantado; doy un trago a mi J&B.

–Oh, es fantástico, Patrick –dice Anne.

–¿De verdad? ¿Un Onica? –pregunta Scott–. ¿No son muy caros?

–Bueno, se podría decir... –Doy un trago a mi copa, súbitamente confuso: se podría decir..., decir, ¿el qué?–. Nada.

Courtney suspira, a la espera de otra patada.

–El de Patrick le costó veinte mil dólares. –Parece fuera de su mente, mientras coge un trocito de pan de avena caliente.

Le lanzo una mirada penetrante y trato de no soltar un silbido.

–Bueno, no, Courtney, en realidad fueron *cincuenta.*

Ella alza lentamente la vista del pan de avena que está desmenuzando entre los dedos y, aunque a pesar de su bruma de litio se las arregla para mirarme de un modo tan malicioso que automáticamente me humilla, no me humilla lo suficiente como para contarles a Scott y Anne la verdad: que el Onica sólo me costó veinte de los grandes. Pero la amenazadora mirada de Courtney –aunque yo podría estar reaccionando equivocadamente y ella sólo mirara con desagrado los dibujos de las columnas, las persianas de la claraboya, los jarrones Montigo llenos de tulipanes púrpura que se

alinean en la barra– me asusta lo bastante como para no contar cómo me hice con el Onica. Es una mirada que puedo interpretar con bastante facilidad. Advierte: dame otra patada y no mientas, ¿lo entiendes?

–Parece un precio... –empieza Anne.

Contengo la respiración, con la cara rígida por la tensión.

–*Bajo* –murmura.

Suelto el aire.

–Lo *es.* Hice un negocio fabuloso –digo yo, atragantándome.

–¿Pero *cincuenta* mil? –pregunta Scott, con desconfianza.

–Bueno, creo que su obra... tiene una especie de... cualidad..., está maravillosamente proporcionada... –Hago una pausa, tratando de recordar una frase de una crítica que vi en la revista *New York–:* Es intencionadamente burlona.

–¿No tiene uno Luis, Courtney? –pregunta Anne, y luego da unos golpecito s a Courtney en el brazo–. ¿Courtney?

–Que Luis... tiene... ¿el qué? –Courtney mueve la cabeza como si se la quisiera aclarar, abriendo mucho los ojos, como si quisiera asegurarse de que no se le van a cerrar.

–¿Quién es Luis? –pregunta Scott, haciendo señas a la camarera para que se lleve la mantequilla que acaba de poner en la mesa..., valiente *merienda de negros.*

Anne responde por Courtney.

–*Su novio* –dice, después de mirar a Courtney, que está muy confusa y, de hecho, busca mi ayuda.

–¿Dónde está? –pregunta Scott.

–En Texas –digo yo rápidamente–. Está en Phoenix, quiero decir.

–No –dice Scott–. Me refiero a en qué *empresa.*

–L. F. Rothschild –dice Anne, a punto de mirar a Courtney

para que se lo confirme, pero me mira a mí–. ¿Es así?

–No. Trabaja en P & P –digo–. Trabajamos juntos.

–¿No salía antes con Samantha Stevens? –pregunta Anne. –No –dice Courtney–. Sólo era una foto que sacaron en W. Termino mi copa en cuanto me la traen y hago señas casi inmediatamente para que me traigan otra y pienso que Courtney *es* un bombón, pero acostarme con ella no vale esta cena. La conversación cambia violentamente mientras yo estoy mirando a una mujer de un aspecto estupendo del otro lado de la sala –rubia, grandes tetas, vestido ajustado, zapatos de raso con tacones dorados– cuando Scott se pone a hablarme de su nuevo lector de discos compactos mientras Anne parlotea inconscientemente con una pirada y completamente distraída Courtney sobre los nuevos tipos de pasteles de arroz y trigo bajos en sodio, la fruta fresca y la música New Age, especialmente Manhattan Streamroller.

–,Es un Aiwa –dice Scott–. *Tendrías* que oírlo. El sonido... –hace una pausa, cierra los ojos en éxtasis, sin dejar de masticar el pan de avena– es *fantástico.*

–Bueno, como sabes, Scottie, el Aiwa *está* bien. –¿Será posible? *Scottie,* estoy pensando–. Pero el Sansui es el *mejor."–Hago* una pausa, luego añado–: Lo sé, porque tengo uno.

–Pues yo creía que el mejor era *el Aiwa.–Scott* parece preocupado, pero no lo bastante para que yo me dé por satisfecho.

–No importa, Scott –digo–. ¿El Aiwa tiene control remoto digital?

–Sí –dice.

–¿Y control informático?

–Bueno. Eso es una tontería.

–¿Viene el equipo con un giradiscos con plato de metacrilato y bronce?

–Sí –miente el muy hijoputa.

–¿Tiene tu equipo un... sintonizador Accophase T–l06? –le pregunto.

–Claro –dice, encogiéndose de hombros.

–¿Estás seguro? –digo–. Piénsalo bien.

–Sí. Creo que sí –dice, pero la mano le tiembla cuando coge un poco más de pan de avena.

–¿Qué tipo de altavoces lleva?

–Duntech de madera –me responde, con demasiada rapidez. –Amigo mío, deberías tener unos altavoces V Infinity IRS –digo–. O unos...

–Espera un momento –me interrumpe–. ¿Altavoces V? Nunca he oído hablar de altavoces V.

–Es lo que quería decirte –digo–. Sino tienes los V, es como si escucharas un jodido walkman.

–¿Cuál es la respuesta de bajos de esos altavoces? –me pregunta, con desconfianza.

–Quince hertzios ultrabajos –murmuro, separando cada– palabra.

Eso hace que se calle durante un momento. Anne habla monótonamente sobre yogur congelado sin grasa y chow chows. Me echo hacia atrás en el asiento, satisfecho de haber dejado fuera de combate a Scott, pero éste enseguida recupera la compostura y dice:

–En cualquier caso... –tratando de comportarse como si no le importara tener un mierdoso estéreo muy barato– hoy compramos el nuevo de Phil Collins. Deberías oír lo estupendamente que suena «Groovy Kind of Lave» en el aparato.

Sí, creo que es con mucho la mejor canción que ha compuesto jamás –digo, bla bla bla, y pienso que es algo en lo que al fin podemos estar de acuerdo Scott y yo. Llegan los platos de pejerrojo y tienen un aspecto raro y Courtney se excusa y va al servicio de señoras y, al cabo de media hora, sin que aún haya regresado, me dirijo al fondo del restaurante y me la encuentro dormida en el guardarropa.

Pero en su apartamento se tumba desnuda, y tiene las piernas –bronceadas y fuertes gracias al aerobic y musculosas– abiertas y yo estoy de rodillas delante de su coño mientras me la meneo y en el momento en que me pongo a chupárselo ella ya se ha corrido dos veces y tiene el coño tenso y caliente y húmedo y yo se lo abro, metiendo los dedos, mientras sigo meneándomela con la otra mano. Le alzo el culo, con ganas de meterle la lengua dentro, pero a ella no le apetece y levanto la cabeza y busco en la antigua mesilla de noche Portian el condón que está en el cenicero de Palio junto a la lámpara halógena Tensar y el jarrón de cerámica D'Oro y lo abro con dos dedos pegajosos y brillantes, y los dientes, y luego me lo pongo, con gran facilidad, en la polla.

–Quiero que *me* folles –gime Courtney, estirando las piernas hacia atrás, con lo que la vagina se le abre más, mientras se la toca con los dedos, que me hace chupar, y que tienen unas uñas largas y rojas, y el flujo de su coño, que brilla a la luz que llega de las farolas de la calle y se cuela por entre las persianas Stuart, Hall, sabe a rosa y dulce y ella me lo pasa por la boca y labios y lengua antes de que se enfríe.

–Muy bien –digo, poniéndome encima de ella. Meto garbosamente mi polla en su coño, besándola con fuerza en la boca, y empujo dentro de ella con golpes prolongados de mi polla y de las caderas, subiendo y bajando, al ritmo de nuestro momento de mayor deseo, y mi orgasmo sube desde la base de mis cojones, de mi culo, avanzando por la polla y poniéndola tan tensa que casi me duele, pero entonces, a mitad de un beso, alzo la cabeza, dejando que la lengua le cuelgue de la

boca y se ponga a chuparse sus propios labios rojos y dilatados, y mientras sigo empujando, aunque con menos fuerza, me doy cuenta de que hay... un problema de algún tipo que ahora no puedo saber cuál es..., pero me domina mientras miro la botella medio vacía de Evian de la mesilla de noche y digo anhelante:

–Mierda. –y me salgo.

–¿Qué pasa? –gimotea Courtney–. ¿Has olvidado algo?

Sin contestar, me levanto de la cama y entro dando tumbos en el

cuarto de baño, tratando de quitarme el condón, pero está medio pegado y mientras me lo despego tropiezo accidentalmente contra la balanza Genold al tiempo que también intento encender la luz y, en el proceso, me hago daño en el dedo gordo del pie. Entonces, maldiciendo, consigo abrir el armarito de las medicinas.

–Patrick, ¿qué estás haciendo? –pregunta desde el dormitorio. –Estoy buscando el lubricante espermicida soluble en agua –le contesto–. ¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Buscando un *Advil?*

–Dios mío –grita ella–. ¿No has tomado nada? –Courtney –vuelvo a gritar, fijándome en un pequeño corte de cuchilla de afeitar que tengo encima del labio–. ¿Dónde *está?* –No te oigo, Patrick –grita ella.

–Luis tiene un gusto terrible en colonia –murmuro, cogiendo un frasco de Paco Rabanne y oliéndolo.

–El lubricante espermicida soluble en agua –le contesto gritando, mirándome en el espejo, mientras busco un Clinique TouchStick para taparme la cortadura.

–¿Qué es lo que quieres saber... *donde está?* –grita–. ¿No lo tienes puesto?

–¿Que dónde está el jodido *lubricante espermicida soluble en agua?* –grito con fuerza–. ¡El lubricante! ¡Espermicida! ¡Soluble! ¡En agua! –Grito esto mientras utilizo su Clinique para taparme el corte, luego me peino el pelo hacia atrás.

–En el estante de arriba –dice ella–. Creo.

Mientras busco en el armarito de las medicinas echo una mirada a la bañera, fijándome en lo sencilla que es, lo que me impulsa a decir:

–¿Sabes, Courtney? Deberías hacer que te pusieran mármol en la bañera, o quizá hacer que te añadieran unos cuantos chorros de jacuzzi –grito–. ¿Me oyes, Courtney?

Al cabo de un rato ella dice:

–Sí..., Patrick. Te oigo.

Por fin encuentro el tubo detrás de un gran frasco –casi *una jarra*– de Xanax en el estante de arriba del armarito de las medicinas y, antes de que la polla se me ablande del todo, pongo un poco de espermicida en la punta del condón por dentro, luego extiendo otro poco por el látex y después vuelvo al dormitorio y me tiro de un salto a la cama, haciendo que Courtney se agite.

–Patrick, esto no es un jodido *trampolín* –protesta. Ignorándola, me arrodillo encima de ella, meto mi polla en el coño de Courtney y ella alza inmediatamente sus caderas para adaptarse a mis empujones. Luego se chupa el pulgar y empieza a frotarse el clítoris. Yo contemplo cómo mi polla entra y sale de su vagina con rápidos empujones.

–Espera –dice ella, entrecortadamente.

–¿Qué? –gruña yo, molesto.

–Luis siempre dijo que despacio y con seguridad –dice ella, jadeando, tratando de quitarme de encima de ella.

–Sí –digo yo, chupándole la oreja–. Luis siempre dice eso. Es un idiota. –y ahora, espoleado por lo que le desagrada a su estúpido novio, empiezo a moverme más deprisa, acercándome a mi clímax.

–No, imbécil –gruñe ella–. He dicho que Luis *siempre deja un espacio de seguridad.* No que «Luis lo hace despacio y con seguridad». Déjame en paz.

–¿Cómo? –gruña yo.

–Salte –gruñe ella, resistiéndose.

–No vaya hacerte caso –digo, chupándole sus pequeños y perfectos pezones, los dos muy tiesos y situados en unas tetas duras y grandes.

–¡Que te salgas, maldita sea! –grita.

–¿Qué es lo que .quieres, Courtney? –gruña, haciendo más lentos mis empujones hasta que finalmente me enderezo y entonces me arrodillo encima de ella, con la polla todavía medio dentro. Courtney se apoya en la cabecera de la cama y mi polla sale por completo–. Es un final bastante desagradable –señalo–. Me parece.

–Enciende la luz –dice ella, tratando de sentarse. –Muy bien, coño –digo–. Me vaya casa. –Patrick –me advierte–. Enciende la luz.

Me estiro y enciendo la lámpara halógena Tensar.

–Es un final desagradable, ¿no crees? –digo. –Quítatelo –dice ella, cortante.

–¿Por qué? –pregunto.

–Porque tienes que dejar centímetro y medio en la punta –dice, tapándose los pechos con la colcha Hermés y alzando la voz, agotada su paciencia–, ¡para que retenga la fuerza de *la eyaculación!*

–Me largo de aquí –amenazo, pero no me muevo–. ¿Dónde tienes tu litio?

Se pone una almohada encima de la cabeza y murmura algo, adoptando la posición fetal. Creo que va a echarse ,a llorar.

–¿Dónde tienes el litio, Courtney? –le vuelvo a preguntar, con tranquilidad–. *Debes* tomar un poco.

Vuelve a murmurar algo indescifrable y mueve la cabeza –no, no, no– debajo de la almohada.

–¿Qué? *¿Qué* dices? –pregunto con una amabilidad forzada, meneándomela débilmente para volver a tener una erección–. *¿Dónde?*

Siguen unos sollozos debajo de la almohada, apenas audibles.

–Ahora lloras, pero sigo sin saber lo que estás diciendo. –Trato de quitar la almohada de encima de su cabeza–. ¿Qué decías?

Vuelve a murmurar algo, y de nuevo carece de cualquier sentido lo que dice.

–Courtney –la advierto, poniéndome furioso–, si has dicho lo que creo que has dicho: que el litio está en una caja en el congelador junto al Frusen Gladjé y que es un *sorbete...* –estoy gritando–, si es eso lo que has dicho, entonces, te *mataré.* ¿Es un *sorbete?* ¿Tu litio es un *sorbete* de verdad? –chillo, quitándole al fin la almohada de la cabeza y cruzándole la cara con una bofetada bastante fuerte.

–¿Crees que me excitas por hacer sexo conmigo *sin las debidas precauciones?* –me grita a su vez.

–Dios mío, la verdad es que no merece la pena –murmuro, tirando del condón de modo que sobre centímetro y medio en la punta..., de hecho, un poco menos–. Vamos a ver, Courtney, ¿yeso por qué? ¿Eh? Dímelo. –La abofeteo otra vez, esta vez con menos fuerza–. ¿Por qué tiene que sobrar, centímetro y medio? ¿Qué es eso de que recoge la *fuerza de la eyaculación?*

–Eso no me excita. –Está histérica, bañada en lágrimas, ahogándose–. Vaya Barbados en agosto y no quiero tener un sarcoma de Kaposi que me lo jada todo. –Se atraganta, tose–. Quiero ponerme bikini –gime–. Un Narma Kamali que acabo de comprar en Bergdorf's.

La agarro por la cabeza y la obligo a mirar la colocación del condón.

–¿Ves? ¿Contenta? Estúpida puta de mierda. ¿Estás contenta, estúpida puta de mierda?

Sin mirarme la polla, dice sollozando:

–Terminemos con esto. –y se vuelve a dejar caer en la cama.

Le meto de nuevo la polla con brusquedad y tengo un orgasmo tan débil que casi resulta inexistente y mi suspiro de intensa, pero en cierto modo esperada decepción, Courtney lo toma equivocadamente por placer y la excita durante un momento, aunque sigue sollozando tumbada debajo de mí en la cama, lloriqueando, y se toca a sí misma, pero se me pone blanda casi al instante –de hecho, *durante* el momento en que me corro–, pero si lo dejo se pondrá furiosa, de modo que sujeto la base del condón y la trabajo con el dedo. Después de estar allí tumbados, uno aliado del otro, pero separados, como unos veinte minutos con Courtney lamentándose de Luis y de las tablas para carne tan antiguas y la quesera de plata de ley y la fuente metálica que se olvidó en Harry's, trata de chupármela.

–Quiero volver a follar contigo –le digo–, pero no me gusta ponerme un condón porque no noto nada.

Y ella me dice tranquilamente, apartando la boca de mi arrugada polla, y mirándome:

–Si no lo usas, tampoco vas a sentir nada.

Reunión de negocios

Jean, mi secretaria, que está enamorada de mí, entra en mi despacho sin llamar, anunciando que tengo que asistir a una importantísima reunión empresarial a las once. Estoy sentado a mi mesa de despacho Palazzetti con la parte de arriba de cristal, mirando mi monitor con las Ray–Ban puestas, masticando Nuprin, con resaca después de un pasón de coca que empezó de modo bastante inocente la noche pasada en Shout con Charles Hamilton, Andrew Spencer y Chris Stafford, y luego continuó en el Princeton Club, progresó en Barcadia y terminó en Nell's hacia las tres y media, y aunque esta mañana, mientras me bañaba, tomando un bloody mary de Stoli, puede que tras cuatro horas de sueño, sudando y sin soñar, he recordado que tenía esta reunión, parece que me olvidé de ella en el taxi que me trajo. Jean lleva una chaqueta de seda roja, una camisa de croché con vivo de rayón, zapatos de ante rojos con lazos de raso de Susan Bennis Warren Edwards y pendientes de plata dorada de Robert Lee Morris. Se queda ahí, delante de mí, ignorando mi malestar, con un informe en la mano.

Después de hacer como que la ignoro durante cerca de un minuto, por fin me quito las gafas de sol y me aclaro la voz.

–Muy bien. ¿Algo *más, Jean?*

–¿Hoy vas de mister Gruñón? –Sonríe, coloca tímidamente el informe encima de mi mesa y se queda ahí esperando... ¿qué? ¿Que la divierta con anécdotas de ayer por la noche?

–Sí, pareces *tonta.* Claro que hoy voy de mister Gruñón –digo siseando, y cojo el informe y lo meto en el cajón de arriba de la mesa.

Me mira, sin entender y con aspecto de evidente abatimiento, dice:

–Ha llamado Ted Madison, y también James Baker. Quieren verte en Fluties a las seis.

Suspiro, mirándola.

–Bien, ¿y qué harías tú?

Se ríe, nerviosa, sin moverse, ahí, con los ojos muy abiertos. –No estoy segura.

–Jean. –Me levanto para llevada afuera del despacho–. ¿Sabes qué decir?

Tarda un poco, pero al fin, asustada, aventura:

–¿Limitarme... a decir... que no?

–Pues... limítate... a decir... que no –asiento, la empujo afuera y cierro de un portazo.

Antes de dejar mi despacho para la reunión tomo dos Valium con Perrier, y luego me aplico una crema limpiadora en la cara con unos algodones, y después un hidratante. Llevo un traje de tweed y una camisa de algodón a rayas, ambas cosas de Yves Saint Laurent, y una corbata de seda de Armani y unos zapatos negros nuevos de Ferragamo. Me lavo los dientes y, cuando me sueno la nariz, espesos hilillos de sangre y mocos manchan un pañuelo de cuarenta y cinco dólares de Hermes que, por desgracia, no era un regalo. Pero tomo cerca de veinte litros de Evian al día y voy al salón de bronceado con regularidad así que una noche de juerga no ha afectado la suavidad de mi piel ni su tono de color. Mi cutis todavía es excelente. Tres gotas de Visine me aclaran los ojos. Una bolsa de hielo elimina las ojeras. Todo lo cual lleva a esto: me siento hecho una mierda, pero tengo un aspecto excelente.

También soy el primero que llega a la sala de juntas. Luis Carruthers me sigue como un perrillo faldero, un segundo después, y ocupa el asiento junto al mío, lo que significa que vaya tener que quitarme el walkman. Lleva una chaqueta de sport de lana a cuadros, pantalones de lana, una camisa de algodón de Hugo Bass y corbata escocesa –los pantalones, me parece, de Brooks Brothers. Se pone a hablar de un restaurante de Phoenix, el Propheteers, del que me interesa saber pero no a través de Luis Carruthers. Sin embargo, he tomado diez miligramos de Valium, y por ese motivo me las arreglo para aguantarle. En el programa de Patty Winters de esta mañana han salido unos descendientes de unos miembros del Partido Donner.

–Los clientes eran unos paletos *totales,* algo predecible –está diciendo Luis–. Querían llevarse a una representación de un grupo local de *Les Misérables,* que ya he visto en Londres, pero...

–¿Tuviste problemas para reservar mesa en Propheteers? –pregunto, cortándole.

–No. Ninguno en absoluto –dice–. Cenamos tarde.

–¿Qué tomaste?–pregunto.

–Tomé las ostras escalfadas, la lata y la tarta de nuez.

–Me dijeron que la lata es buena allí –murmuro, pensativo. –El cliente tomó el budín blanc, el pollo asado y el pastel de queso –dice.

–¿Pastel de queso? –digo, confuso ante esos platos tan vulgares–. ¿Qué salsa o qué fruta acompañaban al pollo asado? ¿De qué forma estaba cortado?

–De ninguna, Patrick –dice él, también confuso–. Sólo era... pollo asado.

–¿Y el pastel de queso de qué sabor era? ¿Estaba caliente? –pregunto–. ¿Era pastel de queso Ricotta? ¿Era queso de cabra? ¿Llevaba flores o cilantro como acompañamiento?

–Sólo era... un pastel de queso normal –dice, y luego–: Patrick, estás sudando.

–¿Qué tomó la chica? –pregunto, ignorándole–. La que iba con el cliente.

–Bueno, tomó la ensalada campestre, las vieiras y la tarta de limón –dice Luis.

–¿Las vieiras eran a la plancha? ¿O era un sashimi de vieiras? ¿O un ceviche? –pregunto–. ¿O estaban *gratinadas?*

–No, Patrick –dice Luis–. Estaban... asadas.

La sala de juntas está en silencio mientras considero eso, pensando en ello antes de preguntar, finalmente:

–¿Qué es «asadas», Luis?

–No estoy seguro –dice él–. Creo que se necesita... una sartén.

–¿Y el vino? –pregunto.

–Un sauvignon Hanc del 85 –dice–. Jordan. Dos botellas.

–¿Y el coche? –pregunto–. ¿Alquilaste un coche mientras estabas en Phoenix?

–Un BMW. –Sonríe–. Deportivo, negro.

–Maravilloso –murmuro, recordando la noche pasada, y cómo me sentí completamente perdido en un retrete de Nell's (echaba espuma por la boca, y en lo único en que podía pensar era en insectos, en montones de insectos, y en perseguir palomas; echaba espuma por la boca y perseguía palomas)–. Phoenix. Janet Leigh era de Phoenix... –Me atasco, luego continúo–. La cosieron a puñaladas en la ducha. Una escena decepcionante. –Hago una pausa–. La sangre parecía falsa.

–Oye, Patrick –dice Luis, apretándome su pañuelo contra la mano. Cierro los dedos con fuerza, pero se relajan al tocarme Luis–. Dibble y yo vamos a comer la semana que viene en el Yale Club. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

–Claro. –Pienso en las piernas de Courtney, abiertas delante de mi cara, y cuando vuelvo a mirar a Luis, durante un breve momento, su cabeza me parece una vagina parlante, lo que me quita el miedo y me impulsa a decir algo, mientras me seco el sudor de la frente–. Llevas un traje... muy bonito, Luis. –Lo último que se me podría ocurrir.

Él baja la vista, como si estuviera aturdido, y luego se ruboriza, avergonzado, y me toca la solapa.

–Gracias, Pat. También tú tienes un aspecto estupendo… como de costumbre.

Y cuando estira la mano para tocarme la corbata, se la cojo antes de que sus dedos lleguen a ella, y le digo:

–Tu cumplido ha sido suficiente.

Reed Thompson entra, llevando una chaqueta cruzada de lana lisa con cuatro botones y una camisa de algodón a rayas y una corbata de seda, todo Armani, además de unos calcetines de algodón azules de Interwover, un tanto horteras y unos zapatos de Ferragamo que parecen idénticos a los míos, con un ejemplar del *Wall Street Journal* sujeto en una mano muy cuidada y un abrigo de tweed Bill Kaserman doblado descuidadamente en el otro brazo. Saluda con la cabeza y se sienta frente a nosotros. Poco después entra Todd Broderick, que lleva un traje cruzado de lana a rayas con seis botones y una camisa a rayas anchas y una corbata de seda, todo de Polo, además de un llamativo pañuelo de bolsillo de lino que estoy casi seguro de que también es de Polo. McDermott entra después, con un ejemplar de esta semana de la revista *New York* y el *Financial Times* de esta mañana. Lleva unas gafas nuevas sin graduar de Oliver Peoples con montura de madera de secoya, un traje blanco y negro de espiguilla sin cruzar con solapas en forma de V, una camisa de algodón a rayas con cuello volado y una corbata de seda con dibujo escocés, todo ello diseñado y realizado por John Reyle.

Sonrío, alzando las cejas, a McDermott, que ocupa hoscamente el asiento junto al mío. Suspira, abre el periódico y se pone a leer en silencio. Como no ha dicho ni «hola» ni «buenos días» puedo asegurar que está jodido y sospecho que por algo que tiene que ver conmigo. Por fin, notando que Luis está a punto de preguntar algo, me vuelvo hacia McDermott.

–¿Oye, McDermott, qué te pasa? –Sonrío sin ganas–. ¿Había mucha cola para el Stairmaster esta mañana?

–¿Quién ha dicho que pasa algo? –pregunta, sorbiendo por la nariz, mientras pasa las páginas del *Financial Times.*

–Oye –le digo, inclinándome hacia él–. Yate pedí disculpas por lo que te grité sobre la pizza la otra noche en Pastels.

–¿Quién ha dicho que sea por eso? –pregunta, muy tenso.

–Creía que ya lo habíamos aclarado –susurro, agarrando el brazo de su butaca y sonriendo hacia Thompson–. Lamento haber dicho eso de las pizzas de Pastels. ¿Satisfecho?

–¿Quién ha dicho que sea por eso? –vuelve a preguntar.

–¿Entonces por *qué* es, McDermott? –susurro, notando movimiento detrás de mí. Cuento hasta tres y luego me vuelvo, cogiendo a Luis inclinado hacia mí, tratando de escuchar. Sabe que le he cogido y se deja caer lentamente en su butaca, culpable.

–McDermott, esto es absurdo –susurro–. No puedes estar enfadado conmigo porque opino que las pizzas de Pastels son... *secas.*

–Que se *cuartean* –dice fulminándome con la mirada–. Lo que dijiste exactamente fue que eran secas y se cuarteaban.

–Lo siento –digo–. Pero tengo razón. Así son. Leíste la reseña del *Times,* ¿a que sí?

–Mira. –Busca en el bolsillo y me tiende la fotocopia de un artículo–. Sólo te quería demostrar que estás equivocado. Lee *esto.*

–¿De qué se trata? –pregunto, abriendo la página plegada.

–Es un artículo sobre tu héroe, Donald Trump –dice McDermott, sonriendo maliciosamente.

–Seguro que lo es –digo, con aprensión–. ¿Por qué nunca le veo, me pregunto?

–Y... –McDermott ojea el artículo y señala con un dedo acusador el párrafo de abajo–. ¿Dónde cree Donald Trump que sirven la mejor pizza de Manhattan?

–Déjame que lo lea –digo, suspirando e indicándole con un gesto de que se aparte–. Podrías estar confundido. Vaya foto tan espantosa.

–Bateman, *mira.* Lo he subrayado –dice él.

Hago como que leo el jodido artículo, pero me estoy enfadando de verdad y tengo que devolvérselo a McDermott y preguntarle, totalmente hundido:

–¿Y *qué?* ¿Qué quieres dar a entender con esto? ¿Qué estás tratando de decirme, McDermott?

–¿Y *ahora* qué piensas de la pizza de Pastels, Bateman? –pregunta afectadamente.

–Bueno –digo yo, eligiendo las palabras con mucho cuidado–. Pienso que tengo que volver a probar esa pizza... –Lo estoy diciendo con los dientes apretados–. Lo único que quiero dejar sentado es que la última vez que estuve allí la pizza estaba...

–¿Seca y cuarteada? –propone McDermott.

–Sí. –Me encojo de hombros–. Cuarteada.

–Vaya, vaya. –McDermott sonríe, triunfante.

–Oye si a Donny le gusta la pizza de Pastels –empiezo, odiando tener que admitir esto delante de McDermott, y suspiro y añado casi ininteligiblemente–, también me gusta a mí.

McDermott lanza un grito de alegría.

Cuento tres corbatas de crepé de seda, una corbata de seda y satén de Versace, dos corbatas anchas de seda, una corbata de seda de Kenzo, dos corbatas a cuadros de seda. Los aromas de

Xeryus y Tuscany y Armani y Obsession y Polo y Grey Flannel e incluso de Antaeus se mezclan, imponiéndose unos a otros al desprenderse de los trajes al aire, formando una extraña combinación: un perfume frío, mareante.

–Pero no me disculpo –le advierto a McDermott.

–Ya te has disculpado, Bateman –dice él.

Entra Paul Owen llevando una chaqueta de cachemira de sport con un solo botón, unos pantalones tropicales de franela, una camisa de cuello alto de Ronaldus Shamask, pero lo que de verdad me impresiona es la corbata, de audaces rayas azules y negras y amarillas de Andrew Fezza para Zanzarra. Carruthers también se excita, y se inclina sobre mi butaca y pregunta, si es que le he escuchado correctamente:

–¿Crees que lleva un suspensor a juego con esa cosa?

Como no respondo, se echa hacia atrás, abre un *Sports Illustrated* que está en medio de la mesa y, tarareando para sí mismo, se pone a leer un artículo sobre los submarinistas olímpicos.

–Hola, Halberstam –dice Owen, al pasar.

–Hola, Owen –digo yo, admirando el modo en que lleva cortado y peinado hacia atrás el pelo, con una parte tan lisa y puntiaguda que... me deja destrozado y hace que tome nota mental para preguntarle dónde compra los productos para el cuidado del pelo, qué tipo de espuma usa, aunque supongo, después de calibrar todas las posibilidades, que es en–X.

Entra Greg McBride y se detiene junto a mi butaca.

–¿Has visto el programa de la Winters de esta mañana? Tremendo. Una orgía total. –y nos damos una palmada en la mano antes de que él ocupe un asiento entre Dibble y Lloyd. Sabe Dios de dónde vienen.

Kevin Forrest, que entra con Charles Murphy, dice:

–Tengo estropeado el contestador. Me lo jodió Felicia.

Ni siquiera presto atención a lo que llevan puesto. Pero me sorprendo mirando los gemelos de Murphy, modelo exclusivo con un búho con ojos azules de cristal.

En el video club luego en D'agostino's

Paseo por Video Visions, el video club próximo a mi apartamento del Upper West Side, tomando una lata de Diet Pepsi, mientras la nueva cinta de Christopher Cross atruena por los auriculares de mi walkman Sony. Al salir de la oficina he jugado al squash con Montgomery, luego me han dado un masaje shiatsu y me he reunido con Jesse Lloyd, Jamie Conway y Kevin Forrest para tomar unas copas en Rusty's, en la calle Setenta y tres. Esta noche llevo un abrigo nuevo de lana de D'ngaro Domo Paris, y en la mano un attaché de Bottega Veneta y un paraguas de Georges Gaspar.

El videoclub está más lleno de gente que de costumbre. Hay muchas parejas haciendo cola para alquilar *Reformatorio de travestis* o *El coño de Ginger,* sin ningún aspecto de sentir vergüenza o incomodidad, además ya me he tropezado en la sección de terror con Robert Ailes, del First Bastan, o al menos creo que era Robert Ailes. Ha murmurado:

–Hola, McDonald –al pasar junto a mí, con *Viernes* 13: *Séptima parte* y un documental sobre abortos en lo que me he fijado que eran unas manos muy bien cuidadas, a las que echaba a perder lo que me ha parecido un Rolex de oro de imitación.

Como la pornografía está descartada, me detengo en la sección de comedias y, notándome confuso, me decido por una película de Woody Allen, pero todavía no estoy satisfecho. *Quiero* algo *más.* Paso por delante de la sección de musicales rock –nada–, luego me encuentro en la de comedias de terror –lo mismo–, y de repente sufro un ataque de ansiedad poco intenso. *Hay demasiadas jodidas películas para elegir.* Me agacho detrás de un cartel que anuncia la nueva comedia de Dan Aykroyd y tomo dos Valiums de cinco miligramos, que me trago con la Diet Pepsi.

Luego, casi por rutina, extiendo la mano para coger *Doble cuerpo* –una película que he alquilado treinta y siete veces– y me dirijo al mostrador donde tengo que esperar veinte minutos para que me atienda una chica estúpida (pesa tres kilos de más, tiene el pelo seco y enredado). De hecho lleva un indescriptible jersey enorme –sin la menor duda, *no* es de diseño– probablemente para disimular el hecho de que *no* tiene tetas, aunque *tiene* unos ojos bonitos: *¿para qué coño?* Por fin, me toca a mí. Le tiendo las cajas vacías.

–¿Eso es todo? –pregunta, cogiendo mi tarjeta de socio. Llevo unos guantes negros Mario Valentino. Ser socio de Video Visions sólo me cuesta doscientos cincuenta dólares al año.

–¿Tienen alguna película de Jami Gertz? –le pregunto, tratando de establecer contacto visual.

–¿Cómo? –pregunta, distraída.

–¿Películas en las que salga Jami Gertz?

–¿*Quién?* –Escribe algo con el teclado del ordenador y luego dice, sin mirarme–: ¿Cuántos días?

–Tres –digo yo–. ¿No sabe quién es Jami Gertz?

–Creo que no. –De hecho, la chica suspira.

–Jami Gertz –digo–. Es una *actriz.*

–Me parece que no sé lo que me quiere decir –replica en un tono que sugiere que estoy molestándola, pero, bueno, trabaja en un videoclub y como en esos establecimientos hay tal demanda de profesionales altamente cualificados, su comportamiento rastrero es completamente razonable, ¿o *no?* La de cosas que le podría hacer a esta chica con un martillo, las palabras que podría grabarle en el cuerpo con un punzón para el hielo. Le da al chico que tiene detrás mis cajas –y hago como que no me doy cuenta de la reacción de terror de éste al reconocerme después de mirar la caja de *Doble cuerpo*– y el chico se dirige, muy diligente, a una especie de cripta del fondo de la tienda a por las películas.

–Seguro que la conoce –digo yo, todo bondad–. Sale en los anuncios de Diet Pepsi. Ya sabe cuáles.

–La verdad es que no –dice ella, en un tono monótono que casi me deja seco. Teclea los títulos de las películas y luego mi número de socio en el ordenador.

–Me gusta mucho esa parte de *Doble cuerpo* en que a la mujer de la película..., bueno, la atraviesan con una taladradora eléctrica..., es lo mejor –digo, casi jadeando. Parece que en este preciso momento y de repente, en el videoclub hace mucho calor y, después de murmurar: «¡Oh, Dios mío!», para mí mismo, pongo la mano enguantada encima del mostrador para que me deje de temblar–. Y la sangre sale disparada hasta el techo.

Respiro a fondo y mientras digo esto la cabeza se me pone a asentir por su cuenta y no dejo de tragar saliva, pensando «tengo que verle los zapatos», y del modo más disimulado posible trato de mirar por encima del mostrador para comprobar qué tipo de zapatos lleva, pero me pone furioso que sólo sean unas zapatillas deportivas. Y *no* K–Swiss, *ni* Tretorn, *ni* Adidas, *ni* Reebok, sino unas muy baratas.

–Firme aquí. –La chica me tiende las cintas sin siquiera mirarme, negándose a reconocer que sabe quién soy, y respirando y exhalando con fuerza, se dirige a los siguientes en la cola: una pareja con un bebé.

De vuelta a mi apartamento me paro en D' Agostino's donde para cenar compro dos botellas grandes de Perrier, un pack de seis botellas de Coca–Cola Classic, una cabeza de arugula, cinco kiwis de tamaño medio, un frasco de vinagre balsámico al estragón, una lata de creme fraiche, una caja de tapas para el microondas, una caja de tofu y una tableta de chocolate blanco que cojo en la caja.

Una vez fuera, ignoro al mendigo que holgazanea debajo del cartel de *Les Misérables* y tiene un letrero en la mano que dice: «ESTOY SIN TRABAJO TENGO HAMBRE Y NO TENGO DINERO POR FAVOR AYÚDENME», cuyos ojos lloran después de hacerle el truco del dólar–y–el–mendigo y decirle:

–Podría hacer el favor de afeitarse. –Mis ojos, casi guiados por radar, enfocan un Lamborghini Countach rojo aparcado junto a la acera, que resplandece bajo las farolas de la calle, y tengo que detenerme, pues el Valium me está haciendo efecto, lo que motiva que se borre todo lo demás: el mendigo que llora, los niños negros pasados de crack que bailan rap junto al enorme aparato de radio que atruena, las bandadas de palomas que revolotean por encima buscando un sitio donde pasar la noche, las sirenas de las ambulancias, las bocinas de los taxis, la chica de aspecto decente con un vestido de Betsey Johnson; todo eso se desvanece y en lo que parece como el lapso temporal en el que se saca una fotografía (pero a cámara lenta, como en una película), el sol se pone, la ciudad queda a oscuras y lo único que veo es el Lamborghini rojo y lo único que oigo es mi constante y firme respiración. Todavía sigo parado, babeando, delante de la tienda, mirando, unos minutos después (no sé cuántos).

Tratamiento facial

Salgo de la oficina a las cuatro y media, me dirijo a Xclusive, donde hago ejercicios con pesas durante una hora, luego atravieso el parque en taxi hasta Gio's, en el Pierre Hotel, para que me hagan un tratamiento facial, la manicura y, si el tiempo lo permite, la pedicura. Estoy tumbado en la mesa de una de las salas privadas esperando a Helga, la especialista en piel, para que me haga un tratamiento facial. Mi camisa de Brooks Brothers y mi traje de Garrick Anderson están colgados en el armario, mis mocasines A. Testoni descansan en el suelo, con unos calcetines de treinta dólares de Barney's metidos dentro, y la única prenda de vestir que llevo puesta son unos calzones de boxeador de setenta dólares de Comme des Garcons. La bata que tengo que ponerme yace en el suelo junto a la ducha, pues quiero que Helga se fije en mi cuerpo, en mi pecho, que vea lo tremendos que se me han puesto los abdominales desde la última vez que estuve aquí, aunque ella es mucho mayor que yo –puede que tenga treinta o treinta y cinco años– y no hay modo que pueda llegar a follármela. Estoy tomando una Diet Pepsi que Mario, el ayudante, me ha traído, con hielo frappé en un vaso, que he pedido pero no quiero.

Cojo el *Post* de hoy de un revistero de cristal Smithly Watson y examino la columna de cotilleo s, luego me fijo en un artículo sobre las recientes apariciones de esas criaturas que parecen en parte pájaros, en parte roedores –esencialmente palomas con cabeza y rabo de rata– que descubrieron en el centro de Harlem y que ahora se están trasladando hacia el centro de la ciudad. Una foto muy mala de una de esas cosas acompaña el artículo, pero los expertos, nos asegura el *Post,* están casi seguros de que esta nueva camada es una falsificación. Como de costumbre, esto no me quita el

miedo, y me llena de un terror indescriptible el que alguien haya dedicado su tiempo y energía a pensar esto: vaya trucar una fotografía (y a hacer un trabajo de mierda, pues la cosa parece un jodido Comecocos) y a mandarla al *Post,* luego el *Post* decide ocuparse del asunto (¿después de reuniones, debates, tentaciones en el último minuto de cancelar todo el asunto?), publicar la fotografía, hacer que alguien escriba *so*bre ella y entreviste a los expertos y publique finalmente el artículo en la página tres de la edición de hoy y consiga que hablen de ella durante los centenares de miles de comidas que tienen lugar en la ciudad. Cierro el periódico y me tumbo, agotado.

La puerta de la sala privada se abre y una chica a la que no he visto anteriormente entra y con los ojos semicerrados puedo ver que es joven, italiana, de aspecto estupendo. Sonríe, se sienta en una silla a mis pies e inicia la pedicura. Apaga la luz del techo y, exceptuadas unas luces halógenas estratégicamente situadas que me iluminan pies, manos y cara, la sala queda a oscuras, haciendo imposible saber qué cuerpo tiene la chica. Sólo permiten distinguir que lleva unos botines de ante gris y piel negra de Maud Frizon. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los OVNIS que matan. Llega Helga.

–Mister Bateman –dice Helga–. ¿Qué tal está?

–Muy bien, Helga –digo, tensando los músculos de estómago y pecho. Tengo los ojos cerrados, de un modo que parece que es algo casual, como si los músculos actuaran por su cuenta y yo no pudiera evitarlo. Pero Helga se pone suavemente la bata por encima del palpitante pecho y la abrocha, simulando ignorar las ondulaciones de debajo de la piel bronceada.

–Ha vuelto muy pronto –dice.

–Estuve hace dos días –digo, confuso.

–Lo *sé,* pero... –Vacila, mientras se lava las manos en el lavabo–. No importa.

–Oiga, Helga –digo.

–¿Qué, mister Bateman?

–Al entrar aquí, me he fijado en un par de mocasines de hombre con borlas doradas de Bergdorf Goodman, esperando a que los limpiaran, a la puerta de la sala de al lado. ¿A quién pertenecen? –pregunto.

–Son de mister Erlanger –dice ella. –¿Mister Erlanger, de Lehman's?

–No. Mister Erlanger, de Salomon Brothers –dice.

–¿Le he contado que me apetece llevar una gran cara sonriente de Smiley y luego poner en el CD la versión de «Dont' Worry, Be Bappy», de Bobby McFerrin, y luego coger a una chica y a un perro..., un collie, un chow chow, un sharpei, la verdad es que no importa..., y conectarlos a un aparato de transfusiones, y cambiarles la sangre, ya sabe, la del perro pasársela a la tía buena y viceversa? ¿Nunca se lo he contado?

Mientras estoy hablando oigo que la chica que se ocupa de mis pies tararea una de las canciones de *Les Misérables,* y luego Helga me pasa un algodón húmedo por la nariz, inclinándose sobre mi cara, para examinarme los poros. Me río como un maníaco, luego respiro a fondo y me toco el pecho, esperando que el corazón esté latiendo rápida, impacientemente, pero no noto nada.

–Chist, mister Bateman –dice Helga, pasándome una esponja vegetal caliente por la cara, que hace que la piel me pique y luego quede fría–. Relájese.

–De acuerdo –digo–. Me relajaré.

–Oh, mister Bateman –murmura Helga–, tiene usted un cutis tan estupendo. ¿Cuántos años tiene? Si no le importa que se lo pregunte.

–Tengo veintiséis.

–Ah, es por eso. Es tan limpio. Tan suave. –Suspira–. Relájese.

Me abandono, cerrando los ojos, mientras una versión en música ambiental de «Don't Worry, Baby» elimina todos los malos pensamientos y me pongo a pensar sólo en cosas agradables: la mesa que he reservado para cenar esta noche con la novia de Marcus Balberstam, Cecelia Wagner; el puré de nabos del Union Square Café; cuando esquiaba bajando la Buttermilk Mountain, en Aspen, las Navidades pasadas; el nuevo disco compacto de Buey Lewis and the News; camisas de Ike Behar, de Joseph Abboud, de Ralph Lauren; guapísimas tías buenas comiéndose el coño y el culo unas a otras bajo desagradables luces de vídeo; cargamentos de arugula y cilantro; mi bronceado; el aspecto que tienen los músculos de mi espalda cuando las luces de mi cuarto de baño los iluminan desde el ángulo adecuado; las manos de Helga acariciándome la lisa piel de la cara, extendiendo cremas y lociones y tónicos, y susurrando, admirada: «Oh, mister Bateman, tiene usted una cara tan limpia y tan suave, tan limpia»; el hecho de que no vivo en un remolque en el parque ni trabajo en una bolera ni vaya los partidos de hockey ni como costillas asadas; el aspecto del edificio AT&T a medianoche, sólo a medianoche. Jeannie entra e inicia la manicura, primero cortando y limando las uñas, luego cepillándolas con un disco de lija para suavizar los bordes que queden.

–La próxima vez prefiero que me las deje un poco más largas, Jeannie –le advierto.

Sin decir nada, las frota con cremosa lanolina caliente, luego me seca las manos y usa un hidratante de cutículas, luego quita todas las cutículas mientras limpia las uñas por debajo con un algodón sujeto a un palito. Un vibrador caliente me masajea la mano y el antebrazo. Me pulimentan las uñas con una gamuza y luego con loción especial.

Cita con Evelyn

Evelyn llama por mi tercera línea telefónica que no voy a descolgar, pero como utilizo la segunda línea para saber si Bullock, el maître del Davis Francois, un nuevo restaurante de Central Park South, puede conseguirme mesa para esta noche de modo que Courtney (a la que tengo por la primera línea) y yo podamos cenar, lo descuelgo con la esperanza de que sean los de la tintorería. Pero *no,* es Evelyn y, aunque la verdad es que no me parece bien hacerle esto a Courtney, respondo a su llamada Le digo a Evelyn que estoy hablando por la otra línea con mi preparador físico privado. Luego le digo a Courtney que tengo que responder a una llamada de Paul Owen y que me veré con ella en Turtles a las ocho, y luego dejo de hablar con Bullock, el maître. Evelyn se ha instalado en el Carlyle pues a la mujer que vive en la casa contigua a la suya la encontraron muerta ayer por la noche, decapitada, y por esto está tan trastornada. Esta mañana no ha podido ir a la oficina y ha pasado la tarde tranquilizándose mientras le hacían un tratamiento facial en Elizabeth Arden. Me ruega que cenemos juntos esta noche, y luego dice, antes de que yo pueda inventar una mentira plausible, una excusa aceptable:

–¿Dónde *estuviste* tú ayer por la noche, *Patrick?*

Hago una pausa.

–¿Por qué? ¿Dónde estuviste *tú?* –pregunto, mientras bebo un litro de Evian, todavía ligeramente sudoroso después de los ejercicios de esta tarde en el gimnasio.

–Discutiendo con el conserje del Carlyle –dice ella, con una voz que me suena a fastidio–. Pero ahora dime dónde *estuviste* tú, Patrick.

–¿Por qué discutiste con él? –pregunto.

–Patrick –dice ella, en tono apremiante.

–Aquí sigo –digo al cabo de un momento.

–Patrick. No importa. El teléfono de mi habitación no tiene dos líneas y *no* se pueden mantener las llamadas –dice Evelyn–; ¿*Dónde* estuviste tú?

–Estuve... alquilando unos vídeos –digo, contento, dándome una palmada para celebrarlo, con el teléfono inalámbrico sujeto en el cuello.

–Quería que nos viésemos –dice lloriqueando, con un tono de niña pequeña–. Estaba muy asustada. Todavía lo estoy. ¿No lo notas por mi voz?

–De hecho, suenas a muchas cosas.

–No, Patrick, en serio. Estoy totalmente aterrorizada –dice.

Estoy temblando. Tiemblo como una hoja. Pregúntaselo a Mia, mi especialista facial. Ha dicho que estaba muy tensa.

–Bien –digo yo–, ¿podríamos vernos de todos modos? –Querido, claro que sí –dice lloriqueando, y luego se dirige a alguien que ha entrado en su suite–. Colóquelo allí junto a la ventana..., no, *aquella* ventana..., ¿y puede decirme dónde demonios está esa masajista?

–Pero es que tengo la cabeza de tu vecina en mi congelador –digo, bostezando y estirándome–. Oye, ¿cenamos? ¿Dónde? ¿Me estás escuchando?

A las ocho y media estamos sentados uno frente al otro en Barcadia. Evelyn lleva una chaqueta de rayón de Anne Klein, una falda de crepé de lana, una blusa de seda de Bonwit's, unos pendientes antiguos de oro y ágata de James Robinson que cuestan, aproximadamente, unos cuatro mil dólares. Yo llevo un traje cruzado, una camisa de seda a rayas, una corbata estampada y zapatos de cuero, todo de Gianni Versace. No he cancelado la reserva que he hecho en Turtles ni le he dicho a Courtney que no nos veríamos allí, de modo que probablemente aparecerá a las nueve menos diez, quedará completamente desconcertada y, si hoy no ha tomado Elavil, probablemente se pondrá furiosa, y por eso –y no por la botella de Cristal que Evelyn insiste en pedir y a la que luego añade cassis– me río con ganas.

He pasado gran parte de la tarde comprándome regalos anticipados de Navidad –unas grandes tijeras en un drugstore de cerca del City Hall, un abrecartas de Hammacher Schlemmer, un cuchillo para el queso de Bloomingdale's que hace juego con la tabla para queso que Jean, mi secretaria, que está enamorada de mí, me ha dejado encima de la mesa del despacho antes de salir a comer mientras yo estaba en una reunión–. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre la posibilidad de una guerra nuclear, y según los expertos reunidos, las posibilidades de que tenga lugar el mes que viene son bastante altas. La cara de Evelyn me parece como de tiza; tiene la boca pintada con un lápiz de labios púrpura que produce un efecto sorprendente, y me doy cuenta de que ha seguido el trasnochado consejo de Tim Price de dejar de usar loción bronceadora. En vez de mencionarle esto y de que me aburra con estúpidas disculpas, le pregunto por la novia de Tim, Meredith, a la que Evelyn desprecia por motivos que nunca he tenido claros. Y debido a los rumores que corren sobre Courtney y yo, Courtney también está en la lista de personas que odia Evelyn, por motivos que están más claros. Pongo la mano sobre mi alargada copa de champán cuando la recelosa camarera, a petición de Evelyn, intenta añadir cassis a mi Cristal.

–No, gracias –le digo–. Puede que después. En una copa aparte.

–Aguafiestas –dice Evelyn, riendo, luego olfatea–. Pero hueles bien. ¿Qué te has puesto? ¿Obsession? Oye, aguafiestas, ¿es Obsession?

–No –digo yo, espantado–. Paul Sebastian.

–Claro. –Sonríe y termina su segunda copa. Parece mucho más animada, casi excitada, más de lo que uno esperaría de alguien a cuya vecina la decapitaron en cuestión de segundos, mientras todavía estaba consciente, con una sierra eléctrica. Los ojos de Evelyn brillan a la luz de las velas, luego recuperan su gris pálido habitual.

–¿Cómo *está* Meredith? –pregunto, tratando de disimular mi falta de interés.

–Oh, Dios mío. Está saliendo con Richard Cunningham –se lamenta Evelyn–. Él trabaja en el First Bastan. ¿Puedes *creerlo?*

–Ya sabes –añado yo–, Tim iba a romper con ella.

–*¿Por qué,* por el amor de Dios? –pregunta Evelyn, sorprendida, intrigada–. Si tienen esa casa *fabulosa* en los Hamptons.

–Recuerdo haberle oído contar que estaba mortalmente harto de ver que los fines de semana ella no hacía más que arreglarse las uñas.

–Oh, Dios mío –dice Evelyn, y luego, auténticamente confusa, añade–: ¿Quieres decir...? Espera, ¿es que no tiene a nadie que le haga la manicura?

– Tim decía, y lo repetía con bastante frecuencia, que tenía la personalidad de una presentadora de un concurso de televisión –digo secamente, tomando un trago.

Evelyn sonríe para sí misma.

– Tim es un bribón.

Ociosamente, me pregunto si Evelyn querría acostarse con otra mujer, si llevara una a su casa y si, en caso de que yo insistiera, me dejaría mirar cómo se lo hacían las dos. Y si me dejarían dirigirlas, decirles lo que tienen que hacer, qué posición adoptar debajo de las lámparas halógenas. Probablemente no; no parece que haya demasiadas posibilidades. Pero ¿y si la obligo *a punta de pistola?* ¿Si las amenazo con destriparlas si no aceptan? La idea no carece de atractivo e imagino el ambiente con toda claridad. Me pongo a contar las banquetas que hay alrededor .de la habitación; luego me pongo a contar a las personas sentadas en las banquetas.

Me está preguntando por Tim:

–¿Dónde crees que ha estado *ese* bribón? Hay rumores de que está en *Sachs* –dice siniestramente.

–Los rumores dicen –digo– que está en rehabilitación. Este champán no está lo suficientemente frío. –Estoy distraído–. ¿No te manda postales?

–¿Ha estado enfermo? –pregunta ella, con un leve temblor en la voz.

–Sí. Eso creo –digo yo–, ¿Crees que si pido otra botella de Cristal conseguiré que por fin me la traigan *fría?*

–Oh, Dios mío –dice Eve1yn–. ¿Crees que podría estar *enfermo?*

–Sí. Está en un hospital. En Arizona –añado. La palabra *Arizona* tiene un misterioso matiz y la repito–: En Arizona, creo.

–Oh, *Dios* mío –exclama Evelyn, ahora alarmada de verdad, y se termina de un trago el Cristal que le queda en la copa.

–¿Quién sabe? –Me encojo de hombros.

–¿Crees tú...? –Respira a fondo y deja su copa–. ¿Crees que se trata de...? –y ahora lanza una mirada a su alrededor antes de acercárseme y susurrar–, ¿de sida?

–Oh, no, nada de eso –digo, pensando de inmediato en que me hubiera gustado haber hecho una pausa lo suficientemente larga antes de responder, para así asustarla más–. Sólo son... heridas... indeterminadas... –mordisqueo la punta de un pan con hierbas y me encojo de hombros– en el cerebro.

Evelyn suspira, aliviada, y dice:

–¿N o hace mucho calor aquí?

–Lo único en que puedo pensar es en ese cartel que vi en la estación de metro de la otra noche antes de matar a aquellos dos niños negros..., una foto de un ternero, con la cabeza vuelta hacia la cámara, los ojos muy abiertos y mirando al flash, y con un cuerpo que parecía que estaba metido en una especie de cesta, y grandes letras negras debajo de la foto que decían: «Pregunta: ¿Por qué no puede andar este ternero?» Luego: «Respuesta: Porque sólo tiene dos patas.» Pero luego vi otro cartel, con la misma foto, el mismo ternero, que decía: «Prohibida su publicación.» –Hago una pausa, sin dejar de tocar el pan, y pregunto–: ¿Te enteras de lo que te estoy diciendo, o es como si hablara con una pared? –digo, pronunciando con claridad y mirando fijamente a Evelyn, que abre la boca y, por primera vez desde que la conozco, parece a punto de decir algo interesante y le presto mucha atención y ella pregunta:

–¿No es ésa...?

–¿Cómo? –Es el único momento de la noche en que siento auténtico interés por lo que va a decir, y la animo a que siga–. ¿Cómo?

–¿Quién es?

–¿No es... Ivana Trump? –pregunta, mirando por encima de mi hombro.

Me doy rápidamente la vuelta.

–¿Dónde? ¿Dónde está Ivana?

–En la mesa de delante. La segunda después de... –hace una pausa– Brooke Astor. ¿La ves?

Bizqueo, me pongo mis gafas sin graduar Oliver Peoples y me doy cuenta de que Evelyn, cuya visión está nublada por el Cristal con cassis, no sólo ha confundido a Norris Powell con Ivana Trump, sino que además ha confundido a Steve Rubell con Brooke Astor y, sin poder evitarlo, casi estallo.

–No, *Dios* mío, *Dios* mío, Evelyn –me quejo, destrozado, decepcionado, notando una descarga de adrenalina, con la cabeza entre las manos–. ¿Cómo puedes tomar a esa *palurda* por Ivana?

–Lo siento –la oigo decir–. Un error infantil.

–Es cabreante –digo yo, muy enfadado, con los ojos casi cerrados.

La tía buena, o sea nuestra camarera, que lleva unos zapatos de raso de tacón alto, pone en la mesa dos nuevas copas alargadas de champán para la segunda botella de Cristal que ha pedido Evelyn. La camarera hace un puchero con los labios en dirección a mí cuando estiro la mano para coger otro panecillo, y yo levanto la cabeza hacia ella y le respondo con otro puchero, luego aprieto la cabeza entre las palmas de las manos, algo que se repite cuando trae los primeros platos. Sopa de calabaza y especias con pimientos secos para mí; maíz seco y budín jalapeño para Evelyn. He mantenido las manos en los oídos para no escuchar lo que dice Evelyn durante el intervalo entre su error, cuando ha tomado a Monis Powell por Ivana Trump, y la llegada de nuestros primeros platos, pero tengo hambre, de modo que quito la mano derecha del oído. La voz vuelve a ser ensordecedora de inmediato.

–Pollo Tandoori y foie gras, y mucho jazz, y él adoraba el Savoy, pero huevas de sábalo, los colores eran muy vistosos, aloe, limón, Morgan Stanley...

Vuelvo a llevarme las manos adonde las tenía, apretando con más fuerza. Pero el hambre me domina otra vez, por lo que, tarareando para mí mismo, vuelvo a coger la cuchara, pero no sirve de nada: el tono de voz de Evelyn es tan especial que resulta imposible de ignorar.

–Gregory se graduará pronto en Saint Paul y en septiembre irá a Columbia –está diciendo Evelyn, al tiempo que destroza con mucho cuidado su budín que, por cierto, le han servido frío–. Tengo que hacerle un regalo de graduación y me siento totalmente perdida. ¿Qué me sugieres tú?

–Un cartel de *Les Misérables* –digo, suspirando, medio en broma.

–Perfecto –dice ella, destrozando su budín todavía más, y luego, después de un trago de Cristal, me mira con cara extraña.

–¿Qué te pasa, querida? –pregunto, escupiendo una pipa de calabaza que atraviesa el aire con mucha gracia y cae en medio del cenicero en lugar del vestido de Evelyn, mi blanco original.

–Necesitamos más cassis –dice–. ¿Podrías llamar a nuestra camarera?

–Claro que sí –digo, todo bondad, y sin dejar de sonreír, añado–: No tengo la menor idea de quién es Gregory. ¿No lo sabías?

Evelyn deja su cuchara delicadamente al lado del plato de budín y me mira directamente a los ojos.

–Mister Bateman, me gustas de verdad, *adoro* tu sentido del humor. –Me aprieta suavemente la mano y se ríe, de hecho *dice–:* Ja ja ja... –Pero está seria y no bromea.

Evelyn me devuelve el cumplido. Admira mi sentido del humor. Nos retiran los platos al tiempo que llegan los segundos, de modo que Evelyn tiene que soltarme la mano para hacer sitio para los platos. Ella ha pedido codorniz rellena de tortillas de trigo azul con guarnición de ostras en piel de patata. Yo tomo conejo con moras de Oregón y patatas paja fritas.

–Él fue a Deerfield, luego a Harvard. Ella fue a Hotchkiss, luego a Radcliffe...

Evelyn habla, pero yo no escucho. Su diálogo se superpone a su propio diálogo. Se le mueve la boca, pero no oigo nada ni puedo prestar atención, ni concentrarme de verdad, pues a mi conejo lo han cortado para que parezca... una... ¡estrella! Patatas fritas como cordones de zapatos lo rodean, y han extendido una espesa salsa roja por encima del plato –que es blanco y de porcelana y de sesenta centímetros de ancho– para que tenga el aspecto de una puesta de sol, pero más bien parece la sangre de un disparo que me acaba de herir y, moviendo la cabeza, incrédulo, aprieto un dedo contra la carne y luego hundo otro y luego otro, y luego busco una servilleta, no la mía, para limpiarme la mano. Evelyn no ha interrumpido su monólogo –habla y mastica de un modo exquisito– y sonriéndole seductoramente estiro la mano por debajo de la mesa y le agarro el muslo, limpiándome la mano en él, y ella sigue hablando y me sonríe traviesamente y toma más champán: sigo estudiándole la cara, aburrido de lo hermosa que es, perfecta de verdad, y pienso para mí mismo lo extraño que resulta que Evelyn me saque de tantos aprietos; está siempre ahí cuando más la necesito. Vuelvo a mirar el plato, ya sin el menor apetito, cojo mi tenedor, estudio el plato durante un minuto o dos, quejándome para mí mismo antes de suspirar y dejar el tenedor. Luego cojo mi copa de champán.

–Groton, Lawrenceville, Milton, Exeter, Kent, Saint Paul's, Hotchkiss, Andover, Milton, Choate..., vaya, Milton ya lo he dicho...

–Si no ceno nada esta noche, y no vaya cenar nada, quiero cocaína –anuncio. Pero no he interrumpido a Evelyn, que resulta imparable, como una máquina, y continúa hablando.

–La boda de Jayne Simpson fue tan bonita –suspira–. Y la fiesta de después tremenda. En el Club Chernoble, salió en Page Six. Billy escribió sobre ella. WWD sirvió el banquete.

–Oí que sólo se podían tomar dos copas –digo, aburrido, indicándole a un camarero que se lleve mi plato.

–Las bodas son tan románticas. Ella tenía un anillo de pedida con diamantes. ¿Sabes, Patrick? Yo *no* me conformaría con menos –dice tímidamente–. Tiene que ser de diamantes. –Le brillan los ojos y trata de describir la boda con todo detalle–. Hubo una cena para quinientas personas..., no, perdona, para setecientas cincuenta, seguida de una tarta helada hecha por Ben y Jerry. El vestido era de Ralph y tenía encaje blanco y un escote muy profundo, y era sin mangas. Era maravilloso, Patrick, ¿qué te hubieras puesto tú? –pregunta, suspirando.

–Yo exigiría que me dejaran llevar unas gafas de sol Ray– Ban. Unas Ray–Ban muy caras –digo, con cuidado–. De hecho, exigiría que todo el mundo llevara gafas de sol Ray–Ban.

–Yo quiero una banda de zydeco, Patrick. Eso es lo que quiero. Una banda de zydeco –exclama excitada y sin respiración–. O mariachis. O reggae. Algo étnico que sorprenda a mi padre. No soy capaz de decidirme.

–Yo quiero llevar un fusil de asalto Harrison AK–47 a la ceremonia, –digo, fastidiado–, con un cargador de treinta balas para poder volarle después la cabeza a tu madre para ponérsela al maricón de tu hermano. Y aunque personalmente no me gusta nada de lo que hacen los soviéticos, no sé, el Harrison me recuerda en cierto _modo a... –Me interrumpo, confuso, y me miro las manos. Luego vuelvo a mirar a Evelyn–. ¿Stoli?

–Oh, y muchas trufas de chocolate. *Godiva.* Y ostras. Ostras en su concha. Y mazapán. Y vino español rosado; y cientos, *miles* de rosas. Fotógrafos. Annie Leibovitz. Haré que vaya *Annie Léibovitz* –dice, excitada–. ¡Y contrataré a alguien para que lo grabe en vídeo!

–O un AR–15. Te gustaría, Evelyn: es el fusil más caro, pero vale lo que cuesta. –Le guiño un ojo. Pero ella sigue hablando; no oye lo que digo; no presta atención a nada. No. escucha ni una de las *palabras* que digo. Mi esencia consiste en eludirla. Se interrumpe violentamente y respira y me mira de un modo que sólo se puede describir como deslumbrante. Me toca la mano, el Rolex, respira una vez más, esta vez expectante, y dice:

–Tenemos que hacerla.

Estoy tratando de atraer la atención de la tía buena que nos atiende; está inclinada para recoger una servilleta que ha caído. Sin volver a mirar a Evelyn, pregunto:

–¿Qué es lo que tenemos que hacer?

–Casamos –dice ella, parpadeando–. Celebraremos una boda.

–¿Evelyn?

–¿Qué, querido?

–¿Estás... borracha? –pregunto.

–Deberíamos casamos –dice suavemente–. Patrick...

–¿Te *me* estás declarando? –digo, riendo, tratando de profundizar en su razonamiento. Le quito la copa de champán y la huelo. *–¿Patrick?* –pregunta, a la espera de mi respuesta.

–Coño, Evelyn –digo, bloqueado–. No lo sé.

–¿Y por qué *no?* –pregunta ella, petulante–. Dame *una* buena razón por la que no debiéramos hacerlo.

–Porque tratar de follar contigo es como tratar de dar un beso de lengua a una... ardilla muy pequeña y muy nerviosa –le digo–. No lo sé.

–¿Entonces es que sí? –dice.

–Pero ¿por qué? –termino, encogiéndome de hombros.

–¿Qué piensas hacer? –pregunta–. ¿Esperar tres años hasta que tengas treinta?

–*Cuatro* años –digo, mirándola penetrantemente–. Faltan *cuatro* años para que tenga treinta.

–Cuatro años. Tres años. Tres *meses.* ¿Cuál es la diferencia? Serás viejo. –Me suelta la mano–. ¿Sabes? No dirías eso si hubieras estado en la boda de Jayne Simpson. Con sólo echar una ojeada, querrías casarte inmediatamente.

–Pero si *estuve* en la boda de Jayne Simpson, Evelyn, amor de mi vida –digo–. Estaba sentado al lado de Sukhreet Gabel. Créeme, *estuve.*

–Eres imposible –se queja ella–. Eres un aguafiestas.

–O a lo mejor no estuve –dudo en voz alta–. ¿Lo grabaron los de la cadena de vídeos musicales?

–Y su luna de miel fue *tan* romántica. Dos horas después estaban en el Concorde. Rumbo a Londres. Al Claridge's –Evelyn suspira, con la mano sujetándose la barbilla, los cojos llenos de lágrimas.

Ignorándola, meto la mano en el bolsillo para buscar un puro. Lo saco y doy unos golpecitos con él en la mesa. Evelynpide sorbetes de tres sabores: cacahuetes, regaliz y donuts. Yo pido un café exprés descafeinado. Evelyn se enfurruña. Yo enciendo una cerilla.

–Patrick –me advierte, mirando la llama.

–¿Qué? –pregunto, interrumpiendo el movimiento de la mano, a punto de encender el puro.

–No me has pedido permiso –dice, sin sonreír.

–¿Te he dicho que llevo puestos unos calzones de boxeador de sesenta dólares? –pregunto, tratando de calmarla.

Un martes

Esta noche hay una fiesta de gala en el Puck Building con motivo de una nueva generación informatizada de aparatos para remar profesionales, y después de jugar al squash con Frederick Dibble, tomo J&B esta noche y nos dirigimos a la parte alta de la ciudad. Yo llevo un chaleco de jacquard de Kilgour, French & Stanbury comprado en Barney's, una pajarita de seda de Saks, zapatos sin cordones de charol de Baker–Benjes, gemelos antiguos de diamante de Kentshire Galleries y un abrigo de lana gris bordeado de seda con mangas ranglán y una chaqueta de Luciano Soprani. Una cartera de avestruz de Bosca contiene cuatrocientos dólares en metálico en el bolsillo de atrás de mis pantalones negros de lana. En lugar de mi Rolex, llevo un reloj de oro de catorce quilates de H. Stern.

Paseo sin objetivo por la sala de baile del primer piso del Puck Building, aburrido, bebiendo mal champán (¿podría ser un Bollinger?) en una copa alargada de plástico y tomando trocitos de kiwi, cada uno con un poco de chevre por encima, con la vaga intención de conseguir cocaína. En lugar de encontrarme con alguien que conozca a un traficante, me tropiezo con Courtney junto a la escalera. Lleva una túnica de seda, algodón y tul con pantalones de encaje con lentejuelas, parece tensa y me advierte que me mantenga lejos de Luis. Alude a que sospecha algo. Una orquesta toca malas versiones de viejos éxitos de la Motown de los años sesenta.

–¿Como qué? –pregunto, paseando la vista por la sala–. ¿Qué dos y dos hacen cuatro? ¿Que en secreto tú eres Nancy Reagan?

–No comas con él la semana que viene en el Yale Club –dice ella, sonriéndole a un fotógrafo cuyo flash nos ciega momentáneamente.

–Esta noche tienes un aspecto... voluptuoso –digo, tocándole el cuello y recorriendo su barbilla con el dedo hasta que alcanzo el labio inferior.

–No estoy bromeando, Patrick. –Sonríe y saluda con la mano a Luis, que está bailando desganadamente con Jennifer Morgan. Él lleva una chaqueta de esmoquin de lana color crema, pantalones de lana, camisa de algodón y un chaleco de seda de cuadros escoceses, todo de Hugo Boss, una corbata de lazo de Saks y un pañuelo de bolsillo de Paul Stuart. Devuelve el saludo. Yo levanto el pulgar.

–Valiente carapijo –susurra tristemente Courtney para sí misma.

–Oye, me marcho –digo, terminando el champán–. ¿Por qué no bailas con el... que siempre deja un espacio de seguridad?

–¿Adónde vas? –pregunta ella, agarrándome del brazo.

–Courtney, no me apetece experimentar otra de tus... explosiones sentimentales –le digo–. Además los canapés son una mierda.

–¿Adónde vas? –vuelve a preguntar–. Detalles, mister Bateman.

–¿Por qué *te* interesa tanto?

–Porque me gusta saber esas cosas –dice–. No habrás quedado con Evelyn, ¿verdad?

–Podría ser miento.

–Patrick– dice Courtney–. No me dejes aquí. No *quiero* que te vayas.

–*Tengo* que devolver unos vídeos –vuelvo a mentir, dándole mi copa de champán, justo cuando nos deslumbra otro flash de una cámara. Me alejo.

La orquesta encadena con una ruidosa versión de «Life in the Fast Lane» y me pongo a buscar tías buenas con la vista. Charles Simpson –o alguien que se le parece especialmente: pelo peinado hacia atrás, tirantes, gafas de Oliver Peoples– me estrecha la mano, grita:

–¿Qué tal, William? –y me dice que me reúna con un grupo de personas que incluye a Alexandra Craig, en el Nell's a eso de la medianoche. Le aprieto brevemente el hombro y le digo que no faltaré.

Una vez fuera, fumando un puro y contemplando el cielo, distingo a Reed Thompson, que sale del Puck Building con su séquito –Jamie Conway, Kevin Wynn, Marcus Halberstam, pero ninguna chica– y me invita a que me una a ellos para cenar, y aunque sospecho que tienen drogas, no me apetece pasar la noche con ellos y decido no acompañarles a ese bistró salvadoreño, especialmente porque no tienen mesa reservada y puede que no la consigan. Me despido de ellos con la mano, luego atravieso el Houston, evitando otras limusinas que dejan la fiesta, y me dirijo hacia la parte alta de la ciudad. Voy andando por Broadway y me detengo en un cajero automático donde saco otros cien dólares, sintiéndome mejor al tener quinientos en la cartera.

Me sorprendo atravesando a pie la zona de anticuarios de debajo de la calle Catorce. Se me ha parado el reloj, de modo que no estoy seguro de la hora que es, aunque probablemente sean las diez y media o así. Pasan unos tíos negros ofreciendo crack o entradas robadas para una fiesta en el Palladium. Paso junto a un quiosco, una tintorería, una iglesia, un restaurante. Las calles están desiertas; el único ruido que rompe el silencio es el de un taxi ocasional que se dirige hacia Union Square. Pasa una pareja de maricones esqueléticos mientras estoy en una cabina telefónica escuchando los mensajes de mi contestador, al tiempo que contemplo mi reflejo en el escaparate de un anticuario. Uno de ellos me silba, el otro se ríe: un sonido agudo, moribundo, terrible. Un arrugado programa de *Les Misérables* yace en la acera destrozada, manchada de orina. Una farala se funde. Alguien con un abrigo de Jean–Paul Gaultier mea en una calleja. El vapor se alza desde el asfalto, ondula y se evapora. Bolsas de basura congelada se alinean en los bordillos. La luna, pálida y baja, cuelga por encima del Chrysler Building. Del West Village llega la sirena de una ambulancia, el viento la recoge y luego su eco se desvanece.

El vagabundo, un negro, está tumbado a la puerta de una tienda de antigüedades abandonada de la calle Doce, encima de una reja abierta y rodeado de bolsas de basura y un carrito de la compra de Gristede's cargado con lo que supongo que son sus pertenencias personales: periódicos, botellas, latas de aluminio. Un cartel escrito a mano sujeto a la parte delantera del carrito dice: «ESTOY HAMBRIENTO Y NO TENGO CASA POR FAVOR AYÚDENME.» Un perro, un chucho pequeño, de pelo corto muy delgado, está tumbado junto a él, con la correa sujeta al carrito de la

compra. No me fijo en el perro la primera vez que paso por delante. Sólo después de haber dado la vuelta a la manzana y volver, lo distingo tumbado encima de una pila de periódicos, custodiando al vagabundo, con un collar que lleva sujeta una placa metálica excesivamente grande para él, que dice GIZMO. El perro alza la vista hacia mí, moviendo su delgado y patético rabo y, cuando le ofrezco mi mano enguantada, la chupa, hambriento. La pestilencia de algo así como alcohol barato mezclado con excrementos se alza como una nube pesada, invisible, y tengo que contener la respiración antes de acostumbrarme a ella. El vagabundo se despierta, abre los ojos, bosteza, y enseña unos dientes muy sucios entre unos labios púrpura agrietados.

Tiene unos cuarenta años, es corpulento, y cuando intenta sentarse puedo distinguir con más claridad sus rasgos a la luz de la farola: barba de unos cuantos días, papada, una nariz colorada con gruesas venas marrones. Lleva puesto una especie de traje de poliéster de un verde lima muy chillón con unos pantalones vaqueros de Sergio Valente muy gastados por *encima* (la última moda de los sin casa de esta temporada), junto a un jersey de cuello en pico a rayas naranjas y marrones manchado de algo que podría ser vino de borgoña. Parece muy borracho –a no ser que esté loco o sea retrasado mental–. N o es capaz de enfocarme con los ojos cuando me detengo delante de él, tapando la luz de la farola. Me arrodillo.

–Hola –digo, tendiéndole la mano, la que ha chupado el perro–. Pat Bateman.

El vagabundo me mira, jadeando debido al esfuerzo que tiene que hacer para sentarse. No me estrecha la mano.

–¿Necesita dinero? –le pregunto amablemente–. ¿Y algo de comer?

El vagabundo asiente con la cabeza y se echa a llorar, agradecido.

Busco en el bolsillo y saco un billete de diez dólares, luego cambio de idea y sujeto uno de cinco.

–Es lo que necesita, ¿verdad?

El vagabundo vuelve a asentir con la cabeza y aparta la vista, y después de aclararse la voz, dice tranquilamente:

–Tengo mucha hambre.

–Además hace frío –digo yo–. ¿No es así?

–Tengo mucha hambre. –Tose una vez, dos, tres, luego aparta la vista, avergonzado.

–¿Por qué no trabaja? –le pregunto, con el billete en la mano, pero lejos del alcance del vagabundo–. Si tiene mucha hambre, ¿por qué no trabaja?

Respira, tiembla y entre sollozos admite:

–Me quedé sin trabajo...

–¿Por qué? –pregunto, auténticamente interesado–. Bebía usted mucho, ¿verdad? ¿Fue por eso por lo que se quedó sin trabajo? Era una broma. No, de verdad..., ¿bebía usted en el trabajo?

Se encoge de hombros, entre sollozos, y dice ahogadamente: –Me echaron. Me pusieron en la calle.

Lo acepto, asintiendo con la cabeza.

–Vaya por Dios, eso está muy mal.

–Tengo mucha hambre –dice, y se pone a llorar con más fuerza. Su perro, esa cosa que se llama Gizmo, se pone a gemir.

–¿Por qué no consigue otro? –pregunto–. ¿Por qué no consigue otro trabajo?

–No estoy... –Tose, temblando de un modo terrible, incapaz de terminar la frase.

–¿No está usted qué? –pregunto suavemente–. ¿Cualificado para otro?

–Tengo hambre –susurra.

–Ya lo sé, ya lo sé –digo–. Vaya, parece usted un disco raya do. Estoy tratando de ayudarle... –Mi impaciencia aumenta.

–Tengo hambre –repite.

–Oiga. ¿Cree usted que está bien pedirle dinero a la gente que trabaja? ¿A quien *tiene* trabajo?

Se le contrae la cara y dice entrecortadamente, con una voz ronca:

–¿Qué puedo hacer?

–Oiga –digo–. ¿Cómo se llama?

–Al –contesta.

–Más alto –digo–. Venga.

–Al– repite, un poco más alto.

–Tiene que conseguir un trabajo, Al –le digo seriamente–. Tiene usted una actitud muy negativa. Eso es lo que le impide conseguirlo. Debe mostrarse decidido. Yo le ayudaré.

–Es usted tan amable, señor. Es usted tan amable. Es usted un hombre muy amable –balbucea–. Se lo aseguro.

–Chist –susurro–. Está bien. –Me pongo a acariciar al perro.

–Por favor –dice, cogiéndome de la muñeca–. No sé qué hacer. Tengo tanto frío.

–¿Se da usted cuenta de lo mal que huele? –susurro, dándole un golpecito en la cara–. *Apesta,* Dios mío...

–No consigo.. –Se ahoga, traga saliva–. No consigo encontrar un sitio donde vivir.

–*Apesta* –le repito–. *Apesta* usted a... *mierda.* –Sigo acariciando al perro, cuyos ojos se abren mucho y se humedecen de agradecimiento–. ¿Sabe una cosa? Maldita sea, AL., míreme y deje de llorar como un *marica* –grito. Mi enfado aumenta, luego se aplaca y cierro los ojos, llevándome la mano a la nariz para tapármela, luego suspiro–. AL., lo siento. Lo que pasa es que..., no sé. No tengo nada en común con usted.

– El vagabundo no escucha. Llora con tal fuerza que es incapaz de responder de modo coherente. Vuelvo a guardarme lentamente el billete en el bolsillo de mi chaqueta Luciano Soprani y dejo de acariciar al perro con la otra mano, que me meto en el bolsillo. El vagabundo deja de sollozar bruscamente y se sienta, buscando con la vista el billete de cinco dólares o, supongo, su botella de Thunderbird. Adelanto la mano y le vuelvo a tocar la cara suavemente, con compasión, y susurro:

–¿Sabes que eres un jodido perdedor?

Él empieza a asentir, desesperado, y yo saco un largo y delgado cuchillo con hoja de sierra y, con mucho cuidado para no matarle le hundo aproximadamente un centímetro de la hoja en el ojo derecho, empujando con el mango y sacándole la retina..

El vagabundo está demasiado sorprendido para decir nada. Se limita a abrir la boca, aturdido, y se lleva lentamente una mano sucia y con unos guantes sin dedos a la cara. Le bajo los pantalones de un tirón y, a la luz dejos faros de un taxi que pasa, distingo sus blandos y negros muslos, con un sarpullido asqueroso debido a que se mea constantemente con los pantalones puestos. El hedor a mierda me llega inmediatamente a la cara y, respirando por la boca, me agacho y le apuñalo en el estómago, sin hundir demasiado el cuchillo, por encima de la densa mata de vello púbico. Esto parece que le deja un tanto sobrio, e instintivamente trata de protegerse con las manos, mientras el perro se pone a aullar, de un modo furioso de verdad, pero no me ataca. Sigo dándole puñaladas al vagabundo, ahora entre los dedos, en el dorso dejas manos. El ojo le cuelga de la cuenca y le oscila por delante de la cara, y él sigue parpadeando, lo que hace que lo que le queda dentro de la herida

suelte una especie de yema de huevo roja. Le agarro por la cabeza con una mano, se la echo hacia atrás y con el pulgar y el índice le sujeto el otro ojo, se lo mantengo abierto y meto la punta del cuchillo en la cuenca, rompiendo primero la membrana protectora, de modo que la cuenca se le llena de sangre. Luego le corto el globo ocular... y él empieza a gritar cuando le corto la nariz en dos, lo que hace que la sangre me salpique un poco. También el perro, Gizmo, que parpadea al caerle la sangre en los ojos. Deslizo rápidamente la hoja por la cara del mendigo, abriéndole el músculo de encima de la mejilla. Todavía arrodillado, le tiro una moneda de veinticinco centavos a la cara que brilla debido a la sangre y tiene las dos cuencas vaciadas y llenas de coágulos de sangre, y lo que queda de sus ojos balanceándosele literalmente por encima de los labios que gritan. Le susurro tranquilamente:

–Ahí tienes veinticinco centavos. Cómprate un *chicle,* jodido *negro asqueroso.*

Luego me vuelvo hacia el perro que ladra, y cuando me levanto se dispone a echárseme encima, enseñando los dientes, pero le doy un tajo en los huesos de las patas traseras y cae de lado aullando de dolor, mientras alza las patas delanteras en el aire. No puedo sino echarme a reír y me complazco en la escena, divertido por el espectáculo. Cuando distingo a un taxi que se acerca, me alejo lentamente de allí.

Después, dos manzanas hacia el oeste, me noto temerario, feroz, excitado, como si hubiera hecho ejercicio y las endorfinas me inundaran el sistema nervioso, o como si acabara de meterme la primera línea de cocaína, dado la primera calada a un buen puro, tomado el primer trago de Cristal. Me muero de hambre y necesito comer algo, pero no quiero pasar por Nell's, aunque podría ir andando, e Indochine me parece un sitio poco adecuado para tomar un trago para celebrado. De modo que decido ir a un sitio al que podría ir Al, el McDonald's de Union Square. Pido batido de vainilla «Extra–espeso», advierto al que sirve, que se limita a mover la cabeza y volverse hacia la máquina) y lo llevo a la mesa de delante, donde probablemente se sentaría Al, con la chaqueta y las mangas del abrigo ligeramente salpicadas de sangre. Dos camareras del Cat Club entran detrás de mí y se sientan en una mesa enfrente de la mía; las dos sonríen, coqueteando. Yo hago como que no me doy cuenta y las ignoro. Una vieja con pinta de loca, arrugada, que fuma un pitillo tras otro, está sentada cerca de nosotros, asintiendo al vacío. Pasa un coche de la policía, y después de dos batidos mi excitación se va aplacando lentamente. Me noto crecientemente aburrido, cansado; la noche me parece terriblemente depresiva y empiezo a maldecirme por no haber ido a ese bistró salvadoreño con Reed Thompson y los demás. Las dos chicas siguen mirando, aún interesadas. Yo echo una ojeada a mi reloj. Uno de los mexicanos que trabajan detrás del mostrador me observa fijamente mientras fuma un pitillo, y parece interesado por las manchas de la chaqueta Soprani de un modo que sugiere que va a decir algo sobre ellas, pero entra un cliente, uno de los negros que han tratado de venderme crack antes, y tiene que atenderle. De modo que el mexicano deja su pitillo, y es lo único que hace.

Génesis

He sido un gran fan de Genesis desde el lanzamiento de su álbum de 1980, *Duke.* Antes de eso la verdad es que no entiendo nada de su obra, aunque de su último álbum de los años setenta, ése tan conceptual que se titula *And Then There Were Three* (una referencia al miembro de la banda, Peter Gabriel, que dejó el grupo para iniciar una lastimosa carrera en solitario), me gusta *de verdad* el encantador «Follow You, Follow Me». Por otra parte, todos los álbumes anteriores a *Duke* me parecen demasiado pretenciosos, demasiado intelectuales. Fue en *Duke* (Atlantic; 1980), donde la presencia de Phil Collins se hizo más evidente, y la música más moderna, la batería se volvió más preponderante y las letras empezaron a ser menos místicas y más específicas (puede que debido a la marcha de Peter Gabriel), y las complejas y ambiguas investigaciones sobre el fracaso se convirtieron, en cambio, en contundentes canciones pop de primera categoría que recibí con agradecimiento. Las propias canciones parecen adaptarse mejor a la batería de Collins que al bajo de Mike Rutherford o a los teclados de Tony Banks. Un ejemplo clásico de esto es «Misunderstanding», que no sólo fue uno de los primeros grandes éxitos del grupo en los ochenta, sino que también sentó el tono para el resto de *sus* álbumes de la década. Otro tema destacado es «Turn It Again», que es sobre los efectos negativos de la televisión. Por otra parte, «Heathaze» es una canción que no entiendo, mientras que «Please Don't Ask» es una conmovedora canción de amor compuesta para una mujer separada que consigue la custodia de su hijo. ¿Acaso algún grupo de rock'n'roll ha presentado en términos más íntimos los aspectos negativos del divorcio? No lo creo. «Duke Travels» y «Dukes End» puede que tengan algún significado, pero como no incluyen las letras es difícil decir qué es lo que canta Collins, aunque hay un trabajo de piano complejo y espléndido de Tony Banks en el segundo corte. El único momento bajo de *Duke* es «Alone Tonight», que recuerda excesivamente «Tonight Tonight Tonight» de la más reciente obra maestra del grupo *Invisible Touch,* y el único ejemplo de verdad de hasta dónde se ha plagiado a sí mismo Collins.

Abacab (Atlantic; 1981) apareció casi inmediatamente después de *Duke* y se beneficia de un nuevo productor, Hugh Padgham, que proporciona a la banda un sonido más de los ochenta, y aunque las canciones parecen ligeramente poco concretas, todavía hay grandes fragmentos en todo el disco: la prolongada jam de la mitad del corte del título y los metales de un grupo llamado Earth, Wind and Fire en «No Reply at All» son sólo dos ejemplos. Las canciones vuelven a reflejar oscuras emociones y son sobre personas que se sienten perdidas o están en conflicto, pero la producción y el sonido son brillantes e insuperables (incluso cuando los títulos no lo son: «No Reply at Al!», «Keep et Dark», «Who Dunnit?», «Like lt or Not»). El bajo de Mike Rutherford queda un poco opaco en las mezclas, pero, por otra parte, la banda, empujada de nuevo por la batería de Phil Collins, suena compacta, auténticamente asombrosa. Incluso en sus momentos más desesperanzados (como la canción «Dodo» sobre la extinción), *Abacab* es musicalmente muy pop y alegre.

Mi corte favorito es «Man on the Corner», que es la única canción compuesta en solitario por Collins, una conmovedora balada con una hermosa melodía de sintetizador, además de un admirable trabajo de batería en el fondo. Aunque podría pertenecer fácilmente a cualquiera de los álbumes en solitario de Phil, debido a que la soledad, la paranoia y la alienación son unos temas excesivamente familiares de Genesis, evoca el esperanzado humanismo de la banda. «Man on the

Corner» propone una relación profunda con un ser solitario (un vagabundo, quizás, o una persona sin hogar), «ese hombre solitario de la esquina» que anda por ahí. «Who Dunnit?» expresa profundamente el tema de la confusión en contraste con un funky prodigioso; y lo que hace que esta canción sea tan excitante es ese final con el narrador que nunca se entera de nada.

Hugh Padgham produjo a continuación otra obra aún menos conceptual, titulada sencillamente *Genesis* (Atlantic, 1983), Y aunque es un buen álbum, ahora gran parte de él parece para mi gusto excesivamente tributario de los anteriores. «That' s All» suena igual que «Misunderstanding». «Taking It All Too Hard» me recuerda a «Throwing lt All Away». También parece sonar menos a jazz que sus predecesores, y más como un álbum pop de los ochenta, más rock'n'roll. Padgham realiza un brillante trabajo de producción, pero el material tiene menos fuerza que de costumbre y se puede notar el esfuerzo. Se abre con un autobiográfico «Mama», que resulta conmovedor y extraño, aunque no podría decir si el cantante se está refiriendo a su madre o a una chica a la que le gusta llamar «Mama». «That's All» es el lamento de un enamorado al que ignora y rebaja una persona amada que no le corresponde; a pesar del tono de desesperación, cuenta con una melodía brillante y pegadiza que hace que la canción sea menos deprimente de lo que probablemente necesitaba ser. «That's All» es el mejor tema del álbum, pero la voz de Phil es más potente en «House by the Sea», cuya letra es, sin embargo, demasiado monólogo interior para tener mucho sentido. Podría ser sobre el madurar y la aceptación de la edad adulta", pero es poco clara; de cualquier modo, su segunda parte instrumental, para mí, centra la canción, y Mike Banks consigue mostrar su virtuosismo con la guitarra, mientras Tom Rutherford baña los surcos con sutiles sintetizadores, y cuando Phil repite la tercera estrofa de la canción al final, puede provocarte escalofríos.

«Illegal Alien» es, la canción más explícitamente política que haya grabado el grupo, y la más divertida de las suyas. El argumento se proponía ser triste –una espalda mojada que trata de cruzar la frontera de Estados-Unidos, pero los detalles son intensamente cómicos: la botella de tequila que agarra el mexicano, el par de zapatos nuevos que lleva (probablemente robados), y todo parece perfectamente preciso. Phil canta con una voz intensa y quejumbrosa pseudo–mexicana que la hace aún más divertida, y la rima de "*un*" con *«illegal alien»* es inspirada. «Just a Job to Do» es la canción más funky del álbum, con una línea de bajo de lo más killer por parte de Banks, y aunque parece que es sobre un detective que persigue a un delincuente, creo que también podría ser sobre un enamorado celoso que persigue a alguien. «Silver Rainbow» es la canción más lírica del álbum. La letra es intensa, compleja y brillante. El álbum termina con una nota positiva, optimista, con «it's Gonna Get Better». Aunque la letra a algunos les parezca un tanto genérica, la voz de Phil es tan segura (intensamente influida por Peter Gabriel, que nunca ha hecho un álbum propio tan refinado y sincero como éste) que nos hace abrigar esperanzas gloriosas.

Invisible Touch (Atlantic; 1986) es la obra maestra indiscutible del grupo. Se trata de una meditación épica sobre la intangibilidad, al tiempo que profundiza y enriquece el significado de los tres álbumes precedentes. Contiene unas resonancias que hacen retroceder al oyente hacia el pasado, y la música es tan hermosa que casi resulta imposible librarse de ella, pues cada canción mantiene relación con lo desconocido o el vacío que hay entre las personas «Invisible Touch», poniendo en la picota el control autoritario, tanto de los amantes posesivos como del Gobierno «Land of Confusion» o de la repetición sin sentido «Tonight Tonight Tonight». En él todo está al nivel de los mejores logros del rock'n roll de la década, y el genio que hay detrás de este álbum, junto, claro está, con las brillantes interpretaciones de Banks, Collins y Rutherford, es Hugh Padgham, que nunca ha conseguido un sonido tan limpio y vigoroso y moderno como éste. Uno puede oír prácticamente cada matiz de cada instrumento.

En términos de destreza lírica y pura habilidad para componer canciones, este álbum consigue una nueva cumbre de profesionalidad. Tómese la letra de «Land of Confusion», en la que un cantante aborda el problema de una autoridad política abusiva. Resulta arrastrado, pero con un tono más funky y más negro que cualquier cosa de Prince o Michael Jackson –o lo que es lo mismo, de

cualquier otro artista negro de los últimos años–. Por mucho que el álbum sea bailable, también posee una urgencia inmediata que ni siquiera puede igualar el supravalorado Bruce Springsteen. Como observador de los fracasos amorosos, Collins supera una y otra vez al Boss, consiguiendo nuevas cumbres de honestidad emocional en «In too Deep»; aunque la canción también demuestra el aspecto de paya*so,* de pícaro impredecible, de Collins. Es la canción pop más conmovedora de los ochenta sobre la monogamia y el compromiso. «Anything She Does» (que parece un eco de «Centerfold», de la J. Geils Band, aunque resulte más animosa y enérgica) inicia la cara dos y después de ella el álbum alcanza su punto más alto con «Domino», una canción en dos partes. La parte uno: «In the Heat of the Night», está llena de intensas imágenes de desesperación delicadamente planteadas, y va a la par con «The Last Domino», que se esfuerza por expresar esperanza. Esta canción es edificante en grado sumo. La letra es positiva y afirmativa como ninguna otra de las del rock.

Los esfuerzos en solitario de Phil Collins parecen ser más comerciales y, en consecuencia, más satisfactorios desde un punto de vista menos exigente, en especial *No Jacket Required,* y canciones como «In the Air Tonight» y «Against All Odds» (aunque esta canción quedó ensombrecida por la película magistral que la incluye) y «Take Me Home», y «Sussudio» (una grande, grandísima canción; una de mis favoritas), y su remake «You Can't Hurry Lave», de la que no soy el único en pensar que es mejor que la versión original de las Supremes. Pero también creo que Phil Collins hace mejores trabajos dentro de los confines del grupo que como un artista en solitario –y resalto la palabra *artista*–. De hecho se aplica a los tres músicos, pues Genesis todavía es la mejor y más interesante banda que surgió en Inglaterra en los años ochenta.

Un almuerzo

Estoy sentado en DuPlex, el nuevo restaurante de Tony Manus en Tribeca, con Christopher Armstrong, que también trabaja en P & P. Fuimos juntos a Exeter, luego fuimos a la Universidad de Pennsylvania, antes de instalamos en Manhattan. Inexplicablemente, no hemos conseguido reservar mesa en Subjects, así que Armstrong ha sugerido este sitio. Armstrong lleva un traje cruzado a rayas de cuatro botones, una camisa de algodón de cuello volado, de Christian Dior, y una gran corbata de seda con estampado escocés de Givenchy Gentleman. Su agenda de cuero y su carpeta de cuero, ambas de Bottega Veneta, descansan en una tercera silla de nuestra mesa, una buena, delante de la ventana. Yo llevo un traje de lana y estambre con grandes solapas de Schoeneman, comprada en DeRigeur, una camisa de algodón de popelín de Bill Blass, una corbata de seda Macclesfield de Savoy y un pañuelo de algodón de Ashear Bros. En el restaurante se oye una versión a escaso volumen para música ambiental de la música de *Les Misérables.* La novia de Armstrong es Jody Stafford, que antes salía con Todd Hamlin, y este hecho, junto a los monitores de televisión que cuelgan del techo en circuito cerrado y muestran a los cocineros trabajando en la cocina, me llena de un miedo innombrable. Armstrong acaba de volver de las islas y tiene un bronceado muy intenso, pero también yo.

–¿Qué tal te fue en las Bahamas? –pregunto, después de que hayamos pedido–. Acabas de volver, ¿no?

–Verás, Taylor –empieza Armstrong, con la mirada clavada en un punto situado detrás de mí y un poco por encima de mi cabeza: ¿la columna que ha sido recubierta de terracota, o la tubería a la vista que corre a lo largo del techo?–. Los viajeros que este verano quieran pasar unas vacaciones perfectas deberían mirar hacia el sur, es decir a las Bahamas y a las islas del Caribe. Al menos hay cinco motivos inteligentes para visitar el Caribe, incluyendo el clima y los festivales y otros acontecimientos, los hoteles que nunca están abarrotados y las diversiones, el precio y las culturas inigualables. Mientras muchas personas salen de vacaciones durante los meses de verano y dejan las ciudades en busca de climas más frescos, hay pocas que se hayan dado cuenta de que el Caribe tiene una temperatura anual que oscila entre los veinticuatro y los veintinueve grados centígrados, y que a las islas las refrescan constantemente los vientos alisios. Es frecuente que haga más calor al norte de...

En el programa de Patty Winters de esta mañana se ocupaban de los asesinatos de niños. Entre el público del estudio estaban los padres de niños que habían sido secuestrados, torturados y asesinados, mientras que una mesa redonda de psiquiatras y pediatras trataban de ayudarles a *superar –en* cierto modo inútilmente, quisiera añadir, y para mi contento– su confusión y su enfado. Pero lo que de verdad me ha dejado patidifuso han sido –vía satélite y en un solitario monitor de televisión– tres asesinos de niños condenados a muerte que esperaban a que los ajusticiasen y que, debido a ciertas argucias legales bastante complicadas, trataban de salir en libertad condicional y probablemente lo conseguirían. Pero había algo que no dejaba de distraerme, mientras miraba la enorme pantalla del Sony y desayunaba kiwi y manzana–pera japonesa, agua Evian, bollos de avena y salvado, leche de saja y galletas granola de canela, quitándome la posibilidad de disfrutar con las afligidas madres, y hasta que el programa casi llegó a su fin no conseguí darme cuenta de lo que era: la grieta de encima de mi David Onica que le había dicho al portero que le dijera al encargado que arreglara. Al salir esta mañana y detenerme en el mostrador del portal para quejarme al portero, me he encontrado con un portero nuevo, un tipo de mi edad, pero casi calvo y *gordo.* Tres donuts con mermelada y dos tazas de *chocolate caliente* extra oscuro estaban encima del mostrador, delante de él y al lado de un ejemplar del *Post* abierto por los comics, y eso me ha hecho comprender que yo era mucho más guapo, tenía más éxito y era más rico de lo que ese pobre hijoputa llegaría a serlo jamás, y por eso he sentido una corriente de simpatía que fluía hacia él, y he sonreído y asentido y he soltado un breve aunque no ineducado buenos días, sin llegar a presentar la protesta.

–¿De verdad? –me encuentro diciéndole a Armstrong en voz alta, sin el menor interés.

–Como en Estados Unidos, celebran los meses de verano con festivales y acontecimientos especiales que incluyen conciertos, exposiciones de arte, ferias callejeras, torneos deportivos, y debido a la gran cantidad de personas que viajan fuera, las islas están menos llenas, lo que permite un mejor servicio y que no haya colas cuando se piensa utilizar un barco de vela o cenar en un restaurante. Quiero decir, que creo que la mayoría de la gente va para disfrutar de la cultura, la comida, la historia...

Camino de Wall Street esta mañana, por culpa del atasco he tenido que apearme deL coche de la empresa y bajaba andando por la Quinta Avenida camino de la estación de metro cuando he pasado junto a lo que he creído que era un desfile de Halloween, lo que era desconcertante, pues estaba casi seguro de que es mayo, y Halloween es en noviembre. Cuando me he detenido en la esquina de la calle Dieciséis y he mirado con más atención, ha resultado que era algo llamado un «Desfile del orgullo gay», lo que ha hecho que se me revolviera el estómago. Los homosexuales desfilaban muy orgullosos Quinta Avenida abajo, con triángulos color rosa cosidos en cazadoras de colores pastel, algunos hasta cogidos de la mano, la mayoría cantando «Somewhere» muy desafinados y al tiempo. Me he detenido delante de Paul Smith y los he mirado con cierta fascinación traumatizada, mientras mi mente trataba de hacerse a la idea de que un ser humano, un *hombre,* puede sentir orgullo por sodomizar a otro hombre, pero cuando he empezado a recibir delirantes proposiciones de tipos de edad, llenos de músculos, con bigotes como morsas, entre los cánticos de *«Hay un sitio para nosotros. En alguna parte hay un sitio para nosotros»,* he echado a correr por la Sexta Avenida,

decidido a llegar tarde a la oficina y he tomado un taxi para volver a mi apartamento, donde me he puesto un traje nuevo (de Cerruti 1881), me he hecho la pedicura y he torturado hasta matarlo a un perrillo que había comprado a principios de semana en una tienda de animales de Lexington. Armstrong sigue hablando monótonamente.

–Los deportes náuticos son, por supuesto, la principal atracción. Pero los campos de golf y las pistas de tenis están en excelente estado, y de las instalaciones de la mayoría de los puntos de descanso se puede disponer mejor durante el verano. Muchas de las pistas tienen luz para jugar de noche además de...

Que te den por el culo..., Armstrong, pienso, mientras miro por la ventana el atasco y los vagabundos que pasan por Church Street. Llega el primer plato: brioche de tomate secado al sol para Armstrong. Chiles poblano con una mermelada de cebolla y naranja a un lado para mí. Espero que Armstrong no quiera pagar, porque necesito enseñarle al jodido hijoputa que *tengo* una tarjeta American Express Platino. Por alguna razón en este momento me siento muy triste escuchando a Armstrong, y se me forma un nudo en la garganta, pero trago y tomo un sorbo de Corona y se me pasa la emoción y, durante una pausa, mientras él mastica, pregunto:

–¿Y la comida? ¿Cómo es la comida? –casi de modo involuntario, pensando en otra cosa.

–Buena pregunta. En cuestión de comida, la cocina caribeña se ha vuelto más atractiva desde que la cocina isleña se ha mezclado con la cultura europea. Muchos de los restaurantes son propiedad de norteamericanos, británicos, franceses, italianos, incluso holandeses expatriados, que también se ocupan de ellos... –Por suerte hace una pausa, mientras toma un poco de brioche, que parece una esponja empapada en sangre..., *su brioche parece una enorme esponja ensangrentada...,* y se lo traga con un sorbo de su Corona. Vuelvo al ataque.

–¿Y el paisaje? –pregunto, desinteresadamente, concentrándome en los renegridos chiles, la mermelada amarillenta que circunda el plato formando un artístico octágono, las hojas de cilantro que circundan la mermelada, las pepitas de chile que circundan las hojas de cilantro.

–El paisaje ha quedado realzado por la cultura europea que convirtió a muchas de las islas en fortalezas durante el siglo XVIII. Los visitantes pueden ver los diversos puntos en los que desembarcó Colón y como nos encontramos cerca del trescientos aniversario de su primera travesía en 1590, hay un creciente interés en las islas por la historia y cultura que forma parte integral de la vida de la isla...

Armstrong: eres un... *gilipollas.*

–Vaya, vaya –asiento–. Bien, bien... –Corbatas de tela escocesa, trajes a cuadros, mi clase de aeróbic, devolver las cintas al videoclub, especias que debo comprar en Zabar' s, mendigos, trufas de chocolate blanco... El perfume mareante de Drakkar Noir, que es el que lleva Christopher, me llega hasta cerca de la cara y se mezcla con el olor de la mermelada y el cilandro, las cebollas y los chiles–. Vaya, vaya –repito.

–Y para los que prefieran unas vacaciones con actividad, pueden practicar el alpinismo, explorar cuevas, navegar, montar a caballo, y para los amantes del juego hay casinos en muchas de las islas...

Fugazmente se me ocurre que podría sacar mi cuchillo, cortarme una de las muñecas, apuntar la vena cortada en dirección a la cabeza de Armstrong o, mejor aún, a su traje, preguntándome si seguiría hablando. Considero la posibilidad de largarme sin pedir disculpas y tomar un taxi, ir a otro restaurante, a un sitio del Soho, o puede que todavía más lejos, tomar una copa, usar los servicios, puede que incluso llamar por teléfono a Evelyn, volver al DuPlex, y todas las moléculas que constituyen mi cuerpo me dicen que Armstrong seguiría hablando no sólo de sus vacaciones sino de lo que parecen ser las vacaciones de todo el mundo en las jodidas Bahamas. En un determinado momento de la conversación, el camarero retira los primeros platos a medio terminar, trae otras Coronas, pollo con vinagre de frambuesa y guacamole, hígado de ternera con huevas de sábalo y

puerros, y aunque no estoy seguro de que haya pedido esto, la verdad es que no importa, pues los dos platos parecen exactamente el mismo. Termino con el pollo con salsa de tomatillo, creo.

–Los que visitan el Caribe no necesitan pasaporte, sólo un documento que los acredite como ciudadanos norteamericanos, y mejor aún, Taylor, el *idioma* no es una barrera. *En todas* partes hablan inglés, incluso en aquellas islas donde el idioma local es el francés o el español. La mayoría de las islas fueron anteriormente británicas...

–Mi vida es un infierno –digo para mis adentros, mientras muevo distraídamente los puerros por el plato que, dicho sea de paso, es un triángulo de porcelana–. Y hay muchas personas a las que, bueno, me apetece..., me apetece, bueno, creo que matar –digo, recalcando la última palabra y mirando a Armstrong directamente a la cara.

–El servicio ha mejorado considerablemente en las islas, y tanto American Airlines como Eastern Airlines cuentan con enlaces en San Juan que conectan con vuelos a las islas que no tienen vuelos directos. Con el servicio adicional de BWIA, Pan Am, ALM, Air Jamaica, Bahamas Air y Canyman Airways es fácil llegar a la mayoría de las islas. Hay enlaces adicionales de LIA T y BMIA, que cuentan con una serie de vuelos de isla en isla...

Alguien que creo que es Charles Fletcher se acerca mientras Armstrong sigue hablando y me da un golpecito en el hombro y dice:

–¿Qué tal, Simpson? –y–: Nos veremos en Fluties.

Luego, en la puerta se reúne con una mujer muy atractiva –grandes tetas, rubia, vestido ajustado, que no es su secretaria ni su mujer.,.– y se marchan de DuPlex juntos en una limusina negra. Armstrong sigue comiendo, cortando en cuadrados perfectamente regulares los filetes de hígado de ternera, y sigue hablando mientras cada vez me pongo más triste.

–Quienes no puedan tomarse una semana entera de vacaciones encontrarán que el Caribe es el lugar ideal para pasar un fin de semana. Eastern Airlines ha creado su Club Fin de Semana que incluye muchos puntos de destino en el Caribe y permite a sus miembros visitar muchos lugares a precios drásticamente reducidos, lo cual sé que no importa mucho, pero impulsará a la gente a ir.

Un concierto

Todo el mundo está muy tenso en el concierto de Nueva Jersey al que Carruthers nos ha arrastrado esta tarde; el de una banda irlandesa que se llama U2 y salió en la portada de la revista *Time* de la semana pasada. Las entradas originalmente eran para un grupo de clientes japoneses que cancelaron su vuelo a Nueva York en el último momento, haciendo que a Carruthers le resultara imposible (o eso dice él) vender esas entradas de la primera fila. De modo que vamos Carruthers y Courtney, Paul Owen y Ashley Cronwell, y Evelyn y yo. Antes de eso, cuando me enteré de que venía Paul Owen, traté de llamar a Cecelia Wagner, la novia de Marcus Halderstam, pues Paul Owen parece bastante seguro de que *yo* soy Marcus, y aunque a ella le encantó que la invitara (siempre sospeché que yo era uno de sus amores secretos), tenía que asistir a una fiesta de gala con motivo del estreno de un nuevo musical inglés, *Maggie!* Pero dijo algo sobre que podíamos almorzar la semana que viene y le respondí que la llamaría el jueves. Estaba previsto que esta noche cenara con Evelyn, pero la idea de pasar dos horas con ella cenando me llena de un miedo

indescriptible, de modo que la llamo y le explico a regañadientes que han cambiado los planes y ella pregunta si va a venir Tim Price y cuando le digo que no, hay una breve vacilación antes de aceptar, y luego cancelo la reserva que nos ha hecho Jean en H20, el nuevo restaurante de Clive Powell, en Chelsea, y salgo de la oficina pronto para una rápida clase de aerobic antes del concierto.

A ninguna de las chicas les resulta especialmente excitante la idea de ver a esa banda y todas me han confiado, por separado, que no les apetece ir, y en la limusina, camino de un sitio que se llamaba Meadowsland, Carruthers no deja de tratar de calmamos a todos diciéndonos que Donald Trump es un gran fan de U2 y luego, con más desesperación, que John Gutfreund también compra sus discos. Abrimos una botella de Cristal, luego otra. En el televisor hay una conferencia de prensa que da Reagan, pero hay mucha estática y nadie presta atención, excepto yo. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las víctimas de ataques de tiburones. Paul Owen me ha llamado Marcus cuatro veces y a Evelyn, para mi satisfacción, Cecelia en un par de ocasiones, pero Evelyn no se da cuenta porque se ha pasado mirando fijamente a Courtney todo el tiempo que hemos estado en la limusina. En cualquier caso, nadie ha corregido a Owen y es poco probable que alguien lo haga. Incluso yo la he llamado Cecelia un par de veces cuando estaba seguro de que no me escuchaba, pues no dejaba de mirar, llena de odio, a Courtney. Carruthers me dice que tengo un aspecto estupendo y me felicita por mi traje.

Evelyn y yo somos, con mucho, los que mejor vestidos vamos. Yo llevo un abrigo de lana virgen, una chaqueta de lana con pantalones de franela, una camisa de algodón, un jersey de cachemira de cuello en pico y una corbata de seda, todo de Armani. Evelyn lleva una blusa de algodón de Dolce & Gabbana, zapatos de ante de Yves Saint Laurent, una falda de cuero estarcida de Adrienne Landau, con un cinturón de ante de Jill Stuart, medias de Calvin Klein, unos pendientes de cristal veneciano de Frances Patiky Stein, y sujeta en la mano una rosa que he comprado en una tienda coreana antes de que me recogiera la limusina de Carruthers. Carruthers lleva una chaqueta sport de lana virgen, un jersey de cachemira/vicuña, pantalones de montar de sarga, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Hermes «Qué hortera», me ha susurrado Evelyn, y yo he asentido en silencio). Courtney lleva un top con cuatro pliegues de organdí y seda y una falda larga de terciopelo con dobladillo de raso y unos pendientes de esmalte de José y María Barrera, guantes de Portolano y zapatos de Gucci. Paul y Ashley van, me parece, demasiado puestos, y ella lleva gafas de sol aunque los cristales de la limusina son oscuros y ya es casi de noche. Lleva un ramito de flores, amapolas, que le ha dado Carruthers, con lo que no ha conseguido que Courtney se pusiera celosa, pues parece decidida a arañar a Evelyn, lo que en este preciso momento, aunque su cara sea la más hermosa, no parece una mala idea y a nadie le importaría ver cómo Courtney lo hace. Courtney tiene un cuerpo *ligeramente* mejor; Evelyn, mejores tetas.

El concierto ya dura unos veinte minutos de más. *Odio* la música en directo, pero todos los de alrededor se ponen de pie y sus gritos de entusiasmo compiten con el estrépito que procede de las torres de sonido que tenemos encima. El único placer que obtengo por estar aquí es ver a Scott y Anne Smiley diez filas detrás de nosotros, en unos asientos mucho peores aunque probablemente igual de caros. Carruthers cambia su asiento con el de Evelyn para discutir de negocios conmigo, pero no consigo oír ni palabra, así que cambio mi asiento con Evelyn para hablar con Courtney.

–Luis es un *mamón* –le grito–. No sospecha *nada.*

– The Edge lleva ropa de Armani –grita ella, señalando al bajista. –Eso *no* es de Armani –vuelvo a gritar yo–. Es de Emporio.

–No –grita ella–. Es *Armani.*

–Los grises son demasiado apagados, y lo mismo los marengos y los azules marinos. Las solapas bien armadas, los cuadros claros, los lunares y las rayas son de Armani. *No* de Emporio –grito, muy enfadado de que Courtney no sepa esto, no vea la diferencia, mientras me tapo las orejas con las manos–. Hay una gran diferencia. ¿Quién es The Ledge?

–El batería podría ser The Ledge –grita ella–. Me parece. No estoy segura. Necesito un pitillo. ¿Dónde fuiste la otra noche? Si me dices que saliste con Evelyn, te romperé la crisma.

–El batería no lleva puesto nada de Armani –chillo–. Ni de Emporio.

–No sé quién es el batería –grita Courtney.

–Pregúntale a Ashley –sugiero, gritando también.

–¿Ashley? –grita ella, estirándose por encima de Paul y dando un golpecito a Ashley en la pierna–. ¿Quién es The Ledge? –Ashley le grita algo que no puedo oír, y luego Courtney se vuelve hacia mí, encogiéndose de hombros–. Dice que no puede creer que esté en Nueva Jersey.

Carruthers hace gestos a Courtney de que se cambie de asiento con él. Ella hace gestos de que no con la mano y me agarra el muslo, que yo pongo tenso y duro como la piedra, y su mano sigue agarrándolo, admirada. Pero Luis insiste y ella tiene que levantarse, y me grita:

–¡Creo que esta noche necesitamos drogas!

Asiento con la cabeza.

El cantante, Bono, berrea algo que suena a «Where the Beat Sounds the Same». Evelyn y Ashley se van a comprar pitillos, al ser vicio de señoras y a por unos refrescos. Luis se sienta a mi lado.

–Las chicas se aburren –me grita.

–Courtney quiere que consigamos algo de cocaína –grito yo. –*Estupendo.* –Luis parece enfurruñado.

–¿Tenemos reservada mesa en algún sitio?

–En Brussels –grita él, mirando su Rolex–. Pero es *dudoso* que podamos ir.

–*Si no* vamos allí –le advierto–, no iré a ninguna otra parte.

Puedes dejarme en mi apartamento.

–Iremos –grita.

–*Sino,* ¿qué te parece un japonés? –sugiero, ablandándome–. Hay un bar sushi bueno de verdad en el Upper West Side. Blades. El cocinero era el de Isoito. En la Zagat lo ponen *estupendamente.*

–Bateman, *odio* a los japoneses –me chilla Carruthers, con una mano haciendo pantalla en la oreja–. Son unos enanos hijoputas de ojos oblicuos.

–¿De qué coño estás hablando? –le grito.

–Estoy seguro –grita él, con los ojos saltones–. Ahorran más que nosotros y no innovan demasiado, pero saben jodidamente bien cómo *robamos* las innovaciones, mejorarlas y luego asfixiamos.

Le miro fijamente durante un momento, incrédulo, luego miro el escenario: al guitarrista que corre haciendo círculos. Los brazos de Bono se abren mucho mientras recorre el borde del escenario, y luego vuelvo a mirar a Luis, cuya cara todavía está roja de furia y sigue mirándome, con los ojos muy abiertos y con saliva en los labios, sin decir nada.

–¿Qué *coño* tiene que ver todo eso con Blades? –le pregunto por fin, auténticamente confuso–. Sécate la boca.

–Por eso *odio* la comida japonesa –me contesta, gritando–. Sashimi. Rollo de California. Dios mío.

Hace un gesto de asfixia, llevándose la mano al cuello.

–Carruthers... –me interrumpo, sin dejar de mirarle, estudiando atentamente su cara, ligeramente aturdido, incapaz de recordar lo que quería decide.

–¿*Qué,* Bateman? –pregunta Carruthers, inclinándose hacia mí.

–Oye, no te creo –grito–. No creo que hayas reservado mesa para *después.* Tendremos que esperar.

–¿Qué? –grita él, llevándose la mano a la oreja, como si eso sirviera de algo.

–j Que vamos a tener que *esperar!* –grito más alto.

–Está bien –grita él.

El cantante se estira hacia nosotros desde el escenario, con la mano extendida, y yo le hago gesto de que nos deje en paz.

–¿Que está bien? ¿Que *está bien?* No, Luis, te *equivocas.* No está bien.

Miro a Paul Owen, que parece igual de aburrido, con las manos tapándose los oídos, aunque siga tratando de hablar con Courtney.

–No tendremos que esperar –grita Luis–. Lo prometo.

–No prometas *nada,* payaso –le grito, y luego–: ¿Todavía se encarga Paul Owen de la cuenta de Fisher?

–No quiero que te enfades conmigo, Patrick –grita Luis, desesperado–. *Todo* saldrá bien.

–Olvídalo, por Dios –grito yo–. Y ahora, escúchame: ¿Toda vía se encarga Paul Owen de la cuenta de Fisher?

Carruthers le mira y luego me mira a mí.

–Sí. Eso creo. Me dijeron que Ashley tiene clamidia. –Vaya hablar con él –grito, levantándome, y ocupando el asiento vacío junto al de Owen.

Pero cuando me siento, algo extraño del escenario atrae mi mirada. Ahora Bono se mueve por el escenario siguiéndome hasta el asiento y me mira directamente a los ojos, arrodillado en el borde del escenario con sus pantalones vaqueros negros (puede que Gitano), sandalias, un chaleco de cuero sin camisa debajo. Tiene el cuerpo muy blanco y cubierto de sudor, y no lo ha trabajado lo suficiente, pues carece de tono muscular y el que podría tener queda tapado por una despreciable cantidad de pelo en el pecho. Lleva un sombrero de vaquero y el pelo recogido atrás en una cola de caballo y suelta lamentosamente un canto fúnebre –cojo la letra: «En este mundo un héroe es un insecto»– y tiene una leve sonrisa afectada, escasamente perceptible, pero sin embargo intensa, que aumenta, extendiéndose confiadamente por su cara, y mientras los ojos se le inflaman, el fondo del escenario se pone rojo y de repente capto esa tremenda oleada de sentimiento, ese torrente de conocimiento y puedo ver que el corazón de Bono y el mío laten más deprisa debido a eso y comprendo que estoy recibiendo algún tipo de mensaje del cantante. Me sorprende que tengamos algo en común, que compartamos un vínculo, y no resulta imposible creer que un cordón invisible unido a Bono ahora me envuelva a mí, y el público desaparece y la música se hace más lenta, se vuelve más suave, y sólo permanece Bono en el escenario –el estadio está desierto, la banda se desvanece–, y el mensaje, *su* mensaje, antes inconcreto, ahora se vuelve más intenso, y él me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el saludo y todo se hace más claro, mi cuerpo está vivo y en llamas, y desde un sitio inconcreto me envuelve un relámpago de luz blanca y cegadora y oigo, de hecho *siento,* incluso puedo distinguir, las letras del mensaje que se ciernen por encima de la cabeza de Bono en letras naranja:

–Soy... el... Demonio... y soy... exactamente... igual... que... tú...

Y entonces, todos, el público, la banda, reaparecen y la música aumenta lentamente y Bono, notando que he recibido su mensaje –de hecho sé que él *nota* que he reaccionado ante él–, queda satisfecho y se da la vuelta y yo me quedo titilante, con la cara roja, con una dolorosa erección latiéndome contra el muslo y las manos intensamente apretadas. Pero de pronto todo se detiene, como si hubieran desconectado algo, y en el fondo alternan luces blancas y negras. Bono –el

demonio– ahora está al otro lado del escenario y todo, lo que siento en el corazón, la sensación que me agita el cerebro, se desvanece y ahora más que nunca necesito saber de la cuenta de Fisher de la que se encarga Owen y esta información me parece vital, más importante que el vínculo de semejanza que tengo con Bono, que ahora resulta disperso y lejano. Me vuelvo hacia Paul Owen.

–Oye –grito–. ¿Cómo va todo?

–Esos tipos de ahí... –Hace un gesto hacia un grupo de tramo vistas que están al borde del extremo más alejado de la primera fila, mirando a la multitud, hablando unos con otros–. Estaban señalando hacia aquí. A Evelyn y Courtney y Ashley.

–¿Quiénes son? –grito–. ¿Son de Oppenheimer?

–No –me responde Owen, gritando–. Creo que son roadies que buscan a chicas para llevárselas a los camerinos y que se acuesten con la banda.

–Oh –grito–. Creí que a lo mejor trabajaban en Barney's. –No –grita él–. Los llaman coordinadores de *caños.*

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo un primo que se ocupa de All We Need of Hell –grita. –Resulta molesto que sepas cosas así –digo.

–¿Cómo? –grita él.

–¿Todavía te ocupas de la cuenta de Fisher? –le respondo, también gritando.

–Sí –chilla él–. Es una suerte, ¿verdad, Marcus?

–Claro que sí –grito–. ¿Cómo te hiciste con ella? –Bueno, me ocupaba de la cuenta de Ransom y las cosas se arreglaron. –Se encoge de hombros, como desamparado, el muy hijoputa–. Ya sabes.

–Claro –grito.

–Sí –grita él por su parte, luego se da la vuelta en su asiento y grita a dos chicas gordas con pinta de idiotas de Nueva Jersey que se pasan un canuto muy grande, una de ellas envuelta en lo que me parece la bandera de Irlanda–: Por favor, ¿podríais apartar esa *jodida yerba? Apesta.*

–La quiero –grito yo, mirándole; incluso tiene el cuero cabelludo bronceado.

–¿*Qué* es lo que quieres? –grita a su vez él–. ¿Marihuana?

–No. Nada –grito, con la garganta en carne viva, y me dejo caer de nuevo en mi asiento, y miro sin prestar atención el escenario, golpeando en la silla con la uña del pulgar, arruinando mi manicura de ayer.

Nos marchamos en cuanto vuelven Evelyn y Ashley, y después, en la limusina, camino de Manhattan para reservar mesa en Brussels, con otra botella de Cristal abierta, y Reagan todavía en el televisor, Evelyn y Ashley nos cuentan que en el servicio de señoras se les han acercado dos matones y les han dicho que fueran con ellos a los camerinos. Les explico quiénes eran y cuáles eran sus intenciones.

–Dios mío –dice Evelyn, atragantándose–. ¿Me estás diciendo que me han elegido unos... coordinadores de *caños?*

–Apuesto a que Bono tiene una polla muy pequeña –dice Owen, mirando por la ventanilla–. Los irlandeses, ya se sabe.

–¿Creéis que habrá algún cajero automático por aquí? –pregunta Luis.

–Ashley –grita Evelyn–. ¿Has oído eso? ¡Nos han elegido unos coordinadores de *caños!*

–¿Qué tal tengo el pelo? –pregunto.

–¿Más Cristal? –pregunta Courtney a Luis.

Atisbas de un jueves por la tarde

Y es media tarde y me encuentro junto a una cabina telefónica de una esquina del centro, no sé de dónde, pero estoy sudando, y una migraña me late dolorosamente en la cabeza y experimento un intenso ataque de ansiedad, mientras en *los* bolsillos busco Valium, Xanax, un Halcion suelto, lo que sea, y lo único que encuentro son tres descoloridos Nuprin dentro de una caja para píldoras Gucci, de modo que me meto los tres en la boca y me los trago con una Diet Pepsi y no te podría decir de dónde los he sacado aunque mi vida dependiera de ello. He olvidado con quién he comido hace poco y, más importante aún, *dónde.* ¿Ha sido con Robert Ailes en Beats? ¿O con Todd Hendricks en Ursula's, el nuevo bistró de Philip Duncan Holmes, en Tribeca? ¿O con Ricky Worrall en December' s? ¿O puede que haya sido con Kevin Weber en Contra, del No–Ha? ¿He tomado sándwich de perdiz con tomates verdes, o un gran plato de endivias con salsa de almejas?

–Dios mío, *no consigo recordarlo* –me lamento.

Lo que llevo puesto –una chaqueta sport de lino y seda, una camisa de algodón, pantalones caquis de lino con pinzas, todo de Matsuda, una corbata de seda con el anagrama de Matsuda y un cinturón de Coach Leatherware está empapado de sudor, y me quito la chaqueta y me seco la cara con ella. El teléfono suena sin parar, pero no sé a quién he llamado y me quedo en la esquina, con las Ray–Ban en la frente en un ángulo que parece extraño, y luego oigo un sonido levemente familiar que llega a través de la línea –la suave voz de Jean desafiando el atasco sin fin de Broadway–. El programa de Patty Winters de esta mañana era: ¿La aspirina le puede salvar la vida?

–¿Jean? –grito–. ¿Me oyes? *¿Jean?* –¿Patrick? ¿Eres tú? –me grita ella. –¿Jean? Necesito *ayuda* –grito. –¿Patrick?

–¿Qué?

–Ha llamado Jesse Forrest –dice Jean–. Tiene mesa reservada en el Melrose para esta noche a las ocho, y Ted Madison y Jamie Conway quieren tomar unas copas contigo en el Harry's. ¿Patrick? –pregunta Jean–. ¿Dónde estás?

–Jean –digo, suspirando y sonándome la nariz–. No sé...

–Oh, y también ha llamado Todd Lauder –dice Jean–. No, quiero decir Chris..., no, no, era Todd Lauder. Sí, Todd Lauder.

–Dios mío –me lamento, aflojándome la corbata, con el sol de agosto cayendo sobre mí–, ¿qué estás diciendo, jodida subnormal?

–No, no es en Subreal, Patrick. La mesa está reservada en el Melrose. No en Subreal.

–No sé qué estoy *haciendo* –grito.

–¿Dónde estás? –dice Jean, y luego–: ¿Patrick? ¿Te pasa algo?

–No voy a poder ir –digo, luego me ahogo– a la oficina esta tarde.

–¿Por qué? –Su voz suena deprimida, o puede que simplemente confusa.

–Limítate... a decir... que no –grito.

–¿Qué pasa, Patrick? ¿Estás bien? –pregunta.

–No me gusta esa voz tan triste que pones –grito. –¿Patrick? Lo siento. Quiero decir que quiero decir que diré simplemente que no, pero...

Cuelgo y me alejo de la cabina y el walkman que llevo en el cuello de repente me parece una roca que llevo atada alrededor del cuello (y el sonido que sale de él un Dizzy Gillespie de la primera época intensamente molesto) y tengo que tirar el walkman, un modelo barato, en la primera papelera que encuentro, y luego me apoyo en el borde, respirando pesadamente, con la barata chaqueta Matsuda en el brazo, mirando el walkman que sigue funcionando, mientras el sol me funde la espuma del pelo y hace que se mezcle con el sudor que me corre por la cara y puedo notar su sabor cuando me paso la lengua por los labios y empieza a saberme bien y de repente me siento hambriento y me paso la mano por el pelo y chupo la palma con ansia mientras avanzo por Broadway, ignorando a las calle, mientras los movimientos de la gente van al ritmo de la música, una canción de un single de Madonna, que grita: *«la vida es un misterio, todos deben estar solos...»,* y pasan zumbando mensajeros en moto y yo me detengo en una esquina mirándolos a todos con el ceño fruncido, pero la gente pasa, ajena a todo, nadie presta atención, ni siquiera hacen como si *no* prestaran atención, y este hecho me tranquiliza lo suficiente como para dirigirme a un Conran's cercano a comprar una tetera, pero justo cuando supongo que ya he recuperado la normalidad y estoy perfectamente, se me revuelve el estómago y los retortijones son tan intensos que me meto en el portal que tengo más cerca y me llevo las manos a las caderas, doblándome de dolor, y tan deprisa como se ha producido, desaparece lo suficiente para que pueda volver a estirarme y correr a una ferretería cercana, y una vez dentro compro un juego de cuchillos de carnicero, un hacha, una botella de ácido clorhídrico, y luego, en una tienda de animales de la misma manzana, una trampa doble y dos ratitas blancas que pienso torturar con los cuchillos y el ácido, pero avanzada la tarde, olvido el paquete con las ratas dentro en el Pottery Barn mientras compro velas, ¿o ha sido donde he comprado la tetera? Ahora ando por Lafayette, sudando y quejándome y quitándome a la gente de delante, mientras me sale espuma por la boca y el estómago se me contrae con espantosos retortijones abdominales –podrían provocármelos los esteroides, pero lo dudo– y me tranquilizo lo suficiente como para entrar en un Gristede' s, recorrer a toda velocidad los pasillos y robar una lata de jamón que saco, metida debajo de la chaqueta Matsuda, tranquilamente de la tienda y camino manzana abajo, donde trato de esconderme en el vestíbulo del American Felt Building para abrir la lata con las llaves, ignorando al portero, que al principio parece reconocerme; luego, cuando empiezo a meterme el jamón a puñados en la boca, sacándolo con las uñas, amenaza con llamar a la policía. Salgo de allí, me termino todo el jamón apoyado en un cartel de *Les Misérables* de una parada de autobús y beso el dibujo de la cara de Eponine, sus labios, dejando hilos marrones de bilis por encima de su suave y modesta cara y la palabra «BOLLERA» garabateada debajo. Me aflojo los tirantes, ignorando a los mendigos, unos mendigos que me ignoran, empapado de sudor, delirando, y me encuentro de vuelta al centro, en Tower Records, y me arreglo, murmurándome una y otra vez:

–Tengo que devolver las cintas, tengo que devolver las cintas.

Compro dos ejemplares de mi disco compacto favorito, *The Return of Bruno,* de Bruce Willis, y luego quedo atascado en la puerta giratoria y doy cinco vueltas antes de salir a la calle, donde me tropiezo con Charles Murphy, de Kidder Peabody, o quizá se trate de Bruce Barker, de Morgan Stanley, *el que sea,* y me dice:

–Hola, Kinsey. –Y yo le eructo en plena cara, con los ojos casi en blanco e hilos de bilis verdosa colgándome de los dientes al aire, y él sugiere, imperturbable–: Nos veremos en Fluties, ¿verdad?

Suelto un grito y al echarme hacia atrás tropiezo con un cajón de frutas de una tienda coreana, derribando montones de manzanas y naranjas y limones, que ruedan por la acera, el bordillo y la calzada donde las aplastan los taxis y los coches y los autobuses y los camiones y me disculpo, en pleno delirio, ofreciéndole al coreano, que aúlla, mi American Express Platino, luego un billete de veinte, que coge de inmediato, pero todavía me agarra por las solapas de la chaqueta, toda manchada y arrugada, y me obliga a entrar y cuando miro su redonda cara de ojos oblicuos, de repente él suelta el estribillo de Lou Christie,«Lightnin' Strikes». Salgo corriendo, horrorizado, y doy tumbos hacia la parte alta de la ciudad, hacia casa, pero la gente, los sitios, las tiendas no dejan

de molestarme. Un vendedor de droga de la calle Trece me ofrece crack y sin pensarlo saco un billete de cincuenta dólares y él dice:

–Tío, tío –agradecido, y me estrecha la mano, poniéndome cinco tubitos en la mano, que yo procedo a *tragar enteros,* y el vendedor de crack me mira asombrado, tratando de disimular su profunda inquietud con una mirada divertida, y le agarro por el cuello y grito, con el aliento apestándome:

–*El mejor motor es el del BMW 75oil.* –y luego me meto en una cabina telefónica donde farfulla un galimatías sin sentido a la telefonista hasta que por fin consigo decir el número de mi tarjeta de crédito, y luego me encuentro hablando con Xclusive, donde cancelo la cita para un masaje que no había concertado. Consigo tranquilizarme con sólo mirarme los 'pies, de hecho calzados con unos mocasines A. Testoni, y dando patadas a las palomas y, sin darme cuenta, entro en un miserable restaurante de la Segunda Avenida y aunque sigo confuso, desconcertado, cubierto de sudor, me dirijo a la vieja judía baja y gorda y espantosamente vestida.

–Oiga –digo–. Tengo una mesa reservada. A nombre de Bateman. ¿Dónde está el maître? Conozco a Jackie Mason.

La mujer suspira.

–Puede sentarse. No necesita reserva –dice, mientras coge una carta.

Me precede a una horrible mesa del fondo, cerca de los servicios, y le arrebato la carta y corro a una mesa de delante y me siento atraído por esa asquerosa comida.

–¿Se trata de una broma? –pregunto, y notando que se acerca una camarera, pido sin levantar la vista–: Una hamburguesa con queso. No demasiado pasada.

–Lo siento, señor –dice la camarera–. No tenemos queso. Kosher[3].

No tengo ni idea de qué coño me está hablando, y digo:

–Bien. Una hamburguesa con *kosher* y *con queso,* Monterey Jack si, puede ser y..., Dios mío –me quejo, notando que empiezan los retortijones.

–No tenemos queso, señor –dice ella–. *Kosher...*

–Dios mío, ¿se trata de una *pesadilla, judía* de mierda? –murmuro, y luego–: ¿Y *queso Cottage?* ¿Me lo va a traer?

–Llamaré al encargado –dice ella.

–El que sea. Pero tráigame algo de beber mientras tanto –le digo–. ¿De acuerdo?

–Sí –dice ella.

–Un batido de... vainilla.

–No hay batidos. Kosher –dice ella, y luego–: Llamaré al encargado.

–No, *espere.*

–Señor, voy a llamar al encargado.

–¿Qué coño pasa? –pregunto, muy enfadado, dejando violentamente mi American Express Platino encima de la grasienta mesa.

–No hay batidos. Kosher –repite ella, pasándose la lengua por los labios.

–Entonces tráigame una... vainilla... *¡malteada!* –rujo, bañando de saliva la carta. La camarera se limita a mirarme–. *¡Extra espesa!* –añado. Ella se aleja en busca del encargado y cuando veo que éste se acerca (es una copia en calvo de la camarera), me levanto y grito–: Que te den por el culo,

[3] «Kosher» son los alimentos permitidos por la religión judía. *(N. del T.)*

soplapollas, subnormal, judío de mierda. –y salgo corriendo del restaurante y en la calle donde está el[4]

Yale club

–¿Cuándo se puede llevar un chaleco de punto? –pregunta Van Patten a la mesa.

–¿A qué te refieres? –McDermott arruga la frente y toma un sorbo de Absolut.

–Sí –digo yo–. *Acláralo.*

–Bueno, ¿es estrictamente informal...?

–¿O se puede llevar con un *traje?* –interrumpo, terminando la frase.

–Exacto. –Sonríe Van Patten.

–Bueno, según Bruce Boyer... –empiezo.

–Espera –me interrumpe Van Patten–. ¿Trabaja para Morgan Stanley?

–No. –Sonrío–. No trabaja para Morgan Stanley.

–¿Fue un asesino en serie? –pregunta McDermott, desconfiadamente, luego se queja–. No me digas que fue otro asesino en serie, Bateman.

–No, McMierda, no fue un asesino *en serie* –digo, volviéndome hacia Van Patten, pero antes de seguir me vuelvo nuevamente hacia McDermott–. Me joden esas cosas.

–Pero *siempre* las sacas a relucir –se queja McDermott–. Y siempre de un modo casual, educativo. Lo que quiero decir es que no me apetece saber nada del Hijo de Sam o del jodido Hillside Strangler o de Ted Bundy o de Featherhead, por el amor de Dios.

–¿Featherhead? –pregunta Van Patten–. ¿Quién es Featherhead? Suena a especialmente peligroso.

–Lo que quiere decir es Leatherface –digo, con los dientes fuertemente apretados–. Leatherface. Participó en la Matanza de Texas.

–Oh. –Van Patten sonríe educadamente–. Claro, claro. –Y *era* excepcionalmente peligroso –digo.

–Y ahora, sigue. Bruce Boyer, ¿qué fue lo que hizo? –pregunta McDermott, soltando un suspiro y poniendo los ojos en blanco–. Vamos a ver..., ¿los despellejaba vivos? ¿Los dejaba morir de hambre? ¿Corría por encima de ellos? ¿Los usaba para dar de comer a los perros? ¿Qué?

–Veréis, chicos –digo, negando con la cabeza; luego admito, molesto–: Hizo algo *mucho* peor.

–¿Cómo qué? ¿Llevarlos a cenar al nuevo restaurante de McManus? –pregunta McDermott.

–Podría ser –se muestra de acuerdo Van Patten–. ¿Has ido tú? Es una guarrería, ¿verdad?

–¿Tomaste el escalope? –pregunta McDermott.

–¿El escalope? –Van Patten está sorprendido–. ¿Y cómo es el *interior?* ¿Cómo son los jodidos *manteles?*

–¿Pero *tomaste* el escalope? –insiste McDermott.

[4] Este tipo de conclusiones de capítulo son habituales en esta obra, es decir, unos finales en que la narración queda, simplemente, cortada. *(N. del editor digital)*

–Claro que tomé el escalope, *y* el pichón, *y* el pez aguja –dice Van Patten.

–Dios santo, se me había olvidado el pez aguja –gruñe McDermott–. El pez aguja con chiles.

–Después de leer la reseña de Miller en el *Times,* ¿quién en su sano juicio *pediría* el escalope, o el pez aguja?

–Pero Miller se confundió –dice McDermott–. Todo era una porquería. ¿La quesadilla con papaya? Normalmente es un buen plato, pero *allí,* Dios santo. –Silba moviendo la cabeza.

–y *barato* –añade Van Patten.

–Muy barato. –McDermott está completamente de acuerdo–. Y la tarta de sandía...

–Caballeros. –Toso–. Ejem. Siento mucho interrumpirles, pero...

–De acuerdo, de acuerdo, sigue –dice McDermott–. Cuéntanos algo más sobre Charles Moyer.

–Bruce Boyer –le corrijo–. Fue el autor de *Elegancia: Guía de la ropa masculina de calidad.* –Luego, como en un aparte–: No, Craig, no era un asesino en serie en sus horas libres.

–¿Y qué dijo ese Brucie? –pregunta McDermott, chupando un cubito de hielo.

–Eres un majadero. Es un libro excelente. Su teoría establece que no debemos sentimos coartados por llevar un chaleco de punto con un traje –digo–. ¿Has oído que te he llamado majadero?

–Sí.

– Pero ¿no explica que un chaleco no debe tener más fuerza que el traje? –propone Van Patten.

–Sí... –admito un tanto irritado de que Van Patten haya hecho los deberes y, sin embargo, pida consejo. Continúo tranquilamente–: Con un traje de rayas finas muy discretas se puede llevar un chaleco de un azul apagado o de un gris oscuro. Un traje a cuadros exige un chaleco más audaz.

–Y recuerda –añade McDermott–, en un chaleco normal debe llevarse desabrochado el último botón.

Miro intensamente a McDermott. Él sonríe, da un trago a su copa y luego chasquea los labios, satisfecho.

–¿Por qué? –quiere saber Van Patten.

–Es lo tradicional –digo, sin dejar de mirar a McDermott–. Pero además es cómodo.

–¿Ponerse tirantes contribuye a que el chaleco siente mejor? –oigo que pregunta Van Patten.

–¿Por qué iba a contribuir? –pregunto yo, volviendo la cabeza.

–Bueno, como evitas el... –se interrumpe, buscando la palabra adecuada.

–Impedimento... –comienzo yo.

–De la hebilla del cinturón –termina McDermott.

–Claro –dice Van Patten.

–Hay que recordar... –McDermott me interrumpe de nuevo.

–Recordad que mientras el chaleco tiene que hacer juego con el color y el estilo del traje, debe evitarse absolutamente que el dibujo del traje haga juego con el de los calcetines o la corbata –dice McDermott, sonriéndonos a mí y a Van Patten.

–Creía que no habías leído ese... libro –exploto yo, enfadado–. Me dijiste que no veías diferencia entre Bruce Boyer y... John Wayne Gacy.

–Se me ocurrió. –Se encoge de hombros.

–Oye. –Me vuelvo hacia Van Patten otra vez, encontrando que el modo en que trata de imponerse siempre McDermott es horrible–. Llevar calcetines color arcilla con un traje color arcilla parece excesivamente estudiado.

–¿Lo crees de verdad? –pregunta.

–Tendrías el aspecto de haberte esforzado de un modo consciente por conseguir ese aspecto –digo; luego, repentinamente molesto, me vuelvo hacia McDermott–. *¿Peatherhead?* ¿Cómo coño has podido confundir a Featherhead con Leatherface?

–No te cabrees, Bateman –dice, dándome una palmada en la espalda y masajeándome el cuello–. ¿Qué te pasa? ¿No te han hecho un shiatsu esta mañana?

–Deja de tocarme –digo, con los ojos cerrados con mucha fuerza y el cuerpo tenso y listo para encogerse, pero con ganas de estirarse– y retírate a tu puesto.

–Vaya, tranquilízate, amigo –dice McDermott, echándose hacia atrás con una mueca burlona de miedo. Y los dos se ríen como idiotas y se dan una palmada, completamente inconscientes de que les cortaría las manos, y con placer.

Los tres –David van Patten, Craig McDermott y yo mismo– estamos sentados en el comedor del Yale Club a la hora de comer. Van Patten lleva un traje a cuadros de crepé de lana de Krizia Uomo, una camisa Brooks Brothers, una corbata de Adirondack y zapatos de Cole– Haan. McDermott lleva un blazer de lana virgen y cachemira, pantalones de franela de Ralph Lauren, una camisa y una corbata *también* de Ralph Lauren y zapatos de Brooks Brothers. Yo llevo un traje de lana, una camisa de algodón de Luciano Barbera, una corbata de Luciano Barbera, zapatos de Cole–Haan y unas gafas sin graduar de Maush & Lomb. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los nazis e, inexplicablemente, he sufrido un cambio de verdad al vedo. Aunque no siento exactamente simpatía por lo que hicieron, tampoco los he encontrado tan antipáticos ni, debo añadir, la mayoría de los que lo estábamos viendo. Uno de los nazis, en un raro arranque de humor, incluso ha hecho juegos malabares con los pomelos y, encantado, yo me he sentado en la cama y he aplaudido.

Luis Carruthers está sentado cinco mesas más allá de la nuestra, vestido como si esta mañana hubiera sufrido un rapto de convencionalismo –lleva un traje de un sastre francés inidentificable, y si no me equivoco, el sombrero hongo que hay en el suelo, junto a su silla, también le pertenece–. Me sonríe y yo hago como que no me doy cuenta. He hecho ejercicio en Xclusive esta mañana durante dos horas y, como los tres nos hemos tomado la tarde libre, hemos ido a que nos dieran un masaje. No hemos pedido nada de comer todavía, de hecho ni siquiera hemos mirado la carta. Nos limitamos a beber. Craig en un principio quería una botella de champán, pero David ha negado vehementemente con la cabeza, y ha dicho:

–¡Nada de eso! –en cuanto lo ha sugerido, y por eso hemos pedido otras bebidas. Yo sigo observando a Luis, y cada vez que mira hacia nuestra mesa echo la cabeza atrás y río aunque lo que estén diciendo Van Patten y McDermott no sea particularmente gracioso, lo que pasa casi todas las veces. He conseguido que mis falsas risas sean tan naturales que nadie se da cuenta. Luis se pone de pie, se limpia la boca con la servilleta y vuelve a mirar hacia aquí antes de salir del comedor e ir, supongo, al servicio.

–Pero hay un límite –está diciendo Van Patten–. La cuestión es, quiero decir, que no quiero pasar la tarde con el Monstruo de las Galletas.

–Pero todavía sales con Meredith, por tanto, ¿cuál es la diferencia? –pregunto. Naturalmente, no lo oye.

–Pero las innovaciones arriesgadas quedan bien –dice McDermott–. Las innovaciones exageradas quedan muy bien.

–¿Bateman? –pregunta Van Patten–. ¿Qué opinas de las innovaciones exageradas en lo que se refiere al estilo?

–¿Cómo? –pregunto, levantándome.

–¿Innovaciones exageradas? ¿No? –Esta vez es McDermott–. Las innovaciones exageradas son deseables, ¿entiendes?

–Oíd –digo yo, echando mi silla hacia atrás–. Quiero que todos sepáis que yo estoy a favor de la familia y en contra de las drogas. Perdonad un momento.

Mientras me alejo, Van Patten agarra a un camarero que pasaba y le pregunta, con una voz que se va perdiendo al fondo:

–¿Es agua del grifo? Yo no bebo agua del grifo. Tráigame Evian o algo así, ¿entendido?

¿Me gustaría menos Courtney si Luis muriera? Es la cuestión que encaro y para la que no tengo una clara respuesta, según atravieso lentamente el comedor, saludando con la mano a un tipo que se parece a Vincent Morrison y a otro que estoy bastante seguro de que se parece a Tom Newman. ¿Pasaría Courtney más tiempo conmigo..., el tiempo que ahora pasa con Luis..., si éste se esfumara, no ofreciera otra alternativa, si estuviera, podría ser..., *muerto?* ¿Le molestaría mucho a Courtney que mataran a Luis? ¿Podría serle yo de auténtico consuelo sin reírme delante de su cara, tragando saliva, renunciando a todo? ¿Es el hecho de salir conmigo a espaldas de Luis lo que la excita, o es mi cuerpo, o el tamaño de mi polla? ¿Por qué quiero gustarle a Courtney? Si sólo le gusto por mis músculos, el tamaño de mi polla, entonces es una puta arrastrada. *Pero* una puta arrastrada físicamente superior, de un aspecto que ronda la perfección, y eso puede con todo, excepto quizá con el mal aliento y los dientes amarillos, que son dos cosas que pueden terminar provocando una ruptura. ¿Echaría a perder las cosas si estrangulo a Luis? Si estuviera casado con Evelyn, ¿haría que se comprara vestidos Lacroix hasta terminar por divorciamos? ¿Ya han encontrado la paz en Namibia las fuerzas coloniales sudafricanas y las guerrillas apoyadas por la Unión Soviética? ¿O sería el mundo un sitio más seguro y agradable si a Luis le hicieran pedazos? El *mío,* seguramente, ¿por qué no? En realidad no hay... *otra posibilidad.* La verdad es que incluso es demasiado tarde para hacerse estas preguntas, porque ya estoy en el servicio de caballeros, mirándome al espejo –bronceado y corte de pelo perfectos– examinándome los dientes que son completamente rectos y blancos y están resplandecientes. Al guiñarle el ojo a mi reflejo en el espejo, respiro a fondo y me pongo unos guantes de piel Armani, y luego me dirijo hacia el retrete que ocupa Luis. El servicio está desierto. Todos los retretes están vacíos, exceptuando uno del final. La puerta no tiene el pestillo echado, está ligeramente entreabierta, el sonido de Luis silbando algo de *Les Misérables* se hace opresivamente más fuerte a medida que me acerco.

Está de pie, dentro del retrete, dándome la espalda, con un blazer de cachemira, pantalones de lana con pinzas, una camisa blanca de algodón y seda, meando. Puedo asegurar que nota movimiento en el retrete porque se pone visiblemente tenso y el sonido de su orina al chocar con el agua se interrumpe bruscamente. A cámara lenta, con mi pesada respiración apagando todos los demás sonidos, la visión ligeramente borrosa, mis manos suben por encima del cuello de su blazer de cachemira y de la camisa de algodón, rodeando su cuello hasta que mis pulgares se unen en su nuca y mis dedos índices se tocan uno al otro justo por encima de la nuez de Adán de Luis. Empiezo a apretar, aprisionando a mi presa, pero no lo bastante fuerte como para impedir que Luis se vuelva –de modo que queda encarándome, con una mano en su jersey polo de lana y seda, y la otra luego abre mucho los ojos, que es exactamente lo que yo quiero. Quiero ver la cara de Luis retorcerse y ponerse morada, y quiero que sepa quién es el que le está matando. Quiero ser la última cara, la última *cosa,* que vea Luis antes de morir, y me apetece gritar:

–Me estoy follando a Courtney. ¿Me oyes? Me estoy follando a Courtney. Ja ja ja. –y que éstas sean las últimas palabras, los últimos *sonidos* que oiga hasta que sus propios estertores, acompañados por el crujido de su tráquea, apaguen todo lo demás. Luis me mira fijamente y yo

tenso los músculos de los brazos, preparándome para un combate que, decepcionantemente, no se produce.

En vez de eso, Luis baja la vista hacia mis muñecas y durante un momento titubea, como si estuviera indeciso sobre algo, y luego baja la cabeza y... *me besa* la muñeca izquierda, y cuando vuelve a alzar la vista hacia mí, tímidamente, lo hace con una expresión que es... de amor y sólo parcialmente de confusión. Sube la mano derecha y me toca tiernamente la cara. Yo sigo allí, paralizado, con los brazos todavía estirados delante de mí, con los dedos todavía alrededor del cuello de Luis.

–Dios santo, Patrick –susurra–. ¿Por qué *aquí?*

Ahora su mano juguetea con mi pelo. Aparto la vista hacia un lado del retrete donde alguien ha garabateado *Edwin la chupa muy bien,* y sigo paralizado en esta posición y miro las palabras, confuso, estudiando el recuadro que las envuelve como si éste contuviera una respuesta, una verdad. ¿Edwin? ¿Quién es Edwin? Muevo la cabeza para aclarármela y vuelvo a mirar a Luis, que tiene esa horrible mueca empalagosa de amor pegada a la cara, y trato de apretar con más fuerza, con la cara contraída por el esfuerzo, pero *no puedo,* las manos *no quieren* apretar, y los brazos, todavía extendidos, parecen absurdos e inútiles en una posición fija.

–Ya he visto que me mirabas –dice, jadeando–. Ya me he fijado... –se atraganta– en que estabas cachondo.

Trata de besarme en los labios, pero yo me aparto, apoyándome en la puerta del retrete, que se cierra accidentalmente. Quito las manos del cuello de Luis y éste las coge y se las vuelve a colocar de inmediato donde estaban. Las dejo caer otra vez y me quedo allí, considerando qué debo hacer después, pero sigo inmóvil.

–No seas... tímido –dice.

Respiro profundamente, cierro los ojos, cuento hasta diez, los abro y hago un desesperado intento por volver a subir los brazos para estrangular a Luis, pero los noto extrañamente pesados y levantarlos se vuelve una tarea imposible. .

–No sabes cuánto llevo esperándolo... –dice, suspirando, acariciándome los hombros, temblando–. Desde aquella fiesta de Navidades en Arizona 206. Ya sabes cuál, aquella en la que llevabas una corbata Armani de rayas rojas.

Por primera vez me fijo en que tiene bajada la cremallera de los pantalones y, tranquilamente y sin la menor dificultad, salgo de espaldas del retrete y me dirijo a un lavabo para lavarme las manos, pero todavía tengo puestos los guantes y no me los quiero quitar. El cuarto de baño del Yale Club de repente me parece el lugar más frío del Universo y me estremezco involuntariamente. Luis sale detrás de mí, me toca la chaqueta, inclinándose sobre mí en el lavabo.

–Ya te *deseo* –dice, con un murmullo grave de marica, y cuando vuelvo lentamente la cabeza para mirarle, echando espuma por la boca, añade–: *también.*

Salgo como una fiera del servicio de caballeros, entro dando trompicones en Brewster Whipple, creo. Sonrío al maître y, después de estrecharle la mano, me dirijo corriendo al ascensor, cuyas puertas se están cerrando. Pero es demasiado tarde y suelto un grito, dando puñetazos a las puertas y soltando tacos. Al serenarme, me fijo en que el maître habla con un camarero, mientras los dos me miran con aire interrogativo, de modo que me estiro, sonrío tímidamente y los saludo con la mano. Luis entra tranquilamente, sin dejar de sonreír, *ruborizado,* y me limito a quedarme allí ya dejar que se me acerque. No dice nada.

–¿Qué... es... esto? –pregunto finalmente, siseando.

–¿Adónde vas? –susurra él, aturdido.

–Tengo que ir... –Confuso, paseo la vista por el abarrotado comedor, luego vuelvo a mirar la cara temblorosa, anhelante de Luis–. Tengo que ir a devolver unos vídeos –digo, pulsando el botón del ascensor, agotada la paciencia. Después empiezo a alejarme y me dirijo hacia mi mesa.

–Patrick –me llama él. Me vuelvo rápidamente. –*¿Qué?*

Luis dice:

–Te llamaré –con una expresión en la cara que me permite saber, que me *asegura,* que mi «secreto» está a salvo.

–Dios santo –digo, prácticamente dominado por las náuseas, y temblando de modo visible me vuelvo a sentar a nuestra mesa, completamente destrozado, con los guantes todavía puestos, y termino de un trago lo que quedaba de mi aguado J&B con hielo. En cuanto me he sentado, Van Patten pregunta:

–Oye, Bateman, ¿cuál es el modo correcto de llevar un alfiler o una pinza de corbata?

–Una pinza de corbata es indudable que no viene exigida por la ropa formal, pero añade un aspecto limpio, pulcro. Pero el accesorio no debe imponerse a la corbata. Elige un sencillo alfiler de oro o una pinza pequeña y sitúatelo en la parte de abajo de la corbata en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Muerte de un perro

Courtney llama, demasiado pasada de Elavil para reunirse conmigo y cenar de modo coherente en Cranes, el nuevo restaurante de Kitty Oates Sanders en Grammercy Park, donde Jean, mi secretaria, nos reservó mesa la semana pasada, y estoy perplejo. Aunque ha tenido excelentes reseñas (una en la revista *New York;* la otra en *The Nation*), no me quejo ni convenzo a Courtney para que cambie de idea, pues tengo dos informes que debo revisar y el programa de Patty Winters de esta mañana grabado, que todavía no he podido ver. Son sesenta minutos sobre mujeres a las que les han hecho mastectomías, lo que a las siete y media, después de desayunar, antes de ir a la oficina, no me veo capaz de soportar, pero después del día de hoy –en la oficina, donde está averiado el aire acondicionado, una comida muy aburrida con Cunningham en Odeon, mis jodidos chinos de la tintorería incapaces de quitar las manchas de sangre de otra chaqueta Soprani, cuatro cintas de vídeo cuya fecha de devolución ha pasado y que terminan por costarme una fortuna, una espera de veinte minutos por el Stairmasters– ya estoy en condiciones; esos acontecimientos me han endurecido y estoy preparado para entendérmelas con ese asunto concreto.

Dos mil ejercicios abdominales y treinta minutos de saltar a la cuerda en el cuarto de estar, con la máquina de discos Wurlitzer atronando con «The Lions Sleeps Tonight» una y otra vez, aunque hoy he hecho ejercicios en el gimnasio durante cerca de dos horas. Después de esto me visto para ir a comprar algo de comer a D'Agostino: pantalones vaqueros de Armani, un polo blanco, una chaqueta sport de Armani, sin corbata, el pelo peinado hacia atrás con espuma Thompson; como llovizna, un par de zapatos de agua de Manolo Blahnik; tres cuchillos y dos pistolas metidas en un attaché de cuero negro Epi (3.200 dólares) de Louis Vuitton; como hace frío y no me quiero joder la manicura, un par de guantes de piel de ciervo de Armani. Por fin, una trinchera de cuero negro con cinturón, de Gianfranco Ferré, que me costó cuatro mil dólares. Aunque hasta D' Agostino sólo es un paseo, llevo el walkman, con la versión larga de «Wanted Dead or Alive», de Bon Jovi, puesta. Agarro un paraguas de tela escocesa y mango de madera de Gergdorf Goodman, trescientos dólares en rebajas, de un nuevo paragüera del armario de cerca de la entrada y salgo.

Después de la oficina he hecho ejercicio en Xclusive y, una vez en casa, llamadas telefónicas obscenas a las chicas de Dalton, cuyos números elijo del archivo del que robé una copia en el despacho de administración cuando entré la noche del jueves pasado.

–Soy un asaltante profesional– he susurrado lascivamente por el teléfono inalámbrico–. Organizo violaciones. ¿Qué te parece? –y he hecho una pausa antes de hacer ruido de chupeteos, gruñidos como de cerdo, y luego pregunto–: ¿Qué te parece, so *puta?*

La mayoría de las veces podría asegurar que estaban asustadas, lo que me ha gustado mucho y me ha permitido mantener una intensa y pulsante erección durante el tiempo que han durado las llamadas telefónicas, hasta que una de las chicas, Hilary Wallace, ha preguntado, impertérrita:

–Papá, ¿eres tú? –y todo el entusiasmo que sentía se ha venido abajo.

Vagamente decepcionado, he hecho unas cuantas llamadas más, pero sólo medio animado, abriendo el correo de hoy mientras las hacía, y al final he colgado en mitad de una frase cuando me he encontrado con una invitación personal de Clifford, el chico que me ayuda en Armani, a una venta privada en la boutique de Madison... *¡dos semanas atrás!,* y aunque me he imaginado que uno de los porteros probablemente no admitiría la tarjeta sólo para fastidiarme, eso no eliminaba el hecho de que *me había perdido la jodida venta,* y lamento esa pérdida mientras camino por Central Park West, entre la Sesenta y seis y la Setenta y cinco, y me duele profundamente que el mundo sea demasiado a menudo un lugar malo y cruel.

Alguien que es casi exactamente igual que Jason Taylor –pelo negro peinado hacia atrás, abrigo cruzado azul marino de cachemira con cuello de castor, botas negras de cuero Morgan Stanley– pasa debajo de una farola y me saluda con la cabeza mientras yo bajo el volumen del walkman para oírle decir:

–Hola, Kevin. –y me llega una vaharada de Grey Frannel y, sin dejar de andar, vuelvo la cabeza hacia la persona que se parece a Taylar, que *podría* ser Taylor, preguntándome si éste todavía seguirá saliendo con Shelby Phillips, cuando casi tropiezo con una mendiga tumbada en la calle, despatarrada a la puerta de un restaurante abandonado, un local que abrió Tony McManus hace un par de veranos, llamado Amnesia. Es una mujer negra y loca, que repite las palabras:

–Dinero por favor señor dinero por favor señor –como si se tratase de una especie de canto budista.

Trato de aleccionada sobre los méritos de conseguir un trabajo –puede que en Complex Odeon, sugiero no sin educación–, dudando en silencio entre si abrir o no el attaché y sacar el cuchillo o la pistola. Pero me fastidia que sea una presa tan fácil y dudo que eso me satisfaga de verdad, de modo que le digo que se vaya al infierno y vuelvo a subir el volumen del walkman justo cuando BonJovi grita: *«Todo es igual, sólo han cambiado los nombres...»* y continúo, deteniéndome en el cajero automático para sacar trescientos dólares sin ningún motivo en particular, todos en billetes nuevos, recién impresos, de veinte dólares, y los guardo con mucho cuidado en mi cartera de piel de gacela para que no se arruguen. En Columbus Circle, un contorsionista que lleva una capa impermeable y sombrero de copa, y que habitualmente está en este mismo sitio por la tarde y que se llama a sí mismo El Hombre de Goma, hace su número delante de un pequeño grupo de personas poco interesadas; aunque huelo a presa, y el tipo parece absolutamente merecedor de mi rabia, continúo en busca de una víctima menos fácil. Aunque si hubiera sido un mimo, existirían todas las posibilidades de que ya estuviera muerto.

Carteles descoloridos de Donald Trump en la cubierta de la revista *Time* tapan los escaparates de otro restaurante abandonado, que se llamaba Palaze, y esto me llena de seguridad. He llegado a D' Agostino y me detengo delante, mirando el interior, y aunque siento un impulso casi insuperable de entrar y recorrer los pasillos entre las estanterías, llenando la cesta con botellas de vinagre balsámico y sal marina, de andar sin rumbo entre las verduras y alimentos frescos, examinando los tonos de color de los pimientos rojos y los pimientos amarillos y los pimientos verdes y los pimientos mo-

rados, decidiendo qué sabor, qué *forma* de galletas de jengibre comprar, tengo ganas de algo más intenso, algo que no sé de antemano lo que es y me dirijo a las calles oscuras y frías de Central Park West y percibo mi cara reflejada en los cristales ahumados de una limusina que está aparcada delante del Café des Artistes, y la boca se me mueve involuntariamente, tengo la lengua más húmeda que de costumbre y los ojos me parpadean incontrolables. A la luz de la farola, mi sombra se destaca claramente en el mojado pavimento y pueda ver mis manos con guantes que se mueven, cerrándose y abriéndose, y tengo que detenerme en mitad de la calle Sesenta y siete para tranquiliza me, pensando en cosas tranquilizadoras: la compra en D' Agostino, una mesa reservada en Dorsia, el nuevo CD de Mike and the Mechanics, y me cuesta mucho esfuerzo vencer las ganas que tengo de ponerme a darme de bofetadas.

Por la calle se me acerca lentamente una lo caza vieja que lleva un jersey de cuello alto de cachemira, un pañuelo de cuello escocés de lana y un sombrero de fieltro, y pasea a un sharpei marrón y blanco que avanza husmeando el suelo. Los dos se aproximan a mí, pasan debajo de una de las farolas de la calle, luego de otra, y ya me he tranquilizado lo bastante como para quitarme el walkman y abrir disimuladamente el attaché. Me quedo parado en mitad de un trozo de acera muy estrecho junto a un BMW 320i blanco y la loca del sharpei ahora está a unos pocos metros de mí y lo miro de arriba abajo: cincuenta y muchos años, rechoncho, con una piel rosa de aspecto obscenamente sano, sin arrugas, y con un absurdo bigote que acentúa *sus* rasgos femeninos. También él me mira de arriba abajo con una sonrisa burlona, mientras el sharpei olfatea un árbol y después un cubo de basura que hay cerca del BMW.

–Bonito perro. –Sonrío y me agacho.

El sharpei me mira con desconfianza, luego gruñe.

–Se llama Richard. –El hombre mira fijamente al perro, luego vuelve a mirarme, como pidiendo disculpas, y noto que se siente halagado, no sólo porque me haya fijado en su perro, sino porque me he detenido a hablar con él, y juro que el jodido hijoputa se ha sonrojado y tiene el culo hecho agua dentro de *sus* hortera s pantalones anchos de pana de, supongo, Ralph Lauren.

–Estupendo –le digo, y acaricio suavemente al perro, dejando el attaché en el suelo–. Es un sharpei, ¿verdad?

–No. *Shar–pei* –dice, ceceando, como nunca lo he oído pronunciar antes.

–¿Shar–pei? –trato de decir del mismo modo que *él,* sin dejar de acariciar la aterciopelada piel del cuello y lomo del perro.

–No. –Se ríe, coqueteando–. *Shar–pei.* Con acento en la última sílaba. –Con acento en la úlcima cílaba.

–Bueno, como sea –digo, estirándome y sonriendo juvenilmente–. Es un bonito animal.

–Muchas gracias –dice él, y añade, ezazperado–: Cuestan una fortuna.

–¿De verdad? ¿Por qué? –pregunto, volviendo a agacharme y acariciando el perro–. Hola, Richard. Hola, amiguete.

–No te lo vas a creer –dice–. Fíjate, las bolsas de alrededor de los ojos tienen que operárselas *cada dos años,* de modo que tenemos que ir hasta Key West, donde hay el único veterinario del que me fío en este mundo, y un cortecito, unos puntos y Richard puede volver a ver perfectamente, ¿verdad, guapo? –Asiente con la cabeza, mientras yo continúo pasando suavemente la mano por el lomo del animal.

–Muy bien –digo–. Tiene un aspecto estupendo.

Hay una pausa durante la que yo miro al perro. Su dueño no deja de mirarme y luego, sin poder evitarlo, tiene que romper el silencio.

–Oye –dice. La verdad es que me molesta preguntártelo.

–Adelante –le animo.

–Dios santo, es tan estúpido –admite, riéndose ahogadamente. Me echo a reír.

–¿Por qué?

–¿Eres modelo? –pregunta, dejando de reír–. Podría jurar que te he visto en una revista o en algún sitio así.

–No, no lo soy –digo, decidiendo no mentir–. Pero me encanta que lo preguntes.

–Bueno, pareces una estrella de cine. –Mueve una fina muñeca, luego añade–: No sé; –y finalmente, cecea lo siguiente (lo juro por Dios) para sí mismo–: Déjalo, idiota, eres una auténtica vergüenza.

Me agacho, como si fuera a coger el attaché, pero debido a que estoy en la sombra, no me ve sacar el cuchillo, el más afilado, con la hoja de sierra, mientras le pregunto cuánto le costó Richard y de comprobar si hay más gente en la calle. Con un rápido movimiento, agarro a perro por el cuello y lo sujeto con el brazo izquierdo, empujándolo contra la farola mientras el animal trata de morderme los guantes, abriendo y cerrando sus fauces, pero como le tengo tan bien cogido por el cuello no puede ladrar y *oigo* que mi mano le rompe la tráquea. Aprieto la hoja de sierra contra su estómago y rápidamente sierro un trozo de su tripa sin pelo y sale un chorro de sangre parda, mientras suelta patadas y trata de arañarme, luego salen unos intestinos azules y rojos y dejo al perro en la acera. La loca sigue allí parada, sujetando todavía la correa, y todo ha ocurrido tan deprisa, que está paralizada y me mira con horror, diciendo:

–Dios mío, Dios mío. –Mientras el sharpei se arrastra en círculo, moviendo el rabo, aullando, y se pone a chupar y olfatear el montón de sus propios intestinos, que se derraman formando un montículo en la acera, algunos de ellos todavía sujetos a su estómago, y cuando empieza a padecer los últimos estertores, aún sujeto a la correa, me doy la vuelta hacia su dueño y le empujo hacia atrás enérgicamente, con los guantes ensangrentados, y empiezo a darle cuchillazos al azar en la cara y la cabeza, abriéndole finalmente la garganta de dos breves tajos; un arco de sangre rojo oscuro baña el BMW 320i blanco aparcado junto al bordillo de la acera, disparando su alarma, mientras cuatro chorros como los de una fuente le salen disparados de debajo de la barbilla. El sonido como de espuma de la sangre. Cae en la acera, agitándose como un loco, mientras la sangre no deja de manar, y yo limpio el cuchillo en su chaqueta y vuelvo a guardarlo en el attaché y empiezo a alejarme, pero para asegurarme de que la jodida loca está muerta de verdad y no lo simula (a veces hacen eso) le disparo con la pistola con silenciador un par de veces en la cara y luego me marcho, casi resbalando en el charco de sangre que se ha formado junto a su cabeza, y bajo por la calle y salgo de la oscuridad y como en una película me encuentro delante de D' Agostino y las vendedoras me hacen señas para que entre y utilizo un vale caducado para una caja de cereales y la chica del mostrador –negra, estúpida, lenta– no se da cuenta de que ha caducado aunque es lo único que compro, y tengo un breve pero incendiario estremecimiento de placer cuando salgo de la tienda, abro la caja y me meto el cereal a puñados en la boca, mientras silbo «Hip to Be Square» al mismo tiempo, y luego abro el paraguas y corro Broadway abajo, luego Broadway arriba, luego de nuevo hacia abajo, gritando como un poseso, con el abrigo desabrochado volando detrás de mí como una especie de capa.

Chicas

Esta noche una irritante cena en Raw Space con una Courtney vagamente pasada que no deja de hacerme preguntas sobre menús sanos y George Bush y Tofutti que sólo son propias de la pesadilla de alguna persona. Yo la ignoro por completo, y mientras está a media frase –Page Six, Jackie O– recurro a hacer señas a nuestro camarero para que se acerque y le pido la bisque de maíz frío, pescado y limón, con cacahuetes y eneldo, una ensalada César y filete de pez *es*pada con mostaza de kiwi, aunque ya lo había pedido hace un momento, como él me dice. Alzo la vista, sin tratar de fingir sorpresa, y sonrío torvamente.

–Sí, ya lo había pedido.

Los platos de la cocina de Florida tienen un aspecto impresionante, pero las raciones son pequeñas y caras, en especial en un local con un plato de lápices en cada mesa. (Courtney dibuja un estampado de Laura Ashley en su parte del mantel de papel y yo dibujo el interior del estómago y pecho de Monica Lustgarden en la mía, y cuando Courtney, encantada con lo que estoy dibujando, pregunta que de qué se trata, le digo: «Bueno..., una sandía».)

La cuenta, que pago con mi tarjeta American Express Platino, asciende a trescientos dólares. Courtney está guapa con su chaqueta de lana de Donna Karan, una blusa de seda y una falda de cachemira.

Subimos a la limusina y la dejo en Nell's, donde tenemos previsto tomar unas copas con Meredith Taylor, Louise Samuelson y Pierce Towers, y le digo a Courtney que necesito comprar drogas y le prometo que volveré antes de las doce de la noche.

–Ah, y saluda a Nell de mi parte –añado despreocupadamente. –Podrías compradas en el piso de abajo si tanta necesidad tienes, por el amor de *Dios* –*se* lamenta ella.

–Pero es que prometí a alguien que me pasaría por *su* casa. Paranoia. ¿Entiendes? –me lamento yo a mi vez.

–¿Quién tiene paranoia? –pregunta, bizqueando los ojos–. No lo entiendo.

–Querida, las drogas del piso de abajo normalmente son de un grado inferior al del NutraSweet en términos de potencia –le digo–. Ya sabes.

–No *me* compliques la vida, Patrick –me advierte.

–Mira, entra y pídeme una Foster's, ¿de acuerdo? –¿Adónde vas en realidad? –me pregunta después de una pausa, desconfiada.

–Voy a... casa de Noj –digo–. Voy a comprarle coca a Noj. –Pero Noj es el cocinero de Deck Chairs –dice ella, cuando abro la puerta de la limusina–. Noj no es un camello. ¡Es *cocinero!*

–Tranquilízate, Courtney –digo, y suspiro poniéndole las manos en la espalda.

–Pues no me mientas sobre Noj –*se* lamenta, esforzándose por quedarse en el coche–. Noj es el cocinero de Deck Chairs. ¿No me has oído?

La miro fijamente, en silencio, cegado por las intensas luces que cuelgan encima de los cordones de Nell's.

–Quiero decir Fiddler –admito por fin mansamente–. Voy a comprarle coca a Fiddler.

–Eres imposible –murmura, apeándose de la limusina–. En serio, te pasa algo malo.

–Volveré –le grito, cerrando de un portazo la limusina, luego hablo alegremente para mí mismo mientras vuelvo a encender el puro–. No apuestes nada al respecto.

Le digo al conductor que se dirija al oeste de Nell's, cerca del bistró Florent, para buscar prostitutas, y después de recorrer la zona un par de veces –de hecho, me he pasado *meses* merodeando por esta parte de la ciudad buscando a la chica apropiada–, encuentro a una en la esquina de Washington con la Trece. Es rubia y delgada y joven, y lo más importante, es *blanca,* lo que es una rareza en zonas como ésta. Lleva unos shorts ajustados, una camiseta blanca y una cazadora de cuero barata, y si se exceptúa un moratón en su rodilla izquierda, tiene la piel pálida, incluida la de la cara, aunque lleva la boca muy pintada de rosa. Detrás de ella, con unas letras rojas de metro y medio de alto que hay al lado de un almacén de ladrillo abandonado, está escrita la palabra «CARNE», y el modo en que están espaciadas las letras despierta algo en mi interior y miro hacia la parte de arriba del edificio donde hay un cielo sin luna, que hace unas horas, por la tarde, estaba lleno de nubes, aunque no esta noche.

La limusina pasa por delante de la chica. Aunque el coche tiene los cristales ahumados, al mirarla desde más cerca es todavía más pálida y el pelo rubio ahora parece teñido y los rasgos de su cara indican que es incluso más joven de lo que en principio imaginaba, y como es la única chica blanca que he visto esta noche en esta parte de la ciudad, parece –lo sea o no– especialmente limpia; uno podría tomarla fácilmente por una de esas chicas de la Universidad de Nueva York que vuelve de Mars a casa; una chica que se ha pasado bebiendo Seabreezes toda la tarde mientras se movía en la pista de baile al ritmo de la nueva canción de Madonna; una chica que quizá se haya peleado al final con su novio, un tipo que se llama Angus o Nick o... Pokey; una chica camino de Florent para charlar con unos amigos, posiblemente pedir otro Seabreeze o puede que un cappuccino o un vaso de agua Evian; y a diferencia de la mayoría de las putas de por aquí, casi no se fija en la limusina cuando se le acerca y se detiene. Y la verdad es que sigue quieta como quien no quiere la limusina.

Cuando bajo la ventanilla, la chica sonríe pero mira hacia otro lado. La siguiente conversación tiene lugar en menos de un minuto.

–No te había visto por aquí –digo.

–No debes de haber mirado bien –dice ella, indiferente de verdad.

–¿Te gustaría ir a mi apartamento? –pregunto, encendiendo la luz del interior de la parte trasera de la limusina para que pueda ver mi cara y el esmoquin que llevo. Ella mira la limusina, luego a mí, luego de nuevo a la limusina. Busco mi cartera de piel de gacela.

–No suelo hacerla –dice ella, mirando hacia la oscuridad de entre dos edificios del otro lado de la calle, pero cuando vuelve su mirada hacia mí, se fija en el billete de cien dólares que le estoy tendiendo y, sin preguntarse qué es lo que hago, sin preguntarse qué es lo que de verdad quiero de ella, sin siquiera preguntarse si soy un poli, coge el billete, y luego vuelvo a preguntarle:

–¿Quieres venir a mi apartamento, o no?

–No suelo hacerla –repite, pero después de otra ojeada al coche tan negro y tan largo, y al billete, que ahora se está metiendo en el bolsillo de su cazadora, y al vagabundo, que avanza trabajosamente hacia la limusina, con una taza de plástico en la que tintinean unas monedas que agarra con el extremo de su asqueroso brazo estirado, consigue responder:

–Pero puedo hacer una excepción.

–¿Aceptas American Express? –pregunto, apagando la luz.

Ella todavía mira fijamente la oscuridad, como si buscase una señal de alguien invisible. Al fin, clava su mirada en la mía y cuando repito–: ¿Aceptas American Express? –me mira como si estuviera loco, pero yo sonrío anodinamente mientras abro la puerta, y le digo–: Estaba bromeando. Ven, sube.

Ella hace un gesto con la cabeza a alguien situado al otro lado de la calle, y yo le indico que se siente en la parte de atrás de la limusina a oscuras, cerrando de un portazo.

En mi apartamento, mientras Christie toma un baño (no sé cómo se llama de verdad, no se lo he preguntado, pero le he dicho que sólo respondiera cuando la llamara Christie), marco el número de Cabana Bi Escort Service y, utilizando mi tarjeta American Express Oro, solicito una mujer, rubia, que atienda a parejas. Doy mi dirección un par de veces y luego vuelvo a insistir en lo de *rubia.* El tipo del otro lado de la línea, un italiano viejo, me asegura que antes de una hora tendré a una rubia en mi puerta.

Después de cambiarme y ponerme unos calzones de boxeador Polo y una camiseta de algodón sin mangas de Bill Blass, entro en el cuarto de baño donde Christie está tumbada en la bañera, tomando vino blanco en una copa de Steuben con un fino pie. Me siento en el borde de mármol y echo aceite de baño con olor a hierbas Monique van Frere dentro, mientras examino el cuerpo que está tumbado en el agua lechosa. Durante largo rato la mente se me dispara, quedando llena de porquerías –tengo su cabeza al alcance de la mano, puedo destrozársela, y al mismo tiempo mis deseos de destrozarla, insultarla y castigarla aumentan y luego disminuyen–, y después soy capaz de indicarle:

–Estás bebiendo un chardonnay muy bueno.

Después de una larga pausa, acaricio su pequeño pecho infantil y digo:

–Quiero que te laves la vagina.

Me mira fijamente con esos ojos de chica de dieciséis años y luego baja la vista para contemplarse el cuerpo que flota en la bañera. Se encoge de hombros, deja la copa en el borde y se lleva la mano al escaso pelo, también rubio, de debajo de su estómago terso como la porcelana, y separa las piernas.

–No –digo yo tranquilamente–. Por detrás. Ponte de rodillas. Vuelve a encogerse de hombros.

–Me gusta mirar –explico–. Tienes un cuerpo muy bonito –digo, animándola.

Ella se pone a cuatro patas, con el culo por encima del agua, y yo me traslado al otro lado de la bañera para tener una vista mejor de su coño, que lava con unos dedos jabonosos. Desplazo la mano por encima de su cintura en movimiento hasta el ojo de su culo, que abro, meto un dedo. Saco el dedo, lo deslizo dentro de su coño, que cuelga debajo del culo y los dedos de ambos se mueven en su interior, salen, se vuelven a meter. Está mojada por dentro y uso esta humedad para llevar mi dedo índice a su culo, en cuyo interior lo deslizo con facilidad, hasta el nudillo. La chica suelta un par de boqueadas y hace fuerza para que entre más, mientras todavía se manosea el coño con sus dedos. Estamos así un rato, hasta que llama el portero, anunciando que ha llegado Sabrina. Le digo a Christie que salga de la bañera y se *se*que, elija una bata –pero no la Bijan– del armario y se reúna conmigo y nuestra invitada en el cuarto de estar para tomar una copa. Me dirijo a la cocina, donde sirvo un vaso de vino para Sabrina.

Sabrina, sin embargo, *no* es rubia. La tengo un rato en la puerta mientras mi sorpresa inicial desaparece y por fin la dejo entrar. Tiene el pelo castaño claro, no rubio *de verdad,* y aunque eso me enfurece, no digo nada porque también es muy guapa; no tan joven como Christie, pero tampoco demasiado estropeada. En resumen, tiene aspecto de merecer lo que me pida por una hora. Me tranquilizo lo suficiente como para perder el enfado por completo cuando se quita el abrigo y revela que es una tía buena de verdad, vestida con unos pantalones negros muy ajustados y un top con un estampado de flores y zapatos de tacón de aguja negros. Aliviado, la llevo al cuarto de estar y le señalo el sofá blanco y, sin preguntarle si quiere algo de beber, le traigo la copa de vino blanco y un posavasos del Mauna Hotel de Hawa para que la coloque encima. La versión de Broadway de *Les Misérables* en CD suena en el estéreo. Cuando Christie sale del cuarto de baño para unírsenos, con un albornoz de Ralph Lauren puesto, lleva su pelo rubio peinado hacia atrás y ahora parece incluso más pálida debido al baño. Hago que se siente en el sofá aliado de Sabrina –se saludan con la cabeza– y luego tomo asiento en la butaca noruega de cromo y madera de teca de enfrente. Decido que probablemente sea mejor que nos conozcamos un poco entre nosotros antes de trasladamos al

dormitorio, de modo que rompo un largo aunque no desagradable silencio, aclarándome la voz y haciendo unas cuantas preguntas.

–De modo –empiezo–, que no queréis saber a qué me dedico. Me miran las dos durante largo rato, con unas sonrisas desganadas en la cara, luego se miran una a la otra, antes de que Christie, in segura, encogiéndose de hombros, responda quedamente:

–No.

Sabrina sonríe, toma eso como pie de entrada y se muestra de acuerdo:

–La verdad es que no.

Las miro a las dos durante un minuto antes de volver a cruzar las piernas y suspirar, muy irritado.

–Bueno, pues trabajo en Wall Street. En Pierce & Pierce. Una larga pausa.

–¿No habéis oído hablar de ella? –pregunto.

Otra larga pausa. Por fin Sabrina rompe el silencio.

–¿Tiene relación con Mays..., o Macy's?

Hago una pausa antes de preguntar:

–¿Mays?

Ella piensa en ello un momento, luego dice:

–Sí. ¿No es un mayorista de zapatos? ¿P & P no es una zapatería?

La miro fijamente, con dureza. Christie se pone de pie, sorprendiéndome, y se dirige a admirar el estéreo.

–Tienes una casa muy bonita..., Paul. –y luego, mirando los discos compactos, los cientos y cientos que hay, en una gran estantería de roble blanco, todos por orden alfabético, añade–: ¿Cuánto te ha costado?

Me levanto para servirme otra copa de Acacia.

–La verdad es que no es asunto tuyo, Christie, pero te puedo asegurar que *no fue* en absoluto barata.

Desde la cocina me fijo en que Sabrina ha sacado un paquete de tabaco de su bolso y me dirijo rápidamente al cuarto de estar, negando con la cabeza antes de que pueda encender un pitillo.

–No, no se fuma –le digo–. Aquí no.

Ella sonríe, hace una breve pausa y, asintiendo con la cabeza, vuelve a meter el pitillo en el paquete. Traigo una bandeja de bombones y le ofrezco uno a Christie.

–¿Una trufa Yarda?

Ella mira la bandeja sin expresión y luego dice educadamente que no con la cabeza. Me dirijo hacia Sabrina, que sonríe y coge uno, y entonces, interesado, me doy cuenta de que su copa sigue llena.

–No pretendo que te emborraches –le digo–. Pero estás dejando de beber un chardonnay bueno de verdad.

Dejo la bandeja de bombones en la parte de arriba de cristal de la mesita Palazzetti y me siento en el brazo del sofá, indicándole a Christie que se siente, lo que hace. Nos quedamos sentados en silencio, escuchando el CD de *Les Misérables.* Sabriha mastica pensativamente el bombón y coge otro.

Tengo que volver a romper el silencio.

–¿Nunca habéis estado fuera? –Enseguida me doy cuenta de que la frase puede ser mal interpretada–. Quiero decir en Europa.

Las dos se miran entre ellas como si se transmitieran alguna señal secreta, antes de que Sabrina niegue con la cabeza y luego Christie la imite, haciendo el mismo movimiento.

La siguiente pregunta que hago, después de otro largo silencio es:

–¿Ha ido alguna de vosotras a la universidad, y si es así, a cuál?

La respuesta a esta pregunta consiste en una mirada de enfado contenida con dificultad, de modo que decido aprovechar esta oportunidad para precederlas al dormitorio, donde hago que Sabrina baile un poco antes de quitarse la ropa delante de Christie y de mí mientras están encendidas todas las luces halógenas de la habitación. Le pongo unas mínimas bragas de encaje de Christian Dior y luego me quito toda la ropa –excepto unas zapatillas deportivas Nike– y Christie también se quita el albornoz Ralph Lauren y queda completamente desnuda si se exceptúa un pañuelo de cuello de seda y látex de Angela Cummins, que le ato cuidadosamente alrededor del cuello, y unos guantes de gamuza de Gloria José para Bergdorf Goodman que compré en rebajas.

Ahora los tres estamos encima del futón. Christie está a cuatro patas de cara al cabecera, con el culo levantado, y yo estoy subido encima de ella como si montara a un perro o algo así, pero desde detrás, con las rodillas apoyadas en la colcha, la polla medio dura, y de cara a Sabrina, que está mirando el ojo del culo de Christie con expresión decidida. Su sonrisa parece torturada y se está humedeciendo los labios pasándose el índice por ellos como si se estuviera aplicando brillo. Con las dos manos mantengo muy abiertos el ojo del culo y el coño de Christie y animo a Sabrina para que se acerque más y los huela. La cara de Sabrina ahora está a la altura del ojo del culo y el coño de Christie, que yo toco con los dedos con suavidad. Indico a Sabrina que acerque la cara todavía más hasta que me huele los dedos que le meto en la boca y que ella chupa con ganas. Con la otra mano sigo dando masaje al prieto y húmedo coño de Christie, que cuelga pesadamente, muy mojado, debajo de su dilatado ojo del culo.

–Huélelo –le digo a Sabrina, y ella se acerca más hasta que se encuentra a cinco centímetros, a dos centímetros, del ojo del culo de Christie.

La polla ahora se me ha puesto dura y me la meneo para mantenerla así.

–Chúpale el coño primero –le digo a Sabrina, y ella se lo abre con los dedos y se pone a lamerlo como un perro mientras le masajea el clítoris y luego se cambia alojo del culo de Christie, que lame del mismo modo. Los gemidos de Christie son apremiantes e incontrolados y se pone a empujar el culo con más energía hacia la cara de Sabrina, cuya lengua entra y sale lentamente del ojo del culo de Christie. Mientras hace esto, yo miro, transpuesto, y me pongo a frotar rápidamente el clítoris de Christie hasta que da saltos delante de la cara de Sabrina y grita:

–Me vaya correr ya. –y mientras se estruja sus propios pezones tiene un orgasmo largo, sostenido. Y aunque puede estar simulándolo, me gusta el modo en que lo hace, por lo que no' le pego ni nada.

Cansado de mantener el equilibrio, me dejo caer desde mi posición encima de Christie y quedo tumbado de cara de Sabrina encima de mi polla dura, enorme, que le meto en la boca con la mano, meneándomela mientras me la chupa. Atraigo a Christie hacia mí y, mientras le quito los guantes, me pongo a besarla con fuerza en la boca, metiéndole la lengua, empujándola contra la suya. Ella se pasa los dedos por el coño, que está tan mojado que parece como si le hubieran echado algo brillante en la parte de arriba de los muslos. Empujo a Christie para que pase más allá de mi cintura y ayude a Sabrina a chuparme la polla, y después de que las dos se hayan turnado para lamérmela, Christie cambia a mis huevos, que están hinchados como dos grandes ciruelas y me duelen, y los lame antes de metérselos en la boca, dándoles masajes y chupándolos alternativamente, mientras los separa con la lengua. Luego vuelve a dedicarse a la polla, que todavía está chupando Sabrina, y se ponen a besarse, con fuerza, en la boca, justo encima de la punta de mi polla, que llenan de saliva y menean. Christie lleva todo el tiempo masturbándose, con tres dedos metidos en la vagina, y se trabaja el clítoris, jadeando. Esto me excita lo bastante para que la agarre por la cintura y la haga

girar y coloque su coño encima de mi cara, sobre la que se sienta alegremente. Limpio y rosa y mojado y dilatado e hinchado, tengo su coño encima de la cabeza y hundo mi cara en él, dándole lengüetazos, disfrutando de su sabor, mientras le meto un dedo en el ojo del culo. Sabrina todavía me trabaja la polla, meneando su base, con el resto llenándole la boca, y ahora se me sube encima, con una rodilla a cada lado de mi pecho, y le desgarro la mínima braga de modo que su culo y su coño quedan delante de la cara de Christie, a cuya cabeza fuerzo para que baje, ordenándole:

–Chúpalos, come ese coño –cosa que ella hace. Es una posición incómoda para los tres, de modo que esto sólo dura unos dos o tres minutos, pero durante este breve período Sabrina se corre en la cara de Christie, mientras que ésta, frotándome el coño contra la boca, se corre encima de la mía y yo tengo que sujetarle los muslos con firmeza para que no me rompa la nariz con sus saltos. Todavía no me he corrido y Sabrina no le está haciendo nada especial a mi polla, así que se la saco de la boca y hago que se siente encima de ella. Mi polla se desliza dentro casi con demasiada facilidad –tiene el coño demasiado lubrificado, empapado en sus propios líquidos y la saliva de Christie, y no hay fricción– de modo que quito el pañuelo que Christie lleva alrededor del cuello y saco la polla de dentro del coño de Sabrina y, abriéndoselo lo más posible, seco mi polla y su coño con el pañuelo y luego trato de volver a follármela mientras continúo comiéndole el coño a Christie, a la que llevo a otro clímax en cuestión de minutos. Las dos chicas están cara a cara –Sabrina con mi polla dentro, Christie sentada en mi cabeza– y Sabrina se inclina para chupar y toquetear las pequeñas y firmes tetas de Christie. Luego Christie se pone a besar a Sabrina en la boca y le mete la lengua mientras yo sigo comiéndole el coño, con la boca y la barbilla cubiertas de sus líquidos, que aunque momentáneamente se secan, pronto son remplazados por otros.

Empujo a Sabrina, saco la polla y la tumbo de espaldas, con la cabeza a los pies de la cama. Luego pongo a Christie encima de ella, colocándolas en la posición del sesenta y nueve, con el culo de Christie levantado, y con una cantidad sorprendentemente pequeña de vaselina, después de ponerme un condón, trabajo con los dedos su tenso ojo del culo hasta que se relaja y lo abre lo suficiente para que le pueda meter la polla dentro mientras Sabrina le come el coño a Christie, chupándole el dilatado clítoris y a veces agarrándome los huevos y apretándolos suavemente, y dándole toques alojo de mi culo con un dedo resbaladizo. Y luego Christie está agachada sobre el coño de Sabrina y le separa las piernas lo más que puede y se pone a hundirle la lengua en el coño, pero no durante mucho tiempo porque la interrumpe otro orgasmo y entonces alza la cabeza y me mira, con la cara brillante de líquidos vaginales, y grita:

–Fóllame que me corro oh Dios cómeme que me corro –y eso me empuja a ponerme a darle por el culo con, más fuerza mientras Sabrina sigue comiendo el coño que tiene delante de la cara y que está cubierto de los líquidos vaginales de Christie. Saco la polla del culo de Christie y obligo a que Sabrina me la chupe antes de meterla en el coño de Christie y al cabo de un par de minutos empiezo a correrme y al mismo tiempo Sabrina deja de trabajarme los huevos con la boca y, justo antes de correrme del todo dentro del coño de Christie, me abre las nalgas y me mete la lengua en el ojo del culo, que tiene espasmos, y debido a esto mi orgasmo se prolonga y luego Sabrina retira la lengua y gime diciendo que también se va a correr pues después de correrse Christie vuelve a comerle el coño y yo miro, desde encima de Christie, jadeando, mientras Sabrina sube y baja repetidamente las caderas delante de la cara de Christie y entonces tengo que tumbarme, agotado pero todavía con la polla dura, que brilla y me duele debido a la fuerza de mi eyaculación, y cierro los ojos, con las rodillas débiles y temblándome.

No me despierto hasta que una de ellas me toca accidentalmente la muñeca. Abro los ojos y les advierto que no me toquen el Rolex que he llevado puesto durante todo este tiempo. Las dos están tumbadas tranquilamente, una a cada lado de mí, y a veces me tocan el pecho y de vez en cuando pasan sus manos por los músculos del abdomen. Media hora después la vuelvo a tener dura. Me levanto y me dirijo al vestidor, donde, junto a una clavadora automática, hay una afilada percha, un cuchillo de carnicero oxidado, cerillas del Gotham Bar and Grill y un puro a medio fumar, y

dándome la vuelta, desnudo, con la erección apuntando delante de mí, saco esos objetos y explico con un susurro ronco:

–No hemos terminado todavía...

Una hora después las acompaño impaciente a la puerta. Las dos van vestidas y sollozan. También sangran, pero les he pagado bien. Mañana Sabrina cojeará. Christie probablemente tendrá un ojo terriblemente amoratado y profundos arañazos en las nalgas causados por la percha. Kleenex manchados de sangre se amontonan a uno de los lados de la cama junto a un paquete vacío de sal italiana que compré en Dean & Deluca.

De compras

Los colegas a los que tengo que comprar regalos incluyen a Victor Powell, Paul Owen, David van Patten, Craig McDermott, Luis Carruthers, Preston Nichols, Connolly O'Brien, Reed Robison, Scott Montgomery, Ted Madison, Jeff Duvall, Boris Cunningham, Jamie Conway, Hugh Tumball, Frederick Dibble, Todd Hamlin, Muldwyn Butner, Ricky Hendricks y George Carpenter, y aunque podría haber pedido a Jean que hiciera estas compras, hoy le he mandado que firmara, pusiera sello y echara al correo trescientas tarjetas de Navidad con un grabado de Mark Kostabi y luego le he pedido que averiguara todo lo que pudiera de la cuenta Fisher de la que se encarga Paul Owen. En este preciso momento voy Madison Avenue abajo, después de pasarme casi una hora aturdido cerca del final de la escalera de la tienda Ralph Lauren, en la Setenta y dos, mirando los jerseys de cachemira, confuso, hambriento, y cuando por fin he cogido mis pertenencias después de no conseguir que me diera su dirección la tía buena rubia que trabajaba detrás del mostrador, he salido de la tienda gritando:

–¡ Que os den mucho por el culo!

Ahora miro ceñudo a un vagabundo acurrucado a la entrada de una tienda que se llama Ear Karma, que agarra un letrero que dice: «TENGO HAMBRE Y ESTOY SIN CASA... POR FAVOR A YÚDENME. DIOS SE LO PAGUE», y luego me encuentro andando Quinta Avenida abajo en dirección a Sacks, tratando de recordar si he cambiado las cintas de mi vídeo, y de repente me preocupa mucho que pueda estar grabando *Treinta y tantos* encima de *El caliente coño de Pamela.* Un Xanax no me elimina el miedo. Sacks lo intensifica.

–Plumas y álbumes de fotos, sujetalibros y maletines ligeros, limpiazapatos eléctricos y toalleros secatoallas y termos de plata y televisores en color portátiles con auriculares del tamaño de la palma de una mano, jaulas y candelabros, felpudos, cestas de merienda y cubos para el hielo, servilletas de lino de tamaño grande bordeadas de encaje y paraguas y palos de golf con el monograma de plata de ley y filtros para el humo y lámparas de despacho y frascos de perfume, joyeros y jerseys, y cestas para guardar revistas y cajas de almacenaje, bolsas para llevar a la oficina, material de oficina, pañuelos, archivadores, agendas, agendas de bolsillo...

Mis prioridades para las Navidades incluyen lo siguiente: 1) reservar mesa en Dorsia para las ocho del viernes para Courtney y yo, 2) conseguir que me inviten a la fiesta de Navidad de los Trump a bordo de su yate, 3) averiguar todo lo humanamente posible sobre la misteriosa cuenta Fisher de Paul Owen, 4) serrarle la cabeza a una tía buena y mandársela por Federal Express a Robin Barker –el muy hijoputa– a Salomon Brothers y 5) disculparme con Evelyn sin que parezca que me disculpo. El programa de Patty Winters de hoy era sobre las mujeres que se casan con

homosexuales y he estado a punto de llamar a Courtney para advertirle –como broma–, pero luego he decidido no hacerlo, obteniendo cierta satisfacción al imaginar a Luis Carruthers declarándosele, Courtney aceptando tímidamente y su luna de miel de pesadilla. Miro ceñudo a otro mendigo que tiembla en la llovizna y niebla del cruce de la Cincuenta y siete con la Quinta, me acerco a él y le aprieto la mejilla afectuosamente, luego me río muy alto y digo:

–¡Cómo pestañeaban sus ojos! ¡Qué encantadores sus hoyuelos!

El coro del Ejército de Salvación canta desafinadamente «Alegría del mundo». Saludo con la mano a alguien que es exactamente igual que Duncan McDonald, luego me sumerjo en Bergdorf's.

... corbatas de cuadros escoceses y jarras de cristal para agua, juegos de copas y relojes de oficina que miden la temperatura y la humedad y la presión barométrica, agendas eléctricas y copas para margaritas, galanes de noche y juegos de platos de postre y espejos y mandiles y jerseys y bolsas de deportes y botellas de champán y tarros de porcelana y toallas de baño con monogramas y minicalculadoras para el cambio de moneda extranjera y agendas plateadas y pisapapeles con peces y cajas de papelería y sacacorchos y discos compactos y pelotas de tenis personalizadas y pedómetros y cafeteras...

Miro mi Rolex, mientras compro loción limpiadora en el mostrador de Clinique, todavía en Bergdorf' s, para asegurarme de que tengo tiempo de hacer algunas compras más antes de reunirme con Tim Severt para tomar unas copas en el Princeton Club a las siete. He hecho dos horas de ejercicio esta mañana antes de ir a la oficina, y aunque podría haber aprovechado este tiempo para que me dieran un masaje (pues tengo los músculos doloridos del agotador régimen de entrenamiento que estoy siguiendo), o un tratamiento facial, aunque me hicieron uno ayer, hay demasiados cócteles durante las semanas próximas a los que *tengo* que asistir y mi presencia en ellos me obliga a seguir comprando cosas. Me tropiezo con Bradley Simpson de P & P junto a F.A.O. Schwartz, y lleva un traje de lana a cuadros con las solapas muy marcadas de Perry Ellis, una camisa de algodón de Gitman Brothers, una corbata de seda de Savoy, un cronógrafo con correa de piel de cocodrilo de Breil, un impermeable de algodón de Paul Smith y un sombrero de fieltro y piel de Paul Stuart. Después de oírle decir:

–Hola, Davis –inexplicablemente me pongo a enumerar por orden alfabético los nombres de los otros ocho renos del trineo de Santa Claus, y cuando he terminado, él sonríe y dice–: Oye; hay una fiesta de Navidad en Nekenieh el día veinte, ¿nos veremos allí?

Sonrío y le aseguro que el veinte estaré en Nekenieh y me alejo, y me vuelvo para gritarle:

–Oye, gilipollas, ya me gustaría verte *morir,* hijoputa.

Y me pongo a chillar como un poseso, atravieso la Cincuenta y ocho y golpeo mi attaché de Bottega Veneta contra una pared. Otro coro, en Lexington, canta «Mira a los ángeles de la Anunciación» y bailo claqué, cantando, delante de ellos antes de correr como un zombie hacia Bloomingdale's, donde me dirijo a toda velocidad al primer colgador de corbatas que veo y le murmuro al joven maricón de detrás del mostrador:

–Fabulosas –mientras acaricio una corbata de seda. Él coquetea y pregunta si soy modelo–. Nos veremos en el Infierno –le digo, y me alejo.

... jarrones y sombreros flexibles con plumas en la cinta y cuestan doscientos dólares y candelabros y fundas para almohada y guantes y zapatillas y borlas para polvos y jerseys tejidos a mano para la nieve y botas de cuero y gafas de esquí diseño Porsche y antiguos botes de farmacia y pendientes con diamantes y corbatas de seda y frascos de perfume y estuches para naipes y cámaras de fotos y bandejas de caoba y pañuelos de cuello y lociones para después del afeitado y álbumes de fotos y saleros y pimenteros y tostadores y calzadores de doscientos dólares y mochilas y cubetas de aluminio y fundas para almohada...

Una especie de vacío existencial se abre ante mí mientras me paseo por Bloomingdale's y me obliga a localizar un teléfono y comprobar qué mensajes tengo. A punto de llorar, después de tomarme tres Halcion (pues mi cuerpo ha mutado y se ha adaptado al producto y ya no me induce el sueño, se limita a evitar que enloquezca), me dirijo hacia el mostrador de Clinique donde con mi American Express Platino compro seis tubos de crema de afeitar mientras coqueteo nerviosamente con las chicas que trabajan allí y decido que este vacío tiene, al menos en parte, cierta relación con el modo en que traté a Evelyn en Barcadia la otra noche, aunque siempre existe la posibilidad de que simplemente tenga algo que ver con el aparato del tracking de mi vídeo, y mientras tomo nota mental de que debo causar sensación cuando aparezca en la fiesta de Navidad de Evelyn –incluso he estado tentado de pedirle a una de las chicas de Clinique que me acompañara– también recuerdo que tengo que mirar el manual de instrucciones del vídeo y tratar de resolver ese problema con el tracking. Parezco una niña de diez años que está al lado de su madre, que compra un pañuelo de cuello, algunas joyas, y pienso: no está tan mal. Llevo un abrigo de cachemira, una chaqueta sport lisa cruzada de lana y alpaca, unos pantalones de lana, una corbata de seda estampada, todo de Valentino Couture, y zapatos de cordones de Allen–Edmonds.

Una fiesta de Navidad

Estoy tomando unas copas con Charles Murphy en Rusty's para animarme antes de hacer mi aparición en la fiesta de Navidad de Evelyn. Llevo un traje cruzado de lana y seda con cuatro botones, una camisa de algodón de Valentino Couture, una corbata de seda estampada de Armani y unos zapatos de Allen– Edmonds. Murphy lleva un traje de gabardina y lana cruzado con seis botones de Courréges, una camisa a rayas de algodón y una corbata de crepé de seda, ambas cosas de Hugo Boss. Habla sin parar de los japoneses:

–Han comprado el Empire State Building y Nell's. *Nell's,* ¿te lo puedes creer, Bateman? –exclama, con su segundo Absolut con hielo en la mano.

Eso activa algo en mi interior, dispara algo, y después de salir de Rusty's, mientras recorro el Upper West Side, me encuentro metido en la entrada de lo que fue Carly Simon' s, un restaurante muy de moda que cerró el otoño pasado, y me echo encima de un repartidor japonés que pasa, le tiro de su bicicleta y le arrastro a la entrada. Las piernas del chico quedan enredadas en la Schwin que montaba, lo que me supone una ventaja, pues cuando lo degüello –con facilidad, sin esfuerzo– el pataleo espasmódico que habitualmente acompaña a la agonía queda disimulado por la bicicleta, a la que todavía se las arregla para levantar cinco, seis veces, mientras se ahoga en su propia sangre. Abro las cajas de comida japonesa y derramo su contenido encima de él, pero para mi sorpresa en lugar de sushi y terikayi y rollos y soba, cae pollo con anacardo encima de su ensangrentada cara; chow mein de vaca y arroz frito con camarones y mushu se derraman sobre su jadeante pecho, y este molesto error –he matado accidentalmente a un asiático equivocado– me empuja a verificar a quién iba a llevar el pedido –Sally Rubinstein– y con mi pluma Montblanc escribo: *También iré a por ti..., puta,* en el dorso de la nota, luego la coloco sobre la cara del chico muerto y me encojo de hombros, disculpándome, y murmuro:

–Lo siento. –y recuerdo que el programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las adolescentes que comercian con su sexo para conseguir crack. Hoy he pasado dos horas en el gimnasio y ahora puedo realizar doscientos estiramientos abdominales en menos de tres minutos.

Cerca de casa de Evelyn le doy a un vagabundo congelado una de las galletas de la fortuna que le he quitado al repartidor y se la traga, con papel y todo, dándome las gracias.

–Jodido mamón –murmuro en voz lo suficientemente alta para que me oiga.

Cuando doblo la esquina y me dirijo a casa de Evelyn, me fijo en que *todavía* hay policías en torno a la casa donde decapitaron a su vecina Victoria Bell. Hay cuatro limusinas aparcadas delante, una todavía con el motor en marcha.

Llego con retraso. El cuarto de estar y el comedor ya están abarrotados de gente con la que de verdad no quiero hablar. Hay abetos muy altos y azules llenos de luces que parpadean a ambos lados de la chimenea. Viejos villancicos de los años sesenta cantados por las Ronettes suenan en el estéreo. Un camarero con esmoquin sirve champán y ponche, prepara manhattans y martinis, abre botellas de Calera Jensen pinotnoir y de chardonnay Chappellet. Oportos de veinte años se alinean en una barra improvisada entre jarrones de flores de Pascua. Una larga mesa plegable está cubierta con un mantel rojo y está llena de fuentes y boles de avellanas tostadas y langosta y bisques de ostras y sopa de raíces de apio con manzana y caviar Beluga y cebollas a la crema y oca asada rellena de puré de castañas y caviar con hojaldre y pasteles de verduras, pollo asado y roast beetcon chalotas y gnocchi gratinados y strudel de vegetales y ensalada Waldorf y vieiras y bruschetta con mascarpone y trufas blancas y soufflé de chiles verdes y perdiz estofada con salvia, patatas y cebollas y salsa de arándanos, pastel de carne y trufas de chocolate y soufflés de limón y tarta Tatin de pecana. Hay velas por todas partes, todas en candelabros de plata de ley de Tiffany. Y aunque no estoy seguro de no estar alucinando, se pueden ver enanos vestidos de verde y rojo con gorros puntiagudos moviéndose entre la gente con bandejas de copas y vasos. Hago como que no me fijo y me dirijo directamente a la barra donde tomo una copa de un champán no demasiado malo antes de acercarme a Donald Petersen, al que, como a la mayoría de los restantes hombres, le han puesto una cornamenta de reno en la cabeza. En el otro extremo de la sala, la hija de cinco años de María y Darwin Hutton, Cassandra, lleva un vestido de terciopelo de setecientos dólares de Nancy Halser. Después de terminar una segunda copa de champán me dedico a los martinis –dobles y de Absolut–, y después de haberme tranquilizado lo suficiente vuelvo a lanzar una mirada al cuarto, *pero los enanos siguen allí.*

–Demasiado rojo –murmuro para mí mismo, ensimismado–. Me pone nervioso.

–Hola, McCoy –dice Petersen–. ¿Qué cuentas?

Lo ignoro y pregunto automáticamente:

–¿Es la grabación de la versión inglesa de *Les Misérables* o no? –Oye, que tengas unas felices Navidades. –Me señala con el dedo, borracho.

–¿Entonces qué música es la que suena? –pregunto, totalmente aburrido.

–Bill Septor –dice, encogiéndose de hombros–. Creo que Septor o Skeptor.

–¿Por qué no ponen algo de Talking Heads, por el *amor* de Dios? –me quejo amargamente.

Courtney está en el otro extremo de la habitación con una copa de champán en la mano y me ignora por completo.

–O *Les Misérables* –sugiere él.

–¿La grabación del reparto norteamericano o del inglés? –Los ojos se me estrechan. Le estoy probando.

–Bueno, el inglés –dice él, mientras un enano nos da un plato de ensalada Waldorf a cada uno.

–Sin duda –murmuro, observando al enano mientras se aleja contoneándose.

De repente Evelyn se dirige rápidamente hacia nosotros con una chaqueta de marta y unos pantalones de terciopelo de Ralph Lauren, y en una mano lleva una rama de muérdago que me pone en la cabeza y en la otra mano un bastón de caramelo.

–¡Al fin llegas, querido! – me dice, besándome secamente en la mejilla–. Feliz Navidad, Patrick. Feliz Navidad, Jimmy.

–Feliz... Navidad –digo yo, incapaz de quitármela de delante, pues tengo un martini en una mano y una ensalada Waldorf en la otra.

–Llegas tarde, querido –dice ella.

–No, no llego tarde –digo yo, protestando.

–Sí, te has retrasado –dice ella monótonamente.

–Llevo aquí todo el tiempo –digo, mirando hacia otra parte–. Lo que pasa es que no me has visto.

–Deja de poner mala cara. Eres un gruñón. –Se vuelve hacia Petersen–. ¿Sabías que Patrick es el gruñón?

–No digas tonterías –suspiro yo, mirando a Courtney.

–Demonios, todos sabemos que McCloy es el gruñón –farfulla Petersen, muy borracho–. ¿Cómo le va mister Gruñón?

–¿Y qué quiere mister Gruñón por Navidades? –pregunta Evelyn con voz de niña pequeña–. ¿Ha sido bueno este año mister Gruñón?

Suspiro.

–El Gruñón quiere una gabardina Burberry, un jersey de cachemira Ralph Lauren, un Rolex nuevo, un estéreo para el coche...

Evelyn deja de chupar el bastón de caramelo para interrumpirme:

–Pero tú *no tienes coche,* querido.

–De todos modos quiero uno. –Vuelvo a suspirar–. De todos modos el Gruñón quiere un estéreo para el coche.

–¿Cómo está la ensalada Waldorf? –pregunta Evelyn, preocupada–. ¿Crees que tiene el sabor adecuado?

–Está deliciosa –murmuro, girando el cuello, y distingo a una persona, súbitamente impresionado–. Oye, no me habías dicho que Laurence Tisch estaba invitado a esta fiesta.

Evelyn se da la vuelta.

–¿De qué me hablas?

–¿Por qué Laurence Tisch está ofreciendo una bandeja de canapés? –pregunto.

–Dios mío, Patrick, ése *no* es Laurence Tisch –dice ella–. Es uno de los elfos de Navidad.

–¿Uno de los *qué?* Querrás decir enanos.

–Son *ellos* –subraya ella–. Los ayudantes de Santa Claus. Dios santo, valiente gruñón. Míralos. Son adorables. Ése de ahí es Rudolph, el que ofrece bastones de caramelo es Blitzen. El otro es Donner...

–Espera un momento, Evelyn, espera –digo, cerrando los ojos y levantando la mano en la que tengo la ensalada Waldorf. Estoy sudando, déja vu, ¿pero dónde? ¿He visto antes a estos enanos? Olvídalo–. Ésos son los nombres de los renos de Santa Claus. No de los elfos. Blitzer era un *reno.*

–El único judío –nos recuerda Petersen.

–Oh... –Evelyn parece muy sorprendida por esta información, y alza la vista hacia Petersen para confirmada–. ¿Es eso cierto? Él se encoge de hombros, piensa en ello y parece confuso. –Oye, guapa..., renos, elfos, Gruñón, agentes de bolsa... ¿qué diferencia hay mientras fluya el Cristal? –Se ríe ahogadamente, dándome un codazo–. ¿No tengo razón, mister Gruñón?

. –¿No te parece que es muy propio de Navidad? –pregunta Evelyn, esperanzada.

–Claro que sí, Evelyn –le digo–. Es muy propio de Navidad y hablo en serio, no miento.

–Pero mister Gruñón ha llegado tarde –se enfurruña ella, agitando la jodida rama de muérdago en mi dirección acusadoramente–. Y ni una palabra sobre la ensalada Waldorf.

–Ya sabes, Evelyn, hay un montón de otras fiestas de Navidad en esta metrópolis a las que debía asistir esta noche, y sin embargo he elegido la tuya. ¿Por qué?, podrías preguntarme. ¿Por qué?, me he preguntado yo mismo. No he encontrado respuesta, pero aquí estoy, de modo, querida, que agradécemelo.

–¿Entonces *eres* mi regalo de Navidad? –pregunta, sarcástica–. Qué amable, Patrick, qué atento.

–No, es *esto.* –y le doy un tallarín que acabo de descubrir que tengo pegado al puño de la camisa–. Toma.

–Oh, Patrick, voy a llorar –dice, columpiando el tallarín junto al candelabro–. Es magnífico. ¿Me lo puedo poner ahora?

–No. Que se lo coma uno de los elfos. Ése de allí que parece tan hambriento. Perdona, pero necesito otra copa.

Le doy a Evelyn el plato de ensalada Waldorf y pellizco la cornamenta de Petersen y me dirijo a la barra tarareando «Noche de paz», vagamente deprimido por lo que llevan puesto la mayoría de las mujeres –jerseys de cachemira, blazers, faldas largas de lana, vestidos de pana, jerseys de cuello alto–. Tiempo frío. Nada de tías buenas.

Paul Owen está de pie junto a la barra con una copa de champán en la mano, examinando atentamente su antiguo reloj de bolsillo de plata (de Hammacher Schlemmer, sin duda), y estoy a punto de acercarme a él y mencionarle algo sobre esa jodida cuenta de Fisher, cuando Humphrey Rhinebeck tropieza conmigo al tratar de no pisar a uno de los elfos, y todavía lleva puesto un abrigo de cachemira de Crombie para Lord & Taylor, un esmoquin de lana cruzado con las solapas muy marcadas, una camisa de algodón de Perry Ellis, una pajarita de Hugo Boss y una cornamenta de papel de un modo que sugiere que no es consciente de ella, y como maquinalmente, el muy majadero dice:

–Oye, Bateman, la semana pasada llevé una chaqueta nueva de tweed a mi sastre para que me la arreglase.

–Muy bien, bueno, te felicito –digo, estrechando su mano–. Eso *es*... tener estilo.

–Gracias. –Se sonroja, bajando la vista–. En cualquier caso, se fijó en que el que me la vendió había quitado la etiqueta original y la había reemplazado por la suya. Me gustaría saber una cosa, ¿es *legal* eso?

–Está algo confuso, lo sé –digo, sin dejar de moverme entre la gente–. Una vez que a un fabricante le han comprado una línea de prendas de vestir, es perfectamente legal que el que las vende remplace la etiqueta original por la suya. Sin embargo, *no* es legal que las remplace con la etiqueta de otro vendedor.

–Espera un momento. ¿Y eso por qué? –pregunta, tratando de dar un trago a su martini mientras me sigue.

–Porque los datos referentes al contenido de fibra y al país de origen o al número de registro del fabricante deben permanecer *intactos.* La falsificación de etiquetas es muy difícil de detectar y raramente se denuncia –le grito por encima del hombro. Courtney está besando a Paul Owen en la mejilla, con las manos entrelazadas con firmeza. Me pongo tenso y dejo de andar. Rhinebeck se me echa encima. Pero ella se aparta, saludando a alguien con la mano.

–Entonces, ¿cuál es la mejor solución? –dice Rhinebeck, desde detrás de mí.

–Comprar prendas de etiquetas conocidas y tener cuidado con esas jodidas antenas que llevas en la cabeza, Rhinebeck. Pareces un subnormal. Perdona que te lo diga. –Me alejo, pero no antes de que Humphrey se lleve la mano a la cabeza y se toque la cornamenta.

–Oh, *Dios* santo.

–¡Owen! –exclamo, tendiéndole alegremente una mano, mientras con la otra cojo un martini de la bandeja de un elfo que pasa junto a mí.

–¡Marcus! Feliz Navidad –dice Owen, estrechándome la mano–. ¿Qué ha sido de ti? Un alcohólico del trabajo, me imagino.

–Hace mucho que no te veo –digo, luego le guiño el ojo–. ¿Conque alcohólico del trabajo, eh?

–Oye, acabamos de venir del Knickerbocker Club. –Y entonces saluda a alguien que tropieza con él–: Hola, Kinsley. –Luego me sigue diciendo–: Vamos a ir a Nell's. Tenemos la limusina enfrente.

–Deberíamos comer –le digo, tratando de imaginar un modo de sacar a relucir la cuenta de Fisher sin que se note demasiado.

–Sí, sería estupendo –dice–. A lo mejor puedes traer a...

–¿*Cecelia?* –apunto.

–Sí. A Cecelia –dice él.

–Oh, a *Cecelia*... le encantaría –digo.

–Muy bien, pues que venga contigo. –Sonríe.

–Sí. Podríamos ir a... Le Bernardin –digo, después de hacer una pausa–, a tomar... *unos mariscos.* ¿Te parece bien?

–Le Bernardin está el primero en la Zigat de este año. –Asiente–. ¿Lo sabías?

–Podríamos tomar también... –vuelvo a hacer una pausa, mirándole fijamente– algo de *pescado.*

–Erizos de mar –dice él, examinando atentamente la habitación–. A Meredith le encantan los erizos de mar.

–¿De verdad? –pregunto.

–Meredith –llama él, haciendo un gesto a alguien que está detrás de mí–. Ven aquí.

–¿Está *aquí?* –pregunto.

–Está hablando con Cecelia allí –dice–. Meredith –vuelve a llamar, moviendo la mano. Me doy la vuelta. Meredith y Evelyn se dirigen hacia nosotros.

Me doy rápidamente la vuelta hacia Owen.

Meredith se nos acerca acompañada de Evelyn. Meredith lleva un vestido y un bolero de gabardina y lana con perlitas de Geoffrey Beene para Barney' s, unos pendientes de oro y diamantes de James Savitt (13.000 dólares), guantes de Geoffrey Beene para Portolano Products, y dice:

–Hola, chicos. ¿De qué estabais hablando? ¿Haciendo la lista de regalos de Navidad?

–De los erizos de mar de Le Bernardin, querida –dice Owen.

–Mi tema de conversación *favorito.* –Meredith me pasa el brazo sobre el hombro, mientras me confía, como en un aparte–: Son fabulosos.

–Deliciosos. –Toso, nervioso.

–¿Qué opináis de la ensalada Waldorf? –pregunta Evelyn–. ¿*Os* ha gustado?

–Cecelia, querida, todavía no la he probado –dice Owen, reconociendo a alguien al otro lado de la habitación–. Pero me gustaría saber p r qué Laurence Tisch está sirviendo el ponche.

–Ése *no* es Laurence Tisch *se* lamenta Evelyn, realmente molesta–. Es un elfo de Navidad. *Patrick,* ¿qué le has dicho?

–Nada –digo yo–. *Cecelia.*

–Además, Patrick, eres el Gruñón.

Ante la mención de mi nombre, de inmediato me pongo a balbucear, esperando que Owen no lo haya notado.

–Bien, *Cecelia,* le he dicho que creía que era, ya sabes, una mezcla de los dos, como... un *Tisch* de Navidad. –Luego, nerviosamente, cojo una ramita de perejil de un canapé de paté de la bandeja que lleva un elfo que pasa y se la pongo a Evelyn en la cabeza antes de que pueda decir nada–. ¡Atención al muérdago! –grito, y los que nos rodean de repente se apartan, y luego la beso en los labios mientras miro a Owen y Meredith, que me observan fijamente con extrañeza, y con el rabillo del ojo distingo a Courtney, que está hablando con Rhinebeck y me mira con odio, ultrajada.

–Oh, Patrick... –empieza Evelyn.

–*¡Cecelia!* Ven aquí inmediatamente. –Le tiro del brazo y les digo a Owen y Meredith–: Perdonadnos. Tenemos que hablar con ese elfo y aclarar todo esto.

–Lo siento mucho –les dice ella a los dos, encogiéndose de hombros con desamparo, mientras yo tiro de ella–. *Patrick,* ¿qué es lo que pasa?

Me las arreglo para llevarla hasta la cocina.

–Oye –le digo, cogiéndola por los hombros, cara a cara–. Vayámonos de aquí.

–Oh, Patrick –dice ella, sollozando–. No me puedo ir. ¿No lo estás pasando bien?

–*¿Por qué* no te puedes ir? –pregunto–. ¿No llevas ya demasiado tiempo aquí?

–Patrick, es *mi* fiesta de Navidad –dice ella–. Además, los elfos van a cantar «O Tannenbaum» en cualquier momento.

–Vámonos, Evelyn. Salgamos de aquí. –Estoy a punto de ponerme histérico, aterrado ante la perspectiva de que Paul Owen o, peor aún, Marcus Halberstam, entre en la cocina–. Quiero alejarte de todo esto.

–¿De todo *qué?* –pregunta Evelyn, luego sus ojos se estrechan–. No te ha gustado la ensalada Waldorf, ¿ha sido eso, verdad?

–Quiero alejarte de esto –digo, señalando la cocina, paralizado.

Entra un elfo en la cocina, con una bandeja de platos sucios, y detrás de él distingo a Paul Owen que está inclinado gritándole algo al oído a Meredith por encima del estruendo de la música navideña, y luego él recorre atentamente la habitación con la vista como buscando a alguien, y luego distingo a Courtney y agarro a Evelyn y la acerco a mí todavía más.

–¿Sushi? ¿Elfos? Patrick, me estás armando un lío –dice Evelyn–. Y *no* me gusta eso.

–Vámonos. –La estrecho contra mí bruscamente, empujándola hacia la puerta trasera–. Sé amable por una vez. Aunque sólo sea por una vez en tu vida, Evelyn, sé amable.

Ella se detiene, resistiéndose a que la empuje, y luego se pone a sonreír, considerando mi ofrecimiento, pero sólo decidida a medias.

–Vayámonos de aquí... –empiezo a suplicar–. Hazme ese regalo de Navidad.

–Oh no, ya he pasado por Brooks Brothers y... –empieza.

–No sigas. Vámonos, quiero que nos vayamos –digo, y luego, en un desesperado intento final, sonrío coqueteando, la beso ligeramente en los labios y añado–: *Señora Bateman.*

–Oh, Patrick –suspira ella, derritiéndose–. ¿Y quién va a recoger las cosas?

–Los enanos –le aseguro.

–Pero tiene que controlarlos alguien, querido.

–Entonces escoge a un enano. Haz que uno de ellos controle a los demás –digo–. Pero vayámonos, *ya.* –Empiezo a empujarla hacia la puerta trasera, mientras sus zapatos rechinan cuando se desliza sobre las losas de mármol de Muscoli.

y luego salimos, corremos por la calleja trasera de la casa y nos detenemos y atisbamos por la esquina para comprobar si alguien conocido entra o se marcha de la fiesta. Corremos a una limusina que creo que *es* la de Owen, pero no quiero que Evelyn sospeche nada; así que me dirijo a la más cercana, abro la puerta y la empujo dentro.

–*Patrick* –chilla ella, encantada–. Es tan atrevido. *Y* en una limusina... –Cierro la puerta y rodeo el coche y golpeo en la ventanilla del conductor. El conductor la baja.

–Hola –digo, tendiéndole la mano–. Soy Pat Bateman.

El conductor se limita a mirar, con un pitillo apagado en la boca, primero mi mano abierta, luego mi cara, después mi coronilla.

–Pat Bateman –repito

Él sigue mirándome. Me toco disimuladamente el pelo para ver si estoy despeinado y para mi sorpresa noto un par de cornamentas de papel. Tengo *cuatro* cuernos en mi *jodida cabeza.* Murmuro:

–¡Dios mío! –y me las quito y las hago pedazos y luego las miro horrorizado. Después las tiro al suelo y me vuelvo hacia el conductor.

–Pat Bateman –digo, poniéndome el pelo en su sitio.

–Muy bien. Y yo Sido –Se encoge de hombros.

–Oiga, Sid. Mister Owen dice que podemos coger este coche, de modo que... –Me interrumpo, el aliento me humea en el aire frío. –¿y quién es mister Owen? –pregunta Sido

–Paul *Owen.* Ya sabe –digo–. El que le ha contratado.

–No. Esta es la limusina de mister Barker –dice–. Bonitos cuernos.

–Mierda –digo, corriendo para sacar a Evelyn de la limusina antes de que pase algo malo, pero es demasiado tarde. Cuando estoy abriendo la puerta, Evelyn asoma la cabeza fuera y chilla:

–Patrick, querido. *Me encanta.* Champagne. . –tiene una botella de Cristal en una mano y una caja dorada en la otra –y también *trufas.*

La agarro del brazo y le quito las dos cosas, murmurando a modo de explicación:

–Nos hemos equivocado de limusina, deja las trufas. –y nos dirigimos a la limusina siguiente. Abro la puerta y ayudo a Evelyn a que suba, luego me dirijo a la parte delantera y golpeo en la ventanilla del conductor. Éste la baja. Es exactamente igual que el otro conductor.

–Soy Pat Bateman –digo, tendiéndole la mano.

–¿No me diga? Pues yo soy Donald Trump. Mi esposa, Ivana, está atrás –dice sarcásticamente, estrechándomela.

–Oiga, tenga cuidado –le advierto–. Mire, mister Owen me ha dicho que le hablara... ¿Le he dicho que soy Marcus?

–Acaba de decir que se llama Pat.

–No. Estaba equivocado –digo, mirándole con dureza y directamente–. Estaba equivocado cuando he dicho que me llamaba Pat. Me llamo Marcus. Marcus Halberstam.

–Está seguro de que ése es su nombre ¿verdad? –pregunta.

–Oiga. Mister Owen dijo que podía usar su coche lo que queda de noche, de modo que... –Me interrumpo–. Ya sabe, dejemos las cosas como están.

–Creo que debería hablar antes con mister Owen –dice el conductor, jugando conmigo.

–¡No, espere! –digo, y con más calma, añado–: Oiga, soy..., es todo correcto, de verdad. –Me pongo a reír para mí mismo–. Mister Owen está de muy, pero que de *muy* mal humor.

–No puedo hacerlo –dice el conductor sin levantar la vista para mirarme–. Es completamente ilegal. No puede ser. Déjelo.

–Vamos, tío –digo yo.

–Va completamente contra las normas de la empresa –dice él.

–Que le den por el culo a las normas de la empresa –le grito.

–¿Qué les den por el culo a las normas de la empresa? –pregunta, asintiendo y sonriendo.

–Mister Owen dice que es correcto –digo–. Puede que no me haya escuchado.

–Nada de eso. No hay nada que hacer. –Niega con la cabeza.

Hago una pausa, me estiro, me paso una mano por la cara, respiro y luego me vuelvo a inclinar.

–Oiga... –Vuelvo a tomar aliento–. Ahí dentro tienen enanos. –Señalo con el pulgar a la casa que está a mis espaldas–. Unos enanos que van a cantar «O Tannenbaum»... –Le miro implorante, suplicando su simpatía, al tiempo que pongo el adecuado aspecto de susto–. ¿Sabe usted lo espantoso que es? Elfos –trago saliva–, *cantando a coro.* –Hago una pausa, luego añado rápidamente–: Piense en ello.

–Oiga, señor...

–Marcus, se lo recuerdo.

–Marcus. Como sea. No voy a saltarme las normas. No puedo hacer una cosa así. Son las normas de la empresa. No me las voy a saltar.

Los dos quedamos en silencio. Yo suspiro, paseo la vista a mi alrededor, considerando la posibilidad de llevar a Evelyn a una tercera limusina, o puede que de volver a la de Barker –es un gilipollas total–, pero *no, maldita sea,* quiero *la de Owen.* Entretanto el conductor suspira para sí mismo.

–Si los enanos quieren cantar, déjelos que canten.

–Mierda –suelto yo, sacando mi cartera de piel de gacela–. Aquí tiene cien. –Le tiendo dos billetes de cincuenta.

–Doscientos –dice él.

–Esta ciudad le sangra a uno –murmuro, dándole el dinero.

–¿Adónde quiere ir? –pregunta, cogiendo los billetes con un suspiro, mientras arranca la limusina.

–Al Club Chernoble –digo, corriendo atrás y abriendo la puerta.

–Muy bien, *señor* –grita él.

Entro de un salto, cerrando la puerta cuando el conductor pasa afeitando la casa de Evelyn y se dirige a Riverside Drive. Evelyn está sentada junto a mí mientras recupero la respiración, secándome el sudor frío de la frente con un pañuelo de Armani. Cuando la miro, está a punto de echarse a llorar; le tiemblan los labios. Por una vez está callada.

–Me estás asustando. ¿Qué ha pasado? –*Estoy* alarmado–. ¿Qué..., qué es lo que he hecho? La ensalada Waldorf estaba buena. ¿Qué pasa?

–Oh, Patrick –dice, suspirando–. Es tan... maravilloso. No sé qué decir.

–Bueno... –hago una pausa con mucho cuidado–, pues yo tampoco.

–Esto –dice, mostrándome un collar de diamantes de Tiffany, el regalo que Owen le ha hecho a Meredith–. Bueno, ayúdame a ponérmelo, querido. No eres nada gruñón, cariño.

La limusina da un frenazo y Evelyn cae contra mí, riendo, luego me besa en la mejilla.

–Es fabuloso, me encanta... Ups, debe saberme el aliento a trufa. Lo siento, cariño. Mira a ver si hay champán y sírveme una copa.

–Pero... –Miro desesperado al resplandeciente collar–. No es *ése.*

¿Cómo? –pregunta Evelyn, examinando la limusina–. ¿Hay copas por ahí? ¿Qué no es, cariño?

–Ése no es –hablo monótonamente.

–Oh, cariño. –Sonríe–. ¿Tienes algo más para mí?

–No, lo que quería decir...

–Vamos, vamos, diablillo –dice, buscando juguetonamente en el bolsillo del pecho de mi chaqueta–. Venga, ¿qué es?

–¿Qué es *qué?* –pregunto, tranquilo y aburrido.

–Tienes que tener algo más. Deja que lo adivine. ¿Una sortija a juego? –dice–. ¿Un brazalete a juego? ¿Un *broche?* Seguro que es eso. –Palmotea–. ¡Es un broche a juego!

Mientras intento apartarla, sujetándole uno de los brazos detrás, el otro se agita a mis espaldas y me saca algo del bolsillo –otra de las galletitas de la fortuna que le he quitado al chino muerto–. La mira, desconcertada durante unos momentos, y dice:

–Patrick, era tan... romántico. –y luego, examinando la galle

tita de la fortuna y con menos entusiasmo, añade–: Tan... original.

Yo también estoy mirando la galletita de la fortuna. Está muy manchada de sangre y me encojo de hombros y digo, lo más jovialmente que puedo:

–Bueno, ya me conoces.

–Pero ¿qué es esto? –Se la acerca a la cara, mirándola fijamente–. ¿Qué es esta... cosa roja?

–Es... –También yo la miro fijamente, haciendo como que estoy intrigado por las manchas, luego sonrío–. Es salsa agridulce.

Evelyn la abre, muy excitada, y lee detenidamente el papelito, y parece confusa.

–¿Qué dice? –pregunto, poniendo la radio y luego buscando el attaché de Owen por la limusina, mientras me pregunto dónde podrá estar el champán, y veo la caja de Tiffany, abierta y vacía en el suelo; abrumadora, deprimente.

–Dice... –Evelyn hace una pausa, luego la lee con mucho cuidado–. Dice: *El foie gras fresco de Le Cirque es excelente pero la ensalada de langosta sólo es así así.*

–Es bonito –murmuro, buscando copas de champán, cintas magnetofónicas, lo que sea.

–Dice eso de verdad, Patrick. –Me tiende el papelito, con una ligera sonrisa asomándole a la cara que incluso distingo en la oscuridad de la limusina–. ¿Qué puede significar? –pregunta tímidamente.

Se lo cojo, lo leo, luego miro a Evelyn, luego la inscripción, luego miro hacia fuera por los cristales ahumados; los copos de nieve que se arremolinan en torno a las farolas, a la gente que esperad autobús, a los mendigos que avanzan sin rumbo por las calles de la ciudad, y digo en voz alta para mí mismo:

–Podría tener peor suerte. De verdad que podría.

–Cariño –dice ella, echándome los brazos al cuello–. ¿Una comida en LeCirque? Eres el mejor. No eres gruñón. Me retracto. ¿El jueves? ¿le viene bien el jueves? Oh, no, el jueves yo no puedo. Tengo tratamiento de hierbas. Pero ¿qué tal el viernes?

La aparto y golpeo con los nudillos en el cristal que nos separa del conductor, hasta que éste lo baja.

–Sid, quiero decir Earle, o como sea, éste no es el camino del Chernoble.

–Sí que lo es, mister Bateman.

–¿Cómo?

–Quiero decir mister *Halberstam.* La avenida C, ¿no? –Tose educadamente.

–Eso es –digo, mirando por la ventanilla–. No reconozco nada.

–¿La avenida C? –Evelyn levanta la vista del collar que Paul Owen le ha comprado a Meredith–. ¿Qué es eso de la avenida C? ¿Es como en... Cartier?

–Está muy de moda –le aseguro–. Totalmente de moda. –¿Ya has estado, tú? –pregunta.

–Millones de veces –murmuro.

–¿Chernoble? No, al Chernoble *no* –se lamenta ella–. Querido, es *Navidad.*

–¿Y qué coño quieres decir con *eso?* –pregunto. –Conductor, conductor... –Evelyn se echa hacia delante, balanceándose encima de mis rodillas–. Conductor, vamos al Rainbow Room. Conductor, al Rainbow Room, por favor.

La empujo hacia atrás.

–No le haga caso. Al Chernoble. –Aprieto el botón y el cristal que nos separa del conductor se sube.

–Oh, Patrick. Es *Navidad* –gime ella.

–Dices eso sin parar como si *significara* algo –digo, mirándola fijamente.

–Pero es que es *Navidad* –vuelve a quejarse.

–No puedo *soportar* el Rainbow Room –digo, terminante. –¿y por qué *no,* Patrick? –lloriquea–. En el Rainbow Room tienen la mejor ensalada Waldorf de la ciudad. ¿Te ha gustado la mía? ¿Te ha gustado mi ensalada Waldorf, cariño?

–Dios santo –susurro, tapándome la cara con las manos. –Sinceramente. ¿Te ha gustado? –pregunta Evelyn–. Lo único que me preocupa de verdad era *eso* y el relleno de castañas... –Hace una pausa–. Bien, pues el relleno de castañas estaba..., bueno, espeso, ya sabes...

–No quiero ir al Rainbow Room –la interrumpo; sigo tapándome la cara con las manos–, porque allí no consigo drogas.

–Oh... –Me mira con desaprobación–. ¿Drogas, Patrick? ¿De qué tipo de, ejem, drogas estás hablando?

–De drogas, Evelyn. Cocaína. *Drogas.* Esta noche quiero cocaína. ¿Lo entiendes? –Me siento muy recto y la miro fijamente.

–Patrick –dice, negando con la cabeza, como si hubiera perdido su fe en mí.

–Noto que estás desconcertada –señalo.

–No quiero participar en eso –protesta.

–No tienes por qué hacerla –digo yo–. Puede que ni siquiera te lleve.

–No entiendo por qué tienes que echarme a perder estos días del año –dice.

–Piensa en ello como en... *nieve.* Como en unas Navidades blancas. Unas Navidades blancas carísimas –digo.

–Bien... –dice ella, animándose–. Es una especie de local de los barrios bajos muy excitante, ¿verdad?

–Treinta pavos la entrada *por cabeza* no es exactamente muy propio de los barrios bajos, Evelyn. –Luego pregunto desconfiadamente–: ¿Por qué no has invitado a Donald Trump a tu fiesta?

–No, Donald Trump *otra vez,* no –se queja Evelyn–. Dios santo, ¿es por eso que te has comportado como un payaso? ¡Esta obsesión tuya se *tiene* que terminar! –prácticamente grita–. ¡Es por eso que te has comportado como un gilipollas!

–Ha sido la ensalada Waldorf, Evelyn –digo, con los dientes apretados–. ¡Ha sido la ensalada Waldorf la que me ha hecho comportarme como un gilipollas!

–Dios mío. ¿Lo dices de verdad? –Echa la cabeza hacia atrás con desesperación–. Lo sabía, lo sabía.

–¡Pero si tú ni siquiera la has probado! –grito–. ¡La has comprado *hecha!*

–Dios mío –gime–. No me lo puedo creer.

La limusina se detiene delante del Club Chernoble, donde la multitud espera más allá de los cordones, en la nieve. Evelyn y yo nos bajamos, y utilizándola a ella, ante su disgusto, como ariete, me abro entre la multitud y por suerte distingo a alguien que es exactamente igual que Jonathan Leatherdale, que está a punto de entrar, y empujando sin ningún miramiento a Evelyn, que todavía sujeta su regalo de Navidad, le grito:

–Jonathan, oye, Leatherdale. –y de repente, y predeciblemente, toda la multitud se pone a gritar:

–Jonathan, oye, Jonathan.

Me distingue al volverse y grita:

–¡Hola, Baxter! –y guiña el ojo, alzando el pulgar, pero no a mí, a otra persona. De todos modos, Evelyn y yo hacemos como que vamos con ese grupo. El portero cierra los cordones y pregunta:
–Ustedes dos. ¿Han venido en esa limusina? –Mira hacia el bordillo de la acera y señala con la cabeza.

–Sí. –Evelyn y yo asentimos enérgicamente con la cabeza.

–Pueden entrar –dice él, levantando los cordones.

Entramos y pago sesenta dólares, y ni un solo vale para copas. El club está predeciblemente a oscuras, si se exceptúa el relampaguea de las luces estroboscópicas, e incluso con ellas, lo único que puedo ver de verdad es hielo seco que sale de un aparato de niebla y a una tía buena que baila «New Sensation» de INXS, que atruena por los altavoces a un volumen que hace vibrar el cuerpo. Le digo a Evelyn que vayamos a la barra por dos copas de champán.

–Por supuesto –me responde gritando, y nos dirigimos decididamente hacia un delgado tubo de neón blanco, la única luz que ilumina lo que podría ser un sitio donde sirven alcohol. Entretanto, le compro un gramo a un tipo que se parece a Mike Donaldson, y después de debatir durante diez minutos, mientras me alejo del chico, si debería librarme de Evelyn o no, ésta se acerca con dos copas medio llenas de champán, indignada, con cara triste.

–Es Korbel–grita–. *Vayámonos* de aquí. Yo niego con la cabeza y grito a mi vez: –Vamos a los servicios.

Ella me sigue.

El único cuarto de baño de Chernoble es unisex. Ya hay dentro otras dos parejas, una de ellas en el retrete. La otra pareja está impaciente, como nosotros, esperando que se vacíe el retrete. La chica lleva un top de seda, una falda de chiffon y seda, y unas mallas de "seda, todo de Ralph Lauren. Su

novio lleva un traje de, creo, William Fioravanti o Vincent Nicolosi o Scali –un italiano–. Los dos tienen copas de champán en la mano: la de él, llena; la de ella, vacía. No se oye nada si se exceptúan las esnifadas y las risas apagadas que salen del retrete, y la puerta del cuarto de baño es lo bastante gruesa para impedir que entre la música, si se exceptúa el profundo retumbar de la batería. El chico da golpecitos impacientes en el suelo con el pie. La chica no deja de suspirar y de quitarse el pelo de los hombros con unos extraños y bruscos movimientos de cabeza; luego nos mira a Evelyn y a mí y le susurra algo a su novio. Por fin, después de que le vuelva a susurrar algo, él asiente y se marchan.

–Gracias a *Dios* –susurro yo, toqueteando el gramo que tengo en el bolsillo; luego le digo a Evelyn–: ¿Por qué estás tan callada?

–Por la ensalada Waldorf –murmura ella, sin mirarme–. Maldita sea.

Se" oye un dic, se abre la puerta del retrete y una pareja joven –el chico lleva un traje cruzado de lana, camisa de algodón y corbata de seda, todo de Givenchy, la chica lleva un vestido de seda de flores con réborde de avestruz de Geoffrey Beene, pendientes de plata dorada de Stephen Dweck Modeme y zapatos de baile de gro de Chanel– sale, limpiándose discretamente la nariz el uno al otro, y se miran al espejo antes de abandonar los servicios, y –justo cuando Evelyn y yo estamos a punto de metemos en el retrete que han dejado vacío, la primera pareja entra corriendo y trata de pasar antes.

–*Perdona* –digo, con el brazo estirado, bloqueando la entrada–. Os habéis marchado. Nos toca, bueno, a nosotros, ¿entiendes?

—Oye, no, me parece que no –dice el chico mansamente. –Patrick –me susurra Evelyn desde atrás–. Déjales..., ya sabes.

–Espera. No. *Nos* toca a nosotros –digo yo.

–Sí, pero *nosotros* estábamos esperando antes.

–Oye, no *quiero* ponerme a discutir...

–Pues es lo que estás haciendo –dice la chica, aburrida pero con expresión de desprecio.

–Vaya por Dios –murmura Evelyn detrás de mí, mirando por encima de mi hombro.

–Oye, entraremos primero nosotros –escupe la chica, a la que no se me ocurriría follarme.

–Valiente *puta* –murmuro, negando con la cabeza.

–Oye –dice el chico ablandándose–. Mientras lo discutimos, podría entrar alguno.

–Dios santo –dice la chica, con las manos en las caderas, y luego a Evelyn y a mí–: No vais a entrar antes.

–Eres una puta –murmuro, incrédulo–. Apestas, ¿lo sabías? Evelyn me coge del hombro.

–Patrick.

El chico ya se a puesto a esnifar su coca, echando el polvo que saca de un tubito marrón en una cucharilla, aspirando y luego riéndose, apoyado en la puerta.

–Tu novia es una puta –le digo.

–*Patrick* –dice Evelyn–. Cállate.

–Es una puta –digo, señalándola.

–*Patrick,* discúlpate –dice Evelyn.

El chico parece histérico, con la cabeza echada hacia atrás, esnifando ruidosamente, luego se parte de risa y trata de recuperar la respiración.

–*Dios* santo –dice Evelyn, asustada–. ¿Por qué te ríes? Defiéndela.

–¿Por qué? –pregunta el chico, y se encoge de hombros, con polvo blanco en los agujeros de la nariz–. Tiene razón.

–Me marcho, Daniel –dice la chica, a punto de echarse a llorar–. No lo puedo soportar. No *lo* puedo soportar. Te lo he advertido en Bice.

–Adelante –dice el chico–. Vete. Haz lo que quieras. Lárgate. No me importa.

–Patrick, ¿ves lo que has hecho? –pregunta Evelyn, poniéndose delante de mí–. Eso es intolerable. –y luego, alzando la vista a los fluorescentes del techo, añade–: Y si esto es luz... Me marcho. –Pero no se mueve, esperando.

–Me marcho, Daniel –dice la chica–. ¿Me has *oído?*

–*Adelante.* Olvídame –dice Daniel, mirándose la nariz en el espejo y haciéndole señas con la mano de que se vaya–. He dicho que te puedes largar.

–Vaya utilizar el retrete –digo yo–. ¿Os parece bien? ¿Le importa a alguien?

–¿No vas a defender a tu novia? –le pregunta Evelyn a Daniel.

–¿Y qué coño quieres que haga? –Daniel la mira por el espejo, limpiándose la nariz y volviendo a esnifar–. La he invitado a cenar. Le he presentado a Richard Marx. ¿Qué más quiere?

–Pártele la cara –sugiere la chica, señalándome.

–Oye, guapa –digo yo, moviendo la cabeza–, no sabes la de cosas que te podría hacer con una percha.

–Adiós, Daniel –dice ella, haciendo una dramática pausa–. Me largo de aquí.

–Muy bien –dice Daniel, levantando el tubito–. Más para mi.

–Y no se te ocurra llamarme –grita, abriendo la puerta–. Esta noche tengo puesto el contestador automático y no atenderé ninguna llamada tuya.

–Patrick –dice Evelyn, todavía tranquila, remilgadamente–. Estaré fuera.

Espero un momento, mirándola desde el interior del retrete, luego miro a la chica que está en la puerta.

–¿A qué coño esperas?

–Patrick –dice Evelyn–, no digas algo que luego tengas que lamentar.

–Lárgate si quieres –digo yo–. Márchate. Llévate la limusina.

–Patrick...

–*Vete* –rujo–. ¡El gruñón dice que *te vayas!*

Cierro de un portazo y me pongo a coger coca de la papelina con mi American Express Platino, metiéndomela en la nariz. Entre las esnifadas oigo que Evelyn se marcha, diciéndole a la chica entre sollozos:

–Ha hecho que me marchara de mi propia fiesta de Navidad, ¿te lo puedes creer? *Mi* fiesta de Navidad.

Y oigo que la chica dice con desprecio:

–Así es la vida.

Me echo a reír con voz ronca, dándome cabezazos contra el tabique lateral del retrete, y luego oigo que el chico se mete otros dos toques y luego se marcha. Después de terminar con la mayor parte del gramo, atisbo por la parte de arriba del retrete para ver si Evelyn todavía anda por aquí, haciendo pucheros, mordiéndose el labio inferior toda apenada –oh *vaya vaya* pequeña–, pero no ha vuelto, y entonces me imagino a Evelyn ya la novia de Daniel en la cama, la chica separando las piernas de Evelyn y ésta a cuatro patas chupándole el ojo del culo, manoseándole el coño, y eso me

deja mareado y salgo rápidamente de los servicios, vuelvo al club, cachondo y desesperado, con ansias de relacionarme con alguien.

Pero ya es tarde y el público ha variado: ahora el club está lleno de punks y negros, y hay menos tipos que trabajen en Wall Street y más chicas ricas aburridas de la avenida A, y la música ha cambiado; en lugar de Belinda Carlisle cantando «I Feel Free», un negro canta *rap,* si lo oigo correctamente, algo que se titula «La mierda de ella en la polla de él», y me acerco a una pareja de tías buenas ricas, las dos con vestidos tipo Betsey Johnson, y me siento increíblemente colocado y me pongo a decir:

–Buena música..., ¿no os he visto en Salomon Brothers?

Y una de las chicas se ríe burlonamente y dice:

–Vuelve a Wall Street.

Y la que lleva un *anillo en la nariz* dice:

–Jodido yuppie.

Y dicen esto aunque mi traje parece negro con la oscuridad del club y mi corbata –escocesa, Armani, de seda– está aflojada.

–Oídme bien –digo, rechinando los dientes–. Podéis creer perfectamente que soy un yuppie asqueroso, pero no lo soy, *de verdad* –les digo, tragando rápidamente, con la cabeza disparada.

Dos negros están sentados con ellas en su misma mesa. Los dos llevan pantalones vaqueros descoloridos, camisetas y cazadoras de cuero. Uno lleva gafas de espejo; el otro, la cabeza afeitada. Los dos me miran fijamente. Muevo la cabeza a uno y otro lado, tratando de imitar a un rapper.

–Oídme –digo–. Soy el mejor, ya sabéis... como, bueno, un rebelde. –Tomo un sorbo de champán–. Ya sabéis, un rebel...

Para demostrar esto, o lo que sea, veo a un negro con tirabuzones y me dirijo a él y exclamo:

–¡Rasta man! –y alzo la mano, preparado para darle una palmada. Pero el jodido negro se limita a quedarse inmóvil–. Quería decir –toso–. Bueno... –y luego, con menos entusiasmo–. Bueno, bromeaba.

Me aparta de un empujón, moviendo la cabeza. Me vuelvo para mirar a las chicas. Éstas niegan con la cabeza, advirtiéndome que no me vuelva a acercar. Me doy la vuelta y miro a una tía buena que está bailando sola junto a una columna, termino el champán y me dirijo a ella, pidiéndole su número de teléfono. Sonríe. Se marcha.

Nell's

Medianoche. Estoy sentado a una mesa de Nell's con Craig McDermott y Alex Taylor –que está muy pasado– y tres modelos de Elite: Libby, Daisy y Caron. Es casi verano, mediados de mayo, pero el club tiene aire acondicionado y se está fresco, la música de una banda ligera de jazz llena la sala medio vacía, los ventiladores del techo dan vueltas y una inmensa multitud espera fuera bajo la lluvia; una masa ondulante. Libby es rubia y lleva unos zapatos negros de noche, de tacón alto, de gro exageradamente puntiagudos con lazos de raso rojo, de Yves Saint Laurent. Daisy es más rubia y lleva zapatos de raso negro abiertos por delante que destacan sobre unas medias negras salpicadas de plata, de Betsey Johnson. Caron es rubia platino y lleva botas de cuero muy puntiagudas con tacones cónicos y vuelta de luna, de Karl Lagerfeld para Chanel. Las tres llevan unos mínimos vestidos negros de lana de Giorgio di Saint Angelo y toman champán con zumo de arándanos y aguardiente de melocotón y fuman pitillos alemanes –pero no me quejo, aunque creo que me gustaría más Nell's si establecieran una zona para no fumadores–. Dos de ellas llevan gafas de sol Giorgio Armani. Libby tiene jet lag. De las tres, Daisy es la única con la que me apetecería remotamente follar. Horas antes, después de una reunión con mi abogado para tratar de unas falsas acusaciones de violación, he tenido un ataque de ansiedad en Dean & Deluca que he superado haciendo ejercicio en Xclusive. Luego me he reunido con las modelos para tomar unas copas en el Trump Plaza. A esto ha seguido una película francesa que no he entendido en absoluto, pero que de todos modos era bastante chic, luego hemos cenado en un restaurante japonés que se llama Vivids y estaba cerca del Lincoln Center, y hemos ido a una fiesta que daba un ex novio de una de las modelos en su apartamento de Chelsea, donde servían una sangría muy mala. La noche pasada tuve unos sueños pornográficos en los que me follaba a chicas de cartón. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre el aerobic.

Yo llevo un traje de lana de dos botones con pantalones de pinzas de Luciano Soprano, una camisa de algodón de Brooks Brothers y una corbata de seda de Armani. McDermott se ha puesto un traje de lana de Lubiam y un pañuelo de bolsillo de lino de Ashear Bros, una camisa de algodón de Ralph Lauren y una corbata de seda de Christian Dior, y está a punto de lanzar una moneda al aire para ver cuál de nosotros va a ir al piso de abajo a conseguir polvo boliviano que nos anime, porque, aunque *ninguno* quiere seguir sentado allí con las chicas, aunque probablemente nos las queramos follar, no queremos, de hecho *no podemos* hablar con ellas, ni siquiera en plan condescendiente –simplemente no tienen *nada* que decir y, me refiero a que esto no me debería sorprender aunque en cierto modo me desoriente–. Taylor está sentado muy tieso, pero tiene los ojos cerrados, la boca ligeramente abierta, y aunque McDermott y yo en principio hemos pensado que protestaba por la falta de habilidad verbalde las chicas haciendo como que estaba dormido, se nos ocurre que anda realmente jodido (lleva incoherente desde los tres sakes que ha tomado en Vivids), pero ninguna de las chicas le presta atención, excepto quizá Libby, que es la que está sentada junto a él, pero lo dudo, lo dudo mucho.

–Cara, cara, cara –murmuro para mí mismo. McDermott lanza la moneda.

–Cruz, cruz, cruz –dice, y luego pone la mano encima de la moneda, una vez que ésta ha aterrizado en su servilleta.

–Cara, cara, cara –repito yo, rezando.

Alza la palma de la mano.

–Es cruz –dice, mirándome.

Contemplo la moneda durante largo rato, antes de decir: –Lánzala de nuevo.

–Hasta ahora –dice él, mirando a las chicas antes de levantarse. Luego me mira a mí, pone los ojos en blanco, se sacude brevemente la cabeza–. Oye –me recuerda–. Quiero otro martini. De Absoluto Doble. Sin aceituna.

–Date prisa –le digo, y luego, para mí mismo, viendo como se despide alegremente con la mano desde el comienzo de la escalera, añado–: Jodido subnormal.

Paseo la vista por la sala. Detrás de nosotros, una mesa de tías buenas euro basura, que sospechosamente parecen travestidos brasileños, se ríen al unísono. Vamos a ver..., el sábado por la noche voy al partido de los Mets con Jeff Harding y Leonard Davis. Alquilo unas películas de Rambo el domingo. El nuevo Lifecycle me lo entregarán el lunes... Miro a las tres modelos durante una agónica cantidad de tiempo, minutos, antes de decir algo, notando que una ha pedido un plato de rodajas de papaya y otra un plato de espárragos, aunque los dos permanecen sin tocar. Daisy me mira con cuidado, luego apunta con la boca en mi dirección y suelta el humo hacia mi cabeza, aunque no me entra en los ojos, que en cualquier caso llevo protegidos por las gafas Oliver Peoples con montura de secoya que he llevado puestas la mayor parte de la noche. Otra, Libby, la chica con jet lag, está tratando de desdoblar su servilleta. Mi nivel de frustración es sorprendentemente bajo, porque las cosas podrían ir peor. Después de todo, podrían ser *inglesas.* Podríamos estar tomando... *té.*

–Bien, bien –digo, uniendo las manos, tratando de parecer atento–. Hoy ha hecho calor. ¿No?

–¿Adónde ha ido Greg? –pregunta Libby, notando la ausencia de McDermott.

–Bueno, es que Gorbachov está en el piso de abajo –le digo–. McDermott, *Greg,* va a firmar un tratado de paz con él, entre Estados Unidos y Rusia. –Hago una pausa, tratando de calcular su reacción, antes de añadir–: McDermott es el que está detrás de la glasnot, ya sabes.

–Bueno..., claro... –dice ella, con una voz imposible, sin entonación, asintiendo–. Pero me ha dicho que se dedicaba a fusiones de empresas y... adquisiciones.

Yo estoy mirando a Taylor que sigue dormido. Tiro de uno de sus tirantes y lo suelto, pero no reacciona, no se mueve, luego me vuelvo hacia Libby.

–No estarás desconcertada, ¿verdad?

–No –dice ella, encogiéndose de hombros–. La verdad es que no.

–Gorbachov no está abajo –dice Caron, de repente.

–¿Has mentido? –pregunta Daisy, sonriendo.

Estoy pensando: «Vaya por Dios.»

–Sí. Caron tiene razón. Gorbachov no está abajo. Está en Tunnel. Perdonad un momento. Camarera. –Agarro a una tía buena que pasa junto a nuestra mesa y que lleva un vestido de encaje azul marino de Bill Blass con un volante de organza–. Yo quiero un J&B con hielo y que me traiga un cuchillo de carnicero o algo afilado de la cocina. ¿Y vosotras, chicas?

Ninguna dice nada. La camarera está mirando a Taylor. Yo también le miro, y luego a la camarera que está tan buena, y luego de nuevo a Taylor.

–A él tráele, bueno, un sorbete de pomelo y, oh, digamos, que un whisky escocés, ¿de acuerdo?

La camarera se limita a mirarle.

–Venga, guapa. –La despido agitando la mano delante de su cara–. ¿J&B? ¿Con hielo? –le digo, imponiéndome a la banda de jazz, que está en mitad de una buena interpretación de «Take Five».

Por fin ella asiente.

–Y a ellas tráeles –señalo a las chicas– lo que estén tomando–. ¿Ginger, vale? ¿Vino?

–No –dice Libby–. Es champán. –y le pregunta a Caron–: ¿Verdad?

–Eso creo. –Caron se encoge de hombros.

–Con aguardiente de melocotón –le recuerda Daisy. –Champán –le repito a la camarera–. Con, bueno, aguardiente de melocotón. ¿Entiendes?

La camarera asiente, toma nota, se marcha, y yo le miro el culo según se aleja, luego miro a las tres chicas, examinándolas atentamente para ver si encuentro alguna señal de traición en sus rostros, un gesto que suprima su aspecto de robots, pero Nell's está bastante a oscuras y mi esperanza sólo es un deseo injustificado, de modo que vuelvo a unir las manos y respiro.

–Ha hecho calor hoy. ¿Verdad?

–Necesito unas pieles nuevas –dice Libby, suspirando, y mira su copa de champán.

–¿Largas o hasta la pantorrilla? –pregunta Daisy, con la misma voz sin entonación.

–¿Y una estola? –sugiere Caron.

–Bueno, unas largas o... –Libby se interrumpe y piensa intensamente durante un minuto–. He visto unas cortas que...

–Pero de Ce visón, ¿verdad? –dice Daisy–. *De Visón,* sin la menor duda.

–Claro. De visón –dice Libby.

–Oye, Taylor –susurro, dándole unos meneas–. Despierta. Están hablando. Tienes que ver esto.

–Pero ¿de *qué* tipo? –Caron parece lanzada.

–¿No os parece que algunos visones son demasiado... *esponjosos?* –pregunta Daisy.

–Algunos visones *son* demasiado esponjosos. –Esta vez es Libby. –El zorro plateado se lleva *mucho* –murmura Daisy.

–Las de tonos beige también se llevan mucho –asegura Libby. –¿Cómo cuáles? –pregunta una.

–Lince. Chinchilla. Armiño. Marta...

–¿Qué tal? –dice Taylor, despertándose y parpadeando–. Estoy aquí.

–Vuelve a dormirte, Taylor –digo yo, suspirando. –¿Dónde está mister McDermott? –pregunta, desperezándose.

–Ha ido abajo. A buscar coca. –Me encojo de hombros. –El zorro plateado se lleva mucho –dice una de las chicas. –Mapache. Turón. Ardilla. Rata almizcleña. Cordero mogol. –¿Estoy soñando? –Me pregunta Taylor–, o... ¿están hablando de verdad?

–Bueno, me parece que por eso se puede tomar. –Doy un respingo–. Chisto Escucha. Es sugerente.

En el restaurante japonés de esta noche, McDermott, en un estado de completa frustración, les ha preguntado a las chicas si sabían el nombre de alguno de los nueve planetas. Libby y Caron han dicho que la kuna. Daisy no estaba segura de ninguno, pero ha dicho... Cometa. Daisy creía que Cometa era un planeta. Pasmados, McDermott, Taylor y yo le hemos asegurado que eso era.

–Bueno, ahora no resulta difícil encontrar buenas pieles –dice lentamente Daisy–. Desde que los diseñadores de ropa confeccionada se dedican al campo de la piel, aumentan las posibilidades de elección, porque cada diseñador elige pieles diferentes para proporcionar a sus colecciones un carácter personal.

–Es todo tan espantoso –dice Caron, estremeciéndose. –No te asustes –dice Daisy–. Las pieles sólo son un accesorio. No te asustes por eso.

–Pero un accesorio lujoso –señala Libby.

Pregunto a la mesa:

–¿Ha jugado alguien con una TEC de nueve milímetros Uzi? Es un arma. ¿No? Resultan especialmente útiles porque este modelo tiene un cañón al que se le puede adaptar un silenciador y cañones accesorios. –Digo esto asintiendo.

–Las pieles no deben asustar a nadie. – T Taylor me mira y dice sin expresión–: Aquí va saliendo a la luz una información sorprendente.

–Pero un accesorio lujoso –insiste Libby.

La camarera reaparece, sirviendo las copas y el sorbete de pomelo. Taylor lo mira y dice, parpadeando:

–Yo no he pedido esto.

–Sí, lo has pedido –le digo yo–. Lo has pedido en sueños. –No, no lo he pedido –dice, inseguro.

–Me lo tomaré yo –digo–. y ahora, escucha. –Tamborileo ruidosamente en la mesa con los dedos.

– Karl Lagerfeld también se dedica a las pieles –está diciendo Libby.

–¿Por qué?

–Creó la colección Fendi, claro –dice Daisy, encendiendo un pitillo.

–A mí me gusta el cordero mogol mezclado con topo o... –Caron se interrumpe para reírse ahogadamente– esa chaqueta negra de piel bordeada de cordero persa.

–¿Qué opinas de Geoffrey Been? –le pregunta Daisy. Caron reflexiona.

–Los cuellos blancos de raso..., no estoy segura.

–Pero hace cosas maravillosas con el cordero tibetano –dice Libby.

–¿Y Carolina Herrera? –pregunta Caron.

–No, no, demasiado esponjoso –dice Daisy, negando con la cabeza.

Demasiado estilo colegiala –está de acuerdo Libby. –James Galanos, sin embargo, tiene el mejor lince ruso –dice Daisy.

–Y no te olvides de Arnold Scaasi. El armiño blanco –dice Libby–. Es para *morirse.*

–¿De verdad? –Sonrío y hago una mueca depravada–. ¿Para morirse?

–Para morirse –vuelve a decir Libby, mostrándose firme sobre algo por primera vez en toda la noche.

–Creo que estarías adorable, Taylor, con un Geoffrey Beene –digo yo con una voz aguda, de marica, dándole un codazo, pero se ha vuelto a dormir y no le importa. Levanto la mano con un suspiro.

–Ahí está Miles... –Caron mira a un gorila de cierta edad de la mesa de al lado con el pelo gris cortado al cepillo y una jovencita de once años en el regazo.

Libby se vuelve para asegurarse.

–Pero yo creía que estaba rodando esa película sobre Vietnam en Filadelfia.

–No. En *Filipinas* –dice Caron–. No era en Filadelfia. –Claro, claro –dice Libby, y luego–: ¿Estás segura?

–Sí. En realidad ya la ha terminado –dice Caron con un tono de total indecisión. Parpadea–. De hecho ya se... ha estrenado. –Vuelve a parpadear–. Se estrenó, creo que... el año pasado.

Las dos están mirando la mesa de al lado sin interés, pero cuando se vuelven hacia nuestra mesa, sus ojos se clavan en el dormido Taylor y Caron se vuelve hacia Libby y dice, suspirando:

–¿No deberíamos dejar esto y despedimos?

Libby asiente lentamente, con expresión perpleja a la luz de la vela, y se pone de pie.

–Perdónanos.

Se marchan. Daisy se queda, se bebe el champán de Caron. Me la imagino desnuda, muerta, con colillas en el ombligo, las tetas quemadas por los pitillos, Libby comiéndose su cadáver, luego me aclaro la voz y digo:

–Hoy ha hecho calor, ¿no crees?

–Sí –se muestra de acuerdo.

–Pregúntame algo –le digo, sintiéndome bien de repente. Da una calada a su pitillo, luego suelta el humo.

–¿Entonces a qué te dedicas?

–¿Qué crees tú que hago? –También me siento alegre.

–¿Eres modelo? –Se encoge de hombros–. ¿Actor?

–No –digo yo–. Halagador, pero no.

–¿Entonces qué?

–Normalmente me dedico a asesinar y ejecutar a gente. Depende. –Me encojo de hombros.

–¿Y te gusta eso? –pregunta, imperturbable.

–Bueno..., depende. ¿Por qué? –Tomo un poco del sorbete. –Bueno, a la mayoría de los chicos que conozco que se dedican a la fusión y adquisición de empresas no les suele gustar su trabajo –dice ella.

–Eso *no* es lo que yo decía –digo, con una sonrisa forzada, terminando mi J&B–. Olvídalo.

–Hazme una pregunta –dice ella.

–Muy bien. ¿Adónde vas... –me interrumpo un momento, confuso– este verano?

–A Maine –dice ella–. Pregúntame algo más.

–¿Dónde haces ejercicio?

–Con un preparador privado –dice ella–. ¿Y tú?

–En Xclusive –digo–. Está en el Upper West Side.

–¿De verdad? –Sonríe, luego se fija en algo de detrás de mí, pero no le cambia la expresión y su voz se mantiene neutra–. Francesca. Dios mío. Es Francesca. Mira.

–¡Daisy! ¡Y Patrick! –chilla Francesca–. Daisy, ¿qué diablos andas haciendo con un *semental* como Bateman? –Se acerca a la mesa con una chica de aspecto aburrido que no conozco. Francesca lleva un vestido de terciopelo de Saint Laurent Rive Gauche y la chica que no conozco lleva un vestido de lana de Geoffrey Beene. Las dos llevan perlas.

–Hola, Francesca –digo.

–Daisy, Dios mío, Ben y Jerry están *aquí. Adoro* a Ben y a Jerry. –Creo que dice *eso,* sin respirar, gritando por encima de la música (de hecho, apagando la música) que interpreta la banda de jazz–. ¿No *adoras* tú a Ben y Jerry? –pregunta, con los ojos muy abiertos, y luego grita bruscamente a una camarera que pasa–: ¡Zumo de naranja! ¡Necesito zumo de *naranja!* ¿Dónde está Nell? Tengo que contárselo –murmura, paseando la vista por la sala, luego se vuelve hacia Daisy–."¿Qué cara tengo? Bateman, *Ben y Jerry están aquí.* No te quedes sentado como un idiota. No estoy bromeando. Adoro a Patrick pero, vamos, Bateman, anímate, semental, que Ben y Jerry

están aquí. –Guiña el ojo lascivamente, luego se pasa la lengua por los labios. Francesca escribe en el *Vanity Fair.*

–Pero ya... –me interrumpo y bajo la vista muy molesto hacia mi sorbete–. Ya he pedido este sorbete de pomelo. –Señalo lúgubremente el sorbete, confuso–. No quiero helado.

–Por el amor de Dios, *Bateman, Jagger* está aquí. Mick. Jerry. Ya sabes –dice Francesca, hablando a la mesa pero paseando la vista continuamente por la sala. La expresión de Daisy no ha cambiado ni una vez en toda la velada–. *Que y–u–p–p–i–e es* –dice a la rubia, y luego los ojos de Francesca se fijan en mi sorbete. Yo me echo hacia atrás a la defensiva.

–Oh, sí—digo–. *Just another night, just another night with you...* –canto, o algo así–. Ya sé quién es.

–Estás muy delgada, Daisy, me preocupas. Bueno, os presento a Alisan Poole, que también está muy delgada y me preocupa –dice Francesca, dándome una ligera palmada en las manos que protegen el sorbete, que atrae hacia ella–. Éstos son Daisy Milton y Patrick... –Ya nos conocemos –dice Alisan, mirándome fijamente.

–¿Qué tal, Alisan? Pat Bateman –digo, tendiendo la mano. –Ya nos *conocemos* –vuelve a decir ella, mirándome con mayor dureza.

–¿Sí? ¿Nos conocemos? –pregunto.

Francesca grita:

–Dios santo, fijaos en el perfil de Bateman. Totalmente *romano.* ¡Y esas *pestañas!* –chilla.

Daisy sonríe, admitiéndolo. Yo hago como que no me doy cuenta.

Reconozco a Alisan como a una chica con la que me lo hice mientras estaba en el derby de Kentucky con Evelyn y sus padres. Recuerdo lo que gritó cuando traté de meterle el puño entero, con un guante puesto y embadurnado de vaselina, pasta de dientes y todo lo que pude encontrar, en la vagina. Ella estaba borracha, pasada de coca, y yo la había atado con un cable, le había puesto cinta adhesiva en la boca, en la cara, en los pechos. Francesca me la había chupado antes. No recuerdo el sitio, o cuándo, pero me la había chupado y me gustó. De repente recuerdo, con dolor, a que me hubiera gustado ver cómo se desangraba Alisan hasta morir aquella tarde de la primavera pasada, pero algo me lo impidió. Estaba muy pasada.

–¡Dios Santo! –No dejaba de quejarse durante aquellas horas mientras sangraba por la nariz, pero no lloraba. Puede que ése fuera el problema; puede que eso fuera lo que la salvó. Gané mucho dinero aquel fin de semana con un caballo que se llamaba Exhibición In decente.

–Bien..., hola. –Sonrío débilmente, pero enseguida recupero mi confianza. Alisan nunca le contaría a nadie aquella historia. Posiblemente nadie se habrá enterado de lo de aquella tarde adorable y horrible. Le sonrío forzadamente en la oscuridad de Nell's

–Si, me acuerdo de ti. Fuiste realmente... –Hago una pausa, luego gruño brusco.

Ella no dice nada, se limita a mirarme como si fuese de una civilización extraña o algo así.

–Dios santo. ¿Taylor está dormido o muerto? –pregunta Francesca, mientras devora lo que queda de mi sorbete–. Dios mío, ¿ha leído alguien la Page Six de hoy? Salía yo, y también Daisy. Y Taffy

Alisan se despide sin mirarme.

–Voy abajo a buscar Skip y a bailar un poco –dice, y se aleja. McDermott vuelve y lanza una ojeada a Alisan –que se aparta cuando pasa junto a él–, antes de ocupar el asiento contiguo al mío– ¿Ha habido suerte? –pregunto.

–Nada que hacer –dice, restregándose la nariz. Se lleva la copa a la cara y la huele, luego toma un trago y enciende uno de lo pitillos de Daisy. Vuelve a mirarme mientras lo enciende y se

presenta a sí mismo a Francesca antes de volver a mirarme–. No pongas esa cara de *asombro,* Bateman. Son cosas que *pasan.*

Hago una pausa, mirándole fijamente, antes de preguntar: –¿No me estarás jodienda, McDermott?

–No –dice él–. Mala suerte.

Vuelvo a hacer otra pausa, luego me miro el regazo y suspiro. –Oye, McDermott, ya me ha pasado otras veces. Sé lo que andas haciendo.

–Me he follado a ésa. –Vuelve a sorber por la nariz mientras señala a la chica de las mesas de delante. McDermott suda copiosa mente y apesta a Xeryus.

–¿De verdad? Muy bien. Pero ahora escúchame –digo yo, y viendo algo con el rabillo del ojo, añado–: *Francesca...*

–¿Qué? –Alza la vista, con una gota de sorbete resbalándole por la barbilla.

–¿Estás tomándote mi sorbete? –Señalo el plato.

Ella traga saliva, mirándome fijamente.

–Anímate, Bateman. ¿Qué quieres que me haga, semental maravilloso? ¿Un análisis del sida? Oh, Dios mío, hablando de eso, ese chico de ahí, Krafft. Bueno. Sin duda.

El chico que señala Francesca está sentado a una mesa de cerca del escenario donde toca la banda de jazz. Lleva el pelo peinado hacia atrás y tiene un rostro infantil y viste un traje con pantalones de pinzas y una camisa de seda y toma un martini y no es difícil imaginario con alguien en la cama, esta misma noche, probablemente con la chica junto a la que está sentado: rubia, grandes tetas, con un vestido con remaches metálicos de Giorgio di Sant' Angelo.

–¿No deberíamos decírselo a la chica? –pregunta alguien.

–Oh, no –dice Daisy–. Para nada. Parece una puta de verdad. –Óyeme, McDermott –me inclino hacia él–. *Tienes* drogas. Te lo noto en los ojos. Por no mencionar ese jodido sorberse los mocos.

–Nada en absoluto. *Negativo.* Esta noche no, cariño –niega con la cabeza.

Aplausos para la banda de jazz –la mesa entera aplaude, incluso Taylor, al que Francesca ha despertado inadvertidamente, y yo me aparto de McDermott, francamente jodido, y junto las palmas de las manos como todos los demás–. Caron y Libby se acercan a la mesa y Libby dice:

–Caron tiene que ir a Atlanta mañana. Unas fotos para *Vague.* Tenemos que irnos.

Alguien pide la cuenta y Mcdermott pone su American Express Oro encima, lo que demuestra sin la menor duda que le ha pegado a la coca, porque es un tacaño famoso.

Fuera hace bochorno y llovizna, casi como si fuera neblina, hay relámpagos pero no truenos. Tiro de McDermott con ganas de pegarle, y casi derribo a un inválido que está en una silla de ruedas y que recuerdo haber visto al entrar, al lado de los cordones, y el tipo todavía sigue allí sentado, moviéndose por el pavimento, totalmente ignorado por los porteros.

–McDermott –grito–. Dame nuestras *drogas.*

Se vuelve, enfrentándome, y se echa a reír, retorciéndose. Luego se interrumpe bruscamente y se dirige a una negra y un niño que están sentados a la entrada de una tienda de alimentación cerrada junto a Nell's y que seguramente están mendigando comida, posiblemente con un cartel de cartón a los pies. Es difícil decir si el niño, de seis o' siete años, es negro o no, incluso si en realidad es una niña, pueda luz del exterior de Nell's es demasiado intensa y tiende a hacer que la piel de todo el mundo parezca amarillenta, sin color.

–¿Qué están *haciendo?* –dice Libby, mirando, estupefacta–. ¿No saben que tienen que estar más cerca de los cordones?

–Libby, ven –dice Caron llevándola hacia dos taxis que hay en el bordillo de la acera.

–McDermott –grito yo–. ¿Qué *demonios* estás haciendo?

McDermott tiene los ojos vidriosos y agita un billete de dólar delante de la cara de la mujer, que se pone a sollozar, tratando patéticamente de agarrarlo, pero claro, como es típico, él no se lo da. En lugar de ello, prende fuego al billete con unas cerillas del Canal Bar y vuelve a encender el puro medio fumado que tiene entre sus blancos dientes, probablemente con fundas, el mamón.

–Eres amable de verdad, McDermott –le digo.

Daisy está apoyada en un Mercedes blanco aparcado junto al bordillo. Otro Mercedes, éste una limusina negra, está aparcado en doble fila junto al blanco. Hay más relámpagos. Una ambulancia aúlla calle Catorce abajo. McDermott se acerca a Daisy y le besa la mano antes de saltar al segundo taxi.

Yo me quedo de pie delante de la negra que llora; Daisy me mira.

–Dios santo –murmuro, y luego–: Tome...

Y le doy a la negra unas cerillas de Lutece antes de darme cuenta del error. Luego encuentro otras de Tavern of the Green y se las tiro al niño y cojo las otras cerillas de las manos asquerosas y llenas de costra de la mujer.

–Dios santo –vuelvo a murmurar, dirigiéndome hacia Daisy.

–No hay *más taxis* –dice Daisy, con las manos en las caderas.

Otro relámpago hace que mire a su alrededor, pestañeando–. ¿Dónde están los fotógrafos? ¿Quién está sacando las fotos? –¡Taxi! –grito yo, tratando de detener a uno que pasa.

Otro resplandor cegador de luz ilumina el cielo por encima de las Zackendorf Towers y Daisy chilla:

–¿Dónde está el fotógrafo? *Patrick.* Diles que *paren.* –Está desconcertada, mueve la cabeza a la izquierda, a la derecha, detrás, a la izquierda a la derecha. Se quita las gafas de sol.

–Oh, Dios mío –murmuro yo, y la voz casi se convierte en un grito–. Son relámpagos. No es un fotógrafo. *¡Relámpagos!*

–Claro, claro. ¿Cómo *te* vaya creer? Antes has dicho que Gorbachov estaba abajo –dice acusadoramente–. No te creo. Creo que hay fotógrafos de prensa.

–Dios santo, ahí hay un taxi. –Llamo con un silbido a un taxi que se acerca después de doblar desde la Octava Avenida, pero me dan un golpecito en el hombro y cuando me doy la vuelta, Bethany, una chica con la que salí en Harvard y con la que luego rompí, está delante de mí llevando un jersey con adornos de encaje y pantalones de viscosa y crepé de Christian Lacroix; tiene un paraguas abierto en una mano. El taxi que trataba de parar pasa zumbando.

–Bethany –digo yo, asombrado.

–Patrick. –Sonríe ella.

–Bethany –vuelvo a decir.

–¿Qué tal te va, Patrick? –pregunta ella.

–Bueno, bien, estoy bien –tartamudeo, y después de un breve silencio pregunto–. ¿Y tú?

–Bien de verdad, gracias –dice.

–¿Vives... aquí? –pregunto, atragantándome–. ¿En Manhattan?

–Sí. –Sonríe–. Trabajo en Milbank Tweed.

–Oh, bueno..., es estupendo. –Me vuelvo para mirar a Daisy y de repente me noto muy enfadado, recordando la comida en Cambridge, en Quartes, donde Bethany, con un brazo en cabestrillo, un cardenal cruzándole la mejilla, se lo zampó todo, pero de repente pienso: «Mi pelo, oh, Dios mío, mi *pelo»,* y noto que la lluvia me lo está echando a perder. Bueno tengo que irme.

–Trabajas en P & P, ¿verdad? –me pregunta, y luego añade–: Tienes un aspecto estupendo.

Veo que se acerca otro taxi y reculo.

–Sí, bueno, ya sabes.

–A ver si comemos un día –propone ella.

–Podría ser divertido –digo, inseguro. El taxi ha visto a Daisy y se detiene.

–Te llamaré –dice ella.

–Cuando quieras –digo yo.

Un negro le ha abierto a Daisy la puerta del taxi; ella entra elegantemente y el negro mantiene abierta la puerta mientras subo yo, despidiéndome de Bethany con la mano.

–¿No hay propina, jefe? –pregunta el negro–, ¿por usted y por esa señora tan guapa?

–Sí –gruño, tratando de mirarme el pelo en el espejo retrovisor del taxi–. Aquí tienes la propina: consíguete un trabajo *de verdad,* jodido negro de mierda. –Luego cierro de un portazo y le digo al taxista que nos lleve al Upper West Side.

–¿No crees que era interesante la película de esta tarde con esos espías que no eran espías? –pregunta Daisy.

–Y ella la puede dejar en Harlem –le digo al taxista.

Estoy en el cuarto de baño de mi apartamento delante del espejo Orobwener, dudando si ducharme o lavarme la cabeza pues parece que tengo el pelo sucio por culpa de la llovizna. Decido echarme un poco de espuma y pasarme un peine. Daisy está sentada en la butaca de cromo y bronce de Louis Montoni situada junto a la cama, metiéndose cucharadas de helado Brittle Haagen–Dazs en la boca. Sólo lleva un sostén de encaje y un liguero de Blomingdale's.

–¿Sabes? –me grita–, mi ex novio, Fiddler,en la fiesta de antes, no podía entender qué estaba haciendo con un *yuppie.*

No la escucho, pero mientras me miro el pelo, consigo decir:

–No me digas. ¿De verdad?

–Ha dicho... –Se ríe–. Ha dicho que le dabas malas vibraciones.

Suspiro, luego saco músculo.

–Eso está... muy mal.

Ella se encoge de hombros y, de improviso, admite:

–Se metía mucha cocaína. A veces me pegaba.

De repente me pongo a prestar atención, hasta que dice:

–Pero nunca me tocó la cara.

Me dirijo al dormitorio y empiezo a desnudarme.

–Crees que soy tonta, ¿verdad? –pregunta Daisy, mirándome fijamente, con sus piernas bronceadas y musculosas colgando de uno de los brazos de la butaca.

–¿Cómo? –Me quito los zapatos, y me agacho para recogerlos. –Que si piensas que soy tonta –dice–. Seguro que piensas que todas las modelos son tontas.

–No –digo yo, tratando de contener la risa–. La verdad es que no.

–Lo piensas –insiste ella–. Lo puedo asegurar.

–Creo que eres... –Me interrumpo.

–¿Qué? –Daisy sonríe, esperando.

–Creo que eres muy brillante, increíblemente... brillante –digo monótonamente.

–Eso es muy agradable. –Sonríe con serenidad, chupando la cucharilla–. Eres, bueno, tierno de verdad.

–Gracias. –Me quito los pantalones y los doblo cuidadosamente, colgándolos junto a la camisa y la corbata en el colgador de ropa de acero negro Philippe Stark–. ¿Sabes? El otro día cogí a mi asistenta robando un trozo de pan tostado del cubo de la basura de la cocina.

Daisy piensa en ello, luego pregunta:

–¿Por qué?

Hago una pausa, mirando su estómago plano y bien definido. Tiene el torso bronceado y musculoso. Como el mío.

–Dijo que tenía hambre.

Daisy suspira y chupa la cucharilla concienzudamente.

–¿Crees que tengo bien el pelo? –Todavía sigo allí de pie, sólo con mis pantalones cortos de *jockey* de Calvin Klein, abultados por una erección, y unos calcetines de cincuenta dólares de Armani.

–Sí. –Se encoge de hombros–. Claro que sí.

Me siento en el borde de la cama y me quito los calcetines.

–Hoy he pegado a una chica que pedía dinero a la gente en la calle. –Hago una pausa, luego mido cuidadosamente cada una de las palabras siguientes–: Era joven y parecía asustada y tenía un cartel que decía que estaba perdida en Nueva York y que tenía un hijo, aunque yo no lo he visto. Y necesitaba dinero, para comida o algo así. Para un autobús a Iowa. Iowa. Creo que era Iowa y... –me interrumpo un momento, haciendo una bola con los calcetines.

Daisy me mira sin expresión durante un momento, antes de preguntar:

–¿Y luego?

Hago una pausa, distraído, y me pongo de pie. Antes de dirigirme al cuarto de baño, murmuro:

–¿Y luego? Le he pegado una paliza. –Abro el armario de las medicinas para coger un condón y, cuando vuelvo al dormitorio, digo–: Había pronunciado mal *tullida.* Bueno, quiero decir que ése no ha sido el motivo por el que lo he hecho pero..., ya sabes. –Me encojo de hombros–. Era demasiado fea para violarla.

Daisy se pone de pie, colocando la cucharilla junto a la caja del Haagen–Dazs, en la mesilla de noche diseñada por Gilbert Rhode. Le indico:

–No. Déjala en la caja.

–Oh, perdona –dice ella.

Admira un jarrón Palazetti mientras me pongo el condón. Me subo encima de ella y follamos y, tumbada debajo de mí, sólo es una forma inconcreta, incluso con todas las lámparas halógenas encendidas. Más tarde estamos tumbados uno a cada lado de la cama. Le toco el hombro.

–Creo que deberías irte a casa –digo.

Abre los ojos y se rasca la nuca.

–Creo que podría... hacerte daño –le digo–. No creo que me pueda controlar.

Me mira y se encoge de hombros.

–Muy bien. Vale. –y empieza a vestirse–. No quiero volver a comprometerme –dice.

–Creo que va a pasar algo malo –le digo.

Se pone los panties, luego se comprueba el pelo en el espejo Nabolwev y asiente.

–Lo entiendo.

Después de que se haya vestido y de que hayan pasado minutos de puro, de duro silencio, digo, no desesperanzado del todo:

–No quieres que te hagan daño ¿verdad?

Se abrocha la parte de arriba del vestido y suspira, sin volverse a mirarme.

–Por eso me marcho.

Yo digo:

–Creo que me pierdo algo importante.

Paul Owen

He filtrado las llamadas a lo largo de toda la mañana en mi apartamento, sin responder a ninguna, mirando cansinamente un teléfono inalámbrico mientras tomaba taza tras taza de un té sin teína. Luego he ido al gimnasio, donde he hecho ejercicio durante dos horas; luego he almorzado en el Health Bar y escasamente he podido tomar la mitad de un plato de endivias con aderezo de zanahorias que he pedido. Me he detenido en Barneys' s al volver de un edificio abandonado de almacenes de cerca de la Hell's Kitchen en el que había alquilado uno. Me han hecho un tratamiento facial. He jugado al squash con Brewster Whipple en el Yale Club y desde allí he reservado mesa para las ocho a nombre de Marcus Halberstam en Texarkana, donde cenaré con Paul Owen. He elegido Texarkana porque sé que mucha gente con la que tengo relaciones comerciales no va a cenar allí esta noche. Además me apetece su cerdo rebozado en chile y una o dos cervezas Dixie. Estamos en junio y llevo un traje de lino de dos botones, una camisa de algodón, una corbata de seda y zapatos de cuero, todo de Armani. A la entrada de Texarkana un mendigo negro muy alegre se me acerca, explicando que es el hermano menor de Bob Hope. Sujeta un vaso de plástico. Pienso que es divertido, de modo que le doy veinticinco centavos. Llego con veinte minutos de retraso. Desde una ventana abierta que da a la calle Diez puedo oír los últimos compases de «A Day in the Life», de los Beatles.

La barra del Texarkana está desierta y en el comedor sólo hay cuatro o cinco mesas ocupadas. Owen está en una mesa del fondo, quejándose duramente al camarero, acosándole, preguntándole las razones exactas por las que esta noche no tienen quingombó de langostino. El camarero, un marica con no demasiada mala pinta, está indeciso y balbucea una excusa. Owen no está de humor para bromas, pero tampoco yo. Cuando me siento, el camarero se vuelve a disculpar y luego anota lo que pido de beber.

–J&B *solo* –subrayo–. Y una cerveza Dixie.

El camarero sonríe mientras lo anota el hijoputa incluso pestañea–. Y cuando le vaya advertir que no intente coquetear conmigo, Owen pide muy enfadado:

–Un martini de Absolut doble. –Y la loca se marcha.

–Esto parece una colmena de lo abarrotado que está, Halberstam –dice Owen, señalando el comedor casi vacío–. Este sitio está lleno de actividad.

–Oye, aquí la sopa de tortuga y la arugala al carbón son espantosos –le digo.

–Sí, claro –farfulla, mirando su martini–. Llegas con retraso.

–Oye, soy hijo de divorciados. Dame un respiro –digo, encogiéndome de hombros y pensando: «Halberstam, *eres* un gilipollas.» Y luego, después de haber estudiado el menú, añado–: Veo que no aparece el lomo de cerdo con gelatina de lima.

Owen lleva un traje cruzado de seda y lino, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Joseph Abboud, y su bronceado es impecable. Pero esta noche parece ajeno, sorprendentemente poco hablador, y su hosquedad termina con mi buen humor y mi interés expectante, y de repente tengo que recurrir a comentarios como:

–¿No es Ivana Trump ésa de ahí? –Luego me río y añado–: Caramba, Patrick, quiero decir *Marcus,* ¿en qué estás pensando? ¿Por qué iba a estar Ivana en Texarkana? –Pero esto no hace la cena menos monótona. No contribuye a suprimir el hecho de que Paul Owen es exactamente de mi misma edad, veintisiete años, ni hace que todo me resulte menos desconcertante.

Lo que al principio he tomado erróneamente por vanidad por parte de Owen, de hecho sólo es borrachera. Cuando insisto para conseguir información sobre la cuenta Fisher me ofrece unos datos estadísticos inútiles que ya conocía: que Rothschild se encargó originalmente de la cuenta y que Owen se ocupa ahora de ella. Y aunque hice que Jean consiguiera esa información para mis archivos *meses atrás,* no dejo de asentir con la cabeza, haciendo como si esta información fuera importante y diciendo cosas como:

–Eso es muy iluminador –mientras al tiempo le digo–: Estoy completamente loco y me gusta descuartizar chicas.

Cada vez que intento centrar la conversación en la misteriosa cuenta Fisher, él cambia de tema muy enfadado y habla de salones de bronceado o marcas de puros o de determinados gimnasios o de los mejores sitios para correr en Manhattan, y no deja de soltar risotadas, lo que encuentro totalmente descorazonador. Tomo cerveza sureña durante la primera parte de la comida y luego cambio a Diet Pepsi, pues necesito estar sobrio. Estoy a punto de decide que Cecelia, la novia de Marcus Halberstam, tiene dos vaginas y que planeamos casarnos la primavera que viene en East Hampton, pero me interrumpe.

–Me noto un poco borracho –admite, estrujando una lima encima de la mesa sin conseguir alcanzar su jarra de cerveza.

–Vaya. –Hundo un palito de jicama en una mostaza de ruibarbo, haciendo como que no le oigo.

Está tan borracho cuando terminamos de cenar que 1) le hago pagar la cuenta que sube a doscientos cincuenta dólares, 2) le hago admitir que es el hijoputa majadero que de verdad es y 3) le llevo a mi apartamento donde se prepara *otra* copa –de hecho abre una botella de Acacia, que pensaba que había escondido, con un sacacorchos Mulazoni de plata de ley que me regaló Peter Radloff después de completar el asunto Heatherberg–. En el cuarto de baño saco el hacha que tengo escondida en la ducha, cojo dos Valiums de cinco miligramos, me los trago con un vaso lleno de Plax y luego voy al perchero de la entrada, donde me pongo un impermeable barato que compré en Brooks Brothers el miércoles y me dirijo hacia Owen, que está inclinado sobre el sistema estéreo del cuarto de estar examinando mi colección de CD –todas las luces del apartamento están encendidas y las persianas bajadas–. Owen se estira y da unos lentos pasos hacia atrás, bebiendo de su copa y lanzando una ojeada al apartamento, hasta que se sienta en una silla plegable de aluminio que compré en las rebajas de Conran's hace unas semanas y por fin se fija en los periódicos –ejemplares de *USA Today* y W y *The New York Times*– extendidos debajo de él, tapando el suelo, para proteger el parquet de roble blanco pulido de las manchas de su sangre. Me acerco a él con el hacha en la mano y con la otra me abrocho el impermeable.

–Oye, Halberstam –pregunta, arreglándoselas para farfullar las dos palabras.

–Dime, Owen –digo, acercándome más.

–¿Por qué tienes todos estos periódicos por el suelo? –pregunta cansinamente–. ¿Tienes perro? ¿Un chow chow o algo así?

–No, Owen. –Me desplazo lentamente alrededor de la silla hasta que me pongo delante de él, entrando directamente en su campo de visión, y está tan borracho que ni siquiera puede distinguir el hacha, ni nota que la levanto por encima de la cabeza. Y lo mismo cuando cambio de idea y me la bajo a la cintura, sujetándola como si fuera un bate de béisbol y fuera a golpear una pelota que viene, lo que de hecho es la cabeza de Owen.

Owen hace una pausa, luego dice:

–En cualquier caso, tienes discos de Iggy Pop, al que aborrecía, pero ahora que es tan comercial me gusta mucho más que...

El hacha le alcanza, en mitad de la frase, en plena cara y su ancha hoja le raja de un modo sesgado la boca, haciéndole callar. Los ojos de Paul me miran, luego se le ponen en blanco involuntariamente, luego me vuelve a mirar y de repente trata de agarrar el mango con las manos, pero la sorpresa del hachazo le ha dejado sin fuerza. Al principio no sale sangre, ni se oye nada a no ser los periódicos de debajo de los pies de Paul, que patalean, se arrastran, los desgarran. La sangre empieza a salirle poco a poco por ambos lados de la boca poco después del primer hachazo, pero cuando retiro el hacha –casi arrastrando a Owen fuera de la silla al tirarle de la cabeza– y vuelvo a golpearle en la cara, partiéndosela en dos, sus brazos tratan de agarrarse al vacío y la sangre brota en dos géiseres parduscos, manchándome el impermeable. De hecho esto viene acompañado de un sonido horrible, como un siseo súbito, que procede de las heridas del cráneo de Paul, de sitios donde el hueso y la carne ya no están unidos, y a esto sigue un desagradable sonido como de pedo originado por una parte de su cerebro que, debido a la presión, asoma, rosado y brillante, por las heridas de la cara. Cae al suelo agonizando, con la cara grisácea y llena de sangre, si se exceptúa uno de sus ojos, que parpadea incontrolable; su boca es una masa retorcida roja y rosa de dientes y carne y mandíbula, la lengua le cuelga por una herida abierta a un lado de la cara, unida solamente por lo que parece una espesa cuerda morada. Le grito:

–Jodido hijoputa gilipollas. Jodido hijoputa. –y me quedo allí esperando, contemplando la grieta de encima del Onica que el encargado todavía no ha hecho que me arreglen. A Paulle lleva cinco minutos morirse del todo. Otros treinta dejar de sangrar.

Tomo un taxi para ir al apartamento de Owen en el Upper East Side y, al atravesar Central Park en la desolación de esta sofocante noche de junio en el asiento trasero del taxi, me doy cuenta de que todavía llevo puesto el impermeable manchado de sangre. Entro a su apartamento con las llaves que he sacado del bolsillo del cadáver y una vez allí empapo el impermeable con gasolina de mechero y lo quemo en la chimenea. El cuarto de estar es desnudo, minimalista. Las paredes son de cemento pintado de blanco, excepto una de ellas, que está tapada por un dibujo científico a gran escala muy a la moda, y la pared que da a la Quinta Avenida, en la que hay una larga tira de faux cuero de vaca. Debajo hay un sofá negro de cuero.

Enciendo el Panasonic de gran pantalla de treinta y una pulgadas para ver *A última hora con David Letterman,* luego me dirijo al contestador para cambiar el mensaje de Owen. Mientras borro el que hay (Owen da todos los números de teléfono donde se le puede localizar –incluyendo el Seaport, *por el amor de Dios*– mientras las *Cuatro estaciones* de Vivaldi suena elegantemente al fondo) me pregunto en voz alta dónde podría mandar a Paul y, al cabo de unos minutos de intensa controversia interna, decido: a Londres.

–Mandaré al hijoputa a Inglaterra.

Hablo solo mientras quito el volumen del televisor y luego grabo el nuevo mensaje. Mi voz suena parecida a la de Owen y para quien la oiga por teléfono probablemente idéntica. Esta noche Letterman se ocupa de animales de compañía que hacen estupideces. Un pastor alemán con gorra de los Mets pela y se come una naranja. Lo repiten dos veces, a cámara lenta.

En una maleta de cuero hecha a mano con funda de lona color caqui, esquinas extrarreforzadas, cierres y cerraduras dorados, de Ralph Lauren, meto un traje cruzado de lana a rayas de seis botones y una camisa de franela azul marino, ambas cosas de Brooks Brothers, junto a una máquina de afeitar eléctrica recargable Mitsubishi, una horma para zapatos de plata, de Barney' s, un reloj deportivo Tag Heuer, un monedero de cuero negro Prada, un Sharp Handy–Copier, un Sharp Dialmaster, su pasaporte en su funda para pasaportes de cuero negro, y un secador de pelo portátil Panasonic. También robo un lector portátil Toshiba con uno de los discos de la grabación del reparto original de *Les Misérables* todavía puesto. El cuarto de baño es completamente blanco si se exceptúa el papel pintado con manchas de dálmata que cubre una pared. Meto todos los artículos de aseo que podría necesitar en una bolsa de plástico Hefty.

Cuando vuelvo a mi apartamento, su cuerpo ya tiene rigor mortis, y después de envolverlo en cuatro toallas baratas color cereza que también compré en las rebajas de Conran's, meto a Owen de cabeza y completamente vestido en un saco de dormir de pluma de ganso Canalino, cuya cremallera cierro; lo arrastro luego fácilmente hasta el ascensor; después atravieso el vestíbulo, paso por delante del vigilante nocturno, camino manzana abajo y me tropiezo con Arthur Crystal y Kitty Martin, que vienen de cenar del Café Luxembourg. Por suerte, se supone que Kitty Martin está saliendo con Craig McDermott, que pasa la noche en Houston, de modo que no me detengo casi, aunque Crystal –el muy hijoputa– me pregunta cuáles son las normas generales que se deben adoptar para llevar una chaqueta de esmoquin blanca. Después de responder1e brevemente, llamo a un taxi, consigo meter el saco de dormir en el asiento trasero casi sin esfuerzo, me subo y le doy al conductor la dirección de Hell's Kitchen. Una vez allí subo con el cuerpo los cuatro tramos de escaleras y coloco el cuerpo de Owen en una bañera de porcelana muy grande, le quito su traje Abboud y, después de mojar el cadáver, vierto dos sacos de cal viva encima.

Más tarde, hacia las dos, no me puedo dormir. Eve1yn me coge mientras estoy oyendo los mensajes del contestador y viendo una cinta en el vídeo del programa de Patty Winters de esta mañana, que es sobre personas con deformaciones.

–¿Patrick? –pregunta Evelyn.

Hago una pausa, luego con voz monótona anuncio:

–Este es el número de Patrick Bateman. Ahora no puede atender el teléfono. Por favor deje el mensaje después de la señal... –Hago otra pausa, y añado–: Que tenga un buen día. –Hago una pausa más, rogando a Dios que se lo trague, antes de emitir un miserable–: Piii.

–Deja de hacer el tonto, Patrick dice ella, enfadada–. Sé que eres tú. ¿Qué demonios estás haciendo?

Sujeto el teléfono delante de mí y luego lo dejo caer al suelo, haciendo que golpee contra la mesilla de noche. Aprieto algunos de los números, confiando en que cuando me lleve el auricular a la oreja disfrutaré del tono porque habrá colgado.

–¿Diga? ¿Diga? –digo–. ¿Quién es? ¿Diga?

–Por el amor de Dios, deja de hacer tonterías. *Deja* de hacerlas ya –se queja Evelyn.

–Hola, Evelyn –le digo, alegremente, con una mueca de desagrado en la cara.

–¿Dónde has *estado* esta noche? –pregunta–. Creía que íbamos a cenar juntos. Creía que habías reservado mesa en Raw Space.

–No, Evelyn –digo, suspirando, súbitamente muy cansado–. No habíamos quedado en eso. ¿Por qué lo has creído así?

–Creía que me habías dejado una nota –se queja–. Creí que mi secretaria me había dejado una nota.

–Bueno, pues uno dejos dos se ha equivocado –digo, rebobinando la cinta con el mando a distancia desde la cama–. ¿Raw Space, dices? Estás... loca.

–Cariño –se enfurruña ella–. ¿Dónde has estado esta noche?

Espero que no habrás ido a Raw Space sin mí:

–Dios santo –protesto– Tenía que alquilar unas cintas de vídeo. Quiero decir que tenía que devolver unos vídeos.

–¿Qué más has hecho? –pregunta ella, todavía lloriqueando.

–Bueno, me he encontrado con Arthur Crystal y Kitty Martin –digo–. Venían de cenar del Café Luxembourg.

–¿De verdad? –pregunta, muy interesada–. ¿Qué llevaba puesto Kitty?

–Un vestido de fiesta sin hombros con corpiño de terciopelo y falda de encaje con dibujos de flores, de Laura Marolakos, creo.

–¿y Arthur?

–Lo mismo.

–Venga, mister Bateman... –Se ríe–. Adoro tu sentido del humor.

–Oye, es muy tarde. Estoy cansado. –Simulo un bostezo.

–¿Te he despertado? –pregunta, preocupada–. Espero no haberte despertado.

–Sí –digo yo–. Me has despertado. Pero ha sido culpa mía el haber contestado a tu llamada, no tuya.

–¿Cenamos, cariño? ¿Mañana? –pregunta tímidamente, esperando una disculpa.

–No puedo. Tengo trabajo.

–Pareces el dueño de esa maldita empresa –se queja–. ¿*Qué?* ¿Qué *trabajo* tienes que hacer? *No* lo entiendo.

–Evelyn –digo, suspirando–. *Por favor.*

–Oh, Patrick, vayámonos fuera este verano –dice, anhelante–. Vayámonos a Edgartown o a los Hamptons.

–Iremos –digo yo–. Puede que vayamos.

Paul Smith

Estoy de pie en los almacenes Paul Smith hablando con Nancy y Charles Hamilton y su hijita de dos años, Glenn. Charles lleva un traje de lino cruzado con cuatro botones, de Readelli, una camisa de algodón de Ascot Chang, una corbata de seda estampada de Eugenio Venanzi y mocasines de Brooks Brothers. Nancy lleva una blusa de seda con perlas y una falda de chiffon de Valentino y pendientes de plata de Reena Pachochi. Yo llevo un traje cruzado de lana a rayas con seis botones y una corbata de seda estampada, las dos cosas de Louis, Bastan, y una camisa oxford de algodón, de Luciano Barbera. Glenn lleva un mono de seda Armani y una diminuta gorra de los Mets. La vendedora verifica la tarjeta de crédito de Charles, y yo estoy jugando con la niña mientras Nancy la tiene en brazos, ofreciéndole mi tarjeta American Express Platino, y la niña la agarra toda excitada,

y yo niego con la cabeza, hablando con voz muy aguda de niño, apretándole la barbilla, agitando la tarjeta delante de sus ojos.

–Sí, soy un psicópata total, un asesino, claro que lo soy, me gusta matar a la gente, sí, me gusta mucho, cariño, ricura, me gusta matar a la gente...

Hoy al salir de la oficina he jugado al squash con Ricky Hendricks, luego he tomado unas copas con Stephen Jenkins en Fluties y tengo previsto cenar con Bonnie Abbott en Pooncakes, el nuevo restaurante de Bishop Sullivan, en Gramercy Park, a las ocho. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los supervivientes de los campos de concentración. Saco un televisor de bolsillo Sony Watchman (el FD–270), que tiene una minipantalla de 2,7 pulgadas en blanco y negro y sólo pesa trescientos cincuenta gramos, y se lo ofrezco a Glenn. Nancy pregunta:

–¿Qué tal son las huevas de sábalo de Rafaeli's? En cuanto salgamos de esta tienda, aunque no sea todavía de noche iremos allí.

–Fabulosas –murmuro, mirando alegremente a Glenn.

Charles firma el recibo y mientras vuelve a guardar su tarjeta American Express Oro en la cartera, se vuelve hacia mí y reconoce a alguien por encima de mi hombro.

–Hola, Luis –dice Charles, sonriendo.

Me doy la vuelta.

–Hola, Charles. Hola, Nancy. –Luis Carruthers besa a Nancy en la mejilla, luego estrecha la mano de la niña–. ¿Cómo estás, Glenn? Cada día más crecidita.

–Luis, ¿conoces a Robert Chan...? –empieza Charles.

–Pat Bateman –digo yo, volviendo a meterme el Watchman en el bolsillo–. Déjalo. Nos conocemos.

–Oh, lo siento. Es cierto. Pat Bateman –dice Charles. Luis lleva un traje de lana, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Ralph Lauren. Como yo, como Charles, tiene el pelo peinado hacia atrás y lleva unas gafas Oliver Peoples con montura de secoya.

–Bien, bien –digo yo, estrechándole la mano. El apretón de Luis es firme, aunque horriblemente sensual al mismo tiempo–. Perdóname. Tengo que comprar una corbata. –Me despido con la mano de Glenn una vez más y me alejo para examinar las corbatas en la sala contigua, limpiándome la mano en una toalla de baño de doscientos dólares que cuelga de una percha de mármol.

Pero enseguida se acerca Luis y se apoya en el colgador de corbatas, haciendo como que las examina igual que yo.

–¿Qué andas haciendo por aquí? –susurra–.

–Comprándole una corbata a mi hermano. Pronto será su cumpleaños. Perdona. –Me aparto de él.

–Debe de estar muy contento de tener un hermano como tú –dice, poniéndose a mi lado y sonriendo con sinceridad.

–Puede ser, pero yo lo encuentro absolutamente repelente –digo–. Sin embargo, *a ti* te gustaría.

–Patrick, ¿por qué no me miras? –pregunta Luis, con tono angustiado–. *Mírame.*

–Por favor, *por favor,* déjame en paz, Luis –digo yo, con los ojos cerrados y los puños apretados.

–Vamos, Patrick, tomemos una copa en Sofi's y hablemos de esto –sugiere él, suplicándome.

–¿De *qué* es de lo que tenemos que hablar? –le pregunto, con incredulidad, abriendo los ojos.

–Bueno..., de *nosotros.* –Se encoge de hombros.

–¿Me has seguido hasta aquí? –pregunto.

–¿Hasta *dónde?*

–Hasta aquí. Hasta Paul Smith. ¿Por qué?

–¿*Yo?* ¿Seguirte? Vamos, Patrick... –Intenta reír, burlándose de mi observación–. Dios santo.

–Luis –digo yo, obligándome a cruzar mi mirada con la suya–. Déjame en paz, por favor. Vete.

–Patrick –dice él–. Te quiero mucho. Espero que te des cuenta de ello.

Me quejo, dirigiéndome a la sección de zapatos y sonriendo débilmente a un vendedor.

Luis me sigue.

–Patrick, ¿qué estás haciendo exactamente aquí?

–Bueno, quiero comprarle una corbata a mi hermano y... –Cojo un mocasín, luego suspiro–, y tú quieres chupármela, fíjate. Me largo de aquí.

Me dirijo nuevamente al colgador de corbatas, cojo una al azar y la llevo a la caja. Luis me sigue. Ignorándole, le entrego a la vendedora la tarjeta American Express Platino y le digo:

–Hay un vagabundo en la puerta. –Señalo por el escaparate a un tipo sin hogar que grita con una bolsa llena de periódicos, subido a un banco situado junto a la entrada de la tienda–. Debería usted llamar a la policía o hacer algo. –Ella asiente, me da las gracias y pasa mi tarjeta por el ordenador. Luis se queda allí, mirando tímidamente al suelo. Yo firmo el recibo, cojo la bolsa e informo a la vendedora, señalando a Luis–: No viene conmigo.

Una vez fuera intento encontrar taxi en la Quinta Avenida. Luis sale corriendo de la tienda detrás de mí.

–Patrick, tenemos que hablar –grita por encima del ruido del tráfico. Me alcanza corriendo, me agarra de una manga. Yo me doy la vuelta, con la navaja abierta, y le amenazo, advirtiendo a Luis que se eche hacia atrás. La gente se aparta de nosotros y sigue andando.

–¿Qué pasa, Patrick? –dice, levantando las manos y retrocediendo–. Patrick...

Sigo amenazándole con la navaja hasta que un taxi al que he hecho señas se detiene. Luis trata de acercárseme, con las manos todavía levantadas, y yo mantengo la navaja apuntada hacia él, dando navajazos al aire, mientras abro la puerta del taxi y luego la cierro y le digo al taxista que me lleve a Gramercy Park, al Pooncakes.

Cumpleaños, hermanos

Me paso el día entero pensando en qué tipo de mesa nos sentaremos mi hermano Sean y yo esta noche en la Quilted Giraffe. Como es su cumpleaños y resulta que en la ciudad están el contable de mi padre, Charles Conroy, y el administrador de sus propiedades, Nicholas Leigh, los dos me llamaron la semana pasada y ambos sugirieron que a todos nos sería de gran interés aprovechar esta fecha como una excusa para averiguar qué hace Sean en la vida y tal vez hacerle un par de preguntas al respecto. Y aunque los dos saben que yo aborrezco a Sean y que el sentimiento es recíproco, podría ser una buena idea conseguir que cenáramos juntos, y como reclamo, como trampa para el caso de que se negara, sugirieron mencionar, y no superficialmente, que pasaba algo malo. Celebré una conferencia telefónica con Conroy y Leigh el miércoles pasado por la tarde.

–¿Algo malo? ¿Como qué? –pregunté, tratando de concentrarme en los números de la pantalla de mi ordenador mientras simultáneamente le hacía señas con la mano a Jean para que se marchara,

aunque tenía en la mano unos papeles que debía firmar–. ¿Que todas las fábricas de cerveza Michelob del Nordeste están cerrando?

–No –dijo Charles, y luego añadió tranquilamente–: Dile que tu madre está... peor.

Reflexioné sobre esta táctica, luego dije:

–Podría no importarle. Dile... –Nicholas hizo una pausa, se aclaró la garganta y propuso delicadamente–: que tiene que ver con las propiedades de tu madre.

Alcé la vista hacia la pantalla, bajándome las gafas Wayfarer de aviador, y miré fijamente a Jean, luego hojeé brevemente la guía Zagat que estaba junto a la pantalla. En Pastels sería imposible. En Dorsia lo mismo. La última vez que llamé a Dorsia me colgaron incluso antes de que llegara a preguntar:

–Bueno, pues si no puede ser esta noche, ¿qué tal en enero?

Y aunque había jurado que conseguiría que me reservaran una mesa en Dorsia algún día (si no durante este año, por lo menos antes de cumplir los treinta), la energía que tendría que gastar para conseguirla no era digna de Sean. Además, Dorsia es demasiado chic para él. Quiero que sufra durante esta cena; no voy a permitir que se distraiga con las tías buenas camino de Nell's; quiero un sitio que tenga encargado de los lavabos, de modo que le resulte difícil continuar, estoy seguro de ello, su uso *crónico* de la cocaína. Le di la Zagat a Jean y le pedí que buscara el restaurante más caro de Manhattan. Ella reservó mesa para las nueve en la Quilted Giraffe.

–Las cosas están peor en Sandstone le digo a Sean esta tarde, hacia las cuatro. Se ha instalado en la suite de nuestro padre en el Cadyle. La cadena de vídeos musicales atruena al fondo, y otras voces se imponen a su estruendo. Oigo una ducha funcionando.

–¿Qué cosas? ¿Mamá se comió su almohada? ¿Qué?

–Creo que deberíamos cenar –digo.

–Dominique, tranquilízate –dice, luego tapa con la mano el auricular y murmura algo apagadamente.

–Oye, Sean. ¿Qué pasa? –pregunto.

–Te volveré a llamar –dice él, colgando.

Resulta que me gusta la corbata que le compré a Sean en Paul Smith la semana pasada y he decidido no dársela (aunque la idea de que el gilipollas, digamos, se ahorcara con ella me gusta mucho). De hecho decido llevada a la Quilted Giraffe esta noche. En lugar de la corbata, le regalaré un reloj con calculadora y banco de datos Casio QD–150 Quick–Dialer. Marca los números de teléfono con el sonido cuando se acerca al disco y almacena más de cincuenta nombres y números. Me pongo a reír mientras meto este regalo inútil en su caja, pensando para mí mismo que Sean no *conoce* a cincuenta personas. Ni siquiera podría decir el *nombre* de cincuenta personas. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las ensaladas.

Sean llama a las cinco desde el Racquet Club y me dice que me reúna con él en Dorsia esta noche. Acaba de llamar a Brin, el dueño, y ha reservado mesa para las nueve. Tengo la cabeza hecha un lío. No sé qué pensar ni qué sentir. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las ensaladas.

Más tarde, en Dorsia, las nueve y media: Sean lleva media hora de retraso. El maître se niega a dejar que me siente hasta que llegue mi hermano. Lo que más temía..., una realidad. Una mesa muy buena delante de la barra espera allí, vacía, a que Sean se digne a ocuparla. Consigo controlar apenas mi enfado con un Xanax y un Absolut con hielo. Mientras meo en el servicio de caballeros, me fijo en una grieta pequeña, en forma de tela de araña, de encima del retrete y pienso que si desapareciera por ella, disminuyendo de tamaño de algún modo, habría muchas posibilidades de que nadie se diera cuenta de que había desaparecido. A... nadie... le importaría. De hecho, algunas

personas, si se dieran cuenta de mi ausencia, podrían tener una extraña e indefinible sensación de alivio. Pues lo cierto es que el mundo es mejor cuando han desaparecido algunas personas. Nuestras vidas no están interrelacionadas. Esa teoría es una mentira. Hay personas que la verdad es que no deberían estar aquí. De hecho una de ellas, mi hermano Sean, está sentado en la mesa que ha reservado cuando salgo del servicio, después de haber telefoneado a mi apartamento y escuchado los mensajes (Evelyn se va a suicidar, Courtney quiere comprar un chow chow, Luis sugiere que cenemos el jueves). Sean fuma sin parar y pienso para mí mismo: «*Maldita sea,* ¿por qué no pedí una mesa en la zona de no fumadores?» Está estrechando la mano del maître cuando me acerco, pero ni siquiera se molesta en presentamos. Me siento y le saludo con la cabeza. Sean también me saluda con la cabeza después de pedir una botella de Cristal, sabiendo que voy a pagar yo; sabiendo también, estoy seguro, que sé que nunca bebe champán.

Sean, que ahora tiene veintitrés años, fue a Europa el otoño pasado, o al menos eso fue lo que dijo Charles Conroy que le contó Sean, y aunque Charles recibió una elevada cuenta del Plaza Athénée, la firma de las facturas no se parecía a la de Sean y nadie parece saber de verdad cuánto tiempo pasó Sean en Francia, o si realmente pasó allí algún tiempo. Después de andar sin rumbo por ahí, volvió a matricularse en Camden, donde estuvo tres semanas. Ahora está en Manhattan antes de volar a Palm Beach o a Nueva Orleans. Como era de prever, su actitud de esta noche alterna entre la melancolía y la arrogancia. También ha empezado, me acabo de fijar, a depilarse las cejas. Ya no las tiene unidas. La abrumadora necesidad que siento de mencionarle esto sólo se aplaca cuando cierro la mano con tanta fuerza que me araño la palma de la mano y el bíceps de mi brazo izquierdo se dilata y rasga la tela de lino de la camisa Armani que llevo puesta.

–¿Te gusta este sitio? –pregunta, sonriendo maliciosamente. –Es mi... restaurante favorito –bromeo, con los dientes apretados.

–Vamos a pedir –dice él, sin mirarme, haciendo señas con la mano a una tía buena, que trae dos menús y la carta de vinos mientras sonríe amablemente a Sean, que la ignora por completo.

Abro el menú y –*maldición*– los platos llevan el precio al lado, lo que significa que Sean pide la langosta con caviar y raviolis de primero, y la langosta a la plancha con salsa de fresa de segundo: los dos platos más *caros* del menú. Yo pido el sashimi de codorniz con brioche a la plancha y los carabineros con gelatina de uvas. Una tía buena abre la botella de Cristal y lo sirve en *vasos,* que deberían estar fríos. Después de irse la chica, Sean nota que le miro de un modo vagamente desaprobador.

–¿Qué pasa? –pregunta.

–Nada –digo yo.

–¿Qué... pasa..., Patrick? –Espacia las palabras de modo ofensivo.

–¿Langosta de primero, y de segundo?

–¿Qué quieres que pida? ¿Patatas fritas de primero?

–¿*Dos* langostas?

–Estas cajas de cerillas son ligeramente más grandes que las langostas que sirven aquí –dice–. Además, no tengo mucha hambre. –Razón de más.

–Me disculparé por fax.

–Con todo, Sean...

–Rock'n'roll...

–Lo sé, lo sé, rock'n'roll. Tómalo como quieras, ¿de acuerdo? –digo, alzando una mano, mientras bebo champán. Me pregunto si será demasiado tarde para pedirle a una camarera que traiga una tarta con una vela (sólo para avergonzarle, para poner en su sitio al hijoputa), pero en vez de eso dejo el vaso y pregunto–. Oye, bueno... –Respiro, luego suelto–: ¿Qué has hecho hoy?

–He jugado al squash con Richard Lindquist. –Se encoge de hombros–. Me he comprado un esmoquin.

–Nicholas Leigh y Charles Conroy quieren saber si este verano vas a ir a los Hamptons.

–No, si lo puedo evitar –dice, encogiéndose de hombros.

Una chica rubia bastante cerca de la perfección, con grandes tetas y el programa de *Les Misérables* en la mano, que lleva un traje de noche de rayón color cobre de Michael Kors para Bergdorf Goodman, zapatos de Manolo Blahnik y pendientes de plata bañada en oro de Ricardo Siberno, se detiene a decir hola a Sean y, aunque *me* apetecería follarme a esta chica, Sean ignora su evidente coqueteo y se niega a presentármela. Durante este encuentro Sean se muestra muy ordinario, y sin embargo la chica se aleja sonriendo, después de alzar una mano en guantada y decir:

–Nos veremos luego en Mortimer's.

Sean asiente con la cabeza, luego hace señas con la mano a un camarero y pide un whisky escocés solo.

–¿Quién era? –pregunto.

–Una chica que fue a Stephens.

–¿Dónde la conociste?

–Jugando al billar en M.K. –Se encoge de hombros.

–¿Es una du Pont? –pregunto.

–¿Por qué? ¿Quieres su número?

–No, sólo quería saber si es una du Pont.

–Podría ser. No lo sé. –Enciende otro pitillo, un Parliament, con lo que parece un encendedor de oro de dieciocho quilates de Tiffany's–. Puede que sea amiga de una de las du Pont.

Sigo pensando en las razones por las que estoy sentado aquí, en este preciso momento, esta noche, con Sean, en Dorsia, pero no se me ocurre ninguna. Después de cenar –la comida es escasa pero muy buena; Sean ni la toca –le digo que tengo que ver a Andrea Rothmere en Nell's y que si quiere café exprés o postre debe pedirlo ya porque tengo que estar en el centro a las doce de la noche.

–¿Por qué tanta prisa? –pregunta–. Nell's ya no está de moda.

–Bueno. Tartamudeo, recuperando enseguida la compostura–. Sólo hemos quedado en vemos allí. En realidad vamos... –la mente se me dispara, choca contra algo. Tomo otro sorbo de champán del vaso.

–Un aburrimiento. *De verdad,* un aburrimiento absoluto –dice él, paseando la vista por el comedor.

–Al Contraclub East. No lo recuerdo.

–Pasado. De la edad de piedra. Prehistórico. –Se ríe cínicamente.

Una pausa tensa.

–¿Cómo lo sabes?

–Rock'n'roll. –Se encoge de hombros–. Adivínalo.

–Muy bien, Sean, ¿adónde vas tú?

Respuesta inmediata:

–A Petty's.

–Claro –murmuro, habiendo olvidado que ya estaba abierto. Sean silba algo, fuma un pitillo.

–Vamos a una fiesta que celebra Donald Trump –miento.

–Muy divertido. Pero que muy divertido.

–Donald es un tipo agradable. Deberías conocerle –digo–. Te lo... podría presentar.

–¿De verdad? –pregunta Sean, puede que con ganas de que lo haga, puede que sin ellas.

–Sí, claro.

–Oh, *perfecto.*

Bien, cuando me dan la cuenta..., vamos a ver..., la pago, tomo un taxi hasta casa, son casi las doce, por lo que no tengo tiempo para devolver los vídeos de ayer, de modo que si no me detengo en casa tengo el tiempo justo para entrar y alquilar otro vídeo, aunque mi tarjeta de socio..., ¿no dice que sólo se pueden alquilar tres cada vez? Bueno, ayer por la noche me llevé dos *(Doble cuerpo y Rubia, caliente, muerta)* de modo que *podría* alquilar uno más, pero he olvidado que también soy miembro del Círculo Dorado, lo que quiere decir que si has gastado mil dólares.(como mínimo) durante los últimos seis meses te dejan alquilar todos los vídeos que quieras durante una noche, pero si todavía tengo dos no puedo sacar ninguno más, sea miembro del Círculo Dorado o no, si no he devuelto los otros, por tanto...

–Maldito desgraciado –creo que le oigo murmurar a Sean.

–¿Qué decías? –le pregunto, alzando la vista–. No te he oído.

–Qué bonito bronceado –dice, suspirando–. He dicho qué bonito bronceado.

–Oh –digo yo, todavía confuso por el asunto de los vídeos. Bajo la vista–. Gracias.

–Rock'n'roll. –Apaga el cigarrillo. Sube humo del cenicero de cristal, luego desaparece.

Sean sabe que *yo* sé que probablemente nos encontraremos en Petty's, que es el nuevo club de Norman Prager de la Cincuenta y nueve, pero yo no se lo vaya preguntar y él no dirá nada. Pongo mi tarjeta American Express Platino encima de la cuenta. Los ojos de Sean están clavados en una tía buena que está junto a la barra con un vestido de lana Thierry Mugler y un pañuelo de cuello Claude Montana, bebiendo un vaso de champán. Cuando viene nuestra camarera para recoger la cuenta y la tarjeta, niego con la cabeza. Por fin, los ojos de Sean caen sobre la tarjeta, durante un segundo, puede que durante más, y hago seña con la mano a la camarera para que vuelva y dejo que se la lleve.

Almuerzo con Bethany

Hoy he quedado con Bethany para almorzar en Vanities, el nuevo bistró de Evan Kiley, en Tribeca, y aunque he hecho ejercicio esta mañana durante cerca de dos horas e incluso he levantado pesas en la oficina antes de mediodía, todavía sigo extremadamente nervioso. El motivo es difícil de determinar, pero al final lo reduzco a una de entre dos razones. Puede que tenga miedo a que me rechace (aunque no puedo entender por qué; fue *ella* la que me llamó a *mí, ella* la que quiere verme, ella la que quiere almorzar *conmigo,* ella la que quiere volver a follar *conmigo)* o podría tener algo que ver con esa nueva espuma italiana que me pongo, que aunque hace que el pelo parezca más abundante y huela bien, también hace que me lo note muy pegajoso e incómodo, y es algo a lo que podría echar la culpa de mi nerviosismo: De modo que para que no nos falten cosas de las que hablar durante el almuerzo, traté de leer una nueva colección de relatos muy de moda que se titulaba *Wok* que compré en Barnes & Noble la noche pasada y de cuyo joven autor hicieron un perfil

recientemente en la sección Carril Rápido de la revista *New York,* pero todos los relatos empezaban con la frase: «Cuando la luna te golpea el ojo como una gran pizza», y tuve que volver a meter el delgado volumen en mi estantería y tomar un J&B con hielo, seguido de dos Xanax, para recuperarme del esfuerzo. Para compensar eso, antes de dormir le escribí un poema a Bethany, lo que me llevó largo rato, algo que me sorprendió, pues antes le escribía poemas, largos poemas muy tétricos, con bastante frecuencia cuando los dos estábamos en Harvard, antes de romper. «Dios santo –pienso para mí mismo cuando me dirijo a Vanities con sólo quince minutos de retraso–, espero que Bethany no haya terminado ligando con Robert Hall, aquel jodido gilipollas.» Paso por delante de un espejo colgado encima de la barra al dirigirme a nuestra mesa y miro mi reflejo –la espuma me da buen aspecto–. El programa de Patty Winters de esta mañana se ocupaba de si Patrick Swayze se había vuelto cínico o no.

Tengo que detenerme cuando llego cerca de la mesa, seguido por el maître (todo esto pasa a cámara lenta). Bethany está de *es*paldas y sólo puedo distinguir su nuca y su pelo castaño recogido en un moño, y cuando se da la vuelta para mirar por la ventana, sólo distingo parte de su perfil brevemente; parece *una modelo.* Lleva una blusa de seda y una falda de seda y raso con crinolina. Un bolso de cuero verde de Paloma Picasso con cierre de hierro forjado descansa delante de ella, en la mesa, junto a una botella de agua San Pellegrino. Mira su reloj. La pareja de la mesa contigua a la nuestra está fumando y después de inclinarme por detrás de Bethany, sorprendiéndola, y de besarle en la mejilla, le pido fríamente al maître que nos cambie a la zona de no fumadores. He hablado bajo pero lo suficientemente alto para que me oigan los adictos a la nicotina, y noto una especie de ligera vergüenza con respecto a su asqueroso hábito.

–¿Entonces? –pregunto, allí de pie, con los brazos cruzados, dando golpecitos en el suelo con el pie.

–Me temo que no tenemos zona de no fumadores, señor –me informa el maître.

Dejo de dar golpecitos con el pie y paseo lentamente la vista por el restaurante, el *bistró,* preguntándome qué aspecto tendrá mi pelo, y de repente me gustaría haber cambiado de espuma porque desde la última vez que me he visto el pelo, hace unos segundos, lo noto distinto, como si su forma se hubiera alterado de algún modo al dirigirme desde la barra– a la mesa. Unas náuseas que no soy capaz de dominar inundan cálidamente mi interior, pero como en realidad estoy soñando todo esto, soy capaz de decir:

–¿Dice usted que *no* tienen zona de no fumadores? ¿Es así? –Eso es, señor. –El maître, más joven que yo, amariconado, inocente, *actor* sin duda, añade–: Lo siento.

–Bien, pues es... muy interesante. Lo admito. –Saco mi cartera de piel de gacela del bolsillo trasero del pantalón y pongo un billete de veinte dólares en la insegura mano del maître. Éste mira el billete, confuso, y murmura:

–Gracias. –y se aleja como aturdido.

–No. Gracias a usted –digo en voz alta y ocupo mi asiento en frente del de Bethany, saludando educadamente con la cabeza a la pareja de al lado, y aunque trato de ignorada todo lo que la etiqueta permite, no puedo. Bethany tiene un aspecto absolutamente asombroso, es *exactamente igual que una modelo.* Todo está en penumbra, me encuentro irritable. Ideas febriles, románticas...

–¿No fumabas en Harvard? –es lo primero que dice.

–Puros –digo–. Sólo puros.

–Oh –dice ella.

–Pero lo dejé –miento, respirando a fondo y frotándome las manos.

–Haces bien –asiente con la cabeza.

–Oye, ¿has tenido algún problema para reservar mesa? –pregunto, y *estoy temblando.* Pongo las manos encima de la mesa como un imbécil, esperando que bajo su vigilante mirada dejen de temblarme.

–Aquí no hay que reservarla, Patrick –dice ella con dulzura, estirando la mano y poniéndola encima de la mía–. Cálmate. Pareces un loco.

–Estoy tranquillo, quiero decir tranquilo –digo, respirando a fondo y tratando de sonreír, luego, involuntariamente incapaz de contenerme, le pregunto–: ¿Cómo tengo el pelo?

–Lo tienes bien –dice ella–. Muy bien.

–Estupendo. Me siento estupendamente. –Trato nuevamente de sonreír, pero estoy seguro de que sólo hago una mueca. Después de una breve pausa, ella dice:

–Bonito traje. ¿Henry Stuart?

–No –digo yo, insultado, tocándome la solapa–. Garrick Anderson.

–Es muy bonito –dice ella, y luego, auténticamente interesada–: ¿Te encuentras bien, Patrick? Pareces... crispado.

–Oye. Estoy roto. Acabo de llegar de Washington. He venido en el avión de Trump esta mañana –le digo, incapaz de mirarla directamente a los ojos, de un tirón–. Ha sido un viaje delicioso. El servicio... fabuloso de verdad. Necesito una copa.

Ella sonríe, divertida, examinándome de modo incisivo.

–¿De verdad? –pregunta, no totalmente, lo noto, sin afectación.

–Sí. –La verdad es que no puedo mirarla y que me cuesta un inmenso esfuerzo desdoblar la servilleta, dejarla en el regazo, colocarla correctamente, ocuparme de la copa de vino, y ruego que venga un camarero–. ¿Has visto el programa de Patty Winters de esta mañana?

–No, estaba haciendo jogging –dice, echándose hacia delante–. Era sobre Michael J. Fax, ¿verdad?

–No –la corrijo–. Era sobre Patrick Swayze.

–¿De verdad? –pregunta, y luego añade–: ¿Estás seguro?

–Sí. Sobre Patrick Swayze. Estoy completamente seguro.

–¿Qué tal ha sido?

–Bueno, muy interesante –le digo, respirando–. Ha sido casi como un debate, sobre si se ha vuelto cínico o no.

–¿Tú crees que se ha vuelto cínico?

–Bueno, no, no estoy seguro –empiezo nerviosamente–. Es una cuestión interesante. No se ha considerado lo suficiente. Quiero decir que después de *Dirty Dancing* no lo hubiera creído, pero con *Tiger Warsaw* no lo sé. Podría ser una locura, pero creo que detecté algo de amargura. No estoy seguro.

Me mira fijamente, sin cambiar de expresión.

–Oh, casi se me había olvidado –digo, buscando en el bolsillo–. Te escribí un poema. –Le tiendo la hoja de papel–. Toma. –Me noto mareado y roto, afligido, exhausto.

–Oh, Patrick. –Sonríe–. Qué cariñoso.

–Bueno, ya sabes –digo, bajando la vista tímidamente. Bethany coge la hoja de papel y la desdobla.

–Léelo –la animo, con entusiasmo.

Lo mira como asombrada, confusa; parpadea y luego da la vuelta a la página para ver si hay algo por el otro lado. No lo entiende bien y vuelve a mirar las palabras escritas con tinta roja de la primera cara.

–Es como un haiku, ¿sabes? –digo–. Léelo. Vamos.

Se aclara la voz y empieza a leer vacilante, despacio, deteniéndose con frecuencia.

–«El pobre negro de la pared. Mírale.» –Hace una pausa y vuelve a pestañear, luego continúa, vacilante–: «Mira al pobre negro. Mira al pobre negro... de... la... pared.» –Vuelve a interrumpirse, balbuceando, me mira confusa, luego vuelve a mirar el papel.

–Sigue –digo, buscando a un camarero con la vista–. Termínalo.

Se aclara la voz y, mirando fijamente el papel, trata de leer lo que queda con una voz que es menos que un susurro:

–«Dale por el culo... Dale por el culo al negro de la pared...» –Balbucea nuevamente, luego lee la última frase, suspirando–: «El negro... es... débil.».

La pareja de la mesa de al lado se ha vuelto lentamente para miramos. El hombre parece horrorizado, la mujer también tiene una expresión de horror en la cara. La miro fijamente, hasta que baja la vista a su jodida ensalada.

–Bien, Patrick –dice Bethany, aclarándose la voz, tratando de sonreír y devolviéndome el papel.

–Bueno –pregunto–, ¿qué te parece?

–Aprecio que... –se interrumpe, pensando– ..., que tu sentido de... la injusticia social... –vuelve a aclararse la voz y baja la vista– sigue todavía intacto.

Le quito el papel y me lo guardo en el bolsillo y sonrío, tratando de conseguir que mi cara siga inexpresiva, y pongo muy derecho el cuerpo para que no sospeche que me siento acobardado. Nuestro camarero se acerca a la mesa y le pregunto qué cervezas tienen.

–Heineken, Budweiser, Amstel Light –recita.

–¿Alguna más? –pregunto, mirando a Bethany e indicándole con un gesto que continúe.

–Ésas, bueno, son todas, señor –dice.

–¿No tienen Corona? ¿Ni Kirin? ¿Ni Grolsch? ¿Ni Moretti? –pregunto, confuso, airado.

–Lo siento señor, pero no –dice cautelosamente–. Sólo Heineken, Budweiser y Amstel Light.

–Es una locura –digo, suspirando–. Tomaré un J &B con hielo. No, un martini de Absolut. No, un J&B solo.

–Y yo tomaré otra botella de San Pellegrino –dice Bethany.

–Yo tomaré lo mismo –añado rápidamente, mientras la pierna se me mueve incontroladamente por debajo de la mesa.

–Muy bien. ¿Quieren oír las especialidades de la casa? –pregunta.

–No faltaba más –suelto yo; luego, calmándome, sonrío tranquilizadoramente a Bethany.

–¿Estás seguro? –Se ríe.

–*Por favor* –digo, muy serio, estudiando el menú.

–De primero tengo los tomates secados al sol y caviar dorado con chiles poblano, y también tengo una sopa de endibias frescas...

–Espere un momento, espere un momento –digo, alzando la mano e interrumpiéndole–. Aguarde un momento.

–¿Diga señor? –pregunta el camarero, confuso.

–¿Lo tiene *usted?* Querrá decir que lo tiene el *restaurante* –le corrijo–. *Usted* no tiene tomates secados al sol. Los tiene el restaurante. *Usted* no tiene chiles poblano. Los tiene el restaurante. Sólo, ya sabe, para aclarar las cosas.

El camarero, estupefacto, mira a Bethany, que se las entiende hábilmente con la situación, preguntándole:

–¿Cómo sirven la sopa de endibias?

–Bueno..., fría –dice el camarero, sin recuperarse del todo de mi salida, notando que está tratando con alguien muy, pero que muy nervioso. Vuelve a interrumpirse, inseguro.

–Siga –le animo–. Siga, por favor.

–La servimos fría –vuelve a empezar–. Y de segundo tenemos cazón con trocitos de mango y sándwich de pargo colorado en brioche con sirope de arce y... –vuelve a mirar su bloc de notas– algodón.

–Mmmmm, suena a delicioso. Algodón, mmmm –digo, restregándome las manos con ansiedad–. ¿Bethany?

–Yo tomaré la ceviche de puerros y acedera dice Bethany–. Y las endibias con... salsa de nuez.

–¿Y el señor? –pregunta el camarero, dubitativo.

–Tomaré... –me interrumpo, examino el menú rápidamente–. Tomaré el calamar con piña. ¿Puedo tomar una loncha de queso de cabra, de *chevre*... –miro a Bethany para ver si ha notado mi mala pronunciación– con esto? ¿Y la salsa aparte?

El camarero asiente, se marcha y nos deja solos.

–Bien. –Bethany sonríe, luego nota que la mesa vibra ligeramente–. ¿Qué... le pasa a tu pierna?

–¿A mi pierna? Oh. –Bajo la vista hacia ella, luego vuelvo a mirar a Bethany–. Es... la música. Me gusta mucho la música. La música que está sonando.

–¿Qué es? –pregunta, ladeando la cabeza mientras trata de coger el estribillo de la música ambiental New Age que sale por los altavoces colgados del techo, encima de la barra.

–Es..., creo que Belinda Carlisle –supongo–. No estoy seguro.

–Pero... –empieza ella; se interrumpe–. Olvídalo.

–¿Pero qué?

–Que no oigo cantar a nadie. –Sonríe, baja la vista, muy seria. Me sujeto la pierna y hago como que escucho.

–Pero es una canción suya –digo, y añado débilmente–: Creo que se titula «Heaven Is a Place on Earth». La conoces, seguro.

–Oye –dice ella–, ¿has ido a algún concierto últimamente?

–No –digo yo, deseando que no hubiera sacado a colación ese tema de conversación–. No me gusta la música en directo.

–¿La música en directo? –pregunta, intrigada, bebiendo agua San Pellegrino.

–Sí. Ya sabes. Una banda y cosas así –explico, notando por su expresión que estoy diciendo lo que en ningún caso debería decir–. Oh, lo olvidaba. He visto a U2.

–¿Qué tal estuvieron? –pregunta–. Me gusta mucho su nuevo CD.

–Estuvieron estupendos, estupendos de verdad. De verdad... –Hago una pausa, inseguro sobre qué decir. Bethany alza las cejas interrogativamente–. Irlandeses de verdad.

–Me dijeron que en directo son muy buenos –dice ella, y su propia voz tiene un ligero tono musical–. ¿Quiénes más te gustan?

–Oh, ya sabes –digo, completamente confundido–. The Kingsmen. «Louie, Louie.» Ese tipo de cosas.

–Dios santo, Patrick –dice ella, mirándome atentamente la cara.

–¿Qué? –digo, dominado por el pánico, tocándome el pelo–. ¿Demasiada espuma? ¿No te gustan los Kingsmen?

–No. –Se ríe–. Lo que pasa es que no recordaba que estuvieras tan moreno en la universidad.

–Entonces estaba bronceado, ¿o no? –pregunto–. Quiero decir que no era Casper el Espectro, ¿o sí? –Pongo el codo en la mesa y flexiono el bíceps, pidiéndole que toque el músculo. Después de que lo haya tocado, a regañadientes, retorno mis preguntas–. ¿De verdad que no estaba tan moreno en Harvard? –pregunto preocupado.

–No, no –Se ríe–. Sin duda eras el George Hamilton del curso.

–Gracias –digo, halagado.

El camarero nos trae las bebidas, dos botellas de agua San Pellegrino.

Escena dos.

–¿Trabajas en Mill? ¿Taffeta? ¿Dónde? –pregunto. Su cuerpo, el tono de su piel, parecen firmes y rosados.

–En Milbank Tweed –dice ella–. Ahí es donde trabajo.

–Bien –digo, exprimiendo una lima en mi vaso–. Es maravilloso. La facultad de Derecho ha quedado atrás.

–¿Y tú..., en P & P? –pregunta.

–Sí –digo yo.

Ella asiente, quiere decir algo, duda si hacerla, luego pregunta, todo en cuestión de segundos:

–Pero tu familia no es dueña de...

–No quiero hablar de eso –digo, interrumpiéndola–. Pero sí, Bethany, sí.

–¿Y trabajas en P & P? –pregunta. Pronuncia espaciadamente cada sílaba de modo que éstas me resuenan dentro de la cabeza.

–Sí –digo, paseando la vista furtivamente por el comedor.

–Pero... –Está confundida–. Tu padre no...

–Sí, claro –digo, volviendo a interrumpirla–. ¿Has probado la focaccia de Pooncakes?

–*Patrick.*

–¿Qué?

–¿Qué te pasa?

–Que no quiero hablar de eso... –Me interrumpo–. Del trabajo.

–¿Y por qué no?

–Porque lo odio –digo–. y ahora, escucha, ¿nunca has estado en Pooncakes? Creo que Miller lo infravalora.

–Patrick –dice ella lentamente–. Si estás molesto con tu trabajo, ¿por qué no lo dejas? No necesitas trabajar.

–Porque –digo, mirándola a los ojos–. Me... viene... bien.

Después de una larga pausa, Bethany sonríe.

–Entiendo.

Hay otra pausa.

La rompo yo.

–Limítate a considerarlo, bueno, como una nueva actitud ante los negocios –digo.

–Qué... –se atasca– sensible. –Se vuelve a atascar—. Qué, bueno, práctico.

El almuerzo es alternativamente un coñazo, un rompecabezas que debe ser resuelto y un obstáculo; luego se desarrolla sin esfuerzo hacia el reino del descanso y soy capaz de ofrecer una interpretación muy habilidosa –mi aplastante inteligencia conecta y me hace saber que puede notar lo mucho que me quiere, pero se contiene, sin comprometerse–. Ella también se contiene pero, a pesar de ello, coquetea. Bethany se ha hecho una promesa al pedirme que almuerce con ella y me entra pánico, una vez que me han servido el calamar, seguro de que no podré escapar a no ser que ella la dé por cumplida. Otros hombres se fijan en Bethany cuando pasan junto a nuestra mesa. A veces convierto mi voz en un susurro. Oigo cosas –ruidos, sonidos misteriosos, dentro de la cabeza; su boca se abre, se cierra, traga líquidos, sonríe, me atrae como un imán pintado con lápiz de labios, menciona algo que s refiere a los aparatos de fax, dos veces. Por fin pido unJ&B con hielo, luego un coñac. Ella pide un sorbete de coco y menta. La toco, le cojo la mano por encima de la mesa, más que un amigo. El sol entra en Vanities, el restaurante se vacía, son cerca de las tres. Pide una copa de chardonnay, luego otra, luego la cuenta. Está relajada pero pasa algo. Los latidos del corazón se me disparan y detienen, se estabilizan momentáneamente. Escucho con cuidado. Posibilidades alguna vez imaginadas se precipitan. Ella entrecierra los ojos y cuando vuelve a mirarme, yo entrecierro los míos.

–¿Oye? –pregunta–. ¿Sales con alguien?

–Llevo una vida sin complicaciones –digo pensativamente, cogido con la guardia baja.

–¿Qué quieres decir con *eso?* –pregunta.

Tomo un sorbo de coñac y sonrío para mí mismo, poniéndola nerviosa, frustrando sus esperanzas, sus sueños de volver a juntarnos.

–¿Sales con alguien, Patrick? –pregunta–. Venga, dímelo. Pensando en Evelyn, murmuro para mí mismo:

–Sí.

–¿Con quién? –oigo que pregunta.

–Con una botella grande de Desyrel –digo, con voz abstraída, súbitamente muy triste.

–¿Cómo? –pregunta, sonriendo, pero entonces se da cuenta de algo y niega con la cabeza–. No deberías beber.

–No, no salgo de verdad –digo, muy deprisa, y luego, sin quererlo–: Quiero decir, ¿alguien necesita de verdad *salir* con alguien? ¿Alguien necesita *salir* de verdad con otra persona? ¿Saliste alguna vez tú conmigo? *¿Saliste?* ¿Qué quiere decir eso? ¡Ja! *¿Salir?* ¡Ja! No lo sé. ¡Ja! –Me río.

Después de digerido; Bethany dice, asintiendo con la cabeza:

–Eso tiene una especie de lógica enrevesada, me parece.

Otra larga pausa y hago, lleno de miedo, la siguiente pregunta:

–Bueno, ¿y tú? ¿Sales con alguien?

Ella sonríe, encantada consigo misma, y todavía con la vista baja, admite, con incomparable claridad:

–Bueno, sí, tengo un novio y...

–¿Quién es?

–¿Cómo? –levanta la vista.

–¿Que quién es? ¿Cómo se llama?

–Robert Hall. ¿Por qué?

–¿Trabaja con Salomon Brothers?

–No, es cocinero.

–¿En Salomon Brothers?

–Patrick, es *cocinero.* Y copropietario de un restaurante.

–¿De cuál?

–No importa.

–No, de verdad, ¿de cuál? –pregunto, en voz muy baja–. Quiero tacharlo de mi guía Zagat.

–Se llama Dorsia –dice, y luego–: Patrick, ¿te encuentras bien?

–Sí, –me estalla la mente y el estómago me revienta por dentro –una reacción espasmódica, ácida, gástrica–; estrellas y planetas, galaxias hechas por pequeños gorros blancos de cocinero, me pasan rápidamente por delante de la vista. Me ahogo al hacer otra pregunta. –¿Por qué Robert Hall? ¿Por qué él?

–Bueno, no lo sé –dice ella, con voz un poco achispada–. Supongo que tiene que ver con que tengo veintisiete años y...

–¿Con eso? También los tengo yo. Y medio Manhattan. ¿Y qué? Eso no es una excusa para casarse con Robert Hall.

–¿*Casarme?* –pregunta ella, con los ojos muy abiertos, a la defensiva–. ¿He dicho eso?

–¿No has dicho que te ibas a casar?

–No, no lo he dicho, pero quién sabe... –Se encoge de hombros–. Quizá debería.

–Sería espantoso.

–Como decía, Patrick... Me mira fijamente, pero de un modo juguetón que me marea–. Creo que ya sabes eso, bueno, el tiempo pasa. El reloj biológico que no deja de hacer tictac –dice, y yo pienso: «Dios mío, ¿sólo ha tomado *dos* copas de chardonnay para tener que admitir eso? Dios santo, es un peso ligero»–. Quiero tener hijos.

–¿Con Robert Hall? –pregunto, incrédulo–. Podrías tenerlos también con el capitán Lou Albano, por el amor de Dios. No te entiendo, Bethany.

Toca su servilleta, bajando la vista y luego mira hacia un lado, donde los camareros están preparando las mesas para la cena. Yo también los miro.

–¿Por qué noto cierta hostilidad por tu parte, Patrick? –pregunta suavemente, luego bebe un sorbo de su copa.

–A lo mejor porque soy hostil –suelto yo–. Puede que lo sientas por eso.

–Dios santo, Patrick –dice, mirándome a la cara, auténticamente inquieta–. Creía que tú y Robert Hall erais amigos.

–¿Cómo? –pregunto–. No te entiendo.

–¿No erais Robert y tú amigos?

Hago una pausa, dubitativo.

–¿Lo éramos?

–Sí, Patrick, lo *erais.*

–Robert Hall, Robert Hall, Robert Hall –murmuro para mí mismo, tratando de recordar–. ¿Un compañero de curso? –pienso en ello un poco más, luego añado–: ¿Con una barbilla mínima?

–No, Patrick –dice ella–. El *otro* Robert Hall.

–¿Le estoy confundiendo con el *otro* Robert Hall?

–Sí, Patrick –dice ella, enfadada.

Sintiéndome interiormente rebajado, cierro los ojos, suspiro y digo:

–Robert Hall. ¿No es el que sus padres eran dueños de medio Washington? ¿No es el que era... –me atraganto– capitán del equipo de regatas? ¿Uno de un metro ochenta?

–Sí –dice ella–. *Ese* Robert Hall.

–Pero... –me interrumpo.

–¿Sí? ¿Pero qué? –Parece preparada para esperar una respuesta.

–Era una *loca* –suelto.

–No, *no* lo era, Patrick –dice, claramente ofendida.

–Estoy seguro de que era loca –me reafirmo, asintiendo con la cabeza.

–¿Por qué estás tan seguro? –pregunta, nada divertida.

–Porque dejaba que los otros de la universidad, no los de mi residencia, bueno, ya sabes, que en las fiestas le pegaran y le ataran y esas cosas. Al menos, sabes, eso es lo que se contaba –digo yo, con sinceridad, y luego, más humillado de lo que me he sentido nunca en toda mi vida, confieso–: Bethany, una vez se ofreció..., bueno, a chupármela. En la sección de ciencia política de la biblioteca.

–Oh, Dios mío –dice entrecortadamente–. ¿Dónde está la cuenta?

–¿No le dieron la patada a Robert Hall por hacer su tesis sobre Babar? ¿O sobre algo parecido a Babar? –pregunto–. ¿Babar el elefante? ¿El, Dios mío, elefante *francés?*

–¿De qué estás *hablando?*

–Oye –digo–. ¿No fue a la facultad de Económicas de Kellogg?

–Lo dejó –dice, sin mirarme.

–Oye. –Le toco la mano. Se echa hacia atrás y la retira.

Yo trato de sonreír.

–Robert Hall no es una loca... Te lo puedo asegurar –dice ella con afectación infantil. ¿Cómo hay quien pueda enfadarse por culpa de Robert Hall? En lugar de decir: «Sí, eres una puta idiota y das pena», digo para suavizar las cosas:

–Estoy seguro de que puedes. –Y añado–: Háblame de él. Quiero saber cómo van las cosas entre vosotros. –Y después sonriendo, enfadado, lleno de rabia, me disculpo–: Lo siento.

Le lleva algún tiempo, pero por fin se calma y me sonríe y yo insisto:

–Cuéntame algo más –y luego, para mí mismo, con un rictus que quiere pasar por sonrisa, añado–: Me gustaría qué te abrieras a mí. –El chardonnay la ha ablandado, de modo que se suaviza y habla libremente.

Pienso en otras cosas mientras describe su pasado reciente: aire, agua. Cielo, tiempo, un momento, un punto en que quise enseñarle todas las cosas hermosas del mundo. No tengo paciencia para hacer revelaciones, para empezar de nuevo, para acontecimientos que tienen lugar más allá del dominio de mi visión inmediata. Una chica de primero, a la que conocí en el bar de Cambridge cuando yo estudiaba tercero en Harvard, me dijo a comienzos de un otoño:

–La vida está llena de posibilidades sin límite.

Traté valientemente de no atragantarme con las nueces que estaba tomando con la cerveza mientras ella soltaba esa sabiduría de piedra del riñón; y las tragué tranquilamente con el resto de la

Heineken, sonreí y me concentré en la partida de dardos que tenía lugar en la esquina. Es innecesario decir que la chica no vivió para matricularse de segundo. Aquel invierno, encontraron su cuerpo en el río Charles, decapitado, con la cabeza colgando de un árbol de la orilla, sujeta por el pelo que estaba anudado en las ramas más bajas, unos cinco kilómetros más abajo. Mis ataques de rabia en Harvard eran menos violentos que los de ahora y es inútil esperar que mi enfado desaparezca..., *no hay* modo de que lo haga.

–Oh, Patrick –está diciendo Bethany–. Sigues siendo el mismo y no sé si eso es bueno o malo.

–Digamos que es bueno.

–¿Por qué? ¿Lo es? –pregunta, frunciendo el ceño–. ¿Lo fue? ¿Y luego?

–Sólo conoces una faceta de mi personalidad –digo yo–. La de estudiante.

–¿Y la de amante? –pregunta, y su voz me hace recordar algo humano.

Mis ojos caen fríamente sobre ella. Fuera, en la calle, suena una música como de salsa. Por fin el camarero trae la cuenta.

–Pagaré yo –digo, suspirando.

–No –dice ella, abriendo el bolso– *Te* invité yo.

–Pero es que tengo una tarjeta American Express Platino –le digo.

–Y yo también –replica ella, sonriendo.

Me interrumpo, luego veo que pone la tarjeta en la bandeja en la que han traído la cuenta. Violentas convulsiones parecen próximas a estallar si me contengo.

–El movimiento de liberación de la mujer. Vaya. –Sonrío, nada impresionado.

Una vez fuera, ella espera en la acera mientras yo estoy en el servicio de caballeros vomitando el almuerzo, librándome del calamar sin digerir y menos rojo de lo que estaba en el plato. Cuando salgo de Vanities a la calle, me pongo las Wayfarer, mastico un Cerf, murmuro algo para mí mismo y luego la beso en la mejilla e invento otra cosa.

–Siento haber tardado tanto. He tenido que llamar a mi abogado.

–¿Oh? –Hace como que está preocupada..., la jodida puta.

–Sólo se trata de un amigo mío. –Me encojo de hombros–. Bobby Chambers. Está en la cárcel. Algunos amigos suyos, bueno, fundamentalmente *yo,* intentan ocuparse de su defensa –digo, volviendo a encogerme de hombros; luego, cambiando de asunto–: Oye.

–¿Qué? –pregunta ella, sonriendo.

–Es tarde. No me apetece volver a la oficina –digo, mirando mi Rolex. El sol, que cae, se refleja en el reloj, cegándola momentáneamente–. ¿Por qué no vienes a mi casa?

–¿Cómo? –Se encoge de hombros.

–¿Que por qué no vienes a mi casa? –vuelvo a sugerir.

–Patrick. –Se ríe insinuantemente–. ¿Hablas en serio?

–Tengo una botella de Pouilly–Fuissé *muy fría,* ¿qué tal? –digo, enarcando las cejas.

–Oye, *eso* podría haber funcionado en Harvard, pero... –Se ríe, luego continúa–: bueno, ahora somos mayores y... –Se interrumpe.

–¿Y qué? –pregunto.

–No debería haber tomado *ese* vino en el almuerzo –vuelve a decir.

Nos ponemos a andar. Fuera hace unos treinta y seis grados, imposible respirar. No es de día ni de noche. El cielo parece amarillo. Le doy un dólar a un mendigo de la esquina de Duane con Greenwich sólo para impresionarla.

–Oye, vamos –vuelvo a decir, casi gimiendo–. Vamos.

–No puedo –dice–. El aire acondicionado de mi oficina está estropeado, pero no puedo. Me gustaría, pero no puedo.

–Venga, vamos –digo, cogiéndola por los hombros, y apretándoselos cariñosamente.

–Patrick, tengo que volver a la oficina –*se* queja ella, protestando débilmente.

–Pero allí te morirás de calor –le advierto.

–No tengo elección.

–Vamos. –Luego, tratando de seducirla, añado–: Tengo un juego de té y café Durgin Gorham de los años cuarenta, de plata de ley, que me gustaría que vieras.

–No puedo. –Se ríe, poniéndose las gafas de sol.

–No me asustes. ¿Sabes cuántos gramos de grasas, de *sodio,* hay en el chocolate? –digo, suspirando, fingiendo que estoy horrorizado.

–No debes preocuparte por eso –dice.

–Venga –digo, caminando delante de ella durante un rato de modo que no note ninguna agresividad por mi parte–. Oye, ven a tomar una copa y luego vamos los dos a Dorsia y así conoceré a Robert, ¿de acuerdo? –Me vuelvo, sin dejar de andar, pero ahora de espaldas–. *Por favor.*

–Patrick –dice ella–. Me lo estás suplicando.

–De verdad, quiero enseñarte ese juego de té Durgin Gorham. –Me interrumpo–. Por favor. –Vuelvo a interrumpirme–. Me costó tres mil quinientos dólares.

Deja de andar porque yo me detengo, baja la vista, y cuando la vuelve a alzar, tiene la frente y las mejillas húmedas de sudor. Tiene calor o está cachonda. Suspira, sonriendo para sí misma. Mira su reloj.

–¿Entonces, qué? –pregunto.

–Si voy... –empieza.

–¿Síií? –pregunto, alargando la palabra.

–Si voy, tendré que hacer una llamada.

–No, para nada –digo yo, llamando a un taxi con la mano–. Llama desde mi casa.

–*Patrick* –protesta ella–. Hay un teléfono ahí mismo.

–Vámonos –digo–. Nos espera el taxi.

En el taxi, camino del Upper West Side, Bethany dice:

–No debería haber tomado aquel vino.

–¿Estás borracha?

–No –dice, abanicándose con un programa de *Les Misérables* que alguien ha dejado en el asiento trasero del taxi, que no tiene aire acondicionado, y, aunque lleva las dos ventanillas abiertas, ella sigue abanicándose–. Sólo levemente... achispada.

Los dos nos reímos sin razón y ella se apoya en mí, luego se da cuenta de algo y se aparta.

–En tu casa hay portero, ¿verdad? –pregunta desconfiadamente.

–Sí–. Sonrío, sorprendido de lo poco consciente *que* es de lo cerca *que* está del peligro.

Entramos a mi apartamento. Bethany pasa al cuarto de estar, asintiendo con la cabeza aprobadoramente y murmurando:

–Muy bonito, mister Bateman, muy bonito.

Entretanto, yo cierro la puerta con llave, asegurándome de echar el cerrojo, luego me dirijo a la barra y sirvo un poco de J&B en un vaso, mientras ella pasa la mano por la máquina de discos Wurlitzer, examinándola. He empezado a rezongar para mí mismo y me tiemblan las manos tanto *que* decido olvidarme del hielo, y luego estoy en el cuarto de estar, parado detrás de ella, *que* mira el David Onica *que* está colgado encima de la chimenea. Ladea la cabeza, estudiándolo, luego se echa a reír y me mira, sorprendida; luego vuelve a mirar el Onica, sin dejar de reír. Vacío el vaso de un solo trago y me dirijo al armario Anaholian de roble blanco donde guardo la clavadora automática *que* compré en una ferretería, cerca de mi oficina, en Wall Street. Después de ponerme unos guantes de *cuero* negro, me aseguro *que* la clavadora está cargada.

–¿Patrick? –pregunta Bethany, sin dejar de reír.

–¿Qué? –digo, y luego añado–: ¿Querida?

–¿Quién colgó el Onica? –pregunta.

–¿Te gusta? –pregunto.

–Es bonito, pero... –Se interrumpe, luego dice–: Estoy casi segura de *que* está colgado al revés.

–¿Qué?

–¿*Quién* colgó el Onica?

–Lo colgué yo –digo, todavía a sus espaldas.

–Pues has colgado el Onica *al revés. –Se ríe.*

–Pues vaya. –Estoy junto al armario, con la clavadora en la mano, acostumbrándome a su peso en mi mano enguantada.

–No puedo *creer que* esté al revés –dice ella–. ¿Cuánto lleva de este modo?

–Un milenio –susurro, acercándome a ella.

–¿Qué? –pregunta, sin dejar de examinar el Onica.

–He dicho: ¿qué coño estás haciendo con Robert Hall? –susurro.

–¿Qué has dicho ? –y como a cámara lenta, como en una película, se da la vuelta.

Espero hasta que haya visto la clavadora y las manos enguantadas para gritar:

–*¿Qué coño estás haciendo con Robert Hall?*

Quizá por instinto, quizá por un recuerdo, hace un rápido movimiento inútil hacia la puerta, gritando. Aunque el chardonnay le ha embotado los reflejos, el whisky escocés que he tomado yo ha aguzado los míos y, sin esfuerzo, me planto delante de ella, bloqueándole el paso, y la dejo inconsciente de cuatro golpes en la cabeza que le doy con la clavadora. La vuelvo a llevar, arrastrándola, hasta el cuarto de estar, la tumbo en el suelo sobre una sábana blanca de algodón de Voilacutro, y entonces le estiro los brazos, colocándole las manos con las palmas hacia arriba en unas gruesas tablas de madera, y le clavo tres clavos en cada mano, al azar, en los dedos. Esto hace que recupere la consciencia y se ponga a gritar. Después de rociarle los ojos, la boca, la nariz con un pulverizador de autodefensa, le pongo un abrigo de pelo de camello de Ralph Lauren sobre la cabeza, lo que ahoga sus gritos, o lo que sean. Sigo clavándole clavos en las manos hasta que las dos están llenas –los clavos se amontonan unos junto a otros, haciendo que le sea imposible incorporarse–. Tengo que quitarle los zapatos, lo que me molesta un poco, pero patalea violentamente contra el suelo, dejando marcas oscuras en el roble tan blanco. Durante todo esto no dejo de gritarle:

–Puta. –Y luego mi voz se convierte en un ronco susurro y le digo, babeando en el oído–. Jodida mamona.

Finalmente, completamente aterrorizada, después de que le he quitado el abrigo de la cara, empieza a suplicarme, o al menos lo intenta, mientras la adrenalina se impone momentáneamente al dolor.

–Patrick, por Dios, para ya, por favor, por Dios, deja de hacerme daño...

Pero, como siempre ocurre, el dolor vuelve –es demasiado intenso para que no lo haga– y Bethany vuelve a perder el sentido y vomita, mientras está inconsciente, y tengo que levantarle la cabeza para que no se ahogue y luego vuelvo a rociarla con el pulverizador de autodefensa. Trato de arrancarle a mordiscos los dedos que no he clavado, y casi lo logro con el pulgar de la mano izquierda, del que consigo arrancarle toda la piel con los dientes, dejando el hueso a la vista, y luego la vuelvo a rociar con el pulverizador, innecesariamente. Le pongo nuevamente el abrigo de pelo de camello en la cabeza, por si se despierta gritando, y pongo en marcha el Handycam Sony del tamaño de la palma de la mano para poder grabar todo lo que sigue. Una vez que lo he colocado en su trípode y conectado el automático, con una tijeras le voy cortando el vestido y cuando llego al pecho le doy algún corte en los pechos accidentalmente (en realidad no) y le arranco uno de los pezones sin quitarle el sostén. Se ha puesto a gritar nuevamente una vez que le he destrozado el vestido, dejándola sólo con el sostén, cuya copa derecha está oscurecida por la sangre, y las bragas, que están mojadas de orina y que reservo para más tarde.

Me inclino sobre ella y grito por encima de sus alaridos:

–Chilla, chilla, chilla todo lo que quieras... –He abierto todas las ventanas y la puerta de la terraza y cuando me pongo de pie, abre la boca y ya no salen chillidos, sólo sonidos horribles, guturales, como de animal, a veces interrumpidos por arcadas–. Grita, cariño –la animo–, no dejes de gritar. –Vuelvo a inclinarme sobre ella, todavía más cerca, echándole el pelo hacia atrás con la mano–. A nadie le importa. Nadie te va a ayudar... –Trata de volver a gritar, pero está perdiendo la consciencia y sólo es capaz de gemir débilmente. Me aprovecho de su estado de debilidad, me quito los guantes y, forzándola a abrir la boca, con las tijeras le corto la lengua, que le saco fácilmente de la boca y mantengo en la palma de la mano, caliente y todavía sangrando, viendo que es mucho más pequeña que en su boca, y la tiro contra la pared, donde se queda pegada un momento y deja una mancha, antes de caer al suelo con un débil golpe seco y como húmedo. Luego me la follo por la boca, y después de eyacular y sacar la polla la rocío una vez más con el pulverizador.

Después, cuando recupera brevemente la consciencia, me pongo un sombrero que me regaló una de mis novias cuando estudiaba primero en Harvard.

–¿Recuerdas *esto?* –grito, allí de pie junto a ella–. j Y mira *esto!* –grito triunfalmente, sujetando un puro en la mano–. *Todavía* fumo puros. Ja. ¿Lo ves? Un puro. –Lo enciendo con unos dedos seguros, manchados de sangre, y su cara, pálida hasta el punto de parecer azulada, sigue contrayéndose, retorciéndose de dolor, y sus ojos paralizados por el horror se cierran, luego se entreabren, mientras su vida se reduce a una pesadilla.

–Y otra cosa –grito, paseándome por el cuarto–. No es de Garrick Anderson. ¡El traje es *de Armani! Giorgio* Armani. –Me interrumpo, despechado, me inclino sobre ella y suelto con desprecio–: Y tú creías que era *Henry Stuart.* –Le cruzo la cara de una bofetada y digo, con los dientes apretados–: Estúpida puta –escupiéndole en la cara, pero la tiene tan cubierta de pulverizador de autodefensa que probablemente ni siquiera se dé cuenta, de modo que vuelvo a rociarla con el pulverizador y luego trato de volver a follármela por la boca una vez más, pero no logro correrme, de modo que la dejo.

Un jueves

Más tarde, de hecho la noche siguiente, tres de nosotros, Craig McDermott, Courtney y yo mismo, vamos en taxi camino de Nell's hablando del agua Evian. Courtney, que lleva un visón Armani, acaba de admitir, entre risitas, que usa Evian para los cubitos de hielo, lo que inicia una animada conversación sobre las diferencias entre las diversas marcas de agua embotellada, y a petición de Courtney tratamos por turno de enumerar todas las marcas que podamos.

Courtney empieza, contando cada nombre que dice con los dedos.

–Bien, están Sparcal, Perrier, San Pellegrino, Poland Spring, Calistoga... –Se interrumpe, vacilando, y mira a McDermott en busca de ayuda.

Éste suspira y dice:

–Canadian Spring; Canadian Calm; Montchair, que también es de Canadá; Vittel, de Francia; Crodo, que es italiana... –Se interrumpe y se frota la barbilla pensativamente. Piensa un poco más y luego anuncia, como si estuviera sorprendido–: Elan. –y aunque parece que está a punto de decir algún nombre más, Craig se hunde en un silencio tenso.

–¿Elan? –pregunta Courtney.

–Es suiza –dice él.

–Oh –dice ella, y se vuelve hacia mí–. Te toca a ti, Patrick. Mirando por la ventanilla del taxi, perdido en mis pensamientos, el silencio que provoco me llena de un miedo innombrable, y aturdido, maquinalmente, digo las siguientes:

–Os habéis olvidado de Alpenwasser; Down Under; Schat, que es de Líbano, Qubol, y Cold Springs...

–Ésa ya la he dicho yo –me interrumpe Courtney acusadoramente.

–No –digo–. Tú has dicho Poland *Spring*.

–¿Es verdad? –murmura Courtney; luego, tirándole a McDermott de la manga del abrigo, insiste–: ¿Es verdad, Craig?

–Probablemente. –McDermott se encoge de hombros–. Me parece que sí.

–También tenéis que recordar que el agua mineral siempre hay que comprada en botella de *cristal.* No se debe comprar en envase de plástico –digo siniestramente, y espero a que uno de ellos me pregunte por qué.

–¿Por qué? –La voz de Courtney tiene un matiz de interés indudable.

–Porque se oxida –explico yo–. Uno quiere que sepa a fresca y que no deje resabio.

Después de una pausa larga, como las de Courtney, McDermott admite, mirando por la ventanilla:

–Es cierto.

–La verdad es que yo no entiendo la diferencia entre las distintas clases de agua –murmura Courtney. Está sentada entre McDermott y yo en el asiento trasero del taxi y debajo del visón lleva un vestido de lana de Givenchy, medias de Calvin Klein y zapatos de Warren Susan Allen Edmonds. Antes, en este mismo taxi, cuando he tocado insinuantemente el visón sin otra intención que

comprobar su calidad y ella lo ha notado, me ha preguntado si tenía un spray para el aliento. Yo no he dicho nada.

–¿Qué quieres decir? –inquiere McDermott solemnemente.

–Bueno –dice ella–. Quiero decir que no sé cual es la auténtica diferencia entre el agua natural, por ejemplo, o, quiero decir, ¿hay alguna?

–*Courtney.* El agua natural es cualquier agua de una fuente subterránea –dice Craig, suspirando, y mirando todavía por la ventanilla–. El contenido de minerales no se ha variado, aunque el agua puede haber sido desinfectada y filtrada. –McDermott lleva un esmoquin de lana con solapas marcadas de Gianni Versace y apesta a Xeryus.

Interrumpo momentáneamente mi inercia mental para añadir: –y en el agua mineral pueden haberse añadido o quitado minerales, y normalmente ha sido filtrada, no tratada. –Hago una pausa–. El setenta y cinco por ciento de toda el agua embotellada en Norteamérica es agua mineral. –Hago otra pausa y pregunto–: ¿Lo sabías?

Sigue una larga y aburrida pausa, y luego Courtney hace otra pregunta, esta vez sólo terminada a medias.

–La diferencia entre el agua destilada y el agua purificada es...

La verdad es que no presto atención a esta conversación, pues estoy pensando en un modo de librarme del cuerpo de Bethany, o al menos debatiendo interiormente si debo o no conservado en mi apartamento un día más. Si decido librarme de él esta noche, podría meter lo que queda dentro de una bolsa de basura Hefty y dejada en la caja de la escalera; o puedo hacer algo más de esfuerzo y arrastrarla hasta la calle, dejándola en el bordillo junto a la demás basura. Incluso podría llevarlo al apartamento de Hell's Kitchen y echarle cal viva por encima, fumarme un puro y ver cómo se disuelve mientras escucho mi walkman, pero quiero mantener los cuerpos de los hombres separados de los de las mujeres y, además, también quiero ver *Sed de sangre,* el vídeo que he alquilado esta tarde –la frase que lo anuncia *es:* «Algunos payasos hacen reír, pero Bobo le hará morirse y luego comerse su propio cuerpo»– y no tendré suficiente tiempo para un viaje hasta Hell's Kitchen a medianoche, aunque no me detenga en Bellvue' s a tomar algo. Los huesos y la mayor parte de los intestinos y la carne de Bethany probablemente los tiraré al incinerador del vestíbulo de mi apartamento.

Courtney, McDermott y yo acabamos de salir de una fiesta de Morgan Stanley que se ha celebrado cerca de Seaport, en la punta de Manhattan, en un club nuevo que se llama Goldcard, que por sí solo parecía una ciudad enorme y donde me he encontrado con Walter Rhodes, un canadiense de los pies a la cabeza, al que no había visto desde Exeter y que, como McDermott, apesta a Xeryus, y le he dicho:

–Oye, intento mantenerme lejos de la gente. Incluso evito hablarles. –y luego le he rogado que me disculpara.

Sólo ligeramente sorprendido, Walter ha dicho:

–Claro, claro, lo..., bueno, lo entiendo.

Yo llevo un esmoquin cruzado de seis botones de crepé de lana con pantalones con pinzas y una corbata de lazo de seda y gro, todo de Valentino. Luis Carruthers está en Atlanta, donde pasará una *se*mana. Me he hecho una línea de coca con Herbert Gittes en Goldcard y, antes de que McDermott cogiera este taxi para que nos llevase al Nell' s, he tomado un Halcion para librarme de la tensión de la cocaína, pero todavía no me ha hecho efecto. Courtney parece atraída por McDermott y como su tarjeta de Chembank no funcionaba esta noche, al menos en el cajero automático donde nos hemos detenido (el motivo es que la utiliza demasiadas veces para prepararse rayas de coca con ella, aunque nunca querrá admitirlo; los restos de cocaína también me han jodido mi tarjeta en diversas ocasiones), y la de McDermott *funcionaba,* ha puenteado la *mía* en favor de la *suya,* lo que significa,

conociendo a Courtney, que quiere *follarse* a McDermott. Pero eso no importa de verdad. Aunque yo sea más guapo que Craig, los dos nos parecemos bastante. Por cierto, de animales trataba el programa de Patty Winters de hoy. Un pulpo flotaba en un acuario improvisado con un micrófono sujeto a uno de sus tentáculos y no dejaba de pedir –o eso nos aseguraba su «entrenador», que estaba seguro de que los molusco s tienen cuerdas vocales– «queso». He mirado, vagamente distraído, hasta que me he puesto a sollozar. Un mendigo vestido de hawaiano rebuscaba en el cubo de basura en la esquina a oscuras de la Octava y la Décima.

–En el agua destilada o purificada –está diciendo McDermott- han quitado la mayoría de los minerales. Han hecho hervir el agua y han condensado el vapor convirtiéndolo en agua purificada.

–Por eso el agua destilada tiene un sabor soso y normalmente no se bebe. –Me encuentro bostezando.

–¿Y el agua mineral? –pregunta Courtney.

–No está definida por el... –empezamos simultáneamente McDermott y yo.

–Adelante –digo yo, volviendo a bostezar y haciendo que Courtney también bostece.

–No, sigue tú –dice él apáticamente.

–No está definida por el Ministerio de Sanidad –le digo–. Pero no tiene productos químicos ni sales ni azúcares ni cafeína.

–Y el agua con gas tiene burbujas debido al anhídrico carbónico, ¿verdad? –pregunta ella.

–Sí. –Tanto McDermott como yo asentimos, mirando al frente.

–Eso lo sabía –dice Courtney, dudando, y por el tono de su voz puedo notar, sin mirarla, que probablemente sonría al decirlo.

–Pero sólo el agua con gas *natural* –advierto–. Porque *eso* significa que el anhídrico carbónico contenido en el agua viene con ella desde el manantial.

–Las sodas, por ejemplo, son carbónicas de modo artificial –explica McDermott.

–La soda White Rack es una excepción –menciono, perplejo por el ridículo e incesante empeño de McDermott por imponerse a los demás–. El agua con gas Ramlosa también es muy buena.

El taxi está a punto de doblar hacia la calle Catorce, pero unas cuatro o cinco limusinas tratan de hacer el mismo giro, de modo que el semáforo se pone en rojo antes de que pasemos. Maldigo al taxista, pero una vieja canción de los años sesenta de la Motown, puede que de las Supremes, suena en la parte delantera, apagada por la separación de fibra de cristal. Trato de abrirla, pero está cerrada y no se desliza a un lado. Courtney pregunta:

–¿Qué se debe beber después de hacer ejercicio?

–Bueno –digo, suspirando–. Lo que sea, debe estar frío de verdad.

–¿Por qué? –pregunta ella.

–Porque se absorbe con mayor rapidez que si está a la temperatura ambiente. –Miro mi Rolex, ausente–. Probablemente la mejor sea el agua Evian, pero no en envase de plástico.

–Mi preparador dice que Gatorade está muy bien –contraataca McDermott.

–¿Pero no crees que el agua es el mejor fluido, puesto que entra con mayor rapidez en la corriente sanguínea que *ningún* otro líquido ? –y no puedo evitar añadir–: *Amigo mío.*

Vuelvo a mirar el reloj. Si tomo un J&B con hielo en Nell's puedo volver a casa a tiempo de ver *Sed de sangre* entera hacia las dos. De nuevo se hace el silencio en el taxi, que se dirige hacia la multitud de los alrededores del club, mientras las limusinas dejan a los pasajeros y se alejan, algo en lo que se concentra cada uno de nosotros, y también en el cielo que cubre la ciudad, que es pesado y está cargado de nubes oscuras. Las limusinas se tocan el claxon unas a otras, sin resolver nada. Noto

la garganta reseca, debido a la coca que he esnifado con Gittes, y trago saliva, tratando de humedecerla. Carteles de una venta en Crabtee & Evelyn tapan las ventanas de los edificios abandonados del otro lado de la calle. «Magnate», Bateman. ¿Cómo se escribe magnate? M–a–g–n–a–t–e. Magnate. Mag–nate. Hielo, espíritus, alienígenas...

–A mí no me gusta la Evian –dice McDermott, en cierto modo con tristeza–. Es demasiado dulce.–Tiene un aspecto tan desgraciado cuando admite eso que inclina a mostrarse de acuerdo.

Mirándole en la oscuridad del taxi, comprendo que probablemente terminará la noche en la cama con Courtney y siento momentáneamente piedad por él.

–Sí, McDermott –digo lentamente–. La Evian es demasiado dulce.

Antes, había tanta sangre de Bethany en el suelo que no he podido distinguir mi reflejo en él mientras buscaba uno de los teléfonos inalámbricos para concertar cita para cortarme el pelo en Gio's. Courtney interrumpe mi trance al admitir:

–Me dio miedo cuando probé por primera vez la Pellegrino. –Me mira nerviosa, esperando que... ¿esté de acuerdo? Luego mira a McDermott, que ofrece una sonrisa triste, tensa–. Pero una vez que la hube probado resultó ser estupenda.

–Qué valiente –murmuro yo, volviendo a bostezar, mientras el taxi se abre paso centímetro a centímetro hacia Nell's. Luego alzo la voz–: Oíd, ¿sabe alguno de vosotros de un aparato que se conecta al teléfono para simular que éste comunica?

De vuelta a casa, me detengo junto al cuerpo de Bethany, tomando una copa mientras estudio su estado. Tiene los dos párpados entreabiertos y los dientes inferiores parece como si le sobresalieran porque tiene los labios arrancados –de hecho, a mordiscos–. Antes de salir de casa le he serrado el brazo izquierdo, y ahora lo cojo, agarrándolo por el hueso que asoma donde normalmente tenía la mano (no tengo idea de dónde la he puesto: ¿en el congelador?, ¿en el retrete?), sujetándolo con el puño como a un tubo del que todavía cuelgan carne y músculo aunque muchas de estas cosas han sido cortadas o arrancadas con los dientes, y le golpeo con él en la cabeza. Me lleva unos cuantos golpes, cinco o seis por lo menos, destrozarle la mandíbula por completo, y sólo dos más hundirle la cara.

Whitney Houston

Whitney Houston irrumpió en la escena musical en 1985 con el LP de su mismo nombre que contenía cuatro temas que fueron número uno en single, entre ellos «The Greatest Lave of All», «you Give Good Lave» y «Saving All My Lave for You», además de ganar un Grammy como mejor intérprete vocal pop femenina y dos American Music Awards, uno por el mejor single de rhythm and blues, y otro por el mejor vídeo de rhythm and blues. También fue elegida como la artista revelación del año por *Billboard* y *Rolling Stone.* Con todo este alboroto uno podría esperar que el álbum fuera una grabación decepcionante, sin brillo, pero sorprendentemente *Whitney Houston* (Arista) es uno de los discos de Rhythm and blues más cálidos, más complejos y perfectos de la década, y la propia Whitney tiene una voz que casi ni se puede creer. Desde la elegante y bellísima foto de la cubierta del álbum (con un vestido de Giovanne De Maura) y su sexy contraparte en el otro lado (con un traje de baño de Narma Kamali), uno se da cuenta de que va a ser un asunto profesional; la grabación *es* suave pero intensa y la voz de Whitney supera tal cantidad de limitaciones y es tan versátil (aunque fundamentalmente sea una cantante de *jazz),* que es difícil

captar el álbum al escuchado por primera vez. Pero es que uno no quiere que sea así. Uno quiere saboreado muchas veces.

Se abre con «You Give Good Lave» y «Thinking About You», los dos temas producidos por Kashif, de los que emanan unos arreglos de jazz cálidos, exuberantes, pero con una rítmica de sintetizador contemporánea, y aunque son dos buenas canciones, el álbum no emociona hasta «Someone for Me», que fue producida por Jermaine Jackson, donde Whitney canta con melancolía acompañada de un fondo jazz–disco, y la diferencia entre su melancolía y la energía de la canción resulta muy conmovedora. La balada «Saving All My Lave for You» es la canción más sexy, más romántica del disco. Tiene también un solo de saxofón realmente killer de Tom Scott y se pueden escuchar influencias de los grupos pop de chicas de los años sesenta (su coautor es Gerry Goffin), aunque los grupos pop de chicas de los años sesenta nunca hicieron una canción tan emotiva y sexy (ni tan bien producida) como ésta. «Nobody Love Me Like You Do» es un magnífico dúo con Jermaine Jackson (que también la produjo) y sólo un ejemplo de lo sofisticadas que son las letras de este álbum. De lo último que carece es de escasez de buenas letras, que es lo que habitualmente sucede cuando una cantante no compone su propio material y tiene que recurrir a un productor para que se lo elija. Pero Whitney y compañía han sabido elegir perfectamente.

El single para discoteca «How Will I Know» (que considero la mejor canción para bailar de los años ochenta) es una alegre oda al nerviosismo de una chica que no sabe si otro chico está interesado por ella. Cuenta con un gran riff a los teclados y es el único corte del álbum producido por el niño prodigio Narada Michael Walden. Personalmente, mi balada favorita (junto a «The Greatest Love of All»..., su mayor logro) es «All at Once», que es sobre una joven que se da cuenta de repente de que su amante se está alejando de ella, y cuenta con un espléndido acompañamiento de cuerdas. Aunque en el álbum no haya nada que suene a relleno, el único corte que podría estar cerca de ello es «Take Good Care of My Heart», otro dúo con Jermaine Jackson. El problema es que se desvía de las raíces jazzísticas del álbum y parece demasiado influido por la música bailable de los ochenta.

Pero el talento de Whitney vuelve a surgir triunfante con el abrumador «The Greatest Love of All», una de las mejores y más poderosas canciones que nunca se hayan escrito sobre el instinto de conservación y la dignidad. Desde la primera frase (Michael Masse y Linda Creed aparecen como autores) hasta la última, es un perfecto modelo de balada sobre la fe en uno mismo. Es una afirmación potente que Whitney canta con una grandeza que roza lo sublime. Su mensaje universal cruza cualquier frontera y en él insiste en que no es demasiado tarde para hacernos mejores, para obrar con más amabilidad. Dado que en el mundo en que vivimos es imposible sentir simpatía hacia los demás, siempre podemos sentir simpatía hacia nosotros mismos. Es un mensaje importante, crucial, y está bellamente afirmado en este álbum.

Su segundo esfuerzo, *Whitney* (Arista, 1987) contiene cuatro singles que fueron número uno: «I Wanna Dance with Somebody», «So Emotional», «Didn't We Almost Have It All?» y «Where Do Broken Heats Go?», y en su mayor parte fue producido por Narada Michael Walden, y aunque no es un esfuerzo tan serio como *Whitney Houston,* tampoco sufre del conocido bajón propio de la segunda obra. Empieza con el saltarín, el bailable «I Wanna Dance With Somebody (Who Loves Me», que está en la misma vena que el incontenible «How Will I Know» del álbum anterior. Le sigue el sensual «Just a Lonely Talking Again» donde se refleja la importante influencia de jazz que permeaba el primer álbum, y donde uno también puede notar la nueva madurez artística de la voz de Whitney –ella es la autora de todos los arreglos vocales del álbum–, algo que es muy evidente en «Love Will Save the Day», que es la canción más ambiciosa que haya interpretado Whitney nunca. Fue producida por Jellybean Benitez y pulsa con intensidad en tiempo rápido y, como la mayor parte de las canciones de este álbum, refleja una conciencia creciente del mundo en el que todos vivimos. Whitney canta y nosotros lo creemos. Es un cambio absoluto con respecto a la imagen más suave de niña perdida que era tan atractiva en el primer álbum.

Todavía presenta una imagen más adulta en la canción producida por Michael Masser «Didn't We Almost Have It All», que es sobre el encuentro con un amante perdido hace tiempo al que se le cuentan los sentimientos de la aventura del pasado, y es una Whitney poética al máximo. Y como en la mayoría de las baladas, hay un brillante arreglo de cuerdas. «So emotional» está en la misma vena que «How Will I Know» y «I Wanna Dance with Somebody», pero tiene una mayor influencia del rock y, como todas las canciones de *Whitney,* la interpreta una tremenda banda de estudio con Narada a la batería, Wolter Afanasieff en el sintetizador y el bajo sintetizado, Corrado Rustici a la guitarra y un tal Bongo Bob que programa la percusión y las intervenciones de la batería. «Where you Are» es la única canción del álbum producida por Kashif y posee una indeleble impronta de profesionalidad –tiene un chispeante sonido al que contribuye un solo de saxo muy funky de Vincent Henry–. Me suena a un single de éxito (pero me pasa con todas las canciones del álbum) y me pregunto por qué no ha aparecido así.

«Love Is a Contact Sport» es la auténtica sorpresa del álbum –un número de excelente sonido, audaz, sexy, que en términos de producción es la pieza central del álbum y cuenta con una letra excelente, aparte de un gran ritmo–. Es una de mis canciones favoritas. En «You're Still My Man» se puede oír claramente que la voz de Whitney es como un instrumento –una máquina perfecta, cálida que casi supera al sentimiento de la música–, pero la letra y la melodía son demasiado intensas para dejar que ningún cantante, incluso una del calibre de Whitney, les hagan sombra. «For the Love of you» muestra la brillante capacidad de programación de la percusión de Narada y su moderno sentimiento jazzístico remite no sólo a los modernos maestros del jazz como Michael Jackson y Sade, sino también a otros artistas como Miles Davis, Paul Butterfield y Bobby McFerrin.

«Where Do Broken Hearts Go» es la propuesta de inocencia perdida y el intento de recuperar la seguridad de la infancia más intenso del álbum. Su voz es tan encantadora y controlada como siempre lo ha sido y nos lleva a «I Know Hi, So Well», el momento más conmovedor del disco porque es antes que nada un hermoso dúo con su madre, Cissy. Es una balada sobre... ¿quién? –¿un amante compartido?, ¿un padre hace tiempo perdido?–, con una combinación de nostalgia, pena, determinación y belleza, y finaliza el álbum con una nota perfecta y llena de hermosura. Podemos esperar cosas nuevas de Whitney (hizo un sorprendente regalo a los Juegos Olímpicos de 1988 con la balada «One Moment in Time»), pero incluso si no hace nada más, seguirá siendo la voz negra de jazz más apasionante y original de su generación.

Cena con la secretaria

Lunes a las ocho de la tarde. Estoy en el despacho haciendo el crucigrama del *New York Times,* de ayer domingo, mientras escucho música rap en estéreo y trato de entender su popularidad, pues una tía buena rubita que conocí en el Au Bar hace un par de noches me dijo que lo único que oye es rap, y aunque después la dejé seca en un apartamento del Dakota (casi quedó decapitada; una experiencia un poco extraña para mí), esta mañana sus gustos musicales me rondaban por la cabeza y he tenido que pararme en el Tower Records del Upper West Side y gastar noventa dólares en discos compactos de rap, pero, como esperaba, estoy desorientado: son voces negroides profiriendo palabras feas como *dígito, puding* y *tarugo.* Jean está sentada a su mesa, que tiene llena de documentos que quiero que verifique. Hoy no ha sido un mal día: he hecho ejercicio durante dos horas antes de venir a la oficina; el restaurante nuevo de Robinson Hirsch que se llama Finna ha abierto en Chelsea; Evelyn me ha dejado dos mensajes en el contestador y otro por medio de Jean en los que decía que pasará en Bastan la mayor parte de la semana, y lo mejor de todo, el programa

de Patty Winters de esta mañana tenía dos partes. La primera era una entrevista en exclusiva con Donald Trump; la segunda, un informe sobre mujeres a las que habían torturado. Tengo previsto cenar con Madison Grey y David Campion en el Café Luxembourg, pero a las ocho y cuarto me entero de que Luis Carruthers va a cenar con nosotros, de modo que llamo a Campion, el estúpido hijoputa, y cancelo la cena, luego paso unos minutos pensando en qué hacer durante lo que queda de tarde. Al mirar por la ventana, me doy cuenta de que dentro de unos momentos el cielo que cubre la ciudad estará completamente a oscuras.

Jean asoma la cabeza en mi despacho, después de llamar suavemente a la puerta entreabierta. Hago como que no me doy cuenta de su presencia, aunque no estoy seguro de por qué, hago un crucigrama con las gafas Wayfarer puestas, aturdido sin ningún motivo real.

Pone un informe encima de la mesa antes de preguntar:

–¿Haces el crucigrama? –con un patético gesto de intimidad, un irritante intento de forzada amistad. Callo y asiento con la cabeza, sin levantar la vista.

–¿Necesitas ayuda? –pregunta, moviéndose cautelosamente alrededor de la mesa donde estoy sentado, y se inclina sobre mi hombro ofreciéndome asistencia. Yo ya he llenado todos los espacios con las palabras *carne* o *hueso* y ella emite un leve jadeo al fijarse en ello, y cuando ve el montón de lápices del número 2 que he partido por la mitad y dejado encima de la mesa, los coge dubitativamente y sale del despacho.

–¿Jean? –llamo.

–¿Sí, Patrick? –Vuelve a entrar en el despacho, tratando de disimular su impaciencia.

–¿Te apetece cenar conmigo? –pregunto, sin dejar de mirar el crucigrama, mientras tacho con un lápiz rojo la «c» de una de las muchas «carnes» con las que he llenado los recuadros–. Bueno, siempre que... no tengas nada previsto.

–Oh, no –responde, con demasiada rapidez, me parece, pero dándose cuenta de su fallo, añade–: No tengo ningún plan.

–Bien, en eso coincidimos –digo yo, alzando la vista y quitándome las Wayfarer.

Ella se ríe pero hay cierto nerviosismo en su risa, cierta incomodidad, lo que no contribuye a que me sienta menos mal.

–Eso parece. –Se encoge de hombros.

–También tengo entradas para un concierto de... Milla Vanilla, si te apetece –le digo, sin dade importancia.

Confundida, pregunta:

–¿De verdad? ¿Quién?

–Milla... Vanilla –repito lentamente.

–¿Milla... Vanilla? –pregunta, incómoda.

–Milla... Vanilla –digo–. Creo que se llaman así.

–No estoy segura –dice ella.

–¿Sobre lo de ir?

–No..., sobre el nombre. –Se concentra, luego dice–: Creo que se llaman... Milli Vanilli.

Hago una larga pausa antes de decir:

–Oh.

Jean sigue allí y asiente con la cabeza.

–No importa–digo. De todos modos, no tengo entradas–. Es dentro de unos meses.

–Oh –dice ella, volviendo a asentir con la cabeza–. De acuerdo.

–Oye, ¿adónde vamos? –Me echo hacia delante y saco mi Zagat del cajón superior de la mesa de despacho.

Ella hace una pausa, titubea, sin saber qué decir, tomándose mi pregunta como un examen que debe aprobar; sin estar segura de haber elegido la respuesta adecuada, propone:

–Adonde tú quieras.

–No, no, no. –Sonrío, hojeando la guía–. Iremos adonde quieras *tú.*

–Oh, Patrick –dice, suspirando–. No puedo tornar una decisión así.

–Sí, venga –la animo–. ¿Adónde quieres ir?

–No puedo. –Vuelve a suspirar nuevamente, desvalida–. No lo sé.

–Vamos, vamos –la animo–, ¿adónde quieres ir? Iremos adonde tú quieras. Adonde digas.

Piensa en ello durante largo rato y notando que pasa el tiempo, pregunta tímidamente, tratando de impresionarme:

–¿Que te parece... Dorsia?

Dejo de mirar la guía Zagat y, sin alzar la vista, sonriendo tensamente, con el estómago revuelto, me pregunto en silencio: «¿De verdad quiero decir que no? ¿De verdad quiero decir que probablemente no consigamos mesa? ¿Estoy preparado para hacer una cosa así? ¿Quiero de verdad hacerla?»

–Muy bien –digo, dejando la guía, luego vuelvo a abrirla nerviosamente para buscar el número–. Dorsia es donde quiere ir Jean.

–Oh, no lo sé –dice ella, confusa–. Vamos adonde tú quieras.

–Dorsia está... bien –digo, sin darle importancia, cogiendo el teléfono, y con un dedo tembloroso marco los siete terribles números, tratando de mantener la calma. En lugar de la señal de que comunican que espero, el teléfono suena en Dorsia y después de dos timbrazos la misma voz perentoria a la que he ido acostumbrándome durante los tres últimos meses, grita:

–Dorsia, ¿sí? –El espacio donde suena la voz es un rumor enmudecido.

–¿Podríamos reservar mesa, digamos que para dentro de veinte minutos? –pregunto, mirando mi Rolex y guiñándole el ojo a Jean.

Parece impresionada.

–Estamos al completo –grita el maître con tono de suficiencia.

–¿De verdad ?–digo, tratando de parecer contento, aunque me sienta a punto de vomitar–. Estupendo.

–Le he dicho que estamos al completo –grita.

–¿A las nueve? –digo–. Perfecto.

–Esta noche no tenemos mesas disponibles –truena el maître, inflexible. Cuelga el aparato.

–Bien, hasta pronto. –También yo cuelgo, y con una sonrisa que trata de expresar placer ante la elección de Jean, me encuentro haciendo esfuerzos por respirar, con todos los músculos muy tensos. Jean lleva un jersey de lana y una falda de franela de Calvin Klein, un cinturón de cocodrilo con la hebilla de plata de Barry Kieselstein Cord, pendientes de plata y medias claras también de Calvin Klein. Permanece quieta delante de la mesa, confusa.

–Muy bien –digo, dirigiéndome al perchero–. Vas muy bien vestida.

Al cabo de un momento, dice suavemente:

–No has dado el nombre.

Pienso en esto mientras me pongo mi chaqueta Armani y mientras vuelvo a hacerme el nudo de mi corbata de seda Armani y sin tartamudear le digo:

–Me conocen.

Mientras el maître sienta a una pareja que estoy casi seguro de que son Kate Spencer y Jason Lauder, Jean y yo nos acercamos a su estrado donde está abierto el libro con las reservas lleno de nombres absurdamente legibles, y al inclinarme sobre él leo por casualidad el único nombre que tiene reserva para dos a las nueve que no está tachado, y que resulta ser –Oh, Dios mío– *Schrawtz.* Suspiro, y dando golpecitos en el suelo con el pie, con la mente disparada, trato de idear algún plan factible. De repente, me vuelvo hacia Jean y digo:

–¿Por qué no vas al servicio?

Ella pasea la vista por el restaurante. Es el caos. Hay mucha gente en la barra. El maître sienta a la pareja en una mesa del centro del comedor. Sylvester Stallone y una chica estupenda ocupan la misma mesa en la que estuvimos sentados Sean y yo hace unas semanas, lo que contribuye a mi fastidio, y sus guardaespaldas están en una mesa contigua a ésta, y el dueño de Petty's, Norman Prage, ocupa la tercera. Jean vuelve la cabeza hacia mí y grita:

–¿Qué? –imponiéndose al ruido.

–¿No tienes que ir al servicio? –pregunto. El maître se acerca a nosotros, abriéndose paso entre los que abarrotan el restaurante, sin sonreír.

–¿Por qué? ¿Quieres decir... que debo ir? –pregunta Jean totalmente confusa.

–Ve –le siseo, apretándole desesperadamente el brazo. –Pero es que no necesito ir, Patrick –protesta ella.

–Dios santo –murmuro. De todos modos ya es demasiado tarde.

El maître se dirige al podio y consulta el libro, atiende una llamada telefónica, cuelga en cuestión de segundos y nos mira, no especialmente molesto. El maître debe de tener. por lo menos unos cincuenta años y lleva cola de caballo. Me aclaro la voz dos veces para atraer su atención, establecer algún tipo de contacto ocular.

–¿Sí? –pregunta, como si tuviera prisa.

Adopto una expresión digna antes de suspirar interiormente. –Tenemos reserva para las nueve... –Trago saliva–. Para dos.

–¿Síííí? –pregunta, desconfiadamente, alargando la palabra–. ¿A nombre de quién? –dice, y se vuelve hacia un camarero que pasa, de unos dieciocho años y guapo, con aspecto de modelo, que pregunta:

–¿Dónde está el hielo?

El maître le mira fijamente y grita:

–No me interrumpas ahora..., ¿entendido? ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? –El camarero se encoge de hombros humildemente y entonces el maître señala la barra–. ¡El hielo está ahí! –A continuación se vuelve hacia nosotros y me siento asustado de verdad–. ¿A nombre de quién? –pregunta, imperioso.

Yo estoy pensando: «De todos los jodidos nombres, ¿por qué éste?»

–Schrawtz –por Dios–. Mister y mistress Schrawtz.

Estoy seguro de que tengo la cara cenicienta y digo el nombre mecánicamente, pero el maître está demasiado ocupado para no tragárselo y ni siquiera me molesto en mirar a Jean, que estoy seguro de que está completamente desconcertada ante mi comportamiento, mientras nos lleva a la mesa de los Schrawtz.

Las cartas ya están sobre la mesa, pero me siento tan nervioso que las palabras e incluso los precios me parecen jeroglíficos y me encuentro completamente perdido. Un camarero anota lo que queremos beber –es el mismo que no sabía dónde estaba el hielo– y me encuentro diciendo cosas, sin escuchar a Jean, como:

–Proteger la capa de ozono es una idea buena de verdad. –y contando chistes. Sonrío, como si estuviera en otro sitio, y no tardo nada (de hecho, minutos, pues el camarero ni siquiera tiene oportunidad de decimos las especialidades) en fijarme en la pareja que ha aparecido junto al podio y está hablando con el maître, y después de suspirar profundamente, mareado, titubeante, le digo a Jean:

–Pasa algo malo.

Ella alza la vista del menú y deja la copa sin hielo que estaba bebiendo.

–¿Por qué? ¿Qué pasa?

El maître nos está mirando fijamente, de hecho me mira a mí, desde el otro lado del comedor, mientras se acerca a nuestra mesa acompañado de la pareja. Un hombre y una mujer guapos, altos. Si hubieran sido bajos, gordos, con pinta de judíos, podría quedarme en esta mesa, incluso sin la ayuda de cincuenta dólares, pero esta pareja parece salida de un anuncio de Ralph Lauren, y aunque también lo parezcamos Jean y yo (y lo mismo el resto de los que están en el jodido restaurante), el hombre lleva esmoquin y la chica (una chica perfectamente follable) va cubierta de joyas. Ésta es la realidad, y como mi odioso hermano Sean diría, tengo que vérmelas con ella. El maître se ha detenido junto a la mesa, con las manos a la espalda, muy serio, y después de una larga pausa, pregunta:

–¿Mister y mistress... *Schwartz?*

–¿Sí? –digo, con calma.

Se limita a mirar fijamente. A esto le acompaña un silencio anormal. Su cola de caballo, gris y aceitosa, le cuelga como una especie de maldición más abajo del cuello.

–Sabe –digo al fin, con suavidad–. Resulta que conozco al cocinero.

Él sigue mirando fijamente. Y lo mismo, sin duda, la pareja que tiene detrás.

Después de otra larga pausa, sin motivo, pregunto:

–¿Está en... Aspen?

Esto no va a servimos de nada. Suspiro y me vuelvo hacia Jean, que parece completamente perpleja.

–Nos vamos, ¿de acuerdo? –Ella asiente, sin decir nada. Humillado, cojo a Jean de la mano y nos levantamos, ella más despacio que yo, y pasamos rápidamente junto al maître y la pareja, y nos abrimos paso por el abarrotado restaurante y luego salimos a la calle y estoy completamente destrozado y murmuro como un robot para mí mismo–: Debería haberlo sabido, debería haberlo sabido. –Pero Jean camina por la calle dando saltos, riéndose, tirando de mí, y cuando por fin me fijo en su inesperada alegría, entre dos carcajadas, dice:

–Ha sido muy divertido. –Y luego, agarrando mi puño apretado, añade–: Tu sentido del humor es muy *espontáneo.– Temblan*do, caminando muy tieso a su lado, ignorándola, mirando hacia donde me encuentro caminando.

Después de que alguien que creo que es Hamilton Conway me confunda con alguien que se llama Ted Owen y pregunte si puedo conseguirle que entre en Petty's esta noche y después de decirle yo:

–Veré lo que puedo hacer –vuelvo a dedicar lo que me queda de atención a Jean, que está sentada enfrente de mí en el comedor casi vacío de Arcadia (después de que el tipo se marchara, sólo quedan cinco mesas del restaurante con público). He pedido J&B con hielo. Jean toma una

copa de vino blanco y habla de que lo que de verdad quiere es «trabajar en el mercado de valores», y yo pienso: «Atrévete a soñar.» Otra persona, Frederick Dibble, se detiene y me felicita por la cuenta Larson y tiene la cara de decir:

–Hablaremos después, Saul.

Pero estoy aturdido, a millones de kilómetros de distancia, y Jean no se da cuenta; habla de una nueva novela de un autor joven que ha estado leyendo –su cubierta, que he visto, muestra luces de neón; su argumento, los sufrimientos de los ricos–. Casualmente pienso que está hablando de otra persona y me encuentro diciendo, sin mirada de verdad:

–Uno necesita una piel dura para sobrevivir en esta ciudad. Ella se sonroja, parece avergonzada y toma otro sorbo de vino, que es un sauvignon blanco

–Pareces distante –dice.

–¿Qué? –pregunto, parpadeando.

–Digo que pareces distante –dice ella.

–No –digo, suspirando–. Todavía estoy en posesión de mi excentricidad.

–Eso está bien. –Sonríe (¿estoy soñando esto?), aliviada.

–Escucha –digo, tratando de centrarme en ella–. ¿Qué es lo que de verdad quieres hacer en la vida? –Luego, recordando lo que murmuraba sobre una carrera en el mercado de valores, añado–: Pero brevemente, ya sabes, resume. –y añado–: Y no me digas que te gustan los niños, ¿vale?

–Bueno, me gusta viajar –dice–. Y puede que vuelva a la universidad, pero la verdad es que no lo sé... –Hace una pausa y piensa, luego anuncia sinceramente–: Me encuentro en un punto de mi vida en que parece que hay muchas posibilidades, pero me siento..., no lo sé..., insegura.

–Creo que también es importante que las personas conozcan sus limitaciones. –Luego, de repente pregunto–: ¿Tienes novio? Ella sonríe tímidamente, se sonroja, y dice:

–No. La verdad es que no.

–Interesante –murmuro. He abierto mi carta y esta noche estoy mirando los platos del día.

–¿Sales tú con alguien? –pregunta ella tímidamente–. De un modo serio, quiero decir.

Elijo el pez piloto con tulipanes y canela, evitando la pregunta con su suspiro.

–Quiero tener una relación importante con alguien especial.–Y antes de permitirle que responda, le pregunto qué va a tomar.

–Creo que el mahi...mahi –dice, y luego, mirando de reojo la carta, añade–: con jengibre.

–Yo vaya tomar el pez piloto –digo–. Últimamente me gusta. El... pez piloto –digo, asintiendo con la cabeza.

Más tarde, después de una cena mediocre, una botella de un cabernet sauvignon de California muy cara y creme billé que compartimos, pido una copa de un aporto de cincuenta dólares y Jean toma un café exprés descafeinado, y cuando pregunta por qué se llama así el restaurante, se lo cuento, y no me invento nada absurdo –aunque estoy tentado, sólo para ver si se lo cree–. Sentado frente a Jean, en la penumbra de Arcadia, resulta muy fácil creer que se tragaría cualquier tipo de información falsa que le proporcionase –lo loca que está por mí la vuelve impotente– y encuentro que esta falta de defensas es extrañamente poco erótica. Incluso podría exponerle mi postura a favor del apartheid y encontraría motivos para compartirla y para invertir grandes cantidades de dinero en empresas racistas.

–La Arcadia era una antigua región del Peloponeso, Grecia, que fue fundada en el 370 antes de Cristo, y estaba completamente rodeada de montañas. Su ciudad principal era... Megalopolis, que también era el centro de la actividad política y la capital de la confederación arcadiana... –Tomo un sorbo del oporto, que es espeso, fuerte, caro–. Fue destruida durante la guerra de independencia

griega... –Vuelvo a hacer una pausa–. Originalmente a Pan lo adoraban en Arcadia. ¿Sabes quién era Pan?

Sin apartar nunca los ojos de mí, asiente.

–Sus fiestas eran muy parecidas a las de Baco –le cuento–. Por la noche jugueteaba con las ninfas, pero también le gustaba... asustar a los viajeros durante el día... De ahí la palabra *pán–ico.* –Bla bla bla. Me divierte seguir sabiendo estas cosas y levanto la mirada del oporto que he estado mirando pensativamente y le sonrío. Ella guarda silencio largo rato, confundida, insegura de lo que debe responder, pero por fin me mira profundamente a los ojos y dice, vacilando, inclinándose encima de la mesa:

–Es... tan...interesante –que es lo que le sale de la boca, es todo lo que dice.

Once treinta y cuatro. Estamos parados delante del apartamento del Upper East Side de Jean. El portero nos mira cansinamente yeso me llena de un miedo innombrable. Un telón de miles de estrellas brilla en el cielo y me humilla lo muchas que son, lo que me cuesta bastante soportar. Jean se encoge de hombros y asiente después de que yo diga algo sobre las formas de la ansiedad. Es como si a su mente le costara mucho comunicarse con la boca, como si tratara de realizar un análisis racional de quién soy, lo que es, por supuesto, imposible: no... existe... una... clave.

–La cena ha sido maravillosa –dice–. Muchísimas gracias. –La verdad es que la comida ha sido bastante mediocre, pero me alegro de haber estado contigo. –Me encojo de hombros.

–¿Quieres subir a tomar una copa? –pregunta, como sin darle la menor importancia, y aunque me muestre crítico con respecto a su planteamiento, eso no significa necesariamente que no me apetezca subir. Pero algo me lo impide, algo controla mis ansias de sangre: ¿el portero?, ¿la luz del portal?, ¿su pintura de labios? Además estoy empezando a pensar que la pornografía es mucho menos complicada que el sexo de verdad, y debido a esa falta de complicación, mucho más placentera.

–¿Tienes peyote? –pregunto.

Ella se detiene, confusa.

–¿Qué?

–Sólo era una broma –digo, y añado–: Oye, quiero ver el programa de *David Letterman,* por lo tanto... –Me interrumpo, inseguro de por qué me quedo–. Debería irme.

–Puedes vedo... –Se interrumpe, luego sugiere–. En mi casa. Hago una pausa antes de preguntar:

–¿Tienes televisión por cable?

–Sí –asiente–. Tengo televisión por cable.

Confuso, vuelvo a hacer una pausa, luego hago como que reflexiono.

–Da lo mismo. Me gusta vedo... sin cable.

Ella lanza una mirada triste, perpleja.

–¿Cómo?

–Tengo que devolver unos vídeos –explico precipitadamente. Ella hace una pausa.

–¿Ahora? –Mira su reloj–. Si son casi las doce.

–Bueno, sí –digo, considerablemente distante.

–Bueno, supongo que..., entonces, buenas noches –dice.

¿Qué tipo de libros lee Jean? Los títulos me pasan muy deprisa por la cabeza: *Cómo conseguir que un hombre se enamore de ti. Cómo conseguir que un hombre esté enamorado de ti para siempre. Cómo comprometerse: Casarse. Cómo estar casada dentro de un año. Suplicante.* En el

bolsillo del abrigo manoseo la caja de condones de Luc Benoit que compré la semana pasada, pero..., bueno, pues no.

Después de estrechamos la mano torpemente, ella pregunta, todavía con la mía en la suya:

–¿De verdad no tienes televisión por cable?

Y aunque en absoluto ha sido una noche romántica, me abraza y esta vez emana un calor al que no estoy acostumbrado. Estoy tan acostumbrado a imaginar que todo pasa del modo en que pasa en las películas, a visualizar las cosas del modo en que suceden los acontecimientos en la pantalla, que casi puedo oír el sonido de una orquesta, casi puedo alucinar que la cámara toma una vista panorámica de nosotros, que unos fuegos artificiales estallan encima de nuestras cabezas a cámara lenta y la imagen en setenta milímetros de sus labios que se abren y el murmullo que sigue de «Te *quiero*» en sonido Dolby. Pero mi abrazo es frío y me doy cuenta, al principio borrosamente y luego con mayor claridad, de que mi desolación interior va desapareciendo gradualmente y de que ella me besa en la boca y de que esto me lleva a una especie de realidad y la aparto. Me mira fijamente, asustada.

–Oye, tengo que irme –digo, mirando mi Rolex–. No quiero perderme las habilidades de los animales de compañía.

–Muy bien –dice ella, calmándose–. Adiós.

–Buenas noches –digo yo.

Los dos nos dirigimos en direcciones opuestas, pero de repente ella grita algo.

Me doy la vuelta.

–No te olvides de que tienes un desayuno de trabajo con Frederick Bennet y Charles Rust en el21–dice desde la puerta, que el portero mantiene abierta para que entre.

–Gracias –le grito, despidiéndome con la mano–. Se me había olvidado por completo.

Ella se despide con la mano y desaparece en el portal.

Camino de Park Avenue en busca de un taxi, paso junto a un espantoso vagabundo –un miembro de la clase genética inferior– y cuando me ruega en voz baja que le dé alguna moneda, «algo», me fijo en la bolsa de la librería Barnes & Noble que tiene junto a él en los escalones de la iglesia donde pide limosna, y no puedo evitar reír afectadamente en voz alta.

–Estupendo, te gusta leer... –digo, y luego, en el taxi en que atravieso la ciudad camino de mi apartamento, me imagino corriendo por Central Park una fresca tarde de primavera con Jean, riendo, cogidos de la mano. Compramos globos, los soltamos.

El detective

Mayo se convierte en junio que se convierte en julio que se convierte lentamente en agosto. Debido al calor he tenido unos intensos sueños sobre vivisecciones las cuatro últimas noches y ahora no hago nada, vegeto en mi oficina con un molesto dolor de cabeza y un walkman con un CD de Kenny G. sonando, pero la deslumbrante luz del sol de mediodía inunda la habitación, perforándome el cráneo, haciendo que aumenten las punzadas de la resaca, debido a la cual esta mañana no he hecho ejercicio. Mientras escucho la música, me fijo en que la segunda luz de mi teléfono parpadea, lo que significa que me está llamando Jean. Suspiro y me quito el walkman con mucho cuidado.

–¿Qué pasa? –pregunto, con tono monótono.

–Oye, Patrick –empieza ella.

–Di–me, Je–an –pregunto, condescendiente, espaciando las dos palabras.

–Patrick, un tal mister Donald Kimball está aquí y quiere verte –dice, nerviosa.

–¿Quién? –suelto yo, distraído.

Jean emite un pequeño suspiro de preocupación y luego baja la voz para decir:

–El *detective* Donald Kimball.

Hago una pausa, miro el cielo por la ventana, luego la pantalla de mi ordenador, luego la mujer decapitada que he estado garabateando en la contracubierta del *Sports lllustrated* de esta semana, y paso la mano sobre el brillante papel de la revista una vez, dos, antes de romper la cubierta y tirada a la papelera. Por fin, empiezo:

–Dile... –Luego, pensando mejor en mis opciones, me interrumpo y vuelvo a empezar–. Dile que estoy almorzando.

Jean hace una pausa, luego susurra:

–Patrick, creo que sabe que estás. –Durante mi silencio añade, siempre en voz muy baja–. Son las diez y media.

Suspiro, me vuelvo a atascar y, conteniendo el pánico, le digo a Jean:

–Que pase.

Me levanto, me acerco al espejo Jodi que cuelga junto al cuadro de George Stubbs y me arreglo el pelo pasándome un peine de asta de buey; luego, tranquilamente, cojo uno de mis teléfonos inalámbricos y, preparándome para una escena tensa, hago como que estoy hablando con John Akers antes de que el detective entre en el despacho.

–Verás, John... –Me aclaro la voz–. Tienes que llevar una ropa que se corresponda con tu psique –empiezo, sin hablar con nadie–. Hay sin la menor duda cosas que uno puede ponerse *y* cosas que *no,* querido amigo, cuando se lleva una camisa con rayas demasiado audaces. Una camisa a rayas exige colores sólidos o corbatas y trajes discretos...

La puerta del despacho se abre y hago señas con la mano al detective para que entre. Es un hombre sorprendentemente joven, puede que de mi edad, que lleva un traje de lino Armani bastante parecido al mío, aunque va ligeramente despeinado, lo cual me molesta. Le sonrío amistosamente.

–Y una camisa de hilo es más duradera... Sí..., lo sé... Pero para decidirte tienes que examinar la textura de la tela...

Señalo la silla de cromo y teca Mark Schrager situada ante mi mesa de despacho, invitándole silenciosamente a sentarse.

–La tela tejida de modo apretado se hace usando mucho hilo de fibras de alta calidad, largas y finas, que..., sí..., que... sí..., crean un tejido más tupido que el que crean las fibras cortas y gruesas como las que se usan para el tweed. Y las telas *tejidas* como con nudos son extremadamente delicadas y deben ser tratadas con gran cuidado...

Debido a la aparición del detective parece improbable que vaya a ser un buen día y le miro cautelosamente mientras él se sienta y cruza las piernas de un modo que me llena de miedo sin nombre. Me doy cuenta de que he estado quieto demasiado tiempo cuando se vuelve para ver si he terminado con el teléfono.

–Muy bien, y..., sí, John, bien. Y..., sí, dale siempre al peluquero un quince por ciento de propina... –Hago una pausa–. No, al dueño de la peluquería no hay que darle propina... –Me encojo de hombros mirando al detective. Éste asiente, sonríe comprensivamente y vuelve a cruzar las piernas. Bonitos calcetines–. ¿Ala chica que te lava la cabeza? Diría que un dólar o dos... –Me río–.

Depende de lo guapa que sea... –Me río con más ganas–. Sí, ¿y qué más te lava...? –Hago otra pausa, luego digo–: Oye, John tengo que dejarte. Acaba de entrar T. Boone Pickens... –Hago una pausa, sonriendo como un idiota, luego me río–. Era una broma... –Otra pausa–. No, no le des propina al dueño de la peluquería. –Me río una vez más, luego, por fin–: Muy bien, John..., te dejo. –Cuelgo el teléfono, recojo la antena y, recalcando inútilmente mi normalidad, digo–: Lo siento.

–No, soy yo el que lo siente dice, disculpándose de veras–. Debería haber concertado una cita. –Haciendo un gesto hacia el teléfono inalámbrico que estoy poniendo en el soporte donde se recarga, pregunta–: ¿Era..., bueno, algo importante?

–¿Eso? –pregunto yo, señalando mi mesa y hundiéndome en el asiento–. Tratando de cuestiones de negocios. Considerando ciertas posibilidades... Intercambiando rumores... Difundiendo cotilleos. –Los dos nos reímos. Se rompe el hielo.

–Hola –dice él, irguiéndose en la silla y tendiéndome la mano–. Me llamo Donald Kimball.

–Hola. Pat Bateman. –Se la estrecho con fuerza–. Encantado de conocerle.

–Lamento –dice él– molestarle con esto, pero quería hablar con Luis Carruthers y no estaba y..., bueno, estaba usted, de modo que... –Sonríe, se encoge de hombros–. Ya sé que suelen estar muy "ocupados. –Aparta la vista de los tres ejemplares de *Sports lllustrated* que tengo encima de la mesa, junto al walkman. Yo también me fijo en ellos y los guardo en el cajón superior de la mesa junto con el walkman, que todavía suena.

–Bien –empiezo, tratando de mostrarme lo más amistoso y hablador posible–. ¿De qué se trata?

–Bueno –empieza él–. Me ha contratado Meredith Powell para que investigue la desaparición de Paul Owen.

Asiento pensativamente con la cabeza antes de preguntar: –No será usted del FBI o algo así, ¿verdad?

–No, no –dice él–. Nada de eso. Sólo soy investigador privado.

–Entiendo... Claro –vuelvo a asentir, todavía inquieto–. La desaparición de Paul..., claro.

–No se trata de nada oficial –me confiesa–. Sólo unas preguntas elementales. Sobre Paul Owen. Sobre usted...

–¿Café? –le pregunto de pronto.

Como si estuviera inseguro, dice:

–No, está bien así.

–¿Perrier? ¿San Pellegrino? –ofrezco.

–No, está bien así –vuelve a decir, abriendo un pequeño cuaderno de notas negro que ha sacado del bolsillo junto con una pluma Cross de oro. Llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí, Patrick?

–Jean, ¿puedes traerle a mister...? –me interrumpo, alzo la vista.

Él también la alza:

–Kimball –dice.

–¿Míster Kimball una botella de San Pelle...?

–Oh, no, está bien así –protesta.

–No hay el menor problema –le digo.

Tengo la sensación de que trata de no mirarme con extrañeza. Escribe algo en su cuaderno de notas, luego tacha otra cosa. Jean entra casi inmediatamente y coloca la botella de San Pellegrino y

un vaso de cristal grabado Steuben en mi mesa, delante de Kimball. Jean me lanza una mirada molesta, preocupada, y yo frunzo el ceño. Kimball sonríe y saluda con la cabeza a Jean, que, me fijo, hoy no lleva sostén. Miro inocentemente cómo se marcha, luego vuelvo a clavar los ojos en Kimball, juntando las manos y sentándome tieso.

–Bien, ¿y de qué se trata en concreto? –pregunto.

–De la desaparición de Paul Owen –dice, recordándomelo. –Bien. Bueno, no me he enterado de la desaparición ni de nada de eso... –Hago una pausa, luego trato de reír–. Por lo menos no por Page Six.

Kimball sonríe educadamente.

–Creo que su familia no quiere que se le dé publicidad.

–Es comprensible –asiento en dirección al vaso y la botella que no ha tocado y luego alzo la vista–. ¿Lima? –pregunto. –No, de verdad –dice–. Está bien así.

–¿Está seguro? –pregunto–. Puedo hacer que le traigan lima. Hace una breve pausa, luego dice:

–Sólo unas preguntas preliminares que necesito para mis propios archivos, ¿de acuerdo?

–Dispare –digo.

–¿Cuántos años tiene? –pregunta.

–Veintisiete –digo–. Cumpliré veintiocho en octubre. –¿Dónde estudió usted? –Escribe algo en el cuaderno de notas.

–En Harvard –le digo–. Luego en el Harvard Business School.

–¿Su dirección? –pregunta, sin dejar de mirar su cuaderno.

–Calle Ochenta y uno Oeste, cincuenta y cinco –digo–. En el edificio American Garden.

–Bonito edificio. –Alza la vista, impresionado–. Muy bonito. –Gracias –sonrío, halagado.

–¿No es donde vive Tom Cruise? –pregunta.

–Sí. –Arrugo la nariz. De repente tengo que cerrar los ojos con fuerza.

Le oigo decir:

–Perdone, ¿se encuentra bien?

Abro los ojos, los dos llenos de lágrimas, y digo:

–¿Qué me preguntaba?

–Parece usted... *nervioso.*

Busco en el cajón de la mesa y saco un tubo de aspirina. –¿Nuprin? –le ofrezco.

Kimball mira el tubo con extrañeza y luego me mira a mí antes de negar con la cabeza.

–No, gracias.

Saca un paquete de Marlboro y lo deja distraídamente al lado de la botella de San Pellegrino mientras estudia algo del cuaderno. –Un mal hábito –señalo.

Él alza la vista y, notando mi desagrado, sonríe tímidamente. –Lo sé. Lo siento.

Miro fijamente el paquete de tabaco.

–¿Preferiría que no fumase? –pregunta, indeciso.

Continúo mirando el paquete, dudando.

–No..., puede hacerla.

–¿Está seguro? –pregunta.

–Sin duda. –Llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí, Patrick?

–Por favor, tráele un cenicero a mister Kimball.

Lo trae en cuestión de segundos.

–¿Qué me puede contar de Paul Owen? –pregunta por fin, después de que se haya ido Jean, que ha dejado un cenicero Fortunoff de cristal en la mesa, junto a la San Pellegrino, que sigue sin tocar.

–Bien –digo, tosiendo, mientras me trago dos Nuprin a pelo–. No le conocía demasiado bien.

–¿Cuándo le conoció? –pregunta.

–No lo sé exactamente –le digo, en cierto modo sincero–. Formaba parte de todo aquel... ambiente de Yale, ya sabe.

–¿El ambiente de *Yale?* –pregunta, confuso.

Hago una pausa, sin tener ni idea de sobre qué estoy hablando. –Sí..., el ambiente de Yale.

–¿Qué quiere decir con... el ambiente de Yale? –Ahora está intrigado.

Vuelvo a hacer una pausa. ¿Qué quiero decir?

–Bueno, yo creo que probablemente era homosexual.

–No tengo la menor idea; lo dudo, teniendo en cuenta su buen gusto en chicas–.

–Tomaban mucha cocaína... –Hago una pausa, luego añado, temblando un poco–: Ese ambiente de Yale. –Estoy seguro de que digo esto de modo extraño, pero no puedo plantearlo de otro modo.

Ahora el despacho está en completo silencio. De repente la habitación parece asfixiante y abrasadora, y aunque el aire acondicionado está a tope, el aire parece adulterado, reciclado.

–Entonces... –Kimball mira su cuaderno inútilmente–. ¿No me puede decir nada de Paul Owen?

–Bueno –digo, suspirando–. Llevaba una vida ordenada, creo. –Inconcreto de verdad, añado–: Su dieta alimenticia era equilibrada.

N oto la frustración de Kimball, que pregunta:

–¿Cómo era? Aparte de... –titubea, trata de sonreír– la información que ya me ha dado.

¿Cómo podría describirle a Paul Owen a este tipo? ¿Presumido, arrogante, un picha alegre que constantemente trataba de que otro pagase sus cuentas del Nell's? ¿Que sé que su pene tenía nombre y que ese nombre era *Michael?* No. Calma, Bateman. Creo que estoy sonriendo.

–Espero que no me interrogará aquí –consigo decir. –¿Considera usted que lo estoy haciendo? –pregunta. Sus palabras suenan siniestras, pero no lo son.

–No –digo, con cuidado–. La verdad es que no.

Escribe enloquecidamente algo más, luego pregunta, sin alzar la vista, mordisqueando el extremo de la pluma:

–¿Por dónde solía andar Paul?

–¿Andar? –pregunto.

–Sí –dice él–. Ya sabe..., ¿qué sitios frecuentaba?

–Deje que lo piense –digo, tamborileando en la mesa con los dedos–. The Newport. Harry's. Fluties. Indochine. Nell's. Cornell Club. El club náutico de Nueva York. Los sitios habituales.

Kimball parece confuso.

–¿Tenía barco, un yate?

Atascado, digo como quien no quiere la cosa:

–No. Simplemente iba por allí.

–¿y dónde estudió? –pregunta.

Hago una pausa.

–¿Es que no lo sabe ya?

–Sólo quería saber si lo sabe usted –dice, sin alzar la vista.

–En Yale digo lentamente– . ¿Correcto?

–Correcto.

–Y luego siguió cursos de economía en Columbia –añado–. *Me parece.*

–¿Y antes de eso? –pregunta.

–Si bien recuerdo, fue a Saint Paul's..., quiero decir...

–No, está bien. La verdad es que no viene al caso –se disculpa–. No tengo más preguntas que hacerle, me parece.

–Oiga, yo sólo... –empiezo suavemente, contacto–. Sólo quería ayudarle.

–Entiendo –dice.

Otra larga pausa. Escribe algo, pero no parece importante.

–¿No hay nada más que me pueda decir de Owen? :–pregunta, con una voz que casi suena a tímida.

Pienso en ello, luego digo débilmente:

–Los dos teníamos siete años en 1969.

Kimball sonríe.

–También yo.

Haciendo como que me interesa el caso, pregunto:

–Hay algún testigo, o huellas dactilares...

Me interrumpe cansinamente:

–Bueno, había un mensaje en su contestador diciendo que se iba a Londres.

–Bien –digo, esperanzado–.cA lo mejor fue, ¿no?

–Su novia no lo cree –dice Kimball, inexpresivo.

–Pero... –me interrumpo–. ¿Le ha visto alguien en Londres? Kimball mira su cuaderno, pasa la página y luego, volviendo a mirarme, dice:

–Lo cierto es que sí.

–Mmmm –digo.

–Bueno, me costó bastante verificarlo –admite–. Un tal... Stephen Hughes dice que le vio en un restaurante de allí, pero lo verifiqué y lo que pasó es que confundió a Hubert Ainsworth con Paul, de modo...

–Oh –digo yo.

–¿Recuerda dónde estaba usted la noche de la desaparición de Paul? –Comprueba algo en su cuaderno–. ¿Dónde estaba el veinticuatro de junio?

–Dios santo..., creo que... –pienso en ello–. Probablemente devolviendo unos vídeos. –Abro el cajón de mi mesa, saco mi agenda y, mirando el mes de diciembre, digo–: Salí con una chica que se llama Verónica... –Estoy mintiendo, me lo estoy inventando.

–Espere –dice él, confuso, mirando su cuaderno–. Eso... no es lo que me habían dicho.

Se me tensan los músculos.

–¿Cómo?

–Ésa no es la información que me dieron –dice.

–Bueno... –de repente estoy confuso y asustado, el Nutrin me ha provocado acidez de estómago–. Espere... ¿Qué información le han dado?

–Vamos a ver... –Pasa las hojas de su cuaderno, encuentra algo–. Estaba usted con...

–Espere. –Me río–. *Podría* equivocarme... –Noto la columna vertebral húmeda.

–Bien... –se interrumpe–. ¿Cuándo fue la última vez que es

tuvo usted con Paul Owen? –pregunta.

–Estuvimos... –Oh, Dios mío, Bateman, piensa en algo–. Fuimos a un musical nuevo que acababan de estrenar, se titulaba... *Oh Africa, Brave Africa.* –Trago saliva–. Era... muy divertido. Creo que cenamos en Orso's..., no, en Petaluna. No, en Orso's. –Me interrumpo–. La... última vez que le vi *físicamente* fue... en un cajero automático. No puedo recordar cuáL., uno cerca de Nell's.

–¿Pero la noche en que desapareció? –pregunta Kimball. –No estoy seguro, la verdad –digo.

–Creo que probablemente se confunde de citas –dice, mirando su cuaderno.

–No lo sé –digo–. ¿Dónde estuvo, según *usted,* Paul esa noche?

–De acuerdo con su agenda, cosa que verificó su secretaria, cenó con... Marcus Halberstam –dice.

–¿Y? –pregunto.

–Se lo pregunté a él.

–¿A Marcus?

–Sí. Y lo negó –dice Kimball–. Aunque al principio no estaba seguro.

–¿Pero Marcus lo negó?

–Sí.

–¿Tiene coartada? –Ahora me muestro plenamente receptivo ante sus respuestas.

–Sí.

Una pausa.

–¿La *tiene?* ¿Está usted seguro?

–La verifiqué –me dice, con una extraña sonrisa–. Está limpio.

Una pausa.

–Oh.

–Y ahora dígame dónde estaba *usted.* –Se ríe.

Yo también me río, aunque no estoy seguro de por qué.

–¿Dónde estaba Marcus?

Kimball sigue sonriendo mientras me mira.

–No estaba con Paul Owen –dice enigmáticamente. –¿Entonces con quién estaba? –Todavía me río, pero también me siento mareado.

Kimball abre su cuaderno y me lanza por primera vez una mirada hostil.

–Estaba en el Atlantis con Craig McDermott, Frederick Dibble, Harry Newman, George Butner y... –Kimball hace una pausa, luego alza la vista– y usted.

En el despacho, y justo en este preciso momento, estoy pensando en lo que le llevaría a un cadáver desintegrarse por completo en este despacho. En este despacho hay cosas sobre las que

fantaseo cuando sueño. Comer costillas en Red, Hot and Blue, de Washington. Si debería cambiar de champú. ¿Cuál es de verdad la mejor cerveza seca? ¿Es Bill Robinson un diseñador sobrevalorado? ¿Qué pasa con IBM? Las últimas novedades. ¿Es un adverbio el término «jugar al béisbol»? La frágil paz de Asís. La luz eléctrica. El máximo lujo. El lujo definitivo. El hijoputa que lleva el mismo traje de lino Armani que yo. Lo fácil que sería liquidar a este jodido detective. Kimball no es en absoluto consciente de lo vacío que estoy. No hay pruebas de vida animada en este despacho, y sin embargo él sigue tomando notas. Cuando se termine de leer esta frase, un Boeing despegará o aterrizará en alguna parte del mundo. Me apetece una Pilsner Urquell.

–Oh, claro –digo–. Por supuesto... Queríamos que viniera Paul Owen –digo, asintiendo con la cabeza como si estuviera recordando algo–. Pero dijo que tenía otros planes... –Luego, con poca convicción, añado–: Supongo que cené con Victoria la... noche siguiente.

–Oiga, quisiera decide que me contrató Meredith –dice, suspirando, y cerrando el cuaderno.

Como quien no quiere la cosa, pregunto:

–¿Sabía usted que Meredith Powell está saliendo con Brock Thompson?

Se encoge de hombros.

–No sé esas cosas. Lo único que sé es que al parecer Paul Owen le debe mucho dinero.

–Oh –digo–. ¿De verdad?

–Personalmente —dice–, creo que Owen perdió un poco la cabeza. Se largó un tiempo de la ciudad. Puede que haya ido a Londres. De visita turística. A tomar copas. Lo que sea. De todos modos, estoy seguro de que antes o después volverá.

Asiento lentamente, esperando tener un aspecto de asombro.

–¿Participaba en sesiones de, digamos, ocultismo o cultos satánicos? –pregunta Kimball seriamente.

–¿Cómo?

–Sé que suena estúpido, pero el mes pasado en Nueva Jersey..., no sé si se ha enterado de ello, pero detuvieron a un joven agente de bolsa y le acusaron del asesinato de una joven chicana para hacer ritos de vudú con, bueno..., varias partes de su cuerpo...

–¡Caramba! –exclamo.

–Bueno, quería decir... –Vuelve a sonreír tímidamente–. ¿Se ha enterado de eso?

–¿El tipo negó que lo hubiera hecho? –pregunto, con un estremecimiento.

–Exacto –asiente Kimball.

–Es un caso interesante –consigo decir.

–Aunque insiste en que es inocente, sigue creyendo que es Inca, el dios pájaro o algo así –dice Kimball, torciendo el gesto.

Los dos nos reímos muy alto ante esto.

–No –digo por fin–. Paul no participaba en esas cosas. Seguía una dieta equilibrada y...

–Sí, ya lo sé, y participaba de aquel ambiente de Yale –termina Kimball cansinamente.

Hay una larga pausa que, creo, debe de ser la más larga hasta el momento.

–¿Ha consultado a un médium? –pregunto.

–No. –Niega con la cabeza de un modo que sugiere que va a considerado. Bueno, *¿a quién le importa?*

–¿Han desvalijado su apartamento? –pregunto.

–No, la verdad es que no –dice–. Han desaparecido artículos de aseo. También un traje. Así como una maleta. Eso es todo.

–¿Sospecha usted que es para despistar?

–No estoy seguro –dice–. Pero quisiera decide que no me sorprendería que estuviera escondido en alguna parte.

–Entonces, ¿no interviene la brigada de homicidios?

–No, todavía no. Como he dicho, no estamos seguros. Pero...

–Se interrumpe, con aspecto desalentado–. La verdad es que nadie ha visto ni oído nada.

–Es lo habitual, ¿no?

–Resulta extraño –dice, mirando por la ventana, perdido–. Un día una persona sale, va a trabajar *viva* y luego... –Kimball se interrumpe, sin terminar la frase.

–Nada –digo suspirando, y asiento con la cabeza.

–La gente... desaparece. Eso es todo –dice.

–La tierra se abre y se traga a la gente –digo tristemente, mirando mi Rolex.

–Extraño. –Kimball bosteza, estirándose–. Extraño de verdad.

–Espantoso –asiento, mostrándome de acuerdo.

–Sólo es... –dice suspirando, exasperado– inútil.

Hago una pausa, inseguro sobre qué decir, y salgo con:

–Es difícil entendérselas con...la inutilidad.

No pienso en nada. El despacho está en silencio. Para romperlo, señalo un libro de encima de la mesa, junto a la botella de San Pellegrino. *El arte de hacer negocios,* de Donald Trump.

–¿Lo ha leído? –le pregunto a Kimball.

–No –dice suspirando, pero pregunta educadamente–. ¿Es interesante?

–Es muy interesante –digo, asintiendo.

–Oiga –vuelve a decir, suspirando–. Ya le he hecho perder demasiado tiempo. –Se guarda el paquete de Marlboro en el bolsillo.

–De todos modos tengo una comida de negocios con Cliff Huxtable en The Four Seasons dentro de veinte minutos –miento, poniéndome de pie–. También tengo que irme.

–¿The Four Seasons no está un poco lejos, en la parte alta de la ciudad? –Parece inquieto y también se levanta–. Me refiero a que va a llegar con retraso.

–Oh, no –me atasco–. Hay uno aquí, en la parte baja. –¿De verdad? –pregunta–. No lo sabía.

–Sí –digo, acompañándole a la puerta–. Es muy bueno. –Oiga –dice, volviéndose para encararme–. Si se le ocurre algo, cualquier información, lo que sea...

Le estrecho la mano.

–Sin duda. Estoy de acuerdo en un ciento por ciento con usted –digo solemnemente.

–Estupendo –dice el muy inútil, aliviado–. Y gracias por su tiempo, mister Bateman.

Al moverme hacia la puerta las piernas me vacilan, como las de un astronauta, y al acompañarle afuera del despacho, aunque estoy vacío, desprovisto de sentimientos, todavía noto –sin engañarme- que he hecho algo importante, y luego hablamos unos minutos sobre las lociones para después del afeitado y las camisas. Ha habido una extraña y general falta de prisa en la conversación que he encontrado tranquilizadora –no ha pasado nada en absoluto–, pero cuando él sonríe, me da su tarjeta de visita y se marcha, la puerta al cerrarse me suena como un millón de insectos zumbando, como

kilos de bacon friéndose; una vasta soledad. Y después de que haya salido del edificio (hago que Jean llame a Tom, de Seguridad, para confirmarlo) llamo a una persona que me recomendó mi abogado para asegurarme de que no me han pinchado los teléfonos, y después de un Xanax me siento capaz de verme con mi especialista en nutrición en un restaurante muy caro que se llama Cuisine de Soy, en Tribeca, y mientras estoy sentado debajo del delfín disecado y lacado que cuelga encima. de la barra, con el cuerpo doblado formando un arco, soy capaz de hacer preguntas al especialista en nutrición del tipo:

–Muy bien, así que no se debe tomar pan –sin mostrarme servil. De vuelta a la oficina, dos horas después, me entero de que no tengo pinchado ninguno de mis teléfonos.

También me encuentro con Meredith Powell el viernes por la noche, en Ereze, con Brock Thompson, y aunque hablamos unos diez minutos, fundamentalmente de por qué ninguno de nosotros estamos en los Hamptons, con Brock mirándome fijamente todo el tiempo, ella. no menciona a Paul Owen ni una sola vez. Yo ceno de modo atrozmente lento con la chica con la que he salido, Jeanette. El restaurante está resplandeciente, es nuevo y la carne es mala. Las raciones son escasas. Cada vez me siento más agitado. Después quiero puntear el M.K., aunque Jeanette se queja porque quiere bailar. Estoy cansado y necesito descansar. En mi apartamento me tumbo en la cama, demasiado distraído para hacer sexo con ella, de modo que se marcha, y después de ver una cinta con el programa de Patty Winters de esta mañana, que es sobre los mejores restaurantes del Este, cojo uno de mis teléfonos inalámbricos y con indecisión, a desgana, llamo a Evelyn.

El verano

Paso la mayor parte del verano ido, sentado en mi despacho o en restaurantes nuevos, en mi apartamento viendo vídeos o en el asiento trasero de los taxis, en clubs nocturnos que acaban de abrir, en salas de cine, en el edificio de Hell' s Kitchen o en restaurantes nuevos. Ha habido cuatro accidentes aéreos importantes este verano, la mayoría grabados en cintas d vídeo, como si esos acontecimientos hubieran sido planeados y repetidos incesantemente por televisión. Los aviones no dejaban de estrellarse a cámara lenta, seguidos de incontables fotogramas de los restos, y las mismas vistas al azar de los cuerpos quemados y ensangrentados y los miembros de los equipos de rescate sollozando al recoger lo que quedaba de aquellos cuerpos. Empecé a utilizar desodorante masculino Óscar de la Renta que me produjo un ligero salpullido. Se estrenó una película sobre un bicho muy pequeño que hablaba, con grandes fanfarrias, y recaudó más de doscientos millones de dólares. A los Mets les iba muy mal. Los mendigos y los sin hogar parecía que en agosto se habían multiplicado y los desgraciados, débiles y viejos se alineaban a lo largo de todas las calles. Me encontré preguntando a demasiados clientes de verano en demasiados restaurantes nuevos y resplandecientes, antes de llevarles a *Les Misérables,* si alguno había visto *Los asesinos de la caja de herramientas* en la cadena de las películas codificadas mientras los de las mesas cercanas se volvían a mirarme, antes de que yo tosiera educadamente y pidiera la cuenta al camarero, o le pedía un sorbete o, si eso pasaba antes de terminar la cena, otra botella de San Pellegrino, y luego preguntaba a esos clientes del verano:

–¿No ? –y les aseguraba– Pues era muy buena.

Mi tarjeta American Express Platino padeció tanto debido a su uso continuado que se partió en dos en una de esas cenas en que llevé a dos clientes de verano a Restless Young, el nuevo restaurante de Pablo Lester en el centro, pero tenía suficiente dinero en metálico en mi cartera de piel de gacela para pagar la comida. Los programas de Patty Winters eran todos reposiciones. La vida era

un lienzo en blanco, un cliché, un serial. Me sentía moribundo, al borde del frenesí. Mis ansias nocturnas de sangre llenaron mis días y tuve que dejar la ciudad. Mi máscara de cordura amenazaba con desaparecer. Para mí era la estación más dura y necesitaba vacaciones. Necesitaba ir a los Hamptons.

Se lo sugerí a Evelyn y aceptó de inmediato.

La casa que ocupamos era, de hecho, de Tim Price, y Evelyn, por alguna razón, tenía las llaves, pero en mi estado de amodorramiento me negué a pedir aclaraciones.

La casa de Tim estaba junto al agua, en East Hampton, y tenía muchos tejados de dos aguas y cuatro pisos de altura, todos unidos por medio de una escalera de acero galvanizado, y estaba decora a con lo que al principio creí que era un motivo del Sudoeste pero no lo era. La cocina tenía unos trescientos metros cuadrados y su diseño era minimalista puro; una pared lo tenía todo: dos hornos enormes, macizos aparadores un congelador en el que se podía entrar, una nevera con tres puertas. Una isla de acero inoxidable hecha a la medida dividía la cocina en tres espacios separados. Cuatro de los nueve cuartos de baño contenían cuadros de trampantojos y cinco tenían antiguas cabezas de carnero de plomo que colgaban sobre el lavabo, y el agua les salía por la boca. Todos los lavabos y bañeras y duchas eran de mármol antiguo y los suelos consistían en mosaicos de mármol. Había un televisor en un nicho de la pared de encima de la bañera principal. Todos los cuartos tenían un estéreo. La casa también contenía doce lámparas de pie de Frank Lloyd Wright, catorce sillas de Josef Heffermann, dos paredes llenas desde el suelo hasta el techo de cajas de vídeos y otra llena de miles de discos compactos metidos en vitrinas de cristal. Un candelabro de Eric Schmidt colgaba en la entrada principal, y debajo de él había un perchero en forma de alce de acero de Atomic Ironworks hecho por un joven escultor del que yo nunca había oído hablar. Había una mesa de comedor redonda rusa del siglo XIX en la habitación contigua a la cocina, pero no tenía sillas. Fantasmales fotografías de Cindy Sherman se alineaba en todas las paredes. Había una sala para hacer ejercicio. Había ocho armarios de cuerpo entero, cinco aparatos de vídeo, una mesa de comedor Noguchi de acero y nogal, una mesa de recibidor de Marc Schaffer y un aparato de fax. Había un árbol recortado artísticamente en el dormitorio principal junto a un banco Luis XVI. Un cuadro de Eric Fischl colgaba de encima de una de las chimeneas de mármol. Había pista de tenis. Había dos saunas y un jacuzzi dentro de una casita para invitados situada junto a la piscina, que tenía el fondo negro. Había columnas de piedra en sitios extraños.

La verdad es que intenté que las cosas funcionaran durante las semanas que pasamos allí. Evelyn y yo dimos paseos en bicicleta y corrimos y jugamos al tenis. Hablamos de ir al sur de Francia y a Escocia; hablamos de atravesar en coche Alemania y visitar los teatros de ópera. Hicimos windsurfing. Sólo hablamos de cosas románticas: de la luz del este de Long Island, la luna de octubre encima de las colinas de la región de caza de Virginia. Nos bañamos juntos en las grandes bañeras de mármol. Desayunamos en la cama acurrucándonos debajo de las mantas de cachemira después de que yo hubiera servido, de una cafetera Melior, café importado en tazas de Hermés. La despertaba con flores recién cortadas. Le ponía notas en su bolsa de viaje Louis Vuitton cuando se iba a Manhattan a hacerse su–tratamiento facial semanal. Le compré un cachorro, un pequeño chow chow negro, al que llamó NutraSweet y al que alimentaba con trufas de chocolate dietético. Leía en voz alta largos pasajes de *El doctor Zhivago* y *Adiós a las armas* (mi Hemingway favorito). En el pueblo alquilé películas que no tenía Price, la mayoría comedias de los años treinta, y las vimos en uno de los muchos vídeos; nuestra favorita era *Vacaciones en Roma,* que vimos dos veces. Escuchamos a Frank Sinatra (sólo el de los años cincuenta) y *After Midnight,* de Nat King Cole, que Tim tenía en CD. Le compré ropa interior cara, que se ponía a veces.

Después de un rápido baño en el océano avanzada la noche, entrábamos en casa temblando, envueltos en grandes toallas Ralph Lauren, y preparábamos tortillas a la francesa y tallarines con aceite de oliva y trufas y setas, hacíamos soufflés con peras y ensaladas de frutas con canela, polenta a la parrilla con salmón a la pimienta, sorbetes de manzana y fresa, mascarpone, judías

pintas con arroz envueltas en lechuga romana, diversas salsas y raya con vinagre balsámico, sopa fría de tomate y risottos con sabor a remolacha y lima y espárrago y menta, y bebíamos limonada o champán o botellas añejas de Chateau Margaux. Pero pronto dejamos de hacer pesas juntos y largos de piscina, y lo único que comía Evelyn eran las trufas de chocolate dietético que no se había comido NutraSweet, quejándose del peso que había ganado. Algunas noches me encontraba vagando por las playas, desenterrando cangrejos y comiendo puñados de arena –esto pasaba en plena noche, cuando el cielo estaba tan claro que se podía ver el sistema solar entero y la arena, iluminada por él, parecía a escala lunar. Incluso llevé una medusa que encontré varada en casa y la metí en el microondas una mañana, poco antes del amanecer, mientras Evelyn dormía, y lo que no me comí se lo di al chow chow.

Tomaba bourbon, luego champán, en copas grabadas con dibujos de cactus, que Evelyn ponía en carritos de adobe y en las que mezclaba cassis de frambuesa con agitadores de papier–maché en forma de jalapeño, y me quedaba tumbado, fantaseando con matar a alguien con un bastón de esquí Allsop Racer, o miraba atentamente la antigua veleta que estaba colgada encima de una de las chimeneas, preguntándome con ojos de loco si podría liquidar a alguien con ella; luego me quejaba en voz alta, tanto si Evelyn estaba en el cuarto como si no, de que deberíamos haber reservado mesa en el Stanford Inn de Dick Loudon, en vez de hacer esto. Evelyn pronto se dedicó a hablar únicamente de cirugía estética y luego contrató a un masajista, una loca espantosa que vivía carretera abajo con un famoso editor y que coqueteaba abiertamente conmigo. Evelyn volvió a la ciudad tres veces la última semana que estuvimos en los Hamptons, una vez para hacerse la manicura, la pedicura y recibir tratamiento facial, la segunda vez para una sesión de ejercicios físicos con Stephanie Herman, y por fin para ver a su astrólogo.

–¿Por qué en helicóptero? –le pregunté en un susurro.

–¿Qué quieres que haga? –chilló, metiéndose en la boca otra trufa dietética–. ¿Alquilar un *Valva?*

Mientras estaba fuera, yo vomitaba –sólo porque me apetecía en los rústicos jarrones de terracota que se alineaban en el patio delantero, o iba al pueblo con el espantoso masajista y recogía hojas de afeitar. Por la noche colocaba un candelabro de falso cemento y aluminio de Jerry Kott encima de la cabeza de Evelyn y, como ella estaba tan ida debido al Halcion, no se lo quitaba, y aunque yo me reía, mientras el candelabro se alzaba con su profunda respiración aque1lo pronto me ponía triste y dejaba de colocar el candelabro encima de la cabeza de Evelyn.

Todo fue un fracaso y no me calmé. Todo me pareció enseguida aburrido: otro amanecer, las vidas de los héroes, enamorarse, guerra, los descubrimientos que hacen unas personas sobre otras. Lo único que no me aburría, o no demasiado, era el muchísimo dinero que ganaba Tim Price, la única emoción clara que identificaba en mi interior, si se exceptuaba la codicia y, probablemente, un desagrado absoluto. Yo tenía todas las características de los seres humanos –carne, sangre, piel, pelo– pero mi despersonalización era tan intensa, se había hecho tan profunda, que la capacidad habitual para sentir compasión había quedado erradicada, víctima de un lento y decidido borrado. Me limitaba a imitar la realidad, tenía un tosco parecido con un ser humano y sólo me funcionaba un oscuro rincón del cerebro. Estaba pasando algo horrible y sin embargo no conseguía imaginar por qué –no lo podía determinar con claridad–. Lo único que me tranquilizaba era el sonido del hielo al echarlo en un vaso de J&B. Por fin, ahogué al chow chow, al que Evelyn no echó en falta; ni siquiera notó su ausencia, ni cuando lo metí en el gigantesco congelador envuelto en uno de sus jerseys Bergdorf Goodmano. Tuvimos que irnos de los Hampton porque empecé a encontrarme parado al lado de nuestra cama en las horas anteriores al amanecer con un punzón para hielo en la mano, esperando a que Evelyn abriera los ojos. Siguiendo una sugerencia mía, una mañana después del desayuno se mostró de acuerdo y el último domingo de agosto volvimos a Manhattan en helicóptero.

Chicas

Yo creía que las judías pintas con salmón y menta eran de verdad, de verdad..., ya sabes –dice Elizabeth, mientras entra en el cuarto de estar de mi apartamento y, quitándose con un movimiento lleno de gracia sus zapatos Maud Frizon de raso y cuero, se deja caer en el sofá–, buenas, pero *Patrick,* Dios santo, eran caras y –poniéndose tensa, se queja– *sólo* eran pseudo–nouvelle. ..

–Lo he imaginado yo, ¿o había peces de colores en la mesa? –pregunto, quitándome los tirantes Brooks Brothers mientras busco en la nevera una botella de sauvignon blanc–. En cualquier caso, lo he encontrado muy moderno.

Christie ha tomado asiento en el largo y amplio sofá, lejos de Elizabeth, que se estira perezosamente.

–*¿Moderno,* Patrick?–dice–. Donald Trump suele comer allí.

Encuentro la botella y me apoyo en el mostrador y, antes de encontrar un sacacorchos, la miro sin expresión desde el otro extremo de la habitación.

–¿Sí? ¿Se trata de un comentario sarcástico?

–Podría ser –gimotea ella, y continúa con un–, ¿o no? –tan alto que Christie se echa hacia atrás.

–¿Dónde trabajas ahora, Elizabeth–? –pregunto, cerrando los cajones–. ¿En Polo, o dónde?

Elizabeth se burla de esto y dice alegremente, mientras yo descorcho el Acacia:

–Yo no tengo que trabajar, Bateman. –y después de una interrupción añade, aburrida–: Eres el que mejor debería saberlo, mister Wall Street. –Se comprueba la pintura de labios en una polvera Gucci; predeciblemente, la encuentra perfecta.

Cambiando de tema, pregunto:

–En cualquier caso, ¿quién eligió ese sitio? –Sirvo vino a las dos chicas y luego me preparo un J&B con hielo y un poco de agua–. El restaurante, me refiero.

–Carson. O puede que Robert. –Elizabeth se encoge de hombros y, después de cerrar con ruido la polvera, mirando atentamente a Christie, pregunta–: La verdad es que me resultas conocida. ¿Fuiste a Dalton?

Christie niega con la cabeza. Casi son las tres de la madrugada. Machaco una pastilla de éxtasis y miro cómo se disuelve en el vaso de vino que pienso darle a Elizabeth. Esta mañana el programa de Patty Winters era sobre personas que pesan más de trescientos kilos –¿Qué se puede hacer con ellas?–. Enciendo las luces de la cocina, encuentro dos pastillas más de droga en el congelador. Luego apago las luces.

Elizabeth es una tía buena que a veces trabaja de modelo en Georges Marciano y que procede de una vieja familia de banqueros de Virginia. Hemos cenado con dos amigos suyos, Robert Farrell, de veintisiete años, un tipo que lleva una carrera más bien poco clara en el mundo financiero, y Carson Whitall, que sale con Robert. Él llevaba un traje de lana de Belvest, una camisa de algodón con puños franceses de Charvet, una corbata de seda con un dibujo abstracto de Hugo Boss y gafas de sol Ray– Ban que se ha empeñado en llevar puestas durante toda la cena. Carson llevaba un vestido de Yves Saint Laurent Rive Gauche y un collar .de perlas con pendientes a juego de perlas y diamantes de Harry Winston. Cenamos en Free Spin, el nuevo restaurante de Albert Lioman en la zona del Flatiron, luego hemos cogido una limusina hasta Nell's, donde me he excusado, asegurando a una furiosa Elizabeth que volvería pronto, y he dirigido al conductor a la zona del mercado de la carne, donde he contratado a Christie. He hecho que esperara en el asiento trasero de

la limusina mientras yo volvía a entrar en Nell's y tomaba unas copas con Elizabeth y Carson y Robert en una de las mesas de delante del local, que está casi vacío porque esta noche no hay famosos –mala señal–. Por fin, a las dos y media, mientras Carson presumía muy borracha de lo mucho que gasta mensualmente en flores, Elizabeth y yo nos hemos largado. Estaba tan jodida por algo que le había contado Carson que salía en el último número de W, que ni siquiera ha preguntado por qué estaba allí Christie.

En el trayecto hacia Nell's, Christie había admitido que todavía estaba desquiciada por lo que pasó la última vez que estuvimos juntos, y tenía grandes reservas sobre lo de esta noche, pero el dinero que le he ofrecido es demasiado como para pasar de él y le he prometido que no se repetirá nada parecido a lo de la última vez. Aunque todavía está asustada, unos tragos de vodka en el asiento trasero de la limusina, junto al dinero que le he dado, más de seiscientos dólares, hacen que se tranquilice. Su malhumor me ha excitado y se ha comportado como una gatita cachonda cuando le he dado el dinero –seis billetes de cien sujetos por una pinza para dinero de plata Hughlans–, pero después de que la animase para que subiera a la limusina, me ha dicho que podría necesitar tratamiento quirúrgico después de lo que pasó la última vez, o un abogado, de modo que le he extendido un talón por un importe de mil dólares, pero como sabía que nunca lo iba a cobrar no he tenido un ataque de pánico ni nada parecido. Mirando a Elizabeth, en este preciso momento, en mi apartamento, me fijo en lo bien dotada que está en la zona del pecho y espero que después de que le haga efecto el éxtasis, pueda convencer a las dos chicas para que hagan sexo delante de mí.

Elizabeth le está preguntando a Christie si conoce a un gilipollas que se llama Spicey o ha estado alguna vez en el Au Bar. Christie niega con la cabeza. Le doy a Elizabeth el sauvignon blanc donde he puesto el éxtasis, mientras ella mira a Christie como si ésta fuera de Neptuno, y después– de recuperarse de lo que acaba de admitir Christie, bosteza.

–De todos modos, ahora el Au Bar *apesta* –dice–. Es horripilante. Fui a una fiesta de cumpleaños de Malcolm Forbes. Dios mío, *por favor.*

Bebe el vino y hace una mueca. Yo estoy sentado en una de las sillas de cromo y roble Sottrass y acerco el cubo de hielo que está en la mesita con la parte de arriba de cristal, metiendo la botella dentro con objeto de que se enfríe más. Inmediatamente, Elizabeth la coge y se sirve otro vaso. He disuelto dos pastillas más de éxtasis en la botella antes de traerla al cuarto de estar. Una ceñuda Christie da cuidadosos tragos a su vino sin nada dentro y trata de no mirar al suelo; todavía parece asustada, y encontrando el silencio insoportable, le pregunta a Elizabeth dónde me conoció.

–Dios mío –empieza Elizabeth, quejándose falsamente como si recordara algo embarazoso–. Conocí a Patrick, Dios santo, en el Derby de Kentucky del 86..., no, en el del 87, y... –se vuelve hacia mí– estabas con aquella chica, Alison algo... ¿Stoole?

–Poole, querida –replico tranquilamente–. Alison Poole. –Sí, así se llamaba –dice ella, y con evidente sarcasmo, añade–: Iba de tía buena.

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunto, ofendido–. *Era* una tía buena.

Elizabeth se vuelve hacia Christie y por desgracia dice:

–Si tenías tarjeta American Express te la chupaba. –Y espero que Christie no mire confusa a Elizabeth, y diga: «Pero nosotras no aceptamos tarjetas de crédito.»

Para asegurarse de que no va a pasar esto, rujo: Mierda –pero en buen plan.

–Oye –le dice Elizabeth a Christie, cogiéndole la mano como un marica que ofrece unos cotilleos confidenciales–. Esa chica trabajaba en un salón de bronceado y... –Y en la misma frase, sin cambiar de tono– ¿a qué te dedicas tú?

Después de un largo silencio, en el que Christie cada vez se pone más roja y parece más asustada, yo digo:

–Es... prima mía.

Elizabeth lo acepta lentamente y dice:

–Pues vaya.

Después de otro largo silencio, digo:

–Es... francesa.

Elizabeth me mira con escepticismo –como si estuviera completamente loco– pero decirle no seguir haciendo ese tipo de preguntas y dice:

–¿Dónde tienes el teléfono? *Tengo* que llamar a Harley.

Me dirijo a la cocina y le traigo el teléfono inálámbrico, tirando de la antena. Ella marca un número y, mientras espera que contesten, mira fijamente a Christie.

–¿Dónde estuviste este verano? –pregunta–. ¿En Southampton?

Christie me mira a mí y luego vuelve a mirar a Elizabeth y dice tranquilamente:

–No.

–Dios santo –se queja Elizabeth–, es su *contestador.*

–Elizabeth –señalo a mi Rolex–. Son las *tres* de la madrugada. –Es un jodido traficante de *drogas* –dice, enfadada–. Éstas son sus horas punta.

–No le digas que estás aquí –le advierto.

–¿Por qué iba a hacerlo? –pregunta. Distraída, estira la mano para coger su vino y tira otra copa llena y hace una mueca–. Esto sabe raro. –Mira la etiqueta, se encoge de hombros–. ¿Harley? Soy yo. Necesito tus servicios. Traduce eso como te apetezca. Estoy en... –Me mira.

–Estás en casa de Marcus Halberstam –le susurro. –¿Quién? –Se echa hacia delante y hace una mueca traviesa. –Mar–cus Hal–ber–stam –le vuelvo a susurrar.

–Quiero el *número,* idiota. –Hace señas con la mano para que me aparte y continúa–: Da igual, estoy en casa de Mark Hammerstein y te volveré a llamar más tarde y si no te veo en Canal Bar mañana por la noche vaya echarte encima a mi peluquero. Bon Voyage. ¿Cómo se cuelga esto? –pregunta, aunque recoge la antena y aprieta el botón de Off como una experta, y deja el aparato encima de la silla Schrager que he llevado junto a la máquina de discos.

–¿Ves? –sonrío–. Ya lo has hecho.

Veinte minutos más tarde Elizabeth está retorciéndose en el sofá y trato de obligarla a que practique el sexo con Christie delante de mí. Lo que empezó como una idea casual ahora se me ha metido en la cabeza e insisto sin cesar. Christie mira impasible una mancha en el suelo de roble blanco en la que no me había fijado, sin casi haber probado el vino.

–Pero yo *no* soy lesbiana –vuelve a protestar Elizabeth, riendo–. *N*o me van las chicas.

–¿Es un *no* definitivo? –pregunto, mirando su copa, luego la botella de vino medio vacía.

–¿Por qué crees que me va *eso?* –pregunta. Debido al éxtasis, la pregunta es coqueta y parece auténticamente interesada. Frota su pie contra mi muslo. Me he sentado en el sofá, entre las dos chicas, y le acaricio una de las pantorrillas.

–Bueno, por algo fuiste a Sarah Lawrence –le digo–. Uno nunca sabe.

–Aquello eran *chicos,* Patrick –señala, riendo, frotando con más fuerza, provocando fricción, calor, todo.

–Bueno, lo siento –admito–. Normalmente no trato con demasiados chicos que lleven panties por la calle.

–Patrick, *tú* fuiste a Patrick, quiero decir, a Harvard, por Dios, estoy *tan* borracha. En cualquier caso, escucha, quiero decir, espera... –Hace una pausa, respira a fondo, murmura algo sobre que se siente rara, luego, después de cerrar los ojos, los abre y pregunta:

–¿No tienes algo de coca?

Miro su copa, notando que el éxtasis que he disuelto ha cambiado levemente el color del vino. Elizabeth sigue mi mirada y toma un trago como si fuera una especie de elixir que pudiera calmar su creciente agitación. Echa la cabeza hacia atrás, mareada, apoyándose en uno de los cojines del sofá.

–O si no, Halcion. Tomaría Halcion –dice.

–Oye, me gustaría veros... a las dos... hacerlo –digo inocentemente–. ¿Qué tiene de malo? No existe riesgo de enfermedad. –Patrick. –Se ríe–. Eres un lunático.

–Vamos –la animo–. ¿Es que no encuentras atractiva a Christie?

–No seas obsceno –dice, pero la droga le está pegando y noto que está excitada aunque no quiera estarlo–. No estoy con ánimos para mantener conversaciones lascivas.

–Vamos –digo–. Creo que sería excitante.

–¿Hace esto todas las veces? –pregunta Elizabeth a Christie. Miro a Christie.

Christie se encoge de hombros, sin comprometerse, y examina un disco compacto antes de ponerlo en la mesa situada junto al estéreo.

–No irás a decirme que nunca lo has hecho con una chica, ¿verdad? –pregunto, tocando una media negra y, luego, por debajo, una pierna.

–Pero yo *no* soy lesbiana –insiste–. Y no, nunca lo he hecho.

–*¿Nunca?* –pregunto, enarcando las cejas–. Bueno, siempre hay una primera vez...

–Haces que me sienta rara –se queja Elizabeth, perdiendo el control de sus rasgos faciales.

–No, no lo hago, –digo, sorprendido.

Elizabeth se lo está haciendo con Christie. Las dos están desnudas en mi cama, con todas las luces de la habitación encendidas, mientras yo estoy sentado en la silla Louis Montoni junto al futón, observándolas atentamente, variando la posición de sus cuerpos. Ahora hago que Elizabeth se tumbe de espaldas y levante las piernas, separándoselas todo lo que puede, y luego empujo a Christie por la cabeza hacia abajo y hago que le lama el coño –no que se lo chupe, que se lo lama como un perro con sed– mientras le manosea el clítoris; luego, con la otra mano, mete dos dedos en el coño abierto y mojado, mientras la lengua remplaza a los dedos y luego coge los dedos pegajosos que ha tenido metidos en el coño de Elizabeth y los empuja dentro de la boca de Elizabeth, haciendo que se los chupe. Luego hago que Christie se tumbe encima de Elizabeth y que le chupe y muerda los pechos, grandes, hinchados, que la propia Elizabeth también se acaricia, y luego les digo que se besen con fuerza y Elizabeth se mete la lengua que ha estado lamiendo su propio coño, pequeño y rosa, en la boca, hambrienta como un animal, y se ponen a saltar una encima de otra, juntando los caños. Elizabeth gime ruidosamente, envuelve con sus piernas las caderas de Christie, dando sacudidas contra ella. Las piernas de Christie están abiertas de tal modo que, por detrás, puedo verle el coño, mojado y abierto, y encima de él, el ojo del culo sin pelos.

Christie se sienta y se da la vuelta y, mientras todavía sigue encima de Elizabeth, aprieta su coño contra la cara anhelante de Elizabeth y enseguida, como en una película, como los animales, las dos se ponen a chupar y manosear febrilmente el coño de la otra. Elizabeth, con la cara completamente roja, con los músculos del cuello tirantes como los de cuna loca, trata de enterrar la cara en el coño de Christie y luego le abre mucho las nalgas y se pone a chuparle el agujero del culo, haciendo sonidos guturales.

–Muy bien –digo, con voz monótona–. Mete la lengua en el ojo del culo de esa puta.

Mientras pasa esto yo le doy vaselina a un gran consolador blanco sujeto a un cinturón. Me pongo de pie y separo a Christie de Elizabeth, que se retuerce encima del futón con la mente perdida, y sujeto el cinturón alrededor de la cintura de Christie y luego hago volverse a Elizabeth y hago que se ponga a cuatro patas y que Christie se la folle con el falo consolador a lo perro, mientras yo manoseo el coño de Christie, luego su clítoris, luego su ojo del culo, que está tan abierto y mojado por la saliva de Elizabeth que meto el dedo índice sin esfuerzo y su esfínter se pone tenso, se relaja y se contrae alrededor del dedo. Hago que Christie saque el consolador del coño de Elizabeth y que ésta se tumbe de espaldas mientras Christie se la folla en la posición del misionero. Elizabeth se manosea el clítoris mientras le da besos enloquecidos de lengua a Christie hasta que, involuntariamente, echa la cabeza hacia atrás, con las piernas alrededor de las caderas de Christie, que suben y bajan, con la cara tensa, la boca abierta, la pintura de labios manchada por los fluidos del coño de Christie, y grita:

–Dios Dios me corro, fóllame que me corro –pues les he dicho que me hicieran saber cuándo tenían orgasmos y hablasen de ello.

Pronto le toca el turno a Christie, y Elizabeth se sujeta rápidamente la correa del consolador y folla el coño de Christie con él mientras yo separo las nalgas de Elizabeth y le meto la lengua en el ojo del culo y ella enseguida se aparta y se pone a manoseárselo desesperada. Entonces Christie se vuelve a poner el consolador y le da por el culo a Elizabeth con él mientras Elizabeth se manosea el clítoris, empujando el culo contra el consolador, gruñendo, hasta que tiene otro orgasmo. Después de sacarle el consolador del culo, hago que Elizabeth lo chupe antes de volver a sujetarse la correa y, mientras Christie se tumba de espaldas, Elizabeth se lo mete fácilmente en el coño. Durante todo esto yo lama las tetas de Christie y le chupo con fuerza, alternativamente, los pezones, que están rojos y tiesos. Sigo manoseándolas para asegurarme de que continúan igual. Durante este tiempo, Christie sigue con unas botas negras de cuero con tacones altos de Henry Brendel, que he hecho que se ponga.

Elizabeth, desnuda, se levanta corriendo de la cama, ya manchada de sangre, y se mueve con dificultad y sus gritos tienen algo de falso. Mi orgasmo ha sido largo y su culminación ha sido intensa y tengo las rodillas temblorosas. También estoy desnudo, y le grito:

–Puta, más que puta, eres una puta asquerosa. —y como la mayor parte de la sangre le cae a los pies, resbala, consigue levantarse, y la alcanzo con el cuchillo de carnicero ya manchado de sangre que sujeto en la mano desmañadamente, dándole un tajo en el cuello desde atrás, cortando algo, varias venas. Cuando la alcanzo por segunda vez mientras ella trata de escapar, camino de la puerta, la sangre sale disparada hasta el cuarto de estar, se derrama por el apartamento, salpicando los paneles de cristal templado y roble laminado de la cocina. Trata de avanzar, pero le he cortado la yugular y suelta sangre por todas partes, cegándonos momentáneamente a ambos, mientras salto sobre ella en un intento final de terminar de una vez. Ella se vuelve a mirarme, con los rasgos de la cara retorcidos por la angustia, y le ceden las piernas cuando le alcanzo en el estómago y cae al suelo y yo me deslizo a su lado. Después de apuñalarla cinco o seis veces –la sangre sale disparada en chorros; estoy agachado junto a ella para oler su perfume –los músculos se le ponen tensos, se vuelven rígidos, y da las últimas boqueadas. Tiene la garganta llena de una sangre rojo oscuro y se agita como si estuviera atada, pero no lo está y tengo que sujetarla en el suelo. Se le llena la boca de sangre, que sale como en cascada y le baja por las mejillas, la' barbilla. Su cuerpo, agitándose espasmódicamente, parece el de un epiléptico en pleno ataque y le sujeto la cabeza, frotando mi polla, dura, llena de sangre, contra su cara, hasta que queda inmóvil.

De vuelta a mi dormitorio, Christie está tumbada en el futón, atada con unas cuerdas, con los brazos por encima de la cabeza, con páginas arrancadas del *Vanity Fair* del mes pasado en la boca. Unos cables conectados a una batería están sujetos a sus pechos y se los ponen marrones. He ido dejando caer cerillas encendidas de Le Relais encima de su tripa y Elizabeth, delirando y probablemente con una sobredosis de éxtasis, ha estado ayudándome antes de que me volviese

hacia ella y le mordiese un pezón hasta que no he podido controlarme y se lo he arrancado y me lo he tragado. Me fijo por primera vez lo menuda y delicadamente estructurada que es Christie, bueno, que era. Empiezo a apretarle los pechos con unos alicates y luego, mientras suelto una especie de siseos, ella escupe las páginas de la revista, trata de morderme la mano y me río mientras se muere; antes se pone a llorar, luego los ojos se le quedan en blanco en un estado de horrible trance.

Por la mañana, por algún motivo, las magulladas manos de Christie están hinchadas como balones de fútbol y los dedos no se distinguen del resto de la mano y el olor que procede de su cadáver quemado es muy intenso y tengo que subir las persianas, que están salpicadas de carne quemada de cuando reventaron los pechos de Christie, al electrocutarse, y luego las ventanas, para airear la habitación. Tiene los ojos muy abiertos y vidriosos y no tiene labios en la boca, que está negra, y también hay un agujero negro donde tenía la vagina (aunque no recuerdo todo lo que hice) y se le ven los pulmones por debajo de las costillas achicharradas. Lo que queda del cuerpo de Elizabeth está tendido arrugado en un rincón del cuarto de estar. Ha perdido el brazo derecho y trozos del izquierdo. Su mano izquierda, hecha papilla hasta la muñeca, cuelga de la plataforma de la cocina, en su propio charquito de sangre. Su cabeza está en la mesa de la cocina y su cara llena de sangre –a pesar de que le he sacado los ojos y le he colocado unas gafas de sol de Alain Mickli para taparle las órbitas– parece como si hiciera un gesto de desaprobación. Me canso de mirar y, aunque la noche pasada no he dormido nada y estoy completamente agotado, tengo una cita para almorzar en Odeon con Jem Davies y Alana Burton a la una. Es muy importante para mí y dudo entre cancelarla o no.

Me hace frente un maricón

Otoño: un domingo hacia las cuatro de la tarde. Estoy en Barney' s, comprando unos gemelos. He entrado en la tienda a las dos y media, después de un frío, tenso desayuno tardío con el cadáver de Christie. Me dirijo rápidamente al mostrador y le digo al vendedor:

–Necesito un látigo. De verdad.

Además de los gemelos, he comprado una maleta de avestruz con doble cremallera y guarnecida de vinilo, una antigüedad de plata, un tarro para píldoras de piel de cocodrilo y cristal, un vaso antiguo para el cepillo de dientes, un cepillo de dientes de cerda de tejón y un cepillo de uñas de fausse concha de tortuga. ¿La cena de la noche pasada? En Splash. No demasiado que recordar: un Bellini aguado, una pastosa ensalada de arugula, una camarera malhumorada. Después vi una reposición de un programa de Patty Winters que originalmente pensé que era una cinta grabada de la tortura y subsiguiente asesinato de dos fulanas la primavera pasada (el programa trataba de consejos sobre cómo su animal de compañía se puede convertir en estrella de cine). Justo en este momento estoy comprando un cinturón –no para mí–, así como tres corbatas de noventa dólares, diez pañuelos, una bata de cuatrocientos dólares y dos pijamas de Ralph Lauren, y pido que me lo envíen todo a mi apartamento, excepto los pañuelos, pues quiero que les borden mis iniciales y me los manden a P & P. Ya he montado el número en el departamento de zapatos de señora, y para mi vergüenza, me ha echado una vendedora desolada. Al principio sólo es una vaga inquietud y estoy inseguro acerca de su origen, pero luego noto, aunque no lo puedo asegurar, como si me persiguieran, como si alguien siguiera mis pasos por Barney' s.

Luis Carruthers va, supongo, de incógnito. Lleva una especie de chaqueta de esmoquin con dibujo como de jaguar, guantes de piel de ciervo, un sombrero de fieltro, gafas de aviador, y está oculto detrás de una columna, haciendo como que mira una hilera de corbatas y, sin la menor gracia, me lanza una mirada de reojo. Apoyándome, digo algo en un suspiro, supongo que pido la cuenta, y la presencia de Luis me obliga a considerar que *no* es una buena idea llevar una vida relacionada con esta ciudad, con Manhattan, con mi trabajo, y de repente imagino a Luis en una fiesta espantosa, bebiendo un agradable rasé seco, con locas reunidas en torno a un jovencito muy guapo, canciones de revistas musicales, ahora tiene ,una flor en la mano, ahora lleva una boa de plumas alrededor del cuello, ahora el pianista ataca algo de *Les Misérables,* cariño.

–¿Patrick? ¿Eres tú? –Oigo preguntar a una voz vacilante.

Como en una de las secuencias culminantes de una película de terror –un violento zoom– aparece Luis Carruthers, de repente, sin avisar, desde detrás de la columna, moviéndose furtivamente y saltando al mismo tiempo, si esto es posible. Sonrío a la vendedora, luego me alejo de él con torpeza: y me dirijo hacia donde exponen los tirantes, con necesidad urgente de un Xanax, un Valium, un Halcion, un Frozfruit, *lo que sea.*

No *puedo* mirarle, no quiero hacerlo, pero noto que se me acerca. Su voz lo confirma.

–¿Patrick...? Hola.

Cerrando los ojos, me llevo una mano a la cara y murmuro, casi para mí mismo:

–No me obligues a que te lo diga, Luis.

–¿Patrick...? –dice, fingiendo inocencia–..¿Qué quieres decir? –Una espantosa pausa, luego añade–: ¿Por qué no me miras?

–Paso de ti, Luis. –Respiro, tranquilizándome al mirar la etiqueta del precio de una chaqueta de punto Armani–. ¿No te das cuenta? Paso de ti.

–Patrick, ¿por qué no hablamos? –pregunta, casi en un gemido–. *Patrick..., mírame.*

Después de volver a respirar a fondo, admito con un suspiro: –No tenemos *nada, nada,* de qué hablar...

–No podemos seguir así –me interrumpe impaciente–; No puedo seguir así.

Refunfuño. Empiezo a alejarme de él. Me sigue, insistente. –De todos modos –dice, una vez que hemos llegado al otro extremo de la tienda, donde yo hago como que miro unas corbatas de seda, aunque todo me resulta borroso–, te alegrará saber que me trasladan a otro Estado.

Se me quita como un peso y soy capaz de preguntar, pero todavía sin mirarle:

–¿Adónde?

–A otra sucursal –dice, y su voz parece mucho más relajada, probablemente debido al hecho de que le he preguntado por su traslado–. En Arizona.

–Perfecto murmuro.

–¿No quieres saber por qué? –pregunta.

–La verdad es que no.

–Por tu culpa –dice.

–No digas eso –le suplico.

–Por tu culpa –vuelve a decir.

–Estás *enfermo* –le digo.

–Si estoy enfermo es por tu culpa –dice, como quien no quiere la cosa, mirándose las uñas–. Estoy enfermo por tu culpa y no mejoraré.

–Has sacado de quicio esa obsesión que tienes. La has sacado excesivamente de quicio –digo, y me dirijo a otro pasillo.

Pero sé que tú tienes los mismos sentimientos que yo –dice Luis, persiguiéndome–. Y sé que sólo... –Baja la voz y se encoge de hombros–. Bueno, el que te niegues a admitir... ciertos sentimientos no significa que no los tengas.

–¿Qué tratas de decir? –siseo.

–Que sé que sientes lo mismo que yo. –Se quita dramáticamente las gafas, como para demostrar algo.

–Has llegado a una... conclusión equivocada –digo, casi ahogándome–. Eres... evidentemente un degenerado.

–¿Por qué? –pregunta él–. ¿Está mal que te quiera, Patrick? –Oh..., Dios... mío.

–¿Que te *desee?* ¿Que quiera estar contigo? –pregunta–. ¿Está mal eso?

Mientras me mira, desamparado, puedo notar que está muy cerca de un hundimiento emocional. Después de que termine, si se exceptúa un prolongado silencio, no hay respuesta por mi parte. Por fin contraataco, siseando:

–¿A qué se debe esa constante incapacidad tuya para evaluar racionalmente la situación? –Hago una pausa–. *¿Eh?*

Alzo la cabeza de los jerseys, las corbatas, lo que sea, y miro fijamente a Luis. En ese instante sonríe, alegre de que reconozca su presencia, pero la sonrisa pronto desaparece y en el oscuro hueco de su mente de marica comprende algo y se echa a llorar. Cuando me dirijo tranquilamente a una columna para esconderme detrás de ella, me sigue y me agarra bruscamente del hombro, obligándome a volverme y encararle: Luis emborrona la realidad.

Al tiempo que le pido a Luis que se marche, él dice sollozando: –Por Dios, Patrick, ¿por qué no te gusto ? –y luego, para mi desgracia, se pone de rodillas a mis pies.

–Levántate –murmuro, sin moverme–. *Levántate.*

–¿Por qué no podemos estar juntos? –dice, sollozando y dando puñetazos en el suelo. .

–Porque... yo no... –paseo rápidamente la vista alrededor para asegurarme de que no hay nadie escuchando; me agarra de la rodilla, y yo le aparto la mano– no te encuentro... atractivo sexualmente –susurro, y le miro–. La verdades que no puedo creer que haya dicho eso –murmuro para mí mismo, sin dirigirme a nadie, y luego niego con la cabeza, tratando de despejármela, pues las cosas están alcanzando tal grado de confusión que me siento incapaz de soportarla. Le digo a Luis–: Déjame en paz, por favor. –y empiezo a alejarme.

Incapaz de aceptar lo que le pido, Luis se agarra a la parte interior de mi trinchera Armani y, todavía de rodillas en el suelo, grita:

–Por favor, Patrick, *por favor,* no me dejes.

–Óyeme –le digo, intentando hacer que se levante del suelo.

Pero esto hace que él suelte un grito falso, que se convierte en un gemido que aumenta y alcanza un crescendo que atrae la atención de un guardia de seguridad de Barney's que está junto a la puerta principal y que empieza a acercársenos.

–Mira lo que has hecho –le susurro, desesperado–. Levántate. *Levántate.*

–¿Va todo bien? –El guardia de seguridad, un negro corpulento, nos mira desde su altura.

–Sí, gracias –digo, mirando fijamente a Luis–. Todo va *bien.* –No–o–o–o –gime Luis, sacudido por los sollozos.

–Sí –repito, mirando al guardia.

–¿Está seguro? –pregunta éste.

Sonriendo profesionalmente, le digo:

–Por favor, dénos unos minutos. Necesitamos hablar en privado. –Me vuelvo hacia Luis–. Y ahora vámonos, Luis. Levántate. Estás babeando. –Vuelvo a mirar al guardia de seguridad y digo, alzando la mano, mientras asiento–: Sólo un minuto, por favor.

El guardia de seguridad asiente inseguro con la cabeza y vuelve, dubitativo, hacia su puesto.

Agarro a Luis, que sigue arrodillado, por sus temblorosos hombros y le digo tranquilamente, en voz bastante baja, pero lo más amenazadora posible, como si le hablase a un niño al que vaya castigar:

–Escúchame, Luis. Si no dejas de llorar, jodido y patético *maricón,* vaya rebanarte el pescuezo. ¿Me oyes? –y le doy un par de bofetadas sin demasiada fuerza en la cara.

–Oh, sí, mátame –gime él, canelos ojos cerrados, moviendo la cabeza a los lados, refugiándose en la incoherencia; luego lloriquea–: Si no te puedo tener, prefiero moriré. Quiero *morir.*

Mi cordura está en peligro de desaparecer, justo aquí, en Barney's, y agarro a Luis por el cuello de su esmoquin, que casi se desgarra a mis pies, y acercando su cara a la mía, susurro, casi para mi mismo:

–Escúchame bien, Luis. ¿Me oyes? Normalmente no aviso a la gente, Luis. Así que da las gracias de que te avise.

Su racionalidad se ha ido al carajo, hace ruidos guturales, hunde la cabeza, avergonzado, y responde algo que resulta difícilmente audible. Le cojo por el pelo –lo tiene pegajoso de espuma; reconozco el olor de Cactus, una nueva marca– y moviéndole con violencia la cabeza, le gruña:

–Escúchame, *¿quieres morir?* Pues yo te mataré, Luis. Ya lo he hecho antes y te *destriparé,* te abriré el jodido estómago y te ataré los intestinos alrededor de tu jodido cuello de maricón hasta que te *asfixies.*

No me escucha. Sigo doblado por la cintura. Le miro incrédulo. –Por favor, Patrick, por favor. Escúchame, ya lo tengo todo planeado. Si yo dejo P & **P,** tú también lo puedes dejar y..., y... encontraríamos otro empleo en Arizona, y luego...

–Cállate, Luis. –Le meneo violentamente–. Por Dios, cállate. Me estiro rápidamente, echándome el pelo hacia atrás, y cuando creo que su arrebato se ha calmado y me siento capaz de alejarme, Luis me agarra por la pantorrilla derecha y trata de sujetarme mientras me marcho de Barney' s, por lo que termino arrastrándole como unos dos metros antes de darle una patada en la cara, mientras sonrío impotente a una pareja que mira desde cerca del departamento de calcetines. Luis alza la vista hacia mí, implorando, con el comienzo de una gran hinchazón formándosele en la mejilla izquierda. La pareja se aleja.

–*Te quiero* –se queja lamentablemente–. Te quiero.

–Estoy *convencido* de ello, Luis –le grito–. Me has *convencido.* Y ahora levántate.

Por suerte, un vendedor, alarmado por la escena que ha montado Luis, interviene y le ayuda a levantarse.

Unos pocos minutos más tarde, después de que se haya tranquilizado lo suficiente, los dos estamos de pie junto a la entrada principal de Barney's. Luis tiene un pañuelo en una mano, los ojos cerrados con fuerza, y se le forma lentamente un cardenal, hinchándosele debajo del ojo izquierdo. Parece calmado.

–Ya sabes, tienes que mantener el tipo, de verdad –le digo. Angustiado, él mira más allá de las puertas giratorias la cálida lluvia que cae y luego, con un suspiro triste, se vuelve hacia mí. Yo estoy mirando las hileras, las hileras interminables de corbatas; luego al techo.

Asesinato de un niño en el zoológico

Pasa un rosario de días. De noche duermo a intervalos de veinte minutos. Me siento sin objetivo, las cosas parecen empañadas, mis impulsos homicidas afloran, desaparecen, afloran, vuelven a desaparecer, apenas quedan dormidos durante un tranquilo almuerzo en Alex Goes to Camp, donde tomo la ensalada de cordero frío con langosta y judías blancas con lima y vinagre de foie graso Llevo unos pantalones vaqueros descoloridos, una chaqueta Armani y una camiseta blanca de ciento cincuenta dólares de Comme des Gar ons. Hago una llamada telefónica para oír los mensajes que tengo. Devuelvo unas cintas. Me detengo en un cajero automático. La noche pasada, Jeanette me preguntó:

–Patrick, ¿por qué llevas hojas de afeitar en la cartera?

El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre un chico que se enamoraba de una caja de jabón.

Incapaz de mantener un personaje público verosímil, me encuentro vagando por el zoológico de Central Park, inquieto. Hay traficantes de drogas junto a las entradas y el olor a mierda de caballo de los carruajes que pasan se desliza por ellas dentro del zoológico, y las puntas de los rascacielos, edificios de apartamentos de la Quinta Avenida, el Trump Plaza, el edificio AT&T, rodean al parque que rodea al zoológico e incrementan su falta de naturalidad. Un mozo negro que pasa la fregona por el suelo del servicio de caballeros me pide que tire de la cadena después de usar el retrete.

–Tira tú, negro asqueroso –le digo, y cuando hace ademán de echarse sobre mí, el brillo de la hoja de una navaja le hace retroceder.

Todas las ventanillas de información parecen cerradas. Un ciego mastica una galleta. Dos borrachos, maricones, se consuelan uno al otro en un banco. Cerca una madre da el pecho a un bebé, lo que despierta algo espantoso en mi interior.

El zoológico parece vacío, desprovisto de vida. Los osos polares parecen sucios y drogados. Un cocodrilo flota lentamente en un aceitoso estanque artificial. Los frailecillos miran tristemente desde su jaula de cristal. Los tucanes tienen picos afilados como cuchillos. Las focas se tiran estúpidamente desde unas rocas a una agua revuelta y negra, gritando estúpidamente. Los encargados del zoológico les dan de comer pescados muertos. Una multitud se agolpa alrededor del estanque, por lo general adultos, unos cuantos acompañados de niños. En el estanque de las focas una placa advierte: LAS MONEDAS PUEDEN MATARLAS. SI LAS TRAGAN, LAS MONEDAS PUEDEN IR AL ESTÓMAGO DE LOS ANIMALES Y PROVOCAR ÚLCERAS, INFECCIONES Y LA MUERTE. NO LANCEN MONEDAS AL ESTANQUE. ¿Qué podía hacer yo? Lanzo un puñado de monedas al depósito cuando no mira ninguno de los encargados del zoológico. Y no es que odie a las focas, lo que me molesta es que la gente se divierta con ellas. La lechuza blanca tiene unos ojos idénticos a los míos, especialmente cuando los pone en blanco. Y mientras me quedo allí, mirándola fijamente, después de quitarme las gafas, pasa algo inexpresable entre yo y el ave, hay una especie de extraña tensión, una rara presión, que alimenta lo que sigue, lo que empieza, sucede, termina, con muchísima rapidez.

En la oscuridad del hábitat de los pingüinos –el borde del banco de hielo, es como lo llaman pretenciosamente en el zoológico hace fresco, en agudo contraste con la humedad de fuera. Los pingüinos del estanque se deslizan perezosamente por debajo del agua más allá de las paredes de cristal donde se agolpan los espectadores para mirar. Los pingüinos de las rocas, que no nadan, parecen aturdidos, tensos, cansados y aburridos; la mayoría bostezan y, a veces, se estiran. Por el sistema de sonido se oyen ruidos falsos de pingüinos, probablemente casetes, y alguien ha subido el volumen porque la sala está abarrotada. Los pingüinos son listos, supongo. Localizo a uno que se parece a Craig McDermott.

Un niño, de escasamente cinco años, termina de comerse una barrita de caramelo. Su madre le dice que tire el envoltorio y luego sigue hablando con otra mujer, que está con un niño de más o menos la misma edad; los tres mirando fijamente la oscuridad azulada del hábitat de los pingüinos. El primer niño se dirige a la papelera, ya estoy agazapado. Se pone de puntillas, tirando cuidadosamente el envoltorio dentro de la papelera. Susurro algo. El niño me ve y se queda allí, separado de la multitud, ligeramente asustado pero también fascinado, en silencio. Yo le devuelvo la mirada.

–¿Te apetece una... galleta? –pregunto, buscando con la mano en el bolsillo.

Asiente con su cabecita, la sube, luego la baja, lentamente, pero antes de que pueda responder, mi súbita falta de cuidado me convierte en una imponente oleada de furia y me saco el cuchillo del bolsillo y le doy rápidamente un tajo en el cuello.

Perplejo, retrocede contra la papelera, gorjeando como un niño mucho más pequeño, incapaz de gritar o llorar debido a la sangre que empieza a salir disparada de la herida de su garganta. Aunque me gustaría ver morir al niño, le empujo detrás de la papelera, luego me mezclo con el resto de la multitud y toco el hombro de una niña muy guapa y, sonriendo, señalo a un pingüino que se prepara para zambullirse. Detrás de mí, si alguien mirara con atención, vería los pies del niño pataleando detrás de la papelera. No pierdo de vista a la madre del niño, que al cabo de un rato nota la ausencia de su hijo y se pone a recorrer la multitud con la mirada. Vuelvo a tocar el hombro de la niña y ésta me sonríe y se encoge de hombros pidiendo disculpas, pero no logro imaginar por qué.

Cuando por fin la madre lo distingue, no grita porque sólo puede verle los pies y supone que está jugando a esconderse de ella. Al principio parece aliviada por haberle localizado y, avanzando hacia la papelera, dice con voz infantil:

–¿Estás jugando al escondite, cariño?

Pero desde donde estoy yo, detrás de la niña, que ya me he dado cuenta de que es extranjera, una turista, puedo ver el momento exacto en que la expresión de la cara de la madre se hace de miedo y colgándose el bolso del hombro, aparta la papelera y descubre un rostro completamente cubierto de sangre roja y al niño que tiene problemas para pestañear debido a ella y se agarra la garganta y ya patalea débilmente. La madre emite un sonido que no puedo describir, algo muy agudo que se convierte en un alarido.

Después de que la mujer caiga al suelo al lado del cuerpo, unas cuantas personas se dan la vuelta y yo me encuentro gritando, con una voz cargada de emoción.

–Soy médico, échense atrás, soy médico. –y me arrodillo al lado de la madre antes de que una multitud de curiosos se agolpe a nuestro alrededor y tienda sus manos hacia el niño, que ahora está de espaldas tratando inútilmente de respirar, mientras la sangre no deja de manar de su cuello, pero en arcos cada vez más mortecinos, y se derrama sobre su polo, que está empapado de ella. Y tengo la vaga conciencia durante los minutos de que sujeto la cabeza del niño, con respeto, con cuidado para no mancharme de sangre, de que si alguien llamara por teléfono o si hubiera a mano un médico de verdad, habría bastantes oportunidades de que el niño pudiera salvarse. Pero no pasa nada. En lugar de eso, le sujeto la cabeza, con la mente en blanco, mientras la madre –feúcha, con aspecto de judía, un poco gorda, que lastimosamente trata de parecer elegante con unos pantalones vaqueros de

diseño y un antiestético jersey de lana negra con dibujos de hojas– grita *haga algo, haga algo, haga algo,* mientras los dos ignoramos el caos, y la gente que se pone a chillar a nuestro alrededor, concentrándose únicamente en el niño moribundo.

Aunque al principio estoy satisfecho de mi acción, de repente me domina una triste desesperación por lo inútil, lo extraordinariamente fácil que es quitarle la vida a un niño. Esta cosa que tengo delante, pequeña y retorcida y ensangrentada, no tiene historia, carece de pasado que merezca la pena, por lo que no se pierde nada con su desaparición. Es muchísimo peor (y más placentero) quitarle la vida a alguien que haya llegado a la flor de la vida, que esté al comienzo de una larga historia, con un marido o una mujer, amigos, una carrera, cuya muerte trastorne a muchas más personas que la de este niño, incluso pueda destrozar más vidas que las que destrozará la insignificante muerte de este niño. Me domina automáticamente un deseo casi invencible de acuchillar también a la madre del niño, que está histérica, pero lo único que puedo hacer es abofetearla con fuerza y gritarle que se calme. Algo que no provoca miradas de desaprobación. Soy vagamente consciente de que entra luz en la sala, de que en algún sitio abren una puerta, de la presencia de los empleados del zoológico y de un guardia de seguridad, de que alguien –¿uno de los turistas?– está sacando fotos con flash y de que los pingüinos están muy asustados en el estanque que tenemos detrás y se estrellan contra el cristal dominados por el pánico. Un policía me aparta, aunque le digo que soy médico. Alguien, arrastra al niño fuera, le deja en el suelo y le quita el polo. El niño da las últimas boqueadas, muere. Tienen que sujetar a la madre.

Me siento vacío, casi no me entero de dónde estoy, y ni siquiera la llegada de la policía parece motivo suficiente para que me vaya, y me quedo entre la multitud de fuera del hábitat de los pingüinos; con docenas de otras personas. Me lleva mucho tiempo decidir alejarme pero, al fin, me encuentro bajando por la Quinta Avenida, sorprendido de la poca sangre queme ha salpicado la chaqueta, y me detengo en una librería y compro un libro, y luego en el Dove Bar, una chocolatería de la esquina con la calle Cincuenta y seis, donde compro una chocolatina –rellena de coco– e imagino un agujero que se hace más y más ancho en el Sol, y por alguna razón esto suprime la tensión que he empezado a sentir cuando me he fijado por primera vez en los ojos del búho blanco y luego ha arreciado después de que al niño lo arrastraran fuera del hábitat de los pingüinos y me he alejado, con las manos empapadas en sangre, sin que me atraparan.

Chicas

Mis apariciones por la oficina durante el último mes o así han sido esporádicas hasta decir que, bueno, basta. Parecía que lo único que quería hacer era ejercicio, levantar pesas, y reservar mesa en restaurantes nuevos en los que ya había estado, y luego canceladas. Mi apartamento apesta a fruta podrida, aunque de hecho el olor lo origina lo que saqué de la cabeza de Christie y metí en un cuenco de cristal Marco que está en una repisa cerca de la entrada. La propia cabeza está cubierta de restos de cerebro, vacía y sin ojos en la esquina del cuarto de estar, debajo del piano, y pienso usada como linterna, en lugar de una calabaza, en Halloween. Por culpa de la peste decido utilizar el apartamento de Paul Owen para una cita que tengo preparada para esta noche. He examinado cuidadosamente las dependencias buscando aparatos de vigilancia; decepcionantemente no había ninguno. Una persona con la que hablo por medio de mi abogado me dice que Donald Kimball, el investigador privado, ha oído que Owen *está* realmente en Londres y que le han visto un par de veces en el vestíbulo del Claridge's, una vez en un sastre de Savile Row y otra en un nuevo

restaurante a la última de Chelsea. Kimball voló allí hace un par de días, lo que significa que ya no hay nadie que pueda vigilar el apartamento, y las llaves que le quité a Owen todavía funcionan, de modo que puedo llevar las herramientas (una taladradora eléctrica, una botella de ácido, la clavadora automática, cuchillos, un encendedor Bic) allí después del almuerzo. Contrato a dos señoritas de compañía de un reputado aunque algo sórdido establecimiento que nunca había utilizado hasta ahora y pago con la tarjeta American Express Oro de Owen que, como todo el mundo cree que se encuentra en Londres, supongo que nadie busca. El programa de Patty Winters de hoy era –irónicamente, creo– sobre los consejos de belleza de Lady Di.

Doce de la noche. La conversación que mantengo con las dos chicas –ambas muy jóvenes, rubias, de cuerpo increíble, con grandes tetas– es breve, pues tengo dificultad para refrenar mi desordenado yo.

–Vive usted en un palacio, señor –dice una de las chicas, Torri, con voz de niña pequeña, impresionada por el aspecto ridículo de la casa de Owen–. Es un auténtico palacio.

Fastidiado, la fulmino con la mirada.

–No es *tan* bonita.

Mientras preparo unas copas en el bien provisto mueble bar de Owen, les menciono que trabajo en Wall Street, en Pierce & Pierce. Ninguna parece especialmente interesada. De nuevo me encuentro oyendo una voz –una de las suyas– que pregunta si es una zapatería. Tiffany hojea un ejemplar de GQ de hace tres meses sentada en el sofá de cuero negro situado debajo del revestimiento de faux cuero de vaca, y parece confusa, como si no entendiera algo. Yo pienso: «Reza, puta; reza», y luego tengo que admitir que es excitante tener a estas chicas dispuestas a rebajarse delante de mí por el cambio que me queda en el bolsillo. También menciono, después de servirles otra copa, que fui a Harvard, y luego pregunto, después de una pausa:

–¿Habéis oído hablar de ese sitio?

Me sorprende cuando Torri responde:

–Tuve relaciones comerciales con una persona que dijo que había ido allí. –Se encoge de hombros con expresión estúpida.

–¿Un cliente? –pregunto, interesado.

–Bueno –empieza ella, con nerviosismo–. Digamos que tuve relaciones comerciales con él.

–¿Era un chulo? –pregunto..., entonces empieza la parte rara.

–Bueno –vuelve a titubear, antes de seguir con–: digamos que tuve relaciones comerciales con él. –Da un sorbo a su copa–. *Dijo* que fue a Harvard pero... no le creí. –Mira a Tiffany, luego vuelve a mirarme a mí. Nuestro mutuo silencio la anima a seguir hablando y continúa, vacilante–: Tenía, bueno, un mono. Y yo tenía que cuidar de ese mono en... su apartamento. –Se interrumpe, comienza, continúa con una voz monótona y ocasionalmente se atraganta–: Me pasaba el día entero viendo la tele, porque no tenía otra cosa que hacer mientras el tipo estaba fuera... y mientras trataba de mantener al mono vigilado. Pero a ese mono... le pasaba algo raro. –Se interrumpe, y respira profundamente–. El mono sólo quería ver... –Vuelve a interrumpirse, abarca la habitación con la mirada, mientras una expresión curiosa le cruza la cara como si no estuviera segura de que debiera contamos esta historia; de que nosotros, yo y la otra puta, debiéramos participar de esta información. Y me preparo para oír algo terrible, una revelación espantosa–. Sólo quería ve...–Suspira, luego admite rápidamente.

El programa de Oprah Winfrey, y nada más. El tipo tenía cintas y cintas grabadas y se las ponía al mono –ahora me mira, implorante, como si hubiera perdido la cabeza, justo en este momento, en el apartamento de Paul Owen, y quisiera que yo, ¿qué?, ¿lo verificara?– sin los anuncios. Una vez traté de... cambiar de canal, quitar una de las cintas..., porque quería ver un serial o algo así..., pero... –termina su copa y, evidentemente inquieta por esta historia, continúa valientemente–: El mono se

puso a chillar y sólo conseguí que se callara cuando puse una cinta de Oprah. –Traga, se aclara la voz, parece que va a llorar, pero no llora–. Y, ¿sabe?, si intentabas cambiar de canal, el maldito mono trataba de arañarte –concluye amargamente, temblando, tratando inútilmente de calentarse.

Silencio. Un silencio ártico, glacial, absoluto. La luz del apartamento es fría y eléctrica. Allí de pie, miro a Torri, luego a la otra chica, Tiffany, que parece mareada.

Por fin digo algo, tropezando con mis propias palabras: –No me importa... si has llevado una... vida decente... o no.

Empieza la actividad sexual, un montaje de porno duro. Después de afeitarle el coño a Torri, hago que se tumbe en el futón de Paul y que se abra de piernas mientras le meto el dedo y me lo chupo, y de vez en cuando le lamo el ojo del culo. Luego Tiffany me chupa la polla –tiene la lengua caliente y mojada y no deja de darle golpecitos al glande, poniéndome nervioso–, mientras la llamo puta asquerosa, mamona. Mientras me follo a una con condón y la otra me chupa los huevos, dándoles lengüetazos, miro la serigrafía de Angelis que cuelga encima de la cama y pienso en charcos, en chorros de sangre. En ocasiones la habitación está en silencio absoluto si se exceptúan los sonidos como de chapoteos que hace mi polla al entrar y salir de las vaginas de las chicas. Tiffany y yo comemos por turnos el coño afeitado y el ojo del culo de Torri. Se corren las dos, gritando simultáneamente, haciendo el sesenta y nueve. Una vez que tienen los coño s lo suficientemente lubrificados, saco un consolador y dejo que jugueteen con él. Torri se abre mucho de piernas y se manosea el clítoris, mientras Tiffany se la folla con el enorme y aceitoso consolador, y Torri la anima a que la folle con más fuerza, hasta que, por fin, jadeando, se corre.

De nuevo hago que se lo coman una a la otra, pero empiezo a dejar de estar excitado –lo único en que puedo pensar es en sangre y en el aspecto que tendrá su sangre–, y aunque Torri sabe hacerlo, sabe cómo comer coños, eso no me tranquiliza y la aparto del coño de Tiffany y me pongo a lamerle y mordisquearle el coño rosa, blando y húmedo mientras Torri se abre de piernas y se sienta con el culo encima de la cara de Tiffany mientras se manosea el clítoris. Tiffany le come el coño, mojado y brillante, con ganas, y Torri estira la mano y agarra las tetas grandes y firmes de Tiffariy. Yo muerdo con fuerza el coño de Tiffany, y ésta se pone tensa.

–Relájate –le digo, para tranquilizarla, y ella empieza a quejarse, tratando de apartarse, y por fin suelta un alarido cuando le desgarro la carne con los dientes. Torri cree que Tiffany se está corriendo y empuja su propio coño con más fuerza contra la boca de Tiffany, soltando gritos casi igual de fuertes, pero cuando miro a Torri, con la cara cubierta de sangre, y carne y pelo púbico colgándome de la boca, mientras la sangre sale a borbotones del desgarrado coño de Tiffany, empapando el edredón, noto que le domina el terror. Uso un pulverizador de auto defensa para cegadas momentáneamente y luego las dejo inconscientes con la culata de la clavadora automática.

Torri recupera la conciencia y se encuentra atada, encogida, en uno de los lados de la cama, de espaldas, con la cara cubierta de sangre porque le he arrancado los labios con unas tenazas. Tiffany está atada con seis pares de tirantes de Paul al otro lado, totalmente inmovilizada ante lo monstruoso de la realidad. Quiero que vea lo que le voy a hacer a Torri, y está colocada de tal modo que es inevitable que lo vea. Como de costumbre, en un intento de entender a estas chicas, filmo su muerte. Con Torri y Tiffany utilizo una cámara Millox LX ultra –miniatura que usa película de 9,5 milímetros, tiene un objetivo de 15 milímetros f/3,5, fotómetro y filtro de densidad neutral incorporados, y está montada sobre un trípode. He puesto un CD de los Traveling Wilburys en un lector de compactos portátil que cuelgo de la cabecera de la cama para apagar los gritos.

Empiezo a desollar a Torri poco a poco, haciendo incisiones con un cuchillo para carne y desgarrándole trocitos de carne de las piernas y el estómago, mientras ella grita inútilmente, suplicando clemencia con una voz aguda, y espero que se dé cuenta de que su tormento será relativamente suave comparado con lo que pienso hacerle a la otra. Sigo rociándole la cara a Torri con pulverizador de autodefensa y luego trato de cortarle los dedos con unas tijeras de uñas y por fin le echo ácido en la tripa y los genitales, pero nada de esto parece que vaya a matarla, de modo

que recurro a degollarla y por fin la hoja del cuchillo le corta lo que quedaba de cuello, topando con el hueso, y me interrumpo. Mientras Tiffany mira, finalmente le sierro la cabeza por completo, y levantándola corno un trofeo, cojo mi polla púrpura por la erección y bajo la cabeza de Torri a mi regazo y se la meto en su ensangrentada boca y me pongo a follármela, hasta que me corro dentro de ella. Después estoy tan empalmado que casi ni puedo moverme por la ensangrentada habitación con la cabeza, que noto caliente y sin peso, en la polla. Esto me divierte durante un rato, pero necesito un descanso, de modo que me quito la cabeza, metiéndola en el armario de roble y teca de Paul, y luego me siento en una silla, desnudo, cubierto de sangre y miro la película del canal por cable en el televisor de Owen, mientras bebo una Corona, quejándome en voz alta, al tiempo que me pregunto por qué Owen no está abonado al canal codificado de películas.

Más tarde –ahora– le estoy diciendo a Tiffany:

–Te dejaré marchar... –y le acaricio suavemente la cara, que está resbaladiza, debido a las lágrimas y al pulverizador y me re concome que durante un momento crea que tiene esperanzas antes de que vea la cerilla encendida que tengo en una mano y que he arrancado de un sobre que cogí en la barra de Palio's donde estuve tomando unas copas con Robert Farrell y Robert Prechter el viernes pasado, y la bajo hacia sus ojos, que ella cierra instintivamente, quemándole las pestañas y las cejas, luego utilizo un encendedor Bic y le sujeto los párpados con los dedos, asegurándome de que los tiene abiertos, quemándome el pulgar y el meñique en el proceso, hasta que le estallan los globos oculares. Mientras todavía está consciente me echo encima de ella y, separándole las nalgas, le clavo un consolador que he atado a un palo, en el recto, utilizando la clavadora automática. Luego, volviendo a darle la vuelta, mientras el cuerpo le tiembla de miedo, le corto toda la carne de alrededor de la boca y, utilizando la taladradora eléctrica con una broca desmontable enorme, le hago más grande ese agujero mientras ella tiembla, protestando, y una vez que quedo satisfecho con el agujero que he hecho –su boca está lo más abierta posible; es un túnel rojizo oscuro con una lengua retorcida y dientes arrancados– fuerzo la mano dentro, hundiéndosela en el fondo de la garganta, hasta la muñeca –durante todo esto mueve incontrolablemente la cabeza, pero no puede morder porque la taladrad ora eléctrica le ha arrancado los dientes de las encías–, y agarro las venas que tiene allí y se las suelto con los dedos y cuando consigo arrancárselas bien, tiro con fuerza por la boca abierta, hasta que el cuello se hunde, desaparece, la piel se tensa y se rompe aunque sale poca sangre. La mayor parte de las entrañas, incluida la yugular, le cuelgan de la boca, y todo el cuerpo se le agita, como una cucaracha patas arriba, temblando espasmódicamente, mientras sus ojos deshechos le cuelgan por la cara mezclándosele con las lágrimas y el líquido del pulverizador, y luego, rápidamente, sin querer perder tiempo, apago las luces y en la oscuridad, antes de que muera, le desgarro el estómago con las manos. No puedo decir lo que estoy haciendo con ellas, pero hacen ruidos como de chapoteo y las tengo calientes y cubiertas de algo.

Repercusiones. Nada de miedo, ninguna confusión. No me puedo quedar pues hoy tengo cosas que hacer: devolver cintas de vídeo, hacer ejercicio en el gimnasio, ir a un nuevo musical inglés de Broadway al que prometí llevar a Jeanette, reservar mesa para cenar en algún sitio. Lo que queda de los dos cuerpos ya tiene el *rigor mortis.* Parte del cuerpo de Tiffany –creo que es el suyo, porque me ha costado mucho separar uno del otro– se ha hundido y le asoman las costillas, la mayor parte de las cuales están partidas por la mitad y le aprietan los dos pechos. He clavado una cabeza a la pared, los dedos están dispersos por el suelo o dispuestos en una especie de círculo alrededor del lector de discos compactos. Uno de los cuerpos, el que está en el suelo, se ha cagado y parece lleno de marcas de dientes por donde lo he mordido salvajemente. Con la sangre del estómago de uno de los cuerpos que tengo en la mano, escribo, con chorreantes letras rojas encima del revestimiento de faux piel de vaca del cuarto de estar, las palabras «HE VUELTO» y debajo hago un espantoso dibujo que parece algo así

Una rata

Lo siguiente me lo mandaron mediados de octubre.

Un receptor de audio, el Pioneer VSX –9300S, que incluye un procesador integrado Dolby Prologic Sorround Sound con delay digital, además de mando a distancia infrarrojo que controla hasta 154 funciones programadas y genera 125 vatios de potencia en el altavoz delantero, aparte de 30 vatios en el de atrás.

Una pletina analógica Akai, la GX–950B, que viene con un polarizador de voltaje manual completo, controles de nivel de grabación Dolby, un generador de tono incorporado y un sistema de edición de parada y borrado que permite señalar el comienzo y el final de determinado pasaje musical, que luego puede ser borrado con sólo pulsar un botón. Sus tres cabezas incluyen una unidad que reduce las interferencias al mínimo y un reductor de ruidos reforzado con un Dolby HX – Pro, mientras los controles de su panel frontal se activan con un mando a distancia inalámbrico.

Un multilector de discos compactos Sony, el MDP–700, que sirve tanto para audios como para vídeos –desde singles audio digitales de tres pulgadas hasta discos de vídeo de doce pulgadas–. Contiene un sistema láser visual/audio que fija la imagen, la frena o acelera, con un sistema de motor dual que contribuye a asegurar la regularidad de la rotación del disco mientras el sistema de protección contribuye a evitar que los discos se deformen. Un sistema musical sensor automático que permite elegir hasta noventa y nueve cortes, mientras un buscador automático permite localizar hasta setenta y nueve segmentos de un vídeo–disco. Incluye un mando de control remoto de diez teclas (para la búsqueda de imagen a imagen) y memoria de desconexión. También cuenta con dos juegos de tornas A –V para conexiones de primera calidad.

Un vídeo de alta definición, el DX–5000 de NEC, que combina efectos especiales digitales con una alta fidelidad excelente, y lleva conectada una unidad de cuatro cabezas VHS–HQ, que viene equipada con un programador de veinticuatro horas para ocho acontecimientos, descodificador MTS y posibilidad de conexión de 140 canales por cable. Una mejora añadida: un mando a distancia unificado que me permite saltarme los anuncios de televisión.

Incluido en la cámara Sony CCD– V200 de 8 milímetros, hay un wipe de siete colores, un generador de caracteres, un mando de montaje que también es capaz de grabar automáticamente, lo que me permite, digamos, grabar la descomposición de un cadáver a intervalos de quince segundos o grabar a un perro cuando agoniza, envenenado. El audio tiene integrada una grabadora estéreo en playback, mientras los objetivos del zoom registran hasta un mínimo de cuatro lux de iluminación y en seis velocidades variables.

Un nuevo monitor de televisión con pantalla de veintisiete pulgadas, el CX–2788 de Toshiba, tiene incorporado un descodificador MTS,. un filtro CCD, canales programables, conexión para un súper– VHS, siete vatios de potencia por canal, con uno adicional de diez vatios destinado a activar los registros de extra baja frecuencia, y un sistema sonoro Carver Sonic Holographing que produce un efecto estéreo especial en 3–D.

Un giradiscos LD–ST de Pioneer con mando a distancia y el lector multidisco Sony MDP–700 con efectos digitales y programador a distancia universal (uno para el dormitorio, otro para el cuarto de estar), que sirve para todos los tipos de tamaño y formato s de discos de audio y vídeo –discos láser de ocho y doce pulgadas, CD vídeodiscos de cinco y tres pulgadas– con dos entradas autoalimentables. El LD– W1 Pioneer contiene dos discos y lee las dos caras secuencialmente con sólo una interrupción de pocos segundos durante el cambio, de modo que no hay que cambiar ni darles la vuelta a los discos. También tiene sonido digital, mando a distancia y memoria

programable. El CDV –1600 lector multidisco de Yamaha sirve para todos los formatos de discos y tiene una memoria de acceso para quince selecciones y mando a distancia.

También me mandan un par de amplificadores Thershold monobloque que cuestan cerca de 15.000 dólares. Y para el dormitorio, una estantería de roble decolorado para poner los nuevos televisores que llegarán el lunes. Un sofá tapizado de algodón hecho a medida con estructura de bronce italiana del siglo XVIII y bustos de mármol sobre pedestales contemporáneos– de madera pintada llegarán el martes. Una nueva cabecera de cama (algodón blanco montado en una estructura de cobre beige) también llegará el martes. Una nueva litografía de Frank Stella para el cuarto de baño llegará el miércoles, junto con un nuevo sillón de brazos de ante negro Superdeluxe. El Onica, que vendo, está siendo remplazado por uno nuevo: un gran retrato dé un ecualizador gráfico hecho con cromo y colores pastel.

Estoy hablando del HDTV, que todavía no se puede conseguir, con los tipos de la Park Avenue Sound Shop que me traen estas cosas, cuando suena uno de los nuevos teléfonos inalámbricos negros AT&T. Les doy una propina, luego respondo a la llamada. Mi abogado, Ronald, está al otro lado de la línea. Le escucho, asintiendo, señalando a los que han traído los aparatos la puerta del apartamento. Luego digo:

–La cuenta es de trescientos dólares, Ronald. Y sólo tornamos café. –Una larga pausa, durante la que oigo unos extraños ruidos, corno chapoteos, procedentes del cuarto de baño. Dirigiéndome cautelosamente hacia éste, con el teléfono inalámbrico en la mano, le digo a Ronald–: Sí, claro... Espera... Pero es que... Pero si sólo tomamos café exprés. –Luego miro dentro del cuarto de baño.

Subida al asiento del retrete hay una gran rata mojada que ha salido –supongo– del desagüe. Está en el borde de la taza del retrete, sacudiéndose el agua, antes de saltar, indecisa, al suelo. Es un animal muy grande y se mueve, inquieto, por las losas, saliendo del cuarto de baño por la otra puerta y entrando en la cocina, adonde la sigo en dirección a los restos de la bolsa de pizza de Le Madri que por alguna razón están en el suelo encima del *New York Times* de ayer junto al cubo de basura de Zona, y la rata, atraída por el olor, agarra la bolsa con la boca y mueve la cabeza furiosamente, como haría un perro, tratando de alcanzar la pizza de puerros, queso de oveja y trufa, mientras lanza chillidos de hambre. Yo he tomado Halcion, de modo que la rata no me molesta tanto como, supongo, debería molestarme.

Para atrapar a la rata compro una ratonera extra–grande en una ferretería de Amsterdam. También decido pasar la noche en la *suite* de mi familia del Carlyle. El único queso que me queda en el apartamento es una porción de brie en la nevera, y antes de irme coloco todo el trozo –es una rata grande de verdad– junto a tomate secado al sol y brotes de eneldo, en la ratonera, que a continuación monto. Pero cuando vuelvo a la mañana siguiente, debido al tamaño de la rata, la ratonera no la ha matado. La rata está allí, atrapada, chillando, agitando el rabo, que es de un horrible y translúcido color rosa aceitoso, tan largo como un lápiz y dos veces más grueso, y hace un ruido como de latigazo cada vez que lo golpea contra el borde de roble. Utilizando un recogedor –que me lleva casi una jodida *hora* encontrar– acorralo a la rata herida en cuanto consigue librarse de la ratonera y levanto el recogedor, sumiéndola en el pánico, lo que hace que chille todavía más alto, amenazándome, enseñando sus afilados y amarillos dientes de rata, y la dejo caer en una sombrerera Bergdorf Goodman. Pero entonces la rata se escapa y tengo que mantenerla en el fregadero, con una tabla con libros de cocina encima, tapándola, e incluso casi se escapa, mientras me quedo en la cocina pensando en modos de torturar a las chicas con este animal (no es sorprendente que se me ocurran muchísimos) y hago una lista que incluye, sin relación con la rata, sajarles los dos pechos y dejárselos planos, al tiempo que les ato alambre de espino alrededor de la cabeza.

Otra noche

McDermott y yo habíamos quedado para cenar esta noche en 1500 y me llama hacia las seis y media, cuarenta minutos antes de la hora para la que teníamos mesa reservada (no había podido conseguimos mesa para ninguna otra hora, excepto para las seis y diez o las nueve, que es cuando cierra el restaurante..., es de cocina californiana y las horas para las que reservan mesas son una manía que han traído de ese Estado), y aunque estoy limpiándome los dientes con hilo dental, todos mis teléfonos inalámbricos se encuentran *junio* al lavabo del cuarto de baño y descuelgo el correcto al segundo timbrazo. Llevo puestos unos pantalones negros Armani, una camisa blanca Armani, "una corbata Armani roja y negra. McDermott me dice que Hamlin quiere venir con nosotros. Tengo hambre. Hay una pausa.

–¿Y entonces? –pregunto, ajustándome la corbata–. Muy bien.

–¿Y entonces? –dice, suspirando, McDermott–. Pues que Hamlin no quiere ir al 1500.

–¿Por qué no? –Cierro el grifo del lavabo.

–Estuvo *allí* ayer por la noche.

–Entonces..., ¿qué tratas de decirme, McDermott?

–Que tendremos que ir a otro sitio. –dice él.

–¿Adónde? –pregunto yo cautamente.

–Hamlin ha sugerido Alex Go to Camp –dice.

–No cuelgues. Me estoy enjuagando. –Después de enjuagarme con el líquido antiplaca dental y de examinarme atentamente el nacimiento del pelo en el espejo, escupo el Plax–. Lo veto. Otro sitio. Estuve *allí* la semana pasada.

–Ya lo sé. También estuve yo –dice McDermott–. Además es barato. Entonces, ¿adónde vamos?

–¿No ha propuesto ningún otro sitio Hamlin, por si acaso? –gruño, irritado.

–La verdad, no.

–Llámale y que consiga reserva en otro sitio –digo, saliendo del cuarto de baño–. No sé dónde tengo mi Zagat.

–¿Vas a mantenerte en línea o prefieres que te llame después? –pregunta.

–Vuelve a llamarme. –Colgamos.

Pasan los minutos. Suena el teléfono. No me molesto en verificar quién es. Es McDermott de nuevo.

–¿Qué hay? –pregunto.

–Hamlin no tiene ningún otro sitio pensado y quiere invitar a Luis Carruthers, y lo que yo quiero saber es si eso significa que va a venir Courtney –pregunta McDermott.

–Luis *no* puede venir –digo yo.

–¿Por qué no?

–*No* puede, y basta. –Luego pregunto–: ¿Por qué quiere que venga Luis?

Hay una pausa.

–Espera un momento –dice McDermott–. Lo tengo en la otra línea. Se lo preguntaré.

–¿A quién tienes? –Siento una ráfaga de pánico–. ¿A Luis? –A Hamlin.

Mientras espero, me dirijo a la cocina, abro la nevera y saco una botella de Perrier. Estoy buscando un vaso cuando oigo un click.

–Oye –digo, cuando tengo a McDermott nuevamente en la línea–. No quiero ver a Luis *ni* a Courtney, ya sabes, disuádelos o haz lo que sea. Utiliza tu encanto. Muéstrate encantador.

–Hamlin tiene que cenar con un cliente tejano y...

Le corto.

–Espera, eso no tiene nada que ver con Luis. Que Hamlin se las arregle como pueda.

–Hamlin quiere que vaya Carruthers porque Hamlin se ocupa del caso Panasonic, pero Carruthers sabe mucho más del asunto y por eso quiere que vaya –explica McDermott.

Hago una pausa mientras digiero esto.

–Si viene Luis, le mataré. Juro por Dios que le mataré. Mataré a ese cabrón.

–Coño, Bateman –murmura McDermott, afectado–. Eres humanitario de verdad. Un sabio.

–No. Sólo... –empiezo, confuso, irritado–. Sólo soy sensible.

–Lo único que quiero saber yo es que si viene Luis, ¿eso significa que también vendrá Courtney? –vuelve a preguntar.

–Dile a Hamlin que invite a..., mierda, no lo sé. –Me interrumpo–. Dile a Hamlin que cene él solo con ese tipo de Texas. –Vuelvo a interrumpirme, dándome cuenta de algo–. Espera un momento. ¿Significa eso que Hamlin... nos invitará? Quiero decir que si pagará él, ya que es una cena de negocios.

–¿Sabes?, a veces creo que hasta eres listo, Bateman– dice McDermott–. Otras veces...

–Mierda, ¿qué demonios estaba diciendo? –me pregunto a mí mismo en voz alta–. Tú y yo podemos tener una cena de *negocios* juntos. Yo no voy. Eso es. No voy.

–¿Ni siquiera si *no* viene Luis? –pregunta él.

–No.

–¿Por qué no? –se queja él–. *Tenemos* mesa reservada en 1500.

–Tengo..., tengo que... ver *El Show de Bill Cosby. –Grábalo,* por el amor de Dios, no seas *gilipollas.*

–Espera. –Acabo de darme cuenta de otra cosa más–. ¿Crees que Hamlin querrá... –hago una pausa, incómodo– conseguir drogas, a lo mejor... para el tejano?

–¿En qué estás pensando, Bateman? –pregunta McDermott, el muy gilipollas.

–Mmmmm. Estoy pensando en ello. Estoy pensando en ello. Después de una pausa, McDermott dice:

–Tictac, tictac –canturreando–. Así no vamos a ninguna parte.

–Que no se te escape Hamlin, manténlo en la otra línea –suelto, muy deprisa, mirando el Rolex–. Date prisa. A lo mejor podemos hablar con él en 1500.

–Vale dice McDermott–. Espera.

Hay cuatro clicks y luego oigo que Hamlin dice:

–Bateman, ¿es correcto llevar calcetines color arcilla con un traje oscuro? –Trata de hacer un chiste, pero no me hace gracia.

Suspirando interiormente, con los ojos cerrados, respondo, impaciente:

–La verdad es que no, Hamlin. Son demasiado sport. No van bien con la imagen seria del traje. Pueden llevarse con trajes menos serios. De tweed o algo así. ¿De acuerdo, Hamlin?

–¿Bateman? –y añade–: Gracias.

. –Luis *no* puede venir –le digo–. Pero estaré encantado de que vengas tú.

–No hay problema –dice él–. De todos modos el tejano no va a venir.

–¿Por qué no? –pregunto.

–Podríamos ir a ese sitio tan estupendísimo, el CBJB, es una monada nueva ola. Cuestión de estilos de vida –explica Hamlin–. El tejano no está libre hasta el lunes. Y yo rápidamente, y con gran agilidad mental, debería añadir, he recurrido a mi apretada agenda. Un padre enfermo. Un incendio forestal. Una excusa.

–¿Y qué pasa con Luis? –pregunto desconfiadamente.

–*Luis* cena esta noche con el tejano, lo que me elimina un montón de problemas, colega. Le veré en Smith y Wollensky el lunes –dice Hamlin, encantado consigo mismo–. De modo que todo está arreglado.

–Espera –dice McDermott, y pregunta, dubitativos, ¿significa eso que no va a venir Courtney?

–¿Vamos a pasar de la mesa que tenemos reservada en 1500?

–Señalo yo–. Además, Hamlin, creo que estuviste ayer por la noche, ¿no?

–Sí –dice él–. Tienen un carapico pasable. Un reyezuelo decente. Sorbetes buenos. Pero vamos a cualquier otro sitio y, bueno, luego iremos en busca del cuerpo perfecto. ¿Qué opinan, caballeros?

–Suena bien –digo yo, contento de que, por una vez, Hamlin tenga una buena idead. Pero ¿qué va a decir Cindy de esto?

–Cindy tiene que ir a una cosa de caridad en el Plaza algo...

–Será en el *Trump* Plaza –apunto distraídamente, mientras por fin abro la botella de Perrier.

–Sí, el Trump Plaza –dice–. Algo sobre árboles cerca de la biblioteca. Dinero para árboles o arbustos de algún tipo –dice, inseguro–. ¿Plantas? Puede conmigo.

–¿Entonces adónde vamos? –pregunta McDermott.

–¿Quién cancela las reservas en el ISOO? –pregunto.

–Tú mismo –dice McDermott.

–Oh, McDermott –protesto yo–, hazlo tú.

–Espera –dice Hamlin–. Vamos a decidir antes adonde *vamos.* –De acuerdo. –McDermott, el parlamentario.

–Me opongo fanáticamente a que *no* sea un sitio del Upper West o el Upper East de esta ciudad –digo.

–¿Bellini's? –sugiere Hamlin.

–No. Allí no se puede fumar puros –decimos McDermott y yo al mismo tiempo.

–Bien, tachado –dice Hamlin–. ¿Gandango? –sugiere.

–Podría ser, podría ser murmuro, pensando en ello–. Suele ir Trump.

–¿Zeus Bar? –pregunta uno de ellos.

–Reserva mesa –dice el otro.

–Esperad –les digo–. Estoy pensando.

–Bateman... –advierte Hamliri.

–Estoy dándole vueltas a la idea –digo.

–*Bateman...*

–Esperad. Dejadme pensarlo un minuto.

–La verdad es que estoy demasiado cabreado para aguantar todo eso –dice McDermott.

–¿Por qué no nos olvidamos de toda esta mierda y probamos un japonés? –sugiere Hamlin–. *Luego* iremos a la busca del cuerpo perfecto.

–No es tan mala idea, la verdad. –Me encojo de hombros.

—¿Adónde quieres ir *tú,* Bateman? –pregunta McDermott.

Pensando en ello, a muchos kilómetros de distancia, respondo:

–Quiero...

–¿Sí...? –preguntan los dos, expectantes.

–Quiero..., bueno, pulverizarle la cara a una mujer con un ladrillo enorme y pesado.

–*Aparte* de *eso –se* queja Harnlin, con impaciencia.

–Muy bien, de acuerdo –digo–. Al Zeus Bar.

–¿Estás seguro? ¿De verdad? ¿Al Zeus Bar? –concluye Hamlin. –Tíos. Cada vez me siento más incapaz de ocuparme de todo

esto –dice McDermott–. Zeus Bar. *Es* definitivo.

–No cortéis –dice Hamlin–. Llamaré para reservar mesa. –Se *oye* un click y McDermott y yo quedamos a la espera. Hay un largo silencio antes de que alguno de los dos diga algo.

–Ya sabes –digo, por fin–. Probablemente será imposible reservar mesa allí.

–A lo mejor deberíamos ir a M.K. Al tejano probablemente le gustaría M.K. –dice Craig.

–McDermott, el *tejano* no viene –señalo yo.

–De todos modos, yo no puedo ir a M.K. –dice, sin escuchar y sin mencionar por qué.

–No quiero saber por qué.

Esperamos dos minutos más por Hamlin.

–¿Qué demonios estará haciendo? –pregunto, luego oigo un click.

McDermott también lo *oye.*

–¿Quieres contestar? –dice.

–Estoy pensándolo. –Vuelve a oírse el click. Me quejo y le digo a McDermott que *espere. Es* Jeanette. Suena a cansada y triste. No quiero volver a la otra línea, de modo que le pregunto qué hizo ayer por la noche.

–¿Después de la hora en que se suponía que nos íbamos a ver? –pregunta ella.

Hago una pausa, inseguro.

–Bueno, sí.

–Terminamos en Palladium, que estaba completamente desierto. Dejaban entrar a la gente gratis. –Suspira–. Vimos a unas cuatro o cinco personas.

–¿Conocidas? –pregunto, esperanzado.

–En... todo... el... club –dice, espaciando cada palabra amargamente.

–Lo siento –digo, por fin–. Tuve que... devolver unas cintas de vídeo... –y luego, reaccionando ante su silencio–: Ya sabes, *me apetecía* verte...

–No quiero oír hablar de eso –dice, suspirando y cortándome–. ¿Qué vas a hacer esta noche?

Hago una pausa, preguntándome qué responder, antes de admitir:

–Iré al Zeus Bar, a las nueve. Con McDermott y Hamlin. –Y luego, sin ganas–. ¿Te gustaría reunirte allí con nosotros?

–No lo sé –dice, suspirando. Sin rastro de haberse ablandado, pregunta–: ¿Quieres que vaya?

–¿Tienes que seguir mostrándote tan patética? –le pregunto a mi vez.

Me cuelga. Vuelvo a la otra línea.

–Bateman, Bateman, Bateman, Bateman –está murmurando Hamlin.

–Aquí estoy. Cierra esa jodida boca.

–¿Todavía sigues sin decidirte? –pregunta McDermott–. No aplaces las decisiones.

–He decidido que prefiero jugar al golf –digo–. Hace tiempo que no Juego.

–Que le den por el culo al golf, Bateman –dice Hamlin–. Tenemos mesa reservada para las nueve en Kaktus...

–Y una reserva que cancelar en 1500 a las, mm, veamos… hace ya veinte minutos, Bateman –dice McDermott.

–Mierda, Craig. *Cancélala* ya –digo cansinamente.

–Por Dios, cuánto odio el golf –dice Hainlin, estremeciéndose.

–Cancélala *tú* –dice McDermott, riendo.

–¿A qué nombre está? –pregunto yo, sin reír y alzando la voz. Después de una pausa, McDermott dice suavemente: –Carruthers.

Hamlin y yo nos echamos a reír.

–¿De verdad? –pregunto.

–No he podido encontrar mesa en Zeus Bar –dice Hamlin–. Así que iremos a Kaktus.

–Muy a la última –digo, desanimado–. O eso creo.

–Un sitio animado. –Hamlin se ríe ahogadamente.

Vuelven a llamar y antes de que pueda decidir si contestar o no, Hamlin decide por mí.

–Pero si no queréis ir a Kaktus...

–Espera, me llaman –digo–. No colguéis.

Es Jeanette, llorando.

–¿De qué no serás capaz? –pregunta, entre sollozos–. Sólo quiero que me digas de qué *no* eres capaz.

–Jeanette, guapa –digo, para tranquilizarla–. Oye, por favor, oye lo que te digo. Estaremos en Zeus Bar a las diez. ¿De acuerdo?

–Por favor, Patrick –suplica ella–. Estoy bien. Sólo quería hablar de...

–Nos veremos a las nueve o a las diez, cuando quieras –digo–. Tengo que dejarte. Hamlin y McDermott están en la otra línea.

–Muy bien. –Jeanette sorbe por la nariz, tranquilizándose, y aclara la voz–. Nos veremos allí. De verdad, lo sien...

Cuelgo y paso a la otra línea. Sólo queda McDermott.

–¿Qué ha sido de Hamlin?

–Ha tenido que irse –dice McDermott–. Se unirá a nosotros a las nueve.

–Estupendo –murmuro–. Creo que lo he arreglado. –¿Quién era?

–Jeanette –digo yo.

Oigo un débil click, luego otro.

–¿Era tu aparato, o el mío? –pregunta McDermott.

–El tuyo –digo–. Creo.

–Espera.

Espero, paseando impacientemente a lo largo de la cocina. McDermott vuelve a comunicar conmigo.

–Es Van Patten –dice–. Lo tengo esperando en la otra línea.

Cuatro clicks más.

–Hola, Bateman –exclama Van Patten–. *Amigo.*

–Mister Manhattan –digo–. Te saludo.

–Oye, ¿cuál es el modo correcto de llevar un fajín de esmoquin? –pregunta.

–Hoy ya he respondido tres veces a *eso* –le advierto.

Los dos se ponen a hablar de si Van Patten podrá estar o no en el Kaktus a las nueve, y yo dejo de concentrarme en las voces que llegan por el teléfono inalámbrico y me pongo a observar, con creciente interés, a la rata que he comprado –todavía tengo la mutante que emergió por el retrete– en su nueva jaula de cristal, arrastrando lo que le queda de su cuerpo carcomido por el ácido por el complicado sistema Habitrail –un tubo que une dos jaulas– que tengo en la mesa de la cocina, donde intenta beber del bebedero que esta mañana he llenado de Evian envenenada. La escena me parece demasiado lastimosa y no lo suficientemente lastimosa. No lo puedo decidir. Un click me saca de mi delirio y les digo a Van Patten y McDermott que queden a la espera.

Desconecto la pausa, antes de decir:

–Ésta es la casa de Patrick Bateman. Por favor deje su mensaje después...

–Por el amor de Dios, Patrick, no seas niño –protesta Evelyn–. *Deja* de hacer esas tonterías. ¿Por qué insistes en hacer esas cosas? ¿De verdad crees que vas a librarte de alguien con eso?

–¿Con qué? –pregunto inocentemente–. ¿Protegiéndome a mí mismo?

– Torturándome a mí –dice ella, casi sollozando.

–Querida –digo.

–¿Qué?

–Tú no sabes qué es la tortura. No sabes de qué estás hablando –le digo–. De verdad que no sabes de qué estás hablando.

–No quiero hablar de *eso* –dice–. Se acabó. Vamos a ver, ¿adónde vamos a cenar esta noche? –La voz se le ablanda–. Pensaba que a lo mejor podíamos cenar en TDK a las, bueno, digamos que, ¿a las nueve?

–Esta noche vaya cenar *solo* en el Harvard Club –digo. –No seas absurdo –dice Evelyn–. Sé que vas a cenar en Kaktus con Hamlin y McDermott.

–¿Cómo sabes *eso?* –pregunto, sin importarme que me haya cogido en una mentira–. De todos modos es Zeus Bar, no Kaktus.

–Porque acabo de hablar con Cindy –dice ella.

–Yo creía que Cindy iba a algo benéfico sobre plantas o árboles... o matorrales –digo.

–No, no –dice Evelyn–. Eso es la semana que *viene.* ¿Quieres ir?

–Espera un instante.

Vuelvo a la línea donde tengo a Craig y Van Patten.

–¿Bateman? –pregunta Van Patten–. ¿Qué *coño* estás haciendo?

–¿Cómo cojones sabe Cindy que vamos a cenar a Kaktus? –pregunto.

–Se lo habrá dicho Hamlin –aventura McDermott–. No lo sé. ¿Por qué?

–Porque *Evelyn* lo sabe –digo.

–¿Cuándo *coño* va a abrir Wolfgang Puck un restaurante en esta jodida ciudad? –nos pregunta Van Patten.

–¿Ya anda Van Patten con su tercer pack de seis latas de Foster's o todavía anda por el primero? –pregunto a McDermott.

–Lo que preguntas, Patrick –empieza McDermott–, es si debemos excluir a las mujeres o no, ¿verdad?

–Hay una cosa que deja de existir con mucha rapidez –advierto–. Es lo único que digo.

–Lo que quieres saber –dice McDermott– es si deberías invitar a Evelyn. ¿Es eso?

–No, *no* quiero invitada –digo, subrayando las palabras.

–Bueno, oye, yo quería invitar a Elizabeth –dice Van Patten tímidamente (¿tímida o burlonamente?).

–No –digo–. Nada de mujeres.

–¿Te pasó algo con Elizabeth? –pregunta Van Patten.

–¿Qué? –añade McDermott.

–Que es idiota. No, es inteligente. No lo sabría decir. No la invites –digo.

Después de una pausa, oigo decir a Van Patten:

–Noto que empiezan las rarezas.

–Bueno, pues si Elizabeth no, ¿qué tal Sylvia Josephs? –sugiere McDermott.

–No, es demasiado vieja para follársela –dice Van Patten. –Por Dios –dice McDermott–. Si tiene veintitrés años. –Veintiocho –corrijo yo.

–¿De verdad? –pregunta McDermott, interesado, después de una pausa.

–Sí –digo yo–. *De verdad.*

A McDermott se le escapa:

–Oh.

–Mierda, lo había olvidado –digo, dándome una palmada en la frente–. He invitado a Jeanette.

–La verdad es que es una chica a la que no me importaría...,

bueno, invitar –dice Van Patten obscenamente.

–¿Cómo te puede aguantar una chica tan agradable como Jeanette? –pregunta McDermott–. ¿Por qué te *aguanta,* Bateman?

–La tengo envuelta en cachemira. En mucha cachemira –murmuro, y luego añado–: Tendré que llamada y decide que no venga.

–¿No estás olvidando algo? –me pregunta McDermott.

–¿Qué? –No se me ocurre de qué se trata.

–Bueno, que tienes a Evelyn en la otra línea.

–Mierda –exclamo. Esperad un momento.

–¿Por qué me molestaré con estas cosas? –oigo que McDermott se pregunta a sí mismo, suspirando.

–Que venga Evelyn –grita Van Patten–. ¡También está. buena! ¡Dile que se reúna con nosotros en Zeus Bar, a las nueve y media!

–Vale, vale –grito yo, antes de atender la otra línea.

–No me gusta todo esto –está diciendo Evelyn.

–¿Qué tal si nos vemos en Zeus Bar a las nueve y media? –sugiero.

–¿Puedo llevar a Stash y Vanden? –pregunta tímidamente. –¿Es la chica del tatuaje? –pregunto a mi vez tímidamente. –No –dice ella, suspirando–. No tiene ningún tatuaje.

–Menos rodeos.

–Oh, *Patrick –se* queja.

–Mira, tienes suerte de que te hayamos invitado, por lo tanto...

–Se me apaga la voz.

Silencio, durante el que no me siento mal.

–Venga, únete a nosotros allí –digo–. Lo siento.

–Muy bien –dice ella, resignada–. ¿A las nueve y media? Vuelvo a la otra línea, interrumpiendo la conversación de Van Patten y McDermott sobre si es adecuado o no llevar una camisa azul marino cuando se lleva un blazer azul.

–Oídme –los interrumpo–. Callaos. ¿Os merezco toda la atención posible?

–Sí, sí, sí –dice Van Patten, suspirando, aburrido.

–Voy a llamar a Cindy para conseguir que Evelyn no venga a cenar con nosotros –anuncio.

–¿Por qué coño has invitado *primero* a Evelyn? –pregunta uno de ellos.

–Estábamos bromeando, *idiota* –añade el otro.

–Buena pregunta –digo, tartamudeando–. Es–p–p–p–erad. Marco el número de Cindy después de encontrado en mi Rolex. Responde después de saber quién llama.

–Hola, Patrick –dice.

–Cindy –digo yo–. Necesito que me hagas un favor. –Hamlin no va a ir a cenar con vosotros, chicos –dice ella–. Ha tratado de llamaros pero teníais todas las líneas ocupadas. ¿Es que no tenéis una línea de espera para las llamadas?

–Claro que la tenemos –digo–. ¿Qué crees que somos, bárbaros?

–Hamlin no va a ir –vuelve a decir, inexpresiva.

–¿Entonces qué va a hacer? –pregunto–. ¿Limpiarse los zapatos? .

–Va a salir *conmigo,* mister Bateman.

–¿Y qué pasa con eso benéfico de los árboles? –pregunto. –Hamlin se equivocó –dice ella.

–Cabecita loca –digo.

–¿Qué? –pregunta ella.

–Que estás saliendo con un gilipollas, cabecita loca –digo yo suavemente.

–Gracias, Patrick. Muy amable.

–Cuidado, cabecita loca –advierto–, estás saliendo con el mayor carapijo de Nueva York.

–Me lo dices como si yo no lo supiera ya. –Bosteza.

–Oye, cabecita loca, estás saliendo con un famoso carapijo. –¿Sabes que Hamlin tiene seis televisores y siete vídeos? –¿Nunca usa ese aparato para remar que le regalé? –pregunto. –No lo ha estrenado –dice ella.

–Oye, cabecita loca, es un carapijo.

–¿Quieres dejar de llamarme cabecita loca? –ruega, aburrida.

–Oye, Cindy, si pudieras elegir entre1eer WWD o... –Me interrumpo, inseguro de lo que iba a decir–. Oye, ¿no hay ningún sitio al que ir esta noche? –pregunto–. Algo que no sea demasiado... ruidoso.

–¿Qué es lo que quieres, Patrick? –dice, suspirando.

–Sólo quiero paz, amor, amistad, comprensión –digo desapasionadamente.

–¿Qué es lo que quieres? –repite.

–¿Por qué no venís con nosotros los dos?

–Tenemos otros planes.

–Hamlin ha reservado la jodida mesa a su nombre –grito, ofendido.

–Bueno, pues usadla vosotros, chicos.

–¿Por qué no venís? –digo.

–Creo que paso de cenar –dice ella–. Pídeles disculpas a los chicos de mi parte.

–Pero nosotros vamos a Kaktus, uh, quiero decir a Zeus Bar digo. Luego, confuso, añado–: No, a Kaktus.

–¿De verdad que vais a ir *alta* –pregunta.

–¿Por qué?

–El sentido común indica que ya no es un sitio «in» para cenar –dice.

–¡Pues la mesa la ha reservado Hamlin! –grito.

–¿Ha reservado él mesa *allí?* –pregunta ella, perpleja. –¡Hace siglos! –grito.

–Oye –dice ella–. Me estoy vistiendo.

–Eso no me gusta nada –digo.

–No te preocupes –dice, y cuelga.

Vuelvo a la otra línea.

–Bateman. Sé que suena a imposible –dice McDermott–. Pero el vacío se está haciendo mayor.

–No me apetece un mexicano –declara Van Patten.

–Espera, espera, no vamos a ir a un mexicano, ¿o si? –digo–. ¿Estoy equivocado? ¿No íbamos a ir a Zeus Bar?

–No, mamón –suelta McDermott–. No hemos conseguido mesa en Zeus Bar. Vamos a Kaktus. A las nueve.

–Pero no *quiero* ir a un mexicano –dice Van Patten.

–Pues la reserva la has. hecho *tú,* Van Patten –grita McDermott.

–Yo tampoco –digo, de repente–. ¿Por qué un mexicano? –No es mexicano *mexicano* –dice McDermott, enfadado–. Es algo que llaman nouvelle cuisine mexicana, tapas y otras cosas del sur de la frontera. Algo de ese estilo. Esperad. Me llaman por la otra línea.

Desconecta, dejándonos a Van Patten ya mí en la misma línea. –Bateman –dice Van Patten, suspirando–, mi euforia se esfuma rápidamente.

–¿De qué me hablas? –De hecho estoy tratando de recordar dónde he quedado con Jeanette y Evelyn.

–Cambiemos la reserva –sugiere él.

Pienso en ello, luego pregunto desconfiadamente:

–¿Y adónde vamos?

–Al 1969 –dice, tentándome–. ¿Ejem? ¿1969?

–Me gustaría ir –admito.

–¿Qué podríamos hacer? –pregunta.

Pienso en ello.

–Reservar mesa. Enseguida.

–Muy bien. ¿Para tres? ¿Cinco? ¿Cuántos?

–Cinco o seis, supongo.

–Muy bien. Espera.

Justo cuando me deja él, vuelve McDermott.

–¿Dónde está Van Patten? –pregunta.

–Ha ido... a hacer pis –digo.

–¿Por qué no quieres ir a Kaktus?

–Porque siento pánico existencial –miento.

–¿Crees que es un motivo suficiente? –pregunta McDermott–. Pues yo no.

–¿Hola? –dice Van Patten, volviendo a conectar con nosotros–. ¿Bateman?

–¿Qué tal? –pregunto–. McDermott también escucha. –No hay nada que hacer.

–Mierda.

–¿Qué pasa? –pregunta McDermott.

–Bien, chicos, ¿os gustan las margaritas? –pregunta Van Patten–. ¿O no os gustan?

–Yo voto por una margarita –dice McDermott. –¿Bateman? –pregunta Van Patten.

–Preferiría varias botellas de cerveza, preferiblemente *no* mexicana –digo yo.

–Mierda –dice McDermott–. Otra llamada. Esperad. Desconecta con nosotros.

Si no me equivoco ya son las ocho y media.

Una hora después. Todavía seguimos discutiendo. Hemos cancelado la reserva en Kaktus y puede que alguno haya vuelto a hacerla. Confuso, de hecho cancelo una mesa que no habíamos reservado en Zeus Bar. Jeanette ya no está en su apartamento y no tengo ni idea de a qué restaurante habrá ido, y tampoco recuerdo en cuál le he dicho a Evelyn que se reuniera con nosotros. Van Patten, que ya ha tomado un par de largos tragos de Absolut, pregunta por Kimball, el detective, y de qué hablábamos, y lo único que puedo recordar es algo de que la gente cae entre las grietas.

–¿Hablaste tú con él? –pregunto.

–Claro.

–¿Qué te dijo que le había pasado a Owen?

–Que se había desvanecido. Plaff –dice. Le oigo abrir la nevera–. Nada. Las autoridades no saben nada.

–Sí –digo–. Estoy muy trastornado por ello.

–Bueno, Owen era..., no sé –dice él, oigo que abre una cerveza.

–¿Qué más le dijiste, Van Patten? –pregunto.

–Bueno, lo normal –dice, suspirando–. Que usaba corbatas amarillas y granate. Que almorzaba en el 21. Que en realidad no practicaba el arbitraje, que era lo que Kimball creía que hacía, sino que se dedicaba a las fusiones. Lo normal. –Casi puedo oír cómo se encoge de hombros.

–¿Qué más?

–Vamos a ver. Que no usaba tirantes. Siempre cinturón. Que había dejado de tomar cocaína, cerveza. Ya sabes, Bateman.

–Era un mamón –digo yo–. Y ahora está en Londres.

–Por Dios –murmura–, la competencia indiscriminada *está* en declive.

McDermott vuelve a conectar con nosotros.

–Muy bien. ¿Adónde vamos?

–¿Qué hora es? –pregunta Van Patten.

–Las nueve y media –respondemos los otros dos.

–Espera, ¿qué ha pasado con el 1969? –le pregunto a Van Patten.

–¿Qué es eso del1969? –McDermott no entiende.

–No me acuerdo –digo yo.

–Cerrado. Imposible reservar nada –me recuerda Van Patten. –¿No podemos recurrir otra vez a11500? –pregunto.

–El 1500 ya está *cerrado* –grita McDermott–. Tienen la cocina *cerrada. Tendremos* que ir a Kaktus.

Silencio.

–¿Hola? ¿Hola? ¿Estáis ahí, chicos? –grita, interrumpiéndolo. –Saltarín como una pelota en la playa –dice Van Patten.

Me río.

–Si creéis que es divertido –advierte McDermott.

–¿El qué? ¿Qué vamos a hacer? –pregunto.

–Chicos, sólo pasa que me muestro aprensivo con respecto a fracasar en lo de reservar una mesa antes, bueno, de las doce de la noche.

–¿Estás seguro de lo del1500? –pregunto–. Parece raro de verdad.

–¡La sugerencia se puede discutir! –grita McDermott–. ¿Por qué, tal vez me pregunte; ¡Porque–ya–han–cerrado! ¡Y –como–han-cerrado *ya–no–reservan–mesas!* ¿Me sigues?

–Oye, no te pases, guapo –dice Van Patten fríamente–. Iremos a Kaktus.

–Teníamos mesa reservada allí para hace ya diez..., no, quince minutos –dice McDermott.

–Pero si he cancelado yo la reserva, creo –digo yo, tomo otro Xanax.

–La he vuelto a reservar yo –:dice McDermott.

–Eres inapreciable –le digo, en tono monótono.

–Podré estar allí hacia las diez –dice McDermott. –Contando el tiempo que perderé en un cajero automático, yo podré estar hacia las diez y cuarto –dice Van Patten lentamente, contando los minutos.

–¿Recuerda alguno que Jeanette y Evelyn iban a reunirse con nosotros en Zeus Bar, donde *no* tenemos mesa reservada? ¿Se le ha pasado a alguno por la cabeza? –pregunto, dubitativo.

–Pero Zeus Bar está cerrado *y* además hemos cancelado la reserva de una mesa que *ni siquiera habíamos hecho* –dice McDermott, tratando de conservar la calma. .

–Pero creo que les he dicho a Jeanette y Evelyn que se reunieran con nosotros allí –digo yo, llevándome la mano a la boca, aterrado ante esta posibilidad.

Después de una pausa, McDermott pregunta:

–¿Andas buscando problemas?

–Mi línea de espera –digo–. Oh, Dios mío. ¿Qué hora es? Mi línea de espera.

–Será una de esas chicas –dice Van Patten, alegre.

–Esperad –grito.

–Buena suerte –oigo decir a Van Patten, antes de desconectar con él.

–¿Diga? –pregunto mansamente. Éste es el número de...

–Soy *yo* –grita Evelyn, mientras el ruido de fondo casi ahoga su voz.

–Oh, hola –digo, como quien no quiere la cosan. ¿Qué pasa?

–Patrick, ¿qué estás haciendo en casa?

–¿Dónde *estás?* –pregunto, de buen humor.

–Estoy en Kaktus –dice ella, silbando como una serpiente.

–¿Qué estás haciendo *ahí?* –pregunto, todo bondad.

–Dijiste que nos veríamos aquí, eso hago –dicen. Confirmé vuestra reserva de mesa.

–Oh, Dios mío, lo siento –digo–. He olvidado decírtelo.

–¿Has olvidado decirme *qué?*

–Que no vamos a ir... –me atraganto– ahí. Cierro los ojos.

–¿Quién demonios es Jeanette? –pregunta, subrayando las palabras.

–Bueno, ¿no os estáis divirtiendo? –pregunto, ignorando su pregunta.

–No, no nos divertimos.

–¿Por qué no? –pregunto–. Estaremos ahí... enseguida.

–Porque todo esto parece, no lo sé..., *inapropiado* –grita.

–Escucha, te volveré a llamar. –Hago como que vaya anotar el número.

–No vas a poder hacerla –dice Evelyn, con voz tensa.

–¿Porqué no ? Ya se ha terminado la huelga de teléfonos –bromeo, o algo así.

–Porque Jeannette está detrás de mí y lo quiere usar –dice Evelyn.

Hago una larguísima pausa.

–¿Patrick?

–Evelyn. Déjalo correr. Salgo ahora mismo para ahí. Estaremos ahí enseguida – lo prometo.

–Oh, Dios mío...

Conecto la otra línea.

–Chicos, chicos, alguien ha jodido la cosa. Yo la he jodido. O vosotros. No lo sé –digo, dominado por el pánico.

–¿Qué pasa? –pregunta uno de ellos.

–Jeanette y Evelyn están en Kaktus –digo.

–Pobre chico –suelta Van Patten.

–Ya sabéis, chicos, no queda fuera de mis capacidades meter repetidamente un tubo de plomo en la vagina de una chica –les digo a Van Patten y McDermott; luego añado, después de un silencio que tomo por sorpresa por parte suya, permitiéndoles que tengan una aguda percepción de mi crueldad–, pero compasivamente.

–Todos sabemos lo de *tu* tubo de acero, Bateman –dice McDermott–. Deja de presumir.

–¿Es que trata de decimos que tiene una polla muy grande? –le pregunta Van Patten a Craig.

–Bueno, no estoy seguro –dice McDermott–. ¿Tratas de decirnos eso, Bateman?

Hago una pausa antes de contestar.

–Bueno..., no, no exactamente. –Suena mi línea de espera. –Muy bien, me siento oficialmente envidioso –dice McDermott, haciéndose el gracioso.

–La verdad es que no importa. Tengo el cerebro embotado. –También tengo hambre y estoy tomando avena y salvado de una caja de cereales. Vuelve a sonar mi línea de espera.

–Puede que consigamos drogas...

–Llama a Hamlin.

–Dios santo, uno no puede entrar en un cuarto de baño de esta ciudad sin salir con un gramo, de modo que no hay que preocuparse.

–¿Ha oído alguien hablar de lo del asunto celular de Bell South?

–Spuds McKenzie sale en el programa de Patty Winters de mañana.

Una chica

Un miércoles por la noche con otra chica a la que he conocido en M.K. y a la que planeo torturar y filmar. No sé cómo se llama y está sentada en el sofá del cuarto de estar de mi apartamento. Hay una botella de champán, Cristal, medio vacía, en la mesa de cristal. Elijo canciones, pulsando los botones, y los números se encienden en el Wuditzer. Por fin la chica pregunta:

–¿A qué... huele aquí?

Yo le contesto, casi para mí mismo:

–A rata... muerta.

Luego abro las ventanas, la puerta corredera de cristal que da a la terraza, aunque la noche es fría, pues estamos a mediados de otoño, y ella va ligeramente vestida, pero toma otra copa de Cristal yeso parece calentada lo bastante como para que me pregunte qué hago para ganarme la vida. Le digo que fui a Harvard y luego me puse a trabajar en Wall Street, en Pierce & Pierce, después de graduarme en la facultad de Economía de allí, y cuando me pregunta, no sé si confusa o en broma: «¿Y eso qué es?», trago saliva y, dándole la espalda, frente al nuevo Onica, tengo la suficiente energía para decide:

–Una... zapatería.

Preparo una línea de cocaína que he encontrado en el armario de las medicinas al volver a casa, y el Cristal suprime el nerviosismo, pero sólo en parte. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre un aparato que permite a los vivos hablar con los muertos. La chica lleva chaqueta y falda de barathea de lana, una blusa georgette de seda, pendientes de ágata y marfil de Stephen Dweck, un chaleco de jacquart, todo de..., ¿dónde? Charivari, supongo.

En el dormitorio está desnuda y lubricada y me chupa la polla mientras yo estoy de pie delante de ella, y luego le doy un golpe en la cara con la polla, agarrándole el pelo con la mano y llamándola «jodida puta de mierda», y esto la excita todavía más, y mientras me chupa con poca convicción la polla se pone a manosearse el clítoris, y cuando me pregunta:

–¿Te gusta? –mientras me chupa los huevos, yo le contesto: –Sigue, sigue –y respiro profundamente.

Tiene los pechos erguidos y grandes y firmes, los dos pezones muy tiesos, y mientras se atraganta con mi polla mientras la follo violentamente por la boca, estiro la mano para apretárselos y luego mientras la follo, después de meterle un consolador en el culo y mantenérselo allí sujeto con una correa, le araño las tetas, hasta que me pide que lo deje. Esta misma noche, antes, he cenado con Jeanette en un nuevo restaurante de cocina del norte de Italia cercano a Central Park, en el Upper East Side, que era muy caro. Yo llevaba un traje hecho por Edward Sexton y pensaba tristemente en la casa de mi familia en Newport. Luego he dejado a Jeanette y me he detenido en M.K. para ver a un recaudador de fondos para la campaña electoral que ,tiene algo que ver con Dan Quayle, aunque éste ni siquiera me gusta. En M.K. la chica que me estoy follando se ha acercado a mí, que estaba arriba, en el sofá, esperando para jugar al billar.

–Dios santo –está diciendo.

Excitado, le doy una bofetada, luego un puñetazo no demasiado fuerte en la boca, luego se la beso, mordiéndole los labios. Miedo, terror, confusión, la abruman. La correa se rompe y el consolador se le desliza fuera del culo mientras trata de apartarme. Yo me echo a un lado y hago ver que la voy a dejar escapar, y luego, mientras está recogiendo su ropa y murmura algo sobre él.

–Loco, jodido hijoputa –que soy, salto sobre ella, como un felino, echando literalmente espuma por la boca. Ella grita, se disculpa, solloza histéricamente, suplicándome que no le haga daño, mientras llora y se tapa los pechos, ahora llena de vergüenza. Pero ni siquiera sus sollozos me excitan. Siento poca gratificación cuando le echo pulverizador de auto defensa, menos todavía cuando le golpeo la cabeza contra la pared cuatro o cinco veces, hasta que pierde el conocimiento, dejando una pequeña mancha de sangre, con algo de pelo pegado a ella. Después de que cae al suelo, me dirijo al cuarto de baño y preparo otra línea de la mediocre coca que conseguí en Nell's o en Au Bar la otra noche. Oigo sonar un teléfono y un contestador automático que responde a la llamada. Me inclino sobre el espejo, ignorando el mensaje.

Más tarde, como era predecible, está atada en el suelo, desnuda, boca arriba, con ambos pies y ambas manos atadas a unos postes que están sujetos a unas tablas lastradas con metal. Tiene las manos llenas de clavos y las piernas lo más abiertas posible. Una almohada hace que mantenga levantado el culo, y le he echado en el coño queso brie, parte del cual le ha entrado en la cavidad vaginal. Apenas ha recuperado el conocimiento y, en cuanto me ve, de pie a su lado, desnudo, puedo imaginar que mi virtual carencia de humanidad le llena la mente de un terror absoluto. He colocado el cuerpo delante del nuevo televisor Toshiba y en el vídeo hay una vieja cinta y en la pantalla aparece la última chica a la que filmé. En la grabación llevo un traje de Joseph Abboud, una corbata de Paul Stuart, zapatos de J. Crew, un chaleco de alguien italiano, y estoy arrodillado en el suelo al lado del cadáver, comiéndome los sesos de la chica, deglutiéndolos, echando Grey Poppon sobre trozos de carne rosa, sensual.

–¿Lo ves? –pregunto a la chica que no está en el televisor–. ¿Ves eso? ¿Estás mirando? –susurro.

Trato de usar la taladradora eléctrica con ella, metérsela en la boca, pero está lo suficientemente consciente, tiene fuerza para apretar los dientes, y aunque la broca se los atraviesa rápidamente, la cosa deja de interesarme, conque le levanto la cabeza, le sale sangre de la boca, y la obligo a mirar el resto de la cinta y, mientras mira a la chica de la pantalla que sangra por casi todos los orificios posibles, espero que se dé cuenta de que eso mismo es lo que le va a pasar a ella sin importar por qué. Que ella terminará aquí tumbada, en el suelo de mi apartamento, con las manos clavadas a unos postes, con queso y cristales rotos metidos en el coño, la cabeza destrozada y sangrando, sin importar lo que pudiera haber elegido; que si ella hubiera ido a Nell's o a Indochine o a Mars o Au Bar, en vez de a M.K., si ella no hubiera subido conmigo a un taxi hacia el Upper West Side, todo esto habría pasado de todos modos. *La habría encontrado.* Así es cómo funcionan las cosas en este mundo. Decido no ocuparme de la cámara esta noche.

Estoy tratando de meterle uno de los tubos huecos de plástico del sistema Habitail que une las dos jaulas –que he desmontado dentro de la vagina, forzando los labios vaginales alrededor de él, y aunque está engrasado con aceite de oliva, no se adapta adecuadamente. Mientras tanto, en la máquina de discos Frankie Valli canta «Lo peor que podría suceder», y hago una mueca de desagrado, mientras empujo el tubo dentro del coño de la muy puta. Por fin tengo que recurrir a echar ácido alrededor del coño para que la carne deje paso al engrasado extremo del tubo, que pronto se desliza dentro con facilidad.

–Espero que te duela –digo.

La rata se lanza contra las paredes de cristal de la jaula cuando la traigo desde la cocina al cuarto de estar. Se ha negado a comer lo que queda de la otra rata que había comprado para jugar con ella la semana pasada, que ahora yace muerta, pudriéndose en un rincón de la jaula. (Durante los últimos cinco días la he tenido sin comer a propósito.) Pongo la jaula de cristal junto a la chica y, puede que debido al olor del queso, la rata parece volverse loca: primero corre haciendo círculos, lloriqueando, luego trata de ponerse a dos patas, debilitada por el hambre. La rata no necesita que la aguijoneen y el atizador doblado que pensaba usar sigue sin tocar a mi lado y, con la chica todavía consciente, el animal se mueve sin esfuerzo con nuevas energías, lanzándose por el tubo, que he conectado a la jaula, hasta que la mitad de su cuerpo desaparece, y luego, al cabo de un minuto –su cuerpo se agita al comer –le desaparece todo el cuerpo, excepto el rabo, y tiro violentamente del tubo y lo quito del coño de la chica, impidiendo con él que salga el roedor. Pronto le desaparece hasta el rabo. Los ruidos que hace la chica en su mayor parte son incomprensibles.

Puedo decir que va a ser una muerte característicamente inútil, sin sentido, pero ya estoy acostumbrado al horror. Éste parece destilado, incluso ahora que no me molesta ni inquieta. No lamento nada, y para demostrármelo, al cabo de un minuto o dos de ver a la rata moverse en su bajo vientre, asegurándome de que la chica todavía está consciente, pues agita la cabeza de dolor, tiene los ojos desorbitados de terror y confusión, uso una sierra mecánica y en cuestión de segundos corto a la chica en dos. Los dientes metálicos atraviesan la piel y el músculo y el tendón y el hueso tan deprisa que sigue viva el tiempo suficiente para ver que separo sus piernas del resto del cuerpo –sus *muslos,* lo que queda de su mutilada vagina y los levanto delante de mí, despidiendo sangre, casi como trofeos. Mantiene los ojos abiertos durante un minuto, desesperados y sin lograr enfocar nada, luego los cierra, y por fin, antes de morir, aunque innecesariamente, le clavo un cuchillo en la nariz y le abro la carne hasta la frente, y luego le rebano el hueso de la barbilla. Sólo le queda media boca y me la fallo una vez, luego otra, tres veces en total. Sin ocuparme de si respira o no, le saco los ojos, utilizando los dedos. La rata sale con la cabeza por delante –se las ha arreglado de algún modo para darse la vuelta dentro de la cavidad– y está llena de sangre (también me fijo en que la sierra mecánica le ha cortado la mitad del rabo) y le doy de comer más brie hasta que noto que debo matarla a golpes, cosa que hago. Más tarde el fémur de la chica y lo que queda de mandíbula están en el horno, asándose, y mechones de vello púbico llenan el cenicero Steuben de cristal, y cuando les prendo fuego arden rápidamente.

En otro nuevo restaurante

Durante un limitado período de tiempo soy capaz de estar medianamente alegre y tranquilo, así que acepto la invitación de Evelyn para cenar durante la primera semana de noviembre en Luke, un nuevo restaurante superchic de nouvelle cuisine china donde también sirven, bastante extrañamente, cocina criolla. Tenemos una buena mesa (la he reservado a nombre de Wintergreen, el más sencillo de los triunfos) y me siento seguro, tranquilo, incluso con Evelyn sentada enfrente parloteando de un enorme huevo Faberge que creyó que había visto en el Pierre, rodando por el vestíbulo por su propia cuenta o algo así. La fiesta de Halloween de la oficina fue en el Royalton la semana pasada y yo fui de asesino, con todo y un cartel en la espalda que decía «ASESINO DE MASAS» (que era decididamente menos duro que el cartel de hombre sándwich que había hecho ese mismo día, antes, que decía «EL ASESINO DE LA TALADRADORA»), y debajo de las palabras había escrito con sangre, *«Sí, soy yo»,* y el traje también estaba lleno de sangre, en parte falsa, la mayor parte real. En una mano agarraba un mechón del pelo de Victoria Bell, y sujeto con alfileres junto al ojal llevaba el hueso de un dedo, que había cocido para quitarle la carne. Aunque el disfraz era complicado, Craig McDermott se las arregló para ganar el primer premio del concurso. Iba de Ivan Boesky, lo que encontré poco amable, pues muchas personas creyeron que el año pasado yo había ido de Michael Milken. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los utensilios caseros para abortar.

Los primeros cinco minutos después de habernos sentado están bien, luego dejan en la mesa la copa que he pedido e instintivamente estiro la mano por ella, pero me encuentro acobardado cada vez que Evelyn abre la boca. Me fijo en que Saul Steinberg cena aquí esta noche, pero no quiero mencionárselo a Evelyn.

–¿Un brindis? –sugiero.

–¿Oh? ¿Por qué? –murmura ella, sin interés, girando el cuello y paseando la vista por el sobrio comedor, poco iluminado, muy blanco.

–¿La libertad? –pregunto yo, con voz cansada.

Pero ella no escucha, porque un inglés que lleva un traje de lana de pata de gallo con tres botones, un chaleco de lana, una camisa oxford de algodón de cuello ancho, zapatos de ante y una corbata de seda, todo de Garrick Anderson, al que Evelyn señaló una vez después de que nos peleáramos en Au Bar y llamó «imponente» y al que yo había llamado «enano», se acerca a nuestra mesa, coqueteando abiertamente con ella, y me jade mucho pensar que Evelyn note que estoy celoso de este tipo, pero por fin me río el último cuando le pregunta si todavía trabaja en «esa galería de arte de la Primera Avenida», y Evelyn, claramente nerviosa, con la cara muy larga, le responde que no, le corrige, y después de unas breves y torpes palabras, él se aleja. Evelyn aspira por la nariz, abre su carta e inmediatamente se pone a hablar de otra cosa, sin mirarme.

–¿De qué son todas esas camisetas que veo sin parar? –pregunta–. Y por toda la ciudad. ¿Las has visto tú? ¿Silkcience Igual a Muerte? ¿Son de gente que tiene problemas con sus acondicionadores de pelo, o algo así? ¿Qué me he perdido? ¿A qué se refieren?

–No, estás completamente equivocada. Es *Ciencia* Igual a Muerte –digo suspirando, y cierro los ojos–. Por Dios, Evelyn, sólo tú puedes confundir *eso* y un producto para el pelo. –No tengo la menor idea de qué coño estoy diciendo, pero asiento con la cabeza, saludando a alguien de la barra,

un viejo, con la cara en sombras, una persona a la que de hecho conozco a medias, pero él levanta su copa de champán hacia mí y me devuelve la sonrisa, lo que es un alivio.

–¿Quién es? –oigo que pregunta Evelyn.

–Un amigo mío –digo.

–Yo no le conozco –dice ella–. ¿De P & P?

–Déjalo –digo, suspirando.

–¿Quién *es,* Patrick? –pregunta, más interesada por mi resistencia que por su verdadero nombre.

–¿Por qué? –le pregunto, a mi vez.

–¿Quién es? –pregunta ella. –Dímelo.

–Un amigo mío –digo con los dientes apretados. –¿Quién, Patrick? –pregunta, y luego, mirando de reojo, añade–: No estaba en mi fiesta de Navidad.

–No, no estaba –digo, tamborileando con los dedos en la mesa. –¿No es... Michael J. Fax? –pregunta, todavía mirando de reojo–. ¿El actor?

–Difícilmente –digo, luego harto, añado–: Por el amor de Dios, se llama George Levanter, y no, no protagonizó *El secreto de mi éxito.*

–Oh, qué interesante. –Evelyn ya está otra vez estudiando atentamente la carta–. Oye, ¿de qué estábamos hablando?

Tratando de recordar, pregunto:

–¿De acondicionadores de pelo? ¿O de alguna *clase* concreta de acondicionadores? –digo, suspirando–. No lo sé. Tú hablabas con Ian.

–Ian *no* es enano, Patrick –dice ella.

–Es desacostumbradamente *bajo,* Evelyn –me opongo–. ¿Segura de que no era *él* quien estaba en tu fiesta de Navidad? –Y bajando la voz, añado–: ¿Sirviendo los entremeses?

–No puedes seguir llamando enano a Ian –dice ella, despliega su servilleta encima de las piernas–. No lo soporto –susurra sin mirarme.

Suelto una risita, no puedo evitarlo.

–No es divertido, Patrick –dice.

–La que has cortado en seco la conversación has sido *tú* –señalo.

–¿Esperas que me sienta halagada? –suelta ella implacable.

–Oye, guapa, sólo trato de hacer que ese encuentro parezca lo más legítimo posible, así que no..., bueno, ya sabes, que te den por el culo.

–Deja eso –dice, ignorándome–. Oh, mira, es Robert Farrell. Después de saludarle con la mano, Evelyn discretamente me lo señala a mí y, efectivamente, Bob Farrell, al que todo el mundo conoce, está sentado en la parte norte del comedor en una mesa situada cerca a la ventana, lo que secretamente me enfurece–. Es muy guapo –confíesa Evelyn admirativamente, sólo porque se ha fijado en que contemplo a la tía buena de veinte años con la que está sentado, para asegurarse de que me he dado cuenta de ello, dice, con intensión de molestarme–: Espero que no te pondrás celoso.

–Es guapo, desde luego –admito–. Tiene pinta de idiota, pero lo es.

–Deberías tener un pelo como el suyo –dice serena.

–¿Qué le pasa a mi pelo? –En cuestión de segundos mi rabia se cuadruplica–. ¿Qué coño le pasa a mi pelo? –Me lo toco levemente.

–Nada –dice ella, notando lo irritado que estoy–. Sólo era una sugerencia. –Y luego, notando lo rojo que estoy, añade–: Tienes un pelo de verdad..., de verdad... estupendo. –Trata de sonreír, pero sólo consigue parecer preocupada.

Un trago –medio vaso– de J&B me calma lo suficiente para decir, mirando a Farrell:

–Lo cierto es que me horroriza su tripa.

Evelyn también estudia a Farrell.

–Oh, si no tiene tripa.

–No hay duda, tiene *tripa,* Evelyn –subrayo.

–Oye, estás loco. –Me rechaza con la mano–. Eres un lunático.

–Evelyn, ese tipo *casi* tiene treinta años.

–¿Y qué? No todo el mundo se dedica al levantamiento de pesas como tú –dice, aburrida, volviendo a mirar la carta.

–Yo no me dedico al levantamiento de pesas –digo, suspirando.

–Oh, ve y pártele la cara si quieres, perdonavidas –dice, rechazándome bruscamente con la mano–. La verdad es que no me importa.

–No me tientes –le advierto; luego, volviendo a mirar a Farrell, murmuro–: Valiente baboso.

–Oh, Dios mío, Patrick. No tienes derecho a estar tan resentido –dice Evelyn, enfadada, sin dejar de mirar su carta–. Tu animosidad no tiene el menor fundamento. Tiene que pasarte algo de verdad.

–Mira su traje –señalo, incapaz de remediarlo–. Fíjate en lo que lleva puesto.

–¿Y qué, Patrick? –Pasa la página, encuentra que no tiene nada escrito y vuelve a la página que estudiaba anteriormente.

–¿No se le habrá ocurrido que ese traje inspira *asco?* –pregunto.

–Patrick te estás comportando como un *lunático* –dice ella, sacudiendo la cabeza, y luego mira la lista de vinos.

–Maldita sea, Evelyn. ¿Qué quieres decir con eso de que «te estás comportando»? –digo–. Es que lo soy.

–¿Tienes que ser militante al respecto? –pregunta.

–No lo sé. –Me encojo de hombros.

–Bueno, de todos modos te voy a contar lo que les pasó a Melania y a Taylor y... –Se fija en algo, y en la misma frase añade, suspirando–: Deja de mirarme el pecho, Patrick. Mírame a mí, *no* a mi pecho. Bien, en cualquier caso, Taylor Grassgreen y Melania estaban... Conoces a Melania, ¿no? Fue a Sweet Briar. Su padre es dueño de todos esos bancos de Dallas. Y Taylor fue a Cornell. Total, que habían quedado en el Cornell Club y luego tenían mesa reservada en Mondrian a las siete y él llevaba puesto... –Se interrumpe, repasa lo dicho–. No. En Le Cygne. Iban a ir a Le Cygne y Taylor llevaba... –Vuelve a interrumpirse–. Por Dios, si *era* Mondrian. En Mondrian a las siete y él llevaba un traje Piero Dimitri. Melania había estado de compras. Creo que en Bergdorf`s, aunque no estoy segura..., bueno, da igual, oh, sí..., era en Bergdorf's porque el otro día llevaba el pañuelo en la oficina... Bien, en cualquier caso, Melania por algún motivo llevaba dos días sin acudir a sus clases de aerobic y les asaltaron en uno de...

–¿Camarero? –digo a uno que pasa–. ¿Otra copa? ¿J&B? –Señalo el vaso, molesto por haberle hecho una pregunta en lugar de darle una orden.

–¿No quieres saher lo que pasó? –pregunta Evelyn, disgustada.

–Me muero de ganas –digo, suspirando, completamente desinteresado–. Casi no puedo esperar.

–Bueno, pues pasó algo de lo más divertido –empieza ella. «Me interesa muchísimo lo que me cuentas», estoy pensando.

Noto su falta de carnalidad y por primera vez eso me inquieta. Antes, era eso lo que me hacía atractiva a Evelyn. Ahora su ausencia me molesta, me parece algo siniestro, me llena de un miedo sin nombre. En nuestra última sesión –ayer de hecho– el psiquiatra al que he estado acudiendo durante los dos últimos meses preguntó:

–¿Qué método anticonceptivo utilizan usted y Evelyn?

Y yo suspiré antes de responder, con la vista fija en un rascacielos de más allá de la ventana, luego en el cuadro de encima de la mesita Turchin, de cristal, una reproducción visual gigantesca de un ecualizador gráfico de un artista distinto de Onica:

–Su trabajo.

Cuando preguntó cuál era nuestro acto sexual preferido, le dije, completamente en serio:

–La ejecución de una hipoteca.

Oscuramente consciente de que, si no fuera por la gente que hay en el restaurante, cogería los palillos de jade que hay encima de la mesa y se los clavaría a Evelyn en los ojos y los partiría en dos, asiento, simulando escuchar, pero ya me voy calmando y no hago lo de los palillos. En vez de eso, pido una botella de Chasiagne Montrichet.

–¿No es divertido? –pregunta Evelyn.

Me río, sin darle importancia, al mismo tiempo que ella, y los sonidos que me salen de la boca están cargados de desdén. Admito:

–Descacharrante.

Digo esto de repente, sin expresión. Clavo la vista en las mujeres de la barra. ¿Me apetecería follar con alguna? Probablemente. ¿Con la tía buena de piernas tan largas que toma un kir en el último taburete? Puede. Evelyn sufre terriblemente dudando entre si elegir el maché raisin y *la ensaladade* Luisiana, o el gratinado de remolacha, avellana, guisantes y la ensalada de endibias, y de repente noto como si me hubieran llenado de clonopin, que es muy anticoncluyente, pero no me sienta nada bien.

–Dios santo, ¿veinte dólares por un jodido huevo relleno? –murmuro, estudiando el menú.

–Es un mu shu de chirimoya, ligeramente grillé –dice ella. –Es un jodido huevo relleno –protesto yo.

A lo que replica Evelyn:

–Eres una *persona tan* cultivada, Patrick.

–No. –Me encojo de hombros–. Sólo razonable.

–Tengo unas ganas desesperadas de Beluga –dice . ¿Y tú, querido?

–No –digo.

–¿Por qué no? –pregunta ella remilgadamente.

–Porque no quiero nada que venga en lata o que sea iraní –digo, suspirando.

Ella aspira altivamente por la nariz y vuelve a mirar la carta. –El mu fu jambalaya es de primera categoría de verdad –le oigo decir.

Los minutos pasan lentos. Pedimos. Llega la comida. Como de costumbre, el plato es enorme, de porcelana blanca; dos trozos de shashimi renegrido de trucha con jengibre en el medio, rodeados de pequeños puntos de wasabi, rodeado por una cantidad mínima de hijiki, Y en la parte de arriba del plato hay un solitario langostino enano; otro, todavía más pequeño, está acurrucado en la de abajo, lo que me confunde, pues yo creía que básicamente era un restaurante chino. Miro fijamente el plato

durante largo rato y cuando pido agua, nuestro camarero reaparece con un pimentero e insiste dando vueltas en torno a nuestra mesa, preguntándonos constantemente a intervalos de cinco minutos si no queremos «¿algo de pimienta, quizás?» o «¿más pimienta?», y una vez que el imbécil se marcha a otra mesa, cuyos dos ocupantes, lo veo por el rabillo del ojo, tapan sus platos con la mano, hago señas con la mano al maître y le digo:

–¿Podría decirle a ese camarero del pimentero que deje de acosar nuestra mesa? No queremos pimienta. No hemos pedido nada que *necesite* pimienta. No queremos *pimienta.* Dígale que se pierda. –Claro, claro. Mis disculpas. –El maître hace humildes reverencias.

Molesta, Evelyn pregunta:

–¿Tienes que ser tan extremadamente *educado?*

Dejo el tenedor y cierro los ojos.

–¿Por qué socavas constantemente mi estabilidad?

Ella respira a fondo.

–Vamos a charlar. No a hacernos mutuamente un interrogatorio. ¿De acuerdo?

–¿De qué? –gruña yo.

–Oye –dice–. La fiesta de los jóvenes republicanos es en el *Trump* Plaza, el jueves que viene. –Quiero decirle que no puedo asistir, pidiendo a Dios que ella tenga otros planes, aunque hace quince días, borracho y pasado de coca en Mortimer's o en Au Bar, la *invité,* por el amor de Dios–. ¿Vamos a ir?

Después de una pausa, digo sombríamente:

–Eso creo.

De postre he preparado algo especial. Esta mañana durante el desayuno de trabajo en el Club 21 con Craig McDermott, Alex Baxter y Charles Kennedy, he robado una pastilla de desinfectante de uno de los urinarios cuando el encargado no estaba mirando. Ya estaba reblandecida, y en casa la he cubierto con un sirope de chocolate barato, luego la he colocado en una caja vacía de Godiva, a la que he puesto una cinta de seda alrededor, y ahora, en Luke, me disculpo para ir al servicio, me dirijo a la cocina, después de haberme detenido en el guardarropa para recoger el paquete, y le pido a nuestro camarero que la lleve a nuestra mesa, «dentro de la caja» y le diga a la dama sentada allí que mister Bateman había llamado antes de ir para encargar esa especialidad para ella. Incluso le digo, mientras abro la caja, que ponga una flor, la que sea, mientras le doy cincuenta dólares. El camarero la trae después de que ha transcurrido una cantidad adecuada de tiempo, después de que nos han retirado los platos, y quedo impresionado de lo que ha hecho con ella; incluso ha colocado la caja en una fuente de plata con tapadera y Evelyn suelta gritos encantada cuando la levanta, diciendo:

–Voila. –Y coge la cucharilla que está junto a su copa de agua (que me aseguro de que esté vacía) y volviéndose hacia mí, añade–: Patrick, eres tan dulce. –Mientras yo hago un gesto con la cabeza al camarero, sonriendo, y le despido con la mano cuando trata de poner una cucharilla en la parte de la mesa que ocupo yo.

–¿No quieres un poco? –pregunta Evelyn, inquieta. Se inclina con ansia sobre la pastilla desinfectante del urinario bañada de chocolate, dispuesta a atacarla–. *Adoro* el chocolate Godiva.

–No tengo hambre –digo yo–. La cena me ha dejado... muy lleno.

Se inclina, oliendo el óvalo marrón y, percibiendo un olor a algo (probablemente a desinfectante), me pregunta, ahora consternada–: ¿Estás... seguro?

–No, querida –digo–. Quiero que te lo tomes tú. No es grande. Evelyn toma el primer bocado, masticando dubitativamente, y se lo traga con evidente asco. Se encoge de hombros, luego hace una mueca, pero trata de sonreír cuando toma otro poco.

–¿Qué tal está? –pregunto, y la animo–. Cómetelo. No está envenenado ni nada.

Tiene la cara retorcida por el desagrado, pero se las arregla para contener las náuseas.

–¿Qué pasa? –pregunto, sonriendo forzadamente.

–Sabe tanto... –su cara ahora es una larga máscara agonizante y, encogiéndose de hombros, dice tosiendo–: a menta. –Pero trata de sonreír elogiando el sabor, lo que le resulta imposible. Estira la mano para coger mi copa de agua y la vacía de un trago, para quitarse el sabor de la boca. Luego, notando lo preocupado que parezco, trata de sonreír, esta vez disculpándose–. Lo que pasa... –se vuelve a encoger de hombros – es que sabe tanto... a *menta.*

Ahora me parece una gran hormiga negra –una gran hormiga negra con un modelo exclusivo de Christian Lacroix– que se come una pastilla desinfectante de urinario y casi me echo a reír, pero también quiero que siga cómoda. No quiero que dude y no termine la pastilla de urinario. Pero no puede comer más, y después de haber tomado dos bocados hace como que ya está llena y aparta el plato. En ese momento empiezo a sentirme raro. Aunque me asombra que haya comido esa cosa, también me entristece y, derrepente, me doy cuenta de que por mucho placer que me cause ver a Evelyn comiéndose algo que yo y otros muchos hemos meado, al fin –el desagrado que le ha provocado es por culpa mía –se trata de una decepción, una excusa inútil para aguantarla durante tres horas–. La mandíbula empieza a ponérseme rígida, se me relaja, se me pone rígida, se me relaja, de modo involuntario. Suena música en alguna parte, pero no consigo oírla. Evelyn le pregunta roncamente al camarero si podría traerle unos tranquilizantes de la farmacia de la esquina.

Luego, así de fácil, la cena llega a su momento crítico cuando Evelyn dice:

–Quiero un compromiso firmado.

La noche ya se ha deteriorado considerablemente, de modo que este comentario no estropea nada ni me coge desprevenido, pero lo irracional de nuestra situación me deja sin respiración y vuelvo a empujar mi copa de agua hacia Evelyn y le pido al camarero que se lleve la pastilla de desinfectante de urinario a medio comer. Mi resistencia de esta noche se agota en el momento en que retiran el postre. Por primera vez me fijo en que Evelyn ha estado mirándome durante los dos últimos años no con adoración, sino con algo que se parece más a la codicia. Por fin alguien le trae una copa de agua y una botella de Evian que no le he oído pedir.

–Evelyn, yo creo que... –empiezo, me atasco, vuelvo a empezar–, que hemos perdido el contacto.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que va mal? –Está saludando a una pareja con la mano (creo que son Lawrence Montgomery y Geena Webster), y desde el otro lado del comedor Geena (?) alza la mano, en la que lleva un brazalete. Evelyn saluda con la cabeza aprobadoramente.

–Mi..., mi *necesidad* de seguir... un comportamiento homicida a escala masiva no se puede, bueno, corregir –le digo, midiendo cuidadosamente cada palabra–. Pero... no tengo otro modo de expresar mis... necesidades bloqueadas.

Estoy sorprendido de lo emotivo que me pone admitir esto, y la cosa se prolonga; me noto mareado. Como de costumbre, Evelyn no capta lo esencial de lo que le digo, y me pregunto cuánto me llevará conseguir librarme por fin de ella.

–Tenemos que hablar –digo tranquilamente.

Deja su copa de agua y me mira fijamente.

–Patrick –dice–. Si vas a empezar otra vez con lo de que debería hacerme unos injertos en el pecho, me *marcho* –advierte. Considero eso, luego digo:

–Se acabó, Evelyn. Se acabó todo.

– Touché, touché –dice ella, haciendo gesto al camarero para que le traiga más agua.

–Hablo en serio –digo tranquilamente–. La cosa se ha jodido. Hemos terminado. Y no es broma.

Ella vuelve a mirarme y creo que puede que *alguien* entienda lo que de hecho estoy tratando de comunicarle, pero entonces Evelyn dice:

–Vamos a dejar de lado ese asunto, ¿vale? Lamento si he dicho algo inapropiado. Oye, ¿vamos a tomar café? –Vuelve a hacer señas con la mano al camarero–. Yo tomaré un exprés descafeinado –dice–. ¿Patrick?

–Aporto –digo, suspirando–. Cualquier clase de aporto. –¿Le gustaría ver...? –empieza el camarero.

–No, el aporto más caro que tengan –le interrumpo–. Y, sí, claro, una cerveza seca.

–Dios mío –murmura Evelyn, después de que se haya ido el camarero.

–¿Todavía ves a tu loquero? –pregunto.

–Patrick –me advierte–. ¿A quién?

–Lo siento –digo, suspirando–. A tu *médico.*

–No; –Abre su bolso, buscando algo.

–¿Por qué no? –pregunto, interesado.

–Ya te conté por qué –dice ella, para terminar con el asunto.

–Pues no me acuerdo –digo yo, imitando sus gestos.

–Al terminar una sesión me preguntó si podía conseguir que entraran él y otros tres en Nell's aquella noche. –Se comprueba la boca, los labios, en el espejo de su polvera–. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque creo que necesitas ver a uno –empiezo, dudando, sinceramente–. Creo que emocionalmente eres inestable.

–¿Tú tienes un póster de Oliver North en tu apartamento, y me llamas inestable a *mí?* –pregunta, buscando algo más en el bolso.

–No. Tú lo eres, Evelyn –digo.

–Exageras. Estás exagerando –dice ella, rebuscando en su bolso, Sin mirarme.

Suspiro, pero empiezo seriamente:

–Yo no te vaya presionar, pero...

–Qué poco propio de ti, Patrick –dice ella.

–Evelyn, esto tiene que terminar –digo, suspirando, hablando a mi servilleta–. Tengo veintisiete años. No quiero cargar con un compromiso.

–¿Cariño? –pregunta.

–No me llames eso –suelto yo.

–¿Qué? ¿Cariño? –pregunta.

–Sí –suelto, cortante.

–¿Cómo quieres que te llame? –pregunta, indignada. –Dios santo.

–No, de verdad, Patrick. ¿Cómo quieres que te llame?

Rey, estoy pensando. Rey, Evelyn. Quiero que me llames rey.

Pero no digo eso.

–Evelyn, no quiero que me llames nada. No creo que debamos vernos nunca más.

–Pero tus amigos son mis amigos. Mis amigos son tus amigos. No creo que funcionara –dice ella, y luego, mirando un punto de encima de mi boca, añade–: Tienes una mancha encima del labio. Usa la servilleta.

Exasperado, me limpio la mancha.

–Oye, ya sé que tus amigos son mis amigos y viceversa. He pensado en eso. –Después de una pausa, digo, respirando a fondo–. Puedes quedártelos.

Por fin me mira, confusa, y murmura:

–Hablas en serio, ¿verdad?

–Sí –digo–. Hablo en serio.

–Pero... ¿qué va a ser de nosotros? ¿Y de nuestro pasado juntos? –pregunta, con la mirada vacía.

–El pasado no es real. Sólo es un sueño –digo yo–. No menciones el pasado.

Ella entorna los ojos con desconfianza.

–¿Tienes algo contra mí, Patrick? –y luego, la rigidez de su expresión se transforma instantáneamente en expectación, quizás en esperanza.

–Evelyn –digo, suspirando–. Lo siento. Lo que pasa es que... no eres particularmente importante... para mí.

Sin perder la calma, pregunta:

–Bueno, ¿y *quién* lo es? ¿Quién crees que lo *es,* Patrick? –Después de una pausa, pregunta–: ¿Cher? .

–¿Cher? –pregunto a mi vez, confuso–. ¿*Cher?* ¿De qué estás hablando? Olvídalo. Quiero que se termine. Necesito sexo de modo regular. Necesito que me distraigan.

En cuestión de segundos se pone frenética ya duras penas consigue contener la creciente histeria que la domina. No estoy disfrutando tanto como creía que disfrutaría.

–Pero ¿qué va a ser del pasado? ¿De nuestro *pasado?* –vuelve a preguntar inútilmente.

–No *menciones* eso –le digo, inclinándome.

–¿Por qué *no?*

–Porque nunca lo hemos compartido de verdad –digo, evitando alzar la voz.

Ella se calma e, ignorándome mientras vuelve a abrir su bolso, murmura:

–Patológica. Tu conducta es patológica.

–¿Qué quieres decir con *eso?* –pregunto, ofendido.

–Abominable. Eres patológico. –Encuentra una pildorera Laura Ashley y la abre.

–¿Patológico, por qué? –pregunto, tratando de sonreír.

–Olvídalo. –Saca una píldora que no reconozco y usa mi agua para tragársela.

–¿Soy patológico? ¿Estás diciéndome que *soy* patológico? –pregunto.

–Vemos el mundo de modo diferente, Patrick. –Olfatea.

–Gracias a Dios –digo, con mala intención.

–Eres inhumano –dice ella, tratando, creo, de no llorar. –Estoy... –me atasco, intentando defenderme– en contacto con... la inhumanidad.

–No, no, no. –Niega con la cabeza.

–Sé que a veces mi comportamiento es... errático –digo torpemente. .

De repente, en un intento desesperado, me coge la mano por encima de la mesa, acercándosela.

–¿Qué quieres que haga? ¿Qué es lo que quieres?

–Oh, Evelyn –gruña, apartando la mano, sorprendido de haber podido soltarla.

Está llorando.

–¿Qué quieres que haga, Patrick? Dímelo, por favor –suplica. –Deberías..., oh, Dios mío, no lo sé. ¿Llevar ropa interior erótica? –digo, dudando–. Por Dios, Evelyn, no lo sé. Nada. No puedes hacer nada.

–Por favor, ¿qué puedo hacer? –solloza en silencio. –¿Sonreír con más frecuencia? ¿Saber más de coches? ¿Decir mi nombre con menos frecuencia? ¿Es lo que quieres oír? –pregunto–. Eso no cambiaría nada. Ni siquiera tomas cerveza –murmuro.

–Pero tú tampoco tomas cerveza.

–Eso no importa. Además, acabo de pedir una.

–Oh, Patrick.

–Si de verdad quieres hacer algo por mí, deja de montar el número ahora –digo, paseando la vista, incómodo, por el comedor.

–¿Camarero? –dice ella, en cuanto éste deja el exprés descafeinado, el aporto y la cerveza secad. Tomaré..., tomaré..., ¿qué? –Me mira con los ojos llenos de lágrimas, confusa y llena de miedos. ¿Una Corona? ¿Es la que tú tomas, Patrick? ¿Una Corona?

–Oh, Dios mío. Déjalo. Por favor, discúlpela –le digo al camarero. Luego, en cuanto se ha alejado, añado–: Sí, una Corona. Pero estamos en un puñetero bistró chino–cajun, así que...

–Por Dios, Patrick –solloza, sonándose en el pañuelo que le he dado–. Eres tan malo. Eres... inhumano.

–No, soy... –vuelvo a atascarme.

–Tú... no eres... –Se interrumpe, secándose la cara, incapaz de terminar.

–¿No soy qué? –pregunto, esperando, interesado.

–No eres... –solloza, con la vista baja, los hombros hundidos– de aquí. No... –Se contiene– tienes sentido.

–Lo tengo –digo, indignado, defendiéndome–. Tengo sentido.

–Eres un espíritu necrófago –dice, sollozando.

–No, no –digo, confuso, mirándola–. El espíritu necrófago eres *tú.*

–Dios santo –gime ella, haciendo que los de la mesa de al lado nos miren–. No me lo puedo creer.

–Me marcho –digo, con voz tranquila–. He considerado atentamente la situación y me voy.

–No te vayas –dice, tratando de cogerme del brazo–. No te vayas.

–Me marcho, Evelyn.

–¿Adónde vas? –De repente, parece notablemente calmada.

Ha tenido cuidado de que las lágrimas, que de hecho noto que son muy pocas, no le afecten el maquillaje–. Dime, Patrick, ¿adónde vas?

Yo he dejado el puro encima de la mesa. Ella está demasiado disgustada para hacer ni siquiera un comentario.

–Me marcho –digo, simplemente.

–Pero *¿adónde?* –pregunta, mientras los ojos vuelven a llenársele de lágrimas–. ¿Adónde vas?

Todos los del restaurante dentro de un determinado radio de escucha parecen mirar hacia otro lado.

–¿Adónde vas? –vuelve a preguntar.

No contesto nada, perdido en mi laberinto privado, y pienso en otras cosas: mandamientos de pagos, ofertas de valores, ESOPs, LBOs, IPOs, financiaciones, refinanciaciones, obligaciones, apropiaciones, poderes, 8–Ks, *10–Qs,* bonos basura. PiKs, GNPs, el IMF, multimillonarios, Kenkichi Nakajima, infinidad, infinidad, hasta dónde podría llegar el lujo, finanzas, si cancelar mi suscripción a *The Economist,* el día de Nochebuena de cuando yo tenía catorce años y había violado a una de nuestras criadas, inclusividad, envidiar la vida de alguien, si es posible sobrevivir a una fractura de cráneo, esperas en aeropuertos, contener un grito, tarjetas de crédito y pasaportes y un sobre de cerillas de La Cúte Basque salpicadas de sangre, superficie, superficie, superficie, un Rolls es un Rolls es un Rolls. Para Evelyn nuestra relación es amarilla y azul, pero para mí es un sitio gris, a oscuras en su mayor parte, bombardeado, las secuencias de la película del interior de mi cabeza son constantes fotogramas de piedras y todos los idiomas que se oyen resultan totalmente desconocidos, el sonido se va y viene sobre nuevas imágenes: sangre que sale de cajeros automáticos, mujeres que dan a luz por el culo, fetos congelados o perturbados (¿qué es eso?), cabezas nucleares, miles de millones de dólares, la destrucción total del mundo, una persona apaleada, otra persona que muere, a veces sin sangrar, con mayor frecuencia por disparos de fusil, asesinatos, estados de coma, la vida vivida como un serial, un lienzo en blanco que se convierte por sí solo en un serial. Esto es una celda de castigo que 'sólo sirve para revelar mi propia capacidad para sentir severamente deteriorada. Yo estoy en el centro, fuera de tiempo y lugar, y sin nadie que me identifique. De repente imagino el esqueleto de Evelyn, retorcido y acurrucado, yeso me llena de alegría. Me lleva mucho tiempo responder a su pregunta *–¿adónde vas?–, pero* después de un sorbo de aporto y de la cerveza seca, despertando, le digo, al tiempo que me pregunto: «¿Si fuera un autómata de verdad qué diferencia habría?»

–A Libia. –Y luego, tras una significativa pausa, añado–: A Pago Pago. Digo que a Pago Pago. –Y luego, añado además–: Por culpa de tu enfado no pago la cena.

Intento de cocinar y comer a una chica

Amanecer. Un día de noviembre. Incapaz de dormir, doy vueltas en la cama, todavía con el traje puesto, notando la cabeza como si tuviera una hoguera encendida encima de ella, con un dolor que me obliga a mantener los dos ojos abiertos, y sin la menor esperanza. No hay medicinas, ni drogas, ni alimentos, ni bebidas que puedan aplacar la intensidad de este penetrante dolor: tengo tensos todos los músculos, todos los nervios en carne viva, en llamas. Llevo tomando Sominex más o menos desde la hora en que me fui de Dalmane, pero no me hace efecto y la caja de Sominex pronto está vacía. Hay cosas en un rincón del dormitorio: un par de zapatos de mujer de Edward Susan Bennis Allen, una mano sin el pulgar y el índice, el último número de *Vanity Fair* salpicado de sangre, un fajín de esmoquin empapado en sangre coagulada, y desde la cocina llega al dormitorio el olor a sangre cociéndose y cuando me levanto de la cama y voy tambaleándome hasta el cuarto de estar, las paredes laten, el hedor a descomposición se impone a todo. Enciendo un puro, esperando que por lo menos el humo disimulará este horrible hedor.

Sus pechos están hechos papilla y parecen azules y desinflados, y los pezones son una mancha parda desconcertante. Rodeados de negra sangre seca, están puestos, y de modo más bien delicado, en una fuente de porcelana que compré en la Pottery Barn, encima de la máquina de discos Wurlitzer en el rincón, aunque no recuerdo haberlos puesto ahí. También le quité toda la piel y la mayoría de los músculos de la cara, de modo que ésta parece una calavera con una larga y ondulada melena rubia que le cae de una cabeza que está conectada a un cadáver entero y frío; tiene los ojos

abiertos, pero los glóbulos oculares le cuelgan fuera de las órbitas, sujetos por unos pedúnculos. La mayor parte de su pecho resulta indistinguible del cuello, que parece carne picada, mientras que el estómago parece una lasaña de berenjena y queso de cabra de Il Marlibro, o una especie de comida para perros, siendo los colores dominantes el rojo y el blanco y el marrón. Algunos de sus intestinos están aplastados contra una pared y otros forman bolas que están esparcidas por la mesita baja de cristal como serpientes azuladas, gusanos mutantes. Los parches de piel que le quedan en el cuerpo son de color gris azulado del color del papel de estaño. Su vagina ha despedido una especie de sirope pardusco que huele a animal enfermo, como si hubiera digerido la rata a la que he obligado a entrar en ella.

Paso el cuarto de hora siguiente tirando de un intestino azulado, en su mayor parte unido todavía al cuerpo, y metiéndomelo en la boca, atragantándome, y notándolo como húmedo y lleno de una especie de pasta que huele mal. Después de una hora de escarbar, le arranco la médula espinal y decido mandársela por Federal Express, sin limpiar, envuelta en una tela, con un remite falso, a Leona Helmsley. Quiero beber la sangre de esta chica como si fuera champán y hundo la cabeza en lo que le queda de estómago, pasando la lengua por las costillas rotas. El enorme televisor nuevo está encendido en una de las habitaciones. Primero emite el programa de Patty Winters, que hoy trata de los diarios íntimos; luego un concurso, *Rueda de la Fortuna,* y los aplausos del público del estudio suenan a estática cada vez que eligen una carta nueva. Me aflojo la corbata que todavía llevo puesta con una mano empapada en sangre, mientras respiro profundamente. Ésta es mi realidad. Todo lo del exterior es como una película que ya he visto.

En la cocina trato de hacer filetes con la carne de la chica, pero la tarea se vuelve frustrante y me paso la tarde untando las paredes con ella, masticando los trozos de piel que le arranqué del cuerpo, y luego me siento a descansar viendo una cinta del nuevo programa de la CBS, *Murphy Brown.* Después de eso y de un gran vaso de J&B, vuelvo a la cocina. La cabeza que he metido en el micra ondas está ya completamente negra y sin pelo, y la pongo en una cazuela de estaño al fuego, en un intento de quitarle, hirviendo, la carne que me haya olvidado de arrancar. Meto el resto del cuerpo en una bolsa de basura –mis músculos, activados por Ben–Gay, manejan con facilidad el peso muerto– y decido utilizar lo que queda de ella para hacer algún tipo de embutido.

En el estéreo suena un CD de Richard Marx, hay una bolsa de Zabar's llena de bagels de cebolla y especias en la mesa de la cocina mientras pico hueso y grasa y carne para freírlos, y aunque a veces, y de modo esporádico, me doy cuenta de lo inaceptable de algunas de las cosas que hago, enseguida me recuerdo a mí mismo que esta cosa, esta chica, esta carne, no es nada, es mierda, y junto a un Xanax (que ahora tomo cada media hora) esta idea me calma momentáneamente y pronto tarareo la canción de un programa que veía de niño con frecuencia *–¿Los Jetson? ¿Los Banana Split? ¿Scooby Doo? ¿Sigmundo y los monstruos marinos?–.* Recuerdo la canción, la melodía, incluso la clave en la que la interpretaban, pero no el programa. ¿Era *Lidsville?* ¿Era *H.R. Pufnstuf?* Estas preguntas vienen puntuadas por otras preguntas tan distintas como «¿Tendré suficiente tiempo?» y «¿Tendría esta chica un corazón generoso?». El olor a sangre y carne llena el apartamento hasta que dejo de notario. y más tarde, mi macabra alegría se amarga y lloro por mí, incapaz de encontrar solaz en nada de esto, y sollozo y digo:

–Sólo quiero que me quieran –maldiciendo al mundo y todo lo que me han enseñado: principios, distinciones, elecciones, moral, compromisos, conocimientos, unidad, oración. Todo estaba equivocado, carecía de objetivo final. Todo ello se reduce a: muere o adáptate. Me imagino mi propia cara sin expresión, la voz incorpórea que sale de su boca: *Estos tiempos son terribles.* Ya hay gusanos retorciéndose en el embutido humano, la baba que me cae de la boca se mezcla con ellos y, todavía no soy capaz de decir si estoy preparando esto del modo adecuado, porque lloro con mucha fuerza y nunca antes había cocinado de verdad nada de nada.

Llevo una Uzi al gimnasio

Una noche sin luna, en el vestuario completamente vacío de Xclusive, después de hacer dos horas de ejercicio, me encuentro bien. La pistola que tengo en mi taquilla es una Uzi que cuesta setecientos dólares, y aunque también llevo una Rugen Mini (469$) en mi attaché de Bottega Veneta, un arma que suelen preferir muchos tiradores, sigue sin gustarme su aspecto; hay algo más viril en una Uzi, algo dramático que me excita, y sentado allí, con el walkman en la cabeza, unos pantalones de ciclista negros de lycra de doscientos dólares puestos, un Valium que empieza a hacerme efecto, miro fijamente la oscuridad del vestuario, tentado. La violación y subsiguiente asesinato de una estudiante de la Universidad de Nueva York, ayer por la noche, detrás de Gristede's, en University Place, cerca de su residencia, por muy inapropiado que fuera el momento, por poco característica que fuera la acción, resultó altamente satisfactorio, y aunque no estoy preparado para este cambio de sentimientos, me encuentro en un estado de ánimo reflexivo y dejo la pistola, que para mí es un símbolo de orden, la vuelvo a guardar en la taquilla, para utilizada en otro momento. Tengo que devolver unas cintas de vídeo, sacar dinero de un cajero automático, reservar mesa para cenar en 150 Wooster, lo cual era difícil de conseguir.

Persecución, Manhattan

Martes por la noche, en Bouley, en No Man's Land, una cena larguísima bastante irrelevante, incluso después de decides a los de la mesa:

–Oídme, chicos, mi vida es un infierno viviente.

Pero todos me ignoran, y el grupo reunido (Richard Perry, Edward Lampert, John Constable, Craig McDermot, Jim Kramer, Lucas Tanner) continúa hablando de inversiones, de qué valores parecen mejor colocados para la década que viene, de tías buenas, de bienes raíces, de oro, de por qué las acciones a largo plazo resultan demasiado arriesgadas en estos momentos, de los cuellos anchos, de portafolios, de cómo usar efectivamente la autoridad, de nuevos modos de hacer ejercicio, de Stolichnaya Cristall, de cómo impresionar más a las personas muy importantes, de la eterna vigilancia, de cómo se vive mejor, y aquí en Bouley no consigo controlarme, aquí en una sala que contiene un montón de víctimas potenciales, pues últimamente no puedo evitar encontradas en todas partes –reuniones de negocios, clubs nocturnos, restaurantes, taxis que pasan y ascensores, en la cola de los cajeros automáticos y en los vídeos pomos, en CNN, en todas partes, y todas ellas tienen algo en común: son *guapas,* y durante la cena casi estoy a punto de despegar, me sumo en un estado casi de vértigo que me obliga a disculparme antes del postre, momento. en el que voy al servicio, me meto una línea de cocaína, cojo del guardarropa mi abrigo de lana Giorgio Armani y la Magnum 357 que llevo escondida en él, me pongo una cartuchera y luego salgo, pero en el programa de Patty Winters de esta mañana le han hecho una entrevista a un hombre que había prendido fuego a su hija mientras estaba dando a luz, y en la cena todos hemos hablado…

…en Tribeca hay niebla, el cielo anuncia lluvia, los restaurantes están vacíos, pasada la medianoche las calles resultan lejanas, irreales, la única señal de vida humana es un tipo que toca el saxo en la esquina con Duane Street, a la puerta de lo que antes era DuPlex y ahora es un bistró abandonado que cerró el mes pasado; un tipo joven, con barba, boina blanca, que toca un solo de

saxofón muy hermoso pero convencional, con un paraguas abierto a los pies, con un billete de dólar húmed07 algunas monedas dentro. Incapaz de resistirlo me acerco a él, escuchando lo que toca, algo de *Les Misérables,* se da cuenta de mi presencia, saluda con la cabeza y, mientras cierra los ojos —alzando el instrumento, echando la cabeza hacia atrás en lo que supongo que cree que es un momento apasionado–, con un movimiento ágil saco la Magnum 357 de la pistolera y, esperando no llamar la atención de nadie cercano, ajusto un silenciador a la pistola, mientras el frío viento otoñal sopla en la calle, envolviéndolas, y cuando la víctima abre los ojos y ve la pistola y deja de tocar, manteniendo la boquilla del saxo metida en la boca, yo también me detengo; le hago una señal con la cabeza de que continúe y, aunque dudando, él sigue, y entonces yo llevo la pistola hasta su cara y en mitad de una nota aprieto el gatillo, pero el silenciador no funciona y en el mismo instante en que aparece en la pared detrás de su cabeza un enorme círculo púrpura, el sonido atronador del disparo me ensordece, mientras él, estupefacto, con los ojos todavía vivos, cae de rodillas, luego encima de su saxo, y yo saco el cartucho vacío y lo remplazo por otro nuevo, pero entonces pasa algo malo...

... porque mientras hago esto no me doy cuenta de que por detrás se me acerca un coche de la policía –¿qué hace? sólo Dios lo sabe, ¿está repartiendo tickets de aparcamiento?– y después de que el ruido de la pistola levante ecos, se desvanezca, la sirena del coche desgarra la noche, llegando de un lugar desconocido, y hace que el corazón me palpite con fuerza, mientras empiezo a alejarme del cuerpo, que tiembla, despacio, como quien no quiere la cosa al principio, como si fuera inocente, pero luego echo a correr a toda velocidad con el coche de la policía chirriando detrás de mí, y por un altavoz uno de los policías grita inútilmente:

–Alto deténgase tire el arma.

Ignorándolo, doblo a la izquierda por Broadway y me dirijo hacia el City Hall Park, tomo un callejón, con el coche de la policía persiguiéndome, pero se detiene cuando el callejón se estrecha, con una luz azul parpadeando en el techo, y salgo corriendo por el otro extremo del callejón lo más deprisa que puedo, llego a Church Street, donde hago señas a un taxi, salto en el asiento delantero y le grito al taxista, un joven iraní cogido por sorpresa:

–Aléjate a toda velocidad de aquí..., no mires atrás.

Y le amenazo con la pistola, apuntándole a la cara, pero a él le domina el pánico y grita en un espantoso inglés:

–No dispare por favor no me mate.

Tiene los brazos en alto, yo murmuro:

–Mierda. –Y le grito–: Conduce.

Pero está aterrorizado.

–No me mates tío, no dispares –dice.

Yo murmuro impaciente:

–Que te den por el culo.

Y alzando la pistola hacia su cara, aprieto el gatillo, la bala le abre la cabeza en dos, como si fuera una sandía rojo oscuro, aplastándosela contra el parabrisas, y abro la puerta, empujo el cadáver fuera, cierro de un portazo, me pongo a conducir...

... la descarga de adrenalina me hace jadear y sólo consigo avanzar unas cuantas manzanas de casas, en parte debido al pánico que me domina, pero fundamentalmente debido a la sangre, sesos, trozos de cabeza que cubren el parabrisas, y apenas consigo evitar el choque contra otro taxi en la esquina de Franklin –¿es Franklin?– con el Greenwich, torciendo violentamente hacia la derecha, y paso rozando el costado de una limusina aparcada, luego meto marcha atrás, avanzo chirriando por la calle, conecto los limpiaparabrisas, dándome cuenta entonces de que la sangre del cristal está por *dentro,* por lo que intento limpiarla con la mano enguantada y avanzo rápidamente y casi a ciegas

por el Greenwich hasta que pierdo el control por completo y el taxi se desvía y alcanza una tienda coreana, cerca de un restaurante karaoke que se llama Lotus Blosson en el que había estado con unos clientes japoneses, mi ntras el taxi derriba los estantes de fruta, atraviesa una pared de cristal, el cuerpo del cajero choca contra el capó, Patrick trata de meter la marcha atrás, pero no entra, se baja del taxi, se apoya en él, sigue un silencio en el que se impone el nerviosismo.

–Buena la has hecho, Bateman –murmura, mientras sale cojeando de la tienda, mientras el cuerpo del capó se queja, agonizando, Patrick no tiene ni idea de dónde ha salido el policía que se le acerca corriendo desde el otro lado de la calle y grita algo por un transmisor portátil, creyendo que Patrick está aturdido, pero Patrick le sorprende echándosele encima antes de que el policía pueda sacar el arma y los dos caen juntos en la acera...

... donde ahora hay clientes del Lotus Blosson que miran en silencio los daños, aunque ninguno ayuda al policía mientras los dos hombres pelean en la acera, el policía jadeando por el esfuerzo encima de Patrick, tratando de agarrar la pistola, pero Patrick se nota inflamado, como si por las venas le corriera gasolina en lugar de sangre, y hace más viento, la temperatura baja, empieza a llover, y los dos ruedan suavemente hasta la calzada, Patrick, sin dejar de pensar en que debería haber música, hace un gesto demoníaco, con el corazón latiéndole muy deprisa y se las arregla con bastante facilidad para llevar la pistola a la cara del policía, mientras dos pares de manos la sujetan, pero Patrick aprieta el gatillo, la bala alcanza superficialmente la cabeza del policía pero no le mata, aunque bajando el cañón cuando el policía afloja la presa, Patrick le dispara en la cara, y la bala al salir despide una neblina rosácea que queda en el aire mientras algunas de las personas de la acera gritan, sin hacer nada, vuelven a meterse en el restaurante corriendo, mientras el coche de la policía del que Patrick había escapado en el callejón se dirige rápidamente hacia la tienda, con las luces rojas lanzando destellos, haciendo rechinar los neumáticos al detenerse cuando Patrick tropieza con el bordillo y cae en la acera, al mismo tiempo que vuelve a cargar la pistola y se oculta detrás de la esquina mientras el terror que creía superado le domina nuevamente y piensa: «No tengo ni idea de lo que he hecho para aumentar mis oportunidades de que me atrapen, ¿liquidar de un tiro a un saxofonista?, ¿un *saxofonista?,* ¿no sería también *mimo?,* ¿le he liquidado por *eso*?», y a cierta distancia oye que llegan otros coches, mientras trata de perderse en el laberinto de calles, cuando ahora los policías, aquí mismo, ya no se molestan en hacer advertencias y se ponen a disparar y él les devuelve el fuego, tumbado cuerpo a tierra, mientras contempla a los dos policías que están detrás de las puertas abiertas del coche, disparando como en una película, lo que hace que Patrick se dé cuenta de que está implicado en un tiroteo de verdad, que trata de evitar las balas, que el sueño amenaza con desaparecer, que desaparece, que no apunta con cuidado, que se limita a devolver los disparos, allí tumbado, cuando una bala perdida, la sexta de una nueva descarga, alcanza el depósito de la gasolina del coche de la policía cuyos faros se apagan antes de que el vehículo salte por los aires como una bola de fuego que inflama la oscuridad mientras una farola situada encima explota inesperadamente con chispas amarillas y verdes, llamas que alcanzan los cuerpos de los policías, vivos y muertos, destrozando todas las ventanas de Lotus Blosson, y a Patrick le zumban los oídos...

... mientras corre hacia Wall Street, todavía en Tribeca, y se mantiene alejado de donde las farolas brillan con más fuerza, se fija en que la manzana entera por la que avanza dando tumbos es de clase alta, luego pasa muy deprisa junto a una hilera de Porches, trata de abrirlos uno a uno y pone en funcionamiento una cadena de alarmas de coches, el coche que quiere robar es un Ranger Rover negro con tracción en las cuatro ruedas, con una carrocería de aluminio digna de un avión y chasis de aluminio encastrado y un motor de inyección de ocho cilindros en V, pero no encuentra ninguno, y aunque esto le decepciona, también "está embriagado por el torbellino de confusión, por la propia ciudad, por la lluvia que cae del cielo gélido como la nieve aunque aún resulta cálida en la ciudad, en el suelo, por la niebla que se desliza entre los rascacielos de Battery Park, Wall Street, donde sea, muchos de ellos un borrón caleidoscópico, y ahora salta a un dique, da una vuelta de campana sobre él, y luego corre como un loco, corre a toda velocidad, con la mente bloqueada por el esfuerzo físico de un pánico intenso, absoluto, ahora piensa que le sigue un coche por una

autopista desierta, ahora nota que la noche le acepta, se oye un disparo que llega desde algún sitio pero la verdad es que no lo registra porque la mente de Patrick no está sincronizada, ha olvidado su destino, hasta que, como un espejo, el edificio de su oficina, donde está situada Pierce & Pierce, le salta a la vista, con sus luces apagándose piso a piso como si la oscuridad ascendiera por él, tiene que correr otros cien metros, doscientos metros, meterse por la escalera, debajo ¿de dónde?, con sus sentidos bloqueados por primera vez por el miedo y el desconcierto, y dominado por la confusión entra corriendo en el vestíbulo de lo que cree que es el edificio de su oficina, pero no, algo parece equivocado, ¿el qué?, *te cambiaste* (el propio cambio fue una pesadilla aunque Patrick avara tenga un despacho mejor, con las tiendas nuevas de Barney's y Godiva junto a...) y ha entrado en un edificio equivocado, es sólo en el ascensor...

... cuyas puertas están cerradas, donde se da cuenta, por el enorme Julian Schnabel que hay en el vestíbulo, que se *ha equivocado de edificio* 7, da media vuelta, corriendo, enloquecido, de vuelta a las puertas giratorias, pero el vigilante nocturno que antes ha tratado de atraer la atención de Patrick, ahora le hace señas con la mano cuando está apunto de salir del vestíbulo.

–Qué, quemándose las pestañas, ¿mister Smith? Se le ha olvidado firmar al entrar –dice.

… y frustrado, Patrick dispara contra él mientras da una, dos vueltas enteras, con las puertas de cristal que le devuelven al vestíbulo desde Dios sabe dónde, cuando la bala alcanza el cuello del vigilante, empujándolo hacia atrás, mientras deja un chorro de sangre colgando momentáneamente en el aire antes de volver a caer sobre la retorcida cara del vigilante, y el ordenanza negro que Patrick se acaba de fijar que observaba la escena desde una esquina del vestíbulo, con una fregona en la mano y el cubo a sus pies, deja caer la fregona, pone las manos en alto, y Patrick le dispara alcanzándole justo entre los ojos, y un torrente de sangre le tapa la cara, y la parte trasera de la cabeza le explota en un chorro, la bala levanta un trozo de mármol, la fuerza del estampido le aplasta contra la pared, Patrick corre por la calle hacia la luz de su nueva oficina, cuando entra...

... saludando con la cabeza a Gus, *nuestro vigilante nocturno,* firma y se dirige al ascensor, a las plantas superiores, hacia la oscuridad de su piso, recupera por fin la calma, seguro en el anonimato de mi nueva oficina, capaz, a pesar del temblor de manos, de coger el teléfono inalámbrico, mirar mi Rolex, exhausto, y los ojos caen sobre el número de Harold Carnes, marco lentamente las siete cifras, respirando a fondo, decido hacer pública lo que ha sido, hasta ahora, mi demencia privada, pero Harold no está, ha ido por cuestiones de negocios a Londres, y le dejo un mensaje admitiéndolo todo, que he cometido treinta, cuarenta, un centenar de asesinatos, y mientras *es*toy al teléfono hablando 'ton el contestador de Harold, un helicóptero con un foco aparece volando bajo por encima del río, iluminando el cielo de delante de él; se dirige hacia el edificio donde he estado al final y desciende y aterriza en el techo del edificio de enfrente a éste, cuya parte de abajo ya está rodeada por coches de la policía, dos ambulancias, un equipo de geos salta del helicóptero, media docena de hombres armado que desaparecen por la salida al helipuerto del techo, parece que hay luces iluminándolo todo, y yo contemplo todo esto con el teléfono en la mano, acurrucado junto a mi mesa de despacho, sollozando sin saber por qué mientras hablo al contestador de Harold.

–La dejé en un aparcamiento... cerca de un Dunkin' Donuts... hacia el centro de la ciudad. –Y, por fin, después de diez minutos de esto, termino concluyendo–: Bueno, soy un tipo bastante enfermo. –Y luego cuelgo, pero vuelvo a llamar y, después de un interminable pitido, para comprobar que mi mensaje ha quedado grabado, dejo otro–: Oye, soy Bateman otra vez, y si vuelves mañana, podría dejarme caer por Da Umberto's por la noche, de modo que, ya sabes, mantén los ojos abiertos. –y el sol, un planeta en llamas, se alza gradualmente sobre Manhattan, otro amanecer, y la noche pronto se convertirá en día tan deprisa como si fuera una especie de ilusión óptica.

Huey Lewis and The News

Huey Lewis and the News irrumpieron en la escena musical de la nación desde San Francisco, a comienzos de la década, con el álbum de pop–rock de su mismo nombre lanzado por Chrysalis, aunque no se encontraron de verdad a sí mismos, comercial y artísticamente, hasta su gran éxito de 1983, *Sports.* Aunque sus raíces eran visibles (blues, Memphis soul, country) en *Huey Lewis and the News* parecían excesivamente deseosos de aprovecharse del gusto de finales de los setenta/primeros de los ochenta por la New Wave, y el álbum –aunque todavía es un extraordinario debut– parece un poco rígido, excesivamente punk. Ejemplos de esto se encuentran en la batería del primer single, «Some of My Lies Are True (Sooner o Later)», y en las falsas palmas de «Don't Make Me Do It», así como en el órgano de «Taking a Walk». Aunque eran un poco forzadas, sus letras estaban llenas de vida de chico–quiere–a–chica y la energía que Lewis, como cantante solista, proporcionaba a todas las canciones, las hacía refrescantes. Cuentan con un gran guitarra solista como Chris Hayes (que también colabora en las partes vocales). Los solos de Hayes son tan originales y poco previsibles como pocos de los del rock. Sin embargo el teclista, Sean Hopper, parecía demasiado aplicado a tocar el órgano de modo excesivamente mecánico (aunque sus interpretaciones al piano de la segunda mitad del álbum mejoran), y Bill Gibson, a la batería, resultaba demasiado apagado para tener excesivo impacto. Las canciones tampoco maduraron hasta mucho más tarde, aunque muchas de las más pegadizas contenían fragmentos de añoranza y sentimiento y temor «Stop Trying» es un ejemplo).

Aunque los chicos proceden de San Francisco y comparten algunas similitudes con sus contrafiguras del sur de California, los Beach Boys (espléndidas armonías, vocalización sofisticada, hermosas melodías, incluso posaban con una tabla de surf en la cubierta de su primer álbum), también arrastraban algo de la desolación y nihilismo del (afortunadamente ya olvidado) ambiente «punk rock» de Los Ángeles de la época. ¡Hablando de jóvenes airados!, escúchese a Huey en «Who Cares», «Stop Trying», «Don't Even Tell Me That you Love Me», «Trouble in Paradise» (los títulos lo dicen todo). Huey ataca las notas igual que un salvador amargado, y la banda a menudo suena tan airada como intérpretes tales como los Clash o Billy Joe! o Blondie. Nadie debe olvidar que tenemos que agradecerle a Elvis Costello el descubrimiento de Huey. Huey tocaba la armónica en el segundo disco de Costello, el ligero e insípido *My Aim Was You.* Lewis tiene algo de la supuesta amargura de Coste1lo, aunque Huey tiene un sentido del humor más amargo, más cínico. Elvis parece creer que el juego de palabras intelectual es tan importante como el pasado bien y el mezclar cinismo con buen humor, pero me pregunto ¿qué piensa Costello de Lewis vendiendo muchísimos más discos que él?

Las cosas parecieron mejorar para Huey y los chicos con el segundo álbum, de 1982, *Picture This,* que contenía dos semihits, «Workin' for a Livin» y «Do You Believe in Love», y el hecho de que coincidiera con la aparición de los vídeos (se hizo uno de cada canción) es indudable que contribuyó a las ventas. El sonido, aunque todavía hormiguease de recursos New Wave, parecía más enraizado en el rock que el del álbum anterior, lo que podía tener algo que ver con el hecho de que Bob Clearmountain mezcló el disco o de que Huey Lewis and the News cogieron las riendas de la producción. Sus letras se hicieron más sofisticadas y el grupo no tuvo miedo de explorar tranquilamente otros géneros –notablemente el reggae «Tell Her a Little Lie» *y* las baladas «Hope You Lave Me Like You Say» e «It Is me?»–. Pero con toda su potencia pop, el sonido *y* la banda parecen, afortunadamente, menos rebeldes, menos cabreados, *y* en *este* disco (a pesar de la amargura muy de obrero de «Workin' *for* a Livin»), parecen más interesados por las relaciones personales –cuatro de las diez canciones del álbum llevan la palabra «amor» en el título– que por presentarse como unos jóvenes nihilistas, *y* los buenos *tiempos* agradables que se desprenden del disco suponen un cambio sorprendente, contagioso.

La banda toca mejor de que lo hacía antes *y* los metales de la Tower of Power proporcionan al disco un sonido más abierto, más cálido. El álbum alcanza su cumbre con el punch uno–dos de «Workin' for a Livin» *y* «Do You Believe in Lave», que es la mejor canción del álbum *y* trata esencialmente del cantante que le dice a una chica a la que ha conocido mientras *«buscaba* a *alguien* a *quien conocer»,* si *«cree en el amor».* El hecho de que la canción nunca resuelva la cuestión (nunca nos enteramos de lo que dice la chica) le proporciona una complejidad añadida que no aparecía en el primer disco del grupo. En «Do You Believe in Live» hay también un tremendo solo de saxo de Johnny Colla (el chico le da cien vueltas a Clarencé Clemons), el cual, como Chris Hayes a la guitarra solista *y* Sean Hopper a los teclados, ya se ha convertido en un elemento inestimable de la banda (el solo de saxo en la balada «It Is Me?» es incluso más potente). La voz de Huey suena más penetrante, menos crispada, aunque todavía quejumbrosa, especialmente en «The Only *One»,* que es una canción– conmovedora sobre lo que les pasa a nuestros mentores *y* cómo terminan (la batería de Bill Gibson es *es*pecialmente vital en este corte). Aunque el álbum debería haber terminado con esa poderosa nota, termina con «Buzz Buzz Buzz» un blues a olvidar que no tiene demasiado sentido comparado con el tema que le precedía, pero a su modo juguetón resulta divertido, *y* los metales de Tower Power están en una forma excelente.

No existen *esos* errores en el tercer álbum de la banda *y* obra maestra sin defecto, *Sports* (Chrysalis). Todas las canciones tienen fuerza suficiente para ser grandes éxitos *y* muchas de ellas 16 fueron.

De hecho, convirtió a la banda en uno de los iconos del rock'n'roll. Ha desaparecido por completo la imagen de malos chicos y se impone' una nueva dulzura de jóvenes estudiantes (incluso tienen la ocasión de decir «culo» en una de las canciones y en lugar de eso deciden utilizar un eufemismo). Todo el álbum tiene un sonido limpio, fresco, y un nuevo brillo de.; profesionalidad consumada que proporciona a las canciones del álbum un gran empuje. Y los absurdos y originales vídeos hicieron que se vendiera el álbum «Heart and Soul», «The Heart of Rock'n'Roll», «If This Is It», «Bad Is Bad», «I Want a New Drug»), convirtiéndolos en superestrellas de la cadena de vídeos musicales.

Producido por una banda, *Sports* se abre con lo que probablemente se convertir en su canción más conocida «The Heart of Rock'n'Roll», una amorosa oda al rock'n'roll de todos los Estados Unidos. La sigue «Heart and Soul», su primer gran single, que es una canción marca registrada de Lewis (aunque la hayan compuesto Michael Chapman y Nicky Chinn) y la que los estableció firmemente y para siempre como la primera banda de rock del país durante los años ochenta. Si las letras no son tan perfectas en otras canciones, la mayoría son más que sólidas y el conjunto es una graciosa empresa sobre el error que son los ligues de una noche (un mensaje que anteriormente el pendenciero Huey nunca hubiera difundido). «Bad Is Bad», compuesta por Lewis en solitario, es la canción más blues que la banda hubiera grabado hasta el momento, y la interpretación al bajo de Mario Cipollina le añade brillo, pero son realmente los solos de armónica de Huey los que le proporcionan ángulos. «I Wanta New Drug», con sus riff killer de guitarra (cortesía de Chris Hayes), es la pieza central del álbum, no sólo la más grande canción antidroga jamás compuesta, también es una declaración personal sobre lo que ha crecido la banda, eliminando su imagen de malos chicos y aprendiendo a ser más adultos. El solo de Hayes en ella es increíble y la batería que suena, aunque no se dice quién la toca, proporciona no sólo a «I Want a New Drug», sino a la mayor parte del álbum un ritmo más consistente que en cualquiera de sus álbumes anteriores, aunque todavía se agradezca la presencia de Bill Gibson.

El resto del álbum es perfecto, la segunda cara se abre con su declaración más intensa hasta el momento: «Walking on a Thin Line», y nadie, ni siquiera Bruce Springsteen, ha escrito de modo tan devastador sobre la difícil situación de los veteranos de Vietnam en la sociedad moderna. Esta canción, aunque no fue compuesta por miembros del grupo, muestra una conciencia social que para la banda era nueva y demuestra a cualquiera que lo hubiese dudado que la banda, aparte de su fondo de blues, tenía corazón. Y nuevamente con «Finally Found a Home» la banda proclama su recién

descubierta sofisticación con este himno triunfal a la edad adulta. y aunque al mismo tiempo es sobre su pérdida de la imagen de rebeldes, también es sobre cómo «se encontraron a sí mismos» en la pasión y energía del rock'n'roll. De hecho la canción funciona a tantos niveles que casi resulta demasiado compleja para el álbum, aunque nunca pierde el ritmo y todavía cuenta con los teclados de Sean Hopper, que la hacen bailable. «If This Is It» es la única balada del álbum, pero no es pesimista. Se trata de una súplica que un amante le dirige a otro para que continúen su relación, y el modo en que la canta Huey (sin duda la mejor parte vocal del álbum), le hace destilar esperanza. Esta canción –como el resto del álbum– nuevamente es sobre la búsqueda de chicas o su añoranza, sobre las relaciones con ellas. «Crack me Up» es el único hit del álbum que se refiere a la época New Wave de la banda, y es menor pero divertida, aunque sus declaraciones anti–alcohol, anti–droga, a favor de la edad adulta, no lo son.

Y como delicioso final a un álbum extraordinario en su conjunto, la banda hace una versión de «Honky Tonk Blues» (otra canción compuesta por un individuo que no es de la banda y que se llama Hank Williams), y aunque se trate de un tipo de canción muy diferente, se puede notar su presencia a lo largo de todo el álbum. Con toda su brillantez profesional, el álbum tiene la integridad del honky–tonk blues. (Aparte de eso, durante este período Huey también grabó dos canciones para la película *Regreso al futuro,* que fueron número uno: «The Power of Lave» y «Back in Time», las dos deliciosas, no notas a pie de página, en lo que ha adquirido forma de carrera legendaria.) ¿Y qué decir a los que no les gustó *Sports?* Que nueve millones de personas no pueden estar equivocadas.

Fore! (Chrysalis, 1986) es esencialmente una continuación del álbum *Sports,* pero con más brillantez profesional. Se trata de un álbum donde los chicos no necesitan demostrar que han crecido y que han aceptado el rock'n'roll, pues en los tres años de transición entre *Sports* y *Fore!* es indudable que *han crecido.* (De hecho tres de ellos llevan traje en la cubierta del disco.) Se abre con una llamarada, «Jacob's Ladder», que es esencialmente una canción sobre la lucha y el triunfo del compromiso, un recuerdo oportuno de lo que representan Huey and The News, y con la excepción de «Hip To Be Square» es la mejor canción del álbum (aunque no la compuso ninguno de los miembros de la banda). La seguía la dulce y amable «Stuck With you», un himno triunfal a las relaciones fijas y el matrimonio. De hecho la mayoría de las canciones de amor del álbum son sobre relaciones sostenidas, a diferencia de las de los primeros álbumes, donde el interés se centraba en andar detrás de las chicas y no conseguidas o quemarse en el proceso. En *Fore!* las canciones son sobre chicos que mantienen el control (que ya tienen a las chicas) y ahora deben entendérselas con ellas. Esta nueva dimensión de los News proporciona al disco un magnetismo especial y les hace parecer más contentos y satisfechos, menos apremiantes, lo que lo convierte en el más placenteramente elaborado de los suyos hasta la fecha. Pero también está «Doing It All for My Babe» (una oda deliciosa sobre la monogamia y la satisfacción), y hay un blues tremendo como «Whole Lotta Lovin», y la primera cara termina con la obra maestra «Hip to Be Square» (a la que, irónicamente, acompaña el único vídeo malo de la banda), la canción clave de *Fore!,* y es una jovial oda al conformismo tan pegadiza que la mayor parte de la gente ni siquiera presta atención a la letra, pero con Chris Hayes arrasando a la guitarra y las tremebundas intervenciones de los teclados... ¿a quién le importa? Y no trata sólo de los placeres del conformismo y la importancia de las tendencias, también constituye una declaración personal sobre la propia banda, aunque no estoy completamente seguro de lo que afirman.

Aunque la segunda parte de *Fore!* no tiene la intensidad de la primera, contiene auténticas joyas que de hecho resultan bastante complicadas. «I Know What I Like» es una canción que Huey nunca habría cantado seis años atrás –una categórica declaración de independencia–, mientras «I Never Walk Alone», –tan estratégicamente situada– que la sigue, de hecho complementa la canción y la explica en términos más amplios (también tiene un gran solo de órgano y, si se exceptúa «Hip to Be Square», contiene la más intensa interpretación vocal de Huey). «Forest for the trees» es un animoso corte contra el suicidio, y aunque su título parece un cliché, Huey y la banda poseen un

modo de dar energía a los clichés y convertidos en algo completamente original. El estupendo a capella «Naturally» evoca una edad de inocencia mientras destacan las armonías vocales de la banda (si uno no lo supiera, creería que eran los Beach Boys los que salen del lector de CD), y aunque sea esencialmente una vuelta al pasado, una especie de insignificancia, el álbum termina con una nota majestuosa con «Simple as That», una balada sobre un obrero que suena no a resignación sino a esperanza, y su complejo mensaje (no fue compuesta por ninguno de la banda) de supervivencia abre el camino a su siguiente álbum, *Small World,* donde se ocupan de cuestiones globales. *Fore!* puede que no sea la obra maestra que era *Sports* (¿qué podría superar eso?), pero a su modo es tan satisfactorio, y el más dulce y agradable Huey del año 86 es tan intenso como Siempre.

Small World (Chrysalis, 1988) es el disco más ambicioso y artísticamente más logrado de los producidos nunca por Huey Lewis and the News. El joven airado ha sido remplazado definitivamente por un refinado músico profesional y aunque Huey sólo haya conseguido dominar de verdad un instrumento (la armónica), su majestuoso sonido dylaniano proporciona a *Small World* una grandeza que pocos artistas han alcanzado. Es una obra de transición evidente y el primero de sus álbumes que trata de tener sentido temático en su conjunto –de hecho Huey se ocupa de uno de los asuntos más importantes de todos: la importancia de la comunicación global–. No es extraño que cuatro de las diez canciones del álbum lleven la palabra «mundo» en el título y que por primera vez no haya sólo uno, sino *tres* temas instrumentales.

El CD arranca con un comienzo estimulante, el «Small World Part One», de Lewis/Hayes, que junto con su mensaje de armonía, tiene un intensísimo solo de Hayes en el centro. En «Old Antone's» uno puede percibir las influencias del zydeco de Louisiana que la banda ha adquirido durante sus giras por el país, lo que le da un sabor que es único. Bruce Hornsby toca maravillosamente el acordeón y las letras proporcionan un sentido del auténtico espíritu de los bayou. Nuevamente, en el hit en single «Perfect World», los metales de Tower of Power se utilizan con un efecto extraordinario. También es el mejor corte del álbum (compuesto por Alex Call, que no es de la banda) y une todas sus líneas temáticas –es sobre la aceptación de las imperfecciones de este mundo pero sin olvidar que *«seguimos sonando que vivimos en un mundo perfecto»*–. Aunque la canción es pop acelerado, resulta conmovedora en lo que se refiere a sus intenciones y la banda toca espléndidamente. Extrañamente va seguida por dos temas instrumentales: el mágico corte bailable de reggae con influencias africanas «Bobo Tempo» y la segunda parte de «Small World». Pero aunque estas canciones no tengan letra, no por ello se pierde el mensaje global de comunicación, y no parecen de relleno debido a las implicaciones de las repeticiones temáticas; la banda también demuestra su habilidad para las improvisaciones.

La segunda cara se abre de modo aplastante con «Walking with the Kid», la primera canción de Huey en la que acepta las responsabilidades de la paternidad. Su voz suena a madura y aunque nosotros, en cuanto oyentes, no nos enteramos hasta el último verso de que «el niño» de hecho es su hijo, la madurez de la voz de Huey nos convence y es difícil creer que el hombre que una vez cantó «Heart and SouI» y «Some of My Lies Are True», esté cantando *esto.* La gran balada del álbum, «World to Me», es una perla soñadora, y aunque trata del mantenimiento de una relación, también hace alusiones a China y Alaska y Tennessee, apoyándose en el tema «Small World» –y la banda suena bien de verdad en ella–. «Better Be True» también tiene algo de balada, pero no es una perla tan conseguida y su letra no es sobre el mantenimiento de una relación ni hace referencias a China o Alaska y la banda suena bien de verdad.

«Give Me the Keys And I'll Drive You Crazy» es un blues agradable sobre (¿qué si no?) el circular en coche por ahí, e incorpora el tema del álbum de un modo mucho más juguetón que en las canciones anteriores, y aunque la letra resulte un tanto pobretona, da señal del nuevo Lewis «serio» –ese Huey artista– que ha perdido por completo su vivo sentido del humor. El álbum termina con «Slammin», que no tiene letra y es solo la suma de muchos metales y que, francamente, si lo pones demasiado fuerte, pueden provocarte un dolor de cabeza bastante jodido y puede que hasta te

sientas un poco mareado, aunque quizá suene de modo diferente en un LP o en casete, cosa que no puedo asegurar. De cualquier modo, hizo que surgiera algo maligno en mi interior que me duró. y no se puede bailar muy bien.

Exigió algo así como cien personas (incluyendo a los no músicos, como técnicos de sonido, contables y abogados, a todos los cuales se les dan las gracias), componer el disco, pero esto de hecho contribuye al tema de comunidad del CD y no desordena la grabación –hace que sea una experiencia todavía más gozosa–. Con este CD y los cuatro precedentes, Huey Lewis and the News demuestran que si de verdad éste *es* un mundo pequeño, estos chicos son la *mejor* banda norteamericana de los años ochenta de este o de cualquier otro continente, y todo tiene relación con Huey Lewis, un cantante, músico y compositor que ha llegado a la cumbre.

En la cama con Courtney

Estoy en la cama con Courtney. Luis está en Atlanta. Courtney tiembla, se aprieta contra mí, se relaja. Me dejo caer a un lado y la espalda me aterriza sobre algo duro y cubierto de piel. Busco debajo del cuerpo y encuentro un gato de peluche con joyas azules por ojos que creo que encontré en F.A.O. Schwarz cuando hacía algunas compras tempranas para Navidad. Me siendo desorientado sobre qué decir, así que suelto:

–Las lámparas de Tiffany... están volviendo.

Casi no la puedo ver en la oscuridad, pero la oigo suspirar, afligida y en voz baja, como el sonido de un frasco de medicinas que se abre con un chasquido, mientras su cuerpo cambia de sitio en la cama. Tiro el gato al suelo, me levanto, tomo una ducha. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las lesbianas adolescentes y lo he encontrado tan erótico que he tenido que quedarme en casa, sin asistir a una reunión, y me la he meneado dos veces. Sin saber qué hacer, he pasado gran parte del día de modo desordenado en Sotheby's, aburrido y confuso. Ayer por la noche cené con Jeanette en Deck Chairs y ella parecía cansada y comió poco. Compartimos una pizza que costó noventa dólares. Después de secarme el pelo con una toalla me pongo un albornoz Ralph Lauren y vuelvo al dormitorio; empiezo a vestirme. Courtney fuma un pitillo mientras ve *A última hora con David Letterman,* con el sonido quitado.

–¿Me llamarás antes de Acción de Gracias? –pregunta. –Puede. –Me abrocho la camisa, preguntándome por qué he venido aquí.

–¿Qué vas a hacer tú? –pregunta, hablando lentamente.

Mi respuesta es previsiblemente fría.

–Cenar en el River Café. Después iré al Au Bar, seguramente.

–Es agradable –murmura ella.

–¿Y tu y...Luis? –pregunto yo.

–Pensábamos cenar en casa de Tad y Maura –dice, suspirando–. Pero no creo que vayamos.

–¿Por qué no? Me pongo el chaleco de cachemira negra de Polo, pensando: «Me interesa de verdad.»

–Bueno, ya sabes como es Luis con los japoneses –empieza con los ojos vidriosos.

Como no continúa, digo, fastidiado:

–Empieza a tener sentido. Sigue.

–Luis se negó a jugar al Trivial Pursuit en casa de Tad y Maura el domingo pasado porque tienen un Akita. –Da una calada al pitillo.

–Preferiría... –Hago una pausa–. ¿Qué pasó? –Jugamos en mi casa.

–No sabía que fumabas –digo.

Courtney sonríe tristemente, de modo estúpido.

–No te habrás fijado.

–Vale, admito que me molesta, pero sólo un poco. –Voy hasta el espejo Marlianque cuelga encima de un escritorio de madera de teca Sottrass para asegurarme de que el nudo de mi corbata escocesa Armani no está torcido.

–Oye, Patrick –dice ella, con esfuerzo–. ¿Podemos hablar? –Eres estupenda –digo, suspirando y volviendo la cabeza y lanzándole un beso–. No tenemos nada de qué hablar. Te vas a casar con Luis. Y nada menos que la semana que viene.

–¿Cambia eso algo? –pregunta sarcásticamente, pero no de modo que expresa frustración.

–¡Lee en mis labios –digo, volviéndome hacia el espejo–. Eres maravillosa.

–¿Patrick?

–¿Sí, Courtney?

–Si no nos vemos antes de Acción de Gracias... –Se interrumpe, confusa–. Que pases un buen día.

La miro durante un momento, antes de responderle, sin entonación:

–Y tú también.

Coge el gato de peluche, le acaricia la cabeza. Salgo al vestíbulo y me dirijo a la cocina.

–¿Patrick? –llama ella suavemente desde el dormitorio.

Me detengo sin volverme.

–¿Qué?

–Nada.

Smith & Wollensky

Estoy con Craig McDermott en Harry's, de Hannover. Él fuma un puro, bebe un martini de Stoli Cristall y me pregunta qué reglas hay para llevar pañuelo de bolsillo. Yo tomo lo ,mismo y le respondo. Esperamos a Harold Carnes, que acaba de volver de Londres y lleva media hora de retraso. Estoy nervioso, impaciente, y cuando le digo a McDermott que deberíamos haber invitado a Todd o por lo menos a Hamlin, que estoy seguro que tiene cocaína, él se encoge de hombros y dice que a lo mejor nos encontramos con Carnes en Delmonico's. Pero no nos encontramos con Carnes en Delmonico's de modo que vamos a la parte alta de la ciudad, a Smith & Wollensky donde tenemos mesa para las ocho, que he reservado uno de los dos. McDermott lleva un traje de lana cruzado con seis botones de Cerruti 1881; una camisa de algodón de Louis, Boston; una corbata de seda de Dunhill. Yo llevo un traje cruzado con seis botones de Ermenegildo Zegna, una camisa a rayas de algodón de Luciano Barbera, una corbata de seda de Armani, zapatos de ante de Ralph Lauren, calcetines de E. G. Smith. De hombres que han sido violados por mujeres era de lo que

trataba el programa de Patty Winters de esta mañana. Sentados en una mesa de Smith & Wollensky, que está extrañamente vacío, empieza a pegarme el Valium, tomo una copa de vino tinto, preguntándome distraídamente por aquel primo mío de Sto Alban' s, Washington, que violó recientemente a una chica, le arrancó los lóbulos de las orejas a mordiscos, y noto como arcadas y no pido albondiguillas, y pienso en como mi hermano y yo montábamos juntos a caballo, jugábamos al tenis –recuerdo esto con claridad–, pero McDermott elimina estos pensamientos cuando se fija en que no he pedido las albondiguillas después de que han traído la cena.

–¿Qué pasa ? No se puede venir a cenar a Smith & Wollensky y no pedir las albondiguillas –se queja.

Evito su mirada y toco el puro que tengo en el bolsillo de la chaqueta.

–Por Dios, Bateman, eres un maníaco y desvarías. Llevas demasiado tiempo en P & P –murmura–. ¡No tornar albondiguillas!

No digo nada. Cómo podría decide a McDermott que estoy pasando una temporada inconexa de mi vida y que me estoy fijando en que han pintado las paredes de un blanco brillante, que casi hace daño a la vista y que, debido al resplandor de las luces fluorescentes, esas paredes parecen latir y ponerse al *rojo* vivo. Frank Sinatra canta «Witchcraft». Sigo con la mirada fija en las paredes, escuchando la letra, con mucha sed, pero nuestro camarero está atendiendo a una mesa muy grande que ocupan exclusivamente "japoneses, y alguien, que creo que es o George Mac Gowan o Taylor Prestan, en la mesa de detrás de ésta, que lleva algo de Polo, me mira con desconfianza y McDermott sigue mirando fijamente mi filete con expresión de asombro en la cara y uno de los hombres de negocios japoneses tie*ne* un ábaco en la mano, otro trata de pronunciar la palabra «teriyaki», otro tararea, luego canta, la letra de la canción, y toda la mesa ríe, un sonido extraño pero no completamente desconocido, cuando alza unos palillos, mueve la cabeza a los lados con seguridad, imitando a Sinatra. Abre la boca y lo que sale de ellas es:

–Ese astuto 0101 seductol... esa loca blugelía...

Algo en la televisión

Mientras me visto para ir con Jeanette a un nuevo musical inglés que *se* estrenó en Broadway la semana pasada y luego a cenar en Progress, el nuevo restaurante de Malcolm Forbes del Upper East Side, veo la cinta del programa de Patty Winter de esta mañana, que *se* divide en dos partes. La primera es sobre el cantante solista de la banda de rock Guns n' *Rases,* Axl *Rase,* del que Patty cita que había dicho a uno que le entrevistaba:

«Cuando estoy tenso me pongo violento y la emprendo contra mí mismo. Saqué unas hojas de afeitar pero luego comprendí que tener una cicatriz es más perjudicial que no tener un estéreo... Preferí darle patadas a mi estéreo que pegarle un puñetazo a alguien en la cara. Cuando me enfado o me siento molesto, a veces me dirijo al plano y toco.»

La segunda parte consiste en Patty leyendo cartas que Ted Bundy, el asesino de masas, le había escrito a su novia durante uno de sus mucnos juicios.

«Querida Carole –lee, mientras una desagradable foto de la cabeza de Bundy, sólo a unas semanas de su ejecución, aparece y desaparece en la pantalla–, por favor, en la sala del tribunal no te sientes en la misma fila que Janeto. Cuando miro hacia ti siempre la veo a ella contemplándome

con ojos de loca, igual que una gaviota trastornada examinando una almeja... Noto como si ya me echaran salsa picante por encima...»

Espero que pase algo. Me quedo sentado en el dormitorio durante cerca de una hora. No pasa nada. Me levanto, me meto el resto de la coca –una cantidad minúscula– que tengo guardada del sábado pasado en M.K. o en Au Bar en el armarito de las medicinas, me detengo en Orso a tomar una copa antes de reunirme con Jeanette, a la que he llamado antes, para decirle que tengo dos entradas para ese musical en concreto, y ella no ha dicho nada, excepto:

–Iré. –Y yo le he dicho que nos veríamos delante del teatro a las ocho menos diez y ella ha colgado. Me digo, mientras estoy sentado solo en la barra de Orso, que he estado a punto de llamar a uno de los números que se encendían y apagaban en la parte de abajo de la pantalla, pero entonces me he dado cuenta de que no sabía qué decir y he recordado diez de las palabras que ha leído Patty:

–Noto como si ya me echaran salsa picante por encima.

Vuelvo a recordar esas palabras por algún motivo mientras Jeanette y yo estamos sentados en Progress después del musical y es tarde y el restaurante está abarrotado. Pedimos una cosa que se llama carpaccio de águila, mahi–mahi con mesquite grillé, endivias con queso de *chevre* y chocolate con almendras por encima, ese gazpacho tan raro con pollo crudo, cerveza seca. En este preciso momento no hay nada de verdad comestible en mi plato, y lo que hay sabe como a plástico. Jeanette lleva una chaqueta de esmoquin de lana, un chal de seda con una manga, pantalones de esmoquin de lana, todo Armani, pendientes de oro antiguo y diamantes, medias de Givenchy, zapatos planos de gro. No deja de suspirar y amenaza con encender un pitillo, a pesar de que estamos sentados en la zona de no fumadores del restaurante. El comportamiento de Jeanette me inquieta profundamente, hace que tenga pensamientos sombríos que se me forman y expanden dentro de la cabeza. Está tomando kir de champán, pero ya ha bebido demasiados y cuando pide el sexto, le sugiero que tal vez ya sea suficiente. Ella me mira y dice:

–Tengo frío y sed y pediré lo que me dé la gana.

Yo digo:

–Entonces toma Evian o San Pellegrino, por el amor de Dios.

Sandstone

Mi madre y yo estamos sentados en su habitación privada del Sandstone, donde ahora reside de modo permanente. Intensamente sedada, tiene puestas las gafas de sol y no deja de tocarse el pelo y yo no dejo de mirarme las manos, bastante seguro de que me tiemblan. Trata de sonreír cuando me pregunta qué quiero por Navidad. No me sorprende el esfuerzo que me cuesta alzar la cabeza y mirada. Llevo un traje de lana con dos botones y solapas muy marcadas de Gian Marco Venturi zapatos de cuero con cordones 'de Armani, corbata de Polo, calcetines no estoy seguro de quién. Estamos a mediados de abril.

–Nada –digo, sonriendo tranquilizadoramente.

Hay una pausa. La rompo al preguntar:

–¿Qué quieres tú?

Ella no dice nada durante largo Tato y yo vuelvo a mirarme las manos, la sangre seca, probablemente de una chica que se llamaba Suki, de debajo de la uña del pulgar. Mi madre se pasa la lengua por los labios cansinamente y dice:

–No lo sé. Sólo quería pasar unas Navidades agradables.

No digo nada. Me paso la hora siguiente examinándome el pelo en el espejo que he insistido en que los del hospital no quiten de la habitación de mi madre.

No pareces feliz –dice ella, de repente.

–Pues lo soy –le digo, con un breve suspiro.

–No pareces feliz –dice, esta vez con más tranquilidad. Se toca el pelo, nuevamente liso y cegadoramente blanco.

–Bien, pues tú tampoco lo pareces –digo lentamente, esperando que no dirá nada más.

No dice nada más. Estoy sentado en una butaca situada junto a la ventana y a través de los barrotes veo que la pradera de fuera se oscurece, que una nube tapa el sol, pero enseguida recupera su color verde. Mi madre está sentada en la cama con un camisón de Bergdorf's y unas zapatillas de Narma Kamali que le regalé el año pasado por Navidades.

–¿Qué tal estuvo la fiesta? –pregunta.

–Muy bien –digo, preguntándome a cuál se referirá. –¿Cuántas personas había?

–Cuatrocientas. Quinientas. –Me encojo de hombros–. No estoy seguro.

Vuelve a pasarse la lengua por los labios, se toca el pelo una vez mas.

–¿A qué hora te fuiste?

–No me acuerdo –respondo, tras una larga pausa.

–¿La una? ¿Las dos? –pregunta.

–Debía de ser la una –digo casi interrumpiéndola.

–Oh. –Vuelve a hacer una pausa, se coloca bien las gafas de sol, unas Ray–Ban negras que le compré en Bloomingdale's y que me costaron doscientos dólares.

–No estaba muy bien –digo, sin sentido, mirándola.

–¿Por qué? –pregunta, curiosa.

–Simplemente no lo estaba –digo, volviendo a mirarme la mano, las escamitas de sangre de debajo de la uña del pulgar, la fotografía de mi padre cuando era mucho más joven de encima de la mesilla de noche de mi madre, junto a una fotografía de Sean y yo cuando éramos adolescentes, con esmoquin, y sin que ninguno de los dos sonría. En la fotografía, mi padre lleva una chaqueta negra sport cruzada con seis botones, una camisa sport blanca de cuello ancho, corbata, pañuelo en el bolsillo, zapatos, todo de Books Brothers. Está parado junto a uno de los animales que se criaban hace mucho tiempo en la propiedad de su padre en Connecticut, y le pasa algo en los ojos.

La mejor ciudad para los negocios

Y un lluvioso martes por la mañana, después de hacer ejercicio en Xclusive, me detengo en el apartamento de Paul Owen en el Upper East Side. Han pasado ciento sesenta y un días desde la noche en que estuve allí con las dos chicas. En ninguno de los cuatro periódicos de la ciudad, ni en

las noticias locales, han dicho nada sobre que hubieran encontrado los cuerpos; tampoco ha habido rumores en el ambiente. Incluso he ido tan lejos como para preguntar a algunas personas –chicas con las que salí, amigos, conocidos del trabajo–, en restaurantes, en los vestíbulos de Pierce & Pierce, si alguien había oído hablar de que encontraron a dos prostitutas mutiladas en el apartamento de Paul Owen. Pero, como en una película, nadie ha oído nada, nadie tiene ni idea de sobre qué estoy hablando. Hay otras cosas de que ocuparse: la alarmante cantidad de laxantes y anfetas con que están cortando la cocaína en Manhattan, Asia en los años noventa, la imposibilidad virtual de conseguir una reserva de mesa para las ocho en PR, el nuevo restaurante de Tony McManus de Liberty Island, el crack. De modo que supongo que lo que pasa, esencialmente, es que no han encontrados los cuerpos. Y por lo que he conseguido saber, Kimball también se ha trasladado a Londres.

El edificio me parece diferente cuando me apeo del taxi, aunque no consigo imaginar por qué. Todavía tengo las llaves que le robé a Owen la noche que le maté y ahora las saco para abrir la puerta del vestíbulo, pero no funcionan, no entran bien. En lugar de eso, un portero uniformado que no estaba aquí hace seis meses me la abre, excusándose por haber tardado tanto. Me quedo allí, bajo la lluvia, confuso, hasta que me hace entrar, preguntándome alegremente, con fuerte acento irlandés:

–¿Entra usted o se va a quedar ahí...? Está empapándose.

Entro en el vestíbulo, con el paraguas plegado debajo del brazo, guardándome en el bolsillo la máscara de cirujano que traigo para protegerme del olor. Sujeto un walkman en la mano, dudando qué decir, cómo plantear las cosas.

–Bien, ¿en qué puedo servirle, señor? –pregunta.

Titubeo –una pausa larga, torpe– antes de decir, simplemente: –El catorce A.

Me mira atentamente antes de verificar su libro, luego resplandece, señalando algo con el dedo.

–Ah, claro. Mistress Wolfe está justo ahora allí. –¿Mistress... Wolfe? –digo débilmente, luego sonrío.

–Sí, es la agente de la inmobiliaria –dice, mirándome–. Está citado con ella, ¿no?

El ascensorista, también algo nuevo, mira fijamente al suelo mientras los dos vamos edificio arriba. Trato de recordar mis pasos de aquella noche, de aquella semana entera, inútilmente, desde luego, pues no he vuelto al apartamento después de asesinar a las dos chicas. *¿Cuánto vale el apartamento de Owen?,* es una pregunta que empieza a abrirse camino en mi mente hasta que por fin se queda allí, latiendo. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre personas a las que les habían quitado la mitad del cerebro. Noto el pecho como hielo.

Las puertas del ascensor se abren. Salgo cautelosamente, mirando detrás de mí mientras se cierran, luego me dirijo por el descansillo hacia el apartamento de Owen. Oigo voces dentro. Me apoyo en la pared, suspiro, con las llaves en la mano, sabiendo que ya han cambiado las cerraduras. Mientras, tembloroso, mirándome fijamente los mocasines, que son negros y de A. Testoni, me pregunto qué debería hacer, se abre la puerta del apartamento, cogiéndome por sorpresa y haciendo que momentáneamente sienta lástima de mí mismo. Una ejecutiva de la inmobiliaria de mediana edad sale, son ríe y pregunta, mirando su agenda:

–¿Es usted el que estaba citado a las once?

–No –digo yo.

Ella dice:

–Entonces, perdone –y se aleja por el pasillo, dándose la vuelta para mirarme, una vez, con una expresión extraña en la cara, antes de desaparecer al doblar una esquina. Lanzo una ojeada dentro del apartamento. Una pareja de casi treinta años está de pie, hablando uno con otro, en mitad del cuarto de estar. Ella lleva una chaqueta de lana, una blusa de seda, pantalones de franela Armani,

pendientes bermellón, guantes, y tiene en la mano una botella de Evian. Él lleva una chaqueta sport de tweed, un chaleco de cachemira, una camisa de algodón, corbata Paul Stuart, una trinchera Agnes B. plegada en el brazo. Detrás de ellos, el apartamento parece impecable. Persianas venecianas nuevas, el revestimiento de fausse piel de vaca ha desaparecido; sin embargo, los muebles, el mural, la mesita de cristal,–las sillas Thonet, el sofá de cuero negro, parecen intactos, el televisor con la pantalla tan grande lo han colocado en el cuarto de estar y está encendido; con el volumen quitado, y ahora se ve un anuncio en el que una mancha se aleja de una chaqueta y se dirige a la cámara, pero eso tía hace que me olvide de lo que les hice a los pechos de Christie, a la cabeza de una de las chicas; de la nariz arrancada, de las dos orejas destrozadas a mordiscos, de cómo podía ver el interior por donde había desgarrado la carne de su mandíbula y de las dos mejillas, de los torrentes de sangre que inundaban el apartamento, del hedor a muerte, de mi propia confusión que he arrastrado adentro...

–¿Puedo ayudarle en algo? –La agente de la inmobiliaria, mistress Wolfe supongo, interviene. Tiene una cara delgada muy angulosa, una nariz grande, expresión como angustiada, boca de labios muy pintados, ojos azul claro. Lleva una chaqueta de lana bouclé, blusa de seda, zapatos, pendientes, un brazalete, ¿de dónde?, no lo sé. Puede que todavía no tenga cuarenta años.

Todavía estoy apoyado en la pared, mirando fijamente a la pareja, que entra en el dormitorio, dejando vacío el cuarto de estar. Acabo de fijarme en los ramos de flores de los jarrones, hay docenas, llenan el apartamento, y las puedo oler desde el punto del vestíbulo donde estoy parado. Mistress Wolfe lanza una ojeada a *sus* espaldas para ver qué estoy mirando, luego vuelve a mirarme a mí.

–Estoy buscando a... ¿No vive aquí Paul Owen?

Una larga pausa antes de que ella responda:

–No. Ya no vive aquí.

Otra larga pausa.

–¿Está usted... segura? –pregunto, antes de añadir débilmente–: No lo... entiendo.

Parece ver algo que hace que se le tensen los músculos de la cara. Se le entornan los ojos, pero no los cierra. Se ha fijado en la máscara de cirujano que ahora sujeto en una mano húmeda de sudor, y respira a fondo, negándose a apartar la vista. Definitivamente, esto no me huele nada bien. En la televisión, un hombre tiene una tostada en la mano y le dice a su mujer:

–Oye, ¿estás segura... de que esta margarina *sabe* mejor que la mierda? –y la mujer sonríe.

–¿Vio el anuncio en el *Times?* –pregunta la agente inmobiliaria.

–No..., bueno, quiero decir que sí. Sí, lo vi. En el *Times* –titubeo, haciendo acopio de energía, mientras el olor a rosas se hace más intenso, disimulando algo repugnante–. Pero... ¿Paul Owen ya no es... el *dueño* de este apartamento?

Hay una larga pausa antes de que ella admita:

–En el *Times* no había ningún anuncio.

Nos miramos fijamente el uno al otro durante un momento interminable. Estoy convencido de que ella nota que vaya decir algo. He visto esta misma expresión en la cara de otra persona. ¿Era en un club? ¿Es la expresión de una víctima? ¿Ha aparecido recientemente en una película? ¿O me la he visto a mí mismo en el espejo? Pasa lo que parece una hora antes de que pueda volver a hablar.

–Pero éstos... son sus... –me interrumpo, se me para el corazón, vuelve a latir– muebles. –Dejo caer el paraguas, luego me agacho rápidamente a recogerlo.

–Creo que debería irse –dice ella.

–Y yo creo... que quiero saber lo que pasó. –Me noto mareado, tengo el pecho y la espalda llenos de sudor.

–No me cree problemas –dice.

Todas las fronteras, si es que hubiera habido alguna, de repente parecen desmontables y como si las hubiera quitado, y una sensación de que los demás están fabricando mi destino no me abandonará durante el resto, del día. Esto... no... *es*... un... juego, quisiera gritar, pero no puedo respirar y no creo que consiga decirlo. Aparto la vista. Necesito descansar. No sé qué decir. Confuso, estiro la mano durante un momento para tocarle el brazo a mistress Wolfe, con objeto de reafirmarme en el suelo, pero me detengo a medio camino y me la llevo al pecho, pero no puedo notarlo, ni siquiera cuando me aflojo la corbata. Me he puesto rojo y estoy sin habla.

–Le sugiero que se vaya –dice ella.

Estamos allí, en el vestíbulo, uno frente al otro.

–No me cree problemas –vuelve a decir tranquilamente.

Me quedo allí unos cuantos segundos antes de darle la espalda y alejarme, después de levantar los brazos, un gesto de seguridad: –y no vuelva –dice ella.

–No lo haré –digo yo–. No se preocupe.

La pareja aparece a la puerta. Mistress Wolfe me observa hasta que llego a la puerta del ascensor y pulso el botón. En el ascensor el olor a rosas es abrumador.

Ejercicio físico

Pesas libres y trabajo con el Nautilus me quitan la tensión. Mi cuerpo responde adecuadamente al ejercicio físico. Sin camisa, estudio atentamente mi reflejo en el espejo de encima de los lavabos del vestuario de Xclusive. Los músculos del brazo me arden; tengo el estómago lo más tenso posible; mi pecho es de acero; los pectorales, de duro granito; los ojos, blancos como el hielo. En mi taquilla del vestuario de Xclusive guardo tres vaginas que recientemente les rebané a varias mujeres a las que ataqué la semana pasada. Dos están lavadas y una no. Hay una horquilla sujeta a una de ellas; una cinta azul de Hermes atada alrededor de mi favorita.

Fin de los años ochenta

El olor a sangre se abre paso en mis sueños, que son, en su mayor parte, espantosos: estoy en un trasatlántico en llamas, veo erupciones volcánicas en Hawai, la muerte violenta de los empleados de Salomon, James Robinson me hace algo malo, me encuentro de vuelta en el colegio, luego en Harvard, los muertos andan entre los vivos. Los sueños son una sucesión interminable de accidentes de coche y escenas de desastres, sillas eléctricas y suicidios horrorosos, jeringuillas y chicas mutiladas, platillos volantes, jacuzzis de mármol, granos de pimienta rosa. Cuando me despierto empapado en sudor frío tengo que encender el televisor de pantalla grande para imponerme a los ruidos de las obras que se escuchan el día entero, llegando a alguna parte. Hace un mes fue el aniversario de la muerte de Elvis Presley. Veo partidos de fútbol, con el sonido quitado. Oigo sonar el contestador automático una vez, dos veces; tiene el sonido quitado. Durante todo el verano Madonna nos grita:

–*La vida es un misterio, todo el mundo debe estar solo...* Cuando me dirijo Broadway abajo para reunir me con Jean, mi secretaria, y tomar el brunch, delante de Tower Records un universitario con un cuaderno en la mano me pregunta el nombre de la canción más triste que conozca. Le digo, sin pensarlo:

–«You Can't Always Get What you Want», de los Beatles. Luego me pregunta el nombre de la canción más alegre que conozca, y digo:

–«Brillant Disguise», de Bruce Springsteen.

Él asiente, toma nota, y yo sigo, paso junto al Lincoln Center.

Ha ocurrido un accidente. Hay una ambulancia aparcada en el bordillo. Un montón de intestinos están encima de la acera en un charco de sangre. Compro una manzana muy dura en una frutería coreana y me la como camino de mi cita con Jean, la cual, justo ahora, está en la entrada a Central Park de la calle Setenta y siete, un fresco, soleado, día de septiembre. Cuando alzamos la vista hacia las nubes, ella ve una isla, un cachorro, Alaska, un tulipán. Yo veo, pero no se lo digo, una pinza para dinero Gucci, un hacha, una mujer partida en dos, un gran charco de sangre que se extiende por el cielo y gotea sobre la ciudad, en Manhattan.

Nos detenemos en la terraza cubierta de un café, Nowheres, del Upper West Side, discutiendo sobre qué película irá a ver, si hay alguna exposición en los museos que deberíamos visitar, qué tal un paseo, y ella sugiere el zoo, mientras yo asiento con la mente en otra cosa. Jean tiene buen aspecto, parece que ha hecho ejercicio últimamente, y lleva una chaqueta dorada de lamé y shorts de terciopelo de Matsuda. Me imagino a mí mismo en la televisión, en un anuncio de un nuevo producto –¿una barricada para el vino?, ¿una loción bronceadora?, ¿un chicle sin azúcar?– y me muevo dando saltos por una playa, la película es en blanco y negro, rayada a propósito, y una extraña música pop de mediados de los sesenta acompaña la acción, levanta ecos, suena como si procediera de un armónium. Ahora miro hacia la cámara, ahora tengo el producto en la mano –¿un nuevo fijador?, ¿zapatillas de tenis ?–, ahora el viento me agita el pelo, luego es de día luego de noche luego otra vez de día y luego de noche.

–Yo tomaré un descafeinado au lait con hielo –le dice Jean al camarero.

–Yo también tomaré un café decapitado –digo, ausente, antes de darme cuenta–. Quiero decir... descafeinado. –Lanzo una mirada a Jean, preocupado, pero se limita a sonreírme sin expresión. Un *Times* de hoy domingo está en la mesa entre los dos. Discutimos dónde cenar esta noche. Alguien que se parece a Taylor Prestan pasa y me saluda con la mano. Me bajo las Ray–Ban y le devuelvo el saludo. Pasa alguien en bicicleta. Le pido agua al camarero. Pero llega otro camarero y deja encima de la mesa un plato que contiene dos bolas de sorbete, una de cilantro y limón, la otra de vodka y lima, que no le he oído pedir a Jean.

–¿Quieres un poco? –pregunta. –Estoy a régimen –digo–. Pero gracias.

–No necesitas perder peso –dice, auténticamente sorprendida–. Bromeas, ¿verdad? Tienes muy buen aspecto. Muy en forma.

–Uno siempre puede estar más delgado –murmuro, mirando la circulación de la calle, distraído por algo..., ¿qué? No lo sé–. Tener... mejor aspecto.

–Bueno, entonces quizá no debiéramos salir a cenar –dice ella, preocupada–. No quiero poner a prueba tu... fuerza de voluntad.

–No. No importa –digo–. De todos modos... nunca he sabido controlarme.

–Patrick, en serio. Haré lo que tú quieras –dice–. Si no quieres que salgamos a cenar, no salimos. Quiero decir que...

–Está bien –recalco. Se rompe algo–. No deberías hacer sólo lo que quiera él... –Hago una pausa antes de corregirme–. Quiero decir... lo que quiera *yo*. ¿De acuerdo?

–Sólo quiero saber lo que quieres hacer tú –dice ella.

–Vivir feliz para siempre, ¿vale? –digo sarcásticamente–. Eso es lo que quiero. –Le miro la mano, puede que durante medio minuto, antes de apartar la vista. Esto la tranquiliza. Al cabo de un rato pide una cerveza. Fuera, en la calle, hace calor.

–Venga, sonríe –me anima ella, poco después–. No tienes motivo para estar tan triste.

–Lo sé –digo, suspirando y calmándome–. Pero es... difícil sonreír. En estos tiempos. Por lo menos, *yo* lo encuentro difícil. No estoy acostumbrado a hacerla, supongo. No lo sé.

–Por eso... las personas se necesitan unas a otras –dice amablemente, tratando de mirarme a los ojos mientras se mete en la boca una cucharada del nada barato sorbete.

–Algunas no necesitan á otras. –Me aclaro la voz tímidamente–. Pero, bueno, las personas se compensan unas a otras... Se adaptan... –Después de una larga pausa, añado–: La gente se acostumbra a todo, ¿no crees? –pregunto–. El hábito afecta a las personas.

Otra larga pausa. Confusa, ella dice:

–No lo sé. Eso supongo..., pero uno todavía tiene que mantener... una mayor proporción de cosas buenas que... de malas... en este mundo –dice, y añade–: ¿De acuerdo? –Parece desconcertada, como si encontrara raro que esa frase le haya salido de la boca. Una ráfaga de música de un taxi que pasa, Madonna que canta de nuevo:

–*La vida es un misterio, todo el mundo debe estar solo...* Sobresaltado por la risa de los de la mesa contigua a la nuestra, vuelvo la cabeza para oír que alguien admite:

–A veces lo que uno viste en la oficina es lo que marca la diferencia. –y luego Jean dice algo y yo le pido que lo repita.

–¿Nunca has querido hacer feliz a alguien? –pregunta.

–¿Qué? –pregunto yo, tratando de prestarle atención–. ¿Jean?

Tímidamente, lo repite:

–¿Nunca has querido hacer feliz a alguien?

La miro fijamente; una fría, remota, oleada de miedo me invade, mojando algo. Vuelvo a aclararme la voz y, tratando de hablar con gran decisión, le cuento:

–La otra noche estaba en Sugar Reef..., ese sitio caribeño del Lower East Side..., ya sabes cuál...

–¿Con quién estabas? –me interrumpe.

Era Jeanette.

–Con Evan McGlinn.

–Oh –asiente con la cabeza, en silencio, aliviada, creyéndome. –En cualquier caso –suspiro, continuando–, vi a un tipo en el servicio..., un perfecto ejemplar de Wall Street... de arriba abajo..., llevaba un traje con un botón, de viscosa, lana y nailon de... Luciano Soprani..., una camisa de algodón de... Gitman Brothers..., una corbata de seda de Ermenegildo Zegna y, quiero decir que conocía al tipo, un agente de bolsa, se llama Eldridge... Le he visto en Harry's y en Au Bar y en DuPlex y en Alex *Goes* to Camp..., en todas partes, pero... cuando me acerqué a él vi... que estaba escribiendo... algo en la pared de encima del... urinario en el que estaba... –Hago una pausa, doy un trago a su cerveza–. Cuando me vio acercarme... dejó de escribir..., se guardó una pluma Montblanc..., se subió la cremallera de los pantalones..., me dijo, Hola Henderson..., se comprobó el pelo en el espejo, tosió... como si estuviera nervioso o... algo así y... salió del servicio. –Vuelvo a hacer una pausa, doy otro trago a su cerveza–. Total, fui a usar el... urinario y... al mirar... vi lo que había... escrito. –Me estremezco, me seco lentamente la frente con una servilleta.

–¿Qué era? –pregunta Jean cautelosamente.

Cierro los ojos y de la boca me salen cinco palabras que dicen: –Muerte... a todos... los yuppies.

Ella no dice nada.

Para romper el incómodo silencio que sigue, menciono todo lo que se me ocurre, que es:

–¿Sabías que el primer perro de Ted Bundy, un collie, se llamaba Lassie? –Una pausa–. ¿Me has oído?

Jean mira su plato como si estuviera confusa, luego se vuelve hacia mí.

–¿Quien es... Ted Bundy?

–Olvídalo –digo, con un suspiro.

–Oye, Patrick. Tenemos que hablar de una cosa –dice–. O por lo menos, yo necesito hablar de una cosa.

... donde había naturaleza y tierra, vida yagua, vi un pasaje desierto que no tenía fin; parecía una especie de cráter, tan desprovisto de razón y luz y espíritu que la mente no lo podía concebir en ningún plano consciente y si te acercabas la mente se tambaleaba y retrocedía, incapaz de percibirlo. Me resultaba una visión tan clara y real y vital que su pureza casi era abstracta. Y era lo único –que conseguía entender, que aquello era igual a como yo vivía, a como hacía que las cosas se movieran a mi alrededor, al modo en que trataba con las cosas tangibles. Era la geografía en torno a la que daba vueltas mi realidad: no se me había ocurrido, *nunca,* que las personas fueran buenas o que un hombre fuese capaz de cambiar o que el mundo podría ser un lugar mejor si uno se complaciera en un sentimiento o una mirada o un gesto, si recibiera amor o cariño de otra persona. Nada era afirmativo, el término «generosidad de espíritu» no se aplicaba a nada, era un tópico, era una especie de chiste malo. El sexo es matemáticas. La individualidad ya no es una opción. ¿Qué significa la inteligencia? No tiene sentido tratar de definir lo que es la razón, el deseo. El intelecto no es la cura. La justicia ha muerto. Miedo, recriminación, inocencia, simpatía, culpabilidad, fracaso, dolor, eran cosas, emociones, que ya nadie sentía de verdad. La reflexión es inútil, el mundo no tiene sentido. Lo único que permanece es el mal. Dios ya no está vivo. No se puede confiar en el amor. Superficie, superficie, superficie era lo único en lo que se encontraba un significado..., en esta civilización tal y como yo la veía, colosal y mellada... y no recuerdo a quién se lo decías..., no importa. Lo que importa es que sin embargo tú estabas lleno de fuerza..., te mostrabas muy dulce, y entonces comprendí... –Deja la cucharilla, pero no la estoy mirando. Miro los taxis que pasan por Broadway, aunque no puedan impedir que las cosas se desenreden, porque Jean dice lo siguiente–: Muchas personas parece que han perdido... –se interrumpe, continúa dudando– contacto con la vida y yo no quiero ser una de ellas. –Después de que el camarero le quite el plato, añade–: No quiero que me hagan... daño.

Creo que estoy asintiendo con la cabeza.

–He aprendido qué es estar sola y... creo que estoy enamorada de ti. –Dice esto último rápidamente.

Casi con superstición, me vuelvo hacia ella, bebiendo un sorbo de agua Evian; luego, sin pensarlo, digo, sonriendo:

–Yo estoy enamorado de otra persona.

Como si esta película se hubiera acelerado, ella ríe de inmediato, aparta rápidamente la vista, la baja, avergonzada.

–Bueno..., lo siento.

–Pero... –añado yo, tranquilamente– no deberías tener... miedo.

Vuelve a mirarme, llena de esperanza.

–Todavía se pueden hacer cosas –digo. Luego, sin saber porqué he dicho eso, lo modifico, diciéndole de una tirada–. O puede que no se puedan hacer. No lo sé. He perdido mucho tiempo contigo, conque no es que no me Importe.

Ella asiente con la cabeza, sin decir nada.

–Nunca se debe confundir el afecto con... la pasión –le advierto–, Eso puede... no ser humano. Eso puede...traerte, bueno, problemas.

Jean no dice nada y de repente noto su tristeza, suave y tranquila, corno un ensueño.

–¿Qué estás tratando de decir? –pregunta, con poca convicción, ruborizándose.

–Nada. Sólo... quería que supieras... que las apariencias pueden ser engañosas.

Mira fijamente el *Times* amontonado en varios pliegos encima de la mesa. Una leve brisa apenas hace que se agite.

–¿Por qué... me dices esas cosas?

Con mucho tacto, a punto de tocarle la mano pero impidiéndomelo, le digo:

–Sólo quiero evitar futuros malentendidos. –Pasa una tía buena, Me fijo en ella, luego vuelvo a mirar a Jean–. Vamos, vamos, no pongas esa cara. No tienes de qué avergonzarte.

–No estoy avergonzada –dice ella; tratando de comportarse con naturalidad–. Sólo quiero saber si te he decepcionado por admitir eso.

¿Cómo podría entender Jean que no hay modo de que me decepcione puesto que yo ya no encuentro nada que merezca la pena esperar del futuro?

–No me conoces bien, ¿no crees? –pregunto, bromeando.

–Te conozco lo suficiente –dice ella, su respuesta inicial, pero luego niega con la cabeza–. Oh, dejemos eso. He cometido un error. Lo siento. –Al instante siguiente cambia de idea–. Quiero conocerte mejor –dice seriamente.

Considero esto antes de responder:

–¿Estás segura?

–Patrick –dice ella, jadeando–, sé que mi vida estaría... mucho más vacía sin ti.

También considero esto, asintiendo pensativamente.

–Y no puedo... –Se interrumpe, frustrada–. No puedo hacer como si estos sentimientos no existieran.

–Chist...

... hay como una idea de Patrick Bateman, una especie de abstracción, pero no hay un yo auténtico, sólo una entidad, algo ilusorio, y aunque yo pueda disimular mi fría mirada y tú puedas estrecharme la mano y notar que su carne aprieta la tuya y puede que hasta puedas considerar que nuestros estilos de vida son parecidos: *Sencillamente, yo no estoy aquí.* Me resulta difícil tener sentido en un determinado nivel. Mi yo es algo fabricado, una aberración. Soy un ser humano no contingente. Mi personalidad es imprecisa y está sin formar, mi inhumanidad es profunda y persistente. Mi conciencia, mi piedad, mis esperanzas desaparecieron hace tiempo (probablemente en Harvard), si es que existieron alguna vez. No hay más barreras que cruzar. Todo lo que tengo en común con el incontrolado y el loco, el depravado y el malvado, todas las mutilaciones que he practicado y mi absoluta indiferencia hacia ellas, ahora lo he sobrepasado. Con todo, todavía me aferro a una sencilla y triste verdad: nadie está a salvo, nadie se ha redimido. Sin embargo, yo soy inocente. Debe asegurarse que cada modelo de conducta humana tiene cierta validez. ¿Es el mal algo que uno es? ¿O es algo que uno hace? Mi dolor es constante e intenso y no espero que haya un mundo mejor para nadie. De hecho quiero que mi dolor les sea infligido a otros. No quiero que nadie escape. Pero incluso después de admitir esto –y yo lo admito, incontables veces, en todos y

cada uno de los actos que he cometido– y de encarar estas verdades, no hay catarsis. No consigo un conocimiento más profundo de mí mismo, no se puede extraer ninguna comprensión nueva de nada de lo que digo. No hay razón para que te cuente nada de esto. Esta confesión no significa *nada*...

Le estoy preguntando a Jean:

–¿Cuántas personas de este mundo son como yo?

Ella hace una pausa y después responde cuidadosamente: –Creo que... ¿nadie? –apunta.

–Deja que te vuelva a plantear la cues... Espera, ¿cómo tengo el pelo? –le pregunto, interrumpiéndome.

–Uh, bien.

–Vale. Deja que te vuelva a plantear la cuestión. –Doy un sorbo a su cerveza–. Vale. *¿Por qué te gusto?* –pregunto.

Ella pregunta a su vez:

–*¿Por qué?*

–Sí –digo yo–. ¿Por qué?

–Bueno... –Me cae una gota de cerveza en mi camisa Polo. Ella me tiende su servilleta. Un gesto práctico que me conmueve–. Te... interesan los demás –dice, con indecisión–. Es algo muy raro en lo que... –se vuelve a interrumpir–, es..., me parece..., un mundo hedonista. Esto es..., Patrick, me estás avergonzando. –Niega con la cabeza, cerrando los ojos.

–Sigue –la animo–. Por favor. Quiero saberlo.

–Eres encantador, eres dulce. –Pandas ojos en blanco–. Y la dulzura es... sexy..., no sé. Pero es tan... *misteriosa.* Y creo que... eres... misterioso. –Silencio, seguido por un suspiro–. Y eres... considerado. –Se da cuenta de algo, ya no está asustada, me mira directamente–. Y yo creo que los hombres tímidos son románticos.

–¿Cuántas personas de este mundo son como yo? –vuelvo a preguntar–. ¿De verdad parezco eso?

–Patrick –dice ella–. ¿Mentiría?

–No, claro que no..., pero yo creo que... –Es mi turno de suspirar contemplativamente–. Creo..., ¿sabes que se dice que no hay dos copos de nieve iguales?

Jean asiente con la cabeza.

–Bien, pues yo no creo que sea verdad. Creo que hay muchísimos copos de nieve que son iguales... y creo que hay muchísimas personas que también son iguales.

Vuelve a asentir con la cabeza, aunque puedo asegurar que está muy confusa.

–Las apariencias *pueden* ser engañosas –recalco cuidadosamente.

–No –dice ella, negando con la cabeza, segura de sí misma por primera vez–. No creo que sean engañosas. No lo son.

–A veces, Jean –explico–, las líneas que separan la apariencia... que uno ve... de la realidad... que no ve... se vuelven, bueno, muy borrosas.

–Esto no es cierto –insiste–. Sencillamente no es verdad.

–¿Estás segura? –pregunto, sonriendo.

–Yo no pensaba de ese modo –dice–. Puede que hace diez años no pensara. Pero ahora sí lo pienso.

–¿Qué quieres decir? –pregunto, interesado–. ¿Cómo pensabas?

...la realidad que se desborda. Tengo la extraña sensación de que éste es un momento crucial de mi vida y me sobresalto ante lo imprevisto d lo que supongo pasa por una epifanía. No hay nada de

valor que le pueda ofrecer. Por primera vez veo a Jean desinhibida; parece más fuerte, menos controlable, con deseos de llevarme a una tierra nueva y poco familiar –la aterradora inseguridad de un mundo completamente distinto–. N oto que quiere arreglar mi vida de un modo significativo –me lo dicen sus ojos y, aunque veo verdad en ellos, también sé que un día, muy pronto, también ella quedará atrapada en el ritmo de mi locura–. Todo lo que tengo que hacer es mantenerme callado con respecto a esto y no sacarlo a relucir; sin embargo, hace que me debilite, casi s como si *ella* estuviera decidiendo quién soy yo, y con mi propia obstinación, de modo voluntarioso, para que pueda aceptar una .punzada de sentimiento, algo que se tensa en mi interior, y antes de poder interrumpirlo me encuentro casi deslumbrado y en disposición de creer que podría tener la capacidad de aceptar, aunque no de devolver, su amor. Me pregunto si incluso ahora, aquí en Nowheres, puede ver las nubes oscuras que se alzan detrás de mis ojos. Y aunque noto que me abandona la frialdad que siempre tengo, el entumecimiento probablemente nunca querrá desaparecer. Esta relación probablemente no llevará a nada..., no cambiará nada. Imagino a Jean oliendo a limpio, como el té.

–Patrick..., háblame..., no te preocupes tanto –está diciendo.

–Creo que... ha llegado el momento... de que lance una mirada bondadosa... al mundo que he creado –digo, atragantándome, con los ojos llenos de lágrimas, y me encuentro admitiendo ante ella– fui a buscar... medio gramo de cocaína... en el armarito de las medicinas esta... noche pasada. –Estoy juntando las manos, que forman un gran puño con todos los nudillos blancos.

–¿Y qué hiciste con ella? –pregunta.

Pongo una mano encima de la mesa. Ella la coge.

–La tiré. La tiré toda. Me apetecía esnifarla –digo, jadeando–, pero la tiré.

Me estrecha la mano con fuerza.

–¿Patrick? –pregunta, subiendo la mano por mi brazo hasta agarrarme por el codo. Cuando reúno fuerzas para volver a mirar, me sorprende lo inútil, aburrida, físicamente guapa que de verdad es, y la pregunta: *¿Por qué no termino con ella?,* se interpone en mi línea de visión. Una respuesta: tiene un cuerpo mejor que la mayoría de las demás chicas que conozco. Otra: en cualquier caso, todos son intercambiables. Otra más: la verdad es que no importa. Está sentada frente a mí, triste pero esperanzada, sin personalidad, a punto de disolverse en lágrimas. Le aprieto la mano, conmovido, no, afectado por su ignorancia del mal. Tiene que pasar una prueba más.

–¿No tienes un attaché? –le pregunto, tragando saliva.

–No –dice ella–. No lo tengo.

–Evelyn lleva attaché –apunto.

–¿Lo lleva...? –pregunta Jean.

–¿Y una agenda personal?

–Una pequeña –admite.

–¿De diseño? –pregunto desconfiadamente. –No.

Suspiro y tomo su mano, pequeña y dura, en la mía.

... y en los desiertos del sur de Sudán el calor se alza en ondas, y miles y miles de hombres, mujeres y niños vagan por las vastas extensiones de matorrales buscando comida desesperadamente. Esqueléticos y muertos de hambre, dejan un rastro de cuerpos muertos, comen hierbas y hojas y... azucenas, dando tumbos de poblado en poblado, muriendo lenta, inexorablemente; una mañana gris, en el miserable desierto, con el aire lleno de moscas, un niño con la cara como una luna negra yace en la arena, arañándose el cuello, y se alzan conos de arena, nadie consigue ver el sol, el niño está cubierto de arena, casi muerto, los ojos sin pestañear, agradecido (deténte e imagina durante un instante un mundo donde todos agradecen algo) de que ninguno de los demás seres macilentos que

pasan, aturdidos y doloridos, le preste atención (no..., *hay* uno que le presta atención, que se fija en la agonía del niño y sonríe, como si guardara un secreto), el niño abre y cierra su boca agrietada sin hacer ningún sonido, hay un autobús de transporte escolar a lo lejos y, por encima de él, en el espacio, se alza un espíritu, se abre una puerta, pregunta:

–¿Por qué?

Es la del hogar de los muertos, el infinito, se abre y se cierra en el vacío, el tiempo pasa cojeando, el amor y la tristeza atraviesan a toda velocidad al chico...

–Muy bien...

Soy oscuramente consciente de que suena un teléfono. En el café, en Columbus, números incontables, cientos de personas, puede que millares, se han acercado a nuestra mesa durante mi silencio.

–Patrick –dice Jean.

Una persona con un cochecito de niño se detiene en la esquina y compra una chocolatina. El bebé nos mira fijamente a Jean y a mí. Nosotros le devolvemos la mirada. Es raro de verdad y experimento una especie de sensación interna, siento que me acerco y al tiempo me alejo de algo, y que todo es posible.

Aspen

Faltan cuatro días para Navidad, son las dos de la tarde. Estoy sentado en la parte trasera de una limusina negra aparcada delante de una casa anodina de la Quinta Avenida, tratando de leer un artículo sobre Donald Trump del último número de la revista *Fame.* Jeanette quiere que entre con ella, pero yo digo:

–Olvídate de ello. . . .

Tiene un ojo amoratado desde la noche pasada, pues tuve que forzarla mientras cenábamos en Il Marlibro para que considerara la posibilidad de hacerla; luego, después de una discusión más fuerte en mi apartamento, aceptó. El dilema de Jeanette está más allá de mi definición de la culpabilidad, y tuve que decirle sinceramente, durante la cena, que me resultaba muy difícil expresar un interés por ella que no sentía. Durante todo el trayecto desde mi casa en el Upper West Side, ha estado sollozando. La única emoción clara, identificable, que expresa es desesperación y puede que añoranza, y aunque he conseguido ignorarla durante la mayor parte del trayecto, por fin he tenido que decirle:

–Oye, esta mañana ya me he tomado dos Xanax, de modo que, bueno, no vas a ser capaz de, ya sabes, molestarme.

Ahora, mientras se apea tambaleándose de la limusina al gélido pavimento, murmuro:

–Es lo mejor –y, para que se consuele, añado–: No te lo tomes tan en serio.

El conductor, cuyo nombre he olvidado, la acompaña hasta la puerta de la casa y ella lanza una última mirada de pesar. Suspiro y me despido de ella con la mano. Todavía lleva, desde la noche pasada, un abrigo de balmacaan con dibujo de piel de leopardo y algodón sintético encima de un vestido de crepé de lana de Bill Blass. Entrevistaron a Bigfoot en el programa de Patty Winters de

esta mañana y para mi sorpresa lo encontré sorprendentemente articulado y encantador. El vaso en el que tomo el vodka Absolut es finlandés. Estoy muy bronceado comparado con Jeanette.

El conductor vuelve del edificio, alza el pulgar en mi dirección y aleja cuidadosamente la limusina del bordillo e inicia la expedición hasta el aeropuerto JFK, donde mi vuelo para Aspen despegará dentro de noventa minutos. Cuando vuelva, en enero, Jeanette se habrá ido del país. Enciendo nuevamente el puro y busco un cenicero. Hay una iglesia en la esquina de esta calle. ¿A quién le importa? Ésta es, creo, la quinta madre a la que he hecho abortar, la tercera que no he hecho abortar por mí mismo (una estadística inútil, lo admito). El viento fuera de la limusina es fuerte y frío, y la lluvia golpea en los cristales ahumados en oleadas rítmicas, imitando los probables sollozos de Jeanette en la mesa de operaciones, aturdida por la anestesia, pensando en algo de su, pasado, un momento en el que el mundo era perfecto. Resisto el impulso de echarme a reír histéricamente.

En el aeropuerto le ordeno al chofer que se detenga en F.A.O. Schwarz antes de recoger a Jeanette y le compre lo siguiente: una muñeca, un sonajero, un chupete, un oso polar, y lo deje todo en el asiento trasero, sin envolver. Jeanette se encontrará bien –tiene toda una vida por delante (esto es, si no se tropieza conmigo)–. Además, la película favorita de esta chica es *La chica de rosa* y cree que Sting está muy bien, de modo que lo que le ha pasado en parte se lo tiene merecido y uno no debe lamentarse por ello. En estos tiempos no hay sitio para los inocentes.

Día de San Valentín

Martes por la mañana y estoy de pie junto a mi mesa del cuarto de estar hablando por teléfono con mi abogado, mientras observo alternativamente el programa de. Patty Winters y a la criada que encera el suelo, limpia la sangre que mancha las paredes, tira los periódicos empapados en sangre seca sin decir ni palabra. Me sobrecoge vagamente el que la criada esté tan perdida en un mundo de mierda, completamente hundida en él, y esto en cierto modo me hace recordar que el afinador de pianos vendrá esta tarde y que debería dejarle una nota al parlero para que le permita" entrar. No es que alguien haya tocado en el Yamaha; lo que pasa es que una de las chicas cayó sobre él y arrancó, rompió o algo así, unas cuantas cuerdas (que usé más tarde). Por el teléfono *estoy* diciendo:

–Necesito más cosas que desgravar.

Patty Winters está en la pantalla del televisor preguntándole a un niño, de ocho o nueve años:

–¿Pero *ése* no es otro término para orgía?

Suena el temporizador del microondas. Estoy calentando un souflé.

Es inútil negarlo: ha ido una semana mala. "He empezado a beberme mis propios meados. Me río espontáneamente por nada. A veces duermo debajo del futón. Me paso hilo dental sin parar hasta que me duelen las encías y la boca me sabe como a sangre. Antes de cenar la noche pasada en Elisee con Reed Goodrich y Jason Rust, casi me atrapan en un Federal Express de Times Square tratando de mandarle a la madre de una de las chicas que maté la semana pasada lo que podría ser un corazón reseco, pardo. Y a Evelyn le mandé, sin problemas, también por medio de Federal Express, una cajita llena de moscas con una nota, escrita a máquina por Jean, diciéndole que nunca, *nunca más,* quería volver a verla y que, aunque la verdad es que no lo necesita, siguiera un jodido régimen. Pero también hay cosas que una persona media pensaría que son agradables y que he hecho para celebrar la fiesta, objetos que le he comprado a Jean y le he mandado esta mañana a su apartamento: unas servilletas de algodón Castellani de Bendel's, una silla de mimbre de Jenny B.

Goode, una colcha de tafetán de Barney's, un bolso con el ,cierre de metal flexible modelo exclusivo y un juego de tocador de plata de ley modelo exclusivo de Macy's, y una estantería de pino blanco de Conran's, un brazalete eduardiano de oro de nueve quilates de Bergdorf's y cientos y cientos de rosas rojas y blancas.

En el despacho. Letras de canciones de Madonna no dejan de *so*narme dentro de la cabeza, anunciándose de un modo cansino y familiar, y miro al vacío, con los ojos perezosamente abiertos, mientras trato de olvidar el día que se perfila ante mí, pero entonces una frase que me llena de un miedo innombrable interrumpe las canciones de Madonna –*una granja aislada* vuelve una y otra vez, una y otra vez–. Un tipo al que llevo un año evitando, un pesado de *Fortune* que quiere escribir un artículo sobre mí, ha vuelto a llamar esta mañana y termino por devolverle la llamada para concertar una entrevista. Craig McDermott debe tener una especie de ataque por culpa de los impuestos y no responde a mis llamadas, prefiriendo comunicarse exclusivamente por fax. El *Post* de esta mañana decía que han recuperado los restos de tres cuerpos que desaparecieron de un yate en marzo pasado; estaban congelados en el hielo, hechos pedazos e hinchados, en el East River. Un maníaco anda por la ciudad envenenando las botellas de litro de agua Evian, ya ha habido diecisiete muertos; conversaciones de zombis, el malhumor público, se incrementan los hechos al azar, enormes abismos de malentendidos.

Y, para que no se diga, reaparece Tim Price, o al menos estoy casi seguro de que es él. Mientras estoy en mi mesa de despacho, mientras tacho en el calendario los días que han pasado y al tiempo leo un nuevo bestseller sobre la gestión de oficinas que se titula *Por qué viene bien ser un idiota,* Jean llama por el interfono, anunciando que Tim Price quiere hablar conmigo, y temerosamente le digo:

–Dile que... entre. .

Price irrumpe en el despacho llevando un traje de lana de Canali Milano, una camisa de algodón de Ike Behar, una corbata de seda de Bill Blass, zapatos de cuero con cordones de Brooks Brothers. Hago como que estoy hablando por teléfono. Se sienta frente a mí, al otro lado de la mesa Palazetti con la parte de arriba de cristal. Tiene una mancha en la frente, o por lo menos eso creo ver. Aparte de esto parece en bastante buena forma. Nuestra conversación probablemente se parece a esto, pero lo cierto es que es más breve.

–Price –digo yo, estrechándole la mano–. ¿Qué ha sido de tu vida?

–Bueno, he andado por ahí, ya sabes. –Sonríe–. Pero, oye, ya estoy de vuelta.

–Estupendo. –Me encojo de hombros, confuso–. ¿Cómo... te ha ido?

–Me pasó algo... sorprendente. –También se encoge de hombros–. Algo... deprimente.

–Creí que te había visto en Aspen –murmuro.

–Oye, ¿cómo estás tú, Bateman? –pregunta.

–Perfectamente –le digo, tragando saliva–. Ya sabes tirando.

–¿Y Evelyn? –pregunta–. ¿Cómo está?

–Bueno, hemos roto. –Sonrío.

–Es una pena. –Piensa en ello, entonces recuerda algo–. ¿Y Courtney?

–Se casó con Luis.

–¿Grassgreen?

–No. Carruthers.

También piensa en esto.

–¿Tienes su número?

Mientras se lo anoto, menciono:

–Has estado fuera, digamos que demasiado tiempo, Tim. ¿Qué ha pasado? –pregunto, fijándome de nuevo en la mancha de su frente, aunque tengo la sensación de que si le preguntara a otra persona si él estaba realmente allí, podría limitarse a decirme que no.

Se pone de pie, coge la nota.

–He vuelto. Probablemente me has echado de menos. Perdimos contacto. Por lo que pasó. –Hace una pausa y añade, bromeando–: Ahora trabajo para Robinson. Soy su mano derecha, ¿sabes?

–¿Una almendra? –pregunto, ofreciéndole una, en un inútil esfuerzo por disimular mi depresión ante su suficiencia.

Me da una palmada en la espalda, dice:

–Estás loco, Bateman. Eres un animal. Un perfecto animal.

–No puedo no estar de acuerdo –digo, riéndome débilmente, y sin preguntar qué pasa en el mundo de Tim Price, que de hecho es el mundo de la mayoría de nosotros: grandes ideas, asuntos de hombres, el chico se enfrenta al mundo, el chico se impone.

Un vagabundo de la quinta

Vuelvo de Central Park donde, cerca del zoo infantil, próximo al sitio donde asesiné al pequeño McCaffrey, les doy de comer trozos del cerebro de Ursula a los perros que pasan. Al bajar por la Quinta Avenida hacia las cuatro de la tarde, todo el mundo parece triste, el aire está lleno de putrefacción, los cuerpos yacen en el frío pavimento, durante kilómetros, algunos se mueven, otros no. La historia se hunde y sólo unos pocos parecen oscuramente conscientes de que las cosas van mal. Los aviones vuelan bajo por el cielo atravesando la ciudad, pasando por delante del sol. El viento aumenta en la Quinta, luego forma un embudo por la calle Cincuenta y siete abajo. Bandadas de palomas se alzan a cámara lenta y explotan frente al sol. El olor a castañas asadas se mezcla con el anhídrido carbónico de los escapes. Me fijo en que la silueta de los edificios ha cambiado recientemente. Miro hacia arriba, admirado, la Trump Tower; alta, brillando orgullosamente con los últimos rayos del sol de la tarde. Delante de ella, dos asquerosos negros muy espabilados despluman a los turistas jugando al trile y tengo que resistir el impulso de mandarlos a la mierda.

Un vagabundo al que dejé ciego una primavera está sentado con las piernas cruzadas encima de una manta repugnante cerca de la esquina con la Cincuenta y cinco. Me acerco para ver la cara llena de cicatrices del mendigo y luego el cartel que lleva colgado debajo de ella, que dice: «VETERANO DE VIETNAM CIEGO EN VIETNAM. POR FAVOR AYÚDENME. ESTAMOS HAMBRIENTOS Y SIN CASA.» ¿Estamos? Luego me fijo en el perro, que ya me mira con desconfianza y, cuando me acerco a su dueño, se levanta y gruñe, y cuando me quedo parado junto al vagabundo, por fin ladra, moviendo el rabo frenéticamente Me arrodillo, alzando la mano hacia el animal amenazadoramente. El perro recula, con las patas preparadas.

He sacado mi cartera y hago como que voy a dejar un dólar en su lata vacía de café, pero entonces me doy cuenta: ¿por qué molestarme en disimular? De todos modos, no mira nadie, y desde luego *el mendigo* tampoco. Vuelvo a guardarme el dólar y me agacho. El tipo nota mi presencia y deja de agitar la lata. Las gafas de sol que lleva puestas ni siquiera le tapan las heridas que le infligí. Tiene la nariz tan destrozada que no consigo imaginar que una persona pueda respirar con ella.

–Tú nunca estuviste en Vietnam –le susurro al oído. Después de unos momentos de silencio, durante los que se mea en los pantalones y el perro gimotea, grita:

–Por favor..., no me haga daño.

–¿Por qué iba a perder el tiempo? –murmuro, con desagrado. Me alejo del vagabundo y me fijo en una niña que fuma un pitillo y pide limosna delante de la Trump Tower.

–¡Fuera de aquí! –le digo.

Ella me responde:

–¡Fuera de aquí!

En el programa de Patty Winters de esta mañana un tipo muy alegre estaba sentado en una butaca muy pequeña y le entrevistaron durante cerca de una hora. Esta tarde, después, a una mujer que llevaba un abrigo de zorro plateado y visón, la ha acuchillado en la cara delante de Stanhope un enfurecido activista contrario a las pieles. Pero ahora, mirando todavía al mendigo ciego desde el otro lado de la calle, compro una chocolatina, una rellena de coco, en la que encuentro parte de un hueso.

Un club nuevo

Un jueves por la noche me tropiezo con Harold Carnes en la fiesta de inauguración de un club nuevo que se llama Wodd's End y que abren en el espacio del Upper East Side donde estuvo Petty's. Estoy en una mesa con Nina Goodrich y Jean, y Harold está de pie junto a la barra tomando champán. Estoy lo bastante borracho como para enfrentarme con él y referirme al mensaje que le dejé en el contestador. Me disculpo con las chicas y me abro paso hasta el otro extremo de la barra, dándome cuenta de que necesito un martini que me dé energías antes de discutir del asunto con Carnes (esta semana me ha resultado muy inestable, el lunes me sorprendí llorando durante un episodio de *Alf).* Me acerco, nervioso. Harold lleva un traje de lana de Gieves & Hawkes, una corbata de seda, camisa de algodón, zapatos de Paul Stuart; parece más fuerte de lo que recordaba.

–Enfréntate a ello –le está diciendo a Truman Drake–, los japoneses serán dueños de la mayor parte de este país a finales de los años noventa.

Contento de que Harold, como de costumbre, siga dispensando valiosa y *nueva* información, con el añadido de un ligero aunque inconfundible acento, Dios me perdone, inglés, me encuentro lo suficientemente lanzado para soltar bruscamente:

–Cierra la boca, Carnes, *no* lo serán.

Bajo el martini, de Stoli, mientras Carnes, con aspecto de estar completamente atónito, casi paralizado, se da la vuelta para encararme, y su orgullosa cabeza se abre en una sonrisa insegura. Detrás de nosotros alguien está diciendo:

–Pero mira lo que le pasó a Gekko...

Truman Drake le da una palmadita en la espada a Harold y se pregunta:

–¿Hay un ancho de tirantes que sea más..., hueno..., apropiado que otros anchos?

Enfadado, le empujo contra la multitud y desaparece. –Vamos a ver, Harold –digo–, ¿recibiste mi mensaje?

Al principio Carnes parece confuso, mientras enciende un pitillo, por fin se echa a reír.

–Por Dios, Davis. Sí, era divertidísimo. *Era* tuyo, ¿verdad? –Sí, por supuesto. –Parpadeo, murmurando para mí mismo, de verdad, y quitándome el humo de su pitillo de la cara.

–¿Que Bateman mató a Owen y a la puta? –Sigue riéndose entre dientes–. Oh, era puñeteramente maravilloso. Glorioso, de verdad, como dicen en el Groucho Club. Glorioso de verdad. –Luego, con aspecto de consternación, añade–: Era un mensaje bastante largo, ¿no?

Yo estoy sonriendo como un idiota y luego digo:

–¿Qué quieres decir exactamente con eso, Harold? –Pienso secretamente para mí mismo en que este hijoputa gordo no puede haber conseguido entrar en el jodido Groucho Club, y aunque lo hubiera conseguido, admitirlo de ese modo tira por tierra el hecho de que le hayan dejado entrar.

–El mensaje que dejaste. –Carnes ya pasea la vista por el club saludando a diversos tipos y a unas cuantas tías buenas–. A propósito, Davis, ¿cómo está Cynthia? –Coge una copa de champán que le ofrece un camarero que pasa–. Todavía sales con ella, ¿no?

–Espera, Harold. ¿Qué quieres decir? –repito categóricamente.

Él ya está aburrido, no le interesa lo que digo ni me escucha, y disculpándose, dice:

–Nada. Me he alegrado de verte. Por Dios, ¿no es ése Edgard Towers?

Giro bruscamente la cabeza para mirar, luego vuelvo a mirar a Harold.

–No –digo–. ¿Carnes? *Espera.*

–Davis –dice él, suspirando, como si tratara de explicarle pacientemente algo a un niño–. Yo no ando por ahí hablando mal de nadie, tu broma *fue* divertida. Pero, vamos, tío, tienes un olfato fatal: Bateman es tan puñeteramente lameculos, un pelota de mierda, y encima tan buen chico que no pude disfrutarla del todo. Por otro lado, era divertida. A ver si almorzamos o cenamos en el 150 Wooster o algún sitio así con McDermott o Preston. Siempre anda perdiendo el culo. –Trata de marcharse.

–¿Qué siempre *qué?* ¿*Qué* es lo que has dicho, Carnes? – Tengo los ojos desorbitados, me noto colocado aunque no he tomado drogas–. ¿De qué estás *hablando?* ¿Que Bateman siempre *qué?*

–Por Dios, tío. ¿Por qué si no le dejó Evelyn Richards? De verdad. No se atrevería a contratar a una puta, y mucho menos a..., ¿qué dijiste que le hizo? –Harold sigue paseando la vista distraídamente por el club y saluda a otra pareja, alzando su copa de champán–. Ah sí, «que la hizo picadillo». –Vuelve a echarse a reír, aunque esta vez su tono suena a educado–. Y ahora, si me perdonas, la verdad es que tengo que irme.

–Espera. ¡Quieto! –grito yo, mirando a Carnes directamente a la cara, para asegurarme de que me escucha–. N o me parece que lo entiendas. La verdad es que no entiendes nada de esto. Le maté *yo.* Lo hice yo. Carnes, yo hice picadillo la jodida cabeza de Owen. Yo torturé a docenas de chicas. Todo lo que decía en el mensaje que dejé en tu contestador era *verdad.* –He quedado vacío, pero no tranquilo, –y me pregunto por qué no siento que esto es como una bendición para mí.

–Perdona –dice él, tratando de ignorar mi arrebato–. De verdad que *tengo* que irme.

–¡No! –grito yo–. Y ahora, Carnes, escúchame. Escúchame con mucho, pero que con mucho, cuidado. Yo–maté–a–Paul–Oweny–me–gustó. No puedo ser más claro. –La tensión hace que me atragante con las palabras.

–Pero eso es sencillamente imposible –dice, apartándome bruscamente–. Y ya no encuentro esto nada divertido.

–¡Nunca se supuso que lo sería! –ruja, y luego–: ¿Por qué es imposible?

–Porque lo es –dice, mirándome preocupado.

–¿y por qué?–vuelvo a gritar, imponiéndome a la música, aunque no haya necesidad, añado–: Hijoputa de mierda.

Me mira fijamente como si los dos estuviéramos debajo del agua y contesta gritando, con mucha claridad, por encima del estruendo del club:

–Porque... yo... cené... con Paul Owen... un par de veces... en Londres... *hace sólo diez días.*

Después de mirarnos fijamente el uno al otro durante lo que parece un minuto, por fin tengo el valor de volver a decirle algo, pero mi voz carece de autoridad y no estoy seguro de que ni yo me crea a mí mismo cuando le digo:

–No..., no cenaste con él.

Pero parece una pregunta, no una afirmación.

–Y ahora, Donaldson –dice Carnes, apartando mi mano de su brazo–. Si me perdonas.

–Claro que te perdono –digo despectivamente.

Luego me abro paso hasta nuestra mesa, donde ahora están sentados John Edmonton y Peter Beavers, y me tranquilizo con un Halcion antes de acompañar a Jean a casa. Jean lleva algo de Óscar de la Renta. Nina Goodrich llevaba un vestido de lentejuelas de Matsuda y se ha negado a darme su número de teléfono, aunque Jean estaba en el servicio de señoras del piso de abajo.

Un taxista

Otra accidentada escena que pasa por mi vida sucede un miércoles, aparentemente por culpa de alguien, aunque no puedo estar seguro de quién. Me encuentro en pleno atasco, metido en un taxi que se dirige del centro a Wall Street, después de un copioso desayuno en el Regency con Peter Russell, que era mi camello antes de tener un trabajo de verdad, y Eddie Lambert. Russell llevaba un abrigo sport de lana con dos botones de Redaelli, una camisa de algodón de Hackert, una corbata de seda de Richel, pantalones de lana con pinzas de Krizia Domo y zapatos de cuero Cole–Haan. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre niñas que estudian cuarto de primaria y comercian con el sexo para conseguir crack, y casi he cancelado mi cita con Lambert y Russell para verlo entero. Russell ha pedido en mi lugar mientras yo estaba en el vestíbulo hablando por teléfono. Por desgracia era un desayuno alto en grasas, alto en sodio, y antes de que haya podido comprender lo que estaba pasando, habían dejado en la mesa platos de tortitas a las finas hierbas con jamón en salsa de Madeira, salchichas a la parrilla y pastel de crema de café amargo, y he tenido que pedirle al camarero que me trajera una cafetera de descafeinado, un plato con trocitos de mango con arándanos y una botella de Evian. A la primera luz de la mañana que penetraba a través de las ventanas del Regency, he observado cómo nuestro camarero cortaba con elegancia unas trufas negras encima de los huevos humeantes de Lambert. Superado, me he rendido y he pedido que también pusiera trufas encima de mis trocitos de mango. No han pasado muchas cosas durante el desayuno. He tenido que hacer otra llamada telefónica, y cuando he vuelto a nuestra mesa, me he fijado que faltaba uno de los trozos de mango, pero no he acusado a nadie. Tenía otras cosas en la cabeza: cómo contribuir a la enseñanza norteamericana; la pérdida de confianza; una nueva era de posibilidades, y sacar las entradas para ver a Sting en *La ópera de los cuatro cuartos,* que acababa de estrenarse en Manhattan; cómo ganar más y recordar menos...

En el taxi llevo puesto un abrigo cruzado de cachemira y lana para Studio 000.1 de Ferré, un traje de lana con pantalones con pinzas para DeRigueur de Schoeneman, una corbata de seda de Givenchy Gentleman, calcetines de Interwoven, zapatos de Armani, leo el *Wall Street Joumal* con mis gafas de sol Ray–Ban puestas y escucho en el walkman una cinta en la que toca Bix Beiderbecke. Dejo *el Joumal,* cojo el *Post,* sólo para mirar Page Six. En el semáforo de la Séptima con la Treinta y cuatro, en el taxi parado al lado del nuestro va, creo, Kevin Gladwin, que lleva un traje de Ralph Lauren. Me bajo las gafas de sol. Kevin alza la vista del último número de la revista

Money y me sorprende mirándole con curiosidad antes de que su taxi se pierda entre el tráfico. El taxi en el que yo voy de repente deja atrás el atasco y dobla hacia la derecha por la Veintisiete, tomando la West Side Hlghway, camino de Wall Street. Dejo el periódico, me concentro en la música y el tiempo que hace, que es irracionalmente frío, y empiezo a notar el modo en que mira el taxista por el retrovisor. Una expresión de sospecha le cambia los rasgos de la cara –una masa de poros obstruidos, pelos que crecen hacia dentro–. Suspiro, ignorándole. Abre el capó de un coche y te dirá algo sobre la gente que lo diseñó, es sólo una de las muchas frases que me torturan.

Pero el conductor golpea con los nudillos en la separación de plexiglás, haciéndome señas. Mientras me quito el walkman, me fijo en que ha echado el seguro a todas las puertas –veo que los cierres bajan rapidísimamente, oigo el click hueco en el momento en que quito el volumen–. El taxi va más deprisa de lo que debiera por la autopista, en el carril de la derecha.

–¿Sí? –pregunto, irritado–. ¿Qué pasa?

–Oiga, ¿no le conozco? –pregunta con un marcado y escasamente comprensible acento que tanto podría ser de Nueva Jersey como del Mediterráneo.

–No. –Empiezo a ponerme nuevamente el walkman.

–Me parece conocido –dice–. ¿Cómo se llama?

–No le conozco. Ni usted a mí –digo, luego se me ocurre–: Chris Hagen.

–Vamos, vamos. –Sonríe como si estuviera equivocado. Sé quien es usted.

–Trabajo en una película. Soy actor –le digo–. Modelo. –No, no es eso –dice, ceñudo.

–Bien... –me echo hacia delante, para ver su nombre–, Abdullah, ¿es usted socio del M.K.?

No contesta. Vuelvo a abrir el *Post* donde hay una foto del alcalde vestido de piña tropical, luego lo vuelvo a cerrar y rebobino la cinta del walkman. Empiezo a contar para mí mismo –uno, dos, tres, cuatro– con los ojos clavados en el taxímetro. ¿Por qué esta mañana no llevo encima una pistola? Porque no creí que la necesitara. La única arma que llevo encima es un cuchillo que usé la noche pasada.

–No –vuelve a decir–. He visto su cara en alguna parte.

Por fin, irritado, pregunto, tratando de no darle importancia: –¿La ha visto? *¿De verdad?* Interesante. Concéntrese en la calzada, Abdullah.

Hay una pausa larga y pavorosa mientras él me mira fijamente por el espejo retrovisor, y la expresión torva de su rostro desaparece. Su cara carece de expresión. Dice:

–Te conozco. Tío, sé quién eres. –y asiente con la cabeza, con la boca muy tensa. La radio que daba las noticias está apagada.

Pasan los edificios en un borrón gris y rojo, el taxi adelanta a otro taxi, el color del cielo cambia de azul a morado a negro a azul. En otro semáforo –que está en rojo y él se salta– pasamos por delante de un D'Agostino nuevo que está al otro lado de la West Side Highway, en la esquina donde antes estaba Mars, yeso me conmueve hasta las lágrimas, o casi, pues es algo identificable y me siento tan nostálgico por el mercado (aunque no compro en ninguno nunca) como nunca me he sentido por nada, y casi le digo al conductor que se detenga, me deje apearme y se quede con el cambio de diez dólares –no, de veinte–, pero no me puedo bajar porque conduce demasiado rápido e interviene algo, algo impensable y grotesco, y puede que le oiga decir:

–Tú eres el que mató a Solly.

Su cara tiene una mueca de determinación. Como todo lo demás, lo siguiente pasa muy deprisa, aunque parece una prueba de resistencia.

Trago saliva, me quito las gafas y le digo que no vaya tan deprisa, antes de preguntar:

–¿Quién, si me permite que se lo pregunte, es Solly?

–Tío, tu cara aparece en un cartel de se busca, del centro –dice, impávido.

–Creo que debería detenerse aquí –me las arreglo para decir.

–Eres tú, ¿verdad? –Me mira como si yo fuera una especie de víbora.

Adelantamos a otro taxi, con la luz encendida; vamos por lo menos a ciento treinta. No digo nada, me limito a negar con la cabeza.

–Vaya anotar... –trago saliva, temblando, al abrir la agenda de cuero y sacar una pluma Montblanc de mi attaché de Bottega Veneta– el número de su licencia.

–Tú mataste a Solly –dice él, reconociéndome sin la menor duda debido a algo, e interrumpiendo cualquier otra negativa por parte mía, al decir con una especie de gruñido–: Hijo de la gran puta.

Cerca de los muelles de la parte baja de la ciudad, deja la autopista dando un violento viraje y dirige el taxi hacia el extremo de una zona de aparcamiento desierta, y se me ocurre, ahora, en este preciso instante, cuando entra a toda velocidad y luego sigue junto a una valla de aluminio medio derruida, cubierta de óxido, en dirección al agua, que lo único que puedo hacer es ponerme el walkman, suprimir el sonido del taxista, pero tengo las manos como paralizadas, retorcidas, y no consigo ponerlo en marcha, mientras continúo atrapado en el taxi que va como una flecha hacia un destino que sólo el conductor, que sin duda está trastornado, conoce. Las ventanillas están parcialmente bajadas y puedo notar el frío aire de la mañana que me seca la espuma del pelo. Me siento desnudo, súbitamente minúsculo. La boca me sabe a metal, luego a algo peor. Mi visión: una carretera en invierno. Pero me queda un pensamiento reconfortante: soy rico; millones no lo son.

–Me parece que me ha identificado incorrectamente –estoy diciendo.

Detiene el taxi y se vuelve hacia el asiento trasero. Empuña un arma, de un tipo que no reconozco. Le miro fijamente y mi expresión de extrañeza se transmuta.

–El reloj. El Rolex –dice simplemente.

Le escucho en silencio, retorciéndome en el asiento.

Repite:

–El *reloj.*

–¿Se trata de una broma pesada? –pregunto.

–Fuera –dice, entre dientes–. Bájate del jodido taxi.

Distingo más allá de la cabeza del taxista, más allá del parabrisas, a unas gaviotas que sobrevuelan el agua oscura, ondulante, y abro la puerta y me apeo del taxi, con cuidado, sin hacer movimientos violentos. Es un día frío; Me sale aliento de la boca y el viento hace que se arremoline...

–El reloj, hijoputa –dice, asomándose por la ventanilla, apuntándome a la cabeza con la pistola.

–Oiga, no sé si sabe lo que está haciendo o lo que trata de conseguir o si sabe hasta dónde puede llegar. Nunca me han fichado, tengo coartadas...

–Cierra el pico –gruñe Abdullah, interrumpiéndome– Cierra esa jodida boca.

–Soy inocente –grito, con absoluta convicción.

–El reloj. –Monta el percutor de la pistola.

Me quito el Rolex y se lo tiendo.

–La cartera. –Mueve la pistola–. Sólo el dinero.

Sin esperanza, saco mi nueva cartera de piel de gacela y rápidamente, con los dedos congelados, le tiendo el dinero, que sólo asciende a trescientos dólares porque no he tenido tiempo de detenerme en un cajero automático antes del potente desayuno. Solly, supongo, era el taxista al que maté

durante la persecución del otoño pasado, aunque aquel tipo era armenio. Supongo que podría haber matado a otro y no recordar ese incidente en concreto.

–¿Qué va a hacer? –pregunto–. ¿Hay algún tipo de recompensa?

–No. No hay recompensa –murmura él, manoseando los billetes con una mano, y la pistola, todavía apuntándome, en la otra.

–¿Cómo sabe que no le voy a denunciar y hacer que le retiren la licencia? –pregunto, sacando un cuchillo que acabo de encontrar en el bolsillo y que parece como salido de un recipiente lleno de sangre y pelos.

–Porque eres culpable –dice él, y luego–: Aparta eso. –y con la pistola señala el cuchillo manchado.

–Como quiera –murmuro, enfadado.

–Las gafas de sol. –Las señala con la pistola.

–¿Cómo sabe que soy culpable? –No puedo creer que le pregunte esto con tanta tranquilidad.

–Atento a lo que haces, gilipollas –dice–. Las gafas.

–Son muy caras –protesto, luego suspiro, comprendiendo mi error–. Quiero decir baratas. Son muy baratas. Oiga..., ¿no le basta con el dinero?

–Las gafas. Dámelas inmediatamente –gruñe él.

Me quito las Wayfarer y se las doy. A lo mejor ni siquiera maté a Solly, aunque estoy seguro de que todos los taxistas que he matado últimamente *no* eran norteamericanos. Es probable que le matara. Es probable que *haya* un cartel de busca y captura mío en..., ¿dónde? ¿El taxi? ¿Dónde se reúnen los taxis? ¿Cómo se llama ese sitio?

El taxista se prueba las gafas, se mira en el espejo retrovisor y luego se las quita. Cierra las patillas y se las mete en el bolsillo de la chaqueta.

–Es usted hombre muerto. –Le sonrío torvamente.

–Eres un yuppie de mierda –dice.

–Y usted es hombre muerto, Abdullah –repito, sin bromear–. Cuente con ello.

–¿Sí? Y tú eres un yuppie de mierda. ¿Qué es peor?

Arranca el taxi y se aleja de mí.

Mientras vuelvo caminando a la autopista, me detengo, me atraganto, sollozo, la garganta se me seca.

–Yo sólo quiero... –De cara al perfil de los edificios, murmuro–: Que siga el juego.

Y cuando estoy parado, como congelado, una vieja sale de detrás de un cartel de *La ópera de los cuatro cuartos* en una parada de autobús desierta, y no tiene casa y pide limosna y cojea y tiene úlceras en la cara que parecen bichos y estira una temblorosa mano roja.

–Por favor, ¿podría apartarse? –digo, con un suspiro. Ella me dice que me corte el pelo.

En Harry's

Un viernes por la tarde un grupo salimos pronto de la oficina, y vamos a Harry' s. El grupo consiste en Tim Price, Craig McDermott, yo mismo y Prestan Goodrich, que en la actualidad sale con una tía buena total que se llama, creo, Plum –sin apellido, sólo Plum, una actriz y modelo, que tengo la sensación de que todos pensamos que es bastante moderna–. Discutimos sobre dónde reservar mesa para cenar: Flamingo East, Oyster Bar, 220, Counterlife, Michael's, SpagoEast, Le Cirque. También está Robert Farrell, con el Lotus Quotrek, un aparato portátil que da los valores de bolsa, delante de él encima de la mesa, y pulsa botones mientras se encienden las últimas cotizaciones. ¿Qué llevan puesto? McDermott lleva una chaqueta sport de cachemira, pantalones de lana, una corbata de seda Hermes. Farrelmeva un chaleco de cachemira, zapatos de cuero, pantalones de sarga Garrick Anderson. Yo llevo un traje de lana de Armani, zapatos de Allen Edmonds, pañuelo de bolsillo de Brooks Brothers. Otro lleva un traje hecho a medida por Anderson and Sheppard. Uno que se parece a Todd Lauder, y de hecho otros muchos, saludan alzando el pulgar desde el otro lado de la sala, etc., etc.

Me asaltan con las preguntas de costumbre, entre ellas: ¿Las normas para llevar pañuelo de bolsillo son las mismas cuando se lleva una chaqueta de esmoquin blanca? ¿Hay alguna diferencia entre los zapatos de yate y los náuticos? Mi futón ya está muy aplastado y es incómodo dormir en él, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo se puede enterar uno de la calidad de los discos compactos antes de comprarlos? ¿Qué nudo de corbata es menos abultado que el Windsor? ¿Cómo se puede mantener la elasticidad de un jersey? ¿Hay que dar propina cuando se compra un abrigo? Yo estoy pensando, claro está, en otras cosas, haciéndome mis propias preguntas: ¿Soy un yonki del ejercicio físico? ¿Hombre frente a conformismo? ¿Podría conseguir salir con Cindy Crawford? ¿Significa algo ser Libra, y si sí, se puede demostrar? Hoy estaba obsesionado con la idea de mandar por fax la sangre que saqué de la vagina de Sarah y enviarla a la oficina de la división de fusiones de empresa de Chase Manhattan donde trabajaba, y no lo he hecho porque esta mañana he hecho un collar con las vértebras de algunas de las chicas y me apetecía quedarme en casa y ponérmelo en el cuello mientras me masturbaba en la bañera de mármol blanco del cuarto de baño, al tiempo que gruñía y mugía como una especie de animal. Luego he visto una película sobre cinco lesbianas y diez vibradores. Grupo favorito: Talking Heads. Bebida: el J&B o Absolut con hielo. Programa de televisión: A *última hora con David Letterman.* Refresco: Diet Pepsi. Agua: Evian. Deporte: béisbol.

La conversación sigue desarrollándose por su propia cuenta, no tiene estructura auténtica ni hay asuntos concretos ni una lógica interna ni sentimiento; a no ser, claro, uno oculto, como de conspiradores. Sólo hay palabras, y como en una película, pero una que haya sido transcrita incorrectamente, la mayoría de ellas se superponen unas a otras. Me está costando mucho esfuerzo o algo así prestar atención porque mi cajero automático ha empezado a *hablarme,* y de hecho a veces deja mensajes muy raros en la pantallita, en letras verdes, como: «Monta una escena espantosa en Sotheby' s» o «Mata al Presidente» o «Da de comer al gato que se me ha extraviado», y casi pierdo la razón por culpa del banco del parque que me siguió durante seis manzanas de casas el lunes pasado por la tarde y que también me hablaba. Desintegración me .estoy tomando las cosas con calma–. Sin embargo, la única pregunta que consigo formular, contribuyendo con ella a la conversación, es de preocupación:

–Yo no vaya ir a ninguna parte si no tenemos mesa reservada, conque, ¿tenemos mesa reservada en algún sitio, o no?

Me fijo en que todos tomamos cerveza seca. ¿Soy el único que se da cuenta de esto? También llevo gafas de imitación de concha de tortuga que no están graduadas.

En la pantalla del televisor de Harry's ponen el programa de Patty Winters –que supera a Geraldo Rivera, Phil Donahue y Oprah Winfrey– y que ahora es por la tarde. Hoy trata de si el éxito económico iguala a la felicidad. La respuesta, en Harry' s esta tarde, es un clamoroso grito de:

–Sin la menor duda –seguido de muchos silbidos, mientras todos brindan unos con otros de modo amistoso.

Ahora en la pantalla hay escenas de la toma de posesión del presidente Bush a principios de este año, luego del discurso del presidente saliente, Reagan, mientras Patty hace un comentario difícil de oír. Pronto se inicia un aburrido debate sobre si el Presidente miente o no, aunque no podemos, no queremos, oír lo que dicen. El primero y único que se queja de verdad es Price que, aunque creo que lo que le molesta es otra cosa, aprovecha esta oportunidad para airear su frustración. Con una expresión de estupefacción, totalmente inapropiada, pregunta:

–¿Cómo puede mentir así? ¿Cómo puede soltar esa *mierda?*

–Por Dios –me quejo yo–. ¿*Qué* mierda? Vamos a ver, ¿dónde tenemos mesa reservada? Quiero decir que no tengo hambre de verdad, pero me gustaría que reservarais mesa en algún sitio. ¿Qué tal el 220? –Luego se me ocurre–: McDermott, ¿cuántas estrellas le dan en la última Zagat?

–Sin comentarios –se queja Farrell, antes de que pueda responder Craig–: La coca que me pasaron allí la última vez estaba cortada con tanto laxante que de hecho tuve que cagar en el M.K.

–Claro, se te lleva la vida y luego uno muere.

–El peor momento de la noche –murmura Farrell.

–¿No fuiste con Kyria la última vez que estuviste allí? –pregunta Goodrich–. ¿No fue *eso* lo peor de la noche?

–Me cogió sin el contestador conectado. ¿Qué podía hacer?

–Farrell se encoge de hombros–. Mis disculpas.

–Le cogió sin el contestador conectado. –McDermott me da un codazo, dudándolo...

–Cállate, McDermott –dice Farrell, dando un tirón a los tirantes de Craig–. Sale con una pordiosera.

–Te olvidas de algo, Farrell –interviene Preston–, McDermott también es un pordiosero.

–¿Cómo está Courtney? –pregunta Farrell a Craig, riéndose maliciosamente.

–Limítate a decir que no –dice alguien, riendo.

Price aparta la vista de la pantalla del televisor, luego de Craig, y trata de disimular su desagrado diciéndome, mientras hace señas con la mano hacia el televisor:

–No lo creo. Parece tan... *normal.* Parece tan... lejos de eso.

Tan... poco peligroso.

–Peligroso, peligroso –dice alguien–. Atravesado, atravesado.

–*Es* totalmente inofensivo, carapijo. *Era* totalmente inofensivo. Lo mismo que *tú* eres totalmente inofensivo. Pero él *hizo* todas esas cagadas y *tú* no conseguiste que nos dejaran entrar en el 150. –McDermott se encoge de hombros.

–No entiendo cómo alguien, *quien sea,* puede aparecer así, implicado en tanta mierda –dice Price, ignorando a Craig y apartando la mirada de Farrell. Saca un puro y lo examina con tristeza. Para mí que todavía hay una especie de mancha en la frente de Price.

–¿Porque Nancy estaba detrás de él? –opina Farrell, alzando la vista del Quotrek–. ¿Porque Nancy lo hizo todo?

–¿Cómo puedes mostrarte tan jodidamente, no sé, *indiferente* sobre algo así? –Price, al que le ha pasado algo raro de verdad, suena a auténticamente perplejo. Corren rumores de que estuvo en rehabilitación.

–Hay gente que nace indiferente, supongo. –Farrell sonríe, encogiéndose de hombros.

Me río ante esta respuesta, pues Farrell evidentemente es de lo menos indiferente, y Price me lanza una mirada de reproche y dice: –y tú, Bateman..., ¿cómo puedes ser tan absurdo al respecto? Yo también me encojo de hombros.

–Sólo soy un tipo feliz que hace camping. –y añado, recordando, *citando* a mi hermano–: Rocking and a rolling.

–*Sé* todo lo que puedas ser –añade alguien.

–Amigos. –Price no quiere dejar morir el asunto–. Mirad –Empieza, tratando de realizar una valoración racional de la situación–. Se presenta como un vejete inofensivo. Pero por dentro... –Se interrumpe. Mi interés aumenta levemente–. Pero por dentro... –Price no puede terminar la frase, no es capaz de añadir las dos palabras que necesita: *no importa.* Me siento alegre y al tiempo decepcionado por ello.

–¿Por dentro? ¿De verdad que por dentro? –pregunta Craig, aburrido–. Me creas o no, la verdad es que te estaba escuchando. Sigue.

–Bateman –dice Price, ablandándose un poco–. Sigue tú. ¿Qué opinas tú?

Levanto la vista, sonrío, no digo nada. En alguna parte –¿el televisor?– suena el himno nacional. ¿Por qué? No lo sé. Antes de un anuncio, a lo mejor. Mañana, en el programa de Patty Winters: «Los porteros de Nell's. ¿Dónde están ahora?». Suspiro, me encojo de hombros, cualquier cosa.

–Una buena respuesta, desde luego –dice Price, luego añade–: Eres idiota.

–Es la información más valiosa que he oído desde que... –miro mi nuevo Rolex de oro, que compré con el dinero del seguro–, desde que McDermott ha sugerido que tomáramos todos cerveza seca; y yo quiero un whisky escocés.

McDermott alza la vista con una sonrisa burlona, y suelta: –Amigo. Tiene eL cuello largo. Magnífico

–Y es muy civilizado –se muestra de acuerdo Goodrich.

Un inglés superelegante, Nigel Morrison, se detiene junto a nuestra mesa, y lleva una flor en la solapa de su chaqueta Paul Smith. Pero no se puede quedar mucho pues está *citado con otros* amigos ingleses, Ian y Lucy, en Delmonico's. A los pocos segundos se aleja. Oigo que alguien dice burlonamente:

–Nigel. Un animal de *páté.*

Otro:

–¿Sabíais que los hombres de las cavernas tomaban más fibras que nosotros?

–¿Quién se encarga de la cuenta de Fisher?

–Que le den por el culo. ¿Cómo es la nueva obra de teatro de Shepard? ¿La cuenta de Shepard?

–¿No es Monrowe, ése? Qué consumido está.

–Mira, hermano...

–Por el amor de Dios...

–pobre y desagradable...

–¿Ya mí qué me importa?

–¿La *obra* de Shepard o la cuenta de Shepard?

–Ricos con estéreos baratos.

–No, las chicas que aguantan el alcohol.

–Pesos ligeros totales...

–¿Quieres fuego? Bonitas cerillas.

–¿Ya mí qué me importa?

–Claro claro claro claro claro...

Creo que soy el que dice:

–Tengo que devolver unos vídeos.

Alguien ha sacado ya un teléfono celular Minolta y pide un taxi, y luego, cuando no estoy escuchando de verdad, sino mirando a alguien que se parece muchísimo a Marcus Halberstam y paga la cuenta, alguien pregunta, sin más, sin relación con nada:

– ¿Por qué?

Y aunque estoy muy orgulloso de tener la sangre fría y conservar la calma y de hacer lo que se espera que haga, capto algo, luego me doy cuenta de que es: *¿Por qué?,* y respondo automáticamente, sin venir a cuento, por ningún motivo, y sólo limitándome a abrir la boca y a dejar que las palabras salgan de ella, resumiéndoselo a esos idiotas:

–Bien, aunque sé que debería haberlo hecho en lugar de no hacerla, tengo veintisiete años, por el amor de Dios, y así es, bueno, como se presenta la propia vida en un bar o en un .club de Nueva York, y puede que de *cualquier parte,* y a finales de este siglo, y como se comporta la gente, ya sabéis, *yo,* y el ser Patrick para mí representa, supongo, que, bueno, claro, bueno... –Ya esto le sigue un suspiro, luego un leve encogimiento de hombros y otro suspiro, y encima de una de las puertas tapadas por cortinas de terciopelo rojo de Harry's hay un cartel, y en el cartel, con letras que hacen juego con el color de las cortinas están las palabras «ESTO NO ES UNA SALIDA».